RAYMOND

# ARON

# PENSAR LA GUERRA

## *CLAUSEWITZ*

I

La era europea

*Instituto de Publicaciones Navales*

# Pensar la guerra, Clausewitz

## I

## La era europea

"PENSAR LA GUERRA, CLAUSEWITZ"
de R. Aron

Centro Naval
Instituto de Publicaciones Navales

Decimonoveno Libro
de la
Colección
ESTRATEGIA

☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆

ISBN: 950-9016-61-6

Septuagesimoctavo libro de las ediciones
del
INSTITUTO DE PUBLICACIONES NAVALES

RAYMOND ARON

# Pensar la guerra, Clausewitz

## I

## La era europea



Centro Naval

INSTITUTO DE PUBLICACIONES NAVALES

Córdoba 354 Buenos Aires

República Argentina

Título del original en francés:
PENSER LA GUERRE, CLAUSEWITZ
I. L'Age Européen
Traducción: Carlos Gardini





## I

## *LA ERA EUROPEA*

La guerra es una ciencia cubierta de tinieblas en cuya oscuridad no se avanza con paso seguro; su fundamento son la rutina y los prejuicios, secuela natural de la ignorancia. Todas las ciencias tienen principios y reglas; la guerra no los tiene, y tampoco nos los proporcionan los grandes capitanes que han escrito sobre ella; hay que ser avezado, y es imposible formarse un juicio a partir de los historiadores que sólo hablan de la guerra tal cual se las pinta su propia imaginación.

Mauricio de Sajonia,
*Mes rêveries,* 1757.

El estudio de la guerra como rama del conocimiento requiere los métodos de trabajo que prevalecen en una universidad además de la actitud mental que allí se inculca. Pero es probable que estas necesidades no serán atendidas hasta que los hombres cultivados cambien su actitud mental hacia la guerra, y aprendan a considerarla como una rama del conocimiento digna de ser explorada.

B. H. Liddell Hart,
*The Ghost of Napoleon.*

Quisiera agradecer a quienes me han ayudado en la redacción y revisión de esta obra: la señorita Steinhauser, a quien he pedido la traducción de los extractos de cartas y escritos políticos que siempre ha respondido con la misma diligencia e idoneidad a los problemas idiomáticos que le he planteado; el profesor W. Hahlweg, incomparable conocedor de todo lo relacionado con Clausewitz, quien también respondió generosamente a mis preguntas; mi colaborador técnico, Bernard Bonilauri, quien leyó para mí ciertos libros franceses e ingleses, particularmente los de los escritores militares que comento en el Libro II; M. P. Rupp, quien me ayudó a familiarizarme con la literatura alemana de la época

napoleónica; y, *last but not least,* Isabelle de la Jarte, quien asumió con paciencia y buen humor, gracias a su conocimiento del alemán, la ingrata tarea de dactilografiar un manuscrito rescrito o corregido con frecuencia en el curso de los tres últimos años.

Pierre Manent y Gérard Beckerman han preparado el índice onomástico y el índice temático.

Las referencias a *Vom Kriege* están indicadas de la siguiente forma: los números romanos designan el libro, la primera cifra arábiga el capítulo, las dos cifras de página designan, respectivamente, la página de la traducción francesa (Editions de Minuit) y de la edición publicada en Alemania Oriental en 1957. La cifra entre paréntesis remite a la página de la decimoctava edición, publicada por W. Hahlweg en la editorial Dümmler.

Las otras obras de Clausewitz se encuentran principalmente en la edición de las obras póstumas en diez tomos, *Hinterlassene Werke,* que yo cito como H. W., con números romanos para el tomo y números arábigos para la página. Esta edición, preparada por Marie von Clausewitz, es la única que existe todavía hoy. En el apéndice bibliográfico se encontrarán indicaciones detalladas.

El profesor W. Hahlweg publicó en 1967 un grueso volumen de *Schriften, Aufsätze, Studien, Briege* (Vandenhoeck y Ruprecht). Cito Hahlweg, t. I. En efecto, el profesor W. Hahlweg está preparando un segundo tomo.

Las notas numeradas con cifras romanas se encuentran al final del volumen

# *PREFACIO*

*Mi primer encuentro con Clausewitz se remonta a cuarenta años atrás. En Berlín, durante los dos años que precedieron la llegada de Hitler al poder, me relacioné con un historiador de formación filosófica que se interesaba particularmente en los asuntos militares, la estrategia y la organización de los ejércitos. Por lo que recuerdo, en ese momento no se proponía especializarse en el estudio de la guerra. Discutíamos sobre el famoso artículo de Carl Schmitt,* Der Begriff des Politischen, *que él quería criticar duramente. Herbert Rosinski me hablaba de su autor favorito, Carl von Clausewitz, sobre quien proyectaba escribir un libro, definitivo. No fue más allá de un artículo que aun hoy figura en todas las bibliografías. Publicado en* Historische Zeitschrift *en 1935, el artículo procuraba, quizá por primera vez, reconstruir las etapas del pensamiento de Clausewitz entre el periodo de Coblenza (1816) y 1830, a la luz de cuatro notas de puño y letra del general, que la editora de la obra póstuma, Marie von Clausewitz, había insertado al principio del primer tomo. En lo esencial, las hipótesis de mi camarada de juventud han sido confirmadas por las investigaciones posteriores. Por otra parte, él jamás elaboró, que yo sepa, las misteriosas insinuaciones que figuran en el final del artículo. Según él, entre 1827 y 1830, el pensamiento de Clausewitz había sufrido progresos, y en el momento de sellar el manuscrito nuevos horizontes se abrían ante el teórico. ¿Cuáles progresos? ¿Cuáles horizontes? Rosinski no respondió a esas preguntas. Las dificultades de la vida de emigrante, sumadas tal vez a dificultades interiores, le impidieron escribir el libro con el cual soñaba ya en 1932.*

*Dudo que él me haya contagiado su entusiasmo por Clausewitz, pues no recuerdo haber leído* Vom Kriege *antes de la guerra de 1939. Por otra parte, por una extraña conjunción de circunstancias, la edición separada de su artículo de 1935 ha atravesado sin obstáculos los acontecimientos y las mudanzas: la volví a encontrar intacta, treinta y cinco años más tarde, cuando decidí dictar en el Còllege de France un curso sobre el más célebre y quizá menos comprendido (sobre todo en Francia) de los escritores militares.*

*Entretanto había conocido, esta vez en Londres, a otro lector apasionado de* Vom Kriege, *un polaco de la región de Teschen, Stanislas Szymonzyk. Este último, en* La France Libre, *fundada por André Labarthe, escribía en alemán*

*estudios de crítica militar que yo traducía y adaptaba al francés. Le gustaba el uso de frases de Clausewitz para realzar el tono y el estilo de los análisis austeros. Sin embargo, no creo haber leído en ese momento el* Tratado[1], *aunque sí recuerdo haber leído de H. Delbrück,* Die Geschichte der Kriegskinst im Rahmen der politischen Geschichte.

*Leí por primera vez la obra maestra de Clausewitz hace unos veinte años, hacia 1955, cuando se publicó la traducción francesa de la señora Naville, en tanto reflexionaba sobre las consecuencias politicoestratégicas de los armamentos nucleares. En la era atómica, la subordinación de los jefes militares a los jefes del Estado o del gobierno adquiere un carácter de evidencia y necesidad. La* Fórmula, la guerra, continuación de la política por otros medios,[2] *tantas veces malinterpretada, reencuentra por sí misma su alcance original. Destaco, de uno de los ensayos de mi libro* Espoir et peur du siècle,[3] *la frase del libro VIII: "Todo el arte militar se transforma en simple prudencia cuyo objetivo principal será impedir que el equilibrio inestable se vuelque de repente en nuestra desventaja y la guerra a medias se transforme en guerra completa".*[4]

*Una gran obra, sobre todo de filosofía política, se presta siempre a múltiples lecturas. Digamos, como aclaración inmediata para quienes se proponen seguirme hasta el final, que considero central la idea a la que Clausewitz probablemente sólo llegó hacia el fin de su investigación, o sea la posibilidad de un movimiento de sentido contrario al del ascenso a los extremos, movimiento intrínseco a la guerra en el sentido concreto de* prueba de fuerza, *pero intrínseco a la guerra según su definición completa, ya no como asunto autónomo sino como fragmento del conjunto político.*

*Este tercer encuentro, el primero directo, con el hombre y la obra, se prolongó en una perdurable familiaridad. En Londres, el* Tratado *siguió siendo, para mí como para tantos otros, un tesoro de citas. A partir de 1955 me puse a buscar en él el secreto de* la elaboración teórica de un dominio de acción. *Lo utilicé (de una manera que ya no me satisfacía) en* Paix et guerre entre les nations.[5] *La definición inicial de la guerra, en la primera página del* Tratado, *implica que los estados, para imponerse unos a otros su voluntad, recurren eventualmente a la violencia. Tal definición no presenta ninguna originalidad, sino que retoma la hipótesis común a los filósofos clásicos de las relaciones interestatales, de Hobbes a Montesquieu y de Rousseau a Hegel. Me remitía preferencialmente a Clausewitz porque éste aborda de inmediato los dos conceptos decisivos* —acto de violencia, voluntad— *y permite insertar en el mismo sistema conceptual las modalidades cambiantes de los conflictos armados o incluso de los conflictos reducidos a la* observación armada, *de las* pruebas de voluntad a la sombra de la violencia posible.

*El contraste entre las guerras galanas del siglo XVIII y las guerras de la*

[1] Para simplificar, denominaré a *Vom Kriege* el *Tratado.*

[2] La designaré subrayando la palabra *Fórmula.*

[3] París, Calmann-Lévy, 1956.

[4] VIII, 6 A, p. 703 y p. 727 (989).

[5] París, Calmann-Lévy, 1962.

*Revolución y el Imperio ofreció un punto de partida para la reflexión; ciento treinta años más tarde, la amplitud hiperbólica de las guerras desatadas en 1914 y 1939, luego la amenaza de las armas nucleares, obligan al ciudadano, al observador, al sociólogo, a preguntarse* cuándo *y* por qué *las guerras ascienden a los extremos,* si *y* cómo *los hombres pueden limitarlas. ¿Clausewitz mismo ha dado cuenta de esta limitación? En este punto volví a encontrar el artículo de Herbert Rosinski y la larga polémica, desconocida en Francia, pero célebre en Alemania, sobre la* Advertencia de 1827 *y sobre las dos clases de guerra.*

*Para saber a qué atenerme y formarme una opinión personal decidí consagrar a Clausewitz uno de mis cursos en el Collège de France. Lo que al principio me había atraído era el problema filosófico, el esfuerzo por captar la naturaleza de la guerra, por elaborar una* teoría *que no se confundiera con una* doctrina; *en otros términos, que enseñara al estratega a comprender su tarea sin alimentar la ridícula pretensión de comunicar el secreto de la victoria.*

*Una vez sumido en el estudio de los textos, con el fin de precisar los datos y distinguir los estadios sucesivos del pensamiento, obtuve el placer que se obtendría de una novela policial a la cual se ha amputado el último capítulo: cada lector resuelve el enigma a su manera. Quiérase o no, las enseñanzas de Clausewitz son ambiguas y lo serán siempre. La interpretación que yo ofrezco se adecua a mis preferencias, a las preferencias de las generaciones que han vivido las guerras del siglo XX. Creo, además, que esta interpretación se iguala a las reflexiones últimas de Clausewitz, al menos a una de las tendencias de sus reflexiones últimas. Pero, por razones que el libro aclarará, el equívoco subsiste y seguirá subsistiendo. Asimismo siempre habrá pacifistas dispuestos a recordar que un teórico nunca es inocente. Con el pretexto de captar la esencia de la guerra como fenómeno, difunde una cierta visión del mundo: generales y estadistas actuarán enseguida conforme a esta representación de lo real. A fin de cuentas, los hombres de acción crean, hasta cierto punto, la realidad a la cual tienen la ilusión de someterse. Para quien sabe leer a Clausewitz en su integridad, éste no ha predicado la audacia en busca de la victoria por aniquilación ni la prudencia con el fin de reducir las guerras a una observación armada; o mejor dicho, ha predicado a la vez la audacia y la prudencia, la primacía de la destrucción de los ejércitos del enemigo entre los objetivos militares, pero también la subordinación de la conducción de las operaciones militares a la política. ¿Quién podía, en Alemania, invocarlo después de 1918? ¿O después de 1945? ¿Quién en los Estados Unidos, después del desastre de Vietnam? Las querellas entre los especialistas en Clausewitz desembocan sin transición en los debates de la historia universal.*

*Ya que nadie vive durante años en una suerte de diálogo familiar con otro espíritu sin experimentar sentimientos con respecto a este interlocutor silencioso e insistente, más vale que confiese mi simpatía. Jamás he negado que mis "retratos intelectuales" carecían de objetividad si con ese término se designa una "neutralidad afectiva".*

*Algunos textos, no demasiados, deberían irritarme. Por ejemplo: "Bonapar-*

*te es mezquino como un judío e igualmente cínico".*[6] *Los textos donde se expresa odio o desprecio hacia los franceses son incontables. Ni unos ni otros me afectan porque revelan un Clausewitz sin su genio, semejante a tantos de sus contemporáneos; deja hablar en él al espíritu de la época, el* Zeitgeist. *Me cuesta más soportar el canto de júbilo del 4 de abril de 1813: 'Me va bien y vivo días felices, he aquí lo esencial de cuanto tengo que comunicarte. Formar parte de un ejército pequeño y encantador a cuya cabeza hay gente amiga, atravesar un país magnífico, en la temporada propicia, y con semejante finalidad, es prácticamente el ideal soñado de una existencia terrena (si la imaginamos transitoria y como camino hacia otras existencias). Mi amigo G. ((Gneisenau)) tiene un porte de dios con su uniforme de general. Las tropas están muy animadas y cantan* Auf, Auf Kameraden *y otras canciones semejantes, otros cantan canciones tirolesas a la perfección". ¿Clausewitz creía en "otras existencias" o la frase respondía a los sentimientos religiosos de la esposa? La pasión del combate y la gloria que animaba al oficial prusiano la soporto y la comprendo como un modo de ser o de sentir que atraviesa los siglos, y más que desaparecer adquiere formas diversas. ¿La multitud que asalta la Bastilla, en la cual Sartre percibe la humanidad rompiendo sus cadenas, vale más que los soldados, alemanes o franceses, que marchan cantando hacia la muerte y la victoria? La respuesta varía según los tiempos y el humor.*

*Para simpatizar con la actitud de Clausewitz entre 1806 y 1815, un francés no tiene más que recordar sus propias experiencias entre 1940 y 1945. No me propongo comparar a Napoleón con Hitler, sino destacar la resistencia del patriota alemán a la dominación francesa de Europa. Resistiéndose, Clausewitz rechazó la paz de la abdicación con una elocuencia que conmueve a los hombres de mi generación: "Rechazo categóricamente esta paz que trae la sumisión. Si no puedo vivir libre y respetado como ciudadano* (Bürger), *de un estado libre y respetado, y gozar en tus brazos de los frutos dorados de la paz, pues que ella huya para siempre de mi corazón".*[7]

*Después de la catástrofe, prisionero en Francia, escribió a su novia el 28 de junio de 1807: "Nada temo más que la paz; cuanto más fuerte sea el deseo de consumarla más peligrosa será. Es el sueño de un hombre que corre peligro de perder la vida, en un frío que lo paraliza; si cede a la necesidad apremiante de la naturaleza, será para no despertar jamás".*[8]

*Si resiste cuando otros titubean o desesperan, no se entrega, al volver a París como vencedor, a las alegrías impuras de la revancha. "Ante los ojos de la historia, son los ingleses quienes desempeñarán el mejor papel en esta catástrofe, pues no tienen el aire de haber venido aquí como nosotros, animados por una sed de venganza y represalia, sino como amos que castigan con una frialdad arrogante y una entereza impecable: en pocas palabras, tienen más distinción que nosotros.*

[6] Carta a su esposa del 11 de abril de 1814, en Karl Schwartz, *Leben des Generals von Clausewitz und der Frau Marie von Clausewitz,* Berlín, Ferd. Dümmler, 1878, t. II, p. 117. Cf. también t. I, p. 521.

[7] Carta del 30 de agosto de 1806, Schwartz, I, p. 213.

[8] *Ibid.,* I, ps. 280-281.

*"Las largas marchas que hemos afrontado nos impidieron mantener en todas partes una disciplina estricta, e incluso entre nuestros oficiales se ha manifestado con frecuencia esa codicia que tanto hemos reprochado a los franceses; no sabría expresar cuánta tristeza me causa. Pero todo ello se relaciona con el papel que asumimos y que yo había imaginado más digno."*[9] *E incluso. "Mi voto más apremiante es que este epílogo concluya rápidamente, pues quedarme así, con el pie sobre la nuca de otro, repugna a mis sentimientos, así como el interminable conflicto entre intereses y partidos repugna a mi razón".*[10]

*Más aún que por esta nobleza de alma, Clausewitz me conmueve por sus cartas a Marie, su novia, luego su esposa, de 1806 hasta 1831; una correspondencia singular, tal vez única, testimonio de un amor apasionado y constante. El discípulo de Maquiavelo delata allí las dos almas que había en él, una voluntad de acción y una trémula sensibilidad. Quizá, en última instancia, la ilación de algunas citas permita al lector aprobar mi simpatía por el enemigo de Napoleón, de los franceses y de Francia: "Ningún hombre en el mundo siente más que yo la necesidad del honor y la dignidad de la nación".*[11]

*Sin embargo, él igual que Maquiavelo no cree en la perduración de los asuntos políticos. "Aunque su duración y su acción se prolonguen durante siglos y siglos, las instituciones más encumbradas de la organización civil llevan en sí mismas el principio de su propia destrucción (. . .) Si el sentimiento religioso rondará eternamente el corazón de los hombres con su pureza elemental, ninguna religión positiva puede durar eternamente (. . .) En tanto el sacerdote del arte lleva en sí el sentimiento exultante y muy satisfactorio de que el objeto de sus aspiraciones existe mucho más allá de toda convención, y no en el tiempo y el espacio sino en la eternidad y en el infinito ((. . .)) el hombre de la ciudad deberá parapetarse tras las barreras estrechas de las convenciones para hincar allí la piedra angular de su edificio, delimitará escrupulosamente su recinto en el tiempo y el espacio, para medir con su obra su aspiración modesta y voluntariamente limitada de duración y perfección. Por doquier tendrá que distinguir, separar, clasificar, elegir, excluir y, con cuánta audacia, levantar la mano contra esta unidad sagrada que es el bien supremo de la razón y tal vez la única finalidad reconocida de este mundo, sin saber hasta qué punto la sirve bien o mal."*[12]

*Clausewitz fue hombre de acción con todo su empeño; pero, también con todo su empeño, quiso pensar su acción y la acción. En la Europa apaciguada de 1816 y 1830 este oficial prusiano, que de hecho pertenecía a una familia de teólogos y profesores, consagró sus afanes y su ocio a una obra que no se proponía publicar en vida sino que destinaba a las generaciones venideras, con orgullo y modestia: "A pesar de esta forma incompleta, pienso que un lector desprejuiciado, si tiene sed de verdad y certidumbre, no pasará por alto en los seis primeros libros los frutos de una reflexión de muchos años y de un estudio*

[9] *Ibid.*, II, p. 164.

[10] *Ibid.*, II, p. 164.

[11] Carta del 1o. de setiembre de 1807, *Ibid.*, I, p. 288.

[12] *Ibid.*, I, p. 296. Carta del 5 de octubre de 1807, escrita en Coppet.

*entusiasta de la guerra; tal vez encuentre en ellos las ideas rectoras de donde podría surgir una revolución de la teoría".*[13]

*Buscar la verdad y morir en el momento de alcanzarla, defender valores perecederos que discípulos infieles pervirtieron un siglo más tarde, tal fue el destino de Carl von Clausewitz.*

*No es necesario ser alemán, prusiano ni oficial para compartir la aventura de esta alma escindida.*

[13] Se trata del fin de la *Advertencia de julio de 1827.*

## *INTRODUCCION*

### De la interpretación histórica

La interpretación en el sentido más amplio y sea cual fuere el objeto, los sueños o *El capital,* se cuenta entre los temas favoritos de los filósofos franceses en los últimos años. Claude Lefort ha consagrado más de un centenar de páginas, en su monumental trabajo sobre Maquiavelo[1], a bosquejar una teoría de la interpretación antes de ponerla en práctica. Las páginas que siguen, exposición de un método, no apuntan tan alto. Una misma teoría de la interpretación no es válida para todos los autores y cada intérprete conserva sus libertades. Alain gustaba decir que el verdadero Descartes es el Descartes verdadero, fórmula a la vez orgullosa (¿quién sino Alain hacía el papel en los escritos cartesianos de lo verdadero y de lo falso? ) y antihistórica: los pensadores pertenecen a su tiempo aunque lo trasciendan.

El método que creí adecuado para el objeto elegido sin duda será juzgado simplista, es decir —supremo insulto— positivista. Clausewitz no publicó nada durante su vida con excepción del artículo contra H. von Bülow en *Neue Bellona,* las cartas en *Minerva* sobre la derrota prusiana de 1806 y un comentario de la campaña de 1813 hasta el armisticio - tres trabajos anónimos.

Su obra maestra ha quedado inconclusa y él nunca quiso publicarla en vida. ¿Por qué? Quizá no había perdido todas las esperanzas de desempeñar, favorecido por circunstancias imprevisibles, un papel histórico. Como general habría podido publicar tal o cual obra sin menoscabo alguno: Scharnhorst lo había hecho. El *Tratado,* no obstante, no se parecía a un manual de artillería, difería profundamente de las obras de estrategia que conocía bien y rechazaba. En los medios militares ya pasaba por un oficial letrado, un escritorzuelo, un intelectual: la publicación del *Tratado* habría confirmado una reputación que le dolía y de la cual no era merecedor: espíritu superior, por cierto, sabía empuñar el sable.

Al margen de estos motivos, Clausewitz nunca pensó en publicar porque tenía conciencia de la grandeza de su obra y sufría de antemano las críticas que preveía. Demasiado susceptible para afrontar sin amargura la incomprensión,

[1] *Le travail de l'oeuvre: Machiavel,* París, Gallimard, 1973.

demasiado arrogante para defender sus escritos. escribía para la posteridad. Las dificultades que afronta el intérprete de Maquiavelo —¿a quién quería engañar el ex colaborador de Soderini? — no existen en este caso: Clausewitz escribía para sí mismo, para quienes se tomaran el trabajo de estudiarlo; no sentía ninguna necesidad de tomar precauciones. Quien había puesto tanta pasión en su lucha contra Napoleón y los franceses, no procura distinguir entre los pueblos, entre los generales según su nacionalidad. Si no escatima críticas para quien él llama Bonaparte,[2] también lo llama el "dios de la guerra", y tampoco escatima las críticas a Federico II. El autor del *Tratado* se considera un sabio o un filósofo, no siempre distingue entre ciencia y filosofía: interpretarlo es ante todo comprender lo que ha dicho a partir de la sensata hipótesis de que ha dicho lo que quería decir.

¿De dónde surgen las incertidumbres? ¿Por qué su "discurso", por emplear el término de moda, se presta a interpretaciones divergentes, e incluso contradictorias? El *Tratado* no se concluyó. En la *Nota final*, que probablemente escribió en vísperas de sellar la caja que contenía el conjunto del manuscrito, Clausewitz se declaraba completamente satisfecho sólo con el primer capítulo del libro I. Sabemos, por lo demás, que trabajó en el *Tratado* desde 1816 y el último intérprete que tuvo a su disposición el conjunto de los archivos, W. M. Schering, precisa las fechas en las cuales se escribieron las diversas partes del *Tratado*, aunque infortunadamente no distingue entre las *hipótesis* sugeridas por el contenido o el estilo, y las *afirmaciones*, apoyadas en argumentos filológicos. De todas maneras, la inconclusión del *Tratado*, esa intención de revisar el manuscrito que Clausewitz manifestó hasta su último día, nos obliga a dar un primer paso, ya clásico: empezar por el estudio de la formación del pensamiento. El capítulo titulado "Las experiencias vividas" no era indispensable; pude limitarme a evocar las etapas de su carrera, las batallas en las cuales tomó parte o asistió. Sin explicar la obra por el hombre ni al teórico por el combatiente, pensé que los textos de acción o las cartas a la novia o la esposa, entre 1806 y 1815, ayudarían al lector, sobre todo al lector francés que no lee alemán e ignora la literatura de la "guerra de liberación", a comprender a un representante típico de una *élite*, racionalista y a la vez romántica, más alemana que prusiana, la *élite* que rehusó desesperar en la hora del hundimiento y preparó la recuperación.

Más que esta breve exposición de las experiencias vividas nos importan los dos capítulos siguientes, donde intento seguir la formación del pensamiento de Clausewitz entre 1804 —las primeras notas sobre estrategia, redactadas por el oficial de veinticuatro años, se publicaron en 1937— y 1830. Los textos nos obligan a dos afirmaciones que sirven de base a la interpretación: Clausewitz concibió *demasiado temprano* algunos de los temas, algunas de las ideas rectoras que le atribuyen los historiadores; llegó *demasiado tarde* a organizar sistemáticamente su pensamiento, y parece muy probable que sólo en los tres últimos años de su vida, entre 1827 y 1830, haya captado plenamente la distinción entre el concepto y la realidad, o, para expresarme con mayor precisión, el carácter irreal

[2] Un general de la Segunda Guerra Mundial, Felix Steiner, en su libro *Von Clausewitz bis Bulganin*, Bielefeld, Deutscher Heimatverlag, 1956, afirma (equivocadamente, creo) que Bonaparte le sirvió de modelo para el retrato del genio guerrero (I, 3).

de la guerra absoluta, lo cual le permitió pasar de la definición inicial de la guerra, siempre citada, a la definición trinitaria, etapa final de su pensamiento.[3]

En otras palabras, la interpretación del sistema clausewitziano exige la diferenciación de los textos según su fecha. De esta primera regla se infiere una segunda: la práctica corriente, aun entre los historiadores serios, de yuxtaponer citas tomadas de capítulos diferentes me parece, si no condenable, al menos peligrosa. En razón de su método, Clausewitz no tiene en cuenta, en cada uno de sus análisis, *todos* los elementos de un problema. Enfatiza *un* elemento, o bien sigue la lógica de *un* razonamiento. Para comparar de manera valedera los diferentes pasajes en los cuales trata el mismo problema, no hay que abordar frases aisladas del contexto sino conjuntos, por ejemplo la demostración de la fuerza más grande de la defensiva en el capítulo 2 (libro I), en el libro VI y en los *Principios de la enseñanza dada al príncipe heredero.*

Clausewitz, como veremos, utiliza constantemente la relación medio-fin y alude siempre a la intención o a la finalidad de los actores. La interpretación de Clausewitz, como la de todo actor —en este caso actor en relación con su obra—, exige asimismo que descubramos su finalidad o intención. ¿Qué quería decir a la posteridad? ¿Qué se proponía con su discurso? La respuesta se encuentra en los textos mismos, pero estos textos podrían inducir a error si no estuvieran inmersos en un contexto histórico, si el sentido de las palabras no estuviese aclarado por el sentido que les daban sus contemporáneos. En síntesis, los buenos y viejos métodos de la historia de las ideas continúan siendo indispensables aun hoy, al menos en una fase preliminar, para quien quiere llegar al "verdadero Clausewitz", o dicho de otro modo a reconstruir su pensamiento con la mayor fidelidad posible.

Algunos replican que entre la época y la obra, el historiador se pierde en un círculo vicioso. Construye la época, por la cual explica a continuación la obra sin tomar conciencia de que sólo conoce la época por las obras y éstas le revelan aquello por lo cual pretende explicarlas. La dificultad, real y no infranqueable, marca los límites de método o de la explicación histórica, pero no autoriza a excluirla. Las experiencias vividas entre 1792 y 1815 no explican lo que pone el *Tratado* por encima de todos los otros textos de escritores militares, tampoco explican en principio el hecho de que todavía nos apasionamos en favor o en contra de *El príncipe* o *El capital.* Pero toda interpretación que respete y honre su objeto no puede ni debe evitar una recorrida por la época, el medio o cualquier otra expresión que se elija para designar el campo histórico. Desde luego, entre una obra y su época, entre las obras y los acontecimientos de la época, hay un vaivén que denominaremos, si se quiere, el *círculo hermenéutico,* el círculo que no es vicioso.

Maquiavelo, Marx, Clausewitz, meditaron sobre ciertos problemas, intentaron responder a ciertas preguntas que les planteaban sus contemporáneos, la

[3] André Glucksmann escribió fríamente que los libros I y VIII son los únicos que Clausewitz consideraba logrados, una opinión francamente extravagante, desmentida por los textos y por la simple lectura del libro VIII *(Le Discours de la guerre,* París, L'Herne, 1967, p. 36). Encontraremos luego otros ejemplos de la indiferencia por la verdad filológica que testimonia este libro, por lo demás brillante, y, como es previsible, gratuitamente oscuro.

sociedad a la cual pertenecían. Daban a las palabras que empleaban un sentido que el historiador descubre al estudiar tanto sus textos como los de sus adversarios o partidarios. Esta interpretación propiamente histórica no agota el contenido de ninguna gran obra, y tampoco impide lo que sigue pareciéndome un error intelectual y una falla moral: la traducción del pensamiento de un autor a un lenguaje o sistema conceptual que o bien le era extraño o bien tenía otra tono (u otro sentido) en sus tiempos que en los nuestros. Un solo ejemplo: Clausewitz no ignoró las virtualidades revolucionarias de la militarización del pueblo; el empleo de la guerra popular con el objeto de derrocar un estado débil o corrompido, tal como lo ha hecho Mao Tse-tung, se sitúa en la prolongación del pensamiento clausewitziano. Asimismo, la idea leninista de que el régimen capitalista provoca las guerras y éstas adquieren un carácter agresivo o defensivo según la naturaleza del Estado, deriva de la *Fórmula*, pero el autor del *Tratado* la habría rechazado, pues la habría juzgado incompatible con la experiencia histórica.

Es obvio que aquí se impone una doble distinción: entre el cuadro del pensamiento del hombre-Clausewitz y el cuadro de su sistema, entre la interpretación de su sistema en relación con el medio histórico y la interpretación en relación con nuestro tiempo. Clausewitz consideraba las guerras entre Estados un fenómeno normal; en todo caso, en el *Tratado*, se da el ejemplo del duelo, dos luchadores que quieren imponerse recíprocamente su voluntad mediante la violencia. Que la lucha adquiera, en cada coyuntura histórica, una forma propia, una intensidad mayor o menor; en otras palabras, que la coyuntura histórica (o política, si se prefiere) lleve en sí misma los lineamientos de la guerra, le parece una idea evidente y, por lo demás, trivial: ¿qué testimonio de las guerras de la Revolución o del Imperio hubiera dejado de tenerlo en cuenta? Por el contrario, habría recibido con escepticismo la idea de Lenin de que las guerras desaparecerían al mismo tiempo que el capitalismo (o la nonarquía o el despotismo).[4] Al plantear en el punto de partida la prueba de voluntad y de fuerza entre los Estados, se prohibía implícitamente una visión pacifista del porvenir. Nada impide, no obstante, insertar en el cuadro de una sociología histórica inspirada en el capítulo 3 (B) del libro VIII algunas de las hipótesis, por lo demás falsas, de Lenin sobre las relaciones entre régimen económico y conflictos interestatales. Aun así es conveniente, por respeto al autor, no confundir entre lo que efectivamente pensó y las prolongaciones que acontecimientos posteriores dan a sus análisis.

Entre el pensamiento del hombre y la lógica de la obra, la distinción resulta abstractamente fácil, al menos en los ejemplos que acabamos de seleccionar. La situación es muy otra cuando preguntamos sobre la lógica de la obra misma. En efecto, ésta presenta, en toda filosofía de la política, y por lo tanto de la acción, un equívoco esencial: ¿se trata de una lógica de lo deseable o de una lógica de lo real? ¿Cómo se opera el tránsito de lo real a lo deseable? ¿Cuándo sirve el análisis de lo que ha pasado para sugerir lo que habría debido pasar, con

[4] Cf. más abajo el texto de los *Umtriebe*, citado en el primer capítulo. La palabra *Umtriebe* es difícil de traducir. En este caso significa a la vez agitación, tumulto y maquinaciones subversivas.

referencia a la eficacia o la moralidad? Este tipo de incertidumbre, bajo una forma u otra, alimenta los inagotables debates sobre las intenciones últimas de Maquiavelo. Una vez descartadas las dos intenciones extremas, lección de despotismo a los príncipes, lección de libertad y desconfianza a los pueblos, ¿qué papel acordaremos, en cada uno de los análisis, a la comprobación melancólica de que "tal es el cariz de las cosas humanas", a la velada indignación contra la corrupción, a los consejos de prudencia, audacia o astucia? Más profundamente, ¿Maquiavelo se oponía conscientemente a lo que Leo Strauss denomina la filosofía clásica, o bien se limitaba a extraer de la experiencia vivida por las ciudades italianas, a la luz de una antigüedad semimitológica, una sociología política sin ilusiones y una praxiología a disposición de todos, pueblos y príncipes, buenos y malos, un catecismo del éxito?

El mismo equívoco afecta, vaya si lo sabemos, el sistema de pensamiento marxista. La síntesis, característica de los doctrinarios de la Segunda Internacional, entre las leyes del devenir histórico y la actuación de la clase obrera, no ha resistido las injurias del tiempo. Ella exigía una cierta conformidad entre el esquema del devenir del régimen capitalista (recrudecimiento de la miseria obrera o de las contradicciones económicas) y la evolución efectiva de las sociedades europeas y americanas. Un determinismo macrohistórico compatible con el papel de los hombres, de las clases y de su voluntad. Pero el determinismo corre el riesgo de degenerar en voluntarismo si la acción de las masas o sus líderes escapa a toda determinación por el medio, que es a su vez cristalización de los hombres y sus relaciones en cuasicosas. La última interpretación de Marx que goza de los favores de la moda parisiense resuelve la antinomia de manera original, en el sentido de que disocia radicalmente dos temas que las interpretaciones anteriores enlazaban con frecuencia: determinismo del sistema y devinir inexorable. El determinismo, en la teoría de Althusser, sólo se aplica al funcionamiento del sistema, a la relación sincrónica entre los elementos. De pronto, la autorreproducción no choca contra un tope cuya resistencia provocaría la explosión del sistema mismo. La explosión, en otras palabras la revolución, no deriva de las leyes estructurales del sistema, está sobredeterminada por la conjunción de causas múltiples, eventualmente accidentales.

El mismo equívoco acerca de las relaciones entre lo real y lo deseable, el determinismo y la voluntad, ha pesado muchas veces sobre la interpretación de Clausewitz, quien sin embargo impone, en este sentido, límites más estrictos a la fantasía o imaginación de los intérpretes. La intención última del hombre-Maquiavelo o del discurso maquiavélico permanecerá siempre a oscuras. La intención última del hombre-Marx o del discurso marxista escapa a una definición clara porque el profetismo y la ciencia, la fe y la busca de la verdad animan alternativa o simultáneamente una obra que fascina tanto más cuanto desafía una ordenación rigurosa.

La intención de Clausewitz, en cambio, se ofrece por sí misma a quien acceda a leerlo atentamente. (Agreguemos que no ha habido muchos lectores atentos.) En el curso de un período de unos quince años quiso elaborar un sistema conceptual, una teoría (en el sentido de que hoy hablamos de teoría económica) que permita pensar, con toda lucidez, el concepto de guerra y las

realidades de la guerra (o las guerras reales). A los veinticinco años, bajo la influencia de Scharnhorst y los acontecimientos, ya sabía cuáles clases de teoría rechazaba como contrarias a la naturaleza de las cosas y como malas consejeras: a saber, las que desconocían el papel de la afectividad, de las virtudes militares y las pasiones; en síntesis de *lo humano,* en las guerras y su conducción, las que proponen reglas estrictas y pretenden discernir una regla única responsable de la victoria o la derrota, ignoran la singularidad de cada coyuntura, excluyen el azar, la buena o la mala suerte. ¿Pero en qué consiste una teoría que no se asemeja a las doctrinas unilaterales, seudorracionales, ilusorias, funestas? Clausewitz reflexionó quince años antes de dar una respuesta definitiva que no por ello es, en ciertos aspectos, menos ambigua. También él habría podido citar, como Montesquieu, el adagio latino: *proles sine matre creata.* Como el autor de *El espíritu de las leyes,* que quizá influyó en él más de lo que han creído los alemanes, buscó la *teoría* de una *praxis* sometida a los cambios históricos, a los azares de la suerte y las pasiones humanas.

Si la intención no ofrece dudas, no sucede lo mismo con la obra inconclusa. Sobre ciertos puntos importantes –las dos clases de guerras, las relación entre las dos definiciones de la guerra, al principio y al final del capítulo 1 (del libro I), sobre la revisión que él se proponía hacer del libro VI–, el debate continúa, y a mi juicio continuará indefinidamente por dos razones. Clausewitz mismo no llegó a ver con absoluta claridad sus propias ideas; su sistema conceptual sugiere múltiples preceptos, pero en niveles y en función de argumentos totalmente ajenos; ya los preceptos derivan necesariamente de los conceptos o principios y presentan una verdad abstracta, ya se fundan en la experiencia histórica y no valen más allá de esta experiencia limitada, ya resultan de la lógica de un tipo de guerra, de la misma manera que, en Montesquieu, ciertas leyes resultan de la naturaleza o del principio del tipo de gobierno. En definitiva, en muchas ocasiones el intérprete se pregunta si el hombre-Clausewitz se expresa siempre en un lenguaje acorde con la lógica de su sistema.

La pluralidad de las interpretaciones posibles de Clausewitz en su tiempo se eleva a una nueva potencia cuando nos preguntamos sobre lo que subsiste de Clausewitz en el nuestro. Por cierto, el estratega se atiene a un dominio de acción más restringido que Maquiavelo o Marx. No se presta a tantas transfiguraciones como el secretario de Estado florentino o el ancestro mítico de los regímenes soviéticos. Sin embargo no ha escapado a los malentendidos que preveía y contra los cuales prevenía a sus lectores.

Que haya entre Maquiavelo o Marx y nosotros una masa de interpretaciones contradictorias o al menos incompatibles no significa, al contrario de lo que sugiere Claude Lefort, que no debamos acudir directamente a Maquiavelo, Marx o Clausewitz. La vía de acceso necesaria son los contemporáneos y los predecesores, y de ningún modo los herederos, legítimos o ilegítimos. Lo que han querido decir Maquiavelo o Marx será más fácil de comprender a través de sus personas, sus propósitos, sus épocas. La comprensión de su discurso nos ayudará a comprender las interpretaciones posteriores, y esa comprensión exigirá a su vez la referencia al medio y las intenciones. En la interpretación de Maquiavelo o Marx, el estudio histórico no permite zanjar las dificultades categóricamente

porque la intención de uno y otro sigue siendo equívoca en cuanto tal o porque la obra reúne elementos diversos, entre los cuales cada cual elige, enfatizando unos, descuidando otros.

La interpretación de Clausewitz a la luz de Lenin o Mao Tse-tung o en relación con las realidades de la era nuclear me parece legítima, pero al menos para quien respete los imperativos del conocimiento histórico, *a condición de no confundir dos tareas absolutamente diferentes;* por una parte, la interpretación de lo que Clausewitz quiso decir a quienes pertenecían a su universo, a quienes compartían la misma experiencia histórica, a quienes daban el mismo sentido a las palabras, y por la otra, la interpretación del sentido o los sentidos que su obra y su sistema tienen o adquieren para nosotros, en función de nuestro universo y nuestras experiencias. Quien confunde ambas tareas viola las reglas del diálogo histórico. Si el intérprete, por bien situado que esté, no logra separarse de sí mismo para ir al encuentro del *otro,* ¿de qué sirve interrogar a un interlocutor que sólo nos responderá, como un eco, con nuestras propias palabras?

En resumen, a quienes me pregunten a partir de cuál posición interrogo a Clausewitz, responderé: a partir del consentimiento en leer y escuchar separándome de mi propia posición; un ideal quizá inalcanzable, pero no una voluntad contradictoria. El círculo hermenéutico entre las partes y el todo, entre un hombre y su tiempo, entre las experiencias vividas y una obra, supone, en efecto, un intérprete liberado, disponible. Si estudia una obra filosófica, puede llegar al límite de la elaboración, de la reconstrucción inteligible de esta obra, sin preocuparse más por su propia situación. Si, en cambio, busca el centro vivo, la inspiración última, las ideas rectoras, el mensaje permanente de Maquiavelo o Marx, no puede dejar de encontrar lo que busca, insistirá sobre lo que cree detestable si combate a los maquiavélicos o los marxistas, sobre lo que considera admirable sin cuestionamientos si cree continuar la misma lucha.

Es necesario establecer aun una nueva distinción entre las reinterpretaciones subjetivas que marcan las preferencias del intérprete o los acontecimientos históricos. Al referirse a la ciencia económica actual, el intérprete separa legítimamente las consecuencias o implicaciones que Marx mismo no había percibido con claridad. La teoría de hoy da un sentido más rico a la teoría de ayer. La práctica de hoy permite captar mejor el alcance de un análisis que hace un siglo suscitaba sólo una curiosidad casi indiferente. Tendré la ocasión, en la segunda parte de este libro, de esbozar semejantes reinterpretaciones.

No obstante, la presente no tiene nada en común con las interpretaciones que contradicen algunas de las afirmaciones más categóricas de Clausewitz. Quien afirma la autonomía del cálculo militar, quien rechaza la intervención de la política en la conducción de las operaciones, quien asimila guerra absoluta con guerra total, quien presenta la guerra absoluta como un ideal a alcanzar, no interpreta, falsifica. Entre las reinterpretaciones estrictamente fieles a la letra de los textos o a la lógica del sistema y las falsificaciones, deliberadas o inconscientes, hay múltiples formas intermedias, por retomar una expresión cara al mismo Clausewitz.

# *PRIMERA PARTE*

## Del hombre a la obra

El *Tratado* abarca tres de los diez tomos de los *Hinterlassene Werke.* Si añadimos a los otros siete tomos la correspondencia, los artículos políticos, el curso sobre la *guerra pequeña,* la obra mayor no constituye más que un fragmento de la obra clausewitziana. No obstante, por motivos inmediatamente inteligibles, me propongo ante todo comprender y hacer comprender el *Tratado.*

He elegido un camino aparentemente indirecto. Incluso algunos juzgarán que la tercera parte, "El proyecto teórico", tendría que figurar al principio. De hecho, la lógica misma de mi empresa me dictó la estructura que terminé por adoptar.

Clausewitz sólo publicó en vida artículos no firmados, no llegó a redondear el *Tratado* y escribió, antes de sellar el manuscrito, que éste, en su forma actual, se prestaba a toda clase de malentendidos. Por lo tanto, me competía, en primera instancia, seguir las etapas de la formación de su pensamiento, no sólo antes de 1815 sino en el curso de los años, entre 1816 y 1830. El método elegido no carece de ciertas dificultades para el lector, a quien invito a entrar de golpe en el universo clausewitziano, en cierto modo sin prepararlo. En particular, los primeros párrafos del capítulo III, la exposición de la síntesis final, exigen algún esfuerzo de atención. La significación de esos párrafos será más clara para el lector que consienta en releerlos después de haber concluido el libro I.

El orden que he seguido en la exposición-comentario resulta de una imposición. Si, como yo creo, Clausewitz no dominó cabalmente su propio sistema sino hasta el momento en que escribió la versión actual del capítulo 1, I, conviene leer e interpretar el conjunto a la luz de lo que yo denomino síntesis final o testamento intelectual. En la última nota, redactada antes de abandonar su puesto de director de la Escuela General de Guerra, él manifestó expresamente que sólo el primer capítulo del libro I le satisfacía. Por lo tanto, yo tenía que rastrear, a grandes rasgos, la evolución del pensamiento clausewitziano antes de analizar la *dialéctica* o el *proyecto teórico.*

En el conjunto, me he atenido estrictamente a los textos mismos, a los escritores militares que conoció Clausewitz, y he desechado voluntariamente a los comentaristas, salvo para oponer las interpretaciones de ellos a la mía. Sólo hice una excepción que me pareció indispensable, aunque no ignoro los inconvenientes. Me refiero al *debate estratégico* iniciado por Hans Delbrück. En efecto, éste mezcló de un modo inextricable un debate sobre el pensamiento de Clausewitz con un debate sobre las dos especies de guerra o estrategia; yo no podía discutir el sentido de la *Advertencia de 1827* sin referirme a él, ni presentar el análisis del debate estratégico sin remitirme al mismo Clausewitz. Una solución diferente habría presentado más inconvenientes de la que terminé por adoptar.

En las otras dos partes del libro I no me he propuesto reproducir detalladamente las ideas estratégicas o tácticas de Clausewitz. En particular, no he utilizado el *Esbozo de una teoría del combate o táctica.* Este texto, absolutamente ignorado por los lectores franceses antes de 1914, habría evitado muchos errores. Como mi intención principal es poner de relieve la manera de pensar y, por así decirlo, la estructura mental de Clausewitz, este texto no aporta

casi nada que yo no pudiera encontrar en el *Tratado* mismo. El método, conceptual y empírico a la vez, es el mismo.

La exposición siguiente —análisis y comentario— no se propone reemplazar la lectura del *Tratado* sino facilitarla. Debe acompañar al lector en la exploración de un texto que tiene fama de engorroso, tal como el *Tratado* debía servir como preceptiva para los jefes militares. ¡Espero que a su vez no suscite otros tantos malentendidos! Además, el peligro ya es menor que en el pasado; Clausewitz ha llegado a su lugar natural: las universidades.

## *CAPITULO I*

### Las experiencias vividas

Ingresado en el ejército prusiano a los doce años, en 1792, como *Fahnenjunker,*[1] en el regimiento Príncipe Fernando, Carl von Clausewitz, cuarto hijo de Friedrich Gabriel von Clausewitz, murió en 1831, habiendo alcanzado, al término de una carrera brillante, y a sus propios ojos decepcionante, el grado de general. No conoció más existencia que la del soldado, no recibió más educación que la de la Escuela General de Guerra, donde fue admitido en el otoño de 1801 y donde conoció a Scharnhorst, su padre espiritual.[2] Debió su formación a sus extensas lecturas y a la meditación.

Entre 1729 y 1831, Carl von Clausewitz recorrió, con su generación, dos épocas de la historia: primero, la Europa de las guerras de la Revolución y el Imperio, de 1793-4, año de la campaña de Francia en la cual participó el soldado de trece años, hasta la campaña de 1815, durante la cual el coronel sirvió como jefe del estado mayor del general von Thielmann, comandante del cuerpo prusiano acantonado frente a Grouchy después de la batalla de Ligny; después, la Europa pacificada de la Santa Alianza, que no ofrecía más oportunidades a los oficiales ávidos de proezas, pero incitaba a la reflexión sobre los acontecimientos del ayer y sobre las lecciones que podían extraerse para el porvenir.

Inseparable de la historia grande, la vida de Clausewitz también se divide en dos períodos: uno dedicado sobre todo a la acción y el otro a la obra. Por cierto, el joven oficial rivalizaba ya con los teóricos[3] cuando frecuentaba la Escuela de Guerra y servía como edecán del príncipe Augusto. La *Estrategia de 1804*

[1] O *Gefreiter-Corporal,* con rango de suboficial, Schwartz I, p. 33.

[2] Gerhard Johann David Scharnhorst, que enseñaba en la Escuela de Guerra, no era prusiano (era hannoveriano) ni noble. Cf. Nota I.

[3] Un pasaje del artículo de *Neue Bellona* (1805, ps. 260 y 13) permite suponer que Clausewitz ya pensaba en una gran obra (la primera cifra corresponde a la página de la edición original de la revista, la segunda a la página de la edición crítica de E. A. Nohn, cuaderno 5 de la *Wehrwissenschaftliche Rundschau,* titulado "Der unzeitgemässe Clausewitz. Notwendige Bemerkungen über zeitmässe Denkfehler", Francfort, E. S. Mittler und Sohn, 1956).

testimonia una asombrosa madurez de espíritu y ya figuran allí muchos temas y métodos característicos del *Tratado*. En 1810-11 dictó dos años en Berlín, en la institución donde había conocido a su maestro, el curso sobre la *guerra pequeña*.[4] A él se le encomendó la instrucción militar del príncipe heredero (1810-1811-1812), lo cual lo incitó a redactar unas memorias, fechadas desde 1811, antes de dejar el servicio del rey para combatir a Napoleón en Rusia. Esas memorias nos ayudan a seguir la formación de su pensamiento entre las primeras notas de 1804 y el *Tratado*. Por otra parte, Clausewitz, después de 1815, tal vez no creía que las circunstancias lo alejaban definitivamente de la acción. En vísperas de la revolución francesa de 1830 y la revuelta de los polacos, Clausewitz, que acababa de dejar la dirección de la Escuela de Guerra y recibir el puesto de inspector general de artillería, fue nombrado jefe de estado mayor del mariscal von Gneisenau, comandante del ejército prusiano en la frontera oriental. No había abjurado de la animadversión que sentía desde la infancia contra los franceses, ni del gusto por los planes de campaña, eternamente ocultos en sus cajones.

Admito las reservas que expresan los biógrafos de Clausewitz con respecto a la distinción entre los dos períodos: *Geist und Tat* (por retomar el título del pequeño volumen de misceláneas publicado por W. M. Schering); el soldado jamás separó el pensamiento de la acción, así como nunca separó la guerra de la política ni el entendimiento de la sensibilidad. Si a pesar de todo conservo la distinción, en un sentido limitado, es porque las circunstancias la han impuesto, creando al mismo tiempo una situación comparable a aquella en la que Tucídides o Maquiavelo escribieron sus obras, o al menos sus obras maestras. Los grandes libros sobre la acción parecen escritos por hombres de acción a quienes la fortuna ha privado del logro supremo y alcanzan un equilibrio sutil entre el compromiso y el distanciamiento, todavía capaces de reconocer los constreñimientos y servidumbres del soldado o el político, pero también de contemplar desde fuera, no con indiferencia sino con serenidad, la ironía de la suerte y el imprevisible juego de fuerzas que ninguna voluntad domina. Filosofía transida del pesimismo que inevitablemente alimenta la frecuentación de los Grandes y la observación de la historia, filosofía sin ilusión, pero no sin pasión: en definitiva, qué importan la precariedad de las victorias, la fragilidad de los Estados. Quien entrega su alma a la cosa pública opta por edificar castillos de arena. Le queda la esperanza de Tucídides, *χςῆμα ειξ αει* o la de Clausewitz: "Mi ambición era escribir un libro que no cayera en el olvido a los dos o tres años, que el interesado en este tema puediera retomar varias veces".[5]

¿Se puede comparar *Vom Kriege* con la *Guerra del Peloponeso*? Sí, mas para oponerlos. Tucídides narró la gran guerra e intercaló en el relato las elecciones que extraía: la interpretación de los hombres y los acontecimientos constituye la articulación del relato mismo. Clausewitz narró varias de las cam-

[4] Publicado en el tomo I de Carl von Clausewitz, *Schriften, Aufsätze, Studien, Briefe*, herausgegeben von Werner Hahlweg, Gotinga, Vandenhoeck et Ruprecht, 1966. Clausewitz había asistido a los cursos de Scharnhorst sobre el mismo tema en 1802-1803.

[5] *Tratado*, ps. 42 y 3 (175-176).

pañas de Napoleón:[6] El *Tratado* utiliza los relatos para levantar un edificio conceptual, una teoría de la estrategia. En la medida en que esta teoría se fundamenta en una experiencia histórica y tiende a rebasarla para formular proposiciones eternamente verdaderas o válidas, el intérprete debe evocar la experiencia vivida por el teórico y las circunstancias materiales que éste no detallaba en cada ocasión porque las daba por conocidas.

Me parece tan imposible como vano bosquejar un cuadro político y militar de las guerras de la Revolución y el Imperio; me parece igualmente inútil narrar una vez más el hundimiento prusiano después de Jena, la obra de los Reformadores, la alianza con Napoleón en 1812, la guerra de liberación después del desastre de la *Grande Armée* y la participación de las tropas prusianas renovadas en las batallas de 1814 y 1815. Tampoco tengo la intención de presentar en un solo capítulo el resumen de una biografía de Clausewitz.[7] Quería, dándole la palabra a él, usando y abusando de fragmentos de su correspondencia o sus escritos de circunstancias, ayudar al lector a comprender al hombre, su doble pasión, las etapas de su carrera, sus desgarramientos, su clarividencia.

Los aficionados a la teoría pura juzgarán estéril este esbozo biográfico. Quizá tengan razón; si Marie von Brühl los aburre y el concepto de guerra absoluta o abstracta los fascina, no tienen más que pasar al capítulo siguiente.

### *1. Los orígenes y la personalidad. Clausewitz y Marie von Brühl*

El padre de Clausewitz, Friedrich Gabriel Clausewitz —sin *von*—, nacido el 13 de febrero de 1740 en Halle, era hijo único del segundo matrimonio del profesor Benedictus Gottlieb Clausewitz. Tenía nueve años cuando murió el padre, y fue criado por el segundo marido de la madre, el mayor von der Hundt. Este último le hizo reconocer una nobleza a la cual sus padres y abuelos, profesores de filosofía y teología o pastores, habían renunciado. Esta reivindicación de la nobleza se basaba en el parentesco con un tal Freiherr von Clausewitz, de Silesia, que se remontaba a fines del siglo XVII. Según los trabajos recientes, en particular los de E. Kessel,[8] la familia Clausewitz no tenía ningún derecho a la nobleza. El padre de Clausewitz sirvió en el ejército de Federico II cuando éste, durante la Guerra de los Siete Años, tuvo que morigerar la regla según la cual la "sangre azul" autorizaba el acceso al cuerpo de oficiales. Una vez concretada la paz, según la versión dada a Carl, una herida en la mano lo habría obligado a renunciar al servicio. Despojado del uniforme, ocupó una posición mediocre en la administración fiscal, apegado con todo su ser a la institución que lo había echado. Si hemos de creer a Carl,[9] los camaradas del padre continuaban

[6] En particular las de 1797, 1806, 1812, 1814, 1815.

[7] Existen varias: en francés, la de Pierre Roques (París, Berger-Levrault, 1912). En inglés se ha publicado recientemente la de Parkinson (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1970). Pese a todo, el tema aun hoy podría tentar a algún historiador amante de las personalidades, las ideas y las batallas. Cf. el apéndice biobibliográfico al final del último volumen de esta obra.

[8] E. Kessel, "Carl von Clausewitz, Herkunft und Persönlichkeit", *Wissen und Wehr*, año 18, 1937, cuadernos 11 y 12.

[9] Cf. *Nachrichten über Preussen in seiner grossen Katastrophe.*

frecuentando la casa del ex oficial y éste reaccionaba ante la frustración personal con un paroxismo de patriotismo y espíritu militar. Crió a sus cuatro hijos en el culto de Federico II, de Prusia y del ejército: tres de ellos eligieron la carrera de las armas, sobrevivieron a las guerras y llegaron a generales. El mismo Carl, pese a la morosidad que ensombreció sus últimos años, hizo una carrera rápida: comandante a los treinta años, coronel a los treinta y cuatro, general a los treinta y ocho.

Los autores alemanes han emprendido investigaciones eruditas sobre los orígenes de la familia; algunos incluso han formulado la pregunta que deriva de la psicología profunda: ¿la personalidad de Carl fue signada por una ascendencia incierta? Leamos la carta escrita a la novia el 13 de diciembre de 1806,[10] después del desastre:

"Tras haber reflexionado mucho, querida Marie, pensé que convenía más aclarar ahora mismo, en esta carta, el tema de conversación que hemos abordado recientemente. Dicho tema sólo me resulta penoso en circunstancias que me impiden decirlo todo, cosa que no ocurre en una carta. Me había propuesto postergar esto para hablarlo más tarde; no había razón, era un sentimiento que yo tenía: hay tantas cosas que deben librarse a oscuras apreciaciones intuitivas. No obstante, la manera en que usted me ha hablado y la confiada intimidad de nuestras almas, cada día más fuerte, hacen que me resulte muy agradable, en el momento, poder decírselo todo. He aquí, pues, toda la verdad sobre mis orígenes".

Clausewitz escribe a continuación que su padre desciende de una familia noble de la Alta Silesia, cuyo último representante vivía en Jägendorf a fines del siglo XVII. Los hijos de éste "parecen haber escogido el estado plebeyo, pues mi abuelo fue profesor universitario en Halle. . .". La familia no habría pensado más en la nobleza, "sólo mi padre, que era el menor de la familia, profesaba otra opinión. Cuidando de evitar la prescripción definitiva de nuestros antiguos privilegios, escribió a Federico el Grande, y, manifestando su calidad de gentilhombre, solicitó un empleo militar para el cual cumplía todos los requisitos. El rey, dando curso a su petición, lo afectó al regimiento de Nassau". Luego sigue la versión oficial: el padre participa en la Guerra de los Siete Años; herido en la mano derecha, debe abandonar el ejército. El hijo mayor estudia teología y siente tal repugnancia por su estado que, demasiado grande para hacerse soldado, entra en la administración civil. Para los otros tres hijos, el padre se reservó la decisión, escribió al rey, y "es así como los tres hermanos menores que éramos debimos a nuestra cualidad de gentileshombres nuestro ingreso al ejército; mi tercer hermano y yo volvimos a encontrarnos en un regimiento (que llevaba el nombre del príncipe Fernando) donde sólo se aceptaban miembros de la nobleza. Aun así, como teníamos parientes que no parecían de origen noble, naturalmente temimos que nos tomaran por usurpadores si, por casualidad, esta situación llegaba al conocimiento general. Esta idea nos resultaba inexpresablemente ingrata, pues teníamos la sensación cabal de que no había en nosotros una sola gota de sangre falaz; de hecho, no teníamos la menor aprensión: a quien

10 Schwartz, I, p. 231.

fuera tan malintencionado como para dudar de nuestro título de nobleza le habríamos respondido con una espada que nos amparaba de toda humillación; pero en relaciones donde hacía falta más delicadeza, toda alusión a una usurpación nos resultaba insoportable hasta que una exposición detallada de las circunstancias pudiera desecharla (como en este instante) y mostrarnos tan libres de toda sospecha como nos sentíamos en el fondo de nuestro corazón". Por último Carl explica que su padre había querido pedir al rey una confirmación de su nobleza, que sus amigos, sobre todo Rüchel,[11] lo habían disuadido de ello, argumentando que nadie la ponía en duda. Los acontecimientos de la guerra los disuadieron aún más de esta medida. Carl termina así esta confesión: "Desde el instante en que nuestras relaciones me hicieron considerar la eventualidad de que usted fuera mía un día, este asunto empezó a afligirme nuevamente; pero sabiendo que la hondura del lazo que nos unía no me privaría de la ocasión de explicarme en detalle alguna vez, me he inquietado bastante poco por el asunto en lo que a usted concierne, aunque siempre me haya sido penoso evocar el tema con sólo rozarlo.

"Confieso que la idea de pasar por usurpador o aventurero y la idea de que pudiera sospecharse que me avergüenzo de mis parientes, todas personas de extrema probidad, siempre me han herido en lo más profundo del corazón, agudas como flechas, despertando en mí un sentimiento indecible. Desde luego usted no habrá podido tener la primera de estas ideas, pero es posible que en cierto momento no haya podido evitar tener la segunda. Espero, Marie, que así la haya librado de ella de nuevo me pertenezca usted con toda su alma, un alma ahora aliviada. Estoy demasiado emocionado, en este momento, para añadir algo más, permítame interrumpir aquí. Mañana espero volver a verla, volver a ver su rostro exquisito, su rostro celestial".[12]

La carta testimonia una emoción mal contenida, contradicciones insolubles, un orgullo herido. Por cierto Carl no quiere dudar que su padre está relacionado con la familia de Alta Silesia, cuya nobleza, como quien dice, ha caído en desuso por la conversión al estado burgués de varias generaciones de profesores. La carta, transida de amor y sufrimiento, traiciona la duda en la negativa a dudar, duda y rechazo igualmente dolorosos porque Clausewitz mismo, en función de su propio sistema de valores, debería desechar con desprecio esta obsesión por la "sangre azul", que no corría por las venas de Scharnhorst. No obstante, en el ejército prusiano de principios del siglo XIX, que en buena medida se conservó así hasta principios del siglo siguiente,[13] Clausewitz no podía alegar indiferencia en cuanto a su ascendencia sin pasar por un advenedizo, sin salir moralmente del universo prusiano para el cual su padre había criado a los tres hijos. Para dudar

[11] Se trata del general Ernst Wilhelm Friedrich von Rüchel (1754-1823), que la edición de Alemania Oriental define como un general de infantería reaccionario, enemigo enconado de los Reformadores, que, por su incapacidad, había desempeñado un papel importante en la derrota de Jena (p. 921). Está citado dos veces en el *Tratado*, al final del capítulo 4 ("Metodismo") del libro II y en el capítulo 7 del libro IV ("Decisión del combate"), las dos veces para ejemplificar errores.

[12] Schwartz, I, ps. 231-233.

[13] Alfred Vagt, *A History of Militarism*, Londres, Allen & Unwin, 1938, ps. 63-67, p. 200 ss., ps. 448-449.

de su nobleza habría tenido que acusar al padre, no creer en su palabra. Marie von Brühl, por su parte, pertenecía a una gran familia sajona de nobleza imperial· ¿cómo la madre de Marie habría podido consentir libremente un casamiento con este oficial pobre si él no poseía siquiera un título legítimo de nobleza y al mismo tiempo usurpaba los galones?

Me he demorado unos instantes en esta carta, testimonio de un alma inquieta, privada hasta el último día de la paz interior. Esta nobleza incierta –bastaría según el lenguaje sartreano– dejó una impronta en su personalidad, mientras que el gusto por los conceptos y las construcciones abstractas, propia de los teólogos, se encuentra en el teórico. A fin de cuentas, más que *filósofo* de la guerra, Clausewitz podría ser llamado *teólogo* de la guerra. La existencia de la guerra no la cuestiona, así como el teólogo no cuestiona la existencia de Dios. Expresa con rigor las ideas que implica la naturaleza de la cosa o de la idea (más o menos confundidas).

Pese a esos orígenes oscuros, un destino singular obligó a Carl a pasar la mayor parte de su existencia, a partir de 1803, en compañía de los Grandes. Al regreso de la campaña de Francia (1793-1794), vivió ocho años en una guarnición de la aldea de Neu-Ruppin; en esos ocho años el joven teniente se instruyó por su cuenta para dar el examen de ingreso en la Escuela de Guerra.[14] Los dos años de Berlín, en la Escuela, marcan un viraje. Egresado como el primero de su promoción, llegó a ser, por recomendación de Scharnhorst, edecán del príncipe Augusto, y lo acompañó durante la campaña de 1806 y el cautiverio en Francia. Sólo abandonó al príncipe en 1808, para reunirse nuevamente con Scharnhorst cuando éste se dedicaba a la reorganización del ejército prusiano. Muchas de las circulares o instrucciones, publicadas por el profesor Hahlweg,[15] fueron redactadas por Clausewitz, quien entre los Reformadores era, por así decirlo, el letrado. Fue él quien redactó las famosas *Profesiones de fe.*[16]

El contraste entre sus orígenes y el medio que frecuentaba, el de la alta nobleza y la corte, debía acentuar la tendencia a la retracción, al silencio y la gravedad. Carl tuvo, aparentemente, una conciencia demasiado temprana de su superioridad intelectual, no en relación con algunos –Scharnhorst, Gneisenau– a quienes respetaba y admiraba, sino en relación con la mayoría de quienes frecuentaba en compañía del príncipe.

En una carta del 29 de setiembre de 1806, en vísperas del desastre, escribió a su novia: "Cuando saco conclusiones de todas las observaciones que tengo ocasión de hacer, llego siempre a la *probabilidad* de que *nosotros* ganemos la próxima gran batalla; por mínimo que sea el peso de las razones que inclinan la balanza del lado de la esperanza, basta para infundirme serenidad, y también a usted. La probabilidad se volvería certidumbre, la esperanza se transformaría en convicción, si yo contara con plena libertad para organizar la dirección de toda esta guerra y de cada uno de los ejércitos según mi criterio".[17]

[14] Cf. Nota II.

[15] T. I de *Schriften, Aufsätze, Studien, Briefe.*

[16] Cf. más adelante en este capítulo.

[17] Schwartz, I, p. 225.

Quien escribe estas líneas no tiene más que veintiséis años: la confianza que manifiesta tal vez la siente. ¿Qué oficial, qué patriota se resigna a desesperar aun antes de combatir? Por el contrario, él se ubica imaginariamente en el lugar del *Feldherr,* del jefe, y de golpe promete a su amada una victoria que "salvará a Alemania y Europa" y lo hará plenamente digno de su adorable Marie.

El oficial pobre, dado a la especulación intelectual, consciente de su valor, no participa de la alegría, de las diversiones de quienes lo rodean, sobre todo el príncipe Augusto, atrevido y frívolo. "Es algo extraño, esta rígida gravedad que la naturaleza me ha dado y de la cual no puedo liberarme. Por nada del mundo me resignaría a participar en una mascarada, a desempeñar un papel divertido en la sociedad. Sé que eso se denomina comúnmente pedantería, pero es un error, pues en lo que a mí concierne se da contra mi voluntad o al menos totalmente fuera de ella."[18] Muchos de quienes lo conocían en la vida mundana o militar respondían a su serenidad, a su pesadez, con hostilidad, o sea con la ironía que a menudo atrae sobre sí un oficial intelectual. ¡Como si este oficial careciera de virtudes marciales! La conducta de Clausewitz en Prenzlau y en las batallas de 1814 basta para disipar toda sospecha al respecto.

De hecho, Clausewitz reservaba para sus contemporáneos, para aquellos que él veía en los puestos superiores, juicios desprovistos de indulgencia. Los retratos de los jefes de Estado prusiano, en la víspera del desastre, me recuerdan algunos de los retratos que nos ha dejado Alexis de Tocqueville en sus *Souvenirs.* Una comparación en cierto modo paradojal: Clausewitz se elevó, gracias a su inteligencia, por encima de su condición, mientras que Tocqueville pertenecía a la vieja nobleza. Pero ambos tuvieron, uno en 1806, otro en 1848, papeles secundarios, mientras que se sentían, aunque fuera a pesar de sí mismos, superiores: uno se soñaba jefe militar, el otro estadista; uno imaginaba planes de campaña, el otro trazaba el modelo de un régimen democrático moderado; uno seguía al príncipe Augusto, el otro a Odilon Barrot (¿quién se acuerda todavía del líder de la oposición dinástica? ). Ambos pasaban por taciturnos y orgullosos, cuando ambos disimulaban la timidez, una personalidad mal avenida consigo misma.[19] (El aristócrata normando se plegaba a la democracia con el cerebro, mas no con el corazón.) Cuando ambos dejaban correr la pluma por el papel, la ferocidad de los juicios justificaba en cierto modo la antipatía que suscitaban. A fin de cuentas, quienes los acusaban de arrogancia no se equivocaban: estos dos hombres de pensamiento que también fueron y quisieron ser hombres de acción, dirigían a la mayoría de los otros la mirada implacable, justa o injusta, del genio no reconocido (o que se cree no reconocido).

Sin embargo, no podría decirse que Clausewitz no fue reconocido por los pocos hombres superiores a quienes él mismo reverenció. Scharnhorst distinguió sus méritos inmediatamente, y Marie, tan alejada de él por su origen, le entregó su amor. La carta del 9 de abril de 1807, escrita en Soissons, que podría

[18] Carta a su novia del 2 de abril de 1807, desde París, *ibid.,* I, p. 260.

[19] Tocqueville contrajo matrimonio, sorprendentemente, con una inglesa que no pertenecía a la nobleza. Clausewitz, de manera igualmente sorprendente, contrajo matrimonio con Marie von Brühl, que pertenecía a la alta nobleza. Ni uno ni otro tuvieron hijos. Ambos vivieron en un mundo al cual no pertenecían del todo.

provocar una sonrisa, revela fielmente las dos pasiones del joven: "Mas hay en mi vida dos hechos que me han dejado una impresión de alegría que nada ha podido turbar ni debilitar, que, al menos por instantes, me han hecho olvidar todo el resto. El primero es la distinción de que fui objeto cuando me pusieron a la cabeza de cuarenta jóvenes, todos ansiosos de destacarse en sus virtudes y en la ciencia militar. Sin instarme a creer que yo era superior a todos los demás por las cualidades de mi espíritu, este privilegio me convenció al menos de que mi pensamiento era el más cercano espiritualmente al de quien dirigía esta institución, un hombre a quien yo consideraba capaz de asumir excelentemente responsabilidades enormes en el teatro de los grandes acontecimientos; tampoco sabría expresar cuánto me halagó esta recompensa. El segundo hecho es haber ganado tu amor. Jamás creerás, querida Marie, cuántos progresos creo haber realizado, gracias a ello, en la dirección de la meta que persigo. Amar me era necesario, pues qué hombre sensible podría ignorar esta bella aspiración. Pero un amor que me hubiera encerrado en el círculo ordinario de la vida no me habría causado más que amargura e insatisfacción; el amor consagrado a un ser absolutamente excepcional es lo que acelera nuestro impulso en la noble carrera. Sin llegar a tanto, me basta el sentimiento de haber conquistado un bien tan raro y tan elevado para hacerme celebrar nuestro lazo con una alegría sin mezcla, pues la riqueza de tu alma es para mí una garantía de la duración de mi propio amor; mi razón me lo dice tan claramente como mi corazón".[20]

Su razón y su corazón no se equivocaban: el amor de Marie y Carl duró hasta la muerte. Las últimas cartas, enviadas en 1831 desde Posen, testimonian, aunque el tono haya cambiado, la misma inalterada intimidad entre dos almas, la misma tenacidad, la misma confianza.

¿Qué influencia ejerció Marie sobre Carl? Prisionero en Francia,[21] él visita el Louvre y le comunica sus impresiones. Ella ha dado a este "hijo de los campamentos" *(Sohn des Lagers)*[22] el gusto por el arte, la pintura, la música, que quizá llevaba en sí, pero que ha desarrollado y enriquecido en comunión con ella. Quien escribía el 3 de octubre de 1807 "Soy incapaz de dedicar una atención permanente a temas que no sean políticos ni históricos",[23] escribe desde Posen el 23 de mayo de 1831: "¡Cuántos sentimientos dormidos en el fondo de mí despierta esta música! Es como un mundo nuevo que renace en ti. Tratar de expresarlo en palabras sería como pretender apresar el aire y la bruma con un colador. Sólo puedo sugerir la impresión de conjunto en la expresión del amor y la nostalgia indecibles que me hacen desear apretarte contra mi corazón, mi muy querida esposa". Tal vez esas comparaciones con el arte que tienen tanta importancia en el *Tratado* deben algo a la iniciación artística propiciada por Marie.

¿Compartió Carl la religión de su amada? Ciertos biógrafos afirman que sí,

[20] Schwartz, I, p. 267, carta del 9 de abril de 1807.

[21] La condición de los prisioneros, el príncipe y su edecán, era cómoda en la época. Se les había dado a optar entre tres ciudades y habían elegido Soissons.

[22] *Ibid.*, I, p. 240.

[23] *Ibid.*, I, p. 229.

sobre todo P. Roques.[24] Carl habla en diversas ocasiones de otra existencia, pero la trillada expresión no demuestra una auténtica fe. El texto citado con más frecuencia a favor de la tesis contraria no resulta más convincente: "No acuso a la Providencia del destino de los hombres y las naciones. Reconozco que no discernimos su plan, o al menos no la totalidad, y que no tenemos derecho a incriminarla. Mas precisamente por ello nuestro corazón jamás podrá alejarse de estas generaciones a las que vemos cargar penosamente por el fardo de la vida de siglo en siglo, para encontrar su serenidad en la fe; nuestra razón misma no puede alejarse completamente de esta tierra para volverse al cielo; y ni a nuestro corazón ni a nuestra razón les place hacerlo. ((. . .)) No es necesario que la religión desvíe nuestra mirada de este mundo; ella es una potencia celeste que se alía con todo lo que hay de noble aquí abajo, y por mi parte jamás fue animado y sostenido por un sentimiento religioso sin haber sido incitado a una acción buena y sin sufrir el deseo, y luego la esperanza, de llevar a cabo una acción grande. He ahí lo que me justifica, a mi entender, por no poder apartar los ojos de la tierra y de la historia profana, y de acordar los sentimientos de mi corazón a las conclusiones de mi espíritu débil".[25]

El idealismo, la filosofía de las Luces, no excluyen esta religiosidad, la fe en una providencia por lo demás inescrutable. Lo que singulariza a Clausewitz y le da un lugar aparte es que el sentimiento religioso inflama su voluntad de actuar. Sería exagerado decir que la política o la guerra cobran un carácter sagrado, pero la idea de que el hombre participa en la obra de la Providencia mediante sus alegrías o sufrimientos, victorias y derrotas, corre el riesgo, en otro contexto y otro tiempo, de deslizarse hacia una inversión o falsificación del idealismo, todavía vivo en la época de los Reformadores.

Carl y Marie no tuvieron hijos; una sola vez, en su correspondencia, el 25 de abril de 1813, él manifiesta su pesadumbre: "Ver nuestra casa desierta me entristece muchísimo y debo confesarte que esta tristeza crece día a día, no tanto porque sufra al verme privado de esta dicha, sino porque no puedo consolarme ante la perspectiva de que tú, la mujer más dulce y noble que se haya conocido, puedas quedar sin descendencia". En un hogar sin hijos, Carl y Marie vivieron el uno para el otro, el uno por el otro, ella también apasionada por los asuntos públicos, él capaz de seguirla en el universo de la belleza, ella espontáneamente serena, equilibrada, él siempre inquieto y como desgarrado.

En 1807, ella le hablaba de esta "naturaleza apasionada y desventurada que se consume a sí misma y que depende de ti mismo más que de los otros".[26] Y Carl respondía: "funesta y nacida de mí mismo (esta disposición), eso es indudablemente exacto; se consume a sí misma, sí, pues no la alimenta una materia externa y la llama devastadora se adhiere a mí. Todo esto se me presenta mucho más claramente en la situación que vivo desde la época de nuestra desdicha;

[24] En la biografía citada más arriba. Me remitiré también a tres ensayos del mismo autor publicados en vísperas de la guerra de 1914: *Les adversaires prussiens de Napoléon* (París, Berger-Levault, 1913).

[25] Schwartz, I, p. 294. Carta del 5 de octubre de 1807.

[26] *Ibid.*, I, p. 255, carta del 17 de marzo de 1807.

no busco ocupaciones sino para distraerme, y ni una sola vez he saboreado ese placer que antaño recompensaba de vez en cuando mis afanes. Considerándolo todo, no encuentro un placer verdadero salvo en tu conversación, pues los derechos de tu corazón se afirman como orgullosamente imprescriptibles".[27]

Dos años más tarde, en una carta del 7 de enero de 1809, Marie escribía: "((. . .)) en tanto vivas y me ames, no puedo ser del todo desdichada". Y un poco más adelante cita a Madame de Staël:[28] "Sin duda aquella que ha conocido un hombre cuya energía no ha eliminado su sensibilidad; un hombre que no puede tolerar la idea de que otro sea infeliz, e incluye el honor dentro de la bondad; un hombre fiel a los juramentos no garantizados por la opinión pública, y que necesita de la constancia para gozar de la verdadera felicidad de amar; aquella que fuera la única amiga de semejante hombre podría triunfar, en el seno de la felicidad, sobre todo los sistemas de la razón". Y luego concluye: "Esta rara alianza de cualidades muy diferentes y tan a menudo incompatibles que admiro en ti, también me atrae inexorablemente hacia ella; ((. . .)) del mismo modo también tú, mi Carl, suscitas la estima de tus amigos por tus conocimientos, por tu actividad y por la serenidad de tu voluntad, mientras que la hondura de sentimientos de tu bella alma satisface las más sutiles aspiraciones de un corazón amante".[29] Entre el amor y el deber patriótico ninguno de ambos titubeó y la opción desgarradora era en cierto modo obvia. Tuvieron que esperar más de cinco años la autorización de la madre de Marie. Quince meses después de la boda, Carl partía, abandonando el servicio del rey para combatir contra Napoléon en Rusia. Anteriormente, ella le había dado menos la autorización que la orden: "Tu amor es mi único bien, mi bien supremo; pero nada me consolaría si, por consideración a mi persona, por mi opinión o mis deseos, admitieras algún sacrificio que más tarde te verías obligado a lamentar; tienes que pensar en ti y en tu propio futuro, y te cito a la Diótima de *Hiperión:* Actúa, estoy dispuesta a soportarlo todo".[30]

## *2. La derrota y la resistencia*

Claùsewitz, edecán del príncipe Augusto, lo siguió a Francia sin haber ganado en el campo de batalla los laureles con que había soñado.

Antes de la batalla, el 11 de setiembre de 1806, a los veintiséis años, le escribió a Marie: "Si se me niega la oportunidad de cumplirlas (grandes y buenas acciones), tendré eternamente la sensación de haber robado al cielo por poseer este amor sin paragón, por ser objeto de tus sentimientos más profundos. Si me es imposible desechar del círculo de mis pensamientos esta idea de haber usurpado un bien inmerecido, no es porque carezca de noble orgullo, no es por

[27] *Ibid.*, I, p. 255, carta del 17 de marzo de 1807.

[28] La baronesa de Staël-Holstein. *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations,* Londres, chez Colburn, Libraire, Conduit Street, Hanover-Square, 1813, ps. 144-145.

[29] Schwartz, I, p. 393, carta del 7 de enero de 1809.

[30] *Ibid.*, I, p. 382, carta del 17 de noviembre de 1808. Alusión a la novela de Hölderlin, *Hiperión.*

pusilanimidad, pues desde la infancia mi corazón ha abrigado el deseo de llevar mis esfuerzos hasta lo más alto; pero jamás me reconciliaría con el destino si hubiera usted elegido a un hombre incapaz de elevarse por encima de los otros en la medida en que su suerte se elevaba por encima de la dicha común de este mundo".[31] Debe hacerse merecedor de su dicha y su conquista por grandes acciones.

Algunos días más tarde tiene una "impresión estética" ante el espectáculo de la tropa y, curiosamente, nota que los individuos, cada cual con sus rasgos singulares, se distinguen pese a todo en la multitud. "Esta masa de individuos que la unidad militar más pequeña presenta a la mirada, unida en un viaje común, largo y penoso, que debe llevarla al teatro donde la acechan mil amenazas de muerte, la meta sublime y sagrada que persiguen, todo ello hace que mi alma encuentre en este espectáculo una significación que la conmueve profundamente."[32] Y un poco más adelante, en la misma carta: "La guerra es necesaria para mi patria y, por decirlo todo, sólo ella puede hacerme alcanzar la felicidad".

Ni el amor ni el patriotismo saldrán menoscabados de la catástrofe: incluso se expresan en un tono, un estilo, con los cuales el lector de hoy logra simpatizar con más facilidad. Carl tiene conciencia –y el relato del último combate, en Prenzlau,[33] lo demuestra– de haberse portado como un soldado en medio del peligro. "He sufrido experiencias dolorosas, y mi alma ha padecido heridas sangrantes, pero la roca sobre la cual se asientan mis esperanzas, la única fuente de mi *certidumbre,* esa roca está siempre erguida, sólida e intacta. . . Por lo que respecta a mi disposición interior, si no llevo un rico botín de grandes hazañas al menos estoy libre de todo fardo de culpabilidad; y puedo decirme que no he sido indigno de las esperanzas más modestas que usted, generosa amiga, ha depositado en mí. Puedo, pues, volver a usted con la frente alta. . ."[34]

Antes de partir hacia Francia en cautiverio, escribe dos cartas, que publica la revista *Minerva,* en las cuales se esfuerza por explicar el desastre. Camino a Francia, escribe una tercera que termina con las líneas siguientes: "Pero he aquí aniquiladas las magníficas esperanzas y la bella amistad que nos unía a Alemania; privados de toda dicha civil, con todas las carreras cerradas y las fuerzas obligadas a la inacción, sentimos pesar sobre nosotros la injusta reprobación de toda Europa. No por ello es menor mi deseo de gritar a todos los alemanes: 'Ciudad de vuestra dignidad, o sea: No desesperéis de vuestro destino'".[35]

Rechaza la suerte de los atenienses durante la dominación romana;[36] el recuerdo de la grandeza no lo consuela en la decadencia. Todo lo contrario, el

[31] *Ibid.*, I, ps. 215-216.

[32] *Ibid.*, I, p. 218, carta del 18 de septiembre de 1806.

[33] *Ibid.*, I, p. 54 ss.

[34] *Ibid.*, I, p. 229, carta del 1º de diciembre de 1806.

[35] Schwartz reprodujo estas tres cartas en el final del segundo tomo; el texto se encuentra en la página 487.

[36] Que por otra parte él vitupera en la carta del 5 de octubre de 1807 (Schwartz, I, p. 296), donde se trata de la "naturaleza fuerte y pura de los pueblos nórdicos" y del veneno de la concepción romana de los hombres.

recuerdo del pasado aún cercano le vuelve insoportable la impotencia presente, le inspira también coraje y confianza: ¿cómo su pueblo pudo degenerar al extremo de resignarse a vivir bajo el yugo? Por ejemplo, él también, como todos los "resistentes", juzga a los suyos con severidad: "La mentalidad de los alemanes parece más y más deplorable; por doquier se ve la manifestación de una tal falta de carácter, una tal flojedad de espíritu, que uno siente que las lágrimas le afloran a los ojos. Escribo esto con infinita tristeza, pues no hay en el mundo hombre que valore más que yo el honor y la dignidad de su nación; pero es imposible engañarse ante un fenómeno que nadie se atrevería a negar".[37]

Más a menudo, a decir verdad, su pasión nacional se vuelve contra los franceses. En sus cartas multiplica las comparaciones entre franceses y alemanes, aun a propósito del Instituto de Sordomudos.[38] Habla extensamente del asunto en dos artículos, uno escrito en Coppet, cuando el príncipe Augusto, al regresar del cautiverio, para en casa de Madame de Staël y conoce a madame Récamier; el otro escrito tal vez en 1807, unos meses más tarde. Quiero citar unos pasajes del primero para que el francés y el alemán de hoy no olviden qué furor arrastró a los espíritus superiores al odio, al desprecio. También en el absurdo hay a veces un ascenso a los extremos.

Tomaré el pasaje[39] donde Clausewitz refuta a los admiradores de la Revolución, a quienes adjudican al entusiasmo por la libertad, el ímpetu y las victorias de los ejércitos de la República. "Quien hubiera estudiado a Maquiavelo con suma atención habría previsto sin dificultad el desenlace de esta Revolución. Un pueblo de costumbres corruptas no es capaz de libertad. Tal como la naturaleza del entusiasmo político, así es la naturaleza que ha mostrado en la guerra." ¿Los franceses han tomado las armas? Si temblaban ante un gobierno de terror, ¿eso es prueba de energía? "Que un hombre cuyo hogar está acuciado por el espectro de los hermanos, los padres, las madres y los hijos guillotinados, feliz de abandonar esa morada ensangrentada, corra a la guerra, donde al menos el homicidio se paga con el homicidio, ¿eso es prueba de energía? "[40]

¿Las victorias de los ejércitos revolucionarios? La República ha arrojado a las fronteras un millón de hombres, "hombres ávidos de botín y rapiña" que combatieron, con desigual fortuna, contra ejércitos cuatro veces menos numerosos. "El miedo era entonces la única energía, y el imperio de ese demonio tiene corta duración."[41] Si la Revolución no ha ennoblecido a la nación francesa, tampoco ha logrado hacerlo el despotismo: "Este frío espíritu del despotismo, de una fatídica uniformidad, abruma con todo su peso a la nación entera, a la cual se cuida de excitar mediante medidas cruentas o tiránicas para sofocarla con

[37] *Ibid.*, I, p. 288, carta del 1º de setiembre de 1807.

[38] Carta del 5 de abril de 1807.

[39] *Ibid.*, I, p. 104. Los textos donde se compara a franceses y alemanes se encuentran en el primer tomo de Schwartz, ps. 75-110. El primero se titula *Los alemanes y los franceses*, el segundo *Diario de un viaje de Soissons a Ginebra pasando por Dijon*, el tercero es una carta escrita en Coppet.

[40] *Ibid.*, I, p. 105.

[41] *Ibid.*, I, p. 106.

mucha más firmeza mediante su lógica y su astucia glacial. ¿Dónde subrayar aquí el menor indicio de que Francia se ha elevado moralmente por encima de su condición anterior? Lo que ha sufrido es una degradación, de eso no cabe la menor duda".[42]

De allí, una doble conclusión: Francia debe el triunfo de sus armas (al margen de la fuerza superior)[43] únicamente al talento de sus generales y ante todo de Bonaparte. Más aún: es un error del vulgo creer que una nación pueda cambiar fundamentalmente de naturaleza en una generación. Error del vulgo porque éste no conoce más que el ayer y el hoy, y es incapaz de mirar más allá de lo inmediato, de escapar a la ilusión del instante, al peso de las impresiones sensibles.

Sea cual fuere la virulencia de este texto combativo, comparable en sus excesos a los textos de propaganda que hemos conocido durante la primera y segunda guerras del siglo XX, sería un error no discernir en él una idea sencilla y justa: los franceses deben su triunfo no a su superioridad como pueblo sino a la superioridad numérica, a un modo nuevo de combatir, al talento de sus generales, y en definitiva al genio de Napoleón. Con la serenidad del teórico, Clausewitz no ha dicho otra cosa en el *Tratado*.

El opúsculo titulado *Franceses y alemanes* no nos retendrá mucho tiempo más. Interesa al historiador de las ideas, al especialista en prejuicios y estereotipos nacionales. Características de los franceses: sociabilidad o vida mundana, cortesía superficial, importancia de la lengua, vanidad, excitabilidad, carencia de profundidad. Todos estos temas, clásicos en la época, Clausewitz los enumera sin ninguna originalidad particular y con una malevolencia que las experiencias del prisionero vuelven comprensible.

Recordemos solamente algunas ideas, trilladas en la época, asombrosas un siglo más tarde. El sentimiento nacional *(Nationalsinn)*, escribe Clausewitz, no se confunde con el carácter nacional ni con la nacionalidad. Lo que falta entre los alemanes es el sentimiento nacional. "Y esta tendencia de nuestro espíritu que destruye el sentimiento nacional y hace de nosotros cosmopolitas es precisamente un elemento constitutivo de nuestra nacionalidad. Tenemos demasiado pocos prejuicios saludables; este espíritu crítico genuino que hay en nosotros, dondequiera se aplique, presta tanta atención al bien como al mal, es decir que reconoce los méritos de otras naciones y desenmascara los defectos de la nuestra, lo cual destruye el sentimiento nacional, que extrae su fuerza de los prejuicios. Hay que añadir que el razonamiento, en nuestro país, lejos de contentarse con abolir sus prejuicios beneficiosos, también le ha minado el carácter en la medida en que ha abusado realmente de él."[44]

El contemporáneo de las dos guerras del siglo XX no atribuye a los alemanes una carencia de "prejuicios", de esos prejuicios que cimentan las naciones. Fueron los franceses quienes en 1940 acusaron al intelecto de haber minado el

[42] *Ibid.*, p. 108.

[43] Clausewitz piensa en la superioridad numérica.

[44] *Ibid.*, I, ps. 82-83.

carácter, salvo cuando se creían griegos enfrentados a los romanos. Los mitos históricos carecen de originalidad y no se renuevan.

El espíritu del alemán no conviene a los ciudadanos *(Bürger)* de una gran monarquía. Se adaptaría a la forma republicana de gobierno: "Si hay una forma de gobierno que le resulta menos inadecuada, es el régimen republicano, donde su espíritu crítico se encontraría a sus anchas y donde una participación legal en el gobierno concentraría ante todo su atención en su patria y pondría límites a su cosmopolitismo natural".[45] En la constitución federativa estaría en su salsa, podría abandonarse a sus inclinaciones naturales. Lamentablemente, en el continente, las grandes repúblicas son imposibles, especialmente para Alemania, en virtud de su situación geográfica, pues por todas partes la rodean otros Estados. "Por eso hay que desearle una extrema uniformidad de las tareas políticas y las instituciones. Una fragmentación en partidos que puede tener consecuencias benignas en otros países por fuerza llevará a Alemania, un país que el extranjero no cesa de disputarse, a grandes escisiones que provocarán el hundimiento del imperio."[46] Tendencia de los alemanes al cosmopolitismo, a la crítica, al razonamiento: Clausewitz no infiere inmediatamente la necesidad de un poder fuerte. Al contrario, la constitución federal que ha durado tanto tiempo le parece consecuencia de las tendencias mismas del espíritu alemán y favorable para la libre expresión. Pero la política y la geografía obligan a desear una constitución totalmente opuesta. La psicología del carácter nacional acude en apoyo del análisis geopolítico: "¿Cuál será, pues, el resultado final de estas observaciones? Es inevitable la comprobación de que el francés, de naturaleza limitada y poco ambicioso, lleno de ínfulas, es mucho más fácil de integrar en un conjunto uniforme, se pliega mucho mejor a las metas de su gobierno, y en consecuencia es un instrumento político mucho mejor que el alemán, con su espíritu reacio a todas las limitaciones, con la diversidad y originalidad de los caracteres individuales, con ese gusto por el razonamiento y esa insaciable aspiración que le hace buscar una meta sublime que él mismo se ha fijado".[47]

Curiosamente (a nuestros ojos), la comparación entre franceses y alemanes termina con un paralelo entre griegos y romanos. La superioridad que Clausewitz reconoce a los franceses "en las relaciones prácticas de la vida política" sobre los alemanes, se la atribuye a los romanos con respecto a los griegos, aunque no pueda negarse a estos últimos "una individualidad más rica y más bella", que en principio tampoco les puede negar a los alemanes. Clausewitz termina por señalar que la grandeza griega no duró más que 150 años, mientras que la romana duró de 800 a 900 años.

Dejemos estos escritos de circunstancias, variaciones sobre temas de moda,[48] inspiradas por las pasiones del patriota, por la amargura del prisionero. Varios meses después de su regreso del cautiverio, Clausewitz se separaba del

[45] *Ibid.*, I, p. 83.

[46] *Ibid.*, I, p. 83.

[47] *Ibid.*, I, p. 86.

[48] Cf. el libro de A. F. Raif, *Die Urteile der Deutschen über die französische Nationalität im Zeitalter der Revolution und der deutschen Erhebung,* Berlín, W. Rothschild, 1911.

príncipe Augusto con evidente satisfacción. La frivolidad del príncipe en Francia, o al menos lo que su edecán juzgaba como tal (la frecuentación de salones y teatros, las conversaciones mundanas, por no hablar del episodio de Coppet, el amor por Madame Récamier), irritaba al patriota, serio y reservado. Además, su función al lado del príncipe lo había puesto en contacto con los Grandes, con la corte, aunque al margen del servicio estrictamente militar. Cuando reencuentra a Scharnhorst, otro universo se abre ante él. El 10 de agosto de 1808 le escribe a la novia: "Es la primera vez en mi vida que las fuerzas de mi alma han sido llevadas más allá de los contornos que delimitan las actividades de una estrecha vida privada".[49] Scharnhorst le ha hablado con toda confianza de cosas de importancia extrema. Cuando el 1º de marzo de 1809 el príncipe Augusto, nombrado brigadier general y jefe de artillería, asume nuevas funciones, Clausewitz, ascendido a capitán, puesto a disposición del estado mayor general, trabaja, en cooperación íntima y cotidiana, con los Reformadores, y en particular el primero entre ellos, Scharnhorst. El papel de Clausewitz es difícil de separar, a partir de esta fecha y hasta su partida hacia Rusia, del cumplido por el grupo de jefes militares, Scharnhorst, Gneisenau,[50] Boyen, Grolman, que preparan el ejército de 1813, 1814, 1815.

Excederíamos el marco de este esbozo biográfico si intentáramos analizar o siquiera resumir las concepciones y logros de los Reformadores, de discernir el auténtico papel de Clausewitz. Limitémonos a citar dos textos célebres que sugieren, por una parte, las medidas tomadas en el Ministerio de Guerra, y, por la otra, el estado de ánimo del patriota. En el artículo titulado *Uber das Leben und den Charakter von Scharnhorst*[51] Clausewitz mismo ha resumido las ideas rectoras de la obra realizada por su maestro y amigo: "1) Ajuste de una organización, un armamento y un equipo conformes con la nueva forma de guerra. 2) Perfeccionamiento de la calidad de los elementos y elevación de la moral de la tropa. De allí la abolición del sistema que consiste en alistar extranjeros, y una organización[52] que recurre al servicio militar obligatorio para todos, la abolición de los castigos corporales, la fundación de buenos institutos de formación militar. 3) Una selección atenta de los oficiales que estarán al mando de las grandes unidades. 4) Nuevas distinciones, adaptadas a la forma de guerra actual"[53]

Más célebres aún son los textos denominados *Bekenntnisse* (profesiones de fe"), en los cuales Clausewitz, en febrero de 1812, escribiendo en nombre de todos los Reformadores, dio a los sentimientos y argumentos de quienes rehusaban aliarse con la Francia imperial contra Rusia la expresión a más elocuente y rigurosa.

La primera profesión de fe comienza por una denuncia implacable de la opinión pública que, con pocas excepciones, no cree que se pueda presentar

[49] Schwartz, I, p. 314.

[50] Cf. Nota III.

[51] Publicado por Ranke en *Historisch-politische Zeitschrift*, Hamburgo, 1832.

[52] Cf. Nota IV.

[53] *Uber das Leben...*, p. 6 y Schwartz, I, p. 121.

oposición a Francia. Este espíritu de capitulación es vivido por cada clase a su manera, según su estilo. "Las clases distinguidas son las que están corrompidas, los funcionarios de la corte y el Estado lo están más que los demás."[54] Así los patriotas franceses acusaban, en el curso de la última guerra, a las clases dirigentes, la burguesía. Clausewitz denuncia a esos débiles que no se contentan con sacrificar el deber a la tranquilidad sino que persiguen con odio irremisible a quienes no desesperan.

La primera profesión de fe concluye con un ejemplo de elocuencia del cual sólo citaré unas líneas:

"Me pronuncio solemnemente en contra de: La infundada esperanza en una liberación debida a la mano del azar.

"La espera incierta de un porvenir que el espíritu apático rehúsa enfrentar.

"La esperanza pueril de conjurar la cólera del tirano mediante el desarme voluntario; la de ganar su confianza mediante una vil sumisión y serviles zalamerías. ((. . .))

"Creo y afirmo:

"Que la marca infame de una sumisión débil es indeleble.

"Que esta gota de veneno mezclada con la sangre de un pueblo pasa a sus descendientes para esclerosar y minar la energía de las generaciones venideras.

"Que el honor del rey y el gobierno se confunde con el honor del pueblo y es su única prenda de salvación."[55]

La segunda profesión de fe analiza la conducta de Napoleón con respecto a Prusia, las ventajas e inconvenientes de una alianza con Francia. ¿Ventajas? El patriota se niega a reconocer ninguna: no aseguraremos nuestra existencia, la guerra no se alejará del país, ni siquiera se postergará, el peso no podrá aligerarse. Mediante la alianza con Francia, nos humillamos a nosotros mismos y a la nación combatiendo junto a un país que es nuestro peor enemigo, nos despoja de nuestra grandeza y nos maltrata extremadamente.[56] Más aún, nos entregamos atados de pies y manos a la voluntad del emperador francés. El pueblo cuyo rey ha perdido el honor y la libertad ha perdido uno y otra con él; se despreciará a sí mismo, caerá más bajo cada día. "He aquí cuál será el destino de un príncipe y un pueblo que se entregan, voluntariamente maniatados, a su enemigo natural e irreductible, a su enemigo hereditario, en el momento en que tendrían que hacer gala de una última y valerosa resistencia."[57]

Clausewitz concedía que "las probabilidades de triunfo estaban contra nosotros". Al margen, Gneisenau escribe: "Esto se opone a mi convicción".

La tercera profesión de fe enumera los medios bélicos que todavía posee Prusia, soldados, oficiales, armas, cañones, municiones, caballos, uniformes, alimentos, dinero. Clausewitz cita entonces el texto célebre de Guibert:[58]

[54] Hahlweg, I, p. 687.

[55] *Ibid.*, I, ps. 688-689.

[56] *Ibid.*, I, p. 701. La expresión *bis aufs äusserste* aparece a menudo en Clausewitz. El empleo que hace de ella aquí ayuda a comprender el sentido que le otorga en el *Tratado*.

[57] *Ibid.*, I, ps. 710-711.

[58] *Essai de tactique gènèrale*, T.I, Londres, 1772, Discours prèliminaire, p. XVII.

"Supongamos que surgiera en Europa un pueblo de genio, medios y gobiernos vigorosos ((. . .)). Veríamos a este pueblo sojuzgar a sus vecinos y derrocar nuestras débiles constituciones, tal como el aquilón tuerce los frágiles cañaverales." Desarrolla a continuación un plan de campaña que no presenta más que un interés secundario. Por otra parte, expone las ideas esenciales de la guerra popular, ideas que el estado mayor prusiano olvidó durante el siglo siguiente, pero a nosotros, en el siglo XX, nos parecen premonitorias. Podemos denominar *Landsturm* al armamento de un pueblo entero con miras a la defensa inmediata de un país.[59] Todos los hombres en condiciones de combatir, entre dieciocho y sesenta años, que no sirven en el ejército regular o en la reserva, son armados y pertenecen al pueblo en armas. Alude al Tirol, a la Vendée. "Dos o tres comunas se reúnen y forman una tropa o compañía, poco importa el nombre, las compañías de un mismo círculo forman una colonia o brigada territorial y las brigadas de una provincia entera constituirán un pequeño ejército. A la cabeza de estas formaciones habrá jefes responsables de las comunas y de los círculos respectivos, las más de las veces elegidos, en ocasiones designados por el rey. El comandante en jefe *(Landeshauptman)* de toda la milicia reclutada en el territorio de una provincia es elegido por el rey entre los habitantes de esta provincia. Pero estos jefes de las brigadas territoriales adquieren rango de oficiales del ejército en cuanto asumen sus funciones."[60] Semejante proyecto tiende a crear un ejército popular, pero no revolucionario, puesto que los cuadros son designados o aprobados por el rey.

Clausewitz continúa describiendo la guerra entre los irregulares y un ejército regular, imaginando hasta los detalles de las operaciones en una región. Con una lucidez implacable, con un rigor glacial, prevé la crueldad de la represión y ante la objeción responde: ". . . como si nosotros no pudiéramos ser tan crueles como el enemigo".[61] El enemigo no vacilará ante los medios extremos de la represión. ¿Para desventaja de quién, sino de aquellos que disponen de menos hombres, que combaten únicamente con los ejércitos regulares? "Aceptemos el riesgo de pagar la crueldad con la crueldad, de responder a la violencia con otra violencia. Nos será fácil superar en ello al enemigo y devolverlo a los límites de la moderación y la humanidad."[62]

Tras una comparación entre los franceses y alemanes con el objeto de repetir, una vez más, que los segundos no son inferiores a nadie en valor militar, Clausewitz rechaza las objeciones clásicas, "los alemanes no son los españoles", "la guerra popular será sangrienta", "pondrá en jaque el orden establecido". Y responde: "El gobierno que suscita por sí mismo este movimiento y está alerta puede controlarlo".[63]

Estas profesiones de fe que acabamos de resumir groseramente para inspirar al lector el deseo de leerlas en su integridad, despiertan en mí ecos ambiguos. La

[59] Hahlweg, I, p. 720.

[60] *Ibid.*, I, ps. 721-722.

[61] *Ibid.*, I, p. 723.

[62] *Ibid.*, I, ps. 733-34.

[63] *Ibid.*, I, p. 740.

decisión del rey, que los historiadores generalmente han tratado sin indulgencia, fue justificada por la secuela de acontecimientos. La insurrección general con que soñaban los patriotas, en 1812, que el rey mismo ordenó en 1813, en Königsberg, después del desastre de la *Grande Armée,* no se produjo. La milicia territorial, el ejército de reserva, participó en batallas con el ejército permanente y se supo compórtar. El pueblo no se levantó, no tomó las armas: los alemanes dejaron combatir a los soldados.

Los argumentos contra la alianza con Francia fueron refutados por los hechos. La guerra se libró fuera del territorio prusiano. Más aún, aliándose con Francia, Prusia daba a Napoleón elementos suplementarios para lanzarse al asalto de Prusia y precipitarse a su perdición. Además, Clausewitz había previsto siempre que Napoleón no lograría conquistar Rusia. Los sentimientos de los Reformadores son fáciles de comprender cuando nos ponemos en lugar de ellos y contemplamos el Imperio napoleónico y "la arrogancia" de los franceses con los ojos de ellos. Su retórica también la comprendemos, por momentos la admiramos, y también percibimos la voz de las pasiones, nobles y fatales, que desgarraron el tejido de la civilización europea, que desbarataron las barreras frágiles de la costumbre y abrieron las puertas a la ferocidad bélica. ¿A quién culpar, exclama Clausewitz? Al conquistador, por cierto. El analista no crea la historia que interpreta. Las últimas líneas añadidas al fin de las *Profesiones de fe* formulan, con absoluta claridad, una de las conclusiones del *Tratado* y de la historia: "Si es cierto que este gran remedio es la manifestación natural de fuerzas nacionales sometidas a una presión excesiva y no el resultado de cierto número de intrigas, también lo es que dejará de ser necesario cuando los hombres de Europa, gracias a él, salgan del caos para nuclearse en Estados orgánicos, según las leyes de la naturaleza.

"Además, cuando vuelvan los siglos en que ningún pueblo esté constreñido a recurrir al último y desesperado remedio de la revuelta nacional, estos siglos no dejarán de considerar cada guerra como una gran causa nacional. Con este espíritu la emprenderán, y el grado del esfuerzo acometido será determinado por el vigor del carácter nacional y por el vigor del gobierno."[64]

### *3. De la campaña de Rusia a Waterloo*

Durante los años 1808-1812, entre la nominación en el Ministerio de Guerra y la partida hacia Rusia, Clausewitz, en lugar de aproximarse a los Grandes sin participar en su acción ni influir sobre ella, vivió entre quienes preparaban el porvenir, trabajaban en la reconstrucción del ejército, mantenían la moral de la nación. Más aún, recibió la misión de dictar, dos años consecutivos, el curso sobre la guerra pequeña en la Escuela General de Guerra, pues la guerra pequeña podía ser conducida tanto por guerrilleros como por contingentes del ejército regular. A él se le confió el honor de instruir al príncipe heredero sobre los principios de la guerra, lo cual le dio ocasión de redactar, justo antes de abandonar el servicio del rey, el texto titulado *Ubersicht des Sr. Königlichen*

[64] *Ibid.*, I, p. 750.

*Hoheit dem Kromprinzen in den Jahren 1810, 1811, 1812 vom Verfasser erteilten militärischen Unterrichts.*[65]

En cada circunstancia, toda vez que percibía o creía percibir una oportunidad de que Prusia reanudara el combate, trazaba un plan de operaciones.[66] Redactó uno en los meses que transcurrieron entre su retorno del cautiverio y la asunción de sus funciones en el Ministerio de Guerra (entre noviembre de 1807 y marzo de 1809). Allí leemos esta frase que también despierta, para los franceses que recuerdan 1940, ciertos ecos: "Mi idea es que se sacrifique íntegramente el Estado que no podemos defender, con el propósito de salvar el ejército."[67] Un poco más adelante: "Si el ejército prusiano no puede encadenarse al Estado sin sucumbir con él, si la pérdida del Estado es inevitable, me parece que podemos contraponer el ejército al Estado y afirmar que es más sabio confiar al primero los derechos del monarca que ligarlos al segundo".[68]

En 1809 permanece alerta a los acontecimientos, sin cesar de esperar una revuelta de los alemanes, provocada por un fracaso de Napoleón; evoca con frecuencia, en las cartas a la novia, la guerra de España, que mina el prestigio y el poderío del emperador (¿la mitad de las tropas francesas –300.000 hombres– no está retenida en la península? ). Admira al mayor Schill, quien por iniciativa propia ha tomado las armas contra los franceses, y cuya empresa ha fracasado rápidamente. Los viejos señores[69] la condenan; a él le inspira respeto porque testimonia una energía excepcional. "El fin corona la virtud e incluso transforma en virtud lo que al principio considerábamos una violación del derecho y del sentido del deber." El Reformador –en absoluto revolucionario, pero exasperado contra quienes temen la revolución más que al enemigo– continúa: "Parece que los señores de la vieja usanza temen los terrores de la Revolución, y por esa razón tienen las caras largas y pálidas".

Según los días, Clausewitz espera o desespera; ya ve aproximarse el momento glorioso en que todos los alemanes, siguiendo a los prusianos y los austríacos, se levantarán juntos contra el déspota, ya sueña con perecer honrosamente en un combate vano y supremo, ya se expresa a la manera de un filósofo. En épocas tranquilas habría cierta nobleza en renunciar a la pompa de los honores exteriores que recompensan la vanidad de quienes hormiguean en los puestos elevados. Hoy día no es así.[70] Si tan sólo se declarara la lucha entre la virtud y la desdicha, nos daría fuerza y nos arrancaría del abismo en el cual nos hundimos poco a poco. "Tengo ansias de desaparecer dentro de él. Pero hay que

[65] *Visión de conjunto de la enseñanza militar impartida por el autor a su alteza real el príncipe heredero, durante los años 1810, 1811, 1812.* Las ediciones alemanas del *Tratado* reproducen todas este texto, cuyo título original completo es *Die wichtigsten Grundsätze der Kriegführung zur Ergänzung meines Unterrichtes bei Sr. königlichen Hoheit.* Y yo designaré a partir de ahora *Principios de la enseñanza.*

[66] Hahlweg, I, ps. 66-90.

[67] *Ibid.*, I, p. 81.

[68] *Ibid.*, I, p. 89.

[69] Schwartz, I, p. 350, carta del 10 de mayo de 1809.

[70] *Ibid.*, I, ps. 330-331, carta del 2 de enero de 1809.

combatir. Combatir para mí no significa otra cosa que una gran tensión de fuerzas."

Citemos la carta más hermosa, más profunda, la más reveladora de las pasiones encontradas de Clausewitz, la del 21 de mayo de 1809,[71] cuando la suerte de la guerra entre Austria y Francia aún no se ha decidido, pero cuando la esperanza de una insurrección de los alemanes ya se ha disipado. "Europa no escapará a una gran revolución general, sea quien fuere el vencedor. Será menos cruenta y durará menos tiempo si Austria y Alemania obtienen la victoria. De lo contrario, es muy posible que nuestra generación desaparezca antes que estalle la verdadera crisis. De esta vasta y universal revolución (que, dicho sea de paso, no tiene por qué ser una revolución francesa) hasta una insurrección de los pueblos alemanes no sería más que el pródromo; sólo los reyes capaces de atisbar el espíritu genuino de esta gran Reforma, de encabezarla, podrán mantenerse." Clausewitz se ensaña a continuación con los hombres mezquinos que quieren frenar el oleaje, que atribuyen a personas y conspiraciones las consecuencias inevitables de los acontecimientos de los últimos quince años. "Elaboran pequeñas cábalas contra los hombres de este tiempo y contra los señalados por el destino, imaginando que podrán hacerle una zancadilla al destino mismo. ¡Ah! Sólo conseguirán que éste se vengue aún más despiadadamente."

No obstante, si la fermentación popular un día pusiera en peligro al rey, Clausewitz se arrojaría alegremente en medio de la multitud y daría su vida por él. "Lo haré: aunque sin esperanza ni temor de anular así una revolución que exige muy otros remedios que el sacrificio heroico de algunos individuos; por eso mismo diré: si cometo un acto semejante será por orgullo, para mostrar que soy capaz de un noble sacrificio por la persona de su Majestad; pero, Majestad, sois hombre perdido si contáis con recursos como éste."

Ningún texto de Clausewitz manifiesta con tanta pasión lúcida la contradicción que sufre el conservador en un período revolucionario. De su juventud, de su padre, quizá de sus orígenes inciertos, Carl conserva una lealtad incondicional hacia el soberano, una lealtad al Estado encarnado en el rey o una lealtad casi feudal hacia la persona misma del monarca. Por otra parte, tiene demasiada clarividencia histórica para ignorar el alcance de la crisis revolucionaria. Así compartió el destino de los Reformadores: también él contribuyó a la creación del ejército que por último, en 1815, persiguió a Napoleón hasta París. Después de 1815 la reacción lo dominó y el ejército prusiano, luego alemán, que dominó Europa en el siglo XX, frenó la revolución que un día de 1809, bajo la exasperación que le despertaba la pasividad de sus contemporáneos, Clausewitz describió como una ola irresistible que arrastraba a los individuos como briznas de paja.

La lealtad de Clausewitz no lo llevaba al extremo de combatir junto al enemigo. De 1808 a 1811 presiente que las circunstancias quizá un día inciten a Prusia a firmar una alianza con Francia: jamás combatirá contra su patria, pero tampoco se contentará con el papel de observador. Piensa ponerse al servicio de Austria.[72] En 1812, Austria también se encuentra del lado de Napoleón.

[71] *Ibid.*, I, ps. 352, 354.

[72] Schwartz, I, p. 358, carta del 19 de junio de 1809.

Clausewitz pide y obtiene autorización para abandonar el ejército prusiano. Con una carta de recomendación de Gneisenau parte hacia Rusia y se pone al servicio del zar.

¿Ejerció Clausewitz una influencia preponderante en el desarrollo de los acontecimientos? ¿Fue mérito suyo la retirada del ejército ruso que, en último análisis, precipitó el descalabro de la *Grande Armée*? Quien se atiene al relato de la campaña de Rusia tal como la escribió Clausewitz no vacila en dar una respuesta negativa. Claro que él recomendó, en las deliberaciones alrededor de Alejandro, evitar las batallas. Ya en una nota de 1806 afirmaba que no se podía conquistar Rusia y que Napoleón correría a su perdición si intentaba la aventura. Juzga severamente al coronel Phull,[73] que por su parte ansiaba una batalla. Visitó el campamento de Drissa, donde Phull recomendaba al zar que acuartelara el ejército ruso. Volvió de allí convencido de que los consejos del comandante, encerrado en sus teorías, precipitarían la catástrofe. Envió un informe ambiguo al zar, esforzándose por no traicionar a su superior ni la verdad. No por ello deja de sugerir que en 1812 (al igual que en 1914) la estrategia finalmente adoptada resultó menos de una decisión meditada concienzudamente que de la indecisión y las circunstancias.[74] Lejos de enfatizar la voluntad de los hombres y el papel del genio, no deja de sorprenderse ante la ironía del destino. "Así fue como la frivolidad y la charlatanería de ese patán se volvieron más útiles de lo que hubiera sido la lucidez de Barclay."[75]

No podemos leer sin una sonrisa el juicio sobre el papel de Kutuzov durante la batalla de Borodino cuando tenemos presente la novela de Tolstoi. "A nuestro parecer, Kutuzov ha sido cualquier cosa menos brillante y se ha mostrado muy inferior al nivel que debía esperarse de él después de lo que había hecho en otras ocasiones. El autor se ha acercado demasiado poco a la persona de Kutuzov para hablar de su acción personal con absoluta certidumbre. Sólo lo ha visto un instante durante la batalla de Borodino y por lo tanto no puede saber sino lo que era opinión corriente en el ejército, inmediatamente después de la batalla. De acuerdo con esta opinión, su papel, durante las diversas fases de esta acción, fue equivalente a cero. No parecía tener dinamismo interno ni visión clara de los acontecimientos que se desarrollaban, no acometió ninguna intervención enérgica, ninguna acción personal. Dejaba actuar a quienes tenían el asunto en sus manos y no parecía ser, desde el punto de vista de los actos de la batalla, mucho más que una abstracción de autoridad."[76]

El mismo consideraba que en Rusia, por no conocer la lengua, no había podido distinguirse.[77] Sin embargo no subestimaba la importancia de la

[73] Tolstoi lo ha retratado de modo inolvidable en *Guerra y paz:* un retrato caricaturesco muy similar al que encontramos en el relato de Clausewitz. H. W. t. VII, ps. 28, 31, 34, Cf. Nota V.

[74] *La Campagne de Russie,* París, Librairie militaire R. Chapelot, 1900, trad. de M. Begouën, ps. 113-114, H. W. t. VII, p. 136.

[75] *Ibid.,* p. 115.

[76] *Ibid.,* p. 113. H. W., t. VII, p. 134.

[77] Schwartz, II, p. 69.

Convención de Tauroggen.[78] No atribuyó méritos a su intervención pese a que participó en las entrevistas entre los representantes del comando ruso y el general von York, elegido por Federico Guillermo para comandar el cuerpo de 20.000 hombres que Napoleón había ubicado en el ala izquierda, a las órdenes del mariscal Mac Donald. El general prusiano no había recibido de su soberano la orden de cesar el combate, de negarse a obedecer al mariscal francés o de cambiar de campamento. Una vez informado de la derrota de Napoleón, ¿qué debía hacer? Historiadores y filósofos han reflexionado largamente sobre el problema de conciencia: ¿el general von York tenía derecho a erigirse en juez de la coyuntura política, del interés nacional, en lugar de seguir las órdenes de su rey? Aunque Napoleón tuviera muchos partidarios en Prusia, en tanto su poder parecía irresistible, él simpatizaba con los patriotas; Napoleón y los franceses seguían siendo, en su opinión y sin discusión posible, enemigos, aun cuando la relación de fuerzas obligara a Prusia a una alianza temporaria con el déspota.

Dos de los hermanos de Clausewitz servían en el cuerpo prusiano. El comandante Carl Louis Henri von Tiedemann, de la misma promoción de Clausewitz en la Escuela de Guerra, cayó, al servicio del zar, derribado por una bala prusiana. En su relato, Clausewitz evoca el doloroso placer que experimentó al oír a los ulanos hablando alemán, aunque estuvieran en el bando contrario. La gran mayoría de los oficiales prusianos habían inculpado a los escasos "disidentes"[79] que habían puesto el odio por los franceses o por Napoleón por encima del deber de obedecer. ¿Quién fue el traidor? La pregunta aún no se planteaba en los mismos términos que durante la Segunda Guerra Mundial, pero se planteaba. A diferencia de los miembros de la resistencia del siglo XX, Clausewitz deseaba dejar a los mismos rusos el problema de tratar con el comandante del cuerpo prusiano.[80] Sabía, escribe en sus memorias, que la mayor parte de sus camaradas de armas lo habían inculpado: por lo tanto, se consideraba poco calificado para tomar la iniciativa y servir de intermediario. Entre compatriotas que interpretan el deber de otra manera, la tensión dificulta el diálogo tanto como entre los representantes de dos Estados, ex y futuros aliados, rusos y prusianos en 1812 (británicos y franceses en 1942).

No pasemos por alto, pese a todo, la distancia entre ambos siglos y la violencia desigual de las pasiones. Los oficiales prusianos al servicio del zar no pretendían encarnar a su patria, obedecían a su conciencia. Por último, a instancias del general ruso Diebitsch, Clausewitz conferenció con el general von York, quien se dejó convencer. Este último había maniobrado de tal manera que la situación militar, paulatinamente agravada, justificó su decisión y le permitió acusar a su superior francés, el mariscal Mac Donald, de haberlo abandonado. Se declaró neutral. Unos meses más tarde el rey de Prusia lanzaba la famosa convocación a su pueblo, proclamaba la insurrección nacional, concebida y preparada por los Reformadores. La gran esperanza de los patriotas se cumplía al fin.

78 *Campagne de Russie*, p. 201, H. W., t. VII, ps. 238-239.

79 Parece que el número no pasaba de algunas decenas, aunque una vieja leyenda los cuenta por centenares. El profesor Hahlweg ha tenido la amabilidad de confirmarme el hecho.

80 H. W., t. VII, ps. 210-211.

En su relato, escrito una década después de los acontecimientos, Clausewitz ilustra con ejemplos frecuentes algunos de sus conceptos, algunas de las ideas rectoras del *Tratado*. No citemos más que un pasaje donde Clausewitz escribe, como otro miembro de la resistencia, hablando de sí mismo en tercera persona. "Las vastedades rusas imposibilitan al atacante cubrir y ocupar estratégicamente, por el solo hecho de un movimiento de avanzada, el país que deja detrás de sí. Profundizando este pensamiento, el autor había llegado a la convicción de que un gran país de civilización europea no puede ser conquistado sin la ayuda de discordias internas."[81]

En las campañas de 1813, 1814 y 1815 Clausewitz sirvió primero en el cuartel general de Blücher,[82] donde encontró nuevamente a sus amigos, participó en la batalla de Lützen,[83] donde Scharnhorst recibió una herida de la cual murió semanas más tarde. Clausewitz mismo fue herido detrás de la oreja[84] y estuvo a punto de caer prisionero. Después del armisticio, que no satisfizo a los Reformadores, Clausewitz, a instancias de sus amigos, escribió un artículo para justificar la suspensión de las hostilidades. En 1814, cuando el rey rehusó nuevamente reintegrarlo en el ejército prusiano, actuó como jefe de estado mayor del conde Wallmoden, comandante de la legión prusiana, unida a los ejércitos rusos. En 1815, reintegrado en el ejército prusiano con el grado de coronel, cumplió la misma función, jefe de estado mayor, junto al general von Thielmann, quien comandaba el cuerpo acantonado ante Grouchy después de la batalla de Ligny. La retirada que Clausewitz aconsejó a su superior, aunque estaba enterado de la derrota de Napoleón en Waterloo, ha suscitado una controversia entre historiadores y críticos militares.

Sin pretender resolver la controversia, digamos que el mismo Clausewitz no lamentó jamás la decisión ni consideró que otra hubiera sido posible. En una carta escrita el 29 de junio de 1815 en Le Plessis-Piquet nos ofrece esta versión de los acontecimientos: "A las diez recibimos un despacho del general von Pirch que nos informaba sobre su brillante victoria y que atacaría por la retaguardia a las tropas que teníamos enfrente. Pero las zonas sobre las que planeaba realizar esta operación estaban tan alejadas que en nada podía auxiliarnos a nosotros. Separados nuevamente del grueso del ejército por el movimiento sinuoso del enemigo, estábamos librados a nuestros propios recursos. Y teníamos en contra a 45.000 hombres al mando de Vandamme y Grouchy. Pudimos resistir una hora más, y el general Pirch no aparecía. Por lo demás, un error que nunca atiné a explicarme había llevado al general Borcke a unirse al grueso del ejército con nuestra brigada más numerosa, sin que nosotros pudiéramos recuperarla nunca.

81 *Campaña de Rusia*, p. 148, H. W., t. VII, p. 176.

82 Teóricamente, servía como oficial de enlace con los ejércitos rusos. No estaba aún reintegrado al ejército prusiano. El rey había rechazado la petición, presentada por Scharnhorst y Gneisenau.

83 O Gross-Görschen.

84 Schwartz, II, p. 79. *"Ich bin ganz wohl, ob mir gleich ein kleiner Franzose mit der Baionette hinter dem rechten Ohre gesessen hat"*, 3 de mayo de 1813. "Gozo de buena salud, aunque un francesito se haya sentado con la bayoneta detrás de mi oreja derecha."

A las once iniciamos nuestra retirada sobre Louvain, con gran cantidad de muertos y heridos".[85]

En el relato escrito una docena de años más tarde, en el capítulo XLVI, presenta y explica la decisión del general von Thielmann de la misma manera. Añade un dato suplementario: el general prusiano tenía razones para suponer que el enemigo, conociendo la derrota del ejército principal, iniciaría su propia retirada por temor a quedar aislado. "Por lo tanto, el general von Thielmann ordenó a sus tropas soltar hurras y hacer demostraciones de alegría, pero sus esperanzas fueron vanas. El enemigo lo acosaba siempre; el general von Thielmann tuvo que resolverse a retirarse más lejos y por último a proceder a un repliegue general."[86] La polémica se ha centrado tanto sobre la pertinencia de la decisión estratégica como sobre la psicología de Clausewitz. ¿No lo estaría dominando un pesimismo progresivo que le hacía ver ante todo los elementos desfavorables de la situación y lo incitaba, aunque teóricamente exaltara la audacia, a optar por una prudencia excesiva?

Las discusiones de Clausewitz con sus amigos, después de la ocupación de París y la derrota definitiva de Napoleón, nos interesan primordialmente porque caracterizan tanto al hombre como al político. Mientras Blücher e incluso Gneisenau desean que Napoleón sea ejecutado, él parece espontáneamente reacio a la venganza o el desquite. Se opone al proyecto de Blücher (volar el puente de Jena), y por razones políticas le irrita que los prusianos no se decidan a apoyar abiertamente a Luis XVIII, que a fin de cuentas deberá gobernar Francia; no quiere que se exija el desarme de los paisanos del Oeste, "pues ello sería impulsar al paroxismo de la exasperación al pueblo que ha tomado las armas por las mismas razones que nosotros, sólo que con mayor entusiasmo y mayor audacia".[87] Hasta es posible, al margen de los sentimientos nobles, al margen de las consideraciones políticas, que hubiera terminado por sentir una especie de respeto por estos franceses cuya "arrogancia" criticaría hasta el fin de sus días, pero cuya tenacidad temía y a cuya negativa a someterse o admitir la derrota quizás admiraba en el fondo de su corazón.[88]

### 4. *El tiempo de la meditación*

Con el regreso a la paz europea, culmina el tiempo de la acción. Clausewitz pasa tres años en Coblenza, primero a las órdenes de su amigo Gneisenau, a quien

[85] *Ibid.*, II, p. 151.

[86] *La Campagne de 1815 en France*, París, Editions Champs libres, 1973, ps. 133-134.

[87] Roques, *op. cit.*, p. 67. Carta del 18 de agosto de 1815 a Gneisenau. El texto completo de la carta, en el tomo IV, p. 608, de la biografía de Gneisenau por Pertz y Delbrück, refuta la interpretación de Roques. Este ha suprimido las siguientes proposiciones: "Quien ha recibido las armas al servicio de la misma Inglaterra *(zu dem Behuf von England selbst)*, quien se enorgullece y vanagloria del papel que ha desempeñado. . .". Quiere demostrar a su jefe la imposibilidad de un desarme de los franceses que han sido hostiles a Napoleón.

[88] Cf. Nota VI.

profesaba casi el mismo afecto que a su maestro Scharnhorst, luego[89] a las órdenes de von Hake, un general pedante y autoritario que el coronel, habituado a frecuentar superiores que reconocían sus cualidades excepcionales, juzgaba inaguantable. El 9 de mayo de 1818 lo nombran comandante de la Escuela de Guerra, el mismo año lo promueven a general. Dirigiría la Escuela hasta 1830: el 19 de agosto de 1830 lo designan inspector de artillería en Breslau.[90] El 6 de marzo de 1831 Gneisenau recibe el mando de los cuatro cuerpos de ejército acuartelados en el Este a causa de la revuelta polaca. Elige a Clausewitz como jefe de estado mayor y éste, por última vez, se aproxima a la acción. Desde luego, redacta una vez más planes de campaña contra Francia enviando regularmente a su esposa cartas saturadas, como en el primer día, de política y amor. El 24 de agosto el mariscal muere de cólera. El 7 de noviembre siguiente Clausewitz regresa a Breslau. El 16, afectado a su vez por el cólera, muere en pocas horas. "Según los testimonios del médico, su muerte fue ante todo consecuencia del estado de sus nervios, afectados por un profundo dolor del alma, y no de la enfermedad, cuyo ataque había sido relativamente benigno."[91] Su esposa también atribuyó la muerte menos al cólera que a la pérdida de la voluntad de vivir.

Durante estos dieciséis años, entre el fin de Napoleón y el fin de quien tanto había odiado al "dios de la guerra", los años de la redacción del *Tratado,* tres preguntas merecen estudiarse: ¿qué opinaba Clausewitz sobre la evolución de Prusia, de Alemania, de Europa? ¿En qué clase de hombre se había convertido, una vez aplacado el furor del patriota? ¿Cuál era su estado de ánimo en el momento de la muerte? ¿Hay que discernir los estigmas de lo que los historiadores, hace una generación o dos, denominaban antes descalabro moral o desgarramiento interior y hoy día neurosis?

Un texto inconcluso, escrito probablemente hacia 1822-23, titulado *Umtriebe,*[92] es a mi entender la mejor guía. He citado más arriba el pasaje de una carta donde el oficial prusiano admiraba la grandeza de la época revolucionaria. ¿Cómo interpretaba la Revolución Francesa, una vez aplicada la tempestad?

La interpretación de Clausewitz se vale esencialmente del concepto de clase en el sentido de *estado (Stand).* El origen de la crisis histórica, a su juicio, se remonta a la constitución de los Estados monárquicos, en los siglos XVII y XVIII, que había transformado radicalmente la situación de la nobleza, preservando sus derechos con respecto a los súbditos, no con respecto al príncipe. Los nobles ya no participaban de la soberanía, y en relación con el rey no diferían del resto de la población. Por otra parte, conservaban sus derechos con respecto a los campesinos, derechos que, por lo tanto, se convertían en privilegios.

Simultáneamente, otro estado, la clase media *(Mittelstand)* había adquirido riquezas, iniciativa comercial, conciencia de sí. La sociedad se dividía en tres

89 Gneisenau había decidido retirarse a su propiedad de Erdmanndorf, en Silesia, conservando su grado y su tratamiento. Schwartz, II, p. 176.

90 Sede de la 3a. inspección de artillería.

91 *Ibid.,* II, p. 441.

92 Que puede traducirse por agitaciones o maquinaciones subversivas.

estados, nobleza, clase media y súbditos de la nobleza. La gran masa de individuos no contaba. Esta organización, que "había sido la constitución de todos los pueblos en cierto estadio, notoriamente en las repúblicas antiguas tan celebradas",[93] se transforma a medida que la posición, el poder y la riqueza de los *estados* cambian.

La nobleza se arruina progresivamente. Debía su fortuna a la espada y no conocía otros medios para enriquecerse. Pero este medio se desgastó gradualmente sin que la nobleza, no obstante, renunciara a sus hábitos lujosos y buscara otra fuente de ingresos. Ni siquiera las funciones en la administración y la corte servían de algo, pues los nobles no comprendían el principio del orden económico.[94] "En cuanto a subsistir mediante la industria o los negocios, la nobleza aborrecía la sola idea; no había, pues, ningún medio de compensar las pérdidas sufridas."[95]

Me parece interesante citar el pasaje siguiente, que muestra a un Clausewitz muy consciente de la oposición radical entre la vida señorial de antaño y la explotación industrial de la actualidad. "Nosotros recordamos nuestra juventud y la pléyade de domésticos, el lujo de las libreas, las vestimentas y los utensilios, que parecían indispensables en una morada noble y sólo en épocas recientes vemos a los gentileshombres explotar sus tierras con métodos industriosos y rebajarse, si es necesario, al extremo de fabricar y comerciar productos agrícolas."[96]

Por su modo de vida, gastar mucho y no trabajar nada, la nobleza se condenaba a la decadencia. Por su modo de vida, trabajar y ahorrar, la clase media y también el campesinado multiplicaban su fuerza, su número, sus riquezas. Más cerca unas de otras entre sí, unidas en el interior del Estado, las clases entraban en conflicto por el hecho mismo de la desigualdad de los derechos y los deberes, resultante de la historia. Los estudiosos y filósofos, que pertenecían antaño a la nobleza, surgían de la clase media. Se transformaron en portavoces de la clase media y el campesinado. Clamaban su humanidad y reclamaban derechos: los campesinos por el número, la clase media por la industria y la cultura, representaban mejor a la humanidad que la nobleza. Así, los derechos de la nobleza aparecieron "como privilegios exorbitantes y su posición en el Estado como una verdadera usurpación".[97]

Clausewitz añade que esta situación privilegiada de la nobleza no constituía más que la supervivencia de una organización social en vías de extinción; los campesinos ya se habían liberado y enriquecido. La nobleza ya no defendía el país por sí sola. Aunque suministrara la mayor parte de los oficiales, parecía favorecida: ¿no es una ventaja servir como oficial y no como soldado? La nobleza había perdido su actividad propia en cuanto *estado;* el respeto que le

[93] Schwartz, II, p. 201.

[94] *Ibid.*, II, p. 203: *Prinzip der Wirtschaflichkeit.* También puede traducirse por "principio de la rentabilidad".

[95] *Ibid.*, la misma página.

[96] *Ibid.*, la misma página.

[97] *Ibid.*, II, p. 205.

granjeaba el deber de combatir también se había disipado, pues los otros estados juzgaban que el lugar que ocupaba la nobleza en el ejército no era más que otra forma de privilegio. En definitiva, al no disponer de tierras para distribuir entre los nobles, el soberano les acordó funciones administrativas, pensiones, asignaciones. Clausewitz agrega una frase donde se trasluce su doble filosofía, racionalismo y sentido histórico: "Era claro, en el tribunal de la razón, que se trataba de un abuso; pero estos abusos que nacen de nociones familiares encuentran en ellas un basamento sólido, y no es de extrañar que los príncipes y la nobleza no hayan creído inmediatamente a los filósofos en este punto, y que no juzgaran tan contrario a la razón que el Estado estuviera al servicio de ella sin que ella estuviera al servicio del Estado".[98]

De un modo u otro, la tensión[99] entre clases resultantes de la decadencia de la nobleza y el ascenso de la burguesía debía resolverse de golpe mediante la violencia o progresivamente mediante cambios aprobados. A esta tensión se añadió una segunda causa, el abuso administrativo. Clausewitz analiza con suma agudeza la evolución hacia la economía monetaria: "El dinero debe considerarse un lubricante que, al reducir todas las fricciones naturales, permite una mayor diversidad y movilidad de todas las fuerzas".[100]

El dinero reemplazó los servicios personales. Los poderes del Estado o los príncipes crecieron gradualmente. El absolutismo monárquico y la complejidad creciente de la administración progresaron simultáneamente. Los soberanos enfrentaron tareas que no atinaban a dominar. "Los derechos y las reivindicaciones filosóficas de las clases inferiores del pueblo, surgidas poco a poco de aspiraciones al principio confusas, no tenían aún, a ojos de los príncipes, ese carácter urgente de las reivindicaciones de la nobleza y las ciudades que pretendían obtener favores y privilegios como indemnización por el sacrificio voluntario."[101] De allí la conclusión: "Nuestra opinión es, en consecuencia, que la Revolución Francesa nació de dos causas esenciales. La primera es la tensión entre estados o clases sociales, la situación harto privilegiada de la nobleza, la gran dependencia y, bien puede decirse, en parte, la fuerte opresión de la clase campesina; la segunda es el desorden, el favoritismo y el derroche en la administración de este gobierno". Este análisis, exclamaba Delbrück en un acceso de entusiasmo quizá no exento de cierto nacionalismo, contiene en pocas páginas o en pocas líneas las ideas principales de *L'Ancien Régime et la Révolution.*

Clausewitz no propone su explicación de la Revolución Francesa sino para juzgar y condenar las vanas agitaciones del período posrevolucionario. Las condiciones en Alemania, aunque a grandes rasgos fueran comparables a las que se observaban en Francia, no se habían deteriorado a tal extremo: pocos

[98] *Ibid.*, II, p. 205.

[99] Utilizo el término "tensión" porque Clausewitz habla con frecuencia de *Spannung* en el *Tratado.*

[100] *Ibid.*, II, p. 209.

[101] *Ibid.*, II, p. 210.

príncipes pródigos,[102] una nobleza territorial, una multiplicidad de Estados pequeños que limitaban los abusos administrativos, ausencia de monarquía absoluta. Alemania no necesitaba una revolución; sólo los letrados y los filósofos se dejaron inflamar por el sabor de las ideas abstractas. La hostilidad hacia los intelectuales encuentra en la pluma de Clausewitz acentos tan apasionados como en la de Tocqueville y, medio siglo más tarde, la de Taine: "Los letrados que en Alemania divagan entre algunos autores griegos y latinos, la cabeza saturada de libertades antiguas y antiguas constituciones de las cuales no entienden más, por otra parte, de lo que nadie puede entender a dos o tres mil años de distancia; los filósofos que dan cuenta de todas las cosas a fuerza de conceptos universales y son espíritus demasiado refinados para sentir algún respeto por las particularidades locales e históricas: estos dos grupos se dejaron impresionar sobremanera por la filosofía y la política parisienses, y la mayoría de ellos se precipitaron de muy otro modo en el torbellino de las ideas revolucionarias".[103]

Desde luego, Clausewitz ajusta cuentas con los hombres cultivados culpables de haber simpatizado con las ideas de la Revolución y, en una primera fase, con los mismos franceses. Pero expresa también una filosofía que, surgida del racionalismo de las Luces (alude con frecuencia al *gesunder Menschenverstand*, el sentido común), enfatiza las singularidades de tiempo y lugar. El *Tratado* todo, al igual que *El espíritu de las leyes*, tiende a superar la antinomia entre lo universal y lo histórico.

Por cierto no niega que las contradicciones responsables de la explosión revolucionaria en Francia influían también en la organización social de Alemania, pero el Reformador de 1809 juzgaba que las reformas estaban esencialmente cumplidas: "Recapitulemos las reformas realizadas en Prusia y los Estados de Alemania del Sur a partir de 1805. La gran masa del pueblo, el campesinado, ya tenía acceso a la libre propiedad; la nobleza había perdido los privilegios que le eximían de impuestos y servicios personales; los monopolios y las restricciones que codificaban el ejercicio de las profesiones estaban abolidos; el plebeyo podía ya postularse para cualquier cargo; las contribuciones en especie, gravosas para ciertas clases, estaban abolidas y la carga estaba distribuida parejamente. Todas estas medidas habían sido objetivos de la Revolución Francesa; estos mismos objetivos ya se habían alcanzado en Alemania, y sin convulsiones violentas".[104]

En cuanto a los dos objetivos que inflaman la imaginación de la juventud alemana, una vez alcanzada la paz, Clausewitz trata a uno y otro con su estilo despiadado. ¿La unidad alemana? "Para Alemania existe un solo camino para llegar a la unidad política, y es la espada, si jamás alguno de sus Estados somete a todos los demás. Pero no ha llegado el tiempo de tal sujeción, y si alguna vez debe producirse, en el presente es imposible predecir cuál de los Estados alemanes dominará a todos los demás."[105]

[102] Prusia sólo tuvo dos príncipes derrochones, Federico I y Federico Guillermo II. Todos los demás fueron buenos funcionarios, y varios fueron los mejores de su tiempo.

[103] *Ibid.*, II, p. 213.

[104] *Ibid.*, II, p. 216.

[105] *Ibid.*, II, ps. 214-215.

En cuanto al segundo objetivo que interesaba al movimiento juvenil, o sea lo que él denomina una "Constitución de los Estados" *(ständische Verfassung)*, Clausewitz le dedica más espacio porque simpatiza con los sentimientos de la juventud. ¿Acaso no es la división de Alemania, la actitud misma de los príncipes lo que permitió a Napoleón pisotear a Europa entera? ¿Acaso la juventud no reclama una constitución para que Alemania o los alemanes puedan plantarse con más dignidad?

Clausewitz afirma primero que la acción externa del Estado no depende inmediatamente, en lo esencial, de la constitución interna. Bajo Isabel y Cromwell, los ingleses gozaban de menos libertades y cumplieron mejor con su papel externo; los suizos hace tiempo se han reducido a una nimiedad política, los americanos del Norte no siempre se han mostrado dignos del gran continente que representan. Según los casos, las deliberaciones parlamentarias refuerzan o paralizan las gestiones gubernamentales. La situación geográfica del Estado tiene suma importancia: Inglaterra, Norteamérica, los Países Bajos, gozan de cierta independencia. En cambio, un país rodeado de peligros por todas partes sólo puede triunfar mediante el sigilo, la decisión, la habilidad, cualidades que no pertenecen naturalmente a las deliberaciones de las asambleas. Las instituciones que él recomienda se denominan ministerio y consejo de Estado: agrupamiento de los ministros en un ministerio y consejo compuesto por personalidades distinguidas, he allí las propuestas, cuando menos prudentes, a las cuales llegó Clausewitz.

Nada sorprende tanto, en este texto tan típico de los alemanes nacionales y liberales, como la denuncia sarcástica de la vida parlamentaria combinada con la conciencia de la necesaria participación de todos los ciudadanos en el Estado y sus grandes intereses.

He aquí un ejemplo de la polémica: "Hay allí una plétora de vida y actividades, de intrigas y enfrentamientos, de luchas y de triunfos, de temor y desesperación, de terror y alegría, una solidaridad entre amigos y un encarnizamiento acervo con el enemigo, este entusiasmo que exalta al individuo y arrastra a los demás, y en definitiva una u otra intervención tan hábil como violenta, toda una vida política rica y floreciente que evoca el foro de la antigua Roma y las plazas públicas de Atenas. Frente a tal espectáculo de la vida civil el hecho de consagrarse calladamente a los asuntos privados tomaba por fuerza características de estancamiento".[106]

Aunque hostil al parlamentarismo, Clausewitz no deja de desear una confianza recíproca entre los súbditos y los gobernantes. El súbdito no puede pertenecer auténticamente a un Estado sino a condición de conocer sus intereses grandes y duraderos, "y es en el nivel de esta orientación duradera donde se situará la participación del ciudadano. El gobierno será organizado de manera de inspirarle confianza; ésta no será necesariamente ciega y absoluta; el ciudadano dispondrá de medios para seguir y juzgar los pasos de su gobierno, y su corazón podrá aplaudirlo más o menos. Es en el acuerdo más o menos unánime del juicio y el corazón de los súbditos donde el gobierno reconocerá los astros que le

[106] *Ibid.*, II, p. 222.

permitirán orientarse con mucha más facilidad y celeridad".[107] El gobierno necesita el apoyo popular, pero "esta agitación desconsiderada, esta participación revoltosa y parcial en el gobierno, que vuelve a los más activos prisioneros de un círculo en constante efervescencia, es una auténtica anomalía calcada de la imagen de ciertas republiquetas harto turbulentas".

Liberal, pero, a diferencia de Tocqueville, no comprometido con el ideal democrático, denuncia indignado el movimiento estudiantil (fiesta en Wartbourg de 1817, asesinato de Kotzebue en 1819), en el cual vislumbra un odio exaltado contra quienes piensan de otra manera, los malpensantes de tiempos de Cromwell, hoy denominados *filisteos.*

El breve artículo titulado *Uber die politischen Vortheile und Nachtheile der preussischen Landwehr*[108] había sido fechado erróneamente por Schwartz a fines de los años 20. Fue redactado en 1819, en el mismo período de otro artículo, *Uber unsere Kriegsverfassung* ("Sobre nuestro sistema militar"), cuando se discutía el porvenir de la *Landwehr.* En efecto, en diciembre de 1819 el rey Federico Guillermo III exigió una reorganización de la *Landwehr* (milicia), la disolución de 34 batallones y la incorporación, en tiempos de paz, de 16 brigadas como divisiones de línea en el ejército permanente. La decisión del rey signaba la victoria de los reaccionarios sobre los Reformadores, tildados por los primeros de revolucionarios. El ministro de Guerra, H. von Boyen, el jefe del estado mayor principal, Grolman, que pertenecían al grupo de los Reformadores, renunciaron como protesta. En el primer artículo, Clausewitz defendía la obra de sus amigos. En el segundo, elevándose por encima del acontecimiento, proclama su filosofía: ¿hay que temer o no el armamento del pueblo? A lo cual, basándose en la experiencia histórica y el razonamiento, según su costumbre, responde: *no.*

La milicia acrecienta el peligro de revolución, pero disolviéndola se acrecienta el peligro de una invasión. ¿Qué debemos temer más, la revolución o la invasión? En Alemania no conocemos una verdadera rebelión. ¿Pero puede decirse que no sepamos nada de invasión?

El pueblo francés no tenía armas en 1789: el ejército permanente no salvó a Luis XVI. Los tiroleses, armados, han seguido siendo súbditos leales. La tranquilidad interna, la solidez del Estado, no dependen de que el pueblo esté armado o no. En última instancia, si frente a un pueblo oprimido el gobierno debe mantenerse con la espada, ésta se confundirá con la personalidad marcial del rey, de su familia, ligada a allegados virtuosos. El ejército permanente no puede conjurar el peligro por sí mismo, y el armamento del pueblo no puede constituir el centro de gravedad del peligro. Sin una conducción honesta y sabia del ejército, la milicia y el pueblo, no puede haber fidelidad, unión ni seguridad en el Estado.

¿Por qué el gobierno está tan inquieto? Porque tiene la sensación de estar solo frente a la insatisfacción popular. Teme que el día en que la insatisfacción se manifieste como negativa a obedecer, la fuerza del ejército sea aniquilada por una milicia dos veces más numerosa. ¿Cuál debe ser el sostén del Estado? "Que

[107] *Ibid.*, II, p. 233.

[108] *Ibid.*, II, ps. 288-291. Cf. Nota VII.




el gobierno reúna a su alrededor a los representantes del pueblo, escogidos entre las gentes que comparten los verdaderos intereses del gobierno sin ser ajenos al pueblo. Que este consejo sea su primer respaldo, su amigo y su auxiliar, como lo ha sido el Parlamento para el rey de Inglaterra."[109] Jamás usó Clausewitz, para defender la obra de sus amigos, un lenguaje tan parecido al de los demócratas.

En definitiva, el general vuelve a Prusia y su sistema militar. Consagrando al ejército una proporción de recursos mayor que la de otros Estados, Prusia se ha puesto a la altura de los más grandes. Si ceja en sus esfuerzos todos quienes la envidian aprovecharán la primera ocasión para derribarla. Clausewitz permanece fiel hasta el final a la idea de la nación en armas, tomada tanto de la tradición prusiana como del ejemplo francés, entre los reaccionarios que no aceptan la obra de los Reformadores y los liberales que sueñan con la unidad alemana y las instituciones parlamentarias.

Después de 1945, los nacional-liberales se remontaron al período glorioso de las guerras de Liberación para buscar allí el origen de un destino finalmente trágico. ¿Las reformas de los Stein y los Scharnhorst habían creado el marco propicio para la expansión armónica de la sociedad burguesa o industrial? La clase noble, que se reservaba los puestos de oficiales tal como, según Clausewitz, lo había hecho la nobleza francesa, dominaba la nación en armas. Los Reformadores habían preparado el ascenso de la última clase realmente guerrera de la Europa aburguesada, que condujo a los soldados alemanes a tantas victorias vanas y por último al crepúsculo de los dioses germánicos.

Según todos los testimonios, el humor de Clausewitz se ensombrece durante sus años como director de la Escuela General de Guerra. No poseía una autoridad que le permitiera reformar la Escuela ni los programas. El, que había enseñado allí en 1810, a los 30 años, ya no dictaba cursos. Comandante administrativo, apenas conocido por sus alumnos –entre quienes estaba el futuro vencedor de Sedán–, llevaba una vida retirada con su Marie. Y escribía. No le faltaban razones para estar triste: sospechaba que el rey nunca le había perdonado su "deserción" de 1812, y reprochaban al monarca no haber tributado a Scharnhorst el homenaje que merecían la personalidad y los logros de su maestro. Aceptó el puesto de embajador en Londres que quizá le habían propuesto, y retiró su candidatura cuando se manifestaron oposiciones, demasiado orgulloso para prestarse a maniobras, demasiado sensible para no sentir amargura.

Más que nunca, en público, se mostraba reservado y taciturno, disciplinado e intransigente, insatisfecho con una existencia oscura, en una intimidad dichosa con aquella a quien seguía amando igual que antes, consciente de su superioridad intelectual, pero condenado por su concepción del mundo a alimentar la nostalgia de la gloria de las armas y a no buscar, en vida, la de las letras. En 1827, al fin, el rey hizo indiscutible una nobleza cuya incertidumbre le había pesado en la juventud.

[109] *Ibid.*, II, p. 291.

¿Debemos concluir, pues, que no resistió hasta el fin la tensión entre las ideas o las ambiciones que le desgarraban el ánimo y la personalidad? ¿Debemos aceptar el testimonio del doctor y de la esposa, según el cual murió menos de cólera que por agotamiento de la voluntad de vivir? Ni yo ni nadie tiene el modo de averiguarlo. Sólo quisiera poner algunos signos de interrogación en el margen de esa versión patética y edificante.

Sin duda alguna, Clausewitz experimentó decepciones personales [110] con el resurgimiento de los reaccionarios que la ola revolucionaria habría debido arrastrar y que la contrarrevolución devolvió gradualmente al primer rango. Retraído, hablaba poco en público y, como le escribió a Gneisenau no por falsa modestia sino por convicción, "cada cual debe ocupar su rango para mantener el equilibrio del conjunto". [111] De opiniones conservadoras, pasa también por una persona intratable, un aguafiestas, o un recalcitrante, a tal punto defendía una opinión cuando estaba convencido de tener la razón de su parte.

Hacía años sufría de los nervios (en 1808, a su regreso de Francia, habla de fiebre infecciosa), [112] se daba baños termales por el reumatismo. De vez en cuando lo dominaba una especie de depresión o melancolía que sólo disipaba la presencia de su amada. Cada cual puede construir su propia interpretación con el auxilio de los instrumentos que proporciona la psicología profunda. Personalmente, quiero referirme a la carta del 18 de mayo de 1821, que evoca al niño de doce años, de una sensibilidad trémula y tempestuosa, a quien su padre conducirá a la Escuela de cadetes y que nunca superará del todo el traumatismo de esta ruptura: "Potsdam despierta en mí toda suerte de resonancias graves y deprimentes, pero estoy habituado a ello; siempre ha sido así y además es bastante natural, pues siempre me siento allí extraño y solitario. Reconocí la casa donde viví con mi padre hasta que me llevó al regimiento, hace veintinueve años. No sin gran emoción, sin una gran gratitud a la Providencia, he pensado en toda la dicha que se me ha concedido desde entonces y cuya piedra inicial fue este viaje. Pero también conservo una representación absolutamente clara de los sentimientos melancólicos que, sobre todo en esa época, me asediaban el corazón, y que jamás me han abandonado del todo. Por cierto, la dicha me ha sonreído tanto en la vida que he llegado a darla por sentada. No obstante, es seguro que jamás lograré liberarme totalmente de este sentimiento". [113] Es posible que con la edad esta tristeza profunda, esta melancolía, especie de

[110] En particular, de su ingrata situación en la Escuela de Guerra. Cf. Schwartz, II, p. 246, el testimonio del general von Brandt: "Nadie había recogido en este puesto experiencias más amargas que Clausewitz, quien, dada su gran urbanidad e incluso cierta timidez, por cierto jamás se dejó arrastrar a maquinaciones o propósitos malévolos o desconsiderados. No obstante, lo involucraron en toda clase de historias maldicientes que dieron lugar a rumores en la Inspección General y el Ministerio de Guerra y contribuyeron sin duda, posteriormente, a hacerlo trasladar a una esfera muy diferente".

[111] Pertz-Delbrück, t. V, p. 371.

[112] La expresión que él utiliza, *Nervenfieber*, corriente en la época, no permite determinar la enfermedad. Designaba una enfermedad infecciosa, el tifus, así como una afección específicamente nerviosa.

[113] Schwartz, II, p. 252.

tributo pagado al destino, haya ensombrecido con más frecuencia la vida cotidiana de Carl, pese a Marie.

¿Debemos, pues, creer a la que estuvo junto a su cabecera hasta el último momento? Marie escribe: "Al menos sus últimos instantes fueron apacibles, sin sufrimiento, y sin embargo había algo desgarrante en la expresión, en el tono del último suspiro. Fue como si rechazara la vida, un fardo demasiado pesado para cargarlo. Pronto sus rasgos recobraron la compostura, la serenidad. Pero una hora más tarde, cuando lo vi por última vez, expresaban de nuevo el sufrimiento más profundo".[114]

La tesis del anciano cansado de vivir está reñida con dos clases de indicios. Primero, las cartas, la actividad durante el período de Posen, donde vuelven a nombrarlo jefe de estado mayor de Gneisenau. El oficial manifiesta allí, según todos los testimonios, el mismo celo, la misma exactitud, la misma eficacia que quince años antes. La revolución de 1830, en París, ha despertado sentimientos fuertes, el odio a Francia o, al menos, el temor de que Francia abuse otra vez de su poder a expensas de la libertad de las naciones europeas. En este sentido le faltó visión, vivió bajo la acechanza de la supremacía francesa; a esa acechanza se unían el odio y el desprecio por Polonia. Dos artículos posteriores a las jornadas de julio de 1830, fechados en 1831, dan testimonio de ello, *Die Verhältnisse Europas seit der Teilung Polens* y *Zurückführung der vielen politischen Fragen welche Deutschland beschäftigen, auf die unserer Gesamtexistenz.*[115] Ni el pensamiento ni el tono ni el estilo traicionan el menor decaimiento.

Estos dos artículos parten de una especie de axioma: es Francia y sólo Francia la que desde Luis XIV —con un intervalo de ochenta años durante los cuales tuvo gobiernos débiles y pacíficos— ha puesto en peligro el equilibrio de Europa. Es Francia la que a partir de la Revolución y sobre todo bajo Napoleón ha querido pasar de la supremacía *(Vorherrschaft)* al imperio *(Alleinherrschaft).* Mientras que Francia había abusado de su poder y sus victorias para destruir a los Estados históricos y trazar arbitrariamente Estados artificiales, sus enemigos vencedores le quitaron los territorios conquistados, pero no la redujeron. Disimularon bajo la fórmula "es necesario que Francia sea fuerte" su convicción de que no convenía provocar una reacción violenta o exasperada de los franceses. "¿Mas cuál será el resultado del motivo real de esta moderación? Será que Francia, aun desarmada y vencida, no cesará jamás, en su calidad de nación muy homogénea, indivisa, bien situada, bien delimitada, rica, guerrera y animosa, de disponer de medios que garantizan su autonomía y su independencia en el tiempo. . ."[116] A partir de allí todas las cuestiones europeas planteadas en 1831, Polonia, Bélgica, Italia, Clausewitz las examina resueltamente desde el punto de vista exclusivo del interés nacional de Alemania, confundido por gracia de la

[114] Cf. Nota VIII.

[115] Schwartz, II, ps. 402-417. *Les relations politiques en Europe depuis le partage de la Pologne* y *Des multiples questions politiques concernant l'Allemagne et de leur rapport à celle de notre existence même.*

[116] *Ibid.*, II, p. 407.

historia con el interés del equilibrio europeo, ya que sólo Francia amenaza con romperlo.

¿Restaurar Polonia para satisfacer las ideas de los filósofos y la moda del momento? La pérdida de los territorios reclamados por Polonia debilitarían a Austria y Prusia. El nuevo Estado constituiría un aliado, natural y permanente de Francia. Le harían falta por lo menos cien años para librarse de sus caracteres bárbaros y alcanzar la nobleza de un Estado europeo. ¿Independencia de Bélgica? Esta ha constituido una defensa exterior de Alemania. Francia nunca intentó invadir Bélgica. En cambio, como dueña de Bélgica, en la margen izquierda del Rin, Francia recobraría la capacidad de poner en peligro la paz de Europa. Lo que los franceses denominan fronteras naturales no se relaciona con la seguridad de su Estado, sino con la seguridad de su supremacía. Asimismo, Clausewitz considera la revuelta de los italianos en una perspectiva estratégica. Italia se convierte para él en una muralla exterior de Alemania. ¿Italia alcanzaría un día la unidad? Nadie lo sabe, y de todos modos la respuesta pertenece a un futuro lejano. Por el momento, lo que importa es que los italianos, débiles y desunidos, no brinden a los franceses más medios para atacar el centro de gravedad de la resistencia europea, a saber Alemania.

El análisis político se somete al cálculo de la relación de fuerzas. En cuanto a las ideas liberales o nacionales, aplicadas a las revueltas de los belgas, los polacos, los italianos, Clausewitz las trata con el desprecio del realista frente a los excesos de los filósofos o la opinión pública. Al mismo tiempo se transparenta la filosofía de las relaciones entre los Estados europeos a la cual Clausewitz adhería hacia el fin de su vida: filosofía de las oposiciones y del equilibrio.

¿Cuál es en Europa la opositora natural de Inglaterra? Obviamente, Francia. ¿Los filósofos juzgan que tal oposición no es necesaria? "Sería una opinión muy poco filosófica, pues la naturaleza física y moral en su integridad se mantiene en equilibrio mediante oposiciones." [117] En cuanto a la oposición entre los principios políticos, el presunto liberalismo del Oeste, opuesto al presunto despotismo del Este, no es más que una cuestión de creencias *(Claubenssache)* que hace falta distinguir mediante el pensamiento de las relaciones que condicionan la seguridad externa de los Estados. "Si los principios y opiniones de orden político y religioso se alían habitualmente a los intereses materiales y la seguridad externa, jamás pueden reemplazarlas; admitiendo que lo que se ha convenido en llamar despotismo haya desaparecido absolutamente, que todos los pueblos sean tan libres y felices como París en este momento y que Dresde lo haya sido hasta hace pocos meses, ¿las relaciones entre pueblos serían por lo tanto de paz idílica, y el enfrentamiento de intereses y pasiones que no cesa de amenazar la paz externa quedaría reducido al silencio? Por cierto que no; no es, pues, en las máximas donde tenemos que buscar las oposiciones entre pueblos, sino en todo el conjunto de sus relaciones espirituales y materiales, y sobre este particular lo más indicado es interrogar a la historia." [118]

[117] *Ibid.*, II, p. 403.

[118] *Ibid.*, II, p. 405.

En estos escritos nada trasunta languidez o pocas ganas de vivir. Las pasiones continúan llameando. La apelación a la "fidelidad hacia nuestros príncipes, hacia nuestra patria, hacia nosotros mismos" conserva el mismo acento que en tiempos del desastre y la humillación. El patriota no ceja nunca, el escritor jamás deja la pluma.

Tampoco olvidemos que la obra maestra del escritor –el capítulo 1 del libro I– data de 1829 o de 1830. En otros términos, el hombre que los historiadores, siguiendo a Marie, nos representan moralmente agotado, jamás ha poseído semejante dominio del pensamiento ni de la lengua. Según varios intérpretes, en 1829 descubrió nuevos horizontes teóricos. ¿Debemos imaginar, pues, al oficial indiferente ante su obra en ese momento? Que ante todo se consideró hombre de acción, de acuerdo. Que no ensalzó tanto como nosotros la grandeza del pensamiento, concedido. Que no tuviera el deseo de llevar hasta el final su paciente meditación, cuya etapa inicial está marcada por la *Estrategia de 1804*, me cuesta creerlo. Propenso a la tristeza, con una sensibilidad viva y una inteligencia rigurosa, impulsado a la acción por el romanticismo de la gloria y el oficio de las armas y herido por las contrariedades, aun menores, de la vida social, pobre entre ricos, con una nobleza dudosa en medio de los Grandes, después de una carrera inesperada para el teniente sin fortuna de Neu Ruppin, decepcionante para el íntimo de Scharnhorst y Gneisenau,[119] destinado por su inteligencia al estudio y por su padre y sus valores al campo de batalla, Clausewitz sufrió desgarramientos, pero sin embargo no sucumbió a las contradicciones entre el cosmopolitismo y el nacionalismo, entre el ideal y las crueldades de la política, entre los Reformadores y los reaccionarios: él o su organismo sucumbieron finalmente ante el cólera.

[119] Cf. Nota IX.

## *CAPITULO II*

### La formación del pensamiento (1804-1830)

El esbozo biográfico del capítulo precedente quizás ayude al lector a simpatizar con el autor del *Tratado* –simpatizar en el sentido etiomológico del término, que no excluye la distancia, ni siquiera la hostilidad–, pero no intenta ni pretende sugerir una interpretación de la teoría. Evoca las experiencias vividas por un oficial de estado mayor, uno de los primeros representantes de esta ilustre falange, típica del ejército prusiano y alemán del siglc XIX y el XX. Desconocido en vida, aunque admirado por algunos grandes soldados, este oficial erigió una construcción intelectual que sigue en pie al cabo de un siglo y medio.

Las experiencias vividas por Clausewitz llevaban en sí mismas una enseñanza que se reencuentra en el *Tratado*. Imposible desconocer los lazos entre la organización de los ejércitos y un modo de combatir, por una parte, y las estructuras político-sociales, por la otra, en una época donde las tropas improvisadas por la Revolución introducían o generalizaban métodos, tácticos o logísticos, por una parte nuevos –los cazadores, las columnas profundas, las requisas–, mientras que otros métodos –la fila delgada, las formaciones rígidas– caían en desuso. Clausewitz no podía no comprobar y, por así decirlo, *ver*, la diversidad de las guerras según los tiempos y circunstancias. El hundimiento de Prusia después de Jena, el comportamiento en combate, en 1813, 1814 y 1815, de las tropas prusianas reorganizadas, este contraste le habría enseñado la importancia de las fuerzas morales, si hubiera tenido necesidad de aprenderla.

Nadie llegará a la conclusión de que Clausewitz se limitó a dar forma a las lecciones de un cuarto de siglo tumultuoso entre el cañoneo de Valmy y la derrota de Napoleón en Waterloo.

Para desechar una interpretación tan superficial baste tomar en consideración los escritos estratégicos de Clausewitz anteriores al *Tratado*. Quizá no los poseemos todos; la Estrategia de 1804, completada en 1808, el artículo de *Neue Bellona* (1805), los fragmentos extraídos de los archivos por K. Schwartz, H. Rothfels o W. M. Schering, la síntesis de las enseñanzas impartidas al príncipe heredero (1812), nos permiten seguir la formación de su pensamiento.

## *1. La crítica de H. von Bülow y la teoría de las definiciones*

Lo que asombra al lector de los textos de 1804-1805 es menos la expresión de ciertas ideas, de ciertos temas, elaborados más tarde en el *Tratado,* que el rigor del pensamiento y el estilo. El teniente de veinticinco años critica a un teórico conocido, casi famoso, con un soberano desprecio, con una superioridad consciente de sí misma. La arrogancia intelectual que sospechaban sus interlocutores, disimulada por su parquedad, se manifiesta allí sin trabar. Además, T. von Bernhardi atribuyó el artículo de *Neue Bellona* a Clausewitz antes de encontrar el manuscrito en los archivos de la familia.

El libro que Clausewitz toma como blanco se llama *Lehrsätze des neueren Krieges oder reine und angewandte Strategie aus dem Geist des neueren Kriegssystems, hergeleitet von dem Verfasser des neueren Kriegssystems und des Feldzuges von 1800.*[1] El autor, Heinrich Dietrich von Bülow, hermano del general que participó en la campaña de 1815, llevó una vida aventurera y tuvo un fin trágico. Había publicado en 1798 el *Espíritu del sistema de la guerra moderna* y, varios años más tarde (1801), una historia crítica de la campaña de 1800. La obra de 1805 retoma lo esencial del primero de estos libros y utiliza ejemplos al segundo. No obstante, el libro de 1805, despedazado por Clausewitz, difiere en muchos aspectos de los dos opúsculos previos de los que está extraído o deducido.[2]

El *Espíritu del sistema de la guerra moderna* se publicó en traducción francesa,[3] abreviado, en París, en 1801. Aunque en el prefacio del libro de 1805 H. von Bülow se queja de que la traducción ha vuelto incomprensibles algunas de sus demostraciones, la versión francesa no falsea en absoluto los principios ni los argumentos del autor.[4] Además, los teoremas siguen siendo los mismos, al menos en el orden estratégico, de 1798 a 1805.

Este primer libro se dividía en dos partes, cuyos títulos o resúmenes

[1] "Teoremas de la guerra moderna o estrategia pura y aplicada, extraída de 'El espíritu del sistema de la guerra moderna', por el autor del 'Sistema de la guerra moderna' y de 'La Campaña de 1800'", Berlín, Heinrich Fröhlich, 1805. He consultado este libro, que se encuentra en la Bibliothèque nationale. Cf. Nota X.

[2] H. Rothfels, *Carl von Clausewitz, Politik und Krieg, Eine ideengeschichtliche Studie,* Berlín, Dümmler, 1920, p. 55, ha encontrado en los archivos de la familia dos páginas y media sobre H. von Bülow anteriores al artículo de *Neue Bellona* y relativamente favorables. Según Rothfels, "Clausewitz aprobaba la tentativa de medir el campo íntegro por un sistema geométrico de los elementos estratégicos; encontraba el desarrollo más dudoso y reprobaba sinceramente la extravagente tendencia a las proposiciones arbitrarias". En el artículo de *N. B.,* Clausewitz indica que también él fue tentado por el sistema de Bülow.

[3] *Esprit du Système de Guerre moderne, destiné aux jeunes militaires; avec 58 figures, par un ancien officier prussien,* traduit de l'allemand par le citoyen Tranchand-Laverne, A Paris, chez Bernard Levrault Frères, Magimel et Firmin Didot, An X, 1801. Hay un ejemplar en la Bibliothèque nationale. (De ahora en adelante denominaré *Espíritu. . .* al libro de Bülow).

[4] El yerno de uno de los hermanos de Heinrich Dietrich von Bülow (Edouard) en cooperación con W. Rüstow, deseoso de rehabilitar a H. von Bülow, publicó en 1853 (Leipzig, Brockhaus) una obra: *Militärische und Vermischte Schriften,* de Heinrich von Bülow. Esta obra contiene el texto *Der Geist des neveren Kriegssystems.* Cf. Nota XI.

bastarán para revelar sus ambiciones. La primera establece, a partir del armamento y las armas de fuego, el teorema de la base como fundamental para la conducción de las operaciones. De los armamentos modernos H. von Bülow deduce, en la segunda parte, las consecuencias políticas más ambiciosas, por no decir extravagantes. He aquí los momentos principales de la demostración: 1) Las masas, es decir el mayor número de combatientes y la mayor cantidad de elementos adecuados para la guerra, deben decidir tarde o temprano el éxito en la época moderna, y no, como en la antigüedad, la superioridad de la disciplina y el coraje. 2) Una consecuencia de lo que acaba de exponerse consiste en que los pequeños Estados, en el porvenir, ya no vencerán a los grandes, sino que terminarán, por el contrario, siendo sus presas. 3) Europa será un día dividida en varios Estados grandes. 4) Como las fuerzas de los Estados no son ilimitadas, se sigue del principio de la base que tienen que disminuir a medida que se alejan demasiado de su región. No pueden gozar de la preponderancia, salvo hasta ciertos límites naturales. 5) Del ascendiente que el sistema de la guerra moderna otorga al gran número sobre el valor y la capacidad intrínseca de los combatientes resultará que la ventaja está hoy de parte de la justicia y la libertad, es decir que este orden de cosas favorece la guerra defensiva y la insurrección de los ciudadanos (en caso de opresión) contra un ejército regular y disciplinado. 6) Como tarde o temprano los diversos Estados europeos se extenderán hasta sus límites naturales, como es inútil y peligroso para un gobierno operar más allá de las fronteras que la naturaleza le ha impuesto, de este orden de cosas resultará necesariamente una paz perpetua.[5]

Toda esta segunda parte del *Espíritu. . .* desapareció de la obra de 1805, y quizá Clausewitz alude a ello cuando escribe que juzga al autor demasiado inteligente para tomar en serio los juegos intelectuales de sus años de juventud. La primera parte, o sea el desarrollo del teorema estratégico de la base, constituye, pues, el único objeto de la crítica clausewitziana. Pero si queremos dar al diálogo Bülow-Clausewitz una significación transhistórica, la segunda parte del *Espíritu. . .* debe tenerse en cuenta. Bülow es el teórico que no sólo deduce las reglas de la conducción de las operaciones a partir de las nuevas exigencias de avituallamiento, suscitadas por los armamentos (descubrimiento de la pólvora, de donde los fusiles, los cañones, la necesidad no sólo de pan sino de balas, etc.). Es también el hombre que fundamenta sobre los progresos técnicos del armamento una teoría de los factores de poder, una perspectiva diplomática y, en último análisis, una anticipación de la paz perpetua según el sueño de los filósofos, sueño en el cual él mismo dejó de creer tras haberlo transfigurado en una presunta ciencia. Contra todos los que cuentan – y los hay aun hoy día– con que el progreso técnico conducirá a la humanidad a la paz, Clausewitz encarna la sabiduría despiadada o el rechazo de la esperanza por parte del pensador sin ilusiones: la guerra, conflicto de grandes intereses que se resuelven sangrientamente, cobra formas diversas a través del tiempo sin cambiar de naturaleza ni de esencia. Los instrumentos, de la pica a las armas nucleares, modifican los fenómenos bélicos sin eliminar la guerra misma.

[5] He tomado este resumen del índice de la versión francesa.

De la primera parte del *Espíritu. . .*, H. Von Bülow[6] reprodujo textualmente, en 1805, las definiciones y los teoremas. Las definiciones, en número de tres, se relacionan con la *operación bélica* (movimiento de un ejército cuyo objetivo inmediato es el enemigo), la *línea de operaciones* (el espacio a través del cual los ejércitos se mueven entre el sujeto y el objeto de la operación) y por último la *estrategia y la táctica.*

La crítica de las definiciones de estrategia y táctica conserva hoy un doble interés: nos revela la concepción clausewitziana de la ciencia al mismo tiempo que la delimitación del objeto guerra.

Clausewitz –conviene subrayar esto, pues los intérpretes sólo tienden a ver la oposición entre los dos hombres– comparte con Bülow el gusto por la abstracción y el rigor por las definiciones; en resumen, por lo que uno y otro denominan ciencia. Contra el escepticismo de quien los ha inspirado irritándolos, Georg Heinrich Bernhorst,[7] ambos quieren refirmar los derechos de la ciencia, construir un edificio intelectual, pero cada cual lo concibe de manera diferente. Aun así Clausewitz confiesa que por un tiempo se contó entre sus discípulos:[8] ¿quién no siente la tentación, en efecto, de adherir a una doctrina que en pocas horas transforma a cualquiera en estratega y seduce al lector por la claridad y la simplicidad de los términos y las proposiciones?

¿En qué consiste la cientificidad, o carácter científico, del estudio de la guerra? Primero y principal, en la elaboración de los conceptos o, para emplear el lenguaje de Clausewitz en 1805, de las nociones generales *(allgemeine Vorstellungen)*:[9] "Nos ocuparemos principalmente de las nociones generales porque, en la constitución de una ciencia, recurrimos a ellas ante todo".[10] La importancia primordial de los conceptos se expresa y confirma en la insistencia sobre las definiciones.

H. von Bülow define la estrategia como "la ciencia de los movimientos bélicos fuera del campo visual del enemigo, la táctica en el interior de éste".[11] El traductor francés emplea la fórmula siguiente: "Denomino estrategia a los movimientos de guerra de los dos ejércitos fuera del círculo visual recíproco o, si se quiere, fuera del efecto del cañón. La ciencia de los movimientos que se efectúan en presencia del enemigo, de manera de poder ser vistos por él, y

[6] El artículo de *Neue Bellona* fue reproducido por E. A. Nohn en un cuaderno de la *Wehr wissenschaftliche Rundschau* titulado *Der unzeitgemässe Clausewitz. Notwendige Bemerkungen über zeitgemässe Denkfehler*, Beiheft 5, 5 de noviembre de 1956, Francfort, E. S. Mittler & Sohn. El número de página pertenece a este folleto, la cifra entre paréntesis a *Neue Bellona* (N. B.).

[7] *Betrachtungen über die Kriegskunst, über ihre Fortschritte, ihre Widersprüche und ihre Zuverlässigkeit*. El libro apareció en 1796. He recurrido a la tercera edición de 1827 (Leipzig, Gerhard Fleischer) de la Bibliothèque nationale. Cf. Nota XII.

[8] Cf. N. B., p. 23 (285).

[9] Continúa empleando con frecuencia este vocabulario en el *Tratado*. El término *Vorstellung* es a menudo el equivalente de idea, no sugiere nada concreto, no presenta ninguna relación con la imaginación o la sensibilidad.

[10] N. B., p. 11 (255).

[11] *Ibid.*, p. 11 (255).

alcanzados por su artillería, esta ciencia es la táctica".[12] La formulación, en el libro de 1805, en alemán, sigue siendo la misma. Campo visual y alcance del cañón trazan la frontera entre los movimientos estratégicos y tácticos; por lo tanto diferencian la ciencia de los unos de la ciencia de los otros.

Clausewitz multiplica las críticas contra estas definiciones. Reducen de manera ilegítima toda la actividad bélica a movimientos, fundamentan la distinción sobre una característica sensible –el campo de visión o el alcance del cañón– y no sobre una característica abstracta, y por ende no conducen a una distinción racionalmente satisfactoria. ¿Cómo llegar a semejante distinción? El uso impide una resolución porque el sentido corriente de las palabras, variable según los tiempos, no está determinado por principios filosóficos. De allí la afirmación decisiva: *Die Sache muss entscheiden, La cosa debe decidir.*

Para que la cosa decida, ella misma debe comportar una estructura, una diferenciación interna que el sabio, lejos de crear artificialmente, descubre. "Estudiando con cuidado el objeto al cual el uso ha impuesto cierto delineamiento, si nos dejamos conducir un poco por este principio de la división que ha sido vagamente concebido, debemos por fin llegar a un punto donde la naturaleza del objeto sufra la modificación que no hemos percibido hasta entonces sino donde ella era más chocante, *en los extremos.*"[13] En otros términos, primero conviene captar la distinción en la forma más clara o, por así decirlo, perfecta; la frontera surge allí donde se manifiesta el principio de la distinción.

Clausewitz practicó toda su vida el método sugerido en 1805, o mejor dicho la mitad de ese método, pues eligió como punto de partida los extremos, las oposiciones perfectas. No hay rastros, en el *Tratado,* de la busca de fronteras. "Debemos subrayar una vez más que para dar a las nociones claridad, precisión y fuerza no hemos tomado por objeto de nuestra consideración sino las oposiciones perfectas *(vollkommene Gegensätze),* o sea los extremos de cada clase; por otra parte, el caso concreto de la guerra se sitúa con harta frecuencia en el medio y no es presidido por este extremo sino en la medida en que se le aproxima."[14]

Oponiendo la precisión y la fuerza del concepto a la realidad que se le aproxima más o menos,[15] Clausewitz sugiere un parentesco con los tipos ideales de Max Weber. Parentesco, no obstante, que suscita una doble reserva: la distinción entre el *concepto,* que capta el caso extremo, y la *realidad,* que se le aproxima más o menos, no equivale a la de una realidad más o menos *confusa* y

[12] Trad. franc., p. 54. ((La transcripción castellana es literal. *(N. d. T.)*)).

[13] N. B., p. 11 (256-257).

[14] VI, 30, p. 599 y p. 613 (859).

[15] El método que consiste en partir de las oposiciones en su forma perfecta, de los extremos, se combina con la oposición de los conceptos y de la realidad. Esta última oposición, decisiva para la comprensión de la obra en su integridad, parece haber sido elaborada completamente en los últimos años de la vida de Clausewitz. Creo que el método mismo –captar al principio la naturaleza de los objetos o las partes del objeto que se oponen, reconocer a continuación los casos intermedios– lo condujo a discernir la distancia que necesariamente subsiste antre el objeto *(Gegenstand)* según su naturaleza y cualquier objeto concreto, real, cuyo concepto sólo constituye una representación a la cual Clausewitz denomina abstracta, filosófica, ideal.

una imagen mental *racionalizada*. La distinción clausewitziana, al menos en este punto, implica una escala, un más o un menos, mientras que el pensamiento weberiano opone una realidad difusa o equívoca a un concepto esclarecido por el entendimiento. Por lo demás, Clausewitz no admitía en absoluto la libertad del analista, el carácter legítimamente arbitrario de las construcciones intelectuales: *la cosa misma decide*. La definición capta la *naturaleza* del objeto: esta naturaleza se impone al espíritu que busca la definición.

¿Cómo refuta Clausewitz la definición de H. von Bülow? Empieza por sustituir la noción de ciencia por la de arte *(Kunst)*: "El objeto de un arte es la utilización de los medios disponibles en vista de un fin propuesto".[16] La teoría de la guerra será, pues, la teoría de un arte o una práctica (en términos modernos, una praxiología). En cuanto a las definiciones de táctica y estrategia, se infieren sin esfuerzo de la definición del arte, o dicho de otro modo, de la pareja conceptual medio-fin. "La estrategia no es nada sin el combate; pues el combate es la materia de la cual se sirve, el medio que ella aplica. Así como la táctica es el empleo de las fuerzas armadas en el combate, la estrategia es el empleo del combate –o sea el enlace de los combates singulares en un conjunto– en vista del fin último de la guerra."[17] El recurso a la pareja medio-fin, a su vez impuesto por la comparación con el arte, permite, pues, y sólo él lo permite, el delineamiento nacional de la teoría. Táctica y estrategia tienen cada cual un medio propio (las fuerzas armadas y el combate[18] respectivamente) y un fin específico (la victoria y un fin político-militar[19] respectivamente). Si retomamos el método de los extremos o de las oposiciones perfectas, el envío de una patrulla depende de la táctica, el plan de guerra depende de la estrategia; en un caso, los que sirven de medio o materia son hombres; en el otro, victorias, la destrucción de las fuerzas enemigas o la ocupación de su territorio. En vez de un criterio sensible –el alcance de la vista o el cañón–, criterios conceptuales.

De hecho, Clausewitz no extrae inmediatamente de la noción de arte (como hubiera podido hacerlo) las dos definiciones de estrategia y táctica; muestra que Bülow se empantana en contradicciones insolubles al tomar el campo visual como criterio de discriminación; atribuye a la táctica movimientos (marcha en columna) que no se distinguen en absoluto de otros movimientos estratégicos. Lo que nos interesa, e interesa también a Clausewitz, es que el criterio sensible, pese a las apariencias, desemboca en un delineamiento arbitrario *(zerschneiden)* en vez de una descomposición orgánica *(zergliedern)*.

Desde luego, las páginas entre la introducción de la noción de arte y las

[16] N. B., p. 12 (257).

[17] *Ibid.*, p. 17 (271).

[18] Traduzco *Gefecht* por *combat*. La traducción elegida por Naville, *engagement* ("alistamiento", "compromiso", "refriega"), es injustificable. La palabra *engagement* tiene muchos otros sentidos y no comunica la noción esencial: la lucha. ((Siguiendo el criterio de R. A., se traduce el término por "combate". La versión castellana de *De la guerra* realizada por R. W. de Setaro, publicada en Buenos Aires por Mar Océano y más tarde en Barcelona por Labor en una edición fragmentaria, traduce "encuentro". *(N. d. T.)*)).

[19] Clausewitz se esforzará toda su vida por precisar la naturaleza de este fin de la estrategia.

definiciones de la estrategia y la táctica responden también a una de las principales intenciones de Clausewitz. Los once teoremas que H. von Bülow formuló en el *Espíritu. . .*, reproducidos en la obra de 1805, a Clausewitz le parecen no sólo falsos sino ridículos, casi grotescos, en todo caso incompatibles con la teoría tal como la concibe Clausewitz en 1805 e incluso veinticinco años más tarde, en 1830, cuando escribe las últimas líneas del *Tratado.*[20]

Sin entrar en el detalle de los once teoremas, indiquemos que el primero plantea la dependencia de los ejércitos modernos con respecto a sus almacenes o depósitos. De ello resulta que la base o conjunto de depósitos de donde el ejército obtiene sus pertrechos ejerce una influencia decisiva en el curso de las operaciones. De allí el tercer teorema: "Las operaciones conducidas según una línea única que, fundada sobre un único sujeto de operaciones, penetra en el país enemigo, no tienen una base suficiente y no pueden triunfar a menos que el enemigo descuide todos los contramovimientos". El teorema más célebre es el quinto: "Las operaciones que están contenidas en un triángulo o en un arco de círculo de 60 grados o menos deben *(müssen)* fracasar según la regla, no pueden llegar hasta el final si el enemigo aprovecha sus ventajas, pues carecen de base". El teorema octavo completa el precedente: "Las operaciones incluidas en un triángulo obtuso o un arco de círculo de 90 grados o más son las mejores y tienen base suficiente".[21]

¿Cuáles son las principales objeciones de Clausewitz, objeciones que hoy conservan cierto alcance mientras que los teoremas de Bülow no representan más que una curiosidad histórica? Primero y principal, es absurdo deducir de un elemento –las modalidades de avituallamiento– teoremas estratégicos a los cuales se otorga enseguida una doble verdad, científica y práctica. El estudio de la influencia que ejercen las necesidades de avituallamiento en el movimiento de los ejércitos es legítimo: el dogmatismo fundamentado en formas geométricas, en el ángulo que forman las líneas de operaciones desde las extremidades de la base hasta el objeto, se presta a una refutación demasiado fácil para que valga la pena desarrollarla. Si Clausewitz detesta la fascinación que ejercen las formas geométricas en estrategia, también detesta cualquier tipo de dogmatismo.

Encarnación del dogmatismo geométrico, H. von Bülow es al mismo tiempo la encarnación del dogmatismo estratégico o, si se prefiere una expresión más clara, comete un error garrafal en cuanto a las relaciones entre estrategia y táctica. Dice y repite que los combates de hoy ya no deciden nada, incluso escribe que no se libran más batallas.[22] Todos sus teoremas descansan, pues,

[20] Traduzco *Lehrsatz* por "teorema" por la siguiente razón: H. von Bülow pretende aproximar a la ciencia, y en particular a las matemáticas, la teoría de la guerra; presenta sus ideas bajo forma de figuras geométricas. Se trata, pues, de teoremas y preceptos a la vez, de teoremas que contienen los preceptos en sí mismos.

[21] Se encontrarán las tres definiciones y los once teoremas en la edición Bülow-Rüstow de 1853, citada más arriba, p. 149. Nohn los reproduce en su folleto *Der unzeitgemässe Clausewitz* (ps. 24-25). Los resúmenes, en la versión francesa, figuran en las páginas 143-146.

[22] Lo cual, añade Clausewitz, significa que ya no se adecuan al espíritu del sistema de la guerra moderna.

sobre el postulado de que los combates (por lo tanto, la táctica) no tienen ya su antigua significación; el sistema moderno, basado en el avituallamiento, se opondría radicalmente al de la antigüedad, basado en el combate. A lo cual Clausewitz responde con la idea que se expresa en las dos definiciones de estrategia y táctica al tiempo que rige toda su obra: en definitiva, la táctica conlleva la decisión. La estrategia debe preparar o presentar el combate en sitios bien elegidos, en el momento propicio, en condiciones favorables, pero no puede sustituir el combate ni garantizar su éxito ni volverlo inútil. Clausewitz pasa por ser hostil a la maniobra; de hecho, se opone a una teoría según la cual la maniobra sería algo más que la elección del lugar, el instante y las condiciones de los combates al tiempo que el arte de explotarlos y organizarlos con miras al objetivo militar primero, del fin político después de la campaña o la guerra. Jamás escribió ni pensó que el movimiento de los ejércitos a través del espacio, según las exigencias del tiempo, o sea la maniobra estratégica en el sentido más amplio, careciera de influencia en el desenlace de las guerras.

En la obra de H. von Bülow, Clausewitz descubría en estado puro, casi perfecto, las concepciones y casi la filosofía, cuya falsedad intrínseca los ejércitos franceses de la Revolución demostraban con su victoria. El método de las requisas reduce la dependencia de los ejércitos con respecto a sus depósitos; la acción sobre las líneas de comunicación o avituallamiento sólo opera lentamente, mientras que el éxito en los combates tiene un peso inmediato. H. von Bülow[23] afirma que los modernos obtienen por la guerra resultados inferiores a los de los antiguos en el mismo momento en que la República francesa refuta una tesis semejante. Fundamenta sus previsiones político-históricas –desaparición de los Estados pequeños, organización de Europa en un número reducido de Estados grandes, paz perpetua– sobre la victoria inevitable de los grandes batallones; en síntesis, sobre la relación de las fuerzas materiales. Concluye: "La excusa de que se es demasiado débil con respecto al enemigo quizá justifique al general, mas no al gobierno, pues comete una locura al hacer la guerra contra un enemigo con el cual no podemos compararnos *(der man nicht gewachsen ist)*".[24]

Basta enumerar los errores de H. von Bülow para destacar, por contraste, algunos de los temas fundamentales del pensamiento clausewitziano. ¿Relación de fuerzas? Sí, pero también deben tenerse en cuenta los elementos no físicos. La estrategia no enseña al bando en estado de inferioridad que no le queda más remedio que firmar la paz; todo lo contrario, incita a compensar la inferioridad material con grandezas morales. ¿Se objetará que la estrategia o la ciencia estratégica se vuelve imposible cuando se toman en cuenta esos factores no materiales? El joven Clausewitz responde, como lo haría un cuarto de siglo más tarde, que preferiría confesar que no cree en el arte antes de confundirlo con un objeto que no merece ese nombre.[25]

[23] *Vermischte Schriften*, p. 637.

[24] *Ibid.*, p. 639. Los ejércitos revolucionarios manifestaban a su manera la influencia de las fuerzas morales.

[25] N. B., p. 20 (278). Cf. Nota XIII.

Sólo en un punto, el pensamiento de Clausewitz, en el artículo de 1805, parece para ciertos intérpretes prisionero de ilusiones alimentadas por el entorno, por el espíritu de la época. Se trata de las líneas siguientes: "Nos parece que el fin del desarrollo del arte de la guerra consiste únicamente en someter cada vez más los acontecimientos (generalizando: la acción de las fuerzas) a la dirección deliberada de una voluntad razonante, a volverlos cada vez más independientes del azar".[26] Esta definición del progreso ha suscitado comentarios contradictorios: unos[27] han visto en ella una supervivencia del racionalismo, otros enfatizan la voluntad más que la racionalidad y revelan la constancia del pensamiento clausewitziano.[28]

En mi opinión basta seguir la argumentación de Clausewitz para dar la razón a la segunda escuela. H. von Bülow demuestra o pretende demostrar la superioridad de los antiguos con un solo argumento: las batallas de los griegos o los romanos producían resultados militar o políticamente decisivos, a diferencia de las batallas de los modernos. Días, meses o años después de una derrota, un ejército, en nuestra época, reinicia las hostilidades a menos que el Estado prepare otro ejército. ¿De qué sirven, pues, estos combates estériles? Un argumento de pacifista se mezclaba con el juicio militar. Clausewitz replica que la perfección del arte no consiste en la relación entre la causa y el efecto, los medios utilizados y los resultados obtenidos; se opone, pues, a una tendencia del racionalismo de las Luces y del espíritu económico: el arte de la guerra no se reduce a un cálculo del costo y el rendimiento. Añade a este primer considerando un segundo: en la medida en que la defensa pertenece al arte, no es de extrañar que ella no produzca resultados más importantes. Por definición, la defensa tiende a mantener el equilibrio; más tarde hablará del fin negativo. Es al concluir este razonamiento cuando define el progreso del arte de la guerra por el dominio de la voluntad razonante.[29]

Definición auténticamente clausewitziana, a mi parecer, pues se sitúa entre el escepticismo de Berenhorst y la falsa ciencia de H. von Bülow. El primero no se cansaba de recordar que el destino o el azar se burla de los hombres y sus proyectos. Federico II confesaba cuánto debía él al destino *(wie viel er dem Schicksal zu verdanken habe)*. En Leuthen los prusianos obtuvieron la victoria a pesar del arte *(der Kunst zum Hohn)*.[30] Sin embargo sólo dos escritores militares son bien vistos por H. von Bülow, Berenhorst y Folard. H. von Bülow quiere elevar la estrategia al nivel de la ciencia, eliminando las batallas y fundamentando el arte de las operaciones sobre teoremas. Clausewitz, refutando la falsa ciencia

[26] *"Uns scheint es, der Zweck aller Ausbildung der Kriegskunst besteht einzig darin, die Begebenheiten (allgemein: die Wirkungen der Kräfte) immer mehr der willkürlichen Leitung eines vernünftigen Willens zu unterwerfen, sie immer unabhängiger vom Zufall zu machen"* p. 13 (262).

[27] E. Kessel en su introducción a la *Estrategia de 1804,* Hanseatische Verlagsanstalt, 1937, p. 34.

[28] E. A. Nohn, *op. cit.*, p. 29 (nota 21).

[29] En la *Estrategia de 1804,* el parágrafo retoma el mismo tema, la subordinación de las operaciones a la voluntad y la reducción del papel del azar, ps. 63-64.

[30] Berenhorst, *op. cit.* p. 67.

de H. von Bülow, no recae sin embargo en el escepticismo de Berenhorst. El arte del estratega tiende al dominio de la voluntad racional sobre las fuerzas desencadenadas, y en este sentido, a una reducción del papel reservado al azar. Lo que no afirma en ese pasaje, aunque tampoco lo niega, es que el dominio de la voluntad jamás eliminará el azar. Ningún jefe militar escapa a los caprichos de la fortuna, aunque el estudio científico o filosófico de la guerra, tal como lo concibe Clausewitz, ayude efectivamente a la voluntad esclarecida por el entendimiento (o al entendimiento animado por la voluntad) a controlar la acción ciega de las fuerzas o las circunstancias.

He comentado largamente este breve artículo sin agotar pese a todo su contenido,[31] porque parece, en muchos sentidos, la forma histórica de un diálogo de todos los tiempos.[32] Clausewitz, a los veinticinco años, oponía a la "tentación eterna" que sedujo a H. von Bülow la tranquila certidumbre de las "verdades eternas". ¿Cuál es esa tentación? La llamaré la tentación del dogmatismo práctico o, dicho de otro modo, la transfiguración de un factor o una experiencia particular en un factor único o una regla definitiva. En asuntos militares o políticos, deducir del avituallamiento, del ángulo de las líneas de operación o de cualquier otro principio un conjunto de teoremas seudocientíficos y preceptos mecánicos, es cometer un pecado contra el espíritu. La elección de otro principio que condujera a otro sistema estratégico no mejoraría las cosas. "Hacer esto o aquello permanentemente, sin considerar las circunstancias, sin crítica, sin juicio, es igualmente malo. Esto o aquello es igualmente pobreza del espíritu de la cual nadie tiene motivos para enorgullecerse."[33]

¿El antidogmatismo de Clausewitz degeneró en un nuevo dogmatismo? ¿La negativa a reconocer el avituallamiento y los movimientos estratégicos como factor único del arte se transformó en dogmatismo del combate y la antimaniobra, como han afirmado muchos intérpretes, favorables u hostiles? ¿Cuál es la verdad eterna de Clausewitz, el antidogmatismo o el principio del combate, la aniquilación de las fuerzas armadas del enemigo en cuanto objetivo supremo de las operaciones?

## 2. Los temas de la *Estrategia de 1804*

La *Estrategia de 1804* puede sorprender en una primera lectura, pues los cortos capítulos no tienen ningún orden y el primero, curiosamente a nuestros ojos, concierne a las operaciones de montaña. El interés de Clausewitz, como el

[31] En particular, he evitado entrar en discusiones sobre la base, sobre la relación entre los arsenales y las plazas fuertes, sobre las hipótesis que Clausewitz declara indispensables para las demostraciones de von Bülow y que éste no ha explicitado, sobre la alusión y las relaciones entre ofensiva y defensiva. Me he atenido a las tesis y temas que revelan la madurez de espíritu del oficial de veinticinco años, ya en posesión de su método y sus ideas rectoras.

[32] Cf. E. A. Nohn, *op. cit.* En este punto concuerdo con Nohn sin dar a este diálogo la misma significación que él: cf. Nota XIV.

[33] N. B., p. 20 (279). Cf. Nota XV.

de muchos predecesores y contemporáneos, en las operaciones de montaña, se explica por múltiples razones.

Los historiadores han demostrado que el libro *Principes de la guerre de montagnes,* escrito por Bourcet, jefe del estado mayor del mariscal de Maillebois, que comandaba las operaciones en los Alpes en 1745-1746, había contribuido a la formación militar de Napoleón.[34] La campaña de 1799, a la cual Clausewitz consagró un largo estudio hacia el fin de su vida, fue objeto de múltiples comentarios en las escuelas y revistas militares. Más aún, el espacio constituía en su pensamiento uno de los factores de la ecuación estratégica: la naturaleza del terreno, en particular los accidentes del terreno, montañas, ríos, pantanos, bosques, influyen no sólo en la táctica, el modo de combatir, sino en la estrategia, la disposición de las tropas desperdigadas o concentradas, delante o detrás de estos obstáculos naturales.

Clausewitz desaconseja la guerra de montaña, salvo en el caso de insurrección popular,[35] porque las tropas escapan a la voluntad, al control del jefe. En montaña, los jefes salen airosos gracias a sus ejércitos; en terreno llano, en cambio, los ejércitos salen airosos gracias a su jefe. En el relato de la campaña de 1799, escrito probablemente después de 1827, explica el éxito de los franceses por el espíritu de las tropas revolucionarias:[36] "Los franceses, arrastrados por el espíritu de la Revolución a derribar todos los obstáculos y no esperar resultados sino de acciones audaces, obedecían este impulso cuando no veían otra salida". Las unidades gozaban, en esta clase de guerra, de una autonomía que se vuelve a favor de los franceses, animados por el dinamismo revolucionario. Desde 1804 la guerra de montañas, cuyos caracteres permanentes había ilustrado la campaña de 1799, ofrecía a Clausewitz la ocasión de aplicar algunos de sus conceptos y discernir ciertas proposiciones generales: juicio sobre los cordones de puestos pequeños que dispone el bando a la defensiva y sobre su vulnerabilidad; por lo tanto, el error de defenderse en las cimas en vez de esperar al atacante en la desembocadura de los valles, posibilidad de que el atacante concentre sus fuerzas, etcétera.

De modo más general encontramos sin dificultad, en los parágrafos de la *Estrategia de 1804*, algunos de los temas del *Tratado*, los mismos que consideramos oportuno destacar del artículo de *Neue Bellona*, y que recordaremos sumariamente. Ante todo, Clausewitz traza, contra los hacedores de sistemas, los límites de la teoría en la medida en que ésta pretende formular preceptos: "También esta parte de la estrategia, donde se tratan combinaciones de combates, tendrá que someterse a un razonamiento libre (no sistemático), a consideraciones particulares que indiquen el punto de vista y puedan conducir por la buena senda. Todo desarrollo más forzado de la teoría en este punto no sólo

[34] He encontrado esta referencia en el artículo de Dallas B. Irvine "The French Discovery of Clausewitz and Napoleon", *Military Affairs Journal of the American Military Institute,* Washington, D.C., IV, 1940, p. 159. Me he remitido igualmente al libro de J. Colin, L'Education militaire de Napoléon, París, R. Chapelot, 1900.

[35] *Estrategia de 1804,* #16 y 31.

[36] H. W., t. VI, p. 392 y ss.

es una tarea inútil sino que llega a rebajar un objeto noble, a ridiculizarlo involuntariamente, es un desafío al sentido común[37] [38]".

En estas notas dispersas de 1804 aparece la mayor parte de las nociones con cuyo auxilio se elevará finalmente la catedral conceptual del *Tratado:* estrategia y táctica, ataque y defensa, fuerzas materiales y fuerzas morales, medios y fin, reglas y genio, audacia y prudencia, magnitud del triunfo y magnitud de los riesgos, cualidades del espíritu y el carácter necesarias en el jefe militar. En este punto, la pregunta que se plantea, o que mejor dicho quisiéramos plantear, lleva a lo esencial: ¿el Clausewitz joven difiere en su filosofía del que dejó inconcluso el *Tratado* en 1830, previniendo al lector contra los malentendidos a los cuales se prestaría esa obra meditada durante tanto tiempo? Pero las notas de 1804, que muestran a Clausewitz en posesión de su método, de sus ideas principales, no permiten una respuesta categórica.

Veamos, por ejemplo, la nota 12: "No me atrevería a confiarlo a la imprenta, pero no puedo disimularlo ante mí mismo: ninguna audacia es excesiva en los planes de un general, a condición de que esté plenamente en sus cabales *(bei sinnen ist)* y sólo se proponga fines que en el fondo está convencido de poder alcanzar". Por una parte, no hay límites para la audacia, pero con una reserva: es el jefe mismo quien debe medir sus fuerzas y elegir sus metas en consecuencia. A partir de allí el principio de escoger siempre la operación más decisiva que esté al alcance del dominio de nuestras fuerzas deriva del espíritu del arte de la guerra.[39] Ello no excluye, pues, una conducción defensiva de la guerra; no obstante, la defensa debe ser siempre activa. Más aún, una conducción defensiva de la guerra para no ser defectuosa *(fehlerhaft)* no debe *(darf)* ser adoptada sino donde las fuerzas son insuficientes para una conducción ofensiva; dicho de otro modo, donde las operaciones más decisivas al alcance de nuestras fuerzas "no conduzcan todavía a la ofensiva, es decir al ataque del teatro de guerra". En estas circunstancias, la intención de ganar tiempo no contradice nuestro principio, formulado más arriba (a saber, atacar con miras a la operación decisiva).[40]

En este punto, la ofensiva estratégica se define por la invasión del teatro de operaciones del enemigo, y la elección de la defensiva aparentemente sólo se justifica con fuerzas inferiores. No obstante, desde esta época, en el parágrafo 4,[41] donde trata del momento propicio para la batalla y donde, citando a Maquiavelo, insiste en la superioridad moral que obtiene un ejército de una primera victoria, hace una reserva decisiva: "Si Bonaparte avanza un día hasta Polonia, será más fácil de vencer que en Italia, y en Rusia yo daría su perdición por algo seguro". A continuación vuelve varias veces sobre la dificultad de las conquistas en Europa, conquistas que se creían imposibles antes de Bonaparte. En el *Tratado* da a esta idea constante una expresión acabada mediante el análisis

[37] O la inteligencia natural.

[38] *Estrategia de 1804,* p. 82. Se trata de un texto de 1809.

[39] *Estrategia de 1804,* ## 12 y 13, p. 50.

[40] *Ibid.,* # 13, ps. 50-51.

[41] *Ibid.,* # 4, p. 42.

del sistema del equilibrio europeo. Pero, de repente, el lector se interroga sobre las relaciones entre la apelación a la audacia y la ofensiva, por una parte, y la resistencia que el espacio y los hombres oponen a las conquistas, por la otra.

En 1804, Clausewitz destaca que para evitar la batalla hay que abandonar el terreno; la pérdida del terreno equivale al precio a pagar, pero, añade, este precio nunca es demasiado elevado, incluso a veces es justificado, como, por ejemplo, en la lucha contra los franceses en la frontera de Rusia. En el plan de guerra contra Francia de 1807 llega a la fórmula extrema:[42] abandonar el país para salvar el ejército, separar el ejército del Estado[43] y poner al ejército de invasión en la desventajosa situación de combatir defensivamente en suelo enemigo, mientras uno opera libremente con una ventaja inapreciable, la sorpresa. Pues "en la guerra, la sorpresa es el alma de la fortuna".[44]

Estas citas de 1804 y 1807 no tienen otro fin que el de confirmar una tesis esencial para la interpretación del pensamiento de Clausewitz: las dos tendencias que los intérpretes a menudo juzgan divergentes, cuando no incompatibles, se manifiestan en todas las épocas, en todos sus escritos. Lo que, por el contrario, apenas figura en esta época, al menos en el análisis de la estrategia y la táctica, es la influencia de la política. No porque la relación entre guerra y política escape al joven Clausewitz.[45] En su plan de guerra contra Francia de 1807, el primer parágrafo analiza largamente las actitudes probables o posibles de las diferentes potencias en la hipótesis de una nueva guerra entre Prusia y Francia. Ni el sistema conceptual ni las consideraciones militares integran plenamente el elemento político.[46]

En la *Estrategia de 1804*, en el parágrafo 13,[47] Clausewitz distingue los fines *de* la guerra (equivalentes a los fines políticos) de los fines *en* la guerra *(im Kriege)*. Estas dos clases de fines se transformarán respectivamente en el fin político *(der politische Zweck)* y el objetivo militar *(das Ziel)*. El fin político se presenta en 1804 bajo la forma de una alternativa: o bien aniquilar enteramente al adversario, suprimir su existencia en cuanto Estado, o bien, al pactarse la paz, imponerle condiciones. En ambos casos, escribe, la intención *(Absicht)* debe consistir en paralizar las fuerzas enemigas al punto de que les sea absolutamente imposible continuar la guerra o que sólo puedan hacerlo poniendo en peligro su existencia entera. La alternativa de 1804, en la *Advertencia de 1827*, se transforma en uno de los términos de otra alternativa. Dicho de otra manera, aniquilar al enemigo o imponerle *(vorschreiben)* las condiciones de paz, estas dos

[42] *Estrategia de 1804*, # 9, p. 47. No obstante, esta observación se encuentra en un análisis contra quienes titubean, contra el adversario de Federico, Daun, comparado injustamente con un Fabio moderno. El abandono del terreno le parece un caso raro.

[43] Hahlweg, I, p. 81: *"Meine Idee ist eins Staat, den man nicht mehr verteidigen kann, opfere man ganze auf, um die Armee zu retten".*

[44] *Ibid.*, p. 85.

[45] Cf. Nota XIV.

[46] En los dos sentidos de la política: *politics* y *policy*, distinción que Clausewitz nunca elabora explícitamente.

[47] Ps. 51-52.

modalidades de la victoria pertenecen juntas a *una* de las especies de guerra. Sobre este punto, pues, el pensamiento de Clausewitz ha cambiado. Pero este punto es decisivo: el fin político (o modalidad del retorno a la paz) preside toda la conducción de la guerra. Pese a sus errores, Delbrück[48] ha tenido el mérito de subrayar la importancia de la segunda especie de guerra que Clausewitz no vislumbraba claramente en los textos anteriores a sus últimos años.

Sobre otro punto, también importante, el texto de la *Estrategia de 1804* será sometido a revisión continua sin que Clausewitz llegue jamás a una versión plenamente satisfactoria. La noción abstracta —la destrucción de las fuerzas enemigas— sugiere tres objetivos concretos: la ocupación del terreno, la destrucción de las reservas bélicas *(Kriegsvorräte)*, o bien, directamente, del ejército mismo. En los *Principios de la enseñanza* (1812), la enumeración de los objetivos ya no es similar: añade la opinión pública a las fuerzas armadas y a las fuentes de los ejércitos;[49] en el libro VIII del *Tratado*, los centros de gravedad varían según los países y las guerras. Los objetivos señalados en el libro I, capítulo 2 del *Tratado*, "fuerzas militares, territorio, voluntad del enemigo", se asemejan a la trinidad precedente, pero adquieren otra significación en el sistema final.

¿Cuáles conclusiones se desprenden de estos primeros textos, la mayoría anteriores a la experiencia directa de las grandes batallas? No sin conciencia de la paradoja, yo sugeriría dos: por una parte, Clausewitz parece haber dominado su método y poseer sus ideas principales; por la otra, la idea que más ha contribuido a su gloria, o sea "la guerra, continuación de la política por otros medios", no aparece, o bien sólo aparece en filigrana, sin afectar las consideraciones propiamente militares. Estas conclusiones conducen a dos proposiciones. Por un lado, la meditación de Clausewitz, de 1804 a 1830, ha tenido por objeto y por fruto, en la mayoría de los casos, una profundización de los temas, una elaboración de los conceptos. La investigación tendía menos a la invención que al ajuste de la expresión, al rigor del análisis, a la enumeración de las reservas que suscita una proposición general, de las excepciones que comporta una regla; en definitiva, y sobre todo, a la captación del conjunto o las relaciones internas del conjunto; en resumen, lo que él denomina el *Zusammenhang*, el orden interior, la estructura del objeto. Las notas de 1804 contienen, volcadas en el papel, sin orden ni concierto, un buen número de ideas e incluso de fórmulas que reaparecen en el *Tratado*.[50] Pero la ciencia,[51] tal como comúnmente la entiende

[48] Cf. el capítulo siguiente.

[49] "En la conducción de la guerra, hay tres fines principales:
1º Vencer y destruir *(aufreiben)* las fuerzas armadas del enemigo; 2º Tomar posesión de las fuerzas armadas no vivas *(tote Streitkräfte)* y las otras fuentes del ejército enemigo; 3º Conquistar la opinión pública." Las dos ediciones recientes del *Tratado* reproducen el texto titulado *Die wichtigsten Grundsätze des Kriegführens zur Ergänzung meines Unterrichts bei seiner Königlichen Hobeit dem Kromprinzen*, p. 773 y p. 1041. Citaré bajo el título *Principios de la enseñanza*, indicando página y número de parágrafo.

[50] Por ejemplo, la fórmula de que el combate equivale a la liquidación de las operaciones de crédito; el combate es el pago en especies. Parágrafo 21, ps. 62-63. Nota XVI.

[51] El la llama también filosofía, aunque a veces otorga a esta palabra un sentido muy diferente, un sentido según el cual él mismo no es filósofo.

Clausewitz, exige un alto grado de abstracción, la definición de conceptos que convengan a la cosa misma y, por otra parte, la organización de los conceptos o. dicho vulgarmente, el sistema. El carácter sistemático del *Tratado* es lo que a veces ha sugerido a los lectores superficiales una confusión con el dogmatismo. En realidad, la *sistematización* permite de por sí refutar definitivamente el *dogmatismo,* pues todos los elementos de la estrategia encuentran su lugar en el conjunto y por lo tanto ninguno de ellos puede detentar una importancia exclusiva o desproporcionada.

Durante un cuarto de siglo, en medio de la acción o del retiro, Clausewitz profundizó las ideas que le habían sugerido Scharnhorst, sus lecturas, los acontecimientos, su genio. ¿Es necesario añadir que esta larga meditación le brindó también lo esencial, o sea la inteligencia exacta de las relaciones entre política y guerra? Si damos crédito a uno de los intérpretes más penetrantes de Clausewitz, Schering,[52] esta inteligencia dataría de 1827, cuando los seis primeros libros ya estaban redactados en su totalidad y los dos últimos esbozados o en preparación.

Por cierto, W. Hahlweg[53] tiene buenas razones para encontrar en los apéndices de los *Bekenntnisse,* enviados por Clausewitz a Gneisenau, lo esencial de las ideas desarrolladas en el libro VIII. Según las evidencias, ningún contemporáneo de las guerras de la Revolución y el Imperio podía ignorar la influencia de las circunstancias o relaciones políticas[54] en los acontecimientos militares, las diferencias entre guerra de gabinete y guerra popular. Faltaba insertar estas experiencias vividas en una teoría. Nada demuestra que Clausewitz lo haya logrado antes del final de su vida, cuando los años de paz le permitieron tomar distancia con respecto a Napoleón y la catástrofe prusiana. Veinte años después de Jena, diez años después de Waterloo, las guerras mortíferas se transforman en la excepción antes que la regla.

Puede replicarse que él siempre lo supo, según lo testimonian las últimas líneas del apéndice que acabamos de citar.[55] La insurrección popular en masa no será el único método según el cual se combatirán los pueblos: "Que el cielo nos guarde de ello ((. . .)). Este medio supremo de salvación dejará de ser necesario cuando, con su ayuda, los hombres de Europa, salidos del caos, se hayan nucleado en Estados orgánicos según las leyes de la naturaleza". No por ello cada guerra dejará de ser considerada una causa nacional *(Nationalsache).* Esta última

[52] Schering ha sido el último en consultar íntegramente los archivos de la familia Clausewitz. Había recibido la misión de publicarlos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

[53] Hahlweg, I, p. 749, nota 192.

[54] Clausewitz emplea corrientemente el término *Verhältnisse,* que designa al equivalente político de lo que Marx denomina las relaciones en economía (relaciones de producción), con la diferencia de que Clausewitz menciona las relaciones políticas sin analizarlas sistemáticamente. Scharnhorst también emplea el término *Verhältnisse.* Indica en nota, en la página 194 (ed.v.d.Goltz), que designa por esta palabra *"sowohl das Verhältnis des physischen als des moralischen Zuständs"* ("tanto la condición del estado físico cuanto del estado moral"). Se trata menos de relaciones que de la realidad misma.

[55] Hahlweg, p. 750 y *supra,* Cap. I, 2 (p. 53 del original).

previsión ha sido en efecto confirmada por la historia. No zanja la cuestión que se formula en los términos siguientes: ¿es posible elaborar una teoría o una doctrina estratégica, haciendo abstracción de las circunstancias políticas y la intención o el fin político, o, según el vocabulario de Clausewitz, haciendo abstracción de la política en tanto que inteligencia del Estado personificado? Sin embargo, si el fin *de* la guerra, el que se quiere alcanzar *por* la guerra, figura tanto en la *Estrategia de 1804* como en el artículo de *Neue Bellona,* si los textos de combate de 1807 a 1812 tienen en cuenta el lazo evidente entre el contexto histórico y la modalidad de la guerra, en ninguna parte las consideraciones estratégicas parecen afectadas por la política, excepto en el sentido limitado de que la violencia de la lucha, la medida de los esfuerzos, dependen de las circunstancias y armar al pueblo es una réplica a la monstruosidad de las ambiciones y las conquistas napoleónicas.[56]

El resumen de las enseñanzas al príncipe heredero, texto de 1812, podría, aparentemente, servir de eslabón entre la *Estrategia de 1804* y el *Tratado.* Por cierto presenta un interés genuino, aunque desde un punto de vista diferente del que he adoptado. Por su forma didáctica, está emparentado con los escritos militares clásicos; ayuda a comprender los preceptos que la teoría justifica en cuanto fundamentados sobre la generalidad de los casos. Pero no permite resolver los principales problemas que apasionan a los intérpretes, a saber: las dos especies de guerra, el lazo entre la guerra y la política. Clausewitz se expresaba como pedagogo, dirigiéndose al príncipe heredero. A cargo de una enseñanza específicamente militar, no podía especular sobre las formas diferentes que cobran las guerras según las circunstancias históricas. Llamaba a Napoleón, por necesidad, el emperador de los franceses, y no, como en el *Tratado,* Bonaparte. En estas condiciones más vale pasar directamente a la controversia sobre la cronología de las diversas partes del *Tratado,* sin perjuicio de utilizar el texto de 1812 para compararlo con los preceptos implícitos de la obra inconclusa.[57]

### *3. La elaboración del* Tratado *según las* Notas. *La interrogación final*

Es sabido[58] que Clausewitz empezó a redactar el *Tratado* en el período de Coblenza, entre 1816 y 1818. Ciertos textos publicados por W. Hahlweg y extraídos de los archivos Gneisenau prueban que nunca cejó en el trabajo de elaboración que condujo finalmente al manucristo que poseemos. Por ejemplo, el análisis dialéctico de la defensa y el ataque, en el nivel táctico y estratégico, en un estilo más emparentado con el *Tratado* que los *Principios de la enseñanza,* figura en uno de los apéndices a los *Bekenntnisse.*

Si la fecha en que Clausewitz emprendió la redacción del *Tratado* carece de todo interés, no ocurre lo mismo con las fechas en las cuales escribió sus diversas partes. Según las hipótesis que se adopten, la evolución, y en definitiva el sentido

[56] Recordemos que los europeos juzgaban imposibles las grandes conquistas en Europa y que, según Clausewitz, el mismo Napoleón no las emprendió sino después de 1805. Schwartz, I, p. 71.

[57] Cf. más abajo, capítulo IX.

[58] Por el prefacio de Marie von Clausewitz al primer tomo de las obras.

final de su pensamiento, se presenta bajo otra luz. Por lo tanto tendremos que entrar en las controversias filológicas que, esencialmente, se iniciaron en la década del 30 y nunca pudieron resolverse con certeza a causa de la pérdida de los archivos Clausewitz durante la guerra.

La controversia surgió, tengo entendido, a partir del artículo publicado en 1935 por mi camarada de juventud, Herbert Rosinski,[59] poco tiempo antes que se fuera de Alemania. Claro que los intérpretes anteriores no ignoraban que el *Tratado* se había redactado en diversos momentos, entre 1816 y 1830; H. Delbrück y sus adversarios, durante la larga polémica *über die doppelte Art des Krieges* (sobre las dos especies de guerra), habían utilizado y comentado la tercera nota que nosotros llamaremos la *Advertencia de 1827* (fechada, en efecto, el 10 de julio de 1827). Pero creo que nadie había estudiado con rigor la relación con las otras tres notas: aquella en que se alude a Montesquieu y denominaremos la *Primera nota,* aquella en la cual Clausewitz declara que sólo el capítulo 1 del libro I le satisface y nosotros denominaremos la *Nota final,* y por último el *Prefacio del autor* publicado al comienzo del libro. Estos textos figuraban con la misma forma en el tomo I de las obras póstumas publicadas por Marie von Clausewitz en 1832.[60]

H. Rosinski remitía la *Primera nota* y el *Prefacio* al período de Coblenza, mientras que la *Nota final* se habría escrito cuando Clausewitz, nombrado inspector de artillería, había sellado la caja que contenía el manuscrito, temiendo no retomarlo nunca. Expresaría, pues, el juicio del autor sobre su obra en el momento de abandonarla. El *Prefacio* sería casi contemporáneo de la *Primera nota,* probablemente a fines del período de Coblenza, o sea en 1818. Dos textos, la *Primera nota* y el *Prefacio,* se refieren, pues, a un primer manuscrito que no poseemos, pero del cual quizá se han integrado algunos capítulos al texto que poseemos. La *Advertencia de 1827* y la *Nota final* nos instruyen sobre el estadio último de las meditaciones de Clausewitz y presentan un interés decisivo.

La hipótesis de Rosinski, que según él concordaban con las de K. Linnebach,[61] han sido confirmadas por el último comentarista que estudió los archivos de la familia, W. M. Schering,[62] y en lo esencial fueron luego adoptadas por todos los historiadores.[63] Para resumir los resultados coincidentes a los que

[59] *Historische Zeitschrift,* t. 151, Heft 2, 1935. "Die Entwicklung von Clausewitz's Werk 'Vom Kriege' im Lichte seiner 'Vorreden' und 'Nachrichten'".

[60] Las tres notas se hallaban intercaladas en la introducción escrita por Marie von Clausewitz, y ésta ha conservado el texto denominado *Prefacio* por el mismo Clausewitz. Estos cuatro textos están reproducidos en el mismo orden en la edición francesa.

[61] Linnebach había tenido acceso al conjunto de los archivos Clausewitz. Publicó la correspondencia de Carl y Marie.

[62] Los descendientes de la familia le habían confiado la tarea de una publicación integral.

[63] E. Kessel, *Wehrwissenschaftliche Rundschau,* año 3ro., 1953, cuaderno 9, ps. 405-423, "Die Genesis der moderner Kriegslehre von Clausewitz's Buch 'Vom Kriege'", ve alguna dificultad en la presunta relación entre la *Advertencia de 1827* y la *Nota final,* pero admite que la hipótesis corriente sigue siendo la menos satisfactoria.

llegaron W. M. Schering antes y E. Kessel después de la última guerra, digamos que Clausewitz habría escrito primero una pequeña obra a la cual aplicarían las observaciones de la *Primera nota,* luego una segunda obra compuesta por los seis primeros libros, terminada en 1826 o 1827. En ocasión de una enfermedad que sufrió en 1827 habría escrito la *Advertencia*. En este momento, el manuscrito ya incluía los ocho libros del manucristo publicado. Los libros III, IV, V no habrían sido revisados; el libro VII, simple plan o boceto, habría permanecido en el estado en que estaba; ciertos capítulos de los libros I, II y quizá VI fueron revisados o añadidos entre 1827 y 1830. En cuanto al libro VIII, ciertos autores afirman que también fue revisado, otros lo niegan.

Tratemos inmediatamente de distinguir los puntos firmes de los dudosos y de evaluar el alcance de estas discusiones eruditas.[64] Me parece seguro que el *Tratado* pasó por tres fases o tuvo tres formas. La primera, un volumen compuesto por capítulos cortos al estilo de Montesquieu. Marie von Clausewitz da testimonio de ello:[65] "Volcaba en el papel sus ideas *(Ansichten)* en forma de artículos cortos y eslabonados entre sí de manera imprecisa". Quien recuerda la *Estrategia de 1804* admite sin titubeos esta primera forma del *Tratado.* Ciertos capítulos del texto definitivo se adecuan a una de las frases de la *Primera nota:* "La manera en que Montesquieu había tratado su asunto flotaba vagamente en mi espíritu". La aproximación a Montesquieu, que quizá sorprenda en primera instancia al lector francés habituado a los comentarios sobre la "bruma metafísica" de Clausewitz, no presenta ningún problema, al menos para quien lee alemán: los capítulos 4 y 5 del libro I, el capítulo 5 del libro III, pertenecen en efecto, por su manera, a la posteridad de *El espíritu de las leyes,* en la medida en que lo permite el genio diferente de ambas lenguas. Agregaré que la conceptualización de Clausewitz se asemeja a la de Monstesquieu más de lo que nadie ha sugerido, mucho más que a la de Kant o Hegel.[66]

Una vez admitida la existencia de este manuscrito, tal vez completo, tal vez preparado para la impresión *(druckreif)* a ojos del mismo Clausewitz, los especialistas continuán en desacuerdo sobre un punto que en mi opinión es de importancia secundaria. ¿Ciertos capítulos de 1816-1818 han sido retomados sin alteraciones en el manuscrito final, o bien nada subsiste en el *Tratado* de la obra escrita en Coblenza? W. M. Schering[67] atribuye los capítulos 4, 5, 6 y 7 del libro I, así como todos los capítulos del libro III, con excepción de los dos primeros, a la versión primitiva. Hipótesis plausible, según la descripción que el mismo Clausewitz hizo de esta versión. En cambio, según E. Kessel,[68] ninguno de los capítulos de Coblenza se encontraría intacto en el libro de que

[64] Si me he sumido en estas discusiones, por las cuales no siento ninguna afición particular (aunque toda actividad detectivesca me divierte), es porque tienen una importancia histórica para la interpretación del pensamiento de Clausewitz, ayer y hoy.

[65] Testimonio indiscutible, pues ella le servía a menudo de secretaria y se interesaba siempre e íntimamente en su trabajo.

[66] Cf. *infra* el capítulo IX.

[67] Walther Malmsten Schering, *Wehrphilosophie,* Leipzig, Johann Ambrosius Barth Verlag, 1939, p. 251 y ss.

[68] En el artículo citado más arriba de la *Wehrwissenschaftliche Rundschau* (1953).

disponemos. No veo ningún modo seguro de decidirlo. Ninguno de los problemas de interpretación es afectado por la elección de una u otra hipótesis.

Un segundo punto es también objeto de controversias. ¿El *Prefacio* pertenece a la misma época? El análisis del estilo, de la "manera", vuelve probable esta hipótesis. W. M. Schering lo afirma, aunque lamentablemente[69] no precisa cuáles son sus fundamentos. Añade que Clausewitz mismo había dejado este *Prefacio* de 1818 antepuesto al manuscrito de 1827 o 1830. ¿Es necesario sorprenderse? En mi opinión no.

El *Prefacio* define la cientificidad por el esfuerzo para penetrar *(erforschen)* la esencia del fenómeno bélico, para mostrar su ligazón con la naturaleza de las cosas que lo componen.[70] Este esfuerzo de abstracción, la definición esencial, acorde con la cosa, ya era exigido por la *Estrategia de 1804* como criterio de la ciencia (o la filosofía). Más aún, como ha subrayado Rosinski, el *Prefacio* trata de las relaciones entre filosofía (o teoría abstracta) y experiencia en términos cercanos a los que Clausewitz emplea en el retrato de su maestro Scharnhorst, escrito en 1818. "El autor jamás se apartó de las exigencias del rigor filosófico, pero cuando el hilo de este último se volvió demasiado delgado, el autor prefirió romperlo y atenerse a los fenómenos correspondientes de la experiencia." Un poco más adelante: "Análisis abstracto y observación, filosofía[71] y experiencia, no deben despreciarse ni excluirse recíprocamente: cada término es garantía del otro". Ya este texto date o no de 1818, expresa una concepción permanente de Clausewitz.

En cuanto a la crítica irónica a los "hacedores de sistemas", alude a los Bülow o los Jomini; la cita Lichtenberg no tiene más finalidad que ridiculizarlos o sugerir la inoperancia de los "sistemas estratégicos en el papel": "Cuando arde una casa, es necesario ante todo tratar de proteger la pared derecha de la casa de la izquierda y la pared izquierda de la casa de la derecha. . ."

Clausewitz, en este *Prefacio,* jamás pone en duda el carácter sistemático del *Tratado* (tal como él lo entiende), es decir la elaboración conceptual del objeto guerra, la combinación entre necesidad ideal y experiencia que singulariza su obra y le confiere su valor o su verdad. Es como concesión irónica a quienes no saben leer o por falsa modestia que invoca a ese espíritu más grande que "sabrá presentar, en vez de estos fragmentos dispersos, el producto de una sola colada, libre de toda aleación".

La *Primera nota* nos aclara a la perfección la índole del trabajo realizado durante años de creación. A partir de un proyecto –capítulos cortos, fórmulas contundentes, esculpidas en mármol–, el autor se deja arrastrar por su irresistible tendencia espiritual a desarrollar un sistema: no un sistema comparable al de un H. von Bülow, o sea preceptos relacionados con los ángulos de las líneas de operación con la base, sino un sistema de nociones y proposiciones que se

[69] W. M. Schering no precisa jamás si se trata de hipótesis o afirmaciones demostradas por los documentos.

[70] La traducción francesa omite el miembro proposicional *aus denen sie zusammengesetzt sind* que viene después de *Dinge.*

[71] Como se ve, filosofía aquí significa simplemente análisis abstracto, captación de las esencias, desarrollo de las consecuencias; no se distingue de la ciencia.

eslabonan unas con otras y traducen en ideas la estructura del objeto. Digamos, en lenguaje moderno, que Clausewitz se considera un *teórico sistemático;* tiene en cuenta tanto la experiencia mental, comparable a la de la economía pura, como la experiencia histórica, a la cual se remite la escuela histórica; en cuanto doctrinario, se considera radicalmente *antidogmático.* Es la teoría la que enseña a delegar en el hombre de acción la responsabilidad de la decisión.

Vamos ahora a la querella principal, que ha hecho correr ríos de tinta: la *Advertencia de 1827* y la *Nota final.* Esta vez no se trata tanto de fechas como del pensamiento mismo. Descartemos ante todo los puntos secundarios, las cuestiones menores. En 1827, Clausewitz, en la *Advertencia,* describía en estos términos el estado en que se encontraba el libro que trata del plan de guerra: "En cuanto al libro VIII, el plan de guerra, es decir la preparación conjunta de una guerra, ya existen varios capítulos en preparación, pero éstos no pueden siquiera ser considerados como verdadero material; sólo constituyen un trabajo simple y tosco a través de la masa con el fin de reconocer, en el curso mismo del trabajo, los puntos importantes".

¿Esta descripción del libro VIII es compatible con el estado en que se lo encuentra? Por cierto, incluso algunos historiadores han considerado que la elaboración del libro no progresó después de 1827. Otros, los más, profesan la opinión contraria a la que yo suscribiré, pero sin convicción. En todo caso, Clausewitz no siguió el plan de trabajo que se había propuesto (según la *Advertencia):* es decir redactar primero el libro VII, consagrado al ataque (u ofensiva), luego revisar el libro VIII a la luz de las dos ideas principales, indicadas al principio de la *Advertencia* (existen dos especies de guerra y la guerra se define como *la consecución de la política por otros medios),* y por último revisar el conjunto de los seis primeros libros, introduciendo en ellos el mismo espíritu. O bien, como afirma Schering y como parece probable por el estudio de los textos, trabajó primero en el libro VIII y no en el libro VII. Luego, antes de concluir siquiera el libro VIII, acometió la revisión de los seis primeros libros. *El capítulo 1 del libro I fue escrito después del libro VIII* y la posible revisión de éste: la prueba, si fuera necesaria, se encuentra en el capítulo 6 B del libro VIII, donde el texto remite al capítulo 1 del libro I y menciona consideraciones que no figuran en la versión actual. Clausewitz acaba de terminar un parágrafo sobre la célebre fórmula:[72] "La guerra jamás puede ser separada del comercio político *(politischer Verkehr),* y si esta separación se produce dondequiera sea durante el estudio, todos los hilos de relaciones de alguna manera se rompen y nos queda solamente algo sin significación ni finalidad. Este modo de pensamiento sería indispensable aun si la guerra fuera íntegramente guerra, íntegramente el elemento de hostilidad desencadenada; pues todos los objetos sobre los cuales reposa y determinan sus direcciones principales (potencia propia, potencia del adversario, aliados respectivos, carácter opuesto del pueblo y los gobiernos, etc.), *que hemos enumerado en el primer capítulo del libro I* ((subrayado de R.A.)), ¿no son acaso de índole política? " *No hay rastros de esta enumeración en el primer capítulo que poseemos.* Según esta indicación, la antigua versión del

[72] VIII, 6 B, p. 703 y p. 728 (991).

primer capítulo habría tratado del contexto político que condiciona la guerra antes de analizar "el fin y los medios" en la guerra (capítulo 2). La exposición se parecería a la de Jomini en su *Précis sur l'art de la guerre.*

La *Nota final,* que precisa que sólo el capítulo 1 del libro I debe considerarse terminado, es, pues, tal como lo habían pensado Linnebach y Rosinski, como lo afirmaba Schering, *posterior a la Advertencia de 1827* y a *la redacción actual del libro VIII* (sea cual fuere el trabajo efectuado por Clausewitz en el libro VIII entre 1827 y 1830).

¿Para qué, me dirán, discutir fechas, cuando Clausewitz, lo he repetido yo después de muchos otros, ya parece dueño de su método y varias de sus ideas rectoras a los veinticinco años? El lector ya presiente la respuesta; *no se encuentran claramente expresadas, explicitadas,* las dos ideas que debían, según la *Advertencia,* presidir la revisión de los seis primeros libros: ni las dos especies de guerra ni la guerra continuación de las relaciones políticas con el añadido de otros medios.[73]

La controversia filológica llega a lo esencial: ¿qué significa la distinción de las dos especies de guerra? ¿La primacía de la política supone una modificación de las ideas estratégicas expresadas anteriormente, que se reencuentran, apenas modificadas, en el manuscrito que poseemos? A estas dos preguntas pretende responder el conjunto del presente libro. Por el momento quisiera analizar un poco más de cerca las dos ideas de la *Advertencia.*

Releamos, olvidando los centenares de páginas ennegrecidas por los combatientes de la gran querella –¿dos guerras o dos estrategias? –, la definición de las dos especies de guerra. "Estas dos especies de guerra son, por una parte, aquella donde el fin es abatir *(niederwerfen)* al enemigo, ya quiérase aniquilarlo políticamente o quiérase desarmarlo *(wehrlos machen)*[74], y por lo tanto constreñirlo a cualquier clase de paz; y, por otra parte, aquella donde sólo se quieren efectuar algunas conquistas en las fronteras del propio imperio, ya quiérase conservarlas o hacerlas valer como moneda de cambio útil en el momento de la paz. Las formas intermedias entre una especie y otra deben subsistir, pero la naturaleza enteramente diferente de ambas empresas debe penetrar por doquier y separar lo inconciliable."

Recordemos ahora el método de las definiciones: captar primero los extremos, allí donde la distinción se manifiesta luminosamente, con toda claridad. ¿Dónde se encuentra el principio de esta distinción? Leyendo el texto, la respuesta parece surgir por sí misma: en el fin de la guerra. La distinción entre táctica y estrategia resulta a la vez de los medios y el fin, pues el fin de la táctica se convierte en el medio de la estrategia. Aquí, sólo el fin difiere: en el primer caso, la guerra procura abatir[75] al enemigo; en el otro a conservar un territorio

[73] Esta formulación, diferente de la de la *Advertencia,* se encuentra en VIII, 6 B, ps. 703 y 728 (990).

[74] Le quitemos los medios de defenderse.

[75] *Niederwerfen:* en francés, *jeter par terre* ("arrojar por tierra") o, más cómodamente, *abattre* ("abatir", "tumbar"). El término sugiere la imagen de una lucha en la palestra. A falta de un sustantivo correspondiente a estos verbos, utilizo, como lo habían hecho los primeros traductores, el sustantivo *renversement* en cuanto término técnico: acción de derribar. [En castellano he adoptado el verbo *abatir* y el sustantivo *abatimiento:* "derribar" y "acción de derribar", respectivamente. *(N. d. T.)*]

ocupado o explotar conquistas limitadas como moneda de cambio. Comparando la guerra con el boxeo, podríamos decir *victoria por "knock-out"* o *victoria por puntos.*[76] Como el fin último de la guerra siempre se confunde con una cierta paz, la modalidad del retorno a la paz[77] se convierte en el criterio de la alternativa: en caso de que el vencedor "tumbe" al enemigo, le impone las condiciones que se le antojen, incluida eventualmente la desaparición del Estado, aun la desaparición física de la población;[78] en el otro caso, trata con un enemigo que accede a la cesión de una provincia (así María Teresa cedió Silesia a Federico II), o bien cambia la provincia que ocupó por otra. Paz impuesta o dictada *(Diktat)* por una parte, paz negociada por la otra.

Esta interpretación, que se desprende del texto sin la menor duda, resuelve de por sí algunas de las dificultades en las cuales se han embrollado los comentaristas, tanto Delbrück como sus adversarios. Se trata de una oposición no entre dos estrategias sino entre dos clases de fin político de la guerra, considerada en su totalidad. O incluso, por retomar el vocabulario de la *Estrategia de 1804,* la oposición hace hincapié en el fin *de* la guerra y no en los fines *en* la guerra. Que el primero influye sobre los segundos o, en el vocabulario del libro VIII, que el fin *de* la guerra influye sobre el objetivo *en* la guerra (u objetivo militares), es indudable. De hecho, Clausewitz analiza la *limitación de los objetivos* y las *campañas sin decisión* ,más que la dualidad *quebrantar-doblegar* o *dictar-negociar.* Pero la idea rectora nace aparentemente de la política y concierne a la *modalidad del retorno a la paz,* o incluso al *carácter de las relaciones entre enemigos en el momento en que se suspenden las hostilidades.*

Desde allí se comprende inmediatamente la multiplicidad de las formas intermedias. Los Estados se hacen la guerra cuando sus voluntades entran en conflicto. Al final de las hostilidades, uno u otro la ha impuesto, pero es posible que ninguno de los dos haya impuesto al extremo de alcanzar todos sus fines. Un empate, en el sentido perfecto de este término, parece lógicamente excluido: necesariamente uno de los dos adversarios tomó la iniciativa con el objeto de sacar ventaja. Si debe tratar sin haberla obtenido, el otro, que tampoco ganó nada, no por ello ha dejado de frustrar la voluntad conquistadora del agresor. Hay que suponer una guerra por accidente o por juego, sin intención de ganancia, por el solo placer del combate, que termine en igualdad para ambos bandos, para que sea posible un auténtico empate. En todos los otros casos, la guerra de la segunda especie no termina sin ventaja para uno u otro de los beligerantes, pero sin embargo no destruye la existencia del Estado vencido, no lo constriñe a aceptar cualquier condición, no se otorga al vencedor la posibilidad de dictar *(vorschreiben)*[79] cualquier condición. Hay grados en la

[76] En lucha, se distingue entre la victoria obtenida al ser derribado el adversario y la victoria por puntos.

[77] Modalidad que depende, por cierto, de los resultados militares esperados u obtenidos.

[78] W. M. Schering llega por otra vía a una idea análoga al oponer los dos términos *Brechen* y *Beugen,* quebrantar o doblegar la voluntad del enemigo. Cf. *Wehrphilosophie,* Leipzig, 1939.

[79] Recuérdese que tal es la expresión empleada por Clausewitz.

relación de desigualdad entre el vencedor y el vencido. Este conserva los medios y aquél no ha abatido al enemigo porque no ha podido o porque no ha querido. El método –captar primero los casos extremos donde el principio de oposición se destaca con claridad, sin ignorar los casos intermedios– da cuenta del primer parágrafo de la *Advertencia*.

Esta misma interpretación responde igualmente, creo yo, a una cuestión largamente discutida por los comentaristas: ¿por qué la distinción entre las dos especies de guerra precede a la afirmación de que *la guerra no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios?*[80] W. M. Schering afirma, con su acostumbrada tendencia a expresar ideas pertinentes con formas excesivas, que Clausewitz no había concebido esta idea crucial, la que por así decirlo ha causado su gloria, antes de 1826 o 1827. Siempre que precisemos bien en qué consiste la originalidad de la idea, esta tesis se justifica.

Clausewitz jamás desconoció los lazos entre la política y la guerra, entre los intereses de los Estados y la manera en que cada cual conduce las operaciones, entre el carácter de los pueblos y su manera de combatir. En sus notas de juventud, cita elogiosamente a Maquiavelo, ridiculiza a los petimetres o las almas tiernas que acusan al florentino de cinismo, así como a esos estadistas que lo condenan de palabra, pero en los hechos siguen sus lecciones:[81] "No hay lectura más necesaria que Maquiavelo; los que afectan repugnancia ante sus principios no son más que petimetres con ínfulas de humanistas *(eine Art humanistischer petits-maîtres)* ((. . . .)) Algunas páginas de este escritor han envejecido, otras son de una verdad eterna. Federico II escribió su Anti-Maquiavelo, pero siguió siendo discípulo de Maquiavelo; si fingió condenarlo fue para atenerse con más comodidad a sus enseñanzas, y Voltaire ha dicho con toda justicia que le escupió encima para que los otros le tuvieran asco". Asimismo, en 1811 y en 1812, cuando escribía los *Bekenntnisse*, cuando meditaba sobre la guerra popular, explicaba el armamento del pueblo por las circunstancias políticas, por el carácter total de la situación. Se arriesgaba a prever que todas las guerras del siglo siguiente continuarían siendo nacionales, aunque sin embargo no movilizarían a la población entera.[82]

Dicho esto –y llegamos a una observación obvia que corre el riesgo de pasar por paradojal–, faltaba lo esencial: elaborar el *concepto* o, si se prefiere, explicitar el sentido y las consecuencias de *los lazos entre política y guerra*. Pero este paso decisivo no lo dio sino tardíamente, y de golpe todo lo que había pensado y escrito en más de veinte años exigía una revisión. En una filosofía de la acción presidida por la dualidad de los medios y el fin, ¿cómo no cambiaría el empleo de los medios al cambiar el fin? La estrategia dispone de un solo medio, el combate, pero el *uso del combate* incluye las marchas, la elección del sitio y

80 Con frecuencia se cita la fórmula omitiendo la palabra *Staat*, que sin embargo es esencial en el pensamiento de Clausewitz.

81 P. Roques, *Le Général de Clausewitz. Sa vie et sa théorie de la guerre d'après des documents inédits*, París y Nancy, 1912, p. 6. Cf. igualmente en H. Rothfels, *Carl von Clausewitz, Politik und Krieg, Eine Indeengeschichtliche Studie*, Berlín, Dümmlers Verlagsbuchhandlung, 1920, ps. 209-210, el texto más desarrollado de la nota de Clausewitz.

82 Cf. los textos citados *supra*, Cap. I, 2, p. 53 del orig., en Hahlweg, t. I, p. 750.

del momento, el rechazo o la aceptación de una batalla, la preferencia por el combate real o el combate ficticio o simulado *(vorgespiegelt)*, el cruce de los ríos, las líneas de invasión, los movimientos de desborde o envolvimiento, etc.[83] En resumen, en una y otra especie de guerra, la definición de la estrategia por el empleo de los combates con miras al fin de la guerra sigue siendo válida; lo que en cambio merece reflexión es la modificación eventual de la estrategia (o conducción de las operaciones) en función del fin (abatir o no al enemigo). Obviamente, el cambio de fin ejerce una influencia sobre la conducción de las operaciones. ¿Cuál influencia? He aquí el verdadero problema que se ha planteado a los comentaristas y que, a mi parecer, obsesiona a Clausewitz durante sus últimos años, entre 1827 y 1830. ¿Alguna vez lo resolvió plenamente? No estoy seguro. Por cierto, fue con el objeto de resolverlo que elaboró el sistema del capítulo 1 del libro I.

W. M. Schering reprodujo, en la compilación de textos titulada *Geist und Tat*, una nota de Clausewitz que no figura en el *Tratado* y pertenecería a una versión anterior. También podría tratarse, simplemente, de una nota de trabajo en la que Clausewitz consignó, para sí mismo, las cuestiones difíciles. "¿Una guerra es de la misma naturaleza que otra? ¿El *objetivo* de la empresa bélica se distingue del *fin* político de esta última? ¿Cuál es la cantidad de fuerzas que hay que movilizar en una guerra? ¿Cuál es la cantidad de energías que hay que desplegar en la conducción de la guerra? ¿De dónde vienen las múltiples pausas en la hostilidades? ¿Son ellas partes inportantes de estas últimas o verdaderas anomalías? ¿Las guerras controladas de los siglos XVII y XVIII, o las migraciones de tártaros semicivilizados, o las guerras de destrucción del siglo XIX, guardan conformidad con la cosa[84] misma? ¿O bien la naturaleza de la guerra está condicionada por la naturaleza de las relaciones, y cuáles son estas relaciones y condiciones? Los objetos que conciernen a estas preguntas no aparecen en ninguno de los libros escritos sobre la guerra, en particular los que se han escrito recientemente sobre la conducción de la guerra en conjunto, es decir la estrategia."[85]

El interés de este texto consiste en que se relaciona con la mayor parte de las cuestiones que trata Clausewitz en el libro VIII y en el capítulo 1 del libro I; en síntesis, todas las que surgen de la confrontación entre el resumen de la enseñanza dada al príncipe heredero y el *Tratado*. En todos los textos anteriores a 1827, las consideraciones políticas no están ausentes, pero nunca parecen pesar directamente sobre la conducción de la guerra. Los principios no aluden a una guerra particular sino a la guerra en cuanto tal: sólo la relación de las fuerzas —inferioridad o superioridad— parece determinar la estrategia,

[83] Me refiero a los parágrafos 20 y 33 de la *Estrategia de 1804*, ps. 78-80, texto de 1809, donde Clausewitz muestra el sentido que conviene adjudicar a la definición de la estrategia, *empleo de los combates*.

[84] Recuérdese la expresión *die Sache entscheidet* en el artículo de N. B., a propósito de la definición verdadera.

[85] *Geist und Tat. Das Vermächtnis des Soldaten und Denkers. Auswahl dus seinen Werken, Briefen und unveröffentlichen Schriften*. Króners Taschenaufgabe, Bd 167, 1941, ps. 309-311.

ofensiva o defensiva. En cambio, el texto precedente plantea las dos preguntas principales: relación entre el fin político y el objetivo militar, condicionamiento de la forma que adquiere la guerra por las circunstancias (¿cuáles circunstancias? ). El capítulo 3 del libro VIII desarrolla esta última pregunta, el capítulo 6 del mismo libro la primera. Por una parte, la política –inteligencia personificada del Estado– determina el objetivo militar en función del fin *de* la guerra; por la otra, las circunstancias condicionan la diversidad histórica de las guerras. *La política determina adecuadamente el fin sólo si justiprecia la naturaleza de la guerra en función de las circunstancias que la condicionan.*

En el curso de sus últimos años –según lo testimonia el texto que acabamos de citar, pero también el capítulo 2 del libro I y el libro VIII en su integridad–, Clausewitz medita sobre lo que denominaré la *problemática de Montesquieu:* ¿cómo conciliar el concepto, la definición de la guerra según su naturaleza propia y permanente, con la diversidad de las guerras? Problemática praxiológica a la vez que teórica: ¿las reglas válidas para una guerra valen para todas? Las dos especies de guerra representan los términos extremos: imponer la paz o negociarla. ¿Pero cómo pasar de estos dos términos políticos a los objetivos militares que presiden?

La respuesta dada por Clausewitz a estos interrogantes se encuentra esencialmente en el libro I (del cual revisó cuando menos los dos primeros capítulos) y en el libro VIII. ¿Pero la respuesta es la misma en el libro VIII y en el libro I (redactado en último término)? ¿Los objetivos limitados del libro VIII significan lo mismo que la defensa sin decisión del libro VI que Clausewitz se proponía revisar, según la *Nota final?* Sabemos sobre qué meditaba Clausewitz en sus últimos años: ¿conocemos el resultado final de sus meditaciones?

## *CAPITULO III*

### La síntesis final y el debate estratégico

He precisado anteriormente, por una simple lectura de los textos, el sentido que Clausewitz *parece* dar a la fórmula "doble especie de guerra": distinción con respecto al fin encarado, ya éste implique o no al abatimiento del enemigo. Si el vencido yace por tierra, el vencedor dicta las condiciones de paz; si ninguno de los adversarios ha reducido al otro a la impotencia, ambos deben negociar. Las situaciones, abstractamente definidas, adquieren históricamente caracteres tan variados que entre el desarme del vencido y el empate se manifiestan múltiples formas intermedias.

Esta interpretación, la más ceñida al texto, no por ello implica menos dificultades. ¿La dualidad se refiere al fin político o al objetivo militar? Aun si se admite, como en mi caso, que se refiere al fin político, éste preside, al menos parcialmente, el objetivo militar. De hecho, en el libro VIII, Clausewitz, a propósito del plan de guerra, trata de la limitación del objetivo *(Ziel,* en los capítulos 5, 7, 8): los intérpretes no siempre han resistido la tentación de sustituir *Ziel* por *Zweck,*[1] el objetivo militar por el fin político y, por último, de no reconocer otro motivo para la limitación del objetivo militar que la falta de medios. Más aún, la segunda especie de guerra no se *define,* sino que se *caracteriza* por la conquista de una provincia en la frontera, lo cual sugiere tanto el objetivo militar como el fin político para el lector desatento.

No se pueden resolver estas dificultades sino mediante el estudio comparado de los libros VI (donde aparece,[2] en el capítulo 30, la dualidad de las especies de guerra), VIII y I, con la síntesis final del único capítulo concluido (I, 1) como guía y juez en caso de incertidumbre. Una vez interpretada y esclarecida la síntesis final, confrontaré los resultados obtenidos con las tesis de los dos bandos rivales de lo que se denomina el conflicto estratégico, *der Strategiestreit.*

[1] Cf. Nota XVI.

[2] Por primera vez en la versión escrita entre 1823 y 1826.

*1. El sistema conceptual*

El capítulo1 del libro I predomina sobre el resto del libro por el rigor del análisis, por la perfección de la forma. Nos permite imaginar lo que hubiera sido la obra si el escritor hubiera continuado su trabajo unos años más. Testimonia el estadio final de un pensamiento casi en su propia culminación. Afortunadamente, revela además el aparato conceptual íntegro que estructura la teoría.

Esencialmente, este capítulo va de una definición de la guerra en dos términos, *"La guerra es un acto de violencia destinado a constreñir al adversario a ejecutar nuestra voluntad"*[3] (I, 1, 2), a una definición en tres términos: "Extraña trinidad compuesta por la violencia original de su elemento, que es necesario considerar como una *pulsión natural ciega,* por el juego de la probabilidad y el azar, que la transforma en una *libre actividad del alma,* y por la naturaleza subordinada de un instrumento político, mediante el cual retorna al *puro entendimiento"* (I, 1, 28). En cada una de estas etapas del camino que conduce de la definición original a la definición trinitaria, nuevos conceptos clave enriquecen el análisis.

La definición inicial se deduce de una comparación entre la guerra y el duelo, en el sentido de una lucha entre dos. El lector debe representarse dos luchadores enfrentados, cada cual tratando de arrojar al otro por tierra (el término *niederwerfen* conserva aquí su sentido original, físico) e incapacitarlo para prolongar la resistencia.

Esta definición utiliza los tres conceptos mayores, *violencia, objetivo* y *fin.* Introduciendo el concepto de violencia física en la definición de la guerra –pues "no hay violencia moral fuera del concepto del Estado y de la ley" (I, 1, 2)–, Clausewitz; a diferencia de los autores modernos, postula, en el punto de partida, una oposición radical entre guerra y paz; postula igualmente –lo cual escapa a muchos intérpretes– que el fin de la guerra es la paz. ¿Cuál paz? Reservémonos la respuesta, como lo hace el mismo Clausewitz. El fin inmediato, el objetivo inmanente a la guerra misma en cuanto acto de violencia, es desarmar al enemigo. "Desarmar" equivale, en la lucha entre Estados, a "arrojar por tierra" para los luchadores. En uno y otro caso, uno de los adversarios –luchador o Estado– se encuentra incapacitado para proseguir la lucha. Como el Estado está armado con los inventos de las artes y las ciencias para emprender la lucha, tumbar[4] un Estado es desarmarlo. En el plano del concepto, el "knock-out" constituye el objetivo propio de la lucha en tanto prueba de fuerza. Lo que nosotros queremos imponer al adversario una vez que esté en tierra o desarmado, lo consideramos provisionalmente algo exterior a la guerra, dependiente de un choque entre fuerzas opuestas. Ahora bien, si hacemos abstracción de todo cuanto precede o sigue a la lucha misma, las circunstancias de las cuales emana, los fines que persigue, su meta es, según la evidencia *conceptual,* el abatimiento del adversario.

[3] En este análisis del capítulo 1, me limito a remitir a los parágrafos numerados por Clausewitz mismo e inserto los números entre paréntesis en el texto.

[4] O dejarlo "knock-out", si se piensa en el boxeo.

Muchos intérpretes han citado, aislándolas del contexto, fórmulas tales como "estas cosas ((el estado social)) no pertenecen a la guerra misma y jamás puede introducirse en la filosofía de la guerra un principio de moderación sin incurrir en un absurdo" (I, 1, 3); o incluso "el objetivo representa el fin y lo rechaza en cierto modo como algo que no pertenece a la guerra misma" (I, 1, 2), como si ellas expresaran la última palabra en el pensamiento de Clausewitz. O sea, le hacen decir lo contrario de lo que quería decir: las proposiciones verdaderas en esta etapa inicial del análisis, en el nivel conceptual, no tienen validez definitiva. Se aplican a la guerra en sí, aislada de sus orígenes y sus fines, no a la guerra real, pero Clausewitz quiere demostrar precisamente que no se puede ni se debe separar una guerra real de sus orígenes y fines.

¿Por qué la guerra, según esta consideración abstracta, conduce necesariamente a los extremos? ¿Por qué este ascenso deriva de la lógica, o la esencia, del duelo o la lucha? Su razón última es la acción recíproca de las fuerzas y las voluntades enfrentadas, cada cual intentando imponer su ley a la otra.

Esta acción recíproca *(Wechselwirking)* cobra tres formas o se articula según tres razonamientos. Distingamos la intención hostil *(Absicht)* del sentimiento de hostilidad. Entre la intención y el sentimiento, está primero la intención. La intención, en efecto, no implica el sentimiento, mientras que el segundo no carece de intención. Es posible que las pasiones se aplaquen sin que las intenciones hostiles desaparezcan. Más aún, éstas se revierten inevitablemente sobre aquéllas. Hombres o pueblos que al principio se combaten sin odiarse, terminan por odiarse a fuerza de combatirse. El grado de violencia no depende, en última instancia, del grado de civilización sino "de la importancia y la duración de los intereses enemigos" (I, 1, 3). Basta, pues, disipar las ilusiones de los doctrinarios del Antiguo Régimen, a quienes los acontecimientos llamaron rudamente al orden, para reencontrar la verdad primera: la violencia en cuanto tal no comporta límites intrínsecos y, ya que cada uno de los luchadores procura imponer su ley al otro, ya que ninguno de ambos puede hacer menos que el otro, cada cual será llevado lógicamente al esfuerzo máximo.

Las otras dos acciones recíprocas descomponen la primera, una teniendo en cuenta el aspecto físico y la otra el aspecto moral de la lucha. En tanto yo no haya arrojado por tierra al enemigo, debo temer que él me arroje por tierra. En efecto, sólo "el knock-out", el desarme del adversario, me da la seguridad; pero él razona como yo. La seguridad de uno implica que el otro pierde los medios de defensa. Como cada cual razona del mismo modo, los dos se ensañan al máximo. La resistencia del adversario depende de la *magnitud de sus medios* y de su *voluntad*. Si, en rigor, yo puedo calibrar aproximativamente los medios de que él dispone, la fuerza moral escapa a los cálculos. Admitamos que el motivo de la lucha me permite una evaluación aproximativa de la fuerza de resistencia con la cual me toparé: emplearé una fuerza un poco superior a fin de superar la resistencia. Pero el otro hará lo mismo y, una vez más, de esfuerzo en esfuerzo, nos condenaremos juntos a ir hasta el final, a ascender a los extremos.

Esta primera etapa del análisis nos sugiere una serie de parejas conceptuales: objetivo militar y fin político, intención hostil y sentimiento de hostilidad,

entendimiento y sensibilidad *(Gemüt)*, medios materiales y fuerza moral,[5] ascenso a los extremos. En definitiva, y sobre todo, ninguna de las fórmulas[6] que figuran en los cinco primeros parágrafos se aplica a las guerras reales, se aplican todas a la guerra según el concepto o la filosofía, al acto de violencia aislado del medio social que lo condiciona y del fin que cada actor quiere alcanzar, en otros términos aislado de la política en los dos sentidos de la palabra *(politics* y *policy)*.

La segunda etapa del camino que conduce de la definición monista a la definición trinitaria comienza con la confrontación del concepto (o la definición abstracta) con la realidad, según el método denominado de modificación. Sustituyamos la prueba de fuerza entre dos luchadores por la guerra entre Estados: de golpe reintroducimos el espacio, el tiempo y la política. Esta última, implicada por la definición inicial del parágrafo —constreñir al otro a ejecutar nuestra voluntad—, Clausewitz la había descartado, por método, para analizar la lógica del ascenso a los extremos, resultante de la acción recíproca de dos voluntades violentas opuestas entre sí; al principio del parágrafo 11, Clausewitz acude a lo que ha descartado anteriormente.[7]

Los luchadores ahora encarnados en Estados poseen un territorio, recursos, aliados. La guerra se desarrolla a través del espacio, lleva tiempo, no surge como un relámpago, se inserta en el curso de las relaciones interestatales. Victoria o derrota, rara vez presenta un carácter absoluto, definitivo. Los beligerantes se conocen, saben aproximadamente qué deben temer o esperar uno del otro. Hemos vuelto, desde el absoluto del concepto, a las probabilidades del mundo real y, por ende, estamos obligados a otorgar a la política, a los motivos del conflicto, a los fines perseguidos, su importancia exacta.

La reintroducción de la política vuelve no *necesaria* sino *posible* la contrapartida del ascenso a los extremos, a saber: el descenso hasta la observación armada. El ascenso a los extremos se desarrolla en abstracto, el descenso hasta la "simple observación armada" (I, 1, 11) *(blosse bewaffnete Beobachtung)* en lo real. Primero sustituyamos los luchadores ideales por Estados reales: "Cada una de ambas partes deducirá, según las leyes de la probabilidad, la conducta de la otra a partir del carácter, las instituciones, el Estado y las condiciones del adversario, y determinará la suya en función de estas deducciones probables". Reintegremos el fin político, que habíamos descartado. Este, en cuanto motivo inicial de la guerra, servirá como medida del objetivo militar y los esfuerzos que exige, no sin una reserva importante: los motivos de guerra no obran sobre una materia muerta sino sobre una materia humana. Es posible entonces que entre dos pueblos, dos Estados, existan tantas tensiones, una suma tal de elementos hostiles, que un ínfimo motivo de guerra provoque una violencia que no guarda

[5] De donde resulta la dualidad implícita de la prueba de fuerza y la prueba de voluntad *(trial of strength* y *test of will)*.

[6] Excepto ciertas observaciones sobre los pueblos civilizados y no civilizados o la reacción de la lucha sobre los sentimientos.

[7] Este texto basta para demostrar que se trata de una eliminación *metódica* y no *esencial*. El fin pertenece *esencialmente* a toda guerra real. Sólo es ajeno a una guerra aislada de sus orígenes y sus fines; por lo tanto, a una guerra irreal.

proporción con el motivo. La proporcionalidad entre el motivo y la magnitud de los esfuerzos (o la violencia de la guerra) se manifiesta mucho más cuanto menos se enconan las masas humanas.

Reencontramos en el parágrafo 11 la definición de la guerra de la segunda especie. El objetivo militar puede confundirse con el fin político, a saber: la conquista de una provincia. A veces esta confusión es imposible; en este caso el objetivo militar deberá constituir el equivalente del fin político y representarlo en el momento de la paz.[8] No obstante, como consecuencia de las pasiones populares y los sentimientos hostiles entre los Estados, es posible que una ventaja políticamente limitada exija esfuerzos considerables. El parágrafo 11 contiene, pues, la recurrencia de la segunda especie de guerra, pero, en vez de oponer los dos tipos según su método ordinario, Clausewitz enfatiza los múltiples grados de violencia, desde la guerra de aniquilación hasta la observación armada.

Esta segunda etapa refuerza el carácter irreal de la guerra absoluta, del ascenso a los extremos: "((. . .)) Hay que reconocer que el espíritu humano difícilmente se sometería a esta ensoñación lógica *(logische Träumerei).* De ello resultaría a menudo un inútil despilfarro de fuerzas que necesariamente encontraría un contrapeso en otros principios del arte de gobernar; se requeriría una tensión de la voluntad que no estuviera en equilibrio con el fin fijado, y que en consecuencia no podría ser provocada, pues la voluntad humana jamás extrae su fuerza de sutilezas lógicas". Nunca se insistirá demasiado sobre este texto (I, 1, 6), *el único donde Clausewitz, de manera irrecusable, explícita, previene contra una interpretación falsa de sus conceptos o su método:* lejos de que la guerra absoluta sea un ideal al cual conviene acercarse, el arte político ordena mantener el equilibrio entre los intereses en juego y los esfuerzos que insumen. La necesidad abstracta del ascenso a los extremos no constituye en ningún momento un imperativo praxiológico. Cuando se consideran las guerras reales, la posibilidad de descenso determina y *debe (soll)* determinar la conducción tanto como la necesidad abstracta del ascenso.

La segunda etapa, según el método de la modificación, va de la abstracción a la realidad, de lo cual resultan los conceptos o temas siguientes: guerra absoluta y guerra real, relación entre fin político y objetivo militar, tendencia a la proporcionalidad entre la magnitud del primero y la importancia del segundo, modificación de dicha proporcionalidad por las tensiones o las pasiones, leyes de probabilidad, desarrollo de la guerra en el espacio y el tiempo.

En la tercera etapa aparece la desigualdad del ataque y la defensa con el objeto de explicar un fenómeno que Clausewitz juzgaba, en su primer abordaje, *lógicamente* incomprensible: la suspensión de las hostilidades. ¿Cómo es posible que ambos adversarios saquen partido simultáneamente de la detención de las operaciones? Pareciera, en efecto, que si la ventaja de uno es esperar, la ventaja del otro debe ser actuar o concertar la paz. Ahora bien, operaciones continuas arrastrarían de nuevo a un ascenso a los extremos, inflamarían las pasiones, darían a las operaciones una continuidad, una conexión causal que las volvería

[8] En la *Advertencia de 1827* se conserva la provincia conquistada o bien se la canjea.

más peligrosas. El empleo de la misma palabra *–äusserstes–*, frecuente en Clausewitz, incluso en sus cartas, no debe sorprendernos: "ir al extremo" no implica la movilización total sino simplemente una energía, una violencia extrema.

La paradoja[9] de la suspensión de las hostilidades es resuelta por Clausewitz de dos maneras: primero, abstractamente, por el análisis de la *polaridad*,[10] luego por el método de *modificación;* en otras palabras, considerando beligerantes reales y no duelistas ideales. La dificultad lógica proviene de la hipótesis implícita o del postulado de que la ventaja de uno es el desarme del otro. Por lo tanto, si uno prefiere la suspensión de las hostilidades el otro debería preferir el combate. Ni siquiera el equilibrio de fuerzas explica la suspensión de las hostilidades: quien persigue un fin positivo, o sea quien tiene la motivación más fuerte, debería tomar la iniciativa y atacar.

El error de este razonamiento resulta de una extensión ilegítima del principio de polaridad. La polaridad, en el sentido riguroso del término –la ventaja de uno iguala la desventaja del otro o, en términos modernos, *jeu à somme nulle,* juego de sumas equivalentes donde la ganancia de uno iguala la pérdida del otro–, no vale para todos los pasos del enemigo. En el capítulo 1, 15, la polaridad se aplica a la batalla, donde, por definición, la victoria de uno equivale a la derrota del otro porque cada cual quiere la victoria; se aplica, pues, a la decisión (I, 1, 16). En cambio la polaridad, o la igualdad entre la ventaja de uno y la desventaja del otro, no se aplica al ataque en relación con la defensa porque las dos formas de guerra poseen una fuerza desigual.

El bando A juzga ventajoso diferir el ataque unas semanas; el bando B preferiría que este ataque se produjera ahora. De ello no resulta que atacar le sea ventajoso. Es posible, en efecto, que el bando A sea superior sin que esta superioridad baste para compensar la fuerza superior de la defensa.

Esta primera solución de la paradoja, diremos nosotros, vale también en la hipótesis de actores estrictamente racionales. Pero los jefes militares no pueden serlo porque jamás poseen información completa. Ahora bien, en la incertidumbre, cada cual propende a sobrestimar las fuerzas del adversario o las propias debilidades (porque las conoce). Normalmente, la falta de información contribuye a disminuir la violencia, la duración de las hostilidades, a ensanchar el intervalo entre guerra absoluta y guerra real, acrecienta el papel del cálculo de probabilidades. La guerra adquiere un carácter de juego en la medida en que el azar interviene más. Por lo tanto, moviliza cualidades fundamentalmente diferentes del entendimiento, ante todo el coraje, virtud suprema en medio del peligro. El coraje no excluye el cálculo juicioso *(kluge Berechnung),* pero no se alimenta de las mismas fuentes. El gusto por el riesgo, la confianza en la fortuna, la audacia, emanan del coraje. Toda teoría que descuidara en principio las fuerzas morales, el aspecto humano de la guerra, se volvería inútil para la vida.

[9] La había presentado a Gneisenau en 1818 en un corto estudio que fue publicado por Hans Delbrück. "Uber das fortschreiten und den Stillstand der Kriegerischen Begebenheiten", en *Zeitschrift für preussische Geschichte und Landeskunde,* año 15º, Berlín, 1878.

[10] Cf. Nota XVII.

Esta tercera etapa aporta, pues, *el concepto de polaridad, la asimetría del ataque y la defensa, la oposición entre lo intelectual y lo afectivo,* entre *el entendimiento y las cualidades morales.* Estas últimas no se oponen solamente a las fuerzas materiales, se oponen a las abstracciones de la teoría pura y a los cálculos del entendimiento.

Llegamos al cuarto y último momento, a la conclusión, retomando la idea ya utilizada una primera vez: la política. Los dos sentidos de la política se distinguen claramente: la guerra entre pueblos civilizados surge de una situación política y es provocada por un motivo político (23). El fin político constituye, pues, la consideración suprema en la conducción de la guerra. Sería diferente si la guerra, una vez iniciada, no obedeciera más que sus propias leyes, independiente de la política que la ha provocado, comparable a una explosión, determinada únicamente por los preparativos anteriores al estallido. Esta concepción tradicional, escribe Clausewitz, es radicalmente falsa, aunque haya sido corrientemente admitida hasta el presente. La guerra real no es comparable al desencadenamiento total y ciego de la violencia, se desarrolla bastante despacio para permanecer sometida a la voluntad de una inteligencia que la conduce *(Willen einer leitenden Intelligenz).*

La primacía de las virtudes morales (coraje, audacia, confianza en la fortuna) sobre las cualidades del entendimiento, que aparece en la tercera etapa, se invierte en la etapa siguiente cuando la guerra se somete finalmente a la política. El instrumento, el medio, por cierto ejerce a su vez una influencia sobre la intención política, pero nunca se trata más que de una modificación de ésta: "La intención política es el fin, la guerra es el medio, y el medio jamás puede ser pensado sin el fin" (24).

Una vez más, Clausewitz vuelve sobre la dualidad de las guerras, ahora para subrayar que la guerra sigue siendo tan política en su determinación en una especie como en la otra (26). "En efecto, si se considera la política como la inteligencia del Estado personificado, entre todas las constelaciones que debe incluir en sus cálculos es posible que también se encuentren aquellas donde la naturaleza de todas las circunstancias condiciona una guerra de la primera especie." Los parágrafos 20 a 27 de este capítulo contienen lo esencial de los desarrollos de los capítulos 3 y 6 del libro VIII.

El análisis conceptual llega a la definición trinitaria indicada más arriba. ¿Esta definición final difiere radicalmente de la definición inicial, acto de violencia destinado a constreñir al enemigo a ejecutar nuestra voluntad? Choque de voluntades, prueba de fuerza, la definición inicial subsiste en la definición final. Pero la voluntad ya no es la de un luchador sino la de un Estado; ahora bien, la voluntad de un Estado se determina en función de las circunstancias, por un juicio sobre la característica principal de un conflicto dado. La primacía de la política, en tanto que ella fija el fin, está implícita en la definición inicial. El medio, a saber: el acto de violencia, incluye fuerza material y fuerza moral, pasión e inteligencia. La imagen de los dos luchadores no sugería la dualidad de las pasiones populares y del libre juego de las probabilidades y el azar, pero habría bastado reemplazar la lucha entre dos personas por el combate entre dos equipos para que se discirniera, en la lucha misma, la dualidad de la pasión ciega y de las iniciativas aventureras y premeditadas.

La definición trinitaria aporta, no obstante, una novedad decisiva: *sólo ella vale para las guerras reales* y *ella vale para todas las guerras reales*. Aléjense más o menos de la guerra absoluta, las guerras no son menos guerra desde el momento en que nos remitimos a la definición trinitaria, que sirve de fundamento tanto a la teoría como a la historia y la doctrina.[11]

*2. La definición trinitaria, cúlmine de la conceptualización*

Descartemos por lo pronto una tesis formulada por un excelente historiador, Otto Hintze:[12] en la *Advertencia de 1827* Clausewitz habría contrapuesto ambas especies de guerra, en el libro I habría discernido todos los grados de la violencia, desde el esfuerzo extremo por abatir al enemigo hasta la observación armada. El método de Clausewitz impide sostener una tesis semejante. Desde el artículo de *Neue Bellona* hasta la *Advertencia de 1827*, Clausewitz aplicó el mismo método: captar primero las antítesis donde se manifestaban con toda claridad, en su forma extrema; pasar luego de los casos puros, paulatinamente, hasta la frontera que separa en la realidad los dos conceptos o las dos especies. Por lo demás, en la *Advertencia* admite las formas intermedias después de haber planteado los dos extremos.[13]

Si el capítulo 1 del libro I tiene un tono diferente de la *Advertencia*, la causa no es la gradación de la violencia entre la voluntad de aniquilación y la prudencia de la observación armada sino la subordinación de las dos ideas principales de la *Advertencia* a una idea que no figura en ninguno de los libros no revisados, III a IV, y que ni siquiera en el libro VIII está expresada con toda claridad, a saber: el carácter abstracto, irreal, filosófico, ideal (él emplea, según el caso, todos estos adjetivos) de la guerra conforme a su concepto.

Por asombrosa que pueda parecer esta afirmación, Clausewitz no echó los cimientos de su catedral conceptual, o sea la irrealidad de la guerra absoluta, sino en los dos últimos años de su vida, entre 1827 y 1830. Ni en 1804 ni en 1812 titubea en formular preceptos o máximas para la acción. ¿Se dirá que en toda guerra la energía y la audacia caracterizan al jefe consagrado a la victoria?

Admitámoslo. No es menos cierto que los libros III, IV y V sobre la estrategia, el combate y las fuerzas armadas no presentan huellas de ninguna de las ideas rectoras de la síntesis final, de las dos especies de guerra, dualidad resultante de la primacía de la política, primacía que de por sí reduce a un juego lógico el ascenso a los extremos.

La evolución del pensamiento de Clausewitz durante sus últimos años se resumiría de la manera siguiente. El contraste entre la manera de hacer la guerra en los siglos XVII y XVIII le llama la atención en el curso de sus estudios históricos. Concibe, pues, primero, la dualidad de las especies. Expresa esta dualidad aludiendo a la práctica napoleónica —abatir al enemigo—, práctica que consideraba hasta el momento como normal, lógica, necesaria, pues las otras

[11] Cf. Nota XVIII.

[12] Otto Hintze, "Delbrück, Clausewitz und die Strategie Friedrichs des Grossen", *Forschungen zur brandenburgischen und preussischen* Geschichte, t. 33, 1920.

[13] Según Rosinski, *art. cit.*, Hintze mismo habría abandonado esta tesis.

prácticas le parecía mucho más corruptas en cuanto eran responsables de las derrotas sufridas por los aliados y de las victorias de la Francia revolucionaria e imperial.

Desde luego, él no había ignorado las condiciones políticas de las guerras de gabinete –la indiferencia de los pueblos–, como tampoco había ignorado la participación del pueblo entero en el curso del período posterior. Lo que falta es incluir en el mismo plan la guerra que tiende a la forma extrema –la aniquilación de las fuerzas armadas y el abatimiento del Estado enemigo– y la guerra que menos se le parece –conquista de una provincia fronteriza u observación armada–. En su juventud, introdujo en su teoría la fuerzas morales; en la madurez, introdujo las distinciones conceptuales necesarias para conciliar la teoría transhistórica con la historia; en otras palabras, las dos formas extremas de guerra, cada cual condicionada o determinada por las circunstancias o las intenciones políticas. Para fundamentar la igualdad jerárquica de ambas clases de guerra debía reconocer la irrealidad de la guerra absoluta, que él presentaba, en múltiples textos, como la única acorde con el concepto.

¿Existen en este sentido diferencias más o menos marcadas entre el libro VIII y el capítulo 1 del libro I? Ninguna respuesta se impone en forma evidente a causa de la inconclusión del libro VIII, que, aunque revisado quizá después de 1827, se parece mucho más al esbozo de que habla Clausewitz que a la perfección formal del capítulo 1, I.[14] Por cierto, el libro VIII contrapone claramente (capítulo 2) guerra absoluta y guerra real. Clausewitz da el paso decisivo: los consejos que parecía dar a los jefes militares en su juventud sólo tienen un valor *condicional,* suponiendo que la guerra real se adecue a su naturaleza abstracta o ideal. En este sentido, la dualidad clausewitziana de concepto (o naturaleza ideal) y realidad figura en el libro VIII tanto como en el libro I. *Pero con una diferencia sustancial, cuando no decisiva:* no hay huellas, en el libro VIII, de la definición trinitaria de la guerra. Clausewitz sólo puede emplear las expresiones *Halbding* o *Halbheit* (semicosa), para caracterizar las guerras de energía débil o las guerras de la segunda especie, si ignora la definición trinitaria. En la medida en que todas las guerras contienen los tres elementos –violencia original, libre actividad del alma, entendimiento político–, las guerras de gabinete no merecen el nombre de semiguerra; son solamente guerras donde el tercer elemento predomina y el primero tiende a diluirse bajo la organización social (ejército profesional, no participación del pueblo). En otros términos, el lenguaje del libro VIII me parece retrasado con respecto a la conceptualización del libro I. El vocabulario del libro VIII oscila entre dos concepciones: sólo las guerras de abatimiento son guerra verdadera, todas las guerras son igualmente guerra en la medida en que tanto las pequeñas como las grandes, las limitadas como las ilimitadas, se adecuan a la naturaleza no abstracta (la de la definición inicial) sino a la naturaleza concreta y compleja en la cual los tres elementos actúan juntos aunque con fuerza variable.

Se tiene la impresión de que Clausewitz hubiera expuesto en el capítulo 2 del libro VIII la elección entre las dos soluciones posibles. Así como había

[14] Cf *infra,* Nota XIX.

rehusado excluir las fuerzas morales y la fricción de la teoría –esta exclusión habría cavado tal fosa entre realidad y teoría que ésta se habría vuelto inútil, estéril–, rehúsa, al final de su vida, excluir las semiguerras (o, mejor dicho, lo que él denomina semiguerras) por la misma razón. ¿Qué significaría una teoría que no tuviera en cuenta las guerras más frecuentes en la historia, más emparentadas con la observación armada que con las campañas napoleónicas? ¿Qué significaría una teoría apegada a su lógica, que mañana sería desmentida por guerras que se parecerían más a las de anteayer que a las de ayer? [15]

Desde el libro VIII la elección de Clausewitz, pues, no presenta dudas: justifica la definición trinitaria sin formularla. No obstante, en varias ocasiones, en este libro, la representación de la guerra absoluta o ideal parece gozar de una jerarquía privilegiada. En el capítulo 2, la teoría tiene el deber de poner en primera fila la figura absoluta con el propósito de utilizarla como punto de referencia general.[16] En el capítulo 3, de estas dos clases de nociones (una según la cual el resultado final decide todo, la otra según la cual el desenlace resulta de la suma de pequeños triunfos o derrotas), la primera, en cuanto noción fundamental, tiene que ponerse en la base y la segunda tiene que utilizarse "como una modificación de la primera, justificada por las circunstancias".[17] ¿La primacía de la guerra absoluta y del modo de pensar que se desprende de ella responde a la lógica del capítulo 1 del libro I?

A mi entender la respuesta es la siguiente: la guerra absoluta responde al concepto, a la naturaleza, a la verdad de la guerra en cuanto tal; en otras palabras, a la guerra aislada de sus orígenes y su fin, aislada, por lo tanto, de la política en cuanto condición o finalidad. En este sentido conserva, aun en el capítulo 1, cierta primacía, el carácter de noción fundamental, de necesidad que se deduce abstractamente de la acción recíproca de las voluntades enfrentadas, concretamente de las pasiones desencadenadas. En el libro VIII, la primera clase de representación debe su verdad a la naturaleza de la cosa mientras que encontramos la verdad de la segunda clase en la historia;[18] en cambio, en el libro I, 1, la definición trinitaria, válida para todas las guerras reales, señala la ruptura definitiva con la idea antigua de que sólo las guerras de abatimiento se atienen al concepto, mientras que las guerras imperfectas, cercanas al juego, no se descubren sino en la historia. Esta manera de expresarse traduce todavía una vacilación de Clausewitz ante la lógica de su propio pensamiento.[19]

No hay guerra absoluta en la realidad, sólo la hay en el mundo del concepto, del ideal. Por otra parte, las guerras que se aproximan a la guerra absoluta no son

[15] Comentamos, libre aunque fielmente, VIII, 2, ps. 672-674 y ps. 695-696 (953-955).

[16] VIII, 2, ps. 673 y 696 (953-955).

[17] VIII, 3, ps. 675-676 y p. 699 (957).

[18] VIII, 3 A, p. 676 y p. 699 (957).

[19] En un sentido, Clausewitz puede justificar esta manera de expresarse, aun en el marco de la síntesis final. En efecto, la definición monista de la guerra, la definición inicial del capítulo 1, es la única que se desprende del concepto puro del duelo o del choque de voluntades hostiles o violentas. La definición trinitaria implica la sustitución de los duelistas por beligerantes reales, o sea la realidad histórica.

guerras perfectas por oposición a las guerras imperfectas, contaminadas de política. Esta oposición entre las guerras íntegramente guerras y las guerras afectadas por la política, todavía latente en el libro VIII, es rechazada explícitamente en el capítulo I, 1,[20] y en el capítulo 2 del libro I.[21] Las guerras que se aproximan a la perfección no son más ni menos políticas que las otras: la política misma determina su carácter absoluto.[22] En otros términos, la guerra perfecta, que en el libro VIII sirve de concepto fundamental, deviene en el libro I, 1 la simple lógica de una guerra desgajada de sus causas e intenciones, doblemente irreal, podría decirse. En el libro VIII, la irrealidad de la guerra absoluta se desprende de la distancia inevitable entre el concepto y el fenómeno; en el libro I se desprende también de una definición parcial de la guerra.

Al mismo tiempo, la oposición entre la *necesidad* del ascenso a los extremos y la *posibilidad* de la armonía implícita para impedir este ascenso pierde significación en la realidad: todas las guerras presentan los tres elementos. El elemento de la violencia ciega y el odio nunca se desata sólo en las guerras entre pueblos civilizados. La magnitud de los intereses en conflicto, la intensidad de las tensiones, el entendimiento político, responsable de la elección de los fines, determinan el carácter fenoménico que revisten las hostilidades.

La síntesis final, tal cual se nos presenta en el capítulo 1 del libro I, permite comprender simultáneamente la diversidad de las guerras, de intensidad mayor o menor, y la oposición entre las dos especies, cada cual caracterizada por una modalidad de retorno a la paz, dictada después de "noquear" al enemigo en un caso, negociada en el otro.

A partir de allí, el intérprete puede preguntarse por qué el debate o conflicto estratégico inflamó tantas pasiones, se prolongó tantos años. ¿Qué posición ocupa Clausewitz mismo frente a Delbrück y sus adversarios? Para responder a estos interrogantes invitaremos al lector a seguirnos en la lectura no del mismo Clausewitz sino de H. Delbrück y sus innumerables rivales.

### *3. Delbrück y la estrategia de Federico*

El lazo entre la interpretación del pensamiento clausewitziano y la controversia estratégica[23] proviene de un accidente o una persona: Hans Delbrück, en una reseña de la biografía de Clausewitz escrita por K. Schwartz, formuló por primera vez, en 1878, la distinción de las dos estrategias, que él denominó respectivamente estrategia de aniquilación *(Vernichtungsstrategie)* o abatimiento *(Niederwerfungsstrategie)* y estrategia de desgaste *(Ermattungsstrategie)*, atribuyendo al mismo Clausewitz la paternidad de esta alternativa. En otros términos,

[20] I, 1, 25 y 26.

[21] I, 2, p. 74 y p. 43 (219). En este último texto escribe que se tiene la tendencia a considerar primordialmente militar una acción que propende al abatimiento del enemigo y primordialmente política una acción que no contempla este objetivo. Desde un punto de vista superior, una no es menos militar que la otra.

[22] Se infiere que la política, en el sentido de las consideraciones extramilitares, interviene menos y a veces no interviene en absoluto en las guerras de la primera especie.

[23] Cf. Nota XX.

asimiló las dos especies de guerra de la *Advertencia de 1827* a las dos estrategias, tal como él las comprendía.

Años más tarde (1886) utilizó la distinción entre las dos estrategias para contraponer la manera de Federico II a la de Napoleón. El Grande, héroe nacional, se transformó bajo la pluma del historiador en un representante de la estrategia del desgaste. Para caracterizarla, introducía una segunda alternativa: los jefes militares disponen de dos medios, la batalla y la maniobra; una estrategia que encara resuelta y casi incondicionalmente la batalla se orienta hacia un solo polo, mientras que la estrategia que combina maniobra y batalla merece el título de bipolar.

A partir de allí, las pasiones se inflamaron por razones menos ligadas con el enigma de la síntesis final y el secreto del pensamiento de Clausewitz que con el culto de Federico y las victorias de 1866 y 1870. Los generales alemanes, el gran estado mayor, profesaban orgullosamente la doctrina estratégica que Napoleón había inaugurado, Clausewitz enseñado, y el vencedor de Sadova y Sedán aplicado exitosamente. Delbrück violaba un tabú, atentaba contra una gloria nacional atribuyendo a Federico la teoría y la práctica de otra estrategia, inevitablemente inferior, puesto que la aniquilación de los ejércitos enemigos en unas batallas decisivas había asegurado la gloria de Napoleón y de Moltke.

A continuación, el debate estratégico confundió de manera inextricable los tres temas siguientes:

1. ¿En qué medida difiere la estrategia de Federico de la de Napoleón? ¿Esta diferencia se caracteriza exactamente por los dos conceptos de abatimiento y desgaste, por la alternativa unipolar-bipolar? Se trata de preguntas esencialmente históricas que sin embargo implican un interrogante teórico, pues Delbrück recurre a conceptos transhistóricos para definir las estrategias de Federico y Napoleón.

2. Llegamos, pues, a otro interrogante, también histórico (pero perteneciente a la historia de las ideas): ¿en qué medida Delbrück interpreta exactamente a Clausewitz cuando le atribuye la distinción entre las dos estrategias? ¿Estas pueden asimilarse a las dos especies de guerra de la *Advertencia de 1827*? ¿Es legítimo confundir dos estrategias y dos clases de guerra?

3. Acéptese o no esta confusión, Clausewitz reconoce una especie de guerra en la cual el objetivo natural de las hostilidades –la aniquilación de las fuerzas enemigas, el abatimiento del adversario– no se contempla ni se alcanza. ¿Cuáles circunstancias justifican el abandono del objetivo adecuado a la naturaleza o al concepto de la guerra? Este último interrogante no sólo remitía al pasado, sino que anunciaba las incertidumbres del futuro. La comparación entre Pericles y Federico el Grande[24] desembocaba en una comparación entre Atenas en vísperas de la guerra del Peloponeso y Alemania a fines del siglo XIX. De antemano, H. Delbrück criticaba la estrategia de aniquilación o victoria decisiva que el equipo Hindenburg-Ludendorff había de adoptar hasta el verano de 1918 y la catástrofe final.

[24] Hans Delbrück, *Die Strategie des Perikles, erläutert durch die Strategie Friedrichs des Grossen, mit einem Anhang über Thucydides und Cleon*, Berlín, Georg Reimer, 1890, p. 27.

Consideremos primero, con toda la brevedad posible, los problemas del primer inciso, que hemos denominado históricos. Tomemos como punto de partida el artículo de 1886[25], que trata sobre Federico y Napoleón sin referirse a Clausewitz. Delbrück se esfuerza por demostrar que el sistema estratégico pensado y aplicado por Federico difería en sus principios del de Napoleón.

Historiador, no filósofo ni teórico, evoca ante todo los hechos. Primero y principal, lo que ha cambiado entre las campañas de Federico y la de Napoleón es el número de combatientes. El mayor ejército que Federico reunió jamás en un solo teatro de operaciones, el que comandaba en 1757 tras haber franqueado las fronteras austríacas, no llegaba a 100.000 hombres. Napoleón franqueó las fronteras rusas, en 1812, con 467.000 hombres; en otoño de 1813, comandaba aún 440.000 soldados.[26]

El número había aumentado y el costo disminuido gracias al cambio en la modalidad de reclutamiento. La conscripción suministraba a los generales de la Revolución soldados cuyo mantenimiento no imponía las mismas cargas financieras que los profesionales que, en el siglo XVIII, libraban pequeñas guerras en medio de la indiferencia de los pueblos.

Este ejército profesional, cuyas lagunas Federico llenaba alistando los prisioneros, exigía una disciplina implacable: según un dicho famoso, los soldados debían temer más a sus oficiales que al enemigo.[27] La fuerza del ejército prusiano dependía de la coherencia de las unidades tácticas. Reclutamiento y organización determinaban en una buena medida la modalidad del combate: las líneas largas, rígidas, que se movían como un solo hombre y disparaban salvas a una orden. Los soldados de la Revolución, en cambio, gracias al número y la falta de instrucción, actuaban como cazadores *(tirailleurs)* o en columnas profundas. El ejército de Federico no desconocía *das Tiraillieren,* pero sólo los utilizaba ocasionalmente, como recurso expeditivo o desesperado.

El temor a la deserción excluía radicalmente, según Delbrück, la requisa, la práctica de los ejércitos revolucionarios que vivían en suelo enemigo: ¿cómo mantener la disciplina de tropas que se dispersan a campo traviesa en busca de pertrechos cuando la requisa más o menos ordenada se transforma inevitablemente en pillaje? Federico no se alejaba de sus depósitos más de cierto trecho porque en principio rechazaba las requisas. Con la táctica lineal no disponía de medios para hostigar un ejército enemigo que ocupara una posición bien

[25] *Ueber den Unterschied der Strategie Friedrichs und Napoleons,* en *Historische und politische Aufsätze,* Berlín, Walther & Apolant, 1886 (citado como *Sobre la diferencia).*

[26] *Sobre la diferencia,* p. 20.

[27] "En lo que concierne al soldado ((. . .)) es necesario que él tema a sus oficiales más que los peligros a los cuales se lo expone; de lo contrario nadie podrá instigarlo a cargar a través de una tempestad de 300 cañones que lo bombardean. La buena voluntad jamás arrastrará al vulgo a tales peligros; sólo el miedo puede lograrlo", citado por Delbrück, *ibid.,* p. 22. La frase se encuentra en el *Testamento militar* de Federico II, escrito hacia 1768, que pertenecía primitivamente al *Testamento político.* No fue editado hasta 1878 en un volumen de misceláneas *(Miscellanen zur Geschichte König Friedrichs des Grossen,* publicada por iniciativa de los Archivos Reales, Berlín, E. S. Mittler und Sohn).

La frase citada se encuentra también en la reseña de H. Delbrück del *Testamento militar, Zeitschrift für preussische Geschichte und Landeskunde,* t. 16, 1879.

defendida, ni de rodear esta posición con una marcha rápida. Tenía que elegir, para librar batalla, un terreno chato. La batalla, conducida según la táctica tradicional, era aún más sangrienta que la de Napoleón: las bajas llegaban a veces a un tercio de los efectivos.

H. Delbrück, como historiador, *deduce* de los datos sociopolíticos y la organización militar que resulta de ellos el sistema que él denomina de *la antigua monarquía:* "Los recursos disponibles no bastan para abatir completamente al Estado enemigo mediante el combate. Aun después de la victoria más aplastante, no estaríamos en condiciones de destruirle completamente las fuerzas armadas, de ocuparle la capital y la mayor parte de las provincias. Por lo tanto hay que obligarlo a ceder y tramitar la paz no poniéndolo a nuestra merced sino fatigándolo.[28] Si nos apropiamos de una provincia fronteriza y algunas plazas fuertes, si elegimos allí una posición de la cual nunca podría echarnos por la fuerza, terminará por resignarse a aceptar nuestras condiciones de paz después que la tensión haya durado un tiempo y sus recursos financieros se hayan agotado".[29]

El sistema de la antigua monarquía que, en la cita precedente, se define por el *desgaste* (la voluntad más que las fuerzas) se caracteriza, estratégicamente, por la dualidad de los polos o los medios. En cambio, la estrategia moderna o napoleónica se orientaría en una sola dirección, hacia un solo polo, la batalla. Delbrück cita el dicho de Napoleón: "Sólo conozco tres cosas en la guerra: hacer diez leguas por día, combatir y descansar". Y concluye: "Federico jamás reclamó la batalla en forma tan incondicional. Napoleón la exige absoluta e incondicionalmente, Federico siempre relativamente; a menudo la considera un recurso desesperado, un medio de salvación en una coyuntura difícil".[30]

En cuanto a la maniobra, Delbrück la entiende, según los casos, de dos maneras: en sentido estrecho designa "todos los movimientos que tienen por objeto asegurarse ventajas sin demasiado derramamiento de sangre por contraposición a los movimientos que tienen por objeto crear en la medida de lo posible condiciones favorables para la batalla inminente".[31] La maniobra, en sentido amplio, en particular en el opúsculo sobre Pericles, incluye medios diferentes de los movimientos de los ejércitos, a saber: el bloqueo, la devastación de territorios, todos los medios que permiten asegurarse ventajas sin librar batalla.

La tesis de Delbrück, no sobre las guerras del siglo XVIII sino sobre el mismo Federico, tropieza aparentemente con una objeción contundente: ¿Federico II no fue, en lo que concierne a la batalla, el jefe militar más ofensivo, según la expresión del mismo Clausewitz?[32] ¿Acaso su hermano, el príncipe Enrique,

[28] Delbrück, por una vez, utiliza el término clausewitziano *Ermüdung* (acción de fatigar) y no su expresión favorita, no clausewitziana, *Ermattung* (acción de desgastar). Cf. Nota XXI.

[29] *Sobre la diferencia,* p. 37.

[30] *Ibid.,* p. 52.

[31] *Ibid.,* p. 37.

[32] VI, 8, ps. 439 y 437 (663).

más fiel a las doctrinas de la época, no le reprochó que quisiera siempre *bataillieren,* y volcar en la batalla toda su sabiduría?

Delbrück, por cierto, no se propone negar la diferencia entre Federico y los generales que lo enfrentaban, entre Federico y sus consejeros de la vieja escuela (o el príncipe Enrique, a quien el Gran Rey llamaba "el general sin tacha"). El también exalta las batallas cuyo historiógrafo ha sido más que ningún otro.

"Una victoria, una victoria en una gran batalla vive eternamente. No se puede concebir un temperamento de jefe militar auténticamente grande que no se sienta impulsado, por una especie de pasión, a provocar una gran decisión del destino."[33] Reconoce, pues, en Federico un temperamento de guerrero, el ánimo necesario para afrontar las pruebas y tomar resoluciones sabias por audaces (por parafrasear a Clausewitz). "Su superioridad sobre todos sus contemporáneos se afirma en la cualidad específicamente guerrera de la audacia por la cual los supera infinitamente; gracias a esta cualidad, tiende constantemente hacia el polo de la batalla (por servirnos de la misma imagen), mientras que sus comtemporáneos se acercan al polo opuesto de la maniobra."[34]

Así expresada, la tesis de Delbrück, en cuanto *interpretación histórica* de Federico, no justificaba las pasiones que suscitó. Delbrück concede a sus adversarios (así los llama: *Gegner*) que Federico, mucho más que su hermano Enrique o sus consejeros, se inclinaba hacia el polo de la batalla. Por otra parte, no se entiende cómo los defensores de la tesis contraria rehusarían admitir que Federico maniobró mucho y con frecuencia (en el sentido del siglo XVIII), que recurrió a las "celosías", a las "enramadas".[35] Reducido a la defensiva, opera de un modo muy diferente de Napoleón, que en 1814 no cesa de librar batallas.

¿Podemos cerrar el debate atribuyendo a Federico un genio napoleónico en un contexto histórico que no le permitía explotarlo a fondo? Probablemente Delbrück habría adherido a esta fórmula, pues concede, en su respuesta a su primer opositor, el futuro mariscal Colmar von der Goltz,[36] que Federico, con los medios de Napoleón, no habría actuado de otra manera que el francés. Concesión por lo demás discutible, pues implica que Federico habría pensado de otra manera de la que pensó; pero, según Delbrück, él se atenía, en la teoría y en la práctica, al sistema de la antigua monarquía. La doctrina estratégica no se separa históricamente de los medios disponibles.

No nos interesa entrar en los detalles de la controversia. Los opositores de Delbrück le reprocharon una "idealización" de los ejércitos de la Revolución, una subestimación de los ejércitos de Federico, una simplificación caricaturesca de la estrategia napoleónica, una exageración de la "aversión" de Federico por la batalla, un desconocimiento de la utilización combinada, en todas las guerras, de todos los medios.[37] No negaron las diferencias, cualitativas y cuantitativas, entre

[33] *Sobre la diferencia,* p. 41.

[34] *Ibid.,* p. 41.

[35] *Ibid.,* p. 59.

[36] *Zeitschrift für Preussische Geschichte und Landeskunde,* t. 16, 1879, p. 292 y ss.

[37] Seguirán en el tomo 16 de la *Zeitschrift für preussische Geschichte und Landeskunde* la reseña de H. Delbrück del *Testamento militar,* la réplica de C. v. d. Goltz, la respuesta

el ejército de Federico y el de Napoleón, pero, mientras Delbrück tiende a pasar del *condicionamiento* a la *determinación* de la estrategia por el instrumento militar, sus adversarios enfatizan el margen de iniciativa que mantiene el jefe militar con respecto a las ideas de la época y los armamentos.

Sobre el sistema de pensamiento de la antigua monarquía, sobre el de Federico, los enfrentamientos de textos y argumentos continuaron indefinidamente y quizá continúan todavía hoy. Según los períodos, Federico se inclina hacia la prudencia o la audacia, hacia la maniobra o la batalla. En el *Testamento militar,* después de la Guerra de los Siete Años, multiplica los consejos de prudencia, pero este énfasis se explica quizá por razones políticas. Lo cierto e indudable es que Federico jamás profesó una doctrina comparable a la de Napoleón, sobre todo si interpretamos a éste a la luz de Clausewitz, a su vez interpretado a la luz de Moltke o reducido a ciertos textos. Federico, en general, no consideraba la batalla como un mal ni como un imperativo permanente ni como un medio exclusivo. Si en los *Principios generales de la guerra* (1747)[38] enumera las razones por las cuales un general puede justificar la decisión de librar batalla, es porque escribe en un tiempo donde quienes pasan por sabios no aconsejan exponerse a los riesgos que ella implica.

Si se atuvo, *en teoría;* al sistema de la antigua monarquía, ¿rompió con este sistema *en la acción?* Este interrogante conduce a otro, más limitado, que quizá conlleva una respuesta: ¿cómo interpretar la campaña de 1757 o, si se prefiere, la de 1756-1757, considerando estas dos campañas, separadas por los cuarteles de invierno, como una sola? En efecto, después de la derrota de Kollin y el fracaso de la campaña de 1757, ni siquiera las victorias de Rossbach y Leuthen, que salvaron a Federico, le daban ninguna oportunidad de una victoria de aniquilación. En cambio, todos los críticos reconocen que Federico habría obtenido una victoria sin igual para la época si hubiera ganado la batalla de Kollin y capturado el ejército austríaco en Praga.

Theodor von Bernhardi[39] adjudica una significación decisiva a los dos primeros años de la Guerra de los Siete Años, lo cual me parece normal dada la tesis que el autor quiere defender. Según él, en efecto, en 1756-1757 Federico habría poseído las fuerzas necesarias para obrar de acuerdo con sus propias concepciones; dicho de otro modo, para encarar una victoria total "tal como lo hacía Napoleón en cada una de sus campañas durante el período imperial".[40]

del historiador, luego la nueva réplica del futuro mariscal. Aún se encuentran ecos de la controversia en la misma revista en 1881.

[38] La primera edición original data de 1746-1747; Federico enumera las razones por las cuales los generales libran batalla en el artículo XXVI, titulado "Por qué y cómo se libra batalla"; "Para hacer levantar un sitio enemigo en una de nuestras plazas; para ahuyentarlo de una provincia que invade; para penetrar en su territorio; para sitiarlo o vencer su obstinación en no desear la paz. Añado a estas máximas que nuestras guerras deben ser breves y animosas". *Oeuvres,* de Federico el Grande, tomos XXVIII-XXX, Berlín, 1856, R. Decker, Impresor del Rey: *Les principes généraux de la guerre appliqués à la tactique et à la disapline des troupes prussiennes.* ((Como recordará el lector, Federico despreciaba su lengua y escribía en francés. *(N. d. T.))).*

[39] *Sobre la diferencia,* p. 67.

[40] *Friedrich der Grosse als Feldherr,* 2 vol., Berlín, E. S. Mittler & Sohn, 1881.

Delbrück se afana por refutar la interpretación de Bernhardi, aun limitada a la campaña de 1756-1757. Federico, según él, no podía encarar de antemano semejante victoria, sólo posibilitada por errores increíbles del enemigo. Por lo demás, en 1756, cuando fue detenido por el campamento de Pirna, ocupado por los sajones, no lo asaltó o rodeó a la manera de Napoleón; lo sitió, y después de la rendición de la plaza, el 15 de octubre, estableció allí sus cuarteles de invierno. El plan de ataque concéntrico sobre Bohemia no habría sido concebido por el mismo rey, y de todos modos esta campaña, la menos ceñida a las costumbres de la época, dista mucho del modelo napoleónico. Delbrück también insiste a menudo sobre los errores cometidos por el rey si suponemos que éste se atenía a los principios de la estrategia de aniquilación.[41]

Sea cual fuere el juicio de los historiadores sobre el plan de Federico en 1757, yo no veo ninguna dificultad en conciliar el objetivo de una gran victoria destinada a terminar la guerra lo antes posible con la doctrina general de una estrategia bipolar. En 1756-1757, Federico se opuso a la superioridad numérica con un ejército de mejor calidad. No ignoraba la limitación de los recursos prusianos y deseaba guerras "breves y animadas". Que haya contemplado de antemano o sólo después de los primeros triunfos la cuasianiquilación del ejército austríaco no cuestiona, a mi parecer, los dos juicios que se encuentran en el *Tratado:*[42] Federico, precursor de Napoleón,[43] debe su grandeza a las virtudes que le permitieron, pese a las fuerzas inferiores, alcanzar sus fines, así como a ciertos triunfos que le aseguraron la salvación en instantes de peligro extremo.

## *4. Delbrück y Clausewitz. Vocabulario e ideas*

Llegamos ahora a la segunda categoría de problemas. ¿En qué medida la distinción de las dos estrategias de Delbrück reproduce la distinción de las dos especies de guerra? [44] Todos los críticos han afirmado que los conceptos y las ideas de Delbrück diferían profundamente de los de Clausewitz. Pienso que los críticos, en definitiva, acentúan con justicia la diferencia entre el pensamiento del teórico y el del historiador. Pero primero desearía mostrar que el historiador en cuanto tal se equivoca menos de lo que piensan sus adversarios.

Retomemos ante todo la definición de la maniobra en sentido estrecho: los movimientos de los ejércitos que no tienden a crear las condiciones propicias para el combate. ¿Cómo define Clausewitz *das Manövrieren?* [45] "La acción de maniobras no se opone solamente a la ejecución violenta del ataque mediante

[41] Lo hizo sobre todo en el capítulo paródico de su libro, *Die Strategie des Perikles,* ps. 30-48.

[42] VIII, 3, p. 683 y p. 707 (966) y V, 3, p. 310, p. 297 (505) y también I, 2, ps. 75-76 y p. 44 (221).

[43] Encontraremos en la Nota XXII el análisis detallado de la estrategia de Federico II, desarrollado por Clausewitz no en el *Tratado* sino en los relatos de campaña.

[44] En la Nota XXI se encontrarán algunas indicaciones sobre el vocabulario de Delbrück, en particular sobre el término *Ermattung.*

[45] VII, 13, p. 626 y p. 648 (898).

grandes combates sino también a toda forma de ejecución del ataque que derive directamente de los medios de este último, incluida una acción sobre las líneas de comunicación del enemigo, sobre su retirada, un desvío, etc." Definición curiosa, pues parece excluir de la maniobra la acción contra las líneas de comunicación o de retirada del enemigo.[46]

La oscuridad se disipa si aceptamos distinguir entre *das Manövrieren* y *das Manöver;* en otros términos, la estrategia que consiste en maniobrar y una maniobra que prepara el combate. Clausewitz no quiere decir que la acción sobre las líneas de comunicación del enemigo no pertenezca a la acción de maniobras,[47] pues, unas líneas más abajo, enumera las líneas de comunicación o retirada entre los objetos o apoyos de semejante acción. Lo que excluye de la acción de maniobras es todo lo que forma parte integral del ataque, trátese, como en las campañas de Napoleón, de la amenaza sobre las líneas de comunicación o de retirada del enemigo. No habría admitido que la famosa campaña que culminó con la capitulación de Ulm ofrecía un ejemplo de esta modalidad operativa: esta campaña, única en la carrera del emperador, fue una especie de regadío, una segunda cosecha de sus victorias anteriores.[48] El recuerdo prestigioso de sus campañas, al tiempo que los errores de sus adversarios, ignorantes de los nuevos métodos, fue lo que le aseguró un éxito decisivo sin derramar sangre. (La había derramado anteriormente.)

La acción de maniobras, separada del ataque mismo, en tanto que ésta tiende a los combates o la batalla, presenta al menos alguna analogía con la maniobra en sentido estrecho de Delbrück. En ambos casos, los jefes militares contemplan objetos o ventajas menores. En el capítulo 13 del libro VII, Clausewitz enumera cinco objetivos o apoyos de la acción de maniobras: el avituallamiento del adversario, que deseamos cortar o limitar, la reunión con otros cuerpos, la amenaza a los enlaces con el interior del país o con otros ejércitos o cuerpos, la amenaza sobre la línea de retirada, el ataque de ciertas áreas con fuerzas superiores. Manifiestamente, piensa en los métodos de los generales del antiguo régimen. Esta especie de acción de maniobras, lejos de preparar o redondear el ataque y la decisión, se sitúa por así decirlo en el interior de una situación de equilibrio. "Si nos atenemos al uso, hay en el concepto de la acción de maniobras una eficacia que, a partir de nada, es decir de una situación de *equilibrio,* es *suscitada* solamente por los errores que incitamos al enemigo a cometer. Son los primeros movimientos de una partida de ajedrez, y además una partida de fuerzas iguales. . ."[49]

[46] Agreguemos que el texto alemán es manifiestamente erróneo; en la frase que hemos traducido falta la palabra *nur* (solamente). El profesor Hahlweg está de acuerdo conmigo sobre esta errata de impresión que figura en todas las ediciones desde la primera.

[47] También se podría decir estrategia maniobrera o de maniobras. La expresión de Clausewitz en el libro VI, 30, maniobra estratégica, resulta equívoca en nuestra lengua. ((Las expresiones en francés son, respectivamente, *stratégie manoeuvière, stratégie de manoeuvre, manoeuvre stratégique. (N. d. T.)*)).

[48] IV, 11, p. 282 y p. 265 (470).

[49] VII, 13, p. 626 y p. 648 (898).

Este capítulo, incluido en el libro sobre el ataque, remite explícitamente al final del capítulo 30 del libro VI, donde la noción de "juego equilibrado de fuerzas" *(gleichgewichtiges Spiel der Kräfte)* es analizada más rigurosamente. Clausewitz elabora la idea: desde el momento en que no hay movimiento del conjunto, que nadie se propone metas importantes, podemos considerar que los dos bandos, aunque tengan fuerzas desiguales, están en equilibrio.[50] "De este equilibrio del conjunto derivan los motivos singulares de las acciones reducidas y las metas menores."[51] Clausewitz juzga que se ha dado una importancia excesiva a esta acción de maniobras, pero no deja de reconocer (prueba de que este libro pertenece a una fase tardía) que la mayor parte de las guerras entre Estados civilizados tenían más por objeto la observación recíproca que el abatimiento, y que, por lo tanto, la mayoría de las campañas debieron necesariamente desarrollarse según la estrategia de maniobras.

En este caso, la conceptualización de Delbrück no defiere fundamentalmente de la de Clausewitz. Una y otra, observando la misma realidad histórica, llegan a las mismas nociones: en un extremo, los movimientos que se relacionan con la batalla, en el otro los movimientos que, en una situación de equilibrio caracterizada por el rechazo de la decisión (rechazo común a ambos bandos), sólo contemplan objetos mediocres y una eficacia indirecta.

No sé cómo podría dudarse que las guerras donde predomina la acción de maniobras pertenecen a la segunda especie. La observación mutua u observación armada caracteriza las hostilidades y restringe el objetivo. Se trata por cierto de una forma histórica que concuerda con la definición de la segunda especie de guerra, puesto que ninguno de los beligerantes procura abatir al enemigo y en consecuencia la paz será negociada entre los adversarios y no dictada en forma unilateral.

En el capítulo 3 (A) del libro VIII, Clausewitz presenta, una vez más, la oposición entre las dos especies de guerra, y lo hace en términos que evocan a Delbrück y Federico (o, si se prefiere, a Federico interpretado por Delbrück). Lo que define una guerra, podría decirse, es la estructura interna, la relación entre los bandos Toda guerra constituye una totalidad, pero hay dos clases de totalidad: o bien la totalidad sólo existe por el acontecimiento último, o bien se constituye progresivamente por la suma de resultados parciales. En un caso no se gana ni se pierde nada antes del triunfo final. "La culminación *(das Ende)* corona la obra. En esta representación, la guerra es un todo indivisible cuyos miembros (los triunfos separados) sólo tienen valor en relación con el conjunto."[52]

"A esta representación de la estructura del triunfo en la guerra que podemos considerar como extrema, se opone otra representación extrema según la cual la guerra está compuesta por triunfos separados, cada cual existente por sí mismo, sin que los triunfos anteriores ejerzan influencia en los siguientes, como en los

[50] Clausewitz piensa probablemente en Federico frente a Daun y los austríacos.

[51] VI, 30, p. 594 y p. 608 (853).

[52] VIII, 3 A, p. 675 y p. 698 (956).

juegos de naipes. Todo desemboca aquí en la suma de los triunfos y se puede poner cada uno de ellos al costado, como si fueran fichas."[53]

Clausewitz añade de inmediato (lo hemos indicado más arriba) que la primera representación extrae su verdad de la naturaleza de la cosa, mientras que la segunda nos la revela la historia, o, en otras palabras, Clausewitz no pone en el mismo plano, al menos en el libro VIII, la "naturaleza de la cosa" y las "modalidades históricas". También Delbrück encontró en la historia, en los textos mismos de Federico II, la idea de la victoria final por acumulación de triunfos pequeños. Delbrück cita un pasaje de la introducción a la *Historia de la Guerra de los Siete Años:* "Es muy probable que los generales austríacos no descarten el método del general Daun, que sin duda es atinado, y que en la primera guerra los encontremos tan atentos a una buena posición como lo han estado en ésta. Ello me obliga a observar que un general hará mal en precipitarse a atacar al enemigo en puestos de montañas o en terrenos escarpados. La necesidad de las circunstancias me obligó a veces a llegar a ese extremo, pero cuando se hace una guerra con igualdad de poderío, podemos procurarnos ventajas más seguras mediante la estratagema y el engaño, sin exponernos a riesgos tan grandes. Acumulad muchas ventajas pequeñas: la suma hace ventajas grandes"[54] (p. XVIII) (Prólogo a la *Historia de la guerra de los Siete Años; Obras históricas,* t. IV). No estoy afirmando que Clausewitz interpreta la estrategia de Federico exactamente igual que Delbrück; no obstante, me parece más cerca de Delbrück que de Th. von Bernhardi. La idea de la victoria por acumulación de ventajas pequeñas, característica de una especie de guerra según el capítulo 3 del libro VIII, se encuentra en los escritos de Federico y en la interpretación de Federico por Delbrück.

Aun la crítica clásica que Schering retoma después de tantos otros[55] —Delbrück habría confundido dos especies de guerra y dos especies de estrategia— tiene sólo una validez parcial. En efecto, si Clausewitz distingue dos especies de guerra, esta distinción deriva de la finalidad política y, a su vez, de la alternativa: abatir al enemigo para dictarle una paz arbitraria o asegurarse prendas suficientes para negociar una paz ventajosa. De la finalidad política deriva el objetivo militar. Del objetivo militar deriva la estrategia, pues Clausewitz incluye en la estrategia toda la conducción de la guerra. ¿Por qué milagro la misma estrategia podría ser atinada en una guerra donde sólo cuenta el éxito final y en una guerra donde el éxito final representa simplemente la adición de éxitos parciales? Entre Delbrück, que no distingue una doble especie de guerra y una doble especie de estrategia, por una parte, y Fr. von Bernhardi y Schering, que rechazan la dependencia de la estrategia con respecto a la especie de guerra, por la otra, el primero se aproxima a la verdad más que sus adversarios.

Por lo demás, el término *Ermattung,* la noción de *Ermattungsstrategie,* no pertenecen al vocabulario ni al sistema conceptual de Clausewitz. Por cierto

[53] VIII, 3 A, ps. 675-676 y 698-699 (956-957).

[54] Citado por Delbrück en *Diferencia,* p. 49.

[55] Cf. Schering, *Die Kriegsphilosophie von Clausewitz. Ein Untersuchung über ihren systematischen Aufbau.* Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, 1935. Nota XXIII.

Clausewitz emplea dos palabras parecidas: *Ermüdung* (acción de fatigar al adversario o fatigarse uno mismo) y *Erschöpfung* (agotamiento). Pero el primero de estos términos no se relaciona directamente con la guerra de la segunda especie, aunque tenga un lugar importante en dos análisis del *Tratado*.

En el capítulo 8 del libro VIII, Clausewitz niega que el objetivo de la defensiva en cuanto tal pueda consistir en fatigar al adversario. En efecto, de manera general, no podemos decir que las fuerzas del atacante se agoten antes que las del defensor. El ataque debilita, pero a condición de que haya un punto a partir del cual se invierta la situación, comparable al punto culminante de la victoria.

Si no podemos pensar en tal inversión, es el defensor quien pierde más, ya porque tiene fuerzas inferiores y las mismas pérdidas se vuelven relativamente más grandes, ya porque el atacante se apropia de parte de su territorio y sus recursos. Clausewitz no llega a la conclusión, como en 1812,[56] de que el bando que permaneciera a la defensiva y se expusiera a los golpes del adversario sin contraatacar terminaría con toda probabilidad por agotarse y sucumbir. Se expresa en términos diferentes: quien no hace más que defenderse no puede equilibrar por un contrapeso el peligro de que alguno de los golpes del adversario tenga éxito. Luego, inmediatamente, añade que si el agotamiento o mejor dicho la fatiga del más fuerte muchas veces aseguró la paz, "la causa reside en el carácter incompleto *(Halbheit)* que presenta la guerra las más de las veces".[57] La fatiga del enemigo no es ni puede ser pensada como el objetivo general y último de la defensa, encárese como se encare; su característica es la *espera.* Cuando no se puede esperar nada de las circunstancias militares, queda la eventualidad de los cambios políticos. Clausewitz piensa en Federico II en la Guerra de los Siete Años, sin más objetivos que resistir, ganar tiempo, renunciando incluso a librar combates porque aun la victoria le costaría demasiado cara. A esta defensa, reducida por así decirlo a la economía de las fuerzas, Clausewitz, según su método de los extremos, opone el ejemplo del zar en 1812, quien sí podía contar con la inversión de la relación de fuerzas después del punto culminante de la victoria.

En este análisis, el esfuerzo por fatigar al enemigo superior sólo representa una posibilidad extrema de la defensa, en último análisis victoriosa, por parte del más débil, pero una posibilidad inmanente a la guerra de la segunda especie, en la cual ninguno de los beligerantes está impulsado por la enérgica resolución de abatir al enemigo.

El segundo análisis donde aparece la misma noción me parece aún más interesante. Clausewitz (I, 2) se pregunta sobre los motivos que pueden decidir al enemigo a pactar la paz cuando conserva medios para continuar la guerra. Distingue dos: la improbabilidad del triunfo, el precio demasiado elevado del triunfo. ¿Cómo elevar para el enemigo el precio de la victoria? Obligándolo a desplegar más fuerzas infligiendo bajas a sus fuerzas armadas, o bien conquistando una parte de su territorio. Después de estos dos medios *(Mitteln),* en cierto

[56] *Principios de la enseñanza,* III, 3, 8 p. 807 (1078).

[57] VIII, 8, ps. 714-715 y ps. 738-739 (1004).

modo obvios, Clausewitz señala otras tres vías *(Wege)*: la invasión de las provincias enemigas, no para conservarlas sino para causar estragos, para elevar allí los impuestos o simplemente devastarlas; la segunda vía, que en verdad es sólo una modalidad de la primera, consiste en dirigir los ataques sobre los objetos que acrecentarán los perjuicios. Aquí Clausewitz precisa –y esta precisión basta para demostrar la heterogeneidad de la conducción de las operaciones según la especie de guerra– que las direcciones que conviene indicar a las fuerzas armadas variarán según se quiera o no abatir al enemigo.

Por último, está la tercera vía, la fatiga, mucho más importante por el número de ejemplos que existen. "En el concepto de fatigarse *(ermüden)* en combate se incluye el agotamiento de las fuerzas físicas y la voluntad, producido paulatinamente por la duración de la acción."[58] Si queremos resistir más tiempo que el enemigo, tenemos que contentarnos con metas menores porque cuestan menos y el riesgo de fracaso es menor. Se trata de infligir al enemigo pérdidas suficientes para que renuncie a sus planes ofensivos. La intención negativa que fundamenta el principio de la "resistencia pura" constituye el medio natural de sobrepujar al adversario en la duración de la lucha. En otros términos, esta tercera vía, la que tiende a fatigar al adversario, la que no explota a fondo las ventajas de la defensa, de la intención negativa, cubre la mayoría de los casos donde el más débil quiere resistirse al más poderoso. Si en este caso Clausewitz evoca la reunión de todos los medios, lo hace en el marco de una resistencia pura, estrategia que se sitúa en el extremo opuesto de aquella cuya doctrina se le achaca, a saber: la doctrina de la ofensiva directa en vista de la batalla de aniquilación.

También esta vez Clausewitz toma como ejemplo de la vía de la fatiga la estrategia de Federico II: "Este jamás habría estado en condiciones de abatir la monarquía austríaca; sin duda habría precipitado su ruina si lo hubiera intentado al modo de Carlos XII. Pero cuando el talento con el que supo poner en práctica una sabia economía de fuerzas hubo demostrado durante siete años a las potencias aliadas contra él que su despilfarro de fuerzas excedía de lejos sus previsiones, se decidieron por la paz".[59]

Aunque el esfuerzo de fatigar al enemigo, aun en este texto muy probablemente más tardío que el capítulo 9 del libro VIII, no es la vía única de la segunda especie de guerra, se transforma en la vía por excelencia que debe seguir en todo caso el bando más débil, quizá sin que importe frente a cuál beligerante, toda vez que el desenlace depende de su capacidad de resistir más que el adversario. Ahora bien, en el siglo XX, con el recuerdo de la Primera Guerra Mundial, propendemos a asociar la noción del "último cuarto de hora" con los conflictos despiadados donde los Estados comprometen todos sus recursos. Clausewitz, por el contrario, asociaba esta noción con las hostilidades sin decisión militar, donde los beligerantes sólo movilizaban recursos limitados a causa de la limitación de lo que estaba en juego. Por lo tanto, el principio de la economía de fuerzas se aplicaba a la guerra de la segunda especie.

[58] I, 2, p. 74 y p. 43 (220).

[59] I, 2, p. 74 y p. 44 (221).

También allí Delbrück ha comprendido al menos parcialmente el pensamiento de Clausewitz. En el libro sobre la estrategia de Pericles, sugiere que en vez de oponer batalla y maniobra podríamos oponer "ley de la audacia" y "ley de la economía de fuerzas". "Cuando no es posible abatir al enemigo, es necesario saber quién se agotará *(ermattet)* primero, de manera de propender menos a quebrantar las fuerzas enemigas que a ahorrar las propias, a conservar en el bolsillo el último tálero."[60]

¿Qué he querido demostrar con esta defensa y ejemplificación de Delbrück, condenado por todos los críticos alemanes que presumían de filósofos? Simplemente que Delbrück descubrió, mediante el estudio histórico, ideas a las que Clausewitz llegó al final de su vida, tal vez reflexionando también sobre la historia. Más aún, ambos analizaron los mismos casos históricos para elaborar, respectivamente, el concepto de estrategia de desgaste y la noción de una segunda especie de guerra. Aun si Federico II, en tanto jefe militar, se presenta como un precursor de Napoleón a ojos de Clausewitz, éste destaca las especificidades de las guerras de la segunda especie tomando como ejemplo los conflictos del siglo XVIII. No es de extrañar que ambos hombres, *en cuanto historiadores,* lleguen con un lenguaje diferente a conclusiones similares.

¿En qué puntos de críticos de Delbrück conservan pese a todo la última palabra? El *historiador no puso de relieve las articulaciones del sistema conceptual del teórico.* Este opone primero[61] guerra absoluta y guerra real, y la oposición entre las dos clases de guerra se sitúa en otro nivel, el de la diversidad histórica, aunque a veces Clausewitz tienda a confundir guerra absoluta y guerra de la primera especie. En segundo lugar, las guerras de la segunda especie no deben ser identificadas, como lo hace Delbrück, con una forma histórica (las guerras del Antiguo Régimen) o con una estrategia determinada (bipolar). Las guerras del siglo XVIII *ilustran* el tipo transhistórico de una guerra de la segunda especie que termina con una paz negociada; eventualmente se encuentran ejemplos del mismo tipo en otros siglos y otros contextos sociopolíticos. Delbrück mismo estuvo muy cerca de captar lo esencial cuando comparó a Pericles y Federico, pues uno y otro utilizaban una estrategia dirigida a no perder y no a una victoria definitiva. Clausewitz, por su parte, no siempre diferencia rigurosamente las particularidades históricas del tipo transhistórico.[62]

¿Clausewitz habría admitido que el sistema de la antigua monarquía y el de Napoleón se oponían en cuanto "unipolar" y "bipolar" respectivamente? No lo creo. Por cierto, la acción de maniobras es más recurrente en la estrategia de la antigua monarquía que en la estrategia de Napoleón. Pero dudo que él hubiera admitido la simplificación: o bien exclusivamente la batalla, o bien la opción, según las circunstancias, entre la batalla y la maniobra (en el sentido estrecho o en el sentido amplio). Por una parte la batalla, por la otra todo lo demás. Englobar en la noción de maniobra el bloqueo, la ocupación o la devastación de territorios le habría parecido una conceptualización antojadiza.

[60] *Strategie des Perikles,* p. 20.

[61] Prioridad lógica, no cronológica.

[62] Cf. Nota XXIV. Federico y Pericles.

La descripción de la estrategia "unipolar" por Delbrück caricaturiza o falsea la descripción clausewitziana de la estrategia napoleónica. Aun en el plano material, la batalla no constituye el único principio de aniquilación: el espacio, el clima, la falta de pertrechos, los guerrilleros, a veces "destruyen" tanto o más que la batalla. En el capítulo 2 del libro I la referencia al combate o la batalla representa una verdad conceptual que se deduce de las definiciones: en la realidad, existen varias vías que conducen a la meta y las batallas imaginadas o simuladas pueden reemplazar las batallas libradas realmente. Clausewitz no habría llamado estrategia de desgaste a una estrategia que en general conduce a la paz cuando los beligerantes aún conservan medios materiales para continuar las hostilidades. O al menos hubiera subrayado el carácter moral (o psicológico) del desgaste: fatiga de la voluntad antes que agotamiento de los recursos.

No habría renunciado de antemano, a mi parecer, a una tipología transhistórica de los objetos sobre los cuales descansa la acción bélica. No siempre enumeró estos diversos objetos en los mismos términos, pero desde los *Principios de la enseñanza* (1812) reconoció tres, y, en el *Tratado,* elabora rigurosamente esta trinidad, que no es extraña sino lógica: las *fuerzas armadas,* los *recursos* materiales y humanos, necesarios para el mantenimiento de estas fuerzas, la *moral.* En el análisis abstracto pone en primer lugar las fuerzas armadas, objeto inmediato, por definición, de la acción bélica. Según la lógica de la síntesis final, cuando no según la letra del *Tratado,*[63] la importancia relativa de estos tres objetos varía con las épocas, en función de los métodos de combate y del instrumento, según también las circunstancias políticas.

Si Delbrück no convenció a nadie, fue en parte a causa de su carencia de rigor conceptual, pero sobre todo a causa de un equívoco interno en el pensamiento de Clausewitz que la síntesis final, esbozada, no podía disipar: ¿cómo poner en el mismo plano las dos especies de guerra o las dos estrategias cuando el *Tratado* plantea el abatimiento del Estado o la destrucción de las fuerzas armadas como objetivo natural, ideal, de la guerra en cuanto tal?

Llegamos así al tercer grupo de problemas. ¿Cuáles circunstancias determinan o explican el tránsito de una guerra a otra?

### 5. *¿Por qué las guerras de la segunda especie?*

¿Por qué las guerras de la segunda especie, es decir las guerras reales que no se adecuan a la naturaleza de la guerra, que la traicionan más que revelarla? En *La estrategia de Pericles,*[64] Delbrück escribe que cierta debilidad *(Schwäche)* de la voluntad o de la fuerza *(Kraft)* provoca el tránsito de una especie a otra. Evoca, sin separarlas claramente, la insuficiencia del instrumento militar (ejército profesional, maniatado, paralizado por los vehículos de avituallamiento) y una relación desfavorable de fuerzas. Durante la segunda parte de la Guerra de los

[63] La letra del *Tratado,* en el capítulo VIII, sugiere un análisis semejante, pues el centro de gravedad que hay que atacar para abatir al enemigo pueden ser las fuerzas armadas, o las alianzas, o la capital, o el jefe de la insurrección popular.

[64] *Op. cit.,* p. 10.

Siete Años, Federico se encontraba en tal situación de inferioridad que no podía contemplar ni la victoria decisiva ni el abatimiento del imperio austríaco.

Clausewitz, por su parte, no distingue rigurosamente entre las diversas determinaciones, instrumento, relación de fuerzas, intención (o finalidad política). En el capítulo 3 del libro VIII, los caracteres fenoménicos de las guerras reales parecen determinados ante todo por circunstancias políticas, en las cuales engloba la constitución de los Estados, la relación entre gobierno y pueblo, la cualidad y cantidad de las tropas. El capítulo 3 B (libro VIII) presenta el tema del gran libro de Delbrück, la historia del arte de la guerra en el cuadro de la historia política. Es allí, mucho más que en la *Advertencia de 1827*, donde habría podido encontrar sus ideas rectoras. Los lineamientos de la guerra están inscritos en la política como los rasgos del ser vivo en el embrión. Sobre esta verdad histórica, objetiva, permanente, se funda el precepto que ocupa el primer lugar en la praxiología clausewitziana: el juicio del cual dependen la medida de los esfuerzos y el plan de guerra; por ende, el esencial se apoya en los caracteres propios del conflicto mismo, contemplado globalmente, en los rasgos (o el rasgo) que define su especificidad, un juicio que deriva de la política (en sentido subjetivo), inteligencia personificada del Estado que discierne la naturaleza de esta guerra a partir de un análisis del entorno histórico (o de la política objetivada).

En el capítulo 6 del mismo libro, Clausewitz retoma el análisis de la política ya no en el sentido objetivo (el medio histórico de donde surge la guerra) sino en el sentido subjetivo, la determinación del plan de guerra, primero en función del juicio apoyado en la característica principal del conflicto, luego de consideraciones múltiples y heterogéneas, determinación a tal punto compleja que desafiaría al genio de un Euler o un Newton. Allí, en el capítulo 6, Clausewitz pasa del condicionamiento de la guerra por la política a la idea decisiva de la acción política por las armas, punto de vista superior que funda la unidad del concepto de guerra pese a la diversidad de las guerras y la dualidad de las especies. *No es la concepción inicial de la guerra absoluta lo que permite subsumir en un solo concepto la diversidad histórica de las guerras sino la naturaleza intrínsecamente política de la acción bélica.* Ya el mariscal de Sajonia evite a menudo la batalla o Napoleón la busque siempre, la guerra sigue siendo guerra porque, en uno y otro caso, los Estados actúan políticamente por la violencia, sean cuales fueren las modalidades de esta última.

El título de la segunda parte del capítulo 3, "De la magnitud del fin bélico y del esfuerzo", el de la segunda parte del capítulo 6, "La guerra es un instrumento de la política", confirman sin lugar a dudas que las circunstancias históricas y las intenciones de los beligerantes determinan la magnitud del esfuerzo o, como diríamos hoy, el coeficiente de movilización y el encarnizamiento de la lucha. El condicionamiento de las hostilidades por el instrumento militar no excluye un margen de libertad, como lo testimonian un Gustavo Adolfo o un Federico.

Por otra parte, en el capítulo 5, el objetivo limitado, que se opone al objetivo natural del abatimiento, está explicado o justificado por dos circunstancias, una objetiva, la falta de las fuerzas necesarias para el abatimiento; la otra

subjetiva, la falta de osadía, el rechazo de las grandes empresas. Estas expresiones evocan las de Delbrück, citadas más arriba, una cierta debilidad de la voluntad o la fuerza. Sin embargo no podemos fundamentar una proposición general en este único capítulo porque éste termina con la fórmula: "Hasta ahora hemos deducido la modificación del objetivo bélico únicamente de razones internas".[65] Estas razones internas se oponen a las intenciones políticas, lo cual sugiere la modificación de los objetivos bélicos tanto por motivos militares como por razones políticas. El capítulo 6 del mismo libro confirma esta interpretación.

No obstante, los capítulos 7 y 8, que tratan del plan ofensivo o defensivo con objetivo limitado, vuelven a los análisis militares. El capítulo 7 analiza los ataques tal como se practicaban en el siglo XVIII y pregunta sobre el debilitamiento, más o menos sensible, que sufre el atacante a causa de sus conquistas. Clausewitz alude al punto culminante de la victoria, pero ésta concierne sobre todo, aunque no exclusivamente, a la otra especie de guerra. En las guerras de la antigua monarquía, las consecuencias de las conquistas limitadas varían según la situación geográfica de los territorios ocupados; el conquistador no puede desinteresarse, mientras emprende las campañas decisivas, de las otras zonas de su propio país. Una vez más el ejemplo de Federico en la Guerra de los Siete Años ilustra el caso de la guerra defensiva con objetivo limitado. Esta clase de guerra defensiva se opone a la que libraron los rusos en 1812 y que condujo al desenlace. Clausewitz se esfuerza, pues, como por otra parte lo escribe en otra lugar, por esclarecer, "por intelectualizar" *(vergeistigen)* el análisis militar haciendo referencia a la oposición entre las dos especies de guerra.

¿Cuál es la conclusión? Los adversarios del debate estratégico buscaron, para dos preguntas, las respuestas que los textos no dan y no permiten dar. ¿La decisión de limitar el objetivo bélico, de renunciar al abatimiento, depende de circunstancias objetivas, del instrumento o las intenciones de los beligerantes? Según la lógica del sistema, si tomamos en consideración el conjunto de los textos, Clausewitz no optó entre estas diferentes explicaciones. No puede desechar ninguna de ellas: el instrumento limita las posibilidades de Federico, pero éste, con su pequeño ejército, logra sorprender a los autríacos y alcanzar sus fines. La relación de fuerzas, por sí sola, no lo decide todo: si sólo ella fuera decisiva, la lucha del débil contra el fuerte se volvería inconcebible, absurda. Luego la teoría estratégica debe acudir precisamente en socorro del más débil.

H. Rosinski destaca otra dificultad en el artículo varias veces citado.[66] El carácter de la guerra, el plan de guerra, dependen de dos clases de consideraciones: la intensidad de las tensiones políticas por una parte, la relación de fuerzas por la otra. Mientras la primera clase de consideraciones sugiere una escala de violencia, con múltiples peldaños, la segunda impondría la alternativa de sí o no: o bien poseemos o bien no poseemos las fuerzas suficientes para abatir al enemigo. No suscribo esta argumentación. Rara vez el jefe de Estado posee un conocimiento de la relación de fuerzas que le permita responder con sí o no a la pregunta: ¿las fuerzas bastan para abatir al enemigo? Aun si se supone una

[65] VIII, 5, p. 700 y p. 723 (986).

[66] *Op. cit.*, ps. 287-288. Cf. Nota XXV.

información perfecta, el jefe militar debe preguntarse qué victoria necesita para alcanzar sus fines políticos. Abstractamente, se impone la alternativa de la victoria por "knock-out" y la victoria por puntos; en la realidad, ella designa solamente los dos puntos extremos entre los cuales se intercalan múltiples formas intermedias.

H. Rosinski tiene razón al afirmar que podemos pasar de una guerra que contempla el abatimiento del Estado enemigo a una guerra de objetivo limitado por razones estrictamente militares, a causa de la relación de fuerzas. La comparación entre el plan de guerra contra Francia, en el capítulo 9 del libro VIII, y el plan de guerra concebido en 1831 ante la hipótesis de una no participación de Austria,[67] testimonia la posible determinación del objetivo militar por la relación de fuerzas. No demuestra que siempre sea preciso contemplar el objetivo extremo que autorizan las fuerzas disponibles.

Delbrück se pregunta, al igual que sus adversarios, por qué todas las guerras no pertenecen a la primera especie. Implícitamente, pues, se atienen a la conceptualización del libro VIII más que a la del capítulo 1 del libro I. O, para expresar de otro modo la misma idea, parten de la definición inicial o monista de la guerra, no de la definición trinitaria. Ya que todas las guerras reales comportan, aunque en proporciones diferentes, los tres elementos —pasión del pueblo, libre actividad del alma del jefe militar, entendimiento político y dirección de la guerra por el Estado—, ¿por qué no buscar las causas de la guerra que asciende a los extremos, así como las causas de las guerras que descienden hasta la observación armada?

Por otra parte, creo que ésa es, implícitamente, la problemática del *Tratado:* Clausewitz atribuye las victorias, las conquistas de Francia, no a la virtudes o los defectos de los franceses sino a la Revolución y sus consecuencias; en otras palabras, a las tensiones políticas provocadas por un disturbio interior que ha liberado todas las energías de un pueblo. El capítulo 6 del libro VI, sobre la tendencia europea al equilibrio, sugiere la anormalidad de la crisis que llevó a Napoleón a Moscú, luego a Santa Helena. De modo que no es la limitación de las hostilidades sino el ascenso a los extremos lo que exige una explicación.

Delbrück y sus adversarios pueden, pese a todo, invocar una excusa; la mayoría de las veces la pregunta se plantea en el *Tratado* como ellos mismos se la han planteado, a saber: ¿por qué la guerra real no obedece a su naturaleza? ¿Por qué los beligerantes se contentan con triunfos menores y renuncian, tanto de una parte como de otra, al abatimiento? El *Tratado,* repitámoslo, ha quedado inconcluso y no resuelve su propio enigma. Releamos las últimas líneas del capítulo 3 (libro VIII): "Por ello debemos decir que el objetivo que se fija quien emprende la guerra, los medios que moviliza, se determinan según los caracteres estrictamente individuales de la situación, pero que también deben tener las características de la época y las circunstancias generales, a fin de que *permanezcan sometidas a las consecuencias generales que deben resultar de la naturaleza de la guerra".* El último miembro de la frase, subrayado por el mismo Clausewitz, contiene el enigma, no la solución. ¿Cuáles consecuencias deben

[67] Contempla sólo una conquista de Bélgica en vez de una marcha sobre París.

resultar de la naturaleza (o sea la esencia, el concepto) de la guerra? ¿El principio de la aniquilación de las fuerzas armadas en cuanto objetivo prioritario, predominante? Desde luego. ¿Pero qué queda de estas consecuencias generales, resultantes del concepto, a partir del momento en que éste sólo se aplica a una guerra ficticia, separada de aquello que la precede y aquello que la sigue, a partir del momento en que la política fija el objetivo militar, conduce las operaciones y es en última instancia el factor decisivo? ¿Qué valor conservan los preceptos, deducidos de una definición de la guerra ficticiamente autónoma?

Al fin, henos aquí ante el interrogante decisivo: ¿entre el principio de aniquilación y la supremacía de la política no habrá en el fondo una divergencia y quizá una incompatibilidad? Clausewitz, obsesionado por el recuerdo de 1806, no cesa de recordar el peligro de subestimar la resolución del enemigo, de oponer la daga del paje al espadón del caballero; en síntesis, de cometer un error por omisión. Pero la supremacía de la política enseña también a no someterse a las ensoñaciones lógicas, a no confundir la necesidad abstracta del ascenso a los extremos con un imperativo de acción. La moderación exige un acuerdo implícito de ambos adversarios: ¿la supervivencia del sistema de Estados europeos no prueba la posibilidad de este acuerdo? La guerra que concluye sin que ninguno de los beligerantes haya sido abatido, la más frecuente en la historia, aparece finalmente como *normal*, con la sola condición de que los adversarios se conozcan y sepan aproximadamente lo que deben temer y esperar unos de otros. ¿También Clausewitz temía, al final de su vida, *los errores por exceso?* La lógica de su pensamiento lo conducía en esta dirección, aun si se detuvo, desconcertado, ante las perspectivas desconocidas que se abrían ante él.

Quisiera, en esta observación final, señalar el cierre de esta primera parte confrontando mis conclusiones con las de W. M. Schering.[68]

La distinción de tres etapas en la redacción del *Tratado*, o de tres versiones, ya no da lugar a controversias: el texto en octavo de Coblenza, rapsodia de capítulos cortos al estilo de Montesquieu; el grueso volumen redactado de 1823 a 1826, con los seis primeros libros, el plan del VII, el esbozo del VIII; la revisión de 1828-1830, que alteró completamente el libro I y quizá una parte del II, quizá el VIII. Que algunos de los capítulos[69] del volumen en octavo de Coblenza hayan o no pasado sin alteraciones al manuscrito publicado después de su muerte, no tiene más que una importancia menor.[70]

En 1827, Clausewitz anuncia su proyecto de revisar el manuscrito introduciendo por doquier la distinción entre las dos clases de guerras, así como la idea de que la guerra sirve de instrumento a la política. Por razones que ignoramos, no llevó a cabo su proyecto, no redactó el libro VII según las intenciones que había

[68] El último, insisto, que consultó los archivos de la familia. He hecho en nota comentarios sobre los estudios de Kessel.

[69] Es sorprendente que ninguno de los investigadores que tuvieron anteriormente acceso a los archivos, Schwarz, Linnebach, Rothfels, Kessel, haya encontrado las pruebas sobre las cuales Schering se apoya sin darlas a conocer.

[70] Una sola excepción: según Schering, *Wehrphilosophie*, Leipzig, J. A. Barth Verlag, 1939, p. 251, el capítulo 8 del libro VI "respira el espíritu y la época de su creación" y pertenecería a la versión original. Se encontrarán *infra*, en el capítulo VI, 2, pág. 251 del orig., los argumentos que vuelven plausible esta tesis.

manifestado, revisó tal vez el libro VIII y con seguridad el primero, tal vez una parte del segundo. Marie von Clausewitz escribe en su prefacio que su hermano descubrió en los papeles de Carl el texto revisado y lo insertó en el libro I en los lugares apropiados.[71]

A partir de estos datos, la pregunta es si hay que aceptar las tesis de Schering que resumiré en estos términos: Clausewitz no descubrió, o al menos no pensó claramente hasta 1827 las dos ideas de la *Advertencia* (dos especies de guerra, subordinación de la guerra a la política). Ahora bien, estas dos ideas implican no sólo la profundización sino la reorientación de un pensamiento, en apariencia dueño de sí al cabo de más de veinte años. La revisión necesariamente impuesta por estas dos ideas no se lleva a término porque la revisión misma le abre nuevas perspectivas y Clausewitz sobrepasa la definición "dualista" de la guerra como en 1827 había sobrepasado la definición "monista".

Según Schering, la primera versión, la de Coblenza, habría sido escrita en un tono ligero, irónico; habría tenido sobre todo por objeto "la presentación viva del elemento vital o de la atmósfera de guerra en la cual se mueven libremente las magnitudes morales".[72] El esfuerzo por hacer ver y sentir la realidad viva de la guerra subsiste en la versión final. En los *Principios de la enseñanza,* Clausewitz recomienda leer los relatos de los combatientes mismos antes que los libros de historia.[73]

La versión mucho más desarrollada, escrita de 1823 a 1826, conservaría, de la versión inicial, una idea esencial: la aniquilación de las fuerzas armadas del enemigo no se separa del fin, abatir al Estado contra el cual se hace la guerra. Lógicamente, Clausewitz habría debido distinguir, desde esta época, entre la noción abstracta del abatimiento y las diversas encarnaciones concretas de esta noción. El *fin político* –abatimiento– y el *objetivo militar* que en su medio –destrucción de las fuerzas armadas del enemigo– se implican mutuamente. En este sentido Schering llama *monista* a la teoría o definición de la guerra, presente en el libro de 1823-1826 como en la *Estrategia de 1804* o los *Principios de la enseñanza.*

Esta teoría se volvería dualista con la *Advertencia de 1827,* a su vez resultado de los estudios históricos emprendidos por Clausewitz en la década de 1820. La historia nos ofrece el espectáculo de guerras demasiado diferentes en intensidad, en desarrollo, para que podamos atenernos a la ley de los extremos, al principio de la aniquilación. La teoría debe incluir no sólo las guerras acordes con lo que parece la esencia de la guerra sino todas las guerras. El mismo respeto por la experiencia que lo obligó a tener en cuenta, en la teoría, las magnitudes morales, lo obliga ahora a no dejar de lado, en la teoría, las guerras conducidas sin energía, con objetivos militarmente limitados, sin intención política de destruir o abatir al Estado enemigo. Más aún, comprueba que estas guerras alejadas de la esencia son mucho más frecuentes que las guerras "perfectas".

[71] Según Schering, la revisión habría afectado los dos primeros libros. La redacción dataría de 1829. *Geist und Tat,* p. 234.

[72] Schering, *Geist und Tat,* p. 251.

[73] *Principios de la enseñanza,* p. 813 (1085).

En la *Advertencia de 1827* anuncia el proyecto de revisar su libro teniendo en cuenta la diversidad de las guerras, especialmente las dos especies extremas de guerra al mismo tiempo que la primacía de la intención política, origen de esta dualidad.

A partir de 1827 reflexiona sobre esta problemática decisiva. La nota que hemos reproducido más arriba, las cartas al mayor Roeder,[74] testimonian su búsqueda. ¿Es preciso decir que las guerras muy alejadas de las napoleónicas no son *der Sache angemessen*, o, en otras palabras, que no se adecuan a la naturaleza de la guerra? Si responde que no pertenecen a la naturaleza de la guerra, la teoría pierde contacto con la realidad histórica, ya que estas clases de guerra son las más frecuentes. Pero si da la respuesta contraria, cuando menos debe sustituir la concepción monista por la concepción dualista, las dos especies de la *Advertencia.*

A la definición dualista sucedería. en la fase final, en el capítulo 1 del libro I, la definición por la extraña trinidad: violencia original (pueblo), libre actividad del alma (jefe militar), supremacía del entendimiento (gobierno). Esta definición marcaría la conclusión de la meditación clausewitziana, pero esta definición trinitaria no elimina la teoría dualista. Los tres elementos de la extraña trinidad, presentes en cualquier guerra, determinan, por su fuerza respectiva y sus relaciones, el carácter propio de cada guerra. La definición trinitaria se opone a la definición monista, que siempre supone el abatimiento político y la destrucción militar, no a la dualidad de las especies, que se sitúa en el nivel de la experiencia histórica.

El sentido del descubrimiento de 1827 –tránsito de la concepción monista a la concepción cualista– me parece simple y claro. Clausewitz no descubrió tardíamente el condicionamiento político de las guerras, no conservó hasta 1827 el candor del militar, indiferente o reacio a las consideraciones políticas. Muy al contrario, lector de Maquiavelo y Montesquieu, espectador o actor de las guerras revolucionarias, analista de coaliciones, jamás aisló del conjunto histórico los fenómenos bélicos. Lo problemático era poner de acuerdo una definición de la guerra aplicable a las empresas de los conquistadores o los grandes capitanes con las innúmeras guerras aparentemente incompatibles con la naturaleza propia de *la* guerra. La dualidad de las especies y la supremacía de la política resuelven –y en forma definitiva– este problema.

¿Cuál es el sentido del tránsito de la concepción dualista a la definición trinitaria? Personalmente, respondería que esta definición representa un progreso en la elaboración conceptual; incorpora la distinción, abstractamente necesaria, frecuente en la realidad, entre jefe militar y jefe de Estado, el primero sometido al segundo, alcanzando la grandeza gracias a la libre actividad del alma (las virtudes de la sensibilidad en medio de los peligros físicos), el segundo encargado originalmente de la suprema responsabilidad, la de hacer un juicio sobre la naturaleza de la guerra que conducirá o hará conducir por el jefe de su ejército, encargado, pues, de mantener el control de la inteligencia sobre las pasiones desencadenadas o las decisiones, inevitablemente circunstanciales, riesgosas, del

[74] "Zwei Briefe des Generals von Clausewitz. Gedanken zur Abwehr", en Militärwissenschaftliche Rundschau, año 2, 1937. *Sonderheft,* Berlín, 1937.

comando militar. Ella integra a su vez la dualidad del pueblo y del Estado, uno como símbolo de la pasión y el odio de los cuales nace la guerra o que nacen de la guerra, el otro como inteligencia que canaliza las pasiones, a veces las suscita, siempre las controla.

Hasta allí, no percibo ninguna dificultad mayor. En cambio, las conclusiones que Schering ha extraído de la concepción trinitaria en mi opinión falsean radicalmente el sentido mismo (a la vez *significación* y *orientación)* de la evolución intelectual de Clausewitz. Según Schering, aún más allá de la definición trinitaria que figura en el final del primer capítulo (libro I), Clausewitz habría llegado a una filosofía de la acción, a una filosofía del *hier und jetzt* (aquí y ahora). Desde luego, en todas las épocas de su carrera, Clausewitz, intensamente consciente de la distancia entre las especulaciones de los estrategas de salón y las decisiones del jefe en medio de las balas, comprendió y exaltó la grandeza del hombre que debe tomar por sí solo, en medio del peligro, una decisión –aquí y ahora– para la salvación de todos. Pero la definición trinitaria no acentúa el aspecto voluntarista o irracional del pensamiento clausewitziano. *Todo lo contrario, lo atenúa subordinando la* freie Seelentätigkeit *al* Verstand, *la apuesta al cálculo, la aventura a la sabiduría, lo militar a lo civil, el jefe del ejército al jefe del Estado.* Poniendo al jefe del Estado del lado del entendimiento, Clausewitz se aproxima no al falso racionalismo de un Bülow sino al genuino racionalismo de la acción: autentica al racionalismo que pone en primer lugar la inteligencia política porque la guerra, en esencia, es política mezclada con otros medios.

¿Qué ambigüedad nos queda, pues, a esta altura del análisis? Por decirlo brevemente, o sintetizarlo en una pregunta: ¿hasta qué punto la definición monista de la guerra, el principio supremo de la decisión por las armas, de la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, son conciliables con las dos especies de guerra, con la definición trinitaria de la guerra, con la primacía de la política? [75]

Clausewitz quiso y creyó conciliar el libro de 1826, sus ideas anteriores, con sus reflexiones últimas, distinguiendo idea y realidad, la guerra según la definición monista (o abstracta, o absoluta) y las guerras reales. Inevitablemente, el lector se pregunta a cada instante si las proposiciones o preceptos implícitos valen para la guerra según la idea, para las guerras que se aproximan a la "perfección" o para todas las guerras. Si se conserva para la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo el valor de un objetivo prioritario, cuando no exclusivo, ¿qué se hace de la subordinación del plan de guerra a la inteligencia del jefe de Estado? Si la prioridad de la destrucción se vuelve lógica en el sentido de que deriva de la definición de la guerra en cuanto tal, separada de sus orígenes y sus fines, pierde las implicaciones praxiológicas que se le ha dado corrientemente. ¿Hacia cuál término de esta alternativa se inclina el mismo Clausewitz? También los intérpretes del *Tratado* se dividen en dos escuelas, entre las cuales una prevalece en tiempos de victoria y la otra después de las derrotas, por no mencionar a los que ni siquiera han comprendido la cuestión, que son mayoría.

[75] He remitido a las notas XXVI y XXVII una breve discusión sobre los dos intérpretes de Clausewitz, E. Kessel y G. Ritter.

# *SEGUNDA PARTE*

# La dialéctica

# *INTRODUCCION*

## El plan del *Tratado*

El *Tratado,* tal como nos llegó, está organizado según un plan que, a mi parecer, se desprende de sí mismo. El primer libro define la guerra, su naturaleza y su fin; elabora los principales conceptos del sistema y, con el contraste entre la abstracción de los análisis y la descripción del campo de batalla, acentúa el contraste entre estrategia de salón y estrategia de campo. Simultáneamente, la referencia a la política, la negativa a considerar la guerra como una realidad autónoma, fundamenta conceptualmente la distinción entre la guerra ideal o absoluta y las guerras reales. El contraste entre las especulaciones seudocientíficas y el combate vivido remite a la juventud de Clausewitz y aparecía sin duda en el manuscrito de Coblenza. En cambio, la subordinación de la guerra a la política, o más exactamente la naturaleza esencialmente política de la acción bélica en cuanto tal, no adquiere, según hemos visto, su alcance total sino en los textos de los últimos años, en particular en el libro I, capítulo 1.

El segundo libro constituye el equivalente de una epistemología, de una "teoría de la teoría", no sin enriquecer, aquí y allá, la definición de la guerra misma. ¿Cuáles son las relaciones entre el saber y el poder? ¿En qué consiste la teoría de un arte *(Kunst)*? ¿En qué sentido podemos asimilar la acción bélica, en particular la del jefe, con un arte? En cuanto al libro VIII, trata del plan de guerra, o sea de una decisión inseparablemente política y militar, y por lo tanto retoma la problemática central del libro I, sacando partido de los estudios militares que contienen los libros intermedios o, al menos, así habría sido si Clausewitz hubiera podido corregirlo tras haber dado forma definitiva a los dos primeros libros. En su forma actual, el libro VIII nos introduce en el taller de Clausewitz, según una fórmula de W. M. Schering, pero no nos ofrece una teoría acabada.

Los libros intermedios se dividen en dos categorías. Los dos últimos, VI y VII, defensa y ataque, llevan la impronta de la originalidad del pensador. Los otros escritores militares no ignoraron la clásica oposición defensa-ataque,[1] pero no reflexionaron sobre las formas mismas, sobre la fuerza intrínseca de cada una de ellas a la luz de una serie de parejas conceptuales: *conservar-tomar, ganar*

[1] La mayoría habría invertido el orden y escrito ataque-defensa.

*tiempo-perder espacio, rechazar-avanzar, defensa política-ataque militar, defensa estratégica-ataque táctico.*

Entre los otros tres libros, el tercero, titulado *De la estrategia en general* (o en cuanto tal), contiene muchos capítulos, hacia la mitad, que sólo tratan de las fuerzas morales, al punto de que el libro entero se organiza finalmente alrededor de la pareja moral-físico o fuerza de la voluntad y fuerza del número. Los libros IV y V, los más clásicos, que tienen por objeto el combate y las fuerzas armadas, tratan del medio de la estrategia y del medio de la táctica, en sus manifestaciones fenoménicas o históricas. La guerra implica el combate, pero las modalidades concretas de la guerra varían según las épocas. La guerra es un camaleón en dos sentidos: diversa en sí misma a causa de la extraña trinidad, diversa en sus expresiones. Lo que vale para la batalla de hoy, en 1815, no valdrá para la batalla de 1945.

A partir de esta síntesis, ¿cómo ordenar nuestra propia exposición sin tomar el ejemplo de los comentadores franceses, de La Barre Duparcq o Palat, quienes han seguido el texto del *Tratado?* Es obvio que la respuesta depende del fin que uno se proponga. Nuestro propósito es triple: queremos primero volver inteligible el modo de pensar de Clausewitz, su manera de analizar, de razonar; luego destacar sus ideas rectoras en lo político y militar; por último nos interrogaremos, una vez conocidos el método y las tesis, sobre el legado de Clausewitz. Este último interrogante nos obliga a investigar el estadio final del pensamiento, las consecuencias lógicas de los principios planteados en el primer capítulo del libro I.

El medio para alcanzar estos fines —tomo prestado de mi autor su vocabulario— es a mi juicio el siguiente. Como la mayor parte de los comentaristas han reconocido que Clausewitz pensaba dialécticamente, en el sentido preciso de que jugaba con parejas de conceptos opuestos, la elección de las oposiciones o antítesis esenciales es el mejor modo de elucidar de inmediato la *manera* y la *materia* de este texto, redactado por un extraño oficial de estado mayor resuelto a no entregar su libro al público mientras viviera y convencido, en el fondo de sí mismo, de que escribía para la posteridad.

Retuve, tras muchos titubeos, tres antítesis, y luego me sorprendí de estos titubeos: moral-físico, medio-fin, defensa-ataque constituyen las tres parejas conceptuales alrededor de las cuales se desarrolla el sistema.

La primera remite a las reflexiones del joven oficial, al rechazo de la seudociencia de H. von Bülow y de todos los geómetras de la estrategia. La introducción de las magnitudes morales en la teoría parece, al principio, imposibilitar la teoría misma. Pero, en última instancia, más valdría renunciar a toda teoría antes que elaborar una tan alejada de lo real que dejaría de ser útil para los actores. La acción bélica se despliega efectivamente a través del espacio y el tiempo; la estrategia implica, pues, una combinación de estas dos magnitudes. Pero se trata de combinaciones tan simples en sí mismas que estos cálculos no constituyen lo esencial. En otras palabras, la oposición moral-físico nos conduce a la cosa misma, a la acción de los hombres enfrentados a través del tiempo y el espacio, con el jefe asumiendo la responsabilidad de mover a la masa pese a las fricciones, de imponer a los acontecimientos la dirección de una voluntad inteligente.

La primera antítesis conduce inmediata y lógicamente a la segunda, los medios y el fin. Esta ya estaba implícita. desde el artículo de *Neue Bellona,* en la definición de la táctica y la estrategia, donde cada cual utilizaba un material diferente en vista de un fin específico, la primera las fuerzas armadas en vista de la victoria, la segunda los combates o, más precisamente, los resultados de los combates en vista del fin contemplado por la campaña y por la guerra misma. Estas definiciones, por su carácter abstracto, caracterizan una dimensión: la dimensión inteligente de la acción bélica. Esta, por emplear el vocabulario de Max Weber, es por excelencia *zweckrational,* está presidida por la racionalidad final. En todos los niveles, el jefe –jefe de patrulla o jefe del ejército– se plantea y debe plantearse la pregunta: ¿con qué miras? ¿Cuál es el fin que quiero alcanzar con este disparo, con esta carga, con este choque, con este combate, con esta batalla, con esta campaña, con esta guerra? La referencia a la racionalidad final estructura, pues, todo el campo no sólo de la estrategia, sino también de la táctica. En un extremo, la racionalidad final desemboca lógicamente en la subordinación tanto de la guerra a la política como del medio al fin; en el otro extremo, obliga al actor a tomar en consideración la naturaleza del medio –las tropas o las armas– en la determinación del fin. Este sigue siendo el legislador supremo, aunque no despótico, sometido parcialmente a la imposición de los medios.

La tercera antítesis, defensa y ataque, se sitúa en un nivel inferior en relación con las otras dos, pues las dos primeras contemplan la naturaleza misma de la acción bélica, que la teoría estratégica toma como objeto de consideración racional *(vernünftige Betrachtung).* Los dos conceptos de defensa y ataque penetran el conjunto del campo, pero intervienen, en el primer capítulo, *después* de la definición inicial, prueba de voluntad por la violencia, que contiene virtualmente las dos antítesis precedentes. En el nivel más alto de la abstracción podría decirse que los conceptos de ataque y defensa también están implícitos en la prueba de voluntad, pues uno de los luchadores quiere algo positivo y el otro tiene como fin negativo no ceder lo que el primero se esfuerza por arrancarle. En este caso, la tercera antítesis habría surgido en y por el modelo original de los luchadores.

Clausewitz razona de otro modo. Si hacemos abstracción del origen y el fin de la lucha, no queda más que el choque de las voluntades, que quieren imponerse mutuamente su ley mediante la violencia. Por lo tanto, la distinción entre defensa y ataque obedece a las condiciones espaciotemporales en que se desarrolla la lucha. De allí resulta que la positividad o negatividad de la intención política, sin estar eliminada del todo, sólo aparece por instantes, marginalmente, pues la relación con el tiempo y el espacio deviene el sustituto de la intención.

¿Es exhaustiva la enumeración precedente? ¿Permite exponer el conjunto del *Tratado,* desarrollar todas sus ideas principales? Yo respondería que *sí,* siempre que se consienta en separar el sistema intelectual de los fenómenos históricos abordados por la reflexión de Clausewitz. Los dos primeros capítulos del libro I y el libro VIII en su totalidad se refieren a la naturaleza misma de la guerra, a las relaciones entre objetivo militar y fin político, a la dualidad del

objetivo y del fin, o quizás a la dualidad de la relación entre el objetivo y el fin según la especie de guerra.

El libro III, *De la estrategia* en cuanto tal, así como los capítulos 3 a 7 del libro I, tienen como tema central la antítesis entre moral y físico, este último a menudo por el número. El libro III en su totalidad sugiere una confrontación de la fuerza moral y la fuerza material, y a los otros factores, por ejemplo la geometría de los movimientos o de las líneas de operaciones, se les reserva un lugar subordinado. En cuanto a los libros VI y VII, tienen por título y objeto la defensa y el ataque, lo cual confirma que todo análisis de los problemas tal cual se plantean a los estrategas debe situarse en el cuadro de esta antítesis.

¿Qué queda fuera de esta reseña del *Tratado?* Dos libros, uno, el libro IV, sobre el combate *(Gefecht);* el otro, el libro V, sobre las fuerzas armadas. Ahora bien, uno y otro, aunque indispensables en el conjunto, difieren manifiestamente, en relación con la historia, de los otros libros. El combate es el medio por excelencia, según ciertos textos el único medio de la estrategia. Pero, en el libro IV, el segundo capítulo destaca los caracteres de la batalla de hoy[2] como para prevenir al lector contra una interpretación transhistórica de los análisis o las descripciones. En cuanto al libro consagrado a las fuerzas armadas, quizá conserva una significación por su método. ¿Pero cómo Clausewitz había ignorado de pronto la incesante transformación de las armas y las organizaciones, la lucha del obús y la coraza, de la defensa y el ataque? Aun suponiendo que él creyera, como muchos otros, en el carácter duradero, cuando no permanente, de los ejércitos de su época, bastaría, para corregirlo, deducir las consecuencias de los principios que él enunció. Los libros IV y V se sitúan, en buena medida, en los confines de la estrategia y la táctica, ilustran los principios, los métodos. Los combates representan el material del estratega-artista o el medio del jefe militar. El libro IV podría ubicarse sin dificultad bajo el rótulo "medio-fin", así como el libro V, que trata de las fuerzas armadas, suministra conocimientos indispensables para quien comanda la batalla, a su vez situada dentro de la campaña por un jefe de rango más elevado.

En cuanto a las dos ideas de la *Advertencia de 1827,* a cuya luz Clausewitz se proponía revisar su manuscrito, se sitúan en la prolongación de la reflexión sobre la relación entre medio y fin. ¿Qué significa la doble especie de guerra sino la toma de conciencia, por parte del mismo Clausewitz, de que no se puede comentar la guerra, aun desde el punto de vista estrictamente militar, sin referirse al fin de la guerra, al menos en el punto de encuentro de objetivo militar y fin político que constituye la modalidad de retorno a la paz? Esta dualidad de las especies precede la subordinación de la guerra a la política porque Clausewitz, en un libro de estrategia, no puede estudiar en detalle los diversos fines que se proponen los Estados beligerantes sino que encuentra una oposición mayor, aquella entre la victoria decisiva y la ventaja relativa.

Luego, los tres capítulos sobre las tres antítesis principales nos permitirán a la vez destacar las características de la dialéctica clausewitziana y buscar los motivos de la insatisfacción de Clausewitz al final de su vida. ¿Por qué el libro VI

[2] *Charakter der heutigen Schlacht.*

sobre la defensa le parecía tan imperfecto? ¿Por qué habría sido necesaria la revisión del libro a la luz de lo que yo llamo la síntesis final, el testamento intelectual o la catedral conceptual, a saber: el primer capítulo del libro I?

El único libro que no figura hasta ahora, en esta reconstrucción, es el segundo, titulado *Sobre la teoría de la guerra*. Pienso, en efecto, que se distingue esencialmente de los otros, pues contienen no un fragmento de la teoría sino un esbozo de "teoría de la teoría". Más aún, el autor que explicita la teoría de su propia teoría o elabora la epistemología de su investigación, siempre corre el riesgo de engañarse, o sea de hacer otra cosa y no lo que cree estar haciendo. El mismo Max Weber, preocupado por dar cuenta de su práctica, da a un lector de hoy la impresión de no haber conformado siempre la práctica de su teoría con la teoría de su práctica. Por lo tanto me parece legítimo, e incluso necesario, postergar provisionalmente el libro II, al cual se dedicará la tercera parte.

Un solo autor, que yo sepa, ha intentado una reconstrucción comparable a la que acabo de bosquejar, W. M. Schering, en su libro sobre la filosofía de Clausewitz.[3] Estoy de acuerdo con él en ciertos puntos, disiento en otros. Llego a una interpretación radicalmente diferente de la suya sin pasar por alto que también él creía mostrarse "generoso" atribuyendo a Clausewitz las ideas más cercanas a las que él consideraba verdaderas, las más acordes con el *Zeitgeist*, el espíritu de la época.

W. M. Schering propone una estructura más compleja al utilizar a la vez las tres tendencias de la extraña trinidad (pasión, libre actividad del alma, entendimiento) y los tres temas que él juzga más importantes, a saber: *leyes y reglas, magnitudes morales, medios y fines*. Consagra a cada uno de estos temas un capítulo dividido a su vez en tres partes, cada cual consagrada a una de las tendencias de la extraña trinidad: así con las leyes y las reglas de la violencia elemental, de la libre actividad del alma, del entendimiento (o la política). W. M. Schering logra, con este rodeo, remitir todos los capítulos del *Tratado* a uno de los nueve rótulos creados por la multiplicación de una trinidad por la otra, la primera indicada por el autor, la segunda construida por el intérprete.[4]

Sin negar que con un poco de ingenio se puede lograr esta estructuración, la veo plagada de dificultades. La teoría de las leyes y las reglas, como veremos en la última parte, se encuentra desperdigada entre los varios capítulos del *Tratado*, sin que la naturaleza de las diversas leyes, mencionadas aquí y allá, aparezca con claridad. En teoría, en el libro II, Clausewitz distingue, según la lógica superficial, leyes de la naturaleza y leyes-mandamiento (imperativo positivo o negativo, orden o prohibición). Pero muchas leyes escapan a esta alternativa y parecen, como en el *Espíritu de las leyes*, extraer su necesidad de la naturaleza de las cosas.

La extraña trinidad sólo es analizada explícitamente en el capítulo 1 del libro I; aparece implícita en ciertos pasajes del libro VIII, en particular el

[3] *Die Kriegsphilosophie von Clausewitz. Eine Untersuchung über ihren systematischen Aufbau*. Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, 1935.

[4] De hecho, hay doce casos, pues cada uno de los doce temas es primero tratado en sí mismo antes de ser subdividido en tres parágrafos en función de la extraña trinidad. Cf. Nota XXVIII.

capítulo 6, cuando Clausewitz introduce la distinción entre jefe militar y gabinete, traducción concreta de la distinción abstracta entre libre actividad del alma y entendimiento. En el resto del libro, esta distinción sigue implícita y el jefe militar *(Feldherr)* aparece en cuanto comandante de los ejércitos, o bien como responsable a la vez de la política y las operaciones. Dudo que se puedan discernir leyes y reglas aplicables específicamente a uno u otro de los elementos de la extraña trinidad.

La objeción principal apunta a la heterogeneidad de la trinidad –leyes y reglas, medio-fin, magnitudes morales– construida por Schering. La antítesis medio-fin estructura intelectualmente el campo político-militar en su totalidad: la acción humana consiste en utilizar materiales en vista de una obra; la acción política o militar utiliza también materiales, pero ante un adversario que hace lo mismo y contempla fines opuestos. Las magnitudes morales no deben considerarse aisladamente sino por oposición a las cantidades o la materia, ante todo del número, a fin de que la interacción de la voluntad y el material, de una parte como de la otra, defina en último análisis la relación de fuerzas.

Los conceptos de medio y fin, por su carácter formal, se sitúan en el nivel más alto de abstracción: complementarios y no opuestos, se imponen tanto al actor para decidir como al observador para comprender. Presiden, en cada etapa, la relación de la parte con el todo y, al mismo tiempo, de la guerra con la paz, pues en último análisis el fin de la guerra es la paz o una cierta paz.

Magnitudes morales y recursos materiales son menos complementarios que opuestos, pero se trata sólo de una oposición conceptual. Según las circunstancias, la moral compensa la inferioridad material o la multiplica; la destrucción de las fuerzas armadas se extiende más al sentido moral que al sentido material. La violencia, en último análisis, afecta la moral del enemigo, aunque sólo la afecte derramando sangre.

Defensa y ataque constituyen, en el cuadro de las operaciones militares, los conceptos clave por dos razones. Sustituyen la simetría aparente de los luchadores que quieren tumbarse uno al otro por la asimetría política (uno quiere modificar el *statu quo*) y militar (uno toma la iniciativa de invadir el territorio del otro). Más aún, estos dos conceptos se vuelven sobre las dos parejas precedentes evocando la acción recíproca de los duelistas, trátase de elegir un fin o de imponer la fuerza moral. El actor se determina en relación con el otro. Luego, la relación entre los adversarios está penetrada por la asimetría de la defensa y el ataque.

La teoría de las leyes y las reglas no pertenece manifiestamente a la misma categoría que estas tres parejas conceptuales. Incluso me parece difícil diferenciar las leyes y reglas que se aplican a cada uno de los elementos de la extraña trinidad. O, al menos, la única distinción radical es entre las leyes necesarias y las leyes de probabilidad. Pero las primeras no son válidas para los acontecimientos o el devenir, para *das Geschehen,* como lo sugiere Schering; sólo son válidas para los objetos intelectuales, para la realidad ideal o intelectual.

La reconstrucción que yo propongo me parece más coherente, más acorde con el pensamiento de Clausewitz que la de Schering. La extraña trinidad nos recuerda la triple naturaleza de los beligerantes (un pueblo, un jefe militar, un

jefe de Estado), las virtudes propias de cada uno de los componentes, pero también, y principalmente, el lazo indisoluble entre dichos componentes. Considero artificial la distinción de las leyes y reglas, propias de cada uno de estos tres elementos, y arbitraria el delineamiento de la teoría de los medios y los fines en función de la extraña trinidad. Las implicaciones auténticas de la extraña trinidad surgirán por sí mismas en los tres capítulos siguientes.

Intentaré, pues, revelar la articulación del sistema y las ideas principales organizando la exposición alrededor de las tres parejas conceptuales medio-fin, moral-material, defensa-ataque. Así espero discernir el juego de un pensamiento que se denomina con justicia dialéctico, puesto que se esfuerza por captar el duelo de los beligerantes y pensar las oposiciones conceptuales o reales inscritas en el dominio de acción.

## *CAPITULO IV*

### Los medios y los fines

*Gesunder Menschenverstand:* sensatez o sentido común, al cual Clausewitz no cesa de invocar. Aquel a quien sus primeros lectores franceses juzgaban en ocasiones el más alemán de los alemanes, rodeado de bruma metafísica, está alimentado de cultura francesa, nada ama tanto como la claridad, y se esfuerza menos por inventar que por esclarecer la estructura de su objeto de estudio. Este objeto, integrado por acciones humanas, debe su unidad a dos circunstancias: la organización jerárquica del mando de cada uno de los ejércitos de cada uno de los Estados beligerantes; el duelo de estos Estados, delimitado en el espacio y sobre todo en el tiempo, que comporta por naturaleza un desenlace, el vencedor imponiendo su voluntad al vencido.

Esta estructura se analiza, pues, de por sí, en función de las categorías de medio y fin, de un extremo a otro de la escala: el jefe de patrulla se formula la misma pregunta (¿en vista de qué?) cuando bate la campiña, que el jefe de Estado cuando declara la guerra y el general en jefe cuando determina su plan de operaciones. Idea del sentido común que la noción weberiana de racionalidad final *(Zweck rationalität)* ha popularizado y que los filósofos analíticos han retomado para caracterizar la conducta humana en cuanto tal.

Desde la *Estrategia de 1804,* Clausewitz utiliza este modo de analizar para distinguir táctica y estrategia. Aún la utiliza, veinte años más tarde, para precisar las relaciones entre guerra y política; las dos parejas táctica-estrategia y guerra-política nos servirán como ejemplos e ilustraciones de la pareja más formal: medio-fin.

### *1. El delineamiento del objeto. Táctica y estrategia*

Clausewitz, como he indicado más arriba, define por primera vez la táctica y la estrategia en el artículo de *Neue Bellona* y en la *Estrategia de 1804,* es decir a los veinticuatro años. Jamás modificó estas definiciones.

Al principio del curso *Sobre la guerra pequeña,*[1] en un texto poco utilizado

[1] Hahlweg, t. I, ps. 231-239.

hasta hoy por los comentaristas, Clausewitz retoma la distinción táctica-estrategia a fin de situar esta teoría parcial en la teoría global.

La guerra pequeña se distingue de la grande por los efectivos utilizados. Se entiende por guerra pequeña el empleo de unidades poco numerosas. "Los combates de 20, 50, 100 o 300 y 400 hombres, si no son parte de combates más importantes, pertenecen a la guerra pequeña." Clausewitz reconoce que esta definición puede parecer mecánica y no filosófica, pero afirma que es la verdadera si se tiene en cuenta el uso. Añade que llevaría demasiado tiempo demostrar que es la única posible.

Esta definición no permite rastrear una línea precisa de separación entre guerra pequeña y guerra grande. Admite este defecto inevitable en una teoría que, a diferencia de las matemáticas y la filosofía, no crea sus propias intuiciones y en consecuencia se atiene a los casos más frecuentes, equivalentes a lo general.[2]

¿Por qué es legítimo consagrar un estudio particular a la guerra pequeña? Porque presenta caracteres específicos, que Clausewitz enumera detalladamente: las tropas pequeñas pueden pasar por todas partes, pertrecharse sin dificultad, ocultarse, desplazarse rápidamente, batirse en retirada aun cuando falten rutas, etc.; más aún, con frecuencia no tienen un fin ofensivo ni un fin defensivo, sino que conducen una guerra de observación. Estas características específicas de la guerra pequeña determinan las cualidades morales necesarias para las tropas, el espíritu que debe dirigirla. "La guerra pequeña tiene la singular característica de que, junto con la audacia y la temeridad más extremas, se manifiesta en ella mayor temor al peligro que en la guerra grande."[3]

Clausewitz describe, por así decirlo, las características concretas o materiales de la guerra pequeña, así como las fuerzas morales que se expresan en ella (lo cual nos remite al capítulo siguiente). Sin embargo no olvida que el arte de la guerra se divide en dos partes, y sólo en dos, táctica y estrategia. ¿A cuál de ellas pertenece la guerra pequeña? La estrategia se vale de los combates, determina dónde, cuándo y con cuántos efectivos librarlos en la medida en que estos tres términos influyen en el fin. Ahora bien, es obvio que lugar, momento, efectivos, importan también en la guerra pequeña: ¿hay que hablar, luego, de una estrategia de la guerra pequeña? Clausewitz se da a sí mismo una respuesta negativa: los fines de la pequeña remiten a la grande, por lo tanto a la estrategia o la táctica de esta última. Es más bien la táctica, y no la estrategia, de la guerra grande lo que motiva la elección del momento, el lugar y los efectivos que conviene utilizar en un combate de la guerra pequeña. "Por lo tanto puede decirse que la estrategia de la guerra pequeña es un objeto de la táctica y como la táctica de la guerra pequeña por cierto debe formar parte de la táctica tal, se deriva de ello que la guerra pequeña en su totalidad cae en el dominio de la táctica, o sea que constituye un capítulo particular de ella."[4] También se podría, lógicamente, distinguir estrategia y táctica de la guerra grande y la pequeña, respecti-

[2] *Ibid.*, p. 234.

[3] *Ibid.*, p. 237.

[4] *Ibid.*, p. 237.

vamente, pero como la mayoría de las determinaciones de lugar, momento y efectivos de los combates de la guerra pequeña derivan de la táctica, más vale consagrar un estudio particular a la guerra pequeña, al margen de la estrategia y la táctica, aunque esencialmente, en última instancia, ella forme parte de esta última.

¿Por qué esta negativa a añadir a la estrategia y la táctica un tercer rótulo? La razón es siempre la misma; sólo los conceptos de medio y fin permiten pensar la acción y, en particular, la acción bélica. El conocimiento o teoría de la acción implica tantos capítulos como medios o fines distintos. Ahora bien, Clausewitz no reconoce sino dos medios esencialmente diferentes: las fuerzas armadas, los combates. Estrategia y táctica se diferencian, pues, más por referencia a los medios que a los fines. La táctica utiliza las fuerzas armadas, la estrategia los combates y el resultado de los combates. Desde el momento en que se utilizan las fuerzas armadas, se infiere lógicamente que permanentemente consideramos posible el combate. En este sentido el combate deviene el equivalente del pago en metálico en las transacciones comerciales o financieras. Pero estas fórmulas no sugieren de ningún modo que el combate sea el fin de toda actividad bélica. Clausewitz, en 1810-1811, en una época en la cual, según la mayoría de los intérpretes, aún no ha deslindado plenamente sus ideas rectoras, precisa explícitamente que la estrategia se vale del combate como de un medio con miras a sus fines propios.

Lo problemático en la teoría de Clausewitz, pues, es la determinación de los fines, tanto de la táctica como de la estrategia. Escribe como introducción de "la pequeña guerra": "Si determinamos (definimos) la estrategia por su medio y no por sus fines, se debe a que el medio (a saber el combate) empleado por ella de manera muy general, es único y jamás puede ser eliminado por el pensamiento sin destruir el concepto mismo de guerra; en tanto que, por el contrario, los fines posibles (de la estrategia) son diversos y no se dejan agotar".[5] La unicidad del medio presenta un carácter no normativo sino conceptual. Del concepto de guerra se deducen las fuerzas armadas, de éstas la posibilidad permanente del combate; por último, el combate mismo deviene el medio por excelencia de la estrategia que se da fines diversos. Clausewitz reserva la noción de victoria *(Sieg)* para la táctica. Si la estrategia tiene un fin, una sola palabra podría designarla: la paz. El fin de la estrategia o la conducción de la guerra es la paz, no la victoria militar, aunque, obviamente, cada uno de los beligerantes desea una paz diferente o la concibe de otra manera.[6]

¿Es lícito decir que la táctica o utilización de las fuerzas armadas, a diferencia de la estrategia, puede ser determinada o definida por su fin (la victoria) al mismo tiempo que por su medio (las fuerzas armadas)? En un sentido, sí: por definición, en un combate, el fin es prevalecer, vencer. El medio de la táctica son las fuerzas armadas, el fin la victoria. Pero que el enemigo abandone el campo de batalla no representa aún sino un indicio de la victoria. Esta adquiere otro carácter o contenido según el fin que la estrategia haya dado

[5] *Ibid.*, p. 237.

[6] "La estrategia originalmente sólo tiene la victoria, es decir el triunfo táctico, como medio, y, en última instancia, los objetos que deben *(sollen)* conducir inmediatamente a la paz como fin", II, 2, p. 137 y p. 109 (293-294).

al combate. "Por medio de la victoria, la estrategia alcanza el fin que ha dado al combate y que constituye su significación propia. Esta significación ejerce cierta influencia sobre la naturaleza de la victoria. Una victoria que procura debilitar la fuerza armada del enemigo es diferente de la que solamente debe permitirnos ocupar una posición."[7]

En esta línea de pensamiento, diremos que el fin superior –el que contempla la estrategia para un combate particular– preside las disposiciones tomadas por la táctica y que, como la guerra forma un conjunto orgánico, los fines últimos de la estrategia, o sea los objetos que conducen inmediatamente a la paz, presiden la utilización de los combates o los triunfos. La relación medio-fin, combinada con la dualidad de la táctica y la estrategia, cada cual con su definición específica, desemboca en la visión de la guerra como un conjunto estructurado por la jerarquía de los medios y los fines, por la busca, en cada nivel, de la racionalidad final, ésta siempre subordinada a la finalidad del nivel superior, la de la guerra pequeña a la de la guerra grande, la de la táctica a la de la estrategia, la de los fines *en* la guerra a la de los fines *de* la guerra.

En el *Tratado*, la misma distinción se formula casi en los mismos términos al principio del libro III. Si se compara el texto de III, 1 con el parágrafo 23 de la *Estrategia de 1804*,[8] se comprueba que de las cinco subdivisiones enumeradas en las notas de juventud sólo las dos primeras parecen subsistir en el *Tratado*. En verdad, se trata de una evolución más aparente que real. En efecto, los tres capítulos de la estrategia que aparentemente desaparecieron del *Tratado* se relacionan respectivamente con la organización del ejército, el avituallamiento de las tropas y la fortificación de las ciudades (las fortificaciones de campaña dependen de la táctica). Luego, el libro V del *Tratado* comenta la organización de los ejércitos y su avituallamiento. La cuestión de las plazas fuertes aparece aquí y allá, particularmente en el libro VI, sin constituir el tema de un capítulo autónomo de la estrategia. Esta, en el *Tratado*, al igual que en 1804, considera, pues, esencialmente, por una parte, los triunfos tácticos (acción de los combates pequeños y las grandes batallas, los combates en llanura y en las montañas, de una victoria defensiva o una victoria ofensiva, etc.); por la otra, la coordinación de los combates singulares en vista de la meta de la guerra.[9] Esta combinación implica la determinación del tiempo, del lugar del combate o la batalla, del número de las tropas empleadas y la explotación de los triunfos obtenidos.

Clausewitz, aún con más fuerza en el *Tratado* (II, 1) que en el parágrafo 33, se afana por demostrar que la dualidad táctica-estrategia, tal como él la explicita, abarca el conjunto del campo de estudios, agota el arte de la guerra o la conducción de la guerra. ¿Por qué da tanta relevancia a una distinción y a definiciones que los fanáticos de Clausewitz admiran y justifican, mientras muchos escritores militares las aceptan o rechazan con cierta indiferencia?

La primera razón de la insistencia con que Clausewitz mantiene las

[7] II, 2, p. 136 y p. 108 (292).

[8] Cf. *infra* el capítulo VII de la parte III.

[9] En el parágrafo 33 Clausewitz no distingue entre el fin *en* la guerra y el fin *de* la guerra. Contempla, en este parágrafo, la meta militar de la guerra.

definiciones elaboradas en su juventud obedece al proyecto teórico en sí. A veces la distribución de la materia en capítulos responde a una cuestión de pertinencia o de comodidad. Así, las plazas fuertes, que en 1804 figuraban con la misma importancia que la organización del ejército, como uno de los cinco capítulos principales de la estrategia, desaparecieron, por así decirlo, del *Tratado*. En cambio, ciertos delineamientos reflejan las articulaciones naturales del objeto y guían el espíritu, lo preservan de la confusión: así ocurre con la dualidad estrategia-táctica. Esta, en efecto, se funda sobre la especificidad del material o medio utilizado por una y otra. Simultáneamente se afirma el parentesco entre el arte de la guerra y las otras artes o actividades artesanales. Por último, al principio sensible o espacial de la discriminación entre táctica, gran táctica, estrategia, es sustituido por un principio intelectual: el material o el medio no es igual; lo mismo sucede en el nivel superior: el material o medio no es semejante en la política y la guerra.

Clausewitz no ignora, pues lo reconoce expresamente, que la oposición clara entre los dos polos corre el riesgo de desdibujarse en las zonas intermedias. Por ejemplo, ¿dónde se sitúan exactamente las fronteras espaciales y temporales de un combate particular? Un combate particular se extiende en el espacio tanto como un mando personal, y en el tiempo hasta el momento en que ha pasado la crisis característica de cada combate.[10] Por cierto, añade Clausewitz, existen casos dudosos donde la separación de los diferentes combates se presta a discusión, donde la unidad total del combate puede ser concebida de una u otra manera, y en consecuencia la misma acción dependería de la táctica o la estrategia sin que se puedan trazar los límites con certeza.

Igualmente, según el caso, la marcha depende de la táctica o de la estrategia; la marcha en el combate, aunque todavía no comporta la utilización de las armas, no se separa de éstas. En cambio, la marcha fuera de los combates equivale a la concretización de las determinaciones estratégicas, tiende a fijar cuándo, dónde, cómo y con qué fuerzas tendrá lugar el combate. Simultáneamente, la marcha fuera del combate obedece también a las leyes de la táctica en la medida en que las tropas deben estar a cada instante preparadas para combatir. En la realidad concreta, las distinciones, conceptualmente claras, dan margen tanto para casos dudosos como para casos mixtos. Clausewitz no ve en ello una verdadera objeción: la distinción, válida conceptualmente, no excluye las fronteras inciertas en lo real.

El arte de la guerra incluye a la vez la estrategia y la táctica, y ambas utilizan las fuerzas armadas, una en forma mediata, la otra en forma inmediata. Clausewitz concede que se extienda el arte de la guerra para incluir en él lo que concierne al reclutamiento, el armamento, el equipamiento y el entrenamiento de las tropas. Aun así, prefiere el sentido estrecho según el cual este arte consiste en utilizar las armas, los combates y sus resultados en vista del fin de la campaña o de la guerra. No quiere admitir formas intermedias entre táctica y estrategia porque a su juicio se usan o bien fuerzas armadas, o bien combates; en este nivel de abstracción, según la definición de la guerra, no hay un tercer término.

Simultáneamente, ambas artes, estrategia y táctica, remiten una a la otra en

[10] II, 1 p. 119 y p. 89 (271).

una acción recíproca que estamos tentados de llamar dialéctica. En la *Estrategia de 1804*, Clausewitz reservaba el privilegio de la decisión a la táctica cuando ésta no se adecua a la estrategia. porque en último análisis ésta sólo puede alcanzar sus objetivos con combates felices. Pero esta observación se encontraba en el parágrafo relacionado con la organización del ejército. En lo que concierne a esta organización. la estrategia. escribía, tiene por misión crear una estructura tal que se constituyan cuerpos independientes, que el todo se descomponga en partes autónomas. estructura que otorgue flexibilidad al conjunto y permita combinar óptimamente combates parciales y campañas generales.

En otro sentido. el privilegio de la decisión pertenece a la estrategia. pues ella determina el lugar. el momento y los efectivos del combate. Incumbe, no obstante. a la estrategia no hacer mal uso de este privilegio. es decir no presentar combate en condiciones que no ofrezcan posibilidades de éxito. La reciprocidad de acción entre estrategia y táctica se asemeja a la que existe entre política y guerra: la primera. la estrategia o la política. fija las metas. y organiza la totalidad en función de las segundas.

Tanto en el parágrafo 33 de la *Estrategia de 1804* como en los capítulos II. 1 y III. 1. Clausewitz extrae las consecuencias de las definiciones indicadas en el artículo de *Neue Bellona* y fundamenta la totalidad bélica sobre la relación medio-fin. sobre la combinación de los combates en vista del fin que se fija el estratega. sin diferenciar lo que los alemanes a continuación denominaron estrategia operacional o conducción de las operaciones. ¿Ignoraba lo que designan estas expresiones o no quiso darles una categoría independiente? La respuesta no me parece dudosa: el segundo término de la alternativa es el que responde a su pensamiento.

Las marchas o maniobras. como escribe en el capítulo II. 1. constituyen simplemente la traducción concreta del concepto "combinación u ordenación de los combates con miras al fin de la campaña o de la guerra". Si se atiene el concepto abstracto de empleo de los combates y sus resultados. lo hace para no crear la ilusión de que los movimientos son autosuficientes y contienen un principio intrínseco de eficacia.[11] Pero no es lícito extraer de ello la falsa conclusión de que ignora o desprecia las marchas o maniobras que permiten librar combate en condiciones favorables al triunfo y la explotación del triunfo. Por el contrario. Clausewitz cree que las maniobras. en su forma geométrica. en su expresión abstracta. son tan simples que la teoría debe interesarse ante todo por las dificultades de la ejecución y por las cualidades morales necesarias para ésta.

La distinción del arte de la guerra en dos capítulos. y únicamente en dos. conlleva otra consecuencia: la tendencia a la confusión entre política. conducción de la guerra. estrategia. En otros términos. si todas las decisiones por encima de las que toma el jefe del ejército en campaña derivan de la estrategia. ésta engloba la conducción de la guerra. con el conjunto de los medios violentos y no violentos. materiales y morales. desde el plan de guerra hasta la resolución de librar batalla en tal lugar. tal momento. o de retirarse hacia el interior del país. o de arremeter contra la capital. Clausewitz. según el caso. emplea las expresiones

[11] II, 1, p. 121 y p. 91 (273-274).

conducción de la guerra, política y estrategia, pero no establece una distinción clara y distinta entre estos términos. ¿Por inadvertencia, por falta de elaboración? No creo.

Prácticamente, puede ser cómodo distinguir la táctica, la gran táctica, la estrategia operacional, el plan de guerra, la conducción global de la guerra. Pienso que Clausewitz no habría tenido dificultad en aceptar, a título secundario, los niveles jerarquizados de la estrategia. No podía darle el mismo status teórico que a la dualidad de la táctica y la estrategia porque esta dualidad deriva, en el nivel conceptual, de la naturaleza diferente del medio específico y del fin natural. El medio específico de la táctica, el material del artista táctico, son las fuerzas armadas; el fin es la victoria y, más allá, la destrucción física o moral de la fuerza enemiga. El medio específico de la estrategia son los combates, reales o simulados, y sus resultados; el fin natural no es la victoria sino los objetos que conducen inmediatamente a la paz.

La totalidad de la guerra, inseparable de la jerarquía de los fines, no permite disociar conceptualmente las operaciones de la finalidad militar y, más allá, política, de la guerra en su totalidad. Aun antes de haber tomado conciencia de la intención política, intrínseca a toda acción de guerra, las definiciones de la táctica y la estrategia, combinadas con el esquema de la racionalidad final y con la heterogeneidad del material y la obra, contenían en germen la célebre *Fórmula,* repetida, mal entendida, interpretada: la guerra es la continuación de la política por otros medios o incluso con la mezcla de otros medios. Esta última fórmula[12] es la mejor, pues la política, el comercio entre Estados por medios no violentos, continúa aún mientras se desarrollan las hostilidades.

## 2. *La* Fórmula: *guerra y política*

El alcance, a la vez teórico y práctico, de la estructuración del campo bélico por la relación medio-fin se destaca con toda claridad si nos situamos en el eslabón terminal de la cadena de los medios y los fines. La *Fórmula,* citada a menudo e interpretada contradictoriamente, presenta en el pensamiento de Clausewitz una especie de evidencia, aunque a él le costó tanto captar plenamente su alcance y su sentido. Acto de violencia destinado a imponer nuestra voluntad al otro, la guerra incluye un medio, la violencia, y un fin, fijado por la política. Pero como ésta somete la violencia a la inteligencia, o sea a la política, esta última no cesa de conducir el desencadenamiento de la violencia. Sustituyamos por Estados los luchadores enfrentados en la palestra: la voluntad emana de la política objetivada, del conjunto de las relaciones político-sociales en cuyo seno se esbozan y disimulan los lineamientos del conflicto armado. Entre 1804 y 1807, Clausewitz cobró plena conciencia de que los fines *de* la guerra debían presidir los fines *en* la guerra. Si muchos lectores hoy se asombran de que Clausewitz insista tanto en esta idea trivial, obvia, es porque él mismo juzgaba con razón que los otros teóricos descuidaban esta consideración, a su juicio decisiva, y en consecuencia no tenían nada que decir sobre lo esencial, la

[12] VIII, 6 B, p. 703 y p. 728 (990-991).

diversidad histórica de las guerras y la heterogeneidad interna de cada una de ellas.

La mejor manera de refutar la acusación de trivialidad u obviedad sigue siendo, en mi opinión, hacer un rodeo y reseñar algunas interpretaciones falsas. Durante mucho tiempo yo también creí, a causa del uso que la propaganda hizo a menudo de la *Fórmula*, que ésta expresaba o suponía una filosofía militarista de las relaciones interestatales. Clausewitz, se dice todavía aquí y allí, rara vez habla de paz, no comprendió[13] que "la verdadera meta de la guerra es la paz, no la victoria, y que, en consecuencia, la paz es la idea rectora de la política y la victoria es sólo un medio de alcanzarla". ¿Clausewitz ha querido decir otra cosa? Que la guerra sirva de medio a la política implica que sirve de medio para la restauración de la paz. ¿Acaso él no presenta el consentimiento de Alejandro a la paz, después de la captura de Moscú, como la única oportunidad de éxito de Napoleón? La victoria, y no la paz, como objetivo último de la guerra resultaría de la autonomía *(Selbständigkeit)* de la guerra. Desde el momento en que ésta cesa de ser una "cosa independiente", no tiene más fin último que la paz.

Un escéptico objetará: *cierta paz*, no la paz. Desde luego. Si hay guerra, conflicto de grandes intereses que se determinan por la sangre, los beligerantes quieren alcanzar fines incompatibles (definición misma del conflicto de grandes intereses). Clausewitz confirma la existencia de dichos conflictos estudiando historia. No pretende ser un filósofo de la guerra en el sentido en que Kant, autor de opúsculo sobre la *paz perpetua*, pasa por filósofo de la guerra.[14] No condena ni aprueba la guerra, la toma como premisa. Desde luego admite implícitamente el carácter *normal* de la decisión por la sangre y este visión no es más *inocente* que la del teórico del equilibrio económico. Más adelante retomaremos este aspecto del debate. Por lo pronto, en el punto de partida, sabemos que al reducir el acto de violencia, la guerra, a medio de la política, Clausewitz le fija como fin no la victoria sino el retorno a la paz.

Admitamos la respuesta en el plano de la lógica, replicará el escéptico; aun así haría falta que la paz contemplada por el político no fuera el simple medio para otra guerra, el acrecentamiento de las reservas en vista de la próxima prueba de fuerza. Pues, afirma A. Rappoport,[15] "si las concepciones de Clausewitz en lo que concierne a las relaciones entre guerra y política son examinadas por referencia a los fines y medios de una y otra, parece que son intercambiables. La función del militar es aceptar la voluntad del Estado; se supone tácitamente que la voluntad del Estado está orientada hacia el acrecentamiento continuo de

[13] J. F. C. Fuller, *The conduct of war, 1789-1961*. Londres, 1961, p. 76, citado por Wallach, *Das Dogma der Vernichtungsschlacht. Die Lehren von Clausewitz und Schlieffen und ihre Wirkungen in zwei Weltkriegen*, Francfort, Bernard & Graefen, 1967, p. 16.

[14] En el principio del capítulo 26 del libro VI delega a los "filósofos" la preocupación de juzgar si la guerra y el armamento del pueblo son en definitiva funestos o beneficiosos para la humanidad. Otras veces toma el término "filosófico" como equivalente de "científico".

[15] Prefacio a la edición abreviada del *Tratado*. Como por azar, el libro más largo, el VI, ha desaparecido íntegramente de esta selección que pretende contener lo esencial (Penguin Books. 1968).

poder con respecto a otros Estados, y por lo tanto que busca y aprovecha las oportunidades de ganancia estratégica en vista de luchas futuras. En síntesis, los intereses del Estado y los del ejército coinciden en la concepción clausewitziana de la guerra".[16]

Considero que esta interpretación, muy difundida en Inglaterra y los Estados Unidos, es incompatible con los textos, con la lógica del pensamiento de Clausewitz, con todo lo que sabemos sobre su filosofía política. La subordinación del jefe militar al gabinete o al soberano se justifica ante todo por consideraciones pragmáticas: el jefe militar es un especialista, el estadista abarca el conjunto de las circunstancias políticas y militares, algunas de las cuales escapan normalmente a quien no tiene más experiencia y misión que la conducción de los ejércitos en el campo de batalla.

Clausewitz, testigo de una guerra de coalición,[17] ha corroborado y comprendido las divergencias de intereses entre los Estados, oficialmente unidos contra el mismo enemigo. Habiéndose preguntado cuál es el mejor método para distribuir las tropas aliadas, recomienda confiar a cada ejército un teatro de operaciones propio que le interese directamente, pues la unidad total de las tropas de diversos Estados resulta imposible. Ha especulado sobre los dos métodos posibles: mando único o autonomía de cada ejército nacional gracias a un plan de guerra, elaborado en común por los gabinetes, que responda a las intenciones siempre diversas y a menudo divergentes de los aliados. ¿Se puede concluir, como lo hace A. Rappoport, que el jefe de Estado se convierte en una especie de general supremo que impone su autoridad al comandante en jefe tal como éste impone la suya a sus subordinados? En cierto sentido, esta jerarquía del mando inseparable de la cadena de los medios y los fines, responde a la lógica clausewitziana, pero A. Rappoport afirma equivocadamente que lo militar y lo político son intercambiables y la política se pone permanentemente al servicio de la fuerza militar, tal como ésta, en tiempos de guerra, se pone al servicio de la política.

En mi opinión nada autoriza esta hipótesis. Recordemos la célebre fórmula del capítulo 6 del libro VIII: "Que la política une en sí y equilibra todos los intereses de la administración interna, y también los de la humanidad y todo aquello que aún puede hacer valer el entendimiento filosófico, lo hemos admitido por hipótesis, pues la política no es más que el simple gestor de todos los intereses frente a otros Estados".[18] Un texto semejante no insinúa por cierto que la dirección política de la guerra se limita a las implicaciones militares de las relaciones diplomáticas, o bien a los cálculos de fuerza con miras a la próxima guerra. Más aún, en ningún momento de la cadena de los medios y los fines se produce una inversión, de modo que el fin inferior presida el fin superior como éste preside normalmente a aquél. Al postular que lo militar y lo político son

[16] *Op. cit., Introduction,* p. 24.

[17] En H. Rothfels, *Carl von Clausewitz, Politik und Krieg, Eine ideengeschichtliche Studie,* Berlín, 1920, se encontrarán fragmentos interesantes sobre las coaliciones, tomados de los archivos de la familia, ps. 198-200 y ps. 202-203.

[18] VIII, 6 B, p. 705 y p. 730 (993).

intercambiables, Rappoport postula que Clausewitz rompe con la lógica de su pensamiento en el nivel decisivo, a saber el más elevado. Si Clausewitz hubiera escrito que la política no tiene otro fin que la fuerza militar, o sea el instrumento de la violencia, habría ignorado las conclusiones de su propio razonamiento. No sólo no lo dijo sino que manifestó explícitamente lo contrario.[19]

Lector de Montesquieu y Voltaire, Clausewitz siguió siendo hasta el fin un teórico de cierta clase de equilibrio europeo. El sistema europeo se define, a su juicio, por la tendencia de los Estados a reaccionar cuando uno de ellos tiende al predominio y amenaza con llegar a la monarquía universal. En el capítulo 6 del libro VI, ve en esta coalición espontánea contra el perturbador o conquistador una promesa de apoyo para quien pierda las primeras batallas, o sea aplastado por la fortuna.

La República de los Estados de Europa forma un conjunto, un todo, un sistema, consecuencia del enmarañamiento de intereses grandes y pequeños de los Estados grandes y pequeños. Un estado a la defensiva, a menos que viva en tensión con el conjunto, encontrará más intereses aliados en favor que en contra. Este equilibrio no es estático, no excluye ni impide los cambios, pero cada uno de éstos sólo puede afectar a algunos Estados, no a la mayoría. Pues los Estados, en su mayoría, juzgan que su propia conservación está representada y garantizada por intereses comunes a todos, por los intereses del conjunto mismo. En un lenguaje menos elegante, más técnico quizá que el de sus predecesores, Clausewitz esboza una interpretación de la sociedad europea de Estados, que en mi opinión se aproxima a la de Montesquieu, la de Voltaire o la de Gentz.[20] Probablemente alude a Voltaire o Montesquieu cuando recuerda el precepto de un gran escritor francés: hay que elevarse por encima de la anécdota para volver inteligible la historia, esta historia de mil años durante la cual los estados europeos, casi los mismos estados, han coexistido sin ser integrados en un imperio. Lejos de que su admiración por Napoleón nos permita deducir la tesis de que los fines militares y políticos son intercambiables, la derrota final se explica, según él, por la desmesura de las ambiciones del emperador, por su confianza exclusiva en la fuerza de las armas. La tendencia al equilibrio no basta para impedir la superioridad temporaria de un Estado sobre todos los demás; este Estado termina por perecer a causa de sus mismos triunfos cuando levanta contra él a la mayoría de los otros miembros de la República europea.

Un solo acontecimiento parece contradecir las reglas que puede deducir de la historia quien, más allá de la anécdota, contempla las relaciones generales, las únicas capaces de volver inteligible un milenio de historia europea: la desaparición de Polonia. En cuanto a este país, Clausewitz manifestaba en sus cartas, diarios íntimos, estudios políticos,[21] hostilidad e incluso desdén. En el *Tratado*, donde se expresa como pensador, explica la división de Polonia sin justificarla. Estado tártaro ubicado no en las márgenes del mar Negro, en la

[19] Cf. Nota XXIX.

[20] Cf. Gentz (Friedrich von), *Ausgewählte Schriften*, publicados por W. Weich, Stuttgart y Leipzig, L. F. Riege, 1838, t. IV, Cf. Nota XXX.

[21] Schwartz, I, p. 521 y II, ps. 402 y ss. y 412 y ss.

frontera de la zona europea, sino sobre el Vístula, hacía un siglo que no desempeñaba ningún papel, había perdido la sustancia de la independencia. Si la división no se hubiera realizado, Polonia se habría transformado en provincia rusa; capaz de defenderse, habría complicado la tarea de los tres Estados que se unieron para desmembrarla, y facilitado la de los Estados interesados en conservarla, Francia, Turquía, Suecia. "Que la conservación *(Erhaltung)* tenga que estar asegurada íntegramente desde el exterior, por cierto es pedir demasiado."[22] Teórico del equilibrio europeo y doctrinario de la defensa nacional, Clausewitz jamás se expresó como si la acumulación de medios militares constituyera el fin último de la política.

¿Se dirá que aun las consideraciones de equilibrio insinúan cálculo pragmático, referencia a la relación de fuerzas? Desde luego, pero Clausewitz no escribe un *Tratado* de política o moral,[23] encara mediante el pensamiento el hecho de la guerra y, a diferencia de la mayoría de los escritores militares, se niega a reconocer su autonomía. De golpe enuncia dos principios que van directamente contra la filosofía militarista que le atribuye A. Rappoport: la pluralidad de los fines en el nivel de la estrategia, la subordinación del comando en jefe de los ejércitos al poder civil *durante el curso mismo de las hostilidades.*

Extraña omisión de los comentarios: creo que nadie ha destacado una curiosidad de vocabulario que he señalado un poco más arriba. La palabra victoria *(Sieg)* pertenece al vocabulario de la *táctica,* no de la *estrategia.* Concepto estrictamente militar, la victoria no aparece más que como un medio en vista del fin verdadero, o sea la paz. La pluralidad de los fines políticos, la no determinación de estos fines, responden muy exactamente a la exigencia de Fuller: pensar la guerra no en sí misma sino en relación con la paz.

Si Clausewitz también vuelve a menudo sobre esta idea, pero *exclusivamente en las partes del libro redactadas o revisadas después de 1827,* es porque el día en que captó plenamente la idea —la guerra es una política que libra batallas en vez de enviar notas—[24] por fin decidió, de repente, simultáneamente, los dos problemas que le planteaban su experiencia histórica y su inquietud filosófica: cómo subsumir en el mismo concepto fenómenos tan diferentes como las guerras de las ciudades antiguas, las de los *condottieri,* las de gabinete, las de la Revolución y el Imperio. Obsesionado desde la juventud por el deseo de llegar a la naturaleza de las cosas (en el sentido de Montesquieu), Clausewitz encuentra la unidad ya no en el desencadenamiento extremo de la violencia, sino en un punto de vista superior: la guerra surge de la política, la política determina su intensidad, le crea el motivo, le traza las grandes líneas, le fija los fines y al mismo tiempo los objetivos militares. La solución del problema teórico preside la del problema o, mejor dicho, los problemas praxiológicos.

La opinión corriente, los jefes militares más deseosos de sacudir el yugo de los civiles, reconocen al fin, en el término de un diálogo, que el principio y el fin, la declaración de guerra y la conclusión de la paz, derivan del jefe del Estado

[22] VI, 6, p. 422 y p. 419 (642).

[23] Cf. Notas XXXI y XXXII.

[24] VIII, 6 B, p. 706 y p. 731 (994).

o del gobierno. No niegan que reciben sus medios, las fuerzas armadas ante todo, de la autoridad civil, y que ésta conserva su competencia el día en que es preciso sacar el mayor provecho de los triunfos logrados en el campo de batalla o de afrontar las derrotas sufridas. Lo que se presta a controversias es el papel respectivo del comando supremo de los ejércitos y del jefe de Estado en la conducción de la guerra; por lo tanto, en la determinación del plan de guerra y en la dirección de las operaciones después del comienzo de las hostilidades. Sin embargo, quien vivió toda su vida de uniforme, dedicado con toda su alma a Scharnhorst, luego a Gneisenau, leal a su rey, pero no al extremo de servir a un príncipe-esclavo[25] aliado por fuerza a Napoleón, resuelve los dos problemas en beneficio de lo que nosotros llamamos el poder civil.

Citemos el texto decisivo: "A partir de esta concepción, hay que considerar ilegítima e incluso nociva la distinción según la cual un gran acontecimiento militar o el plan de semejante acontecimiento debería permitir *un juicio estrictamente militar*; en verdad, consultar a los militares con respecto a los planes de guerra para que ellos den un juicio *puramente militar*, como hacen los gabinetes, es un procedimiento absurdo; pero mucho más absurdo es el criterio de los teóricos según el cual los medios de guerra disponibles deberían confiarse al jefe militar *(Feldherr)* para que en función de estos medios él establezca un proyecto puramente militar de guerra o de campaña".[26] De hecho, añade, los lineamientos principales de la guerra siempre fueron determinados por los gabinetes, práctica que se adecua plenamente a "la naturaleza de las cosas", pues ninguno de los proyectos principales de la guerra puede estar separado de las circunstancias políticas.

Más aún que esta intervención de la política, por lo tanto del jefe de Estado, en el origen de la guerra y el plan de conjunto, la persistencia de esta intervención durante el curso de las operaciones debía chocar a los oficiales del gran estado mayor. De modo que no llega siquiera a asombrarnos la falsificación del texto de Clausewitz a partir de la segunda edición. En este mismo capítulo 6 del libro VIII, Clausewitz contempla el caso en que el soberano y el general en jefe no se unen en una misma y sola persona. Entonces conviene, escribe, que el *jefe militar (Feldherr)* se transforme en miembro del *gabinete* para que éste participe en los momentos decisivos de la acción de aquél. En alemán, bastaba reemplazar *es (das Kabinett)* por *der (der Feldherr)*[27] para que el pasaje cobrara un sentido exactamente opuesto al del pensamiento del autor. Clausewitz recomienda, pues, que el gabinete o el soberano estén cerca del campo de batalla para que las decisiones *políticas* necesarias no impliquen pérdida de tiempo.

Es evidente que las fórmulas generales no permiten determinar con precisión cuándo y cómo el gabinete decide en el curso de las operaciones. Lo que no se presta a dudas es que Clausewitz, al menos hacia el final de su vida, jamás suscribió la doctrina que habrían preferido todos los jefes militares alemanes: la

[25] La expresión fue empleada por mi amigo el padre Gaston Fessard, durante la ocupación, para designar al gobierno de Vichy.

[26] VIII, 6 B, ps. 706-707 y p. 731 (994).

[27] El mérito de haber descubierto esta falsificación pertenece al profesor W. Hahlweg.

libertad de acción entre el primer cañonazo y las negociaciones de la paz. Esta doctrina es rechazada explícitamente por Clausewitz. Aunque admite que la política no penetra hasta el detalle de los combates (no se despachan patrullas por razones políticas), no traza ningún límite apriorístico a la influencia de la política, no sólo porque ella fija el fin sino porque únicamente ella crea la unidad y permite captar el todo. En cuanto a la competencia que se exige al ministro, superior del jefe militar, nunca es específicamente militar. "Francia jamás fue peor aconsejada en sus acciones guerreras y políticas que por los hermanos Belle-Isle y el duque de Choiseul, aunque los tres eran buenos soldados."[28]

### *3. La ley suprema y la supremacía de la política*

En esta línea de pensamiento parece imposible poner en primer término la forma absoluta de la guerra. ¿Pero qué hay de la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, del principio de aniquilación, idea rectora del pensamiento militar de Clausewitz? Innumerables intérpretes, sin negar que la guerra fuera el instrumento de la política, extrajeron de la relación medio-fin en el nivel superior muy otras conclusiones.

¿A partir de cuáles textos puede desarrollarse una interpretación contraria a la que acabo de esbozar? Dejemos de lado las fórmulas donde Clausewitz concede –lo cual es obvio– que la política real, efectiva, no siempre asume de manera satisfactoria la tarea que le incumbe. Que la derrota pueda deberse a la política, Clausewitz no sólo no lo niega sino que lo afirma explícitamente a propósito de las derrotas sufridas por las viejas monarquías en las guerras de la Revolución. La política causó esas derrotas porque era errónea; había emitido sobre la guerra real un juicio contrario a la naturaleza de ésta. Dice Clausewitz: "El fin político no es un legislador despótico, debe adaptarse a la naturaleza de los medios y por ello se modifica con frecuencia". (I, 1, 23). Todos los textos del libro VIII, citados más arriba, ofrecen, por así decirlo, el comentario de la simple proposición: la acción se define por su fin, pero no puede alcanzarlo sino empleando los medios oportunos, eficaces. En caso de guerra, el medio se confunde con la violencia; ¿acaso ésta no implica la decisión por las armas *(Waffenentscheidung)*? La guerra no tiene una lógica propia, pero sí una gramática propia: ¿cómo influye la gramática sobre la lógica?

El capítulo que más se presta a diversas interpretaciones es a mi juicio el I, 2, probablemente revisado en 1828-1829 sin que la redacción alcance la perfección del capítulo 1. En efecto, es allí donde el *medio* comporta aparentemente las implicaciones más imperativas para la conducción de la guerra.

Razonemos ante todo según los conceptos clausewitzianos. ¿Qué es la guerra sino la lucha *(Kampf)*? Los Estados se oponen unos a otros a la manera de los luchadores. Luego, los Estados que se hacen la guerra, por definición, poseen fuerzas armadas. El choque de las fuerzas armadas que denominamos *combate* constituye, pues, el medio por excelencia, el medio único, si se quiere, de la guerra. ¿Por qué el medio único? Porque las fuerzas armadas están hechas para

[28] VIII, 6 B, p. 707 y p. 732 (996).

combatir y todo el resto –reclutamiento, uniformes, organización, avituallamiento, fortificaciones– sólo tiene sentido, o fin, en relación con el combate. "La decisión por las armas es a todas las operaciones de guerra, grandes y pequeñas, lo que el pago en metálico al comercio a crédito."[29]

La idea remite a las primeras reflexiones de Clausewitz, pues la misma fórmula figura en la *Estrategia de 1804.*[30] Marca la original y permanente oposición de Clausewitz al rococó del siglo XVIII, a la idea de una guerra sin combate o una guerra donde sólo el jefe sin talento libraría batalla. Teóricamente o, si se prefiere, abstractamente, ella se deduce de la naturaleza de la lucha y los luchadores. En una lucha entre fuerzas armadas, el combate representa el medio prioritario y, en cierto sentido, exclusivo.

Acabo de emplear los adjetivos *prioritario* y *exclusivo* porque ciertos textos de Clausewitz lo autorizan. *Prioritario:* "((. . .)) cada decisión importante, por las armas, o sea una destrucción de las fuerzas armadas enemigas, repercute en todas las ((decisiones)) precedentes porque ellas tienden como un líquido a ponerse todas en el mismo nivel. Así la destrucción de la fuerza armada enemiga aparece siempre como el medio más elevado, más eficaz, ante el cual todos los otros deben *(müssen)* ceder".[31] *Exclusivo:* "hemos visto que en la guerra ((. . .)) el combate es el medio único y, por lo tanto, todo está sometido a una ley suprema *(höchstes Gesetz),* la decisión por las armas ((. . .))".[32] Pero en la misma frase donde afirma que en la guerra no hay más que un medio, recuerda que varios caminos conducen al objetivo *(Ziel);* en otras palabras, nos permiten, indirectamente, alcanzar nuestro fin político.[33] *Pluralidad de caminos y unicidad del medio:* extraña manera de filosofar, diría Friedrich Engels.

¿Por qué no hay más que un medio? ¿O, mejor dicho, en qué sentido no hay más que un medio? ¿En qué nivel del análisis se impone esta proposición? Evidentemente, en el nivel ideal o abstracto. Ya que toda actividad se define, en su estructura racional, por su medio y su fin, la táctica sólo dispone de un medio (o el arte táctico no posee más que un material), las fuerzas armadas, en vista del fin, de la victoria. Asimismo, la estrategia que utiliza los fines de la actividad inferior para alcanzar los propios no tiene más que un medio, los combates o las batallas.[34] La decisión por las armas pasa a ser la ley suprema: no porque deba presidir por sí misma todas las decisiones del jefe militar, no porque siempre se cumpla. La ley suprema entra en la primera de las dos categorías que distingue Clausewitz. "En tanto objeto del conocimiento, la ley es la relación de las cosas y sus acciones recíprocas; en tanto objeto de la voluntad, es una determinación de la acción, y entonces equivale a órdenes y prohibiciones."[35]

29 I, 2, p. 79 y p. 48 (226).

30 *Das Gefecht ist also für die Strategie was das bare Geld für ein Wechselhandel ist.* Para. 21, ps. 62-63.

31 I, 2, p. 80 y p. 48 (226).

32 I, 2, p. 81 y p. 51 (279).

33 I, 2, p. 79 y p. 47 (225).

34 O incluso los resultados de los combates o las batallas.

35 II, 4, p. 116 y p. 119 (305).

Es imposible no pensar en Montesquieu: la ley es una relación necesaria que deriva de la naturaleza de las cosas.

Queda por saber si se trata de cosas tal como se manifiestan o desarrollan concretamente en el mundo o de cosas tal como las capta el pensamiento, en su naturaleza pura, abstracta, ideal. En este punto no hay dudas: la ley suprema de la decisión por las armas deriva de la naturaleza abstracta de la guerra. En la realidad, siempre hay varios caminos.

La oposición *del* medio y *de los* caminos, aparentemente sutil, se adecua sin esfuerzo al estadio final del pensamiento de Clausewitz. El combate constituye el medio único de la estrategia a condición de incluir en la noción de empleo todo cuanto concierne a la elección del momento y del lugar, pero también la distribución de las tropas entre los teatros de operaciones. Del plan de guerra a la resolución de librar una batalla decisiva o rechazarla, la estrategia abarca la conducción de la guerra, arte en el cual el combate representa la materia prima. Por último, la comparación con el arte es corregida por la asimilación con el comercio.[36] Progreso evidente, pues el comercio implica dos partes interesadas, mientras que el artesano modela o manipula una materia muerta. Por lo mismo, la guerra, sin perder su característica de violencia, se encuentra en cuanto tal insertada en el curso de las relaciones entre los Estados, curso no interrumpido por la irrupción de la violencia. El combate, pues, según la lógica de la guerra-comercio, debería perder su carácter de medio exclusivo. Sólo posee este carácter con respecto a la característica específica de la guerra, o sea el recurso a la violencia. Pero como las relaciones entre los Estados continúan durante las hostilidades, los medios de la paz siguen disponibles en tiempo de guerra. Se libran batallas en vez de enviar notas, pero se continúan enviando notas o su equivalente aun mientras se libran batallas. Repitamos, pues, lo cual nos remite a lo mismo; que Clausewitz sólo logra preservar en el *Tratado* las definiciones que elaboró en la juventud, limitando su validez a una guerra abstracta que no constituye, para los jefes militares o estatales, una referencia exclusiva.

Este razonamiento, acorde con la lógica del mismo Clausewitz, limita, pues, el alcance de la fórmula "el combate, medio único". Incluso por otra vía, el alcance de la fórmula se encuentra singularmente reducido. A Clausewitz, lo sabemos, siempre lo inquietó la cuestión más difícil, la relación entre los fines *de* la guerra y los fines *en* la guerra, por emplear el vocabulario de 1804, o bien entre los objetivos militares y el fin político, por utilizar el vocabulario del *Tratado*. Siempre reconoció que el ejército enemigo constituye el objetivo primero, no el objetivo exclusivo, que se puede o debe contemplar. De ello se infiere obviamente que, en la medida en que los objetivos militares, en el sistema jerárquico de los medios y los fines, constituyen los medios en vista de los fines políticos, el jefe militar conserva la elección entre múltiples *medios* (concretos) o entre múltiples *objetivos* militares. En otros términos, la pluralidad de los caminos equivale a la pluralidad de objetivos militares, y éstos, en tanto medios del fin político, desplazan la exclusividad del combate o la ley suprema de la decisión por las armas a una verdad abstracta.

[36] II, 3.

En efecto, basta comprobar que en la mayoría de las guerras el vencedor no llega al desarme total del enemigo para que la diversidad de las estrategias posibles (o conducciones posibles de la guerra) sustituya por sí misma a la ley suprema (al menos si ésta confunde decisión por las armas y destrucción de las fuerzas armadas del enemigo). En efecto, la guerra, relación entre dos Estados, se asemeja al comercio por su desenlace necesario, pero también por los cálculos de los adversarios-partes interesadas. Los adversarios pueden negociar antes que uno de ellos haya agotado sus recursos porque uno juzga el triunfo demasiado improbable o porque ambos juzgan demasiado elevado el precio de la continuación de la guerra. Clausewitz analiza, pues, según el método ordinario, los diversos medios de acrecentar la improbabilidad del triunfo y el precio de la guerra. Llega a la conclusión de que hay muchos caminos que conducen al objetivo y que todos no llegan al abatimiento del enemigo; enumera estos caminos -*aniquilación de la fuerza armada del enemigo, conquista de provincias enemigas, simple ocupación de éstas, empresas que encaren directamente relaciones políticas, y por último una espera pasiva de los golpes enemigos*- y concluye que todos son medios que pueden emplearse para prevalecer sobre la voluntad del enemigo: los objetivos hacia los cuales se orientan los diversos caminos representan medios de alcanzar los fines políticos.

Nada parece, pues, más contrario a la lógica del razonamiento de Clausewitz, en este capítulo 2 (libro I), que conferir a la ley suprema otra validez que la de una verdad abstracta y una advertencia siempre necesaria. Las decisiones, en el mundo real, representan una elección entre diversos objetivos militares susceptibles de conducir a los fines políticos; incumbe al jefe militar elegir entre los caminos diversos y también al jefe de Estado (o al gabinete) modificar estos fines en función del desarrollo de las operaciones. Luego, en la medida en que no se distingue entre estrategia y conducción de la guerra, la estrategia varía necesariamente según el fin político. La elección estratégica se sitúa en la intersección de las consideraciones políticas y las consideraciones militares. Decretar, pues, al modo de Fr. von Bernhardi y W. M. Schering,[37] que no hay dos estrategias sino sólo una buena y una mala, no es refutar a Delbrück sino oscilar entre una obviedad y un error: obviedad si se quiere decir que la estrategia consiste siempre en elegir los medios adecuados para los fines que se contemplan; error si se entiende que, sea cual fuere la naturaleza de la guerra, se tendrá que hacer la misma elección, aceptar el mismo riesgo, librar la misma batalla. La relación medio-fin, tal como la utiliza Clausewitz, infunde una estructura racional a la acción parcial y al conjunto simultáneamente, subordina la racionalidad de éste a la naturaleza de aquélla. Luego, la política especifica globalmente el conjunto y en consecuencia determina la estrategia en el sentido amplio del término, tanto el plan como la conducción de la guerra.

Al tiempo que Clausewitz despoja a la noción de *desarme del enemigo* de su valor absoluto, usando la distinción entre concepto y realidad, también, en el capítulo 4 del libro VIII, busca los equivalentes concretos, reales, del abatimiento, con el fin de determinar los centros de gravedad *(Schwerpunkte)* contra los

[37] Schering, *Philosophie*, p. 133 (nota 52 del capítulo 3).

cuales deben dirigirse los golpes. La noción de centro de gravedad ha sido conservada por los militares alemanes tanto en estrategia como en táctica. Clausewitz la emplea también en un sentido político para traducir en términos reales la noción de *abatimiento.*[38] De allí la muy conocida enumeración: centro de gravedad de Alejandro, Gustavo Adolfo, Carlos XII, Federico el Grande, el ejército; el de los Estados, desgarrados por luchas partidarias, la capital;[39] el de los Estados pequeños que se apoyan sobre los grandes, el ejército de sus aliados; el de las alianzas, la unidad de intereses; el del pueblo en armas, el caudillo principal y la opinión pública.[40] Allí procede también según el método ordinario y reconoce la diversidad histórica de los objetivos concretos que se deben alcanzar para abatir al enemigo y asegurar el retorno a la paz. Diversidad de objetivos que no excluye, como de costumbre, la evocación de la concepción antigua, y en cierto sentido permanente, de que "la victoria obtenida sobre la fuerza armada enemiga y la destrucción de ésta representa el inicio más seguro y, en todos los casos, una parte muy importante de la guerra".[41]

Habría sido posible una ordenación más sistemática. En último análisis, la distinción lógica de los objetos que queremos tomar como blancos se encuentra en el principio del capítulo I, 2;[42] o bien destruir el ejército enemigo, o bien conquistar el país, o bien quebrantar la voluntad del enemigo. El ejército combate; el país suministra recursos al ejército, en hombres y pertrechos; la voluntad de continuar la lucha impediría concluir el asuntó, o sea retornar a la paz. Los objetivos a los cuales conducen los diferentes caminos (al margen del desarme del enemigo) se relacionan, o bien con el ejército (improbabilidad de triunfo), pero con el reemplazo de los combates reales por combates concebidos o simulados (que deben considerarse como equivalentes de los combates reales), o bien con los recursos (ocupación o devastación del país); todos tienen por objeto, directo o indirecto, la voluntad del enemigo, pues éste debe concedernos lo que ambicionamos adquirir antes de haber agotado su capacidad física de resistencia.

En cuanto a los centros de gravedad que hemos enumerado, podrían deducirse de una teoría de los Estados o sus fundamentos. De hecho, los ejemplos remiten todos al ejército (del Estado mismo a los aliados de un Estado pequeño) o a la *capital,* en particular cuando el gobierno del Estado enemigo no está seguro de su legitimidad. Este último caso depende del orden político o moral, al igual que el de una alianza que no resiste la divergencia entre los intereses de la potencias asociadas. La alusión al armamento del pueblo, a la

[38] ¿Es preciso ver una modificación del pensamiento de Clausewitz en el hecho de que hable de desarme *(Wehrlosmachung)* en el primer libro (I, 2), de abatimiento *(Niederwerfung)* en el libro VIII? No lo creo. Pienso, no obstante, que el vocabulario de VIII, 44 se aproxima más al de la *Advertencia*, el de I, 1 y I, 2 se aleja ligeramente de él.

[39] Piensa evidentemente en Francia.

[40] Tal vez piensa en la revuelta tirolesa, en Andréas Hofer.

[41] VIII, 4, ps. 691-693 y ps. 715-716 (976-977).

[42] Recuérdense las enumeraciones algo diferentes de la *Estrategia de 1804* (más arriba, capítulo II, 2 p. 93) del original. En 1812, en los *Principios de la Enseñanza,* la moral sólo está representada por la opinión pública.

guerra de guerrillas, también depende del orden moral; en este caso particular, de la voluntad popular.

En ninguna parte del desarme o abatimiento –finalidad de la guerra más próxima a su forma perfecta– implica la aniquilación,[43] en el sentido físico, de los soldados o la destrucción del país. Siempre se trata de la imagen de arrojar por tierra. Un pueblo puede levantarse igual que un luchador: ninguna decisión es definitiva.

¿Por qué, pese a todo, nos queda en el espíritu una vacilación? Personalmente, percibo varias razones. Ante todo, Clausewitz a veces se expresa, casi involuntariamente, como si su sensibilidad se inclinara a favor del jefe militar que busca la decisión sangrienta. Aunque por cierto hubiera cambiado moralmente, el joven que no concebía la felicidad fuera del campo de batalla, que soñaba con la gloria de las armas para realizarse a sí mismo, sobrevivió en el hombre maduro, decepcionado por una existencia a la sombra de jefes prestigiosos. Para calificar a los generales que evitan el desenlace grandioso y sangriento, emplea palabra que, sin ser peyorativas, los sitúan por debajo de los héroes.[44] Reconoce la grandeza de Federico II, aunque éste haya debido, las más de las veces, economizar sus fuerzas y no aniquilar las del enemigo. Quien en 1804 escribía "ninguna audacia es excesiva en el jefe militar", quien en 1830-1831 traza planes de guerra contra Francia acumulando en el papel centenas de miles de hombres, está por lo menos escindido entre el gusto por las grandes empresas y la preocupación por las pérdidas inútiles. Ahora bien, la ley suprema de la decisión por las armas deriva de la naturaleza de las cosas, o sea la esencia de la guerra, de la acción recíproca de las voluntades enfrentadas desde que éstas recurren a las armas. La intención hostil, por ser más general que la pasión hostil, ocupa el primer rango, pero la guerra misma crea las pasiones que la nutren.[45] La dialéctica *lógica* del ascenso a los extremos se cumple en la realidad por el desencadenamiento de las *pasiones.* Así se explica que la participación de los pueblos en las guerras entre Estados tienda a aproximar las guerras reales a lo que serían si se adecuaran al concepto de guerra absoluta. Así se explica también la ambigüedad de los juicios del mismo Clausewitz, consciente de que las guerras europeas del futuro serán guerras nacionales, deseoso también de que ellas no comprometan el equilibrio europeo y no obliguen a los reyes a armar a sus pueblos o a los pueblos a armarse por sí mismos para salvaguardar la independencia del Estado o la nación.

Da la impresión de que Clausewitz hubiera sido tentado durante mucho tiempo por otra solución teórica: sólo las guerras que se aproximan a la guerra perfecta o absoluta serían guerras genuinas. Rechazó esta solución con una firmeza tajante. Pero en el manuscrito global tal como nos ha llegado, sentimientos por lo menos ambivalentes atraviesan, aunque quizá en forma involuntaria, las abstracciones del *Tratado.* El empleo del concepto de guerra

[43] K. Linnebach, "Zum Meinungstreit über den Vernichtungsgedanken in der Kriegführung", *Wissen und Wehr,* año 15, 1934.

[44] Pero sobre todo en los textos del período 1823-1826.

[45] II, 2, ps. 130-131 y p. 102 (285-286). Este capítulo, que abarca una cantidad de subtítulos, parece haber sido cuidadosamente revisado.

tanto según la definición estrecha o inicial como según la definición completa (o trinitaria) origina el equívoco.

Por último –y esta razón me parece la más importante– nada prueba que Clausewitz jamás haya extraído todas las consecuencias lógicas de la síntesis final. El modo de conceptualización que había adoptado, la modificación de las verdades abstractas por la realidad y la política, inevitablemente deja subsistir la incertidumbre. De la naturaleza de la guerra se sigue la ley suprema de la decisión por las armas. De esta ley se siguen también ciertas consecuencias praxiológicas. La limitación de la violencia bélica exige el consentimiento de ambos duelistas. "Pero a continuación no podemos menos que señalar que la solución violenta de la crisis, el esfuerzo destinado a la aniquilación de la fuerza armada, es el hijo primogénito de la guerra. Si los fines políticos son modestos, los motivos débiles, las tensiones de fuerza reducidas, un jefe prudente podrá sopesar hábilmente todos los caminos a fin de lograr la paz tanto en el campo de batalla como en el gabinete, sin gran crisis y sin desenlace sangriento, gracias a las debilidades del adversario; no es lícito inculparlo, pues sus hipótesis están suficientemente motivadas y justifican su confianza en el triunfo; pero, no obstante, es preciso *(müssen)* exigirle que tenga en cuenta que pisa el tembladeral donde el dios de la guerra puede sorprenderlo, que debe vigilar permanentemente al adversario para evitar que en el momento en que éste blande el espadón él sólo pueda oponerle la daga del cortesano."[46]

Expresiones rimbombantes aparte, este pasaje, citado en 1940 por K. Linnebach,[47] uno de los editores de Clausewitz, para explicar o ilustrar la victoria del Tercer Reich sobre Francia en mayo-junio de 1940, no agrega nada a la idea que he destacado en el capítulo I, 1; para evitar el ascenso a los extremos, para mantener la guerra en las zonas moderadas, hace falta un acuerdo entre los adversarios que siempre es implícito. La decisión tomada en este sentido por cualquiera de ambas partes se funda sobre probabilidades. El error cometido puede ser mortal: así le ocurrió a Prusia en 1806. En resumen, cada cual impone su ley al otro no sólo en la abstracción de la guerra absoluta sino también en las guerras reales.

Al margen de esta consecuencia, evidente por sí misma, los textos de Clausewitz tal como nos han llegado dan lugar a dos interpretaciones. La primera se apoya esencialmente en el libro III y el libro IV, es decir en los libros escritos antes de 1826, no revisados. Por ejemplo: "El combate es la actividad bélica específica, todo el resto no es más que el portador de éste".[48] E incluso: "El combate es lucha, y en la lucha destruir al adversario o triunfar sobre él es el fin: ahora bien, en un combate particular, el adversario es la fuerza armada que nos enfrenta". Destruir la fuerza armada deviene, pues, el fin inmanente de la actividad bélica o combate. E incluso: "En tanto hacemos abstracción de todos los fines particulares del combate, podemos considerar la destrucción del adversario, parcial o total, como el fin único de todos los combates. Incluso

[46] I, 2, p. 81 y p. 52 (229-230).

[47] "Vom Geheimnis des Kriegerischen Erfolges", *Wissen und Wehr*, año 21, 1940.

[48] IV, 3, p. 242 y p. 222 (422).

afirmamos que en la mayoría de estos casos y especialmente en los grandes combates el fin particular que individualiza el combate y lo enlaza con el gran todo *(grosses Ganze)* no es más que una débil modificación de este fin general ((. . .))".[49]

Remitámonos, en cambio, al capítulo 30 del libro VI: "Entre una batalla y otra puede haber tanta diferencia que ya no se la puede considerar como el mismo instrumento".[50] Este capítulo termina el manuscrito concluido de 1826, a menos que haya sido añadido posteriormente (lo cual me parece poco probable). Introduce, ilustra y analiza la distinción de las dos clases de guerra. Por lo tanto expresa mejor el estadio final del pensamiento de Clausewitz. Confirma nuestra propia interpretación, en tanto la confrontación con los textos del libro IV explica las dos orientaciones posibles de los comentarios.

*4. Dos interpretaciones: E. Weil y W. M. Schering*

Eric Weil, en un artículo brillante y profundo,[51] ha sostenido una tesis original, parcialmente verdadera, que discutiremos brevemente para esclarecer la significación de la pareja medio-fin y la pareja guerra-política. Según E. Weil, los dos conceptos fundamentales que estructuran el campo de análisis son los de *totalidad* y *polaridad*. En cuanto a la pareja medio-fin, "he allí otros dos conceptos esenciales en el pensamiento de Clausewitz. No son de la misma categoría que la primera pareja, formada por los conceptos de totalidad y polaridad; no son filosóficamente fundamentales: no obstante, sólo con su ayuda la realidad puede ser pensada en el plano de la decisión, en los detalles coherentes de su estructura".[52]

Esta tesis sorprende al comentarista por una primera razón: la pareja medio-fin figura en todos los textos desde 1804. La pareja totalidad-polaridad jamás aparece tal cual. Desde el artículo de *Neue Bellona*, la pareja medio-fin sirve para delinear el objeto guerra, para definir la táctica y la estrategia. Clausewitz la toma del arte y la artesanía. Luego procura elaborar la teoría de una práctica, no una filosofía de la historia. Lo que intentó toda su vida fue pensar la realidad en el plano de la decisión. La inversión jerárquica, la totalidad en el nivel superior, la relación medio-fin en el nivel inferior, pertenecen a la filosofía de Eric Weil, quizás a la lógica de Clausewitz, no al pensamiento explícito de este último. A lo sumo resultaría de las implicaciones de la síntesis final: en la medida en que la guerra sólo constituye un momento de las relaciones interestatales, constituye una totalidad parcial, insertada en una totalidad más amplia, la política. Pero, de hecho, estos dos modos de consideración, ligados a los dos sentidos, objetivo y subjetivo, de la política,[53] se implican

[49] IV, 3, p. 343 y p. 223 (423).

[50] VI, 30, p. 590 y p. 602 (847).

[51] "Guerre et Politique selon Clausewitz", *Revue Française de Science politique*, V, 1955, ps. 291-314, reproducido en *Essais et Conférences*, t. II, París, Plon, 1971.

[52] *Essais et Conférences*, p. 225.

[53] Los dos sentidos remiten, respectivamente, al capítulo 3 y al capítulo 6 del libro VIII.

mutuamente. Aun en su testamento intelectual. Clausewitz va del sentido subjetivo al sentido objetivo. del duelo entre dos voluntades por la violencia a las relaciones sociales de donde emana el duelo.[54]

La segunda parte de la tesis. o sea la polaridad entre guerra y política. me parece absolutamente incompatible con el *Tratado*. Rara vez se utiliza allí el término polaridad.[55] Clausewitz. en I. 1. indica. no obstante. la intención de consagrarle un capítulo entero (que no existe). Conviene. pues. precisar el sentido que él da a este concepto. Ahora bien. la respuesta me parece simple e indiscutible.[56] muy exactamente lo que hoy denominamos la estructura de un juego de sumas equivalentes ((jeu à somme nulle)): la ventaja de uno iguala la desventaja del otro; lo que uno quiere. el otro no lo quiere; la ganancia de uno equivale para el otro a la pérdida de una cantidad igual. Clausewitz añade que no hay polaridad directa entre el ataque y la defensa. sino que la polaridad reside en aquello de lo cual dependen uno y otra. o sea la decisión.

En el relato de la campaña de Rusia[57] emplea el término *Polarität* y precisa igualmente que se refiere al fin. no a los medios. La idea es la misma que en el primer capítulo y comprendemos por qué Clausewitz se proponía consagrarle un capítulo: en los dos textos que acabamos de citar. la referencia a la polaridad sirve para delimitar. circunscribir el campo de aplicación. Los duelistas pueden tener. simultáneamente. interés en suspender las hostilidades. en no atacarse. en seguir la misma dirección. En síntesis. el análisis habría elucidado todo lo que. en la acción de los beligerantes. no cae bajo el principio de polaridad o sólo lo hace en forma mediata.

Si se define de esta manera la polaridad clausewitziana —y ningún texto que yo conozca autoriza otra definición— la relación entre guerra y política no ofrece un ejemplo de polaridad. La política en el sentido subjetivo. en cuanto guerra inteligente. recurre a la violencia en tiempo de guerra sin renunciar por ello a otros medios; la política. intercambio de notas. negociaciones. palabras. continúa mientras siguen las hostilidades. en tanto que las hostilidades. por definición. se suspenden cuando se firma la paz. En este sentido la violencia, característica de la guerra. se *añade* a los medios que la política emplea constantemente. Como la violencia posee su propia legalidad. la política no puede reinar sobre ella despóticamente. no puede fijarle misiones ilimitadas ni desconocer las reglas que le son propias. Esta relación. dialéctica si se quiere. se sitúa en el extremo opuesto de la polaridad: relación de complementaridad y de diferenciación. jamás de oposición directa y radical.

Clausewitz. insisto. juega con los conceptos y las parejas de conceptos. Pero la relación entre estos conceptos varía de una pareja a otra.

Es lícito evocar la dialéctica de la defensa y el ataque. de lo material y lo moral. de los medios y el fin. pero no confundir esta dialéctica con el principio

[54] Cf. Nota XXXIII.

[55] La palabra figura en el índice establecido por el profesor Hahlweg, pero con una sola referencia: el capítulo 1 del libro I. Cf. Nota XXXIV.

[56] Cf. más arriba el capítulo III, 1, y la Nota XVII.

[57] H. W., t. VII, p. 162.

de polaridad. Más aún, estas tres dialécticas presentan un rasgo común, incompatible con la polaridad: no hay ataque sin defensa, no hay fuerza física sin componente moral, no hay fin militar que no se convierta en medio político; luego, no hay violencia que no deba someterse a la voluntad inteligente. Tal vez el proyectado capítulo sobre la polaridad habría incluido el análisis de las diversas modalidades de la oposición entre los duelistas en el curso de las hostilidades, entre la lógica del ascenso a los extremos y la lógica del descenso hasta la observación armada. Pártase de la totalidad o de la relación medio-fin; esta última enaltece el papel de la inteligencia en la lucha al tiempo que justifica la comparación de la estrategia con un arte.

Entre los intérpretes de Clausewitz, W. M. Schering, a quien he citado con frecuencia, otorga una significación muy diferente a la relación medio-fin. Si hemos de creerle, las dos palabras, *Mittel* y *Zweck*, no sonarían para el oído de un hombre del siglo XX igual que hace un siglo y medio. Un lector de Clausewitz habría investido a estas nociones, desde entonces empobrecidas por el uso, una riqueza de sentido que nosotros habríamos olvidado y ellos habrían perdido. De creerlo, más valdría reemplazar *Mittel* por *Leistung* (producción, desempeño) y *Zweck*, por *Wille* (voluntad).[58] Escribiendo en el clima de los años 30, nacional-socialista o al menos simpatizante del nacional-socialismo, este intérprete busca los residuos de racionalismo que cree discernir en el pensamiento clausewitziano: la estructuración de la acción bélica por la jerarquía de los medios y los fines, el fin político en tanto que fin último de la totalidad bélica, le parece, con justicia, imbuido de una implicación racional, cuando no racionalista. Para repetir la fórmula más paradojal, la meta de la estrategia no es la victoria en el campo de batalla sino la preparación de esta victoria (o estas victorias), teniendo en cuenta los fines *de* la guerra (y no *en* la guerra). "Es preciso, por detrás de estas palabras que tienen una connotación aparentemente racional, buscar un poco más. Pues se alude precisamente a la unión de lo racional, o sea el entendimiento, con lo irracional, o sea la voluntad."[59]

No creo que las palabras medio y fin significaran cosas diferentes en 1830 y un siglo más tarde. Es indudable que la relación medio-fin, clásica en la teoría del arte del siglo XVIII, esencial en la *Crítica del juicio*, se inspira en cierto racionalismo, el de Kant más que el de von Bülow. Este racionalismo sirve de fundamento a la comprensión del mundo histórico, esclarece al hombre de acción sin privarlo de su libertad, sin sustraerlo al desafío lanzado por el entorno hostil e incierto en el cual debe tomar decisiones. Desde luego, la decisión no nace únicamente del análisis de los medios disponibles y del fin encarado, jamás lo reduce a un cálculo riguroso de probabilidades, le deja sus caracteres específicos, irreductibles a los de un acto de pensamiento puro. El genio bélico exige cualidades diferentes a las del erudito y el sabio, cualidades de la voluntad o del carácter, que sin embargo sólo se despliegan bajo el control, bajo la luz del entendimiento.

[58] Esta idea se encuentra en todos los libros de W. M. Schering, *Geist und Tag*, introducción a la segunda parte, p. 223, *Wissen und Wehr*, 1936, cuaderno 9º, setiembre de 1936 y *Wehrphilosophie*, p. 270.

[59] *Geist und Tat*, p. 232.

Si W. M. Schering se hubiera limitado a retomar la oposición del artista enfrentado a la materia y del estratega enfrentado a otra voluntad, a recordar que toda decisión *(Entschluss)* nace de la resolución *(Entschlossenheit)* en la cual se unen las virtudes de la inteligencia y las del coraje, no habría renovado el tema ni cometido errores. La elección de un fin por parte del jefe del Estado, el comandante de los ejércitos o el oficial al mando de una patrulla, resulta de una decisión, pero ésta no se confunde con el fin, que el entendimiento ha concebido y tal vez comparado con otros fines posibles. Lo que a mi entender impide confundir el *fin* y la *decisión* (o traducir "fin" por decisión) es que la relación medio-fin preside cada fragmento de la totalidad bélica, así como la totalidad misma. La oscilación entre los dos sentidos de la palabra "política" *–politics* y *policy–* sugiere el doble uso de la relación medio-fin: indispensable al historiador para pensar *das Geschehen,* el devenir de los acontecimientos, indispensable al jefe militar desde que éste se eleva, con la civilización, por encima del desencadenamiento elemental y ciego del odio y la violencia. La misma relación aclara la inteligibilidad de lo real y la decisión de los actores porque lo real se confunde con las acciones objetivadas, cristalizadas, y las acciones derivan de los medios que la sociedad pone a disposición de los combatientes y de los fines que se fijaban éstos en función de los intereses dominantes y las ideas admitidas.

Más aún, el papel del entendimiento, según los textos más tardíos, tiende a ampliarse, a afirmarse. Los intérpretes rara vez dedicaron a los últimos parágrafos del capítulo I, 1 la atención que merecían. A los tres elementos internos de toda guerra-camaleón, pasión y odio, libre actividad del alma, entendimiento, corresponden los tres componentes del luchador real, del Estado, a saber: el pueblo, el jefe militar, el gabinete o soberano. Así aparece una distinción esencial entre la libre actividad del alma y el entendimiento, entre la actividad propia del comandante de los ejércitos y la que incumbe al responsable del Estado. En ningún otro texto esta distinción se manifiesta con tanta claridad. En el libro VIII, Clausewitz contempla la eventualidad de que el comandante de los ejércitos no se confundiera en una sola persona con el jefe de Estado y afirma enérgicamente que en esta hipótesis concierne al gabinete tomar las decisiones, y, para ello, seguir de cerca el movimiento de los ejércitos. Más a menudo, aquel a quien llama *Feldherr*[60] cumple una y otra función. Aun en el capítulo 6 (libro VIII B), donde Clausewitz subraya con mayor insistencia la supremacía del gabinete, sugiere la oposición entre la consideración parcial del militar y la consideración global del político, sin ninguna alusión al contraste entre la libre actividad del alma y el entendimiento. El jefe militar no debe salir de su dominio, doblemente limitado: la guerra se libra con otros medios además de las fuerzas armadas; la guerra tal cual la piensa el militar culmina en el objetivo; pero éste sigue siendo medio en vista de la paz, que en cuanto fin último preside el uso de los medios en vista de los fines intermedios.

En el capítulo I (I, 1, 28), la guerra en cuanto instrumento de la política le toca en suerte al puro entendimiento. "Las pasiones que se inflaman durante la guerra deben *(müssen)* estar presentes en los pueblos: la amplitud que cobrará el

60 En el sentido etimológico: "señor (amo) del campo o del terreno".

juego del coraje y el talento en la esfera de las probabilidades del azar depende de las particularidades del jefe militar del ejército; los fines políticos sólo incumben al gobierno." Aproximación del Estado y el entendimiento, elección exclusiva de los fines de la guerra por parte del gobierno: ¿cómo no inferir que la determinación de los fines últimos, prerrogativa exclusiva del Estado, exige ante todo un entendimiento lúcido? Desde luego, en la medida en que las operaciones se desarrollarán en el universo real de los ejércitos, con la fricción inevitable en las máquinas humanas, la información incompleta, la buena o la mala suerte, el jefe de Estado no escapa a las incertidumbres en medio de las cuales se despliega la libre actividad del alma. Aceptando la guerra, el jefe de Estado acepta sus riesgos: él también apuesta, como el jefe militar. Pero, símbolo del entendimiento, sólo puede hacer apuestas razonables, no exigir al instrumento más de lo que puede dar, no utilizarlo de un modo que contradiga sus leyes específicas. Poniendo la política por encima de la guerra, reservando al entendimiento la responsabilidad de las decisiones políticas, Clausewitz exaltaba la sabiduría tanto como la audacia, si no más. El hombre de cincuenta años que escribe su testamento en el primer capítulo ha superado el ardor del joven oficial a cuyos ojos ninguna temeridad de los generales era excesiva.

Si sustituir fin por decisión me parece injustificable, sustituir medio por desempeño *(Leistung)* me parece carente de significación. Es evidente que en la conducción de las operaciones, los medios empleados por cualquier jefe, inferior o superior, no se identifican con cosas, con una materia inerte, tampoco con armas. Para garantizar la seguridad de su unidad, el teniente o el capitán *decidirán* escrupulosamente, según el número y el emplazamiento de los puestos de vigilancia, de los centinelas en observación día y noche. El desempeño de estos actores, en el nivel inferior de la jerarquía, permitirá por sí mismo alcanzar los fines que determina el jefe de unidad, en función de los fines que un jefe superior asigna a la unidad. En este sentido, el tránsito del medio al desempeño va de suyo porque los medios se encarnan en conductas humanas. Pero, en otro sentido, Schering falsea radicalmente el procedimiento de Clausewitz. El concepto de medio se aplica indiferentemente a las cosas y los seres, al coraje y los cañones. No caracteriza la sustancia material del instrumento o del material sino la relación, racionalizable, cuando no racional, intrínseca a toda artesanía, todo arte, toda práctica. El fusil sirve de medio al infante, el combate victorioso de medio al estratega, la guerra de medio al político. Este modo de análisis tiene validez universal, al margen de la distinción entre la materia y los hombres, las fuerzas armadas y los combates, las batallas y las notas.

La dialéctica del medio y el fin no juega, ya que, con estos conceptos, contradictorios o incompatibles, el fin de una actividad inferior deviene el medio de una actividad superior. Se podría, pues, denominarla a la vez dialéctica de la acción inteligente y dialéctica de la totalidad. La jerarquía de los medios y los fines restaura, gracias al entendimiento, la unidad de la totalidad bélica, unidad realizada espontáneamente por el choque ciego de los pueblos salvajes y que la multiplicación de los combates dispersos parecía disolver. Pero la dialéctica del medio y el fin restablece esta unidad total de dos maneras, radicalmente

diferentes, o bien, por la concentración de la campaña en *una* batalla decisiva, el jefe militar encuentra, gracias a los recursos del arte, una forma aparentemente cercana a la lucha de hombre a hombre o de pueblo a pueblo; o bien, por el contrario, acepta el juego en el cual el número de fichas, en el momento del pago, designa al vencedor; en este último caso, es la ausencia de unidad orgánica lo que dará a la campaña o la guerra su estructura dispersa o incoherente, estructura que la teoría vuelve pese a todo inteligible.

En la compilación de artículos titulada *Pensamientos de un soldado,*[61] el general von Seeckt cita dos veces[62] la *Fórmula,* convertida en cliché *(Schlagwort).* Rectifica esta cita retomando una de las fórmulas del libro VIII, "continuación de las relaciones políticas con mezcla de otros medios". Le otorga dos sentidos, de los cuales uno conserva una verdad eterna y el otro debe ser revisado en función de la experiencia.

Sigue siendo cierto, en todo tiempo y todo lugar, que la actividad política y el trabajo diplomático continúan en el curso de las hostilidades. En cambio, la idea de que la conducción de la guerra será más poderosa cuanto más poderosa, más consciente de sus fines, sea la política del Estado —idea quizá sugerida a Clausewitz por las victorias napoleónicas—, sólo puede aceptarse con reservas.

De hecho, esta segunda idea, según la expresa el general von Seeckt, no pertenece a Clausewitz. Este explicaba las victorias francesas por las consecuencias de la Revolución, por la liberación de todas las energías nacionales; nunca dedujo una ley, a lo sumo una regularidad empírica; por lo común existe una proporcionalidad entre la magnitud de lo que está en juego y la intensidad de la lucha, entre las tensiones internas de los Estados y el desencadenamiento bélico.

Después de esta distinción entre la verdad eterna y la verdad histórica, el general von Seeckt, con el pretexto de preservar el pensamiento auténtico de Clausewitz, escribe: "La cita está mal comprendida, puesto que, convertida en cliché, oscurece la enseñanza del mismo Clausewitz con respecto a la esencia verdadera de la guerra, cuyo objetivo es la aniquilación del enemigo".[63] Con una ingenuidad extraordinaria, añade a continuación que la guerra no es una cosa en sí que se inserte según sus propias leyes en la vida orgánica de los pueblos, sin reconocer la contradicción entre la supremacía de la política y el imperativo incondicional de la aniquilación de las fuerzas armadas o el abatimiento del Estado del enemigo.

En otra ocasión, opone a la *Fórmula* otro cliché, caro a los autores norteamericanos: la guerra es el fracaso de la política.[64] Simultáneamente, ilustra los dos temas del debate que suscita y expresa la aplicación de la pareja medio-fin (o de la racionalidad final) a la relación entre la política y la guerra: ¿cómo se acuerda la finalidad propia de la guerra (o principio de aniquilación) con la supremacía del fin político? ¿La política tiende a los mismos fines en

[61] *Gedanken eines Soldaten,* Berlín, Verlag für Kulturpolitik, 1929.

[62] *Ibid.,* ps. 16-17, p. 74.

[63] *Ibid.,* p. 17.

[64] *Ibid.,* p. 74.

tiempos de paz que en tiempos de guerra, aunque no se valga del mismo medio? A estas dos preguntas Clausewitz no dio ninguna respuesta teórica o general clara: sus lectores han dado múltiples y contradictorias respuestas que prolongan el destino póstumo de esta obra póstuma.

## *CAPITULO V*

### Lo moral y lo físico

Con frecuencia se recuerda a Clausewitz, y con justicia, como el escritor militar que introdujo en la teoría la noción de la *moral* (de un ejército) o de las fuerzas morales *(moralische Potenzen).* Los intérpretes que simpatizan menos con su personal, su obra, sus ideas, un B. H. Liddell Hart, por ejemplo, no le niegan este mérito.

Este tema también se ha prestado a malentendidos. Las ametralladoras siegan las oleadas de asalto en terreno descubierto, sea cual fuere la moral de los soldados. El fuego mata a los hombres más valerosos. Las insensateces de los jefes en 1914, aun si éstos citaban algunas fórmulas del *Tratado,* no derivan del estratega prusiano. En este tema, igual que en los demás, para comprenderlo es preciso encontrar el sistema, situar los análisis parciales en el conjunto, tomando como guía o juez el primer capítulo del libro I.

#### *1. Los origenes del elemento moral*

¿En qué momentos aparece la oposición entre lo moral y lo físico en el curso del desarrollo conceptual de este capítulo clave? Aparece, creo yo, en tres ocasiones: en la definición inicial de la guerra, una segunda vez a partir del parágrafo 18 y hasta el parágrafo 21, cuando Clausewitz se esfuerza por enfatizar la distancia entre la guerra según el concepto y la guerra real, y por último en la conclusión, la definición trinitaria de la guerra. En cada uno de estos momentos se descubre otro aspecto, otra significación de la antítesis moral-físico.

El modelo simplificado que propone Clausewitz originalmente, el de la lucha entre dos personas, comporta en sí mismo esta dualidad. La lucha enfrenta voluntades y no solamente cuerpos: analítica, pero no concretamente discernibles en los luchadores, los dos términos se disocian por sí mismos cuando sustituimos los cuerpos por armas y los individuos por colectividades. Un autor inglés, J. C. Füller, ha destacado que habría bastado con sustituir la lucha por la esgrima para obtener una imagen muy diferente de la guerra. Sin duda, pero la objeción no es pertinente, por dos razones. Alejandro o Gengis Kan no parecen espadachines; tomando por modelo dos adversarios que usaran los mismos

medios y rivalizaran en sutileza. Clausewitz se habría impedido alcanzar el concepto de guerra capaz de integrar todas las formas que ella adquiere. Para comprender la guerra a partir del modelo más simple, hay que reconocer su naturaleza –la guerra es una relación entre voluntades humanas– y su carácter específico, el recurso a la violencia física. En todo caso, los teóricos de hoy reprocharían a Clausewitz haber especificado esta dialéctica de las voluntades mediante el recurso a la violencia cuando ellos utilizan, por su parte, la noción de duelo sin especificar los medios empleados por los duelistas.

La dualidad del medio –la violencia– y del fin –inducir al adversario a hacer lo que nosotros deseamos que haga– implica inmediatamente una consideración sobre la moral. ¿Qué fuerza exhibirá el luchador? ¿Hasta dónde llegará su capacidad de resistencia? La dialéctica del ascenso a los extremos resulta en parte de la indeterminación de la fuerza moral. Todas las fórmulas de hoy, perogrullescas ("no está vencido quien no reconoce su derrota", "la victoria pertenece a quien resiste el último cuarto de hora"), están delineadas en las primeras páginas del *Tratado:* se mide el peso de un luchador, no se mide de antemano su resistencia, su tenacidad, su fuerza moral, en breve, su fuerza moral. Si Clausewitz obligó a los estrategas a no pasar por alto las magnitudes morales, no fue porque al azar de una intuición concibiera la noción o descubriera un elemento ignorado, sino porque se remontó a la naturaleza propia del fenómeno bélico, a su significación humana. Los hombres combaten entre sí, los Estados se hacen la guerra con las armas que la civilización pone en sus manos; ni los hombres ni los Estados se parecen a los estrategas de salón, a los calculadores de los ángulos que forman las líneas de operaciones con la base. Es posible que en ciertas situaciones históricas las guerras entre Estados se parezcan a la esgrima deportiva. Si podemos comprender la esgrima deportiva a partir de la lucha a ultranza, no podemos comprender a la segunda por la primera; por lo pronto, voluntades incompatibles usando una violencia posiblemente ilimitada; luego, según las circunstancias, la limitación, la estilización, la legalización de la violencia.

El segundo momento en que aparece la fuerza moral parece antitético del primero. La indeterminación de la voluntad en cuanto fuerza moral contribuía en teoría al ascenso a los extremos. ¿Cómo no seguir hasta el final cuando jamás puede saberse a qué extremos está resuelto a llegar el otro? La indeterminación figura de nuevo en el segundo momento, pero con una función aparentemente opuesta. La suspensión de las operaciones militares, la suspensión de las hostilidades en el curso mismo de la guerra contradice la lógica. Si uno se beneficia no haciendo nada, el otro debería beneficiarse con la acción. Clausewitz descubre, en esta oportunidad, la *polaridad* (la igualdad entre la ventaja de uno y la desventaja del otro), la limitación de la polaridad a los fines o la decisión y no a los medios, y por último la asimetría de la defensa y el ataque. El bando superior no goza de una superioridad que baste para compensar la inferioridad del ataque. Solución necesaria y suficiente en el esquematismo racional de la guerra conforme a su naturaleza, pero demasiado alejada de lo real para satisfacer la doble exigencia clausewitziana de abstracción y realismo.

Así como los economistas con frecuencia se han atribuido, en su teoría, un

conocimiento perfecto de los temas, los estrategas, para conferir a su teoría una aparente cientificidad, han descuidado una de las características de la guerra real, la incertidumbre sobre la relación de fuerzas, sobre las intenciones del adversario. A partir de allí, el cálculo racional de la teoría simplificada se transforma en cálculo de probabilidades; la lucha se convierte en juego, en el sentido en que hablamos de un juego de naipes. No porque los jugadores no se opongan unos a otros y la inteligencia no esté presente: interviene el azar. Más aún, en la guerra, la incertidumbre del juego cobra el perfil del peligro. Desde el momento en que el actor debe recurrir al cálculo de probabilidades, está condenado al mismo tiempo a apostar. La apuesta ante el peligro, la resolución de probar suerte, exigen coraje. La guerra real nos revela las virtudes necesarias en el jefe militar, ya no sólo la fuerza desnuda de la voluntad que lógicamente conduciría al extremo, sino las cualidades precisas del espíritu y el carácter que exige esta singular actividad de los hombres enfrentados a sus semejantes, todos armados con instrumentos que la ciencia pone a su disposición.

En otras palabras, el elemento moral interviene primero en la teoría más simplificada, comparable a la economía pura; la voluntad de vencer, de hacer ceder al otro, desempeña el mismo papel que la voluntad de maximización en economía. Este elemento moral interviene primero en la teoría más simplificada, comparable a la economía pura; la voluntad de vencer, de hacer ceder al otro, desempeña el mismo papel que la voluntad de maximización en economía. Este elemento moral interviene una segunda vez cuando el teórico ha pasado del cálculo riguroso al cálculo de probabilidades y ha reintegrado en su objeto la doble incertidumbre, objetiva y subjetiva, una ligada a las circunstancias materiales, la otra a las circunstancias humanas, incertidumbre que desafía el coraje y multiplica la respuesta misma del coraje.

La definición trinitaria retoma y completa estos dos momentos analíticos. En el origen del capítulo, el ascenso a los extremos parecía ante todo recurrir a una dialéctica racional. En el final, el elemento bélico que entraña la violencia hiperbólica de las guerras reales, el odio y la hostilidad, se inclina más bien hacia el pueblo, mientras que las fuerzas morales mencionadas en el segundo momento, el juego del coraje en el dominio de las probabilidades y el azar, pertenecen sobre todo al jefe militar. A él corresponde la libre actividad del alma, al jefe de Estado la determinación de los fines, y por lo tanto la supremacía, pues la guerra debe obedecer a la política como el instrumento al obrero o el medio al fin.

Luego, en toda guerra real se encuentran estos tres elementos, aunque con una fuerza desigual según los casos; a veces la política logra penosamente canalizar las pasiones populares a fin de adecuarlas a la medida de lo que está en juego; en otras sucede lo contrario, le cuesta inflamar las pasiones populares justificadas y requeridas por la salvación de la nación. Ya la hostilidad alcanza un extremo tal que la política parece desaparecer y la contienda semeja un choque ciego entre fuerzas desencadenadas; ya, por el contrario, las consideraciones políticas, la limitación de lo que está en juego, las rivalidades entre aliados, penetran a cada instante en el curso de las operaciones. No es menos cierto que, por su pasión o su indiferencia, el pueblo participa siempre; el jefe militar decide siempre en medio del peligro y, apostando, el jefe del Estado asume siempre la

responsabilidad superior, la de apreciar el carácter propio de esta guerra singular, aquí y allá.

Con la definición trinitaria, Clausewitz echa los cimientos del sistema conceptual donde deben insertarse los análisis parciales. Tomemos por ejemplo la dualidad *Gemüt-Verstand,* es decir (aproximadamente) afectividad-entendimiento. El jefe de Estado, en la determinación de los fines, debe ante todo testimoniar inteligencia, conocer la conyuntura, comparar sus recursos con los del adversario o los aliados, comprender su época. Pero si la inteligencia domina en el nivel superior, no reina sola. Nunca es la inteligencia sola la que da el coraje para decidir. Si un Estado pequeño se encuentra en conflicto con uno más fuerte, ¿no debe tomar la iniciativa si el futuro no le abre más perspectiva que un deterioro de la relación de fuerzas?[1] El responsable supremo, en este caso, no tiene menos necesidad de coraje, resolución, en definitiva, de osadía, que el general en el campo de batalla. La diferencia subsiste, en tanto él no se expone al peligro físico, pero el coraje de tomar responsabilidades no le parece a Clausewitz una forma inferior del coraje; al contrario.

Si la dualidad de la afectividad y el entendimiento domina la teoría del jefe militar tanto como la del jefe de Estado, los dos a veces unidos en el *Feldherr,* ¿encontramos la misma dualidad cuando llegamos al pueblo y el ejército? Desde luego, en cada nivel de la jerarquía militar, la misma complementaridad, pero en proporción diferente, de afectividad y entendimiento, sigue siendo necesaria. En cambio, el espíritu del pueblo, que constituye una de las potencias morales *(moralische Hauptpotenzen),* sólo depende parcialmente del análisis en términos de inteligencia y afectividad.

El pueblo, en cuanto opinión, constituye uno de los blancos de la acción enemiga al tiempo que una condición de la resistencia o la victoria. Puesto que la guerra enfrenta Estados y ejércitos, los elementos morales que la teoría debe incluir engloban a cada instante a los jefes y sus instrumentos; como se trata de instrumentos humanos, de instrumentos que deben su eficacia a la acción colectiva de los hombres, la relación entre quienes mandan y quienes obedecen, entre quienes deciden y quienes ejecutan, deviene dialéctica: la última palabra pertenece a la política que la pronuncia en función del arma, o sea el ejército que ella manipula. El jefe militar de las órdenes: la adhesión, la confianza de las tropas condicionan la decisión y los resultados que él obtiene.

En resumen, la insistencia de Clausewitz en las fuerzas morales deriva de su interpretación de la guerra en cuanto actividad social donde los hombres se comprometen íntegramente, pueblo, ejército, jefes militares, jefe de Estado, todos solidarios entre sí, pues la unión moral del pueblo y el soberano constituyen el fundamento último del Estado.

Estas tres apariciones del elemento moral en el primer capítulo nos conducen a tres temas.

1. La definición inicial de la guerra implica que el resultado de un combate, de una batalla, de una guerra depende de la fuerza respectiva de las voluntades enfrentadas. Cuando Clausewitz habla de inferioridad o superioridad, siempre

[1] VIII, 5, ps. 699-700 y ps. 722-724 (984-986).

incluye en ella el elemento moral, que se opone así al elemento material por excelencia, el número. Como el elemento moral y el elemento material son inseparables, ambos pueden transformarse en blancos; la destrucción o la aniquilación contempla tanto la voluntad como el instrumento. Cuando la voluntad de los soldados o de los jefes cede, el instrumento compuesto por hombres no existe más en cuanto tal. En esta línea se situaría el estudio del elemento moral en cuanto sujeto y objeto, condición de superioridad y objetivo vulnerable, uno de los factores de la victoria o la derrota.

2. La segunda aparición del elemento moral, para dar cuenta de la suspensión de las operaciones de guerra, nos conduce al concepto de fricción (o roce) tratado sobre todo en el primer libro, pero que se reencuentra en filigrana a través de toda la obra: el vaivén incesante entre concepto y experiencia, el rechazo de la teoría en el sentido antiguo del término.

3. La definición trinitaria de la guerra se encuentra también en cierto modo en el conjunto del *Tratado.* Luego los tres elementos constitutivos de toda guerra, la pasión del pueblo, la libre actividad del alma del jefe militar, el entendimiento del Estado, son designados por una noción moral, casi diríamos una facultad o combinación de facultades. En este sentido, se explica que el libro III, consagrado a la estrategia en cuanto tal, contenga tantos capítulos que tratan de psicología o moral.

Examinemos sucesivamente estos tres temas, en el orden inverso al que acabamos de seguir.

## 2. *La virtud guerrera del ejército*

Si se quisiera resumir en una fórmula la originalidad de Clausewitz con respecto a los teóricos a quienes se opone, H. von Bülow o Jomini, la fórmula siguiente me parecería válida; en un libro sobre la estrategia en cuanto tal, los otros teóricos habrían analizado ante todo los movimientos de los ejércitos, las bases, la líneas de comunicación o de retirada. Clausewitz trata ante todo de las potencias morales y las contrapone al número. El resto, la geometría de las campañas o las batallas, no desaparece, pero pasa a un segundo plano y se convierte en un modo subordinado de consideración.

Releamos a la luz de esta fórmula el libro III y en particular el corto capítulo 2, titulado "Elementos de la estrategia". Retomando las distinciones corrientes, enumera los elementos morales, físicos, matemáticos, geográficos, estadísticos, que se podrían, a mi entender, analizar separadamente. Admite que se piensen estos elementos separadamente, a fin de arrojar cierta claridad sobre las nociones y para apreciar, de paso, el valor mayor o menos de cada una de estas causas. Pero inmediatamente observa que el valor de una base depende mucho menos del ángulo que forma con las líneas de operaciones que de las rutas o la región que éstas atraviesan. En este caso, el análisis de la forma geométrica tomada aisladamente suscitaría ideas radicalmente falsas. Quien tiene justa fama de ser el más abstracto, el más conceptual de los estrategas, evoca, pues, el fenómeno en su totalidad. "Queremos atenernos al mundo de los fenómenos considerados en su integridad y no llevar nuestros análisis más lejos de lo que cada vez es necesario para la comprensión de la idea que queremos

comunicar y que hemos concebido, no en ocasión de una busca especulativa sino bajo la impresión de los fenómenos totales de la guerra."[2]

¿Por qué el analista del primer capítulo del libro I parece de pronto saltar al polo opuesto, la aprehensión, la captación del fenómeno total? El capítulo siguiente da la respuesta: a causa de las magnitudes morales. Fuerzas físicas y fuerzas morales se mezclan de tal modo que ninguna química disolverá la aleación. Ninguna proposición relacionada con las fuerzas físicas puede ser afirmada haciendo abstracción de lo que llamaremos, simplificando, la moral. La exigencia de la totalidad no excluye, pues, las distinciones analíticas, pero prohíbe las reglas o preceptos que se fundan sobre un solo elemento y descuidan lo esencial, o sea la actividad del espíritu. Clausewitz emplea el término *Geist* en el sentido más amplio, para abarcar las diversas facultades o cualidades, afecto, entendimiento, coraje. Lo que no cesa de repetir es que todo parte de los hombres y todo vuelve a ellos.

Como al pasar, esboza una clasificación de las tres dimensiones de las fuerzas morales:[3] 1) El espíritu y las otras cualidades morales del ejército, del jefe militar, de los gobiernos. 2) El estado de ánimo *((ètat d'esprit))* de las provincias en las cuales se conduce la guerra. 3) La acción moral de una victoria o una derrota. En *De la estrategia en general,* el libro III, se ocupa sobre todo de las dimensiones primera y tercera, que por otra parte no separa en los capítulos siguientes.

Cada luchador, en una guerra, incluye un pueblo, un ejército, un jefe: de donde resultan los tres potenciales principales del orden moral, los talentos del jefe militar, la virtud militar del ejército, el espíritu militar de ésta. Las páginas que Clausewitz consagra a estos tres potenciales (o potencias) retoman ideas que remiten al inicio de su carrera. Por ejemplo, analiza el papel respectivo del jefe y el ejército según la naturaleza del terreno. Ahora bien desde 1809,[4] él escribía que en la guerra de montaña el jefe militar domina menos a sus tropas que en la llanura. "En montaña, se enfrentan ante todo los ejércitos, en llanura los jefes. Pero lo que hace el valor del ejército, en la guerra de montaña, no es su entrenamiento en el campo de ejercicios, pues por él se convierte sólo en un instrumento mecánico más perfecto al servicio de una inteligencia que sigue

[2] III, 2, p. 189 y p. 164 (355).

[3] III, 3, p. 190 y p. 165 (356). En el libro II, capítulo 2, en el parágrafo titulado "las magnitudes morales no pueden ser excluidas", encontramos otra enumeración, aunque no sistemática. "Cada cual conoce los efectos morales de un ataque por sorpresa, de un ataque por el flanco o la retaguardia; cada cual tiene en menos el coraje del adversario que ha vuelto la espalda y corre muy otros riesgos según persiga o sea perseguido. Cada cual juzga a su adversario por la reputación de su talento, por su edad y experiencia, y actúa en consecuencia. Cada cual observa críticamente el espíritu y la moral *(Stimmung)* de sus tropas y las tropas enemigas." II, 2, p. 130 y p. 101 (285). Esta enumeración sugiere tres categorías: el efecto sobre la moral enemiga de ciertos episodios del combate (ataque por el flanco o la retaguardia); fortalecimiento o debilitamiento de cada bando según la reputación de que goza: influencia del juicio sobre la moral de las tropas, de uno u otro bando, en el momento en que el jefe toma su decisión. Estos diversos aspectos de las magnitudes morales aparecen en nuestra exposición.

[4] *Estrategia de 1804,* #31, p. 76.

siéndole exterior. Esta inteligencia es el jefe. Por ello, a tales ejércitos conviene preferencialmente la llanura, donde sirven a la gloria del jefe, tal como acabamos de decirlo. En la guerra de montaña, el espíritu y la experiencia guerrera de los ejércitos se miden y enfrentan." Clausewitz extrae la inmediata conclusión de que el terreno montañoso favorece la insurrección popular. En la llanura, la falta de formación táctica de los insurgentes asegura la superioridad de los ejércitos regulares; en montaña, el espítitu de las tropas insurgentes, normalmente superior al de los ejércitos regulares, se impone al punto de que de buena gana se le confiaría la suerte del país.

En el relato de las campañas de 1799,[5] escrito tardíamente, Clausewitz retoma las mismas ideas, demostradas por la historia. Los franceses gozaban de una ventaja porque, en esta clase de guerra, el entusiasmo, el espíritu marcial de cada combatiente, desde el soldado raso hasta el general en jefe, desempeñan un papel muy destacado. Cada unidad conserva cierta autonomía. "Los franceses, arrastrados por el espíritu de la Revolución a derribar todos los obstáculos y no esperar resultados sino de acciones audaces, obedecían este impulso cuando no veían otra salida. Los austríacos, educados para depender de la voluntad, habituados a reglas, paralizados por la preocupación de sus responsabilidades, permanecían inactivos cuando se encontraban en un brete." Así se explica la superioridad de los franceses librados a su propia iniciativa, y la de los austríacos cuando obedecían directamente a sus jefes.

El *Tratado* retoma, elabora y profundiza estas indicaciones, aunque permaneciendo "incompleto y rapsódico" con el fin de evitar los lugares comunes y las simplezas. El espíritu popular del ejército es definido o caracterizado por "el entusiasmo, el ardor fanático, la fe y la opinión". Clausewitz escribe bajo la impresión de las guerras de la Revolución, pero también de liberación. No opone más la llanura, terreno privilegiado de los profesionales; a la montaña, lugar natural de la insurrección popular; intercala, entre la montaña y la llanura, el terreno accidentado, escarpado, escabroso, que da el mayor margen de acción al talento del jefe militar. En montaña no domina lo suficiente las diferentes partes y la conducción de todas las partes excede sus fuerzas; en llanura, le es demasiado fácil y no explota todo su arte.[6]

Detengámonos un instante en estos análisis, especialmente en el capítulo 5. "La virtud guerrera del ejército", que completa el precedente, sobre los potenciales principales de orden moral. Clausewitz rehúsa pasar por alto los factores psicológicos de la lucha, y también a calcular, con falso rigor, el peso de cada uno de ellos. Sólo la historia autoriza a formular proposiciones que por lo demás carecen de validez universal. El *Tratado,* en este punto, se remite al estado de la ciencia o arte militar según resulta de las guerras de la Revolución y el Imperio. Los ejércitos han llegado al mismo nivel de facilidad de ejecución *(Fertigkeit)* y de entrenamiento, la conducción de la guerra se ha vuelto a tal punto conforme con la naturaleza, por emplear una expresión de los filósofos,

[5] H. W., t. VI, particularmente ps. 392 y 396 ss. Cf. también p. 89 del original, *supra,* capítulo II, 2.

[6] III, 4, p. 192 y p. 168 (360).

que no se puede contar más, por parte del jefe militar, con la aplicación de artificios particulares en el sentido estrecho (como el orden oblicuo y Federico II). "Es imposible negar que en las condiciones actuales el espíritu del pueblo y el acostumbramiento a la guerra tienen un campo de acción *(Spielraum)* mucho más vasto."[7]

Este texto me parece esencial para evitar los "malentendidos". La influencia respectiva de los diversos factores de la victoria depende de circunstancias múltiples que cambian constantemente a través de la historia ("la guerra es un verdadero camaleón"). El teórico conceptualiza estos factores, los enumera, los confronta, aunque de ningún modo les adjudica un peso determinado. Esta variabilidad histórica ha sido olvidada con harta frecuencia por los intérpretes, en particular a propósito del número.

Las consideraciones sobre "las virtudes guerreras del ejército" conservan una significación duradera porque emanan de una experiencia histórica que se ha repetido muchas veces (el choque entre tropas improvisadas y ejércitos profesionales) y porque hacen a la esencia misma del ejército o de la guerra, a la relación entre la parte y el todo, las unidades parciales y la unidad total, los individuos y el conjunto. Lenin leyó atentamente el capítulo precisamente porque éste, sin descuidar el mérito del pueblo en armas, esclarece la especificidad del oficio militar y la virtud guerrera en cuanto tal. El ciudadano no se confundirá jamás con el soldado; en el reconocimiento de esta dualidad y la justa apreciación del profesional y el guerrillero se expresa el espíritu de los Reformadores esclarecidos, de quienes forjaron el ejército prusiano de 1814 y 1815. ¿Es necesario añadir el ejército alemán que, de victoria en victoria, forjó el imperio a hierro y fuego, para perderse al fin en una catástrofe apocalíptica?

Leamos primero la descripción, especie de fragmento sobre la valentía, donde se mezclan el talento literario y el sentido del rigor abstracto: "Un ejército que bajo el fuego más devastador conserva sus formaciones habituales, que no cede a los temores imaginarios y resiste con firmeza ante los temores bien fundados, que, orgulloso de sus victorias, conserva en la ruina de la derrota el valor de obedecer, el respeto y la confianza en los jefes, un ejército con las fuerzas físicas templadas por las privaciones y el esfuerzo, como los músculos de un atleta, un ejército que en sus afanes no ve más que un medio para la victoria y no una maldición colgada de sus enseñas, y al cual basta el catecismo de una sola idea, o sea el honor de las armas, para volver a sus deberes y virtudes, un ejército semejante está imbuido del espíritu guerrero".[8]

Esta descripción, que contiene análisis y enseñanza, ilustra el esfuerzo constante de Clausewitz por conceptualizar la experiencia vivida. Desde sus primeros escritos reflexiona sobre las cualidades necesarias en el *Feldherr* (porque soñaba con serlo) y sobre todo lo que escapa al cálculo llamado racional. Así toma de Maquiavelo, en la *Estrategia de 1804*,[9] una observación sobre el efecto moral de la victoria: "Maquiavelo, que en asuntos militares tiene un juicio

[7] III, 4, p. 192 y p. 167 (359).

[8] III, 5, p. 194 y p. 170 (362).

[9] #4, p. 41.

muy seguro, afirma que es más difícil vencer con tropas frescas un ejército que acaba de triunfar que vencerlo antes. Fundamenta esta afirmación con varios ejemplos y afirma con justicia que la ventaja moral obtenida compensa generosamente las pérdidas".[10]

El efecto moral de la victoria y la derrota, durante y después de la batalla, en el curso de la campaña, sigue siendo uno de los temas esenciales de Clausewitz tanto en el libro III como en el libro IV. Pero en el libro III, en el capítulo que estamos estudiando, la dualidad de los ejércitos permanentes y del pueblo en armas, de los profesionales y los guerrilleros, se combina con la dualidad del ejército y su jefe, comparable a la del instrumento y la voluntad, la masa y el espíritu.

El jefe utiliza el instrumento, pero no conduce ni puede conducir más que el conjunto. "En toda circunstancia la virtud guerrera es a las partes lo que el jefe es al todo. El jefe sólo puede conducir el todo, no cada parte, y donde él no puede conducir la parte el espíritu guerrero debe servir de guía."[11] La comparación entre el ejército y un instrumento a las órdenes del espíritu (el jefe) sólo tiene validez con algunas reservas: el instrumento está compuesto por hombres, organizados en cada nivel según una jerarquía. A medida que nos acercamos a la base, la cualidad de los jefes se vuelve más incierta y las cualidades del pueblo suplen las insuficiencias del mando.

Clausewitz no desconoce el arrojo de los habitantes de Vendée ni las hazañas de los suizos o los norteamericanos; un ejército permanente como el de Marlborough, por ejemplo, no poseía la virtud guerrera. Esta virtud no caracteriza el ejército permanente en cuanto tal. Opuesto a otro ejército permanente, puede incluso arreglárselas sin esta virtud. Esta representa el supremo desempeño del oficio militar, de la actividad específica del combatiente. No se cultiva si no es propiciada por un entrenamiento especial, posible en tiempos de paz, y sin el acostumbramiento al peligro y el esfuerzo, sólo favorecido por la guerra misma.

¿Cómo nace, se forma, se afirma el auténtico guerrero? Me parece que el *Tratado* responde a esta pregunta en dos palabras: por el *drill* y por la experiencia. Ni el arrojo ni el entusiasmo hacen un guerrero; a lo sumo constituyen la materia prima, una disposición natural que será favorecida por el cultivo de las cualidades específicas. Clausewitz, que en cuanto estratega rechaza todo dogmatismo, emplea espontáneamente las palabras disciplina, orden, regla, método, para caracterizar la educación militar del individuo valeroso. Este debe transformarse en profesional, imbuirse del espíritu de cuerpo, sentirse parte de una corporación, subordinar la expresión de sus fuerzas o su entusiasmo a las exigencias de esta actividad específica. "La virtud guerrera de un ejército aparece como un potencial moral definido, que se puede eliminar (separar) por el

[10] Sin embargo conviene subrayar que Clausewitz limita inmediatamente el alcance de esta observación. Todo depende de la naturaleza de la victoria. Un ejército vencido que reinicia el ataque al día siguiente tiene para sí la superioridad moral. En cambio, un ejército en fuga arrastra a un ejército de auxilio al desastre. Por último y sobre todo, anticipándose al punto culminante de la victoria, precisa que la idea no tiene validez para la campaña: un ejército puede ofrecer tantos puntos débiles como victorias obtuvo.

[11] III, 5, p. 194 y ps. 170-171 (363). La frase alemana es *wo er den Teil nicht leiten kann, da muss der kriegerische Geist sein Führer sein.* Por el sentido, *sein* debe remitir a *Teil.*

pensamiento, cuya influencia podemos, pues, determinar, cuya fuerza como instrumento podemos, pues, calcular."[12]

La primera fase de la educación del guerrero se alcanza: cada cual posee una segunda naturaleza, cada cual se somete naturalmente a la ley del conjunto, la cohesión se funda sobre la espontánea pertenencia de cada cual a todos y de todos a la empresa común. La segunda fase, la única decisiva, es la guerra misma, son las victorias, las pruebas, los sufrimientos aceptados y superados. Clausewitz enumera a los macedonios bajo Alejandro, las legiones romanas bajo César,[13] la infantería española bajo Alejandro Farnesio, los suecos bajo Gustavo Adolfo y Carlos XII, los prusianos bajo Federico el Grande y los franceses bajo Bonaparte; este ejército, instrumento incomparable del jefe, es comparado con el metal reluciente que se desprende del refinamiento, casi podría decirse del ennoblecimiento, del mineral. Materia prima, sí, pero materia prima humana que no es comparable a un mecanismo sino por la acción permanente de la inteligencia, por la sumisión de los impulsos espontáneos a las imposiciones de la organización. A los ojos de Clausewitz, el soldado no se *deshumaniza* con este aprendizaje sino que se convierte o transforma en un profesional, un guerrero.[14]

Estos análisis contienen lecciones implícitas; según la naturaleza del instrumento, según las cualidades del soldado y el ejército, las disposiciones a tomar varían. En vez de calcular los ángulos de la base con las líneas de operación, se estima el papel que conviene al entusiasmo de un pueblo que se arma para defenderse y se elige el terreno apropiado, la táctica adecuada para que se expresen plenamente las cualidades de los combatientes.

En el plano del estudio objetivo, ¿a qué se oponen los potenciales morales en el pensamiento dialéctico de Clausewitz? Al *número,* sin duda. Llegamos así un debate que ocupa un lugar detacado en la literatura clausewitziana. El mismo B. H. Liddell Hart, que aplaude la introducción de las fuerzas morales en la teoría, denuncia al profeta de los ejércitos masivos, al estratega obsesionado por la cantidad. Pareciera que no se tomó el trabajo de desenredar la madeja, de seguir el método de las abstracciones y antítesis para descubrir el lazo entre lo que elogia y lo que critica.

### 3. *El número y los otros factores de la victoria*

El libro III, que según el título trata sobre "la estrategia en cuanto tal", me parece compuesto alrededor de la antítesis de la moral y del número, concretización, en una coyuntura histórica determinada, de la antítesis del espíritu y la materia.

Para interpretar con justicia el peso que Clausewitz atribuye al número, hay

[12] III, 5, p. 194 y p. 170 (363). Hay un contrasentido curioso en la traducción francesa que escribe: *dont on ne peut faire abstraction.* El traductor no comprendió que *sich hinwegdenken* significa *éliminer par une expérience mentale.*

[13] Uno de los raros ejemplos tomados del mundo antiguo.

[14] También insiste sobre la salvaguardia del individuo y de su voluntad. Así, en el parágrafo 103 de la táctica: "Los combatientes nunca cesan de ser hombres e individuos, jamás pueden ser transformados en máquinas sin voluntad propia" *(willenlosen Maschinen).*

que seguir el procedimiento por el cual llega a considerarlo como el factor aparentemente decisivo del triunfo. El *Tratado* supone, con mucha frecuencia, ejércitos equipados aproximadamente de la misma manera, surgidos de pueblos en un grado comparable de civilización. Elimina, pues, por hipótesis o por convención, las diferencias de armamento, de medios técnicos, de organización de entrenamiento. ¿Qué nos queda entonces? Primero las fuerzas morales: eliminémoslas por una experiencia mental. ¿Queda luego la estrategia? Por cierto, es ella "la que determina en qué lugar, en qué momento y con qué fuerzas se librará el combate; por esta triple determinación ella ejerce una influencia muy importante en el resultado del combate".[15] Si se procede a una eliminación mental más, nos queda un solo residuo: el número. "Si despojamos al combate de todas las modificaciones que puede sufrir a partir de la determinación y las circunstancias que lo originaron, si hacemos abstracción del valor de las tropas, pues éste es una magnitud dada, no queda más que el concepto desnudo del combate, es decir una lucha amorfa en la cual no distinguimos más que el número de combatientes."[16]

Una vez más es posible criticar esta manera u objetar el estilo de la exposición. Pero el intérprete atento, o simplemente honesto, no llegará por cierto a la conclusión de que Clausewitz sólo conoce el número o sigue, después de las guerras de la Revolución y el Imperio, obsesionado por el número.

Recordemos ante todo que en el relato de las campañas de Federico menciona al pasar, a propósito de Leuthen, donde 30.000 prusianos, gracias al orden oblicuo, triunfaron sobre 80.000 austríacos, que el número, en la época, tenía menos incidencia que en la guerra moderna.[17] La importancia del número depende, pues, de la manera de librar las guerras y las batallas modernas.

Por cierto, Clausewitz juzga disparatada y ridícula la concepción de un volumen óptimo para el ejército[18] con el pretexto de que un ejército demasiado numeroso escaparía a la autoridad del jefe, perdería la capacidad de maniobra, o de que un ejército pequeño siempre podría oponerse victoriosamente a grandes masas. Clausewitz, como Napoleón, imputa al dios de los combates una preferencia por los batallones grandes: en este sentido, no es el primero ni el único. Aunque concediendo, por hipótesis, los mismos armamentos a los dos bandos, se haya impedido arrojar luz sobre otro factor del triunfo, su diagnóstico histórico sobre las guerras europeas lamentablemente encontró durante el siglo siguiente, hasta 1945, tantas confirmaciones como desmentidas.

En el penúltimo capítulo del libro III evoca a Bonaparte destruyendo Estados de primer rango casi de un solo golpe, a los españoles continuando la resistencia hasta el límite, a Rusia demostrando que una vasta comarca no puede ser conquistada y que uno puede fortalecerse en el interior del propio territorio pese a la pérdida de batallas y provincias, incluso de la capital, a Prusia

[15] III, 8, p. 202 y p. 180 (373).

[16] III, 8, p. 202 y p. 181 (374).

[17] H. W., t. X, en el #19 del relato de las campañas de Federico, ps. 61-64.

[18] El mismo Mauricio de Sajonia conserva la idea de un volumen límite más allá del cual se vuelven imposibles la maniobra, el mando.

multiplicando por seis los efectivos de su ejército gracias a la milicia[19] y empleando en el exterior este ejército ampliado. "((. . .)) ahora que todos los casos han mostrado hasta qué punto el corazón y el sentimiento *(Gesinnung)* de una nación pueden ser un prodigioso factor de desempeño, trátese de fuerzas del Estado, de la guerra o del ejército, hoy que todos los gobiernos han aprendido a valerse de estos medios de auxilio, no se puede esperar que se abstengan de utilizarlos en las guerras futuras, cuando el peligro amenace su propia existencia o los arrastre una ambición ardiente."[20] Las guerras libradas con todo el peso de las fuerzas nacionales obedecen a principios diferentes de aquellas donde participan sólo los ejércitos permanentes; estas últimas parecían flotas y el arte de la guerra terrestre había imitado ciertas cosas de la táctica naval.

Las guerras de un pueblo contra otro vuelven anacrónica la antigua noción de una dimensión óptima de los ejércitos. No faltan ejemplos de victorias logradas por batallones pequeños. En Rossbach, Federico venció a 50.000 aliados con sus 25.000 soldados. Pero en Kollin sus 30.000 hombres fueron derrotados por los 50.000 de Daun y, en Leipzig, Napoleón, con 160.000 hombres contra 280.000, sucumbió.

La experiencia enseña, pues, que el jefe más prestigioso no tiene probabilidades de vencer en proporción de uno contra dos. Clausewitz no infiere que el más débil tiene que ceder y sufrir la ley del más fuerte. Todo lo contrario, la estrategia tiene por misión servir al débil (en rigor, el fuerte puede prescindir de ella), enseñarle a no desesperar, o sea recordarle el ejemplo de Federico en Leuthen: en ciertas circunstancias la suprema audacia se confunde con la suprema prudencia.

Clausewitz por cierto enfatiza el número como factor de la victoria, aun si se admite que, en la noción de superioridad o inferioridad, introduce un elemento moral; la misma tropa, con Federico o Napoleón, imbuida de virtud guerrera, se vuelve por así decirlo más numerosa. El jefe, la virtud guerrera, pueden compensar la inferioridad cuantitativa, pero sólo dentro de ciertos límites. ¿Tendrá entonces alguna validez la crítica de Liddell Hart?

Recordemos una vez más que los capítulos militares del *Tratado* reflejan ante todo cierta experiencia histórica, aun aquellos donde Clausewitz no precisa explícitamente que sus análisis sólo valen para determinada época, caracterizada por determinado armamento y organización. Recordemos igualmente el método de la experiencia mental, la eliminación por el pensamiento de los otros factores del triunfo a fin de aislar el número. Pese a todo no es por azar ni sin deliberación que él llega a aislar el *número* tras haber enumerado los *potenciales morales* como para destacar, en toda su simplicidad, en toda su grandeza, la antítesis de la materia y el espíritu.

De allí deriva la reputación de Clausewitz entre los autores ingleses y norteamericanos: representaría el antiLloyd, la estrategia del choque directo y brutal, del ataque del fuerte contra el fuerte más que del fuerte contra el débil; habría ignorado la maniobra, la estrategia, los movimientos inesperados, "la

[19] Emplea el término "milicia" como equivalente de *Landwehr.*

[20] III, 17, p. 232 y p. 212 (412).

aproximación indirecta", por retomar el concepto (por lo demás equívoco) de Liddell Hart. He allí la enseñanza que se atribuye al adversario de Napoleón, que habría dado de este último una interpretación parcial, cuando no errónea.

Tratemos de explicitar el pensamiento, los pasos de Clausewitz, antes de juzgarlo. La superioridad o la inferioridad del número, a diferencia de la virtud guerrera del ejército, a diferencia del armamento, no constituye, para el jefe militar, una *base*. Por cierto, el número total de las tropas puestas a disposición del estado mayor depende del jefe de Estado o del gabinete. Pero la relación del número en tal combate, en tal batalla, lejos de imponerse al responsable militar, sigue siendo indeterminada hasta el último momento. La estrategia consiste precisamente en asegurar la superioridad del número en cierto lugar, en cierto momento. Dicho de otro modo, el número –o la materia– deviene el instrumento al servicio del espíritu –el jefe militar–. Lo que decide todo, lo sabemos, es el triunfo táctico. En el combate o la batalla es la fuerza material y la moral –el número corregido por los potenciales morales– lo que, dada la igualdad de los otros factores, decide el desenlace. Definida como la utilización de los combates para el objetivo final de la campaña, la estrategia trata, pues, de explotar al máximo la ventaja del número, y por lo tanto lo busca por doquier o, al menos, en la medida de sus posibilidades.

¿Ignorancia de la maniobra? Hay que entenderse sobre el sentido de las palabras. Como hemos dicho, Clausewitz reserva casi siempre la palabra maniobra (y sobre todo acción maniobrera) a la conducción de las campañas del siglo XVIII. Pero en la estrategia en cuanto "utilización de los combates para el objetivo final de la campaña", incluye los movimientos de los ejércitos, sus desplazamientos, la elección del terreno, la distribución de las fuerzas, todo lo que prepara el combate o la batalla en condiciones propicias, todo lo que influirá más sobre el triunfo. Ya que tiene por misión concentrar la fuerza en el lugar y el momento oportunos, toda la estrategia podría ser presentada como una combinación de tiempo y espacio. Clausewitz no lo niega; rechaza esta formulación porque evoca un cálculo intelectual, en cuanto tal siempre fácil, mientras que las verdaderas dificultades, los verdaderos méritos, pertenecen a muy otra categoría: "La justipreciación del adversario (Daun, Schwarzenberg), el riesgo corrido al oponerle temporariamente fuerzas débiles, la energía en las marchas forzadas, la audacia de los asaltos rápidos, la actividad acrecentada de las grandes almas en la hora del peligro ¡he allí la razón de las victorias![21] ¿Qué relación tiene esto con la capacidad para coordinar dos cosas tan simples como el espacio y el tiempo?"[22] En otros términos, es cierto que la estrategia ordena los combates en el tiempo y el espacio, pero recibimos una idea radicalmente falsa de ella cuando la presentan como un cálculo de distancias y duraciones porque este cálculo es simple y la dificultad reside en las cualidades requeridas en el jefe militar: intuición justa del adversario, audacia, energía; en resumen, la libre actividad del alma, uno de los elementos de la extraña trinidad.

[21] Se trata de las victorias de Federico en Leuthen, de Napoleón en la campaña de 1814.

[22] III, 8, p. 206 y p. 184 (377-378).

La superioridad del número se convierte en una meta que la estrategia procura alcanzar por sus medios característicos. ¿Cuáles son estos medios? Los dos capítulos siguientes, que continúan las citas precedentes –"sorpresa" y "estratagema"–, aportan una respuesta al menos parcial a la pregunta, respuesta que no basta para refutar la crítica de Liddell Hart. Desde luego, admite ante todo que "la sorpresa está en la base de todas las empresas"; inmediatamente añade: pero en grados muy diversos según la naturaleza de la empresa y otras circunstancias.[23] Considera extremadamente raro que un Estado sorprenda a otro por la guerra o por la dirección del conjunto de sus tropas, e igualmente raras las sorpresas que durante las campañas han dado grandes resultados. Aun Federico y Bonaparte, virtuosos en materia de sorpresa a causa de la rapidez de las decisiones o las marchas forzadas, no siempre obtuvieron los resultados esperados. El efecto sorpresa exige circunstancias favorables: la victoria de Bonaparte sobre Blücher en 1814, cuando el primero batió una tras otra las unidades prusianas separadas, dependió de disposiciones adoptadas por Blücher que Bonaparte desconocía.

¿Qué conclusión sacar de estas observaciones dispersas? La sorpresa rara vez determina los resultados de una guerra o una campaña. En el nivel inferior ella resulta ante todo de la relación psicológica entre ambos bandos y de circunstancias múltiples, incluidas las accidentales e imprevisibles. Aquel que se impone al otro por su prestigio, por su reputación, tiene mayores probabilidades de sorprender porque el efecto sorpresa parece en ocasiones la causa y el efecto de la superioridad moral.

La estratagema ocupa un lugar aún más reducido que la sorpresa en el pensamiento clausewitziano. En este sentido, el chino y el prusiano –Sun-Tsé y Clausewitz– están situados en los polos opuestos. El segundo recurre a la definición de estrategia (la ordenación de los combates con las medidas pertinentes relacionadas con ellos) para excluir de ella las conducciones que sólo consisten en palabras, en declaraciones.[24] En otros pasajes no ignoró la importancia de la opinión popular o la moral de los combatientes. Pero en éste excluye de la estrategia propiamente dicha las palabras, proyectos y órdenes simuladas, las noticias falsas, o bien sólo les reconoce una eficacia insignificante. Digamos que en general cree en los combates más que en las demostraciones, en la precisión de la visión y la energía más que en la estratagema (aunque ésta no sea reprochable siempre que se añada a las otras cualidades del jefe y no les quite nada).

Si vuelve sobre la concentración de las fuerzas en el espacio y el tiempo tras las consideraciones sobre la sorpresa y la estratagema, por cierto es, como piensa Liddell Hart, porque la superioridad de las fuerzas, mezcla de número y moral, constituye el factor decisivo y la estrategia obedece a un imperativo supremo: asegurar esta superioridad. Los principios estratégicos de Clausewitz se deducen en efecto de esta noción de superioridad: concentración de las fuerzas en el espacio y el tiempo, no sin modificaciones sustanciales según él considere la táctica o la estrategia.

[23] III, 9, p. 207 y p. 185 (379).

[24] III, 10 p. 213 y p. 191 (386). Cf. *infra* Cap. VII, 2, p. 302 del orig.

En el marco de la estrategia, la idea de reserva le parece absurda en la medida en que sugiere dejar inactiva una parte de las fuerzas mientras se desarrolla la batalla decisiva. En general suscribe el principio de Napoleón: ninguna fuerza es excesiva en el punto decisivo, aun si Bonaparte fue demasiado lejos en ese sentido durante la campaña en Rusia. El exceso de fuerzas no implica inconvenientes para el plan estratégico si resulta ser innecesario, pues las fuerzas excedentes no entran en batalla y por lo tanto no son utilizadas. En cambio, tácticamente, las reservas se imponen, así como la utilización progresiva de tropas. No sólo para frenar las tentativas enemigas de envolvimiento, no sólo para restablecer la situación en caso de triunfo imprevisto del enemigo en un punto u otro: a causa de la naturaleza misma de la batalla moderna, tal como la concibe y describe Clausewitz.

En el libro III, el capítulo penúltimo tiene por título "Sobre el carácter de las guerras actuales"; partiendo de la idea, lamentablemente atinada, de que las guerras se vuelven nacionales, llega a la conclusión de que los ejércitos crecen a la par de los recursos de los Estados beligerantes. En el segundo capítulo del libro siguiente trata "Del carácter de la batalla actual". ¿Qué surge de esta descripción? Para resumir en pocas palabras lo que me parece la idea central: la victoria recae sobre quien tiene un momento más que el otro, quien conserva reservas utilizables en el momento decisivo. Batalla, por así decirlo, de desgaste, que concluye, en los casos favorables, con la aniquilación del enemigo menos *durante* el combate mismo que *a continuación* de él.

Que el lector me disculpe una cita larga: "¿Qué sucede actualmente en una gran batalla? Se toma posición tranquilamente, con grandes masas alineadas unas junto a otras y unas detrás de otras. Sólo se despliega una parte relativamente débil del conjunto, sometida durante largas horas al fragor del combate, que es interrumpido de vez en cuando por algunos pequeños golpes, mediante cargas, ataques con bayoneta o ataques de caballería, de lo cual resulta algún desplazamiento en uno u otro sentido. Cuando esta parte del ejército agotó paulatinamente su ardor guerrero y no quedan más que escorias, se la retira y se la reemplaza por otra. La batalla se consume así lentamente, como pólvora húmeda, con un elemento de moderación.

"Cuando el manto de la noche ordena el reposo, cuando ya nadie puede ver y no consiente en abandonarse al ciego azar, se aprecian aquí y allá las masas que subsisten, que quizá puedan considerarse utilizables, es decir que todavía no están totalmente consumidas como volcanes apagados; se aprecia el espacio ganado o perdido, cómo está la seguridad de la retaguardia; estos resultados se unen a las impresiones particulares de coraje y flojedad, de inteligencia y tontería, que se ha creído percibir en el bando propio o en el bando enemigo, y el todo da una impresión única, central, de donde resulta la decisión: evacuar el campo de batalla o reanudar el combate a la mañana siguiente."[25]

Desde luego, añade inmediatamente Clausewitz, éstos son los caracteres principales de las grandes batallas más que de los combates. En los capítulos siguientes enriquece la descripción, tiene en cuenta los esfuerzos de uno y otro

[25] IV, 2, p. 240 y p. 220 (420-421).

bando para sobrepujar al adversario, para evitar que las reservas entren en acción. Pero siempre concluye que las batallas de hoy han adquirido y conservarán esta característica porque las naciones, en el mismo nivel de civilización, con las mismas instituciones y el mismo arte de la guerra, han dejado que el elemento guerrero, desencadenado por los conflictos de grandes intereses, se encauce por las vías *naturales*. (La naturaleza de la guerra en cuanto tal, no sometida a los factores de moderación.) Por asombrosa que parezca al principio la proposición, este teórico de la estrategia de aniquilación concibe el desgaste por la batalla como el medio de debilitamiento de las fuerzas enemigas antes del golpe de gracia, en el campo de batalla o durante la retirada.

Los escritores militares franceses, sobre todo Camon, han criticado enérgicamente esta descripción prosaica de la batalla napoleónica. Clausewitz, han escrito, no comprendió a Napoleón, quien concebía un plan de batalla y determinaba de antemano cuál punto sería objeto de su esfuerzo principal y su tentativa de ruptura. Austerlitz, por cierto, no se parece a la descripción clausewitziana. Pero Eylau o Borodino tampoco corresponden a la descripción de la batalla napoleónica según Camon. ¿Qué batallas presenció Clausewitz? Auerstaedt, donde los prusianos, disponiendo de una gran superioridad numérica sobre el ejército de Davout, habrían vencido, según él, si el rey, en vez de ordenar la retirada, hubiera utilizado los 20.000 hombres que aún no habían combatido. En 1806 fue testigo de la derrota en la cual un ejército que se replegaba ordenadamente fue arrollado por un ejército vencido. Pérdidas poco diferentes de los dos ejércitos durante el combate, pérdidas cuantiosas y quizá destrucción del ejército en retirada.

La segunda gran batalla a la cual asistió fue la que él llama Borodino y nosotros llamamos Moscova. Quien tiene fama de sobrestimar el papel del jefe militar o del genio, escribe tranquilamente que en toda la batalla no se percibe "un solo indicio de arte o inteligencia superior".[26] Nota una vez más que las fuerzas estaban fácilmente en igualdad de condiciones *(Ruhiges Abmessen der Kräfte)* y el equilibrio se inclinó gradualmente hacia el bando del jefe más resuelto y el ejército más aguerrido. La igualdad casi perfecta del número confirma el valor de la teoría. El ejército ruso se retiró del campo de batalla, no fue derrotado.

Clausewitz también participó, muy cerca de Scharnhorst, quien recibió una herida mortal en la batalla que los alemanes llaman Gross-Görschen (los franceses hablan de Lützen). Napoleón triunfó, pero al faltarle caballería el triunfo fue estéril, pues no llegó a destruir el ejército prusiano. Una vez más Clausewitz encuentra la confirmación del papel decisivo del número y, más aún, de la tesis de que la destrucción del ejército se produce durante la retirada más que en la batalla. No observó allí ninguna maniobra, ninguna iniciativa del jefe.

Por último, participó como jefe del estado mayor del general von Thielmann en la batalla de Ligny, en vísperas de Waterloo, y al día siguiente del desastre francés contribuyó a la decisión de retirada del cuerpo prusiano que había quedado frente al general Grouchy.[27] En el curso de la campaña de 1815, lo

[26] V, 3, p. 309 y p. 296 (504). Cf. también H. W., t. VII, p. 141 y p. 162.

[27] Cf. *supra*, capítulo I, 3 p. 60 del orig.

decisivo fue primera y principalmente la decisión de Blücher, aconsejado por Gneisenau, de desplazarse hacia Wellington y no hacia Namur, aunque esta última dirección parecía la vía natural de retirada. Si Napoleón no logró derrotar decisivamente el ejército de Wellington antes de la llegada de los prusianos, fue ante todo a causa de los errores tácticos cometidos por Ney, por un retraso de algunas horas en el comienzo de la batalla, por circunstancias accidentales, por fricciones. Para uno y otro bando, "todo era simple, pero lo simple era difícil". En cuanto a la obstinación de Napoleón, que prolongó una batalla perdida y la transformó en desastre total, con la vana esperanza de invertir la decisión del destino, la toma como prueba de la mesura necesaria aún en las virtudes militares. "Hay un punto más allá del cual la obstinación sólo puede considerarse una locura que ningún crítico podría aprobar. En la más célebre de todas las batallas, la de la Bella Alianza (Waterloo), Bonaparte utilizó sus últimas fuerzas para alterar el curso de una batalla que ya no podía ser cambiada. Derrochó su último céntimo y luego tuvo que huir del campo de batalla y de su imperio como un mendigo."[28]

Después de 1870, los lectores franceses de Clausewitz veían, en un texto como éste, la prueba del odio del prusiano por Napoleón. Admitamos que la dureza de la expresión hace aflorar a la superficie emociones casi siempre contenidas. En el plano de la crítica, Clausewitz tiene razón: la batalla de Waterloo terminó como un desastre porque Napoleón no pudo decidirse a emprender la retirada mientras aún tenía tiempo. La única objeción que Clausewitz habría podido hacerse a sí mismo deriva de la política. "El usurpador" no podía contentarse con una victoria a medias ni sobrevivir a una derrota a medias. Pero semejante objeción condenaría el regreso de la isla de Elba tanto como la conducción de la batalla de Waterloo.

Concluyamos este parágrafo. Las proposiciones que aluden a la importancia predominante del número se relacionan explícitamente con un período histórico, caracterizado por la similitud de los ejércitos, las armas y la organización. En tales condiciones sólo subsisten, como factores de la victoria, los potenciales morales y la cantidad. La relación cuantitativa entre las tropas enfrentadas no es un factor preciso, deriva también del jefe. De la línea de retirada elegida por Blücher o Gneisenau resultó la superioridad de la coalición sobre Napoleón en Waterloo. De la energía, de la concentración de fuerzas en el espacio o en el tiempo resultó a menudo la superioridad numérica de Napoleón en la batalla. El genio del jefe crea a menudo la ventaja cuantitativa, principio de la victoria, así como la virtud guerrera del ejército puede compensar la inferioridad numérica. No obstante, conviene añadir que Clausewitz insiste sobre la importancia de los batallones grandes por dos motivos: describe la *batalla de hoy* de tal manera que el desenlace parece en buena medida determinado por el desgaste de las fuerzas antes del golpe de gracia. No ignora el arte estratégico ni la maniobra en sentido amplio, pero no cree en la sorpresa estratégica ni en el efecto de las formas geométricas o las líneas de operación. "No titubeamos en considerar como una verdad establecida que en la estrategia el número y la amplitud de los combates

[28] IV, 9, ps. 271-272 y p. 255 (459).

victoriosos importan más que el trazado de las grandes líneas con las cuales se comunican unos con otros."[29]

*4. El genio guerrero, el saber y los dones naturales*

Clausewitz enumera tres potenciales morales: a la virtud guerrera que el ejército adquiere en combate y se convierte en segunda naturaleza se opone el talento del jefe militar, situándose entre ambos el espíritu popular, pues debe animar al pueblo entero, pero disperso y, por consiguiente, supone en los guerrilleros el ardor y la iniciativa del individuo. En el ejército de Federico o Napoleón cada soldado resulta comparable a un fragmento de metal refinado, a la ruedecilla de un mecanismo; en la insurrección popular o en las operaciones de montaña, los soldados, los comandantes de las pequeñas unidades, vuelven a tener autonomía, iniciativa, responsabilidad.

De los tres potenciales morales, el más analizado en el *Tratado* es el del jefe. Nada más normal, por otra parte: la teoría de la guerra grande[30] se dirige por definición al *Feldherr*, ya que éste, en el vocabulario corriente del *Tratado*,[31] representa a la vez al jefe de Estado y al comandante de los ejércitos; por lo tanto, al hombre que elabora el plan de guerra y conduce las operaciones. Como aspiraba a convertirse en *Feldherr*, como la antítesis del genio y las reglas constituían uno de los temas de la teoría estética de su tiempo, Clausewitz, desde la *Estrategia de 1804* hasta sus últimos años,[32] reflexionó mucho y escribió mucho sobre los papeles respectivos de la naturaleza y la educación, la sensibilidad y la inteligencia, en los grandes capitanes. El capítulo sobre el genio guerrero trata ampliamente estos dos temas: ¿cuáles hombres poseen el temperamento, la constitución que permite llegar a la grandeza en la acción? ¿Cuáles conocimientos debe adquirir el hombre dotado para asumir cabalmente las responsabilidades supremas?

Ante todo, unas palabras sobre la nomenclatura. Clausewitz emplea las palabras espíritu *(Geist)* o alma *(Seele)* para designar el conjunto que incluye el entendimiento *(Verstand)* y la sensibilidad *(Gemüt)* o los sentimientos *(Gefühle)*. En un momento del análisis utiliza una clasificación de los temperamentos[33] (o las diversas clases de sensibilidad) emparentada con la de Kant en la *Antropología*. Distingue entre los individuos de sensibilidad poco vivaz, que él denomina flemáticos o indolentes, los de sensibilidad vivaz, pero de sentimientos que rara vez sobrepasan cierta fuerza (los denomina sensibles y tranquilos), los

[29] IV, 15, p. 226 y p. 206 (404). El libro III es probablemente uno de los más viejos. No hay sin embargo síntomas de que haya cambiado de opinión en este punto, al menos para la guerra del primer tipo.

[30] Clausewitz también se proponía escribir una teoría de la guerra pequeña y una teoría de la táctica. La primera existe, la segunda está esbozada.

[31] Salvo en el libro VIII.

[32] Según Schering, el capítulo 3 del libro I habría sido escrito después de 1827, lo que me parece plausible a causa del estilo, pero no muy importante.

[33] I, 3, ps. 92-94 y ps. 62-64 (241-242).

que reaccionan con rapidez y energía, pero cuyas emociones se apagan tan pronto como se inflamaron, y por último los que sólo reaccionan lentamente, pero cuyos sentimientos pueden ser poderosos y duraderos a la vez; entre estos últimos, animados por pasiones enérgicas, disimuladas en las profundidades, figuran casi siempre los grandes capitanes.

¿Qué lugar ocupa el retrato del genio guerrero (I, 3) en la economía general del *Tratado*? En mi opinión este capítulo completa los dos precedentes[34] y los tres contienen el conjunto de las ideas rectoras y las antítesis principales. El capítulo sobre la relación entre medio y fin analiza la estructura intelectual de la actividad guerrera; el capítulo siguiente, añadido tardíamente si hemos de creer a Schering, muestra en qué condiciones concretas se ejerce la actividad del entendimiento. Habría podido ubicarse, quizá más lógicamente, después de los cuatro pequeños capítulos que lo siguen. Pero es comprensible que Clausewitz, habiendo escrito o revisado tardíamente los capítulos sintéticos del primer libro, haya conservado los capítulos breves, escritos varios años antes al estilo de Montesquieu.

Sea como fuere, la reflexión sobre el genio guerrero, constante en el itinerario de Clausewitz, constituye una parte integral de la teoría tal como la concibe tanto el jóven oficial que se interroga sobre las cualidades del jefe como el general desocupado que medita sobre su experiencia y la historia.

La teoría aborda la guerra real, no dibujos geométricos ni cálculos de gabinete. Ahora bien, en la guerra real, el jefe, Federico o Napoleón, tiene un lugar que nadie puede ignorar sin cegarse. No es que Clausewitz rinda culto a los héroes: no titubea en criticar a Federico, a quien en alguna parte tilda de *eigensinnig*, término al cual da una connotación peyorativa.[35] No atribuye al genio guerrero un papel siempre decisivo en la victoria; no subestima el espíritu del pueblo, ni la virtud guerrera del ejército, ni la importancia del número. Si continúa acordando al genio guerrero un lugar tan destacado en la teoría, es porque el genio encarna la dualidad intrínseca de la acción guerrera, porque sólo él conjuga cualidades aparentemente opuestas, porque sólo él resuelve los problemas cuya complejidad desafía a los espíritus más grandes y ofrece luego, pese a todo, una de las imágenes nobles y dignas de la humanidad.

Clausewitz se bate, por así decirlo, en dos frentes; por una parte contra los seudorracionalistas que pretenden limitar la estrategia, en la teoría o la práctica, a un ejercicio estrictamente racional; por la otra, contra los espadachines o los húsares que desdeñan la ciencia y desconfían de los oficiales enfrascados en libros. Concede sin reparos que el estudioso no pertenece al mismo tipo que el hombre de acción. Esta fórmula trivial conduce a dos clases de consideraciones, unas relativamente simples (¿cuáles *conocimientos* necesita el jefe militar? ), otras extremadamente complejas (¿cómo se conjugan *las cualidades del espíritu y la sensibilidad* en el jefe militar? ).

De la primera clase de consideraciones, la *Estrategia de 1804*[36] y el capítulo 2

[34] Respectivamente: "La naturaleza de la guerra" y "Medio y fin".

[35] I, 3, ps. 96-97 y p. 66 (246). Forma degradada de la fuerza de carácter, el *Eigensinn* designa, aparentemente, la tozudez, la negativa a escuchar los consejos ajenos.

[36] *Op.cit.*, #3, p. 39 y II, 2, p. 141 y p. 113 (297-298).

del libro II nos dan los principales ejemplos de la primera clase de consideraciones. El jefe supremo no tiene ninguna necesidad de saber (y le sería imposible) todo lo que deben saber sus subordinados en los diferentes niveles en que actúan. No tiene sentido que sepa como el ingeniero, que fabrica las balas o los proyectiles, por la sencilla razón de que no se hace la guerra con carbón, azufre, salitre, cuero o plomo sino con pólvora, fusiles o cañones. Análogamente, en nuestra época, el jefe de Estado puede ignorar las leyes físicas que explican el funcionamiento de las armas nucleares, pues le basta con conocer los efectos de estas armas, la destrucción que provocan. En la medida en que nos elevamos en la jerarquía, el saber requerido se simplifica sin volverse más fácil. El jefe del ejército, dado que él dirige, anima, conduce el conjunto, debe conocer las diversas armas, la eficacia de cada una de ellas, la forma de combinarlas, la utilización de las plazas fuertes o los campamentos fortificados, sin por ello abrumarse con detalles relativos a la construcción de fortificaciones o el empleo de la artillería en el nivel táctico.

Al final del capítulo 2 del libro II, Clausewitz resume en unas líneas el saber necesario para el jefe del ejército. "El jefe del ejército no necesita ser un historiador erudito o un publicista. Pero debe estar familiarizado con la vida superior del Estado, debe conocer y apreciar correctamente las tendencias, hábitos, intereses afectados, las cuestiones a resolver, las personalidades actuantes; no le es menos necesario ser un sutil observador de los hombres, un analista riguroso del carácter humano, pero debe *(muss)* conocer el carácter, la manera de pensar y las costumbres, los errores y las cualidades específicas de aquellos a quienes debe *(soll)* mandar. No le es preciso comprender nada sobre la disposición de un vehículo o los caballos que tiran de un cañón, pero debe *(muss)* ser capaz de apreciar exactamente la duración de una marcha en columna en función de las diversas circunstancias."[37] Esta última frase nos recuerda de pronto el alcance práctico de estas distinciones teóricas. De un nivel a otro, a medida que nos elevamos en la jerarquía, el saber necesario para el jefe tiende a simplificarse, a transformarse. Queda por determinar cuáles elementos del saber, indispensable en el nivel inferior, debe poseer el jefe.

Pensemos en la distancia entre la realidad del combate vivido por los soldados en 1914 y la representación que durante mucho tiempo tuvieron de él los generales, prisioneros de ideas preconcebidas, encerrados en dogmas durante los años de paz. Pensemos sobre todo en las fórmulas decisivas del primer capítulo. El fin político preside la guerra, pero no es "un legislador despótico, debe adaptarse a la naturaleza de los medios y por ello se modifica con frecuencia".[38] La especificidad de la guerra depende de la naturaleza específica del medio. El arte de la guerra y el jefe militar tienen, pues, derecho a exigir que las orientaciones e intenciones de la política no contradigan estos medios; ahora bien, "esta reivindicación no es pequeña".[39]

[37] II, 2, p. 141 y p. 113 (298).

[38] I, 1, 23.

[39] I, 1, 24.

Del saber necesario para el virtuosismo se deduce sin esfuerzo el tipo de inteligencia que responde a las exigencias del arte; ya fijemos nuestra mirada en el objeto inteligible o en la experiencia, elegiremos los cerebros críticos antes que los cerebros creadores, los que abarcan el conjunto antes que los que contemplan una sola dirección, las cabezas frías antes que las ardientes y, en una bella fórmula, concluye: "Es a ellos a quienes confiaremos en tiempo de guerra la salvación de nuestros hermanos y nuestros hijos, así como el honor y la seguridad de la patria".[40]

Estas líneas se encuentran al final del capítulo 3 del libro I, y concluyen el análisis del genio guerrero. Recuerdan uno de los temas clausewitzianos; la actividad bélica, en todos los niveles, pero sobre todo en el superior, es de orden intelectual o, expresado en otro lenguaje, exige la participación de un entendimiento instruido. Esta afirmación, indispensable para corregir la pretensión ciega de los guerreros incultos, le importa menos que la otra, dirigida contra los estrategas de salón, los estrategas que los comentaristas alemanes han bautizado racionalistas, los que sobrestiman el papel de la inteligencia abstracta o presentan las decisiones del jefe como si se tratara de cálculos trigonométricos. Dos frases, ambas célebres, revelan por su yuxtaposición el nudo de la teoría: "En la guerra todo es simple, pero lo más simple es difícil";[41] "Bonaparte ha dicho con justicia que muchas de las decisiones que incumben a los jefes militares constituirían problemas de cálculo matemático dignos de los afanes de un Newton o un Euler".[42] Esta segunda fórmula reaparece en el libro VIII.[43] En los dos casos, se aplica al jefe en cuanto ejerce la doble función de jefe del Estado y jefe de los ejércitos. Evoca por contrapartida la frase del libro II: la complejidad de la ecuación que el jefe debe resolver no le va en zaga a la de las ecuaciones propuestas a Newton y Euler, "pero si la vida, pese a su riqueza de sus enseñanzas, no producirá jamás un Newton o un Euler, puede formar el cálculo superior de un Condé o un Federico el Grande".[44]

En otras palabras, la comparación entre los cálculos de un jefe de ejército y los de un físico o un matemático revela menos los parecidos que las diferencias. La simulitud consiste en la pluralidad de variables que es preciso tomar en cuenta, pero estas variables escapan al cálculo riguroso porque muchas de ellas dependen de la moral y otras representan incógnitas. Si, en la guerra real, el cálculo de un Condé o un Federico puede denominarse cálculo de probabilidades, es en el sentido en que hoy hablamos de probabilidades subjetivas; el espíritu capta intuitivamente, en medio de un conglomerado de hechos y argumentos contradictorios, la vía justa, la que ofrece las mejores oportunidades. La noción de probabilidad sirve sobre todo para esclarecer la incertidumbre en la cual se ejerce el arte de la guerra, la dificultad de lo que parece simple y la

[40] I, 3, p. 104 y p. 72 (252).

[41] I, 7, p. 108 y p. 79 (261).

[42] I, 3, p. 101 y p. 71 (251).

[43] VIII, 3 B, p. 679 y p. 702. Clausewitz habla esta vez de álgebra.

[44] II, 2 p. 141 y p. 114 (298).

simplicidad de las decisiones que por último resuelven ecuaciones matemáticamente insolubles. No es sólo la inteligencia sino el alma entera quien se compromete libremente en la respuesta al destino.

En la guerra la inteligencia debe triunfar sobre el *peligro*, los *esfuerzos físicos*, la *incertidumbre* y el *azar*. También podría decirse que la afectividad debe triunfar sobre estos cuatro enemigos. De hecho, el entendimiento sólo triunfa animado y sostenido por la afectividad, y ésta sólo triunfa esclarecida por el entendimiento. Los cuatro capítulos siguientes al capítulo sobre el genio guerrero tratan respectivamente del "peligro en la guerra", del "esfuerzo físico en la guerra", de "la información en la guerra" y "la fricción en la guerra", títulos que corresponden, en los tres primeros casos, a los elementos que en el capítulo 3 integran la atmósfera de la guerra *(peligro, esfuerzo físico, incertidumbre)*.[45] La fricción abarca un dominio más extenso que el azar, aunque éste no deja de ser un efecto y un símbolo del conjunto designado por el término fricción o roce. Una vez planteados los dos términos antitéticos –la atmósfera de la guerra, el papel del entendimiento–, Clausewitz procura caracterizar de etapa en etapa las cualidades que permiten triunfar no sobre *el enemigo* sino sobre *los elementos enemigos*, o sea las cualidades de la afectividad, del temperamento, del carácter, gracias a las cuales el entendimiento conserva su soberanía.

No nos importa seguir detalladamente el análisis clausewitziano; destacaré ciertos momentos, a mi juicio especialmente característicos. Como en la guerra merodea el peligro, el coraje *(Mut)* es la exigencia primera, la virtud original. Pero el coraje reviste dos formas: el coraje de arriesgar la vida, el coraje de tomar responsabilidades, el segundo más raro y precioso que el primero. En cuanto al coraje en sí, o bien es un estado de alma nacido de la inteligencia, del desprecio por la vida, de la costumbre, o bien una emoción suscitada por motivos positivos, ambición, amor a la patria, entusiasmo de una u otra especie. Según el método dialéctico, la primera clase de coraje es más segura, pues se ha convertido en segunda naturaleza; la segunda lleva más lejos: aquélla alimenta la constancia o la firmeza, ésta la audacia. La unión de ambas –que no constituye una síntesis– crea la especie más perfecta.

El momento posterior, a mi entender el más importante, nos lleva del coraje *(Mut)* a la *resolución (Entschlossenheit)*, no coraje ante el peligro físico sino ante la responsabilidad *(Verantwortung)* y, por así decirlo, ante el peligro del alma *(Seelengefahr)*.[46] Peligro, esfuerzo físico, complican la tarea del entendimiento. El desafío que éste debe aceptar no es, pese a todo, físico sino moral: es el desafío de la incertidumbre. El coraje frente al peligro del alma con frecuencia ha sido llamado *coraje de espíritu* "porque emana del entendimiento sin ser, no obstante, un acto del entendimiento, sino un acto de la afectividad *(Gemüt)*. El entendimiento solo no es aún coraje, pues a menudo vemos indecisos a los hombres más inteligentes. Por lo tanto, el entendimiento debe ante todo despertar el sentimiento del coraje, estar sostenido e impulsado por él, pues los sentimientos do-

[45] I, 3, p. 89 y p. 59 (237-238).

[46] I, 3, p. 87 y p. 57 (235).

minan al hombre más imperiosamente que los pensamientos en el instante crítico".[47]

He conservado la genealogía de la resolución (por tomar otra expresión cara a Clausewitz) a fin de confirmar la tesis de cierto racionalismo o, si se prefiere, del papel decisivo del entendimiento. No basta que los hombres tomen decisiones con facilidad para merecer el calificativo de resueltos, es preciso que sus decisiones se sometan a la reflexión y prevalezcan sobre la duda. La resolución es el entendimiento que, con plena conciencia de las razones para dudar, ha reconocido la necesidad de decidir y las consecuencias fatales de la vacilación. Así la resolución deriva de los cerebros sólidos antes que de los cerebros brillantes. *Coup d'oeil* y *présence d'esprit*+ (expresiones francesas utilizadas por el mismo Clausewitz) se unen a la resolución y definen juntas lo que denominaré la virtud de inteligencia del jefe militar.

A partir de allí quedan por determinar, por el vaivén típico de la dialéctica entre entendimiento y afectividad, las cualidades de esta última que posibilitan el *coup d'oeil*, la *présence d'esprit*, la resolución, el coraje ante el peligro del alma, decisión en plena conciencia de la incertidumbre. En la genealogía, el entendimiento mismo inculcaba la resolución mostrándose a sí mismo, como quien dice, las consecuencias fatales de la vacilación. En el momento siguiente, la afectividad preside el equilibrio moral o psicológico, a su vez condición de la soberanía de la inteligencia, salvaguardada pese a todo. Energía, firmeza, constancia, fuerza de la sensibilidad o del carácter, el jefe debe poseer estas virtudes para superar las pruebas, la prolongación del combate, la visión desgarradora de los sacrificios sangrientos, las impresiones múltiples y contradictorias que lo asaltan; en otras palabras, las cualidades de la sensibilidad siguen siendo indispensables para que el espíritu continúe obedeciendo al entendimiento y conserve el aplomo.

En este punto interviene la clasificación de los temperamentos a la cual hicimos alusión y que presenta un parentesco con la antropología de Kant.[48] Ciertos temperamentos se prestan más que otros a las virtudes propias del jefe militar. Los artistas de genio no se forman a partir de un temperamento cualquiera; análogamente, los genios guerreros suponen una naturaleza favorable. "Una sensibilidad fuerte no es sólo aquella capaz de emociones fuertes sino aquella que conserva el equilibrio bajo el impacto de las emociones más fuertes, de modo que pese a las tempestades que soplan en su corazón, visión y convicción, comparables a la aguja de una brújula en un navío zarandeado por la tempestad, continúan reaccionando con la misma sutileza."[49]

Otra antítesis se perfila en la segunda parte del análisis, la de las convicciones duraderas, los principios establecidos, por una parte, la del instante preciso, las circunstancias coyunturales, por la otra. Sin brújula nadie puede afrontar la

[47] I, 3, p. 87 y p. 57 (235).

+ Respectivamente: "vistazo", "presencia de ánimo". *(N.d.T.)*

[48] Cf. Nota XXXV.

[49] *Ibid.*, p. 95 y p. 64 (244). La traducción es difícil. El texto francés dice *conserve leur subtilité entière.* Palabra por palabra diría: *le jeu le plus fin serait permis a la vision et à la conviction* ("el juego más sutil sería permitido a la visión y a la convicción").

tempestad: peligro, sufrimientos, incertidumbre, amenazan con oscurecer el juicio, con reforzar la duda, con paralizar la resolución; la sensibilidad debe dar al entendimiento la fuerza para permanecer fiel a sí mismo y confiar en sus convicciones adquiridas con madurez, consolidadas por la experiencia. En los casos dudosos, seguir los principios antes que las impresiones y no ceder sino en el momento en que una convicción clara nos constriñe: he allí lo que define el carácter (en el sentido de *tener carácter).* Constancia que se degrada en tozudez cuando el jefe rehúsa reconocer su error o los hechos, no por deficiencia intelectual sino por empecinamiento en tener razón e imponer su voluntad a los demás.

El tono del capítulo sobre el genio guerrero difiere, me parece, del tono del capítulo 6 (libro III) sobre la *Kühnheit,* que traduciré por audacia (u osadía) antes que por intrepidez. + En un caso, se enfatiza la clarividencia, en el otro la aceptación del riesgo. Quizá, como se ha dicho a menudo, el joven Clausewitz se inclinaba en un sentido[50] y el viejo en otro. Grandeza y certeza del triunfo se oponen. Quien procura un gran triunfo corre grandes riesgos. El modo de exposición, propio de Clausewitz, no autoriza sin embargo a discernir una evolución del pensamiento entre el capítulo sobre la audacia y el capítulo sobre el genio guerrero, indudablemente posterior. A fin de cuentas, en el libro III insiste también sobre el papel creciente de la inteligencia a medida que nos elevamos en la jerarquía, así como en el libro I (capítulo 3) destaca que en todos los niveles de la jerarquía ciertas cualidades intelectuales son necesarias para el guerrero. Desde luego, es cierto que la audacia *(Kühnheit)* no figura entre las cualidades del genio guerrero en el libro I y parece ocupar un lugar central en el libro III. Tal vez el pasaje siguiente revela a la vez la constancia del pensamiento y sus matices.

"Cuando un joven, para mostrar su aplomo de caballero, salta por encima de una fosa profunda, es audaz; si lo hace para escapar de una tropa de jenízaros cortadores de cabezas, solamente es resuelto. Cuanto más alejada de la acción está la necesidad, más grande es el número de circunstancias que el entendimiento debe recorrer para tomar conciencia de ella [la acción], menos reduce el papel de la audacia. Cuando Federico el Grande, en 1756, juzgó que la guerra era inevitable y sólo podía escapar al desastre adelantándose a sus enemigos, era necesario, pero también audaz comenzar la guerra, pues pocos hombres en esa situación se habrían resuelto a ello."[51]

La resolución deriva, en este texto, de la audacia; por lo tanto, de una cualidad de la sensibilidad; en el libro I, la resolución *(Entschlossenheit)* emana ante todo del entendimiento que se ha convencido a sí mismo de la urgencia de decidir. Pese a las diferencias de expresión —y el capítulo I, 3 testimonia una madurez superior al capítulo III, 6—, la misma idea aparece aquí y allá con

+ Los términos franceses son respectivamente: *audace, hardiesse, intrépidité.* *(N.d.T.)*

[50] *Estrategia de 1804,* # 13, ps. 51-53.

[51] III, 6, p. 199 y p. 175 (368).

palabras diferentes. La resolución, el coraje ante las responsabilidades, se vuelve más difícil y también más indispensable a medida que nos elevamos en la jerarquía. *Tel brille au second rang qui s'éclipse au premier.*+++ La idea de este verso de Voltaire que Clausewitz cita en el libro III[52] es expresada en el libro I.[53] Si en el nivel más elevado pone la audacia por encima de todo, no por ello deja de exigir, incluso en el libro III, que ella no viole las reglas de la probabilidad, que no se arriesgue en una apuesta contra natura. "Una audacia conducida por un espíritu soberano *(Vorherrschend)* es la marca del héroe."[54]

¿El cambio de vocabulario –la sustitución de *Kühnheit* por *Entschlossenheit*– implica ante todo una diferencia de interpretación psicológica, un papel más importante asignado por último al entendimiento que a la sensibilidad en la capacidad de enfrentar el peligro del alma? Me cuidaré de dar una respuesta categórica. En lo profundo, Clausewitz tiene presente, en todas las épocas, dos modelos, dos héroes, Federico II y Napoleón (o Alejandro).[55] Al primero no puede negarse, a criterio de Clausewitz, el mérito supremo de haber puesto sus empresas a la altura de sus medios, de haberse elevado por la sabiduría a la grandeza, no sin haber demostrado con creces, en Leuthen, que en ciertas circunstancias la suprema audacia se convierte en la suprema prudencia. Falto de medios, a causa de la organización militar y el espíritu de la época, no se lanzó jamás, como Alejandro o Napoleón, a empresas grandiosas; al margen de dos batalla, Rossbach y sobre todo Leuthen, consiguió sus fines logrando sobrevivir, pese a su inferioridad. Además, el retrato del jefe debe conciliarse con dos figuras antitéticas del héroe, una conciliación más lograda en el libro I que en el libro III.

No obstante, aun en el libro III, Clausewitz llega a esta conciliación: "Cada vez que la audacia encuentra la irresolución *(Zaghaftigkeit)* cuenta necesariamente con la probabilidad del triunfo, pues la irresolución equivale ya a una pérdida del equilibrio. Sólo cuando se topa con una prudencia reflexionada que, podría decirse, no es menos audaz, que en todo caso es tan sólida y fuerte como ella misma, se encuentra en estado de inferioridad".[56] Casos raros, añade, pues la tropa de los prudentes se recluta sobre todo entre los timoratos. Así como en la *Estrategia de 1804* atribuía la estrategia (feliz) de Fabio no a la lucidez sino al temperamento,[57] en el libro III piensa siempre que la prudencia rara vez deriva de una sabiduría superior. La resolución puesta en lugar de la audacia sugiere, pues, una evolución. La subordinación de la guerra a la política debía revelarle el riesgo de error por exceso tanto como por omisión.

[52] III, 6, p. 198 y p. 174 (368).

+++ "Hay quien es brillante en el segundo rango y se eclipsa en el primero." *(N.d.T.)*

[53] I, 3, p. 100 y ps. 69-70 (249-250).

[54] III, 6, p. 199 y p. 175 (369).

[55] En el capítulo 6 del libro III, contrapone a Federico y Alejandro.

[56] III, 6, p. 197 y p. 173 (366-367).

[57] *Estrategia de 1804*, #5, p. 42. Retoma una indicación de Maquiavelo.

*5. Genio guerrero y genio político. Federico y Napoleón*

¿El retrato del genio guerrero tiene en cuenta la doble especie de guerra? Si hubiera cumplido el programa que se había fijado en la *Advertencia de 1827*, ¿Clausewitz habría debido completar o corregir los capítulos que he comentado en las páginas precedentes? No sin titubeos y reservas yo me inclinaría por responder negativamente a esa pregunta.

En el final del capítulo 3 Clausewitz exige explícitamente al genio guerrero la sabiduría del hombre de Estado al tiempo que la resolución del jefe militar, distinción que confirma la hipótesis de una redacción tardía. "No acordamos a Carlos XII la designación de gran genio: incapaz de someter la eficacia de sus armas a una visión y una sabiduría superiores, no supo alcanzar un objetivo brillante."[58] Así, el término de genio guerrero sólo se aplica al hombre que posee *simultáneamente* las cualidades necesarias para la *libre actividad del alma* y las cualidades necesarias para la *inteligencia* del Estado personificado. "El jefe militar se transforma en estadista, pero no debe *(darf nicht)* dejar de ser jefe militar; por una parte, abarca de un vistazo *((coup d'oeil))* todas las relaciones estatales; por la otra, conserva una conciencia exacta de lo que puede lograr con los medios de que dispone."[59]

Este equilibrio de las cualidades morales y las cualidades intelectuales, de la afectividad y el entendimiento, de la resolución y la sabiduría, caracteriza a Federico II más que a nadie. Si en el libro VIII presenta a Gustavo Adolfo, Carlos XII y Federico II como nuevos Alejandros, soberanos de Estados pequeños deseosos de fundar vastas monarquías, gracias a ejércitos de volumen limitado pero cualitativamente superiores, precursores de Napoleón en lo concerniente a los riesgos que se pueden correr en la guerra, esta comparación no es válida cuando también se posa la mirada en las virtudes del estadista. La fórmula del libro VIII,[60] tres nuevos Alejandros con la ambición de fundar grandes monarquías, no vale para Federico, por cierto un conquistador, pero con el objeto de redondear sus dominios, sin proyectos grandiosos incompatibles con el sistema del equilibrio europeo, preocupado por mantener una relación razonable entre la base de poder original y la meta última. Tanto la verdad histórica como el pensamiento de Clausewitz se expresan mejor en el texto del libro III:[61] "A la cabeza de un Estado pequeño, semejante a los demás en casi todos los detalles., con excepción de algunas ramas administrativas, no podía convertirse en un Alejandro, y si hubiera actuado como Carlos XII habría tenido el mismo destino y también se hubiera partido la cabeza. Hallamos además, en su

[58] I, 3, p. 101 y p. 71 (251). Carlos XII no alcanzó el objetivo militar porque no fue hombre de Estado.

[59] *Ibid.*, Clausewitz remite al capítulo 1, pero esta referencia también puede acordarse tanto con el estado actual del capítulo 1 como con el estado sugerido en el libro VIII.

[60] VIII, 3 B, p. 683 y p. 707 (966).

[61] III, 1, ps. 183-184 y p. 158 (348). El capítulo III, 1 trata inevitablemente de las relaciones entre política y medios militares porque tiene por objeto la estrategia en cuanto tal.

conducción de la guerra, una fuerza contenida, siempre en equilibrio, que no afloja nunca la presión, que al instante siguiente reanuda sus movimientos por una y otra parte a fin de someterse al juego de las menores oscilaciones de la política. Ni la vanidad, ni la ambición, ni el deseo de venganza, pueden desviarlo de este camino y sólo éste lo ha conducido a resultados felices en la lucha".

¿No basta la afirmación de que Federico II pertenece al número escaso de los héroes, de los genios guerreros, para refutar la interpretación que dio Delbrück de la doble especie de guerra, para demostrar que las mismas virtudes elevan al jefe a la grandeza tanto en tiempos de la antigua monarquía como en nuestra época? El argumento merece un examen detenido. La comparación –acercamiento y oposición– entre Federico y Napoleón continúa en todo el *Tratado:*[62] el mismo espíritu ofensivo, el mismo virtuosismo en las marchas y contramarchas, la misma resolución, la misma fuerza del alma, la misma capacidad para correr riesgos; en contrapartida, el instrumento es otro, así como el sistema de avituallamiento; en tiempos de Federico las hostilidades se desarrollaban según otro espíritu, de acuerdo con otras costumbres. Ultimo y principal, Federico se encontró con harta frecuencia, desde el punto de vista de la relación de fuerzas, en la situación de Napoleón en 1814.[63] Por lo tanto desplegó las virtudes del defensor, de quien resiste hasta el fin, quien impide a sus adversarios alcanzar su meta, más a menudo que el conquistador.

No volvamos a la querella entre Delbrück y los portavoces del gran estado mayor: ¿es preciso atribuir a la relación de fuerzas, a la naturaleza del instrumento o a la especie de guerra las diferencias entre la estrategia de Federico y la de Napoleón? Lo que aquí me interesa es que Clausewitz niega genio guerrero a Carlos XII porque éste sobrestimó sus fuerzas, y no se lo niega a Napoleón, aunque podría achacarle el mismo error. También él terminó por perder la cabeza en la aventura, como Carlos XII, aunque en un estilo muy diferente. Comprobemos que Clausewitz, al contrario de lo que han pensado la mayoría de los comentaristas franceses, trata a Napoleón con más indulgencia de la que implica su propia teoría. La determinación de los fines en función de una justa estimación de los medios caracteriza el genio político del jefe militar sin agotarlo. Medidos por esta vara, ¿cuál genio es el más grande, el de Federico o el de Napoléon?

Podría ir más lejos. Clausewitz no ha insistido sobre ninguna campaña de Napoleón tanto como sobre la de 1812, ninguna tesis se sostiene con más insistencia que la aprobación del plan de guerra adoptado por el emperador para someter a Rusia. Napoleón debía marchar en línea recta hacia Moscú, no podía emprender una campaña metódica, una conquista progresiva, ni instalar sus cuarteles de invierno a la altura de Smolensko. Tal como estaba él, tal como lo imaginaba Europa, no le quedaba elección; evitando las fallas secundarias en que incurrió no habría cambiado el desenlace fatal de la aventura. La inmensidad del espacio ruso supone un obstáculo insuperable. Napoleón apostó a que Alejandro negociaría después de la captura de Moscú. Alejandro no negoció y el apostador

[62] El lector encontrará lo esencial del asunto en la Nota XXXVI.

[63] III, 8, ps. 205-206 y p. 184 (378).

perdió todo porque juzgó mal al contrincante. Pero Clausewitz va más lejos: las campañas anteriores no diferían de ésta por su naturaleza. Triunfó antes de 1812 y fracasó en 1812 por una razón simple: en un caso, no se equivocaba, en el otro sí, acerca de sus enemigos. En esta tendencia encuentra una afinidad con Federico, quien en ciertas circunstancias[64] llevó demasiado lejos el desconocimiento de la realidad y el desprecio del adversario.

La pregunta sin embargo sigue en pie: la carrera de Napoleón terminó catastróficamente; la resistencia española, el desastre ruso, eran previsibles. ¿Por qué acordarle la dimensión política del genio guerrero? ¿Porque Napoleón conoció años de gloria y bienaventuranza? ¿Porque durante mucho tiempo manifestó capacidades propiamente políticas? ¿Porque prolongó las seculares aspiraciones de Francia a la supremacía? ¿Porque Clausewitz mismo sueña con un nuevo Alejandro? De todas estas respuestas, la última queda excluida, a mi entender, en razón de su concepción del equilibrio europeo. En verdad, Clausewitz (y después de él muchos alemanes) sufrió hasta último momento la fascinación por Napoleón y jamás cobró conciencia de la contradicción entre su propia definición del genio guerrero y el genio de Napoleón. Este carecía, en cuanto jefe de Estado, de la principal virtud que aseguró el triunfo final de Federico.

Dicha fascinación se explica por la "perfección" que alcanzó el arte de la guerra cuando Bonaparte sometió a su imperiosa voluntad el instrumento forjado por la Revolución. Teórico de la guerra en el sentido estrecho de la definición inicial, del concepto puro, Clausewitz no puede contener su admiración por la batalla decisiva y sus sacrificios sangrientos. Denuncia de antemano a quienes, en el porvenir, la consideraran como "actos bárbaros y semiestúpidos".[65] Sin embargo, también escribió que la mayoría de las guerras entre Estados civilizados tiene como fin la observación recíproca más que el abatimiento.[66] ¿El jefe militar necesita de las mismas cualidades en uno y otro caso?

¿Hay que responder sí o no a esta última pregunta? Federico manifiesta las mismas virtudes que Napoleón porque tuvo la audaz iniciativa de invadir Silesia, de iniciar la guerra en 1756, de atacar Leuthen con 30.000 hombres contra 80.000, porque insufló a su pequeño ejército su propia voluntad, conservó la fuerza de alma en los momentos más críticos, llegó a superar la fricción de la máquina, a mantener sus tropas en perpetuo movimiento, porque supo cerrar el corazón a los sufrimientos de sus soldados, los oídos a sus quejas. En síntesis, las virtudes del rey en nada difieren de las que él analiza en el retrato del genio guerrero, no caracterizan una especie de guerra o, al menos, si la caracterizan, caracterizan la especie que se aproxima a la guerra absoluta según su concepto. Aun en una guerra de la segunda especie, las virtudes típicas de la guerra absoluta a veces se vuelven necesarias.

En dos ocasiones, el *Tratado* menciona las cualidades que exige la guerra del

[64] VI, 30, p. 590 y p. 603 (848); cf. también VI, 30, p. 600 y p. 614 (860).

[65] IV, 11, p. 281 y p. 264 (470).

[66] VI, 30, p. 596 y p. 609 (855).

Antiguo Régimen, y en dos ocasiones, aunque en la segunda menos[67] que en la primera, Clausewitz las desprecia. En el capítulo 16 del libro III evoca con una condescendencia irónica los métodos seguidos por los generales durante las guerras de gabinete, sin participación del pueblo. Esta antigua conducción de la guerra no excluía una especie de inteligencia o astucia *(Klugheit).* El juego era más diversificado y extendido: "El juego de azar con talegas de oro se trastrueca en juego comercial con grandes monedas".[68] Ridiculiza a los teóricos que ven la suma del arte en las fintas, desfiles, semigolpes y cuartos de golpe, como si esta guerra atenuada, domesticada, asegurara el triunfo del espíritu sobre la materia, mientras que las guerras modernas indicarían una recaída en la barbarie. "Semejante manera de ver es tan mezquina como su objeto. Allí donde faltan grandes fuerzas, grandes pasiones, la agilidad de la inteligencia despliega su juego con más soltura. Pero la conducción de las grandes fuerzas, el timoneo de grandes navíos en medio de la tempestad y las olas encrespadas, ¿no es en sí misma una actividad superior del espíritu?" El timonel clama por una tempestad para tener oportunidad de poner en práctica su virtuosismo.

Por cierto, el practicante de esgrima debe temer que el adversario se arme con un espadón. Por lo tanto, "ay del gabinete que con una política a medias y un arte de la guerra moderada afronte a un adversario que, cual materia bruta, no conozca otras leyes que las dictadas por la fuerza que lo impulsa".[69] Clausewitz jamás expresó la idea complementaria: ay de quien desencadene la tempestad en un sistema de equilibrio interestatal.

En el capítulo 30 del libro VI, cuando trata de la defensa de un teatro de operaciones sin decisión; en otros términos, cuando analiza las operaciones militares en la segunda especie de guerra,[70] compara las cualidades del jefe militar comprometido no en una prueba donde se juega entero sino en una lucha de habilidad *(Kampf der Geschicklichkeit).* Reconoce que el entendimiento reflexivo desempeña un papel más importante cuando en vez de haber un acto único, una gran batalla, se multiplican las combinaciones de tiempo y espacio. La estrategia de maniobras, en caso de equilibrio de fuerzas, cuando la actividad se reduce a operaciones menores, en proporción con fines mediocres, da libre curso e importancia predominante al cálculo astuto *(kluge Berechnung).* Si por una parte éste gana a expensas del azar, por la otra lo hace a expensas de las virtudes del alma atribuidas al genio guerrero, coraje, fuerza, resolución, sangre fría. No obstante, también estas virtudes, en ciertas circunstancias, deben al azar parte de su influencia. No es la habilidad astuta la que domina la violencia de los elementos en los instantes de las grandes decisiones, son las virtudes del alma, el ímpetu del espíritu que capta de un vistazo la situación oscura, los grandes

[67] Recordemos que el capítulo VI, 30 es sin duda más tardío que el capítulo III, 6.

[68] III, 16, ps. 230-231 y p. 210 (410).

[69] *Ibid.*, p. 231 y p. 211 (711).

[70] El lazo entre fin político y objetivo militar sigue siendo equívoco: toda decisión no implica abatimiento; una decisión militar en un teatro de operaciones no siempre implica capacidad para dictar las condiciones de paz.

impulsos que elevan a los hombres por encima de sí mismos; en síntesis, el entendimiento animado por los sentimientos y éstos esclarecidos por aquél.[71]

Hasta allí, el texto del libro VI, aunque menos despectivo en cuanto a la "virtud de habilidad", expresa ideas semejantes a las del libro III. Se ha otorgado a este aspecto de la estrategia de maniobras una falsa importancia. Pero en la página siguiente presenta la guerra de hoy, la que introdujo la Revolución y perfeccionó Napoleón, como un fenómeno tan condicionado históricamente como las guerras del gabinete. Estos cometieron el error de considerar eterna la manera de su siglo; los modernos corren el riesgo de cometer un error similar si estiman que las guerras futuras tendrán todas el mismo carácter que las guerras a ultranza de Napoleón. Ver en la esgrima, en el duelo con floretes con botón, en el juego de las fuerzas equilibradas, la expresión de una cultura o un arte superior, es pecar contra la lógica y la filosofía.[72] Pero la idea contraria, según la cual la guerra lúdica pertenece definitivamente al pasado, manifiesta una falta de reflexión o, por decirlo con una expresión no clausewitziana, una falta de sentido histórico. "Entre los fenómenos nuevos en el arte de la guerra, muy pocos deben atribuirse a nuevas invenciones o a nuevas tendencias intelectuales, pues la mayoría proviene de nuevas situaciones y relaciones sociales. Estas últimas, surgidas durante la crisis de una sociedad en fermentación, no deben tomarse tampoco como norma; ¿acaso no es posible que un gran número de las modalidades bélicas del pasado se manifiesten de nuevo?"[73]

Hostilidades decididas y hostilidades indecisas constituyen, pues, dos tipos históricos en el mismo plano, aunque el primero se aproxime al concepto absoluto y sólo él permita el despliegue integral del virtuosismo del genio guerrero. Más aún, en la página siguiente[74] llega al extremo de negarse a establecer una jerarquía entre la manera de Daun y la de Federico. Alargamiento y elección prudente de las posiciones, por una parte, concentración de un ejército siempre listo para acciones improvisadas, hostigando sin cesar al enemigo, por la otra: "Las dos maneras no derivaban sólo de la naturaleza sino también de las circunstancias;[75] la improvisación es más fácil para un rey que para un jefe militar responsable ante un superior. Queremos recordar una vez más, explícitamente, que la crítica no tiene ningún derecho a considerar las diferentes maneras o métodos como niveles de perfección desigual, de subordinar una a la otra: deben ser ubicadas una junto a otra, y en cada caso incumbe al juicio apreciar su utilización."[76]

Tomado al pie de la letra, este texto destaca el pensamiento de Clausewitz en el sentido del relativismo histórico, mientras que la mayoría de los textos (en particular del libro III y el libro IV) destacan, por el contrario, la exaltación de

[71] Comento el pasaje de VI, 30, ps. 594-595 y ps. 608-609 (854).

[72] La lógica y la filosofía son las que esclarecen el concepto de guerra absoluta.

[73] VI, 30, p. 597 y p. 610 (855).

[74] VI, 30, p. 598 y p. 612 (858).

[75] Entendamos "circunstancias políticas".

[76] VI, 30, p. 598 y p. 612 (858).

las guerras de aniquilación, únicas verdaderas, únicas acordes con el concepto. ¿Entonces la manera de Daun puede ubicarse en el mismo plano que la de Federico, aunque, según un texto del libro VIII (3 B),[77] fue por causa de Daun más que de ningún otro que Federico logró su fin y María Teresa no logró el suyo? Desde luego, aun en este último texto, afirma que según las ideas de la época el mariscal Daun "debía[78] *(muss)* pasar" por un gran jefe militar, pues la crítica admitía "grandeza y perfección de todas las especies". Pero, en este caso, él mismo desecha esta clase de crítica que descuida el principio y el fin de la guerra; en otras palabras, lo que da un sentido, una razón de ser, a las hostilidades mismas.

¿Qué le falta al análisis clausewitziano? ¿La discriminación explícita entre los criterios históricos y los criterios transhistóricos? Históricamente condicionadas, expresión de las ideas e instituciones de cada época, las maneras de conducir las operaciones no se organizan en una jerarquía en cuya cima se situarían las fintas de florete (según los racionalistas y los humanitarios) o el entrechocar de los espadones, las guerras de gabinere o el entrechocar de pueblos. Pero en cada época, sea cual fuere el instrumento, una gana (por lo tanto alcanza su meta) y la otra pierde. En una clase de guerra, en un modo de combatir, una vale más que la otra. Para justificar la negativa a poner a Federico por encima de Daun, hay que admitir que Federico ya no pertenecía a su época, o bien que entre un general responsable ante el soberano y un jefe militar que al mismo tiempo es jefe de Estado la partida no es equitativa. Clausewitz sugiere estas dos ideas y nunca llega a explicitar la discriminación entre la crítica histórica y la crítica transhistórica. Tampoco Montesquieu, quien no condena la esclavitud ni el recurso a las armas sino con parrafadas brillantes, elocuentes o irónicas.

[77] VIII, 3 B, p. 682 y p. 710 (970).

[78] La traducción francesa dice "pouvait", el texto alemán "devait" *(muss)*.

## *CAPITULO VI*

### Defensa y ataque

Clausewitz introduce por primera vez los conceptos de ataque y defensa en el parágrafo 16 del capítulo 1 (libro I), con el propósito de posibilitar, en una conducción de la guerra racional por ambas partes, la suspensión de las hostilidades. ¿Por qué los dos adversarios tienen *al mismo tiempo* interés en esperar? La *polaridad*, por emplear el concepto de Clausewitz –lo que uno gana lo pierde el otro–, parece implicar lógicamente la continuidad de las operaciones. Desde luego, Clausewitz habría podido explicar la discontinuidad por la fricción, por la debilidad de los hombres, por la falta de información, por una u otra de las circunstancias concretas que diferencian *la* guerra según su naturaleza de *las* guerras reales. Creyó encontrar una causa, intrínseca a la guerra abstracta, de la suspensión de las operaciones, a saber: el hecho de que "la actividad bélica se divide en dos formas que, tal como a continuación rigurosamente mostraremos,[1] son muy diferentes y de fuerza desigual. La polaridad existe en relación con el objeto común a una y otra, a saber: la decisión. Pero no en lo que concierne al ataque y la defensa mismos". Estas frases perfilan dos de los temas esenciales: reciprocidad de acción entre ataque y defensa (si uno ataca, el otro se defiende) y asimetría (o no polaridad) entre estas dos formas en razón de la fuerza superior de la defensa.[2]

Un poco más adelante, en el capítulo 2 del mismo libro, la distinción entre ataque y defensa está introducida en términos del análisis que ya hemos comentado[3] y que se centra sobre los medios para acrecentar, para el adversario, la improbabilidad del triunfo y el costo de la lucha. El último medio contemplado, la tercera vía *(der dritte Weg)*, conduce a fatigar al adversario. No se trata, indica Clausewitz, de una expresión figurada; fatigar al adversario es provocar paulatinamente el agotamiento de sus fuerzas físicas y su voluntad. Para resistir

[1] El término alemán es *sachlich* (o *sächlich*, como escribe Clausewitz). La traducción francesa dice *pratiquement*. Creo que el sentido es muy otro. *Sache* o *Ding* remite a la cosa misma, la naturaleza de las cosas, la esencia. ((R.A. traduce *en rigueur. (N.d.T.)*))

[2] Cf. *supra* capítulo III, 1, p. 115 del original; cf. también la Nota XXXVII.

[3] Cf. supra, capítulo III, 4, ps. 135-136 del original.

más tiempo que él debemos contentarnos con los fines más pequeños posibles y, en el límite, llegar a la pura resistencia, "al combate sin intención positiva". Semejante negatividad no puede llegar hasta la pura pasividad, contraria al concepto mismo de la guerra, sino que la resistencia, en esta eventualidad, no persigue más fin que causar al enemigo bajas superiores a las que sufrimos nosotros.

Clausewitz utiliza aquí la noción de intención negativa, ligada a la noción de defensa, para designar un acto de guerra, un combate, que no persigue más fin que impedir que el enemigo alcance el suyo. Quien quiere fatigar al enemigo, o sea prevalecer sobre él resistiendo más tiempo, tiene que reducir los riesgos; si grandeza y certeza del triunfo son inversamente proporcionales entre sí, si sólo los triunfos pequeños son seguros, el bando que quiere prevalecer mediante el "desgaste" compensará por el número de triunfos la mediocridad de cada uno de ellos o, dicho de otro modo, apostará a la duración de las hostilidades. Es aquí donde Clausewitz encuentra por segunda vez la distinción entre ataque y defensa que preside el dominio entero de la guerra.

Esta segunda mención nos aporta conceptos y temas igualmente importantes; intención positiva o negativa (o incluso fin positivo o negativo); contradicción entre amplitud de la victoria y seguridad; por último, una de las modalidades de la defensa, la pura resistencia *(Widerstand)* del bando de fuerzas inferiores. De esta modalidad de la defensa con el mínimo de actividad y de fin positivo nos da un ejemplo, varias veces citado, la estrategia de Federico II en la última fase de la Guerra de los Siete años.

Este tema, central en el pensamiento de Clausewitz, constituye el objeto de los dos libros VI y VII, el último de los cuales nos ha llegado como un boceto, tal como se encontraba en 1827, en el momento de la redacción de la *Advertencia.* El libro VI, de lejos el más largo del *Tratado* (casi un cuarto del total), se considera hoy el menos interesante porque se demora extensamente en cuestiones militares e incluso técnicas, defensa de las montañas, ríos, bosques, pantanos. Contiene también capítulos célebres, el sexto sobre el equilibrio en la República de los Estados europeos, el vigesimosexto sobre el armamento del pueblo y sobre la guerrilla.

En la *Nota final,* Clausewitz se refiere al libro VI con una severidad al principio sorprendente. El libro VI, escribe, debe ser considerado un simple ensayo *(Versuch);* yo lo habría revisado *(umarbeiten)* íntegramente y habría buscado una solución *(Ausweg)* diferente. La traducción misma de esta frase se presta a discusión. En el texto francés *Versuch* se transforma en *esquisse* ("boceto", "plan"). ¿Se puede llamar "boceto" a treinta capítulos que abarcan más de 200 páginas en total y que se cuentan entre los más desarrollados del *Tratado?* Clausewitz juzga que el ensayo de una teoría de la defensa aún no está a punto. Otra dificultad, más grave: ¿cómo hay que entender *Ausweg* (salida, solución)? ¿Hay que traducir *Ausweg* por conclusión?[4] ¿Clausewitz quiere tomar otro camino para llegar a la meta (lo cual sugieren los términos: *anders den Ausweg suchen)?* En otras palabras, ¿no le satisface el fondo de las ideas, el orden seguido o los argumentos utilizados?

[4] Como lo hace la traducción francesa.

Que yo sepa, ninguno de los comentaristas, aun entre los más eruditos o los más datos a la reflexión filosófica, ha consagrado a estos problemas un estudio riguroso y detallado. H. Rosinski, en el artículo citado más arriba, otorgaba mucha importancia a este pasaje de la *Nota final*[5] porque reprochaba al general von Caemmerer haber retomado, para justificar la tesis de la fuerza superior de la defensa, la argumentación del libro VI, que Clausewitz habría rechazado explícitamente (lo cual me parece, en el estado actual de nuestra información, una afirmación infundada). La *Nota final* menciona, entre las proposiciones evidentes, aquella según la cual la defensa es la forma más fuerte con fin negativo. La dialéctica y la asimetría del ataque y la defensa por cierto siguen teniendo validez para Clausewitz, aun en el estadio final de su pensamiento. ¿Sobre qué habría centrado, entonces, la revisión de conjunto? ¿Cuál habría sido la salida o el camino seguido?

No tengo la pretensión de descifrar el enigma, sino de plantear el problema: si admitimos que la revisión de los dos primeros libros es posterior a 1827, ¿en qué necesita el libro VI una revisión exigida por los últimos progresos del pensamiento de Clausewitz? Para formular al menos algunas hipótesis, he elegido el método siguiente: comenzaré exponiendo, tan rigurosa y sistemáticamente como sea posible, las ideas rectoras del libro VI tal como nos llegó; a continuación buscaré cuáles defectos tiene en sí mismo, en relación con las exigencias analíticas y expositivas de Clausewitz; por último, me preguntaré si la revisión, por lo que podemos adivinar, habría atendido al orden, al ajuste del texto, o habría modificado algunos de los argumentos principales.

## *1. La dialéctica de la defensiva y la ofensiva*

El libro VI se divide en tres secciones: La primera, que abarca los nueve primeros capítulos, presenta el carácter más abstracto, define los conceptos, la acción recíproca de la defensa y el ataque y la renovación de los medios empleados por una y otra parte, la complementaridad de las dos formas, el papel del ataque en la defensa y el de la defensa en el ataque, los diferentes niveles, táctica y estrategia, batalla, teatro de operaciones y guerra donde opera esta dialéctica, los factores de fuerza de la defensa y la diversidad de modos de resistencia. En esta primera parte, la tesis de la fuerza superior de la defensa está establecida tanto en lo abstracto como por referencia a la experiencia histórica. En la segunda sección, Clausewitz estudia en detalle algunos de los medios de la defensa (plazas fuertes, posiciones defensivas), la utilización de los obstáculos naturales (montañas, ríos, bosques, pantanos), así como ciertas operaciones estratégicas (posición de flanco, acción de flanco, retirada al interior del país, armamento del pueblo). El conjunto de los cuatro últimos capítulos parece tener por objeto distinguir la defensa según el teatro de operaciones comporte o no una decisión. Recordemos que en el capítulo I, 1 ataque y defensa se relacionan con la decisión; el capítulo 30 estudia largamente lo que ocurre cuando ninguno de los beligerantes busca la decisión; los dos últimos capítulos se acercan manifiestamente, en su temática, a la *Advertencia de 1827* y al libro VIII.

[5] Rosinski, *art. cit.* p. 291 (nota).

La primera y la última sección nos interesan más que las demás. Suponiendo que tales o cuales análisis técnicos, tácticos o estratégicos le hubieran parecido imperfectos a Clausewitz, sólo un especialista en historia militar podría discernir los puntos sobre los cuales habría hecho autocrítica. Por lo demás, como sabemos que hacia el final de su vida Clausewitz centraba su meditación sobre lo esencial, sobre la naturaleza de la guerra, sobre la relación entre el concepto y la realidad, sobre la inserción de la política aun en los detalles de las operaciones militares, la voluntad de revisión, suponiendo que ésta fuera más allá de una mejor redacción, contemplaba probablemente las secciones 1 y 3, donde se encuentra la dificultad central: ¿qué decir de la guerra en cuanto tal a partir del momento en que se ha comprendido que no es una cosa independiente y que no es algo modificado por la política sino acción política en sí misma?

Sin obligarnos a seguir el orden de exposición del libro VI y el libro VII, tratemos de presentar con la mayor claridad posible, y respetando el vocabulario del autor, las proposiciones principales de la primera sección del libro VI.[6]

¿Cómo definir la defensa? ¿Por el fin? En este caso, ella se propone *conservar.*[7] ¿Por su rasgo específico *(Merkmal)?*[8] En este caso, consiste en *esperar (abwarten).* Una espera pasiva, sin hacer nada que no se relacionara con el ataque para provocar su fracaso, dejaría de pertenecer a la guerra: la defensa, según su concepto, *rechaza (abwehrt)* al atacante o lo *resiste.* Clausewitz no emplea indiferentemente ambos términos, *abwehren* y *Widerstand.* El primero es el más general, el único pertinente: designa el acto que se opone *efectivamente* al ataque, y por lo tanto el que le hace frente, el que provoca su fracaso. Rechazar un asalto, parar un golpe, permite alcanzar el fin de la defensa, o sea guardar o conservar.

Clausewitz utiliza aparentemente tres nociones para definir la defensa, *rechazar, esperar* y *conservar;* el primero es concepto *(Begriff);* el segundo, característica *(Merkmal);* el tercero, fin. En realidad, según él, la primera noción —rechazar—, condición necesaria para conservar, incluye en sí la segunda, el hecho de esperar. En el capítulo 8 vuelve sobre el lazo indisoluble entre rechazar y esperar, insiste sobre la importancia extrema de este último concepto, jamás elaborado hasta el presente por los teóricos.[9] Como no distingue conceptualmente entre defensa y defensiva, la defensa se relaciona, según el espacio, con el país, el téatro de operaciones o la posición, y según el tiempo con la guerra, la campaña o la batalla. Defenderse es dejar al otro la iniciativa del ataque (o la ofensiva), esperarlo para rechazarlo.

De estas definiciones iniciales se deducen dos consecuencias aparentemente divergentes, pero en realidad compatibles e incluso complementarias. El concepto de ataque[10] es en sí mismo un concepto completo. "((. . .)) La defensa no

[6] Utilizo aquí y allá los capítulos correspondientes del libro VII.

[7] VI, 1, ps. 400 y 396 (614).

[8] VI, 1, p. 400 y p. 395. La violencia es el rasgo característico de la guerra, su medio propio.

[9] VI, 8, p. 427 y p. 424 (648).

[10] O de ofensiva.

puede ser pensada sin contraataque *(Rückstoss);* éste constituye una parte necesaria de ella. No ocurre lo mismo con el ataque; el golpe, o bien el acto de atacar, es en sí un concepto completo *(vollständig);* la defensa no le es necesaria en sí, pero el tiempo y el espacio a los cuales está ligado le imponen la defensa como un mal necesario."[11] La defensa es, pues, doblemente compleja: la espera forma parte de la defensa porque el atacante tiene la iniciativa y el defensor no para los golpes sino hasta el momento en que se asestan; la dualidad interna de la defensa resulta, pues, en un primer sentido, de la introducción del concepto de espera por parte de Clausewitz. Por lo demás, la defensa, en el sentido completo del término, supone que en una fase ulterior se dan los golpes que se han recibido, que no nos contentamos con pararlos. La defensa sólo se cumple con los golpes asestados; luego, si se quiere, con el contraataque.

De este análisis se desprende, a mi entender, una distinción entre dos conceptos de la defensa; el concepto más general y el más estrecho se definiría por el acto de rechazar el asalto o parar los golpes, o sea por la espera de un ataque, acto o espera cuyo fin es conservar. El atacante, llegado al punto culminante de la victoria, no dispone más de fuerzas suficientes para continuar su empresa, y por lo tanto queda reducido a la defensiva, espera, se dispone a rechazar el contraataque del defensor, que ha cambiado de papel. La defensa, en su concepto completo, *espera* o *para* los golpes para después *devolverlos.* El ataque comporta siempre, de hecho, elementos de defensa, pero de una defensa débil, pues se desarrolla en condiciones donde faltan todos sus principios de eficacia.

La segunda deducción extraída de las definiciones de ataque y defensa es que la prioridad vuelve sobre ésta; en la realidad, es obvio que el ataque determina la defensa y viceversa. La prueba de fuerza y voluntad, característica de la guerra o, más generalmente, de todos los conflictos, obliga al atacante a tomar las medidas apropiadas para triunfar sobre los medios de la defensa, así como ésta se organiza para impedir que el atacante alcance sus fines. Queda por determinar cuál de los dos conceptos debe ser elegido como punto de partida.

La respuesta dada por Clausewitz, que fascina a uno de sus lectores más ilustres, Lenin, respuesta formulada en dos ocasiones, con algunas páginas de diferencia, es que conviene tomar como punto de partida la defensa, no el ataque. "La guerra se impone al defensor más que al conquistador porque es la irrupción de éste lo que ha provocado la defensa y, al mismo tiempo, la guerra. El conquistador siempre ama la paz (como lo fingió constantemente Bonaparte), de buena gana penetraría pacíficamente en nuestro Estado; para que no pueda hacerlo debemos querer y también preparar la guerra; en otras palabras: son justamente los débiles, obligados a la defensiva, quienes siempre deben *(sollen)* estar prontos y no dejarse sorprender. Así lo quiere el arte de la guerra."[12]

Clausewitz no bromea, aunque Lenin haya considerado esta observación como una broma y sus discípulos hayan dado muchas pruebas de un amor por la paz superior, en el mismo estilo, al de Napoleón. La elección del punto de partida

[11] VII, 2, p. 606 y p. 625 (873).

[12] VI, 5, ps. 416 y 413 (634).

resulta de los conceptos mismos o más bien de la finalidad de las dos acciones. Si el ataque tiende a conquistar, no lleva en sí la idea de guerra o lucha, tiene por fin la toma de posesión. "Si pensamos filosóficamente el origen de la guerra, el concepto propio de ésta no nace con el ataque porque el fin absoluto de éste no es tanto la lucha como la toma de posesión. Nace con la defensa, pues ésta tiene la lucha como fin inmediato, puesto que rechazar y luchar manifiestamente son una sola cosa."[13]

¿Se trata de un juego conceptual? ¿El orden de las dos nociones supone consecuencias teóricas o praxiológicas? Conquistar y conservar se oponen, en rigor, sólo en la medida en que la conquista equivale a la toma de posesión de un objeto cualquiera. Como las operaciones militares se desarrollan en el espacio, Clausewitz confunde implícitamente, en sus definiciones iniciales, la intención o el fin positivo con la penetración en el espacio del otro. Desde luego, según él, aparece primero en el teatro de operaciones el que está adelantado en su preparación.[14] El estado respectivo de preparación de los beligerantes, muchos más que la intención ofensiva o defensiva, es lo que determina la entrada en el teatro de operaciones. Pero no es menos cierto que, estratégicamente, el ataque se cumple con el desplazamiento hacia el territorio del Estado enemigo. La toma de posesión del espacio se transforma en la finalidad del ataque.

Un defensor, tal cual se lo describe en el capítulo VI, 5,[15] con fortalezas, un ejército, un jefe, fija, pues, las primeras leyes de la guerra, obliga al atacante a trazar su plan en función de los preparativos anteriores de su enemigo. Simultáneamente el defensor conserva[16] la ventaja de jugar segundo.[17] La prioridad temporal de la defensa sobre el ataque, según este análisis, comportaría implicaciones praxiológicas. En la acción recíproca, por naturaleza indefinida, el defensor gozaría de la doble ventaja de iniciar la guerra y mostrar último los naipes.

Estos análisis, iniciales y sumarios, nos permiten discernir ya varias clases de complementaridad y asimetría entre estos conceptos y los actos que designan. La defensa necesita del ataque para convertirse en un concepto completo en función de la naturaleza misma de la guerra: sería contrario a la naturaleza de ésta recibir golpes sin devolverlos. El ataque necesita de la defensa , no tanto en el plano abstracto sino en el real, pues se desarrolla en el tiempo y el espacio y pierde progresivamente la superioridad que lo fundamenta. El ataque procura conquistar, no combatir; sólo la defensa tiene por finalidad inmediata y absoluta la lucha. Entre el ataque y la defensa, una vez iniciada la acción, hay necesariamente acción recíproca: cada cual quiere cumplir con su intención, positiva si se trata de conquistar, negativa si se trata de conservar. La intención negativa se define por la negación, la aniquilación de la intención positiva del atacante. Si

[13] VI, 7, p. 425 y p. 421 (644).

[14] VI, 5, p. 416 y p. 413 (634).

[15] P. 416 y p. 413 (634).

[16] VI, 28, ps. 564 y 574 (814).

[17] Referencia al juego de cartas *(Hinterhand)*. En el capítulo 16 del libro VII escribe exactamente lo contrario. VII, 16, p. 638 y p. 660 (912). Cf. Nota XXXIX.

éste no conquista lo que quería conquistar, el defensor ha cumplido su intención, cumplimiento que Clausewitz, en estos primeros capítulos, no juzga en cuanto tal suficiente para adecuarse al concepto de la guerra.

Una última dialéctica, y la más importante –relación de conceptos contrarios con tránsitos incesantes de un contrario al otro–, resulta de las dimensiones, espaciales y temporales, de lo que el defensor quiere conservar, país, teatro de operaciones, campo de batalla. Una vez planteado que la defensa resulta de la posición de espera adoptada por una de las partes, que el defensor espera al atacante ante su posición, en su teatro de operaciones, en su país, se vuelve evidente, por otro rodeo, que toda defensa comporta elementos de ataque. A través de su país, en el teatro de operaciones, en el campo de batalla, el defensor emplea ya la forma del ataque o la forma de la defensa. El conjunto *guerra defensiva* implica batallas ofensivas. El conjunto *defensa de un teatro de operaciones* implica combates ofensivos. El conjunto *combate* o *batalla* implica aquí defensa y allá ataque. La espera[18] del atacante en nuestro terreno –país, teatro de operaciones, campo de batalla– es lo que constituye un elemento esencial de la defensa. Cuando el otro elemento –la acción–[19] sobreviene, la defensa tiende a disolverse en el ataque o la distinción a diluirse.

"Se puede, pues, en una campaña defensiva asestar golpes ofensivos; en una batalla defensiva emplear ofensivamente algunas de las propias divisiones; instalados simplemente en una posición, para enfrentar un asalto enemigo le arrojamos obuses ofensivos. La forma defensiva de la conducción de la guerra no es, pues, un mero escudo, sino un escudo formado por golpes hábiles."[20]

Estas relaciones, por una parte conceptuales, por otra parte reales, sirven para introducir la fórmula, o mejor dicho las dos fórmulas que resumen la fuerza relativa de la defensa y el ataque. Según la *Nota final*, la defensa sería la forma más fuerte con fin negativo, el ataque la forma más débil con fin positivo. Según un texto del capítulo VI, 8, la defensa sería la forma más fuerte de la guerra con el propósito de vencer con más seguridad al adversario *(die stärkere Form des Krieges um den Gegner um so sicherer zu besiegen)*.[21] Estas dos fórmulas se contradicen en apariencia: la última acuerda más a la defensa que la primera. Si la defensa en cuanto tal es la más fuerte, conduce a la victoria más segura, goza de las ventajas combinadas de la seguridad y la grandeza del triunfo. Suponiendo que exprese fielmente el pensamiento de Clausewitz, no se aplica sino al concepto total[22] de defensa, que integra no sólo la acción o el contraataque sino la decisión. No puede aplicarse a la defensa en el sentido estrecho de la palabra, que se contenta con esperar o rechazar.

[18] VI, 8, p. 427 y p. 424 (648).

[19] Este segundo elemento es ya la acción (por oposición a la espera), ya la decisión o contraofensiva (por oposición al fin negativo).

[20] VI, 1, p. 399 y p. 395 (614-615).

[21] VI, 8, p. 427 y p. 424 (649). Un poco más adelante escribe *leichter* en vez de *sicherer* (más *fácilmente* en vez de más *seguramente*).

[22] Este segundo concepto de la defensa es ya la acción (por oposición a la espera), ya la decisión o contragolpe (por oposición al fin negativo).

¿Por qué la defensa es la forma más fuerte de la guerra? Clausewitz da dos argumentos, de carácter general, que a su juicio presentan un carácter de evidencia. Es más fácil conservar que tomar. Ello sucede tanto en tiempos de guerra como en los litigios jurídicos:[23] *beati sunt possidentes.*[24] La segunda razón se infiere a la vez de la experiencia y del razonamiento. ¿No muestra la historia que la parte más débil elige casi siempre la defensiva? ¿No es ello prueba de que esta forma tiende a compensar la inferioridad y por lo tanto es en cuanto tal más fuerte que la otra? Más aún, si el ataque que contempla un fin positivo fuera al mismo tiempo la forma fuerte, ¿por qué uno de los bandos permanecería a la defensiva? Si uno se resigna a un fin negativo, impedir que el otro alcance sus fines, es porque cuenta, esperando al adversario y rechazándolo, con alcanzar poco a poco el momento en que se invierta la relación de fuerzas.

Más allá de estos dos argumentos, que denominaremos de sentido común, Clausewitz procede a análisis que, sin contradecirse, carecen de una organización rigurosa y quizá fueron escritos en diversos períodos. Se pueden distinguir los capítulos 2, 3 y 4, comparación de las ventajas respectivas del ataque y la defensa, a partir de una enumeración de los factores que actúan de manera diferente sobre una u otra forma. Los capítulos 6 y 8, "Amplitud de los medios de defensa" y "Modalidades de la resistencia", recurren a un vocabulario un poco diferente (medios, por una parte, especies o modalidades de la resistencia, *Widerstandsarten*, por la otra).[25] Clausewitz no sólo distingue especies diferentes de resistencia, sino que descubre además dos especies de reacción, dos clases de decisión, según el atacante deba su pérdida a la espada del defensor o a sus propios esfuerzos. Da la impresión de que Clausewitz, cuyos discípulos alemanes extrajeron ante todo una doctrina de ofensiva a ultranza en vista de la victoria de aniquilación, en el *Tratado* se hubiera interesado poco en la ofensiva, pues como ésta no tenía más que un principio ofrecía poco material para el análisis.[26]

La demostración analítica de la fuerza superior de la defensiva exige ante todo una enumeración de las causas o factores que influyen en el resultado de una batalla, de una campaña o una guerra, y cuya influencia varía según la forma, ofensiva o defensiva, escogida. Clausewitz encuentra tres de estos factores en el nivel de la táctica, seis en el nivel de la estrategia. Los tres factores que influyen en los resultados de la táctica —excluyendo los factores no afectados por la elección del ataque y la defensa— son: 1) *la sorpresa,* 2) *la ventaja del*

[23] Añade: tan parecidos a la guerra, VI, 1, p. 400 y p. 396 (614). No ignora, pues, la comparación entre las diversas clases de conflictos, tan corriente en nuestra época.

[24] Clausewitz cita dos veces la fórmula.

[25] Clausewitz emplea siempre la palabra *Art,* especie, para designar una distinción cualitativa. No confunde tal oposición con el más y el menos. Hay una *sola modalidad de ataque,* pero es más o menos fuerte. VII, 2, ps. 608-609 y ps. 626-627 (873-874). *Unterschiede in den Graden nicht in der arte:* diferencias de grado, no de especie.

[26] Se pueden hacer dos observaciones sobre este punto: quien toma la ofensiva es el bando superior; en estas condiciones, le es fácil ganar, luego no necesita teóricos. Por la otra, los medios del ataque se determinan en función de los modos posibles de la defensiva; el análisis de la defensiva contiene, pues, en sí mismo una lección para quien realiza el ataque.

*terreno (Gegend)*[27] y 3) *el asalto lanzado simultáneamente desde varios lugares.* A estos tres factores se añaden, cuando se llega a la estrategia, otros tres: 4) el apoyo del *teatro de operaciones* gracias a las fortalezas y todo cuanto las acompaña, 5) el *sostén del pueblo,* 6) la utilización de *grandes fuerzas morales.*

En el *Tratado,* consagrado a la guerra grande, Clausewitz no aborda los problemas de la táctica sino marginalmente, allí donde el análisis estratégico no puede lograrse sin referencia al combate, que finalmente lo decidirá todo. En táctica, el atacante se beneficiaría un poco con el primer y tercer principios de la victoria,[28] de ningún modo con el segundo. El bando ofensivo goza de la ventaja del ataque por sorpresa decisivo (con todas las fuerzas).[29] No obstante, el defensor, en el curso del combate, puede sorprender constantemente por la forma y la fuerza de sus asaltos.[30] Por último, es obvio que el defensor tiene la ventaja de la posición, dado que él la ha elegido.

Más que estas rápidas observaciones, lo que me parece más interesante, en sí y en cuanto al resto, en este capítulo, es el estudio de los cambios sucesivos de la defensa y el ataque, según el modelo popular de la lucha de la coraza y la espada. En las Guerras de los Treinta Años y la Sucesión Española, el despliegue y la disposición de las tropas constituían lo esencial. El defensor, por regla general, tenía la ventaja en cuanto realizaba la primera de estas operaciones. La ventaja desapareció cuando el atacante adquirió cierta capacidad de maniobra. El defensor reencontró la superioridad protegiéndose detrás de las montañas, los ríos, los valles profundos. Esta superioridad del defensor desapareció una vez más cuando el atacante alcanzó cierta movilidad y una habilidad que le permitieron aventurarse en un terreno escarpado (o accidentado) y atacar en columnas separadas. De golpe el atacante pudo rodear al defensor. Este se vio, pues, obligado a extender sus líneas cada vez más delgadas. El atacante recobró la superioridad, ya que se volvió capaz de romper las líneas concentrando fuerzas en un pequeño número de puntos. Durante las últimas guerras (a saber: las de la Revolución y el Imperio), la defensa se adaptó nuevamente a este estilo de ataque, y también ella concentró las masas no desplegadas, cubiertas, prontas para frustrar los planes del enemigo a medida que éstos se desarrollaban. La defensa del terreno, parcialmente pasiva, no queda por lo tanto excluida; presenta demasiadas ventajas para no producirse con frecuencia en el curso de una campaña, aunque no por ello representa, en general, la idea principal.[31]

Clausewitz se opone, pues, a la idea de que una batalla aceptada, por lo tanto defensiva, ya esté perdida a medias; como táctico, adopta una actitud muy

[27] Clausewitz, para lo que nosotros denominamos *terrain* (terreno) emplea la expresión *Gegend und Boden,* el sitio y el suelo. Cuando emplea una sola de estas dos palabras, yo empleo *terrain.*

[28] Lo que hemos llamado factores o causas. En la página precedente escribe simplemente tres "cosas" *(Sachen).*

[29] VI, 3, p. 404 y p. 400 (619).

[30] Empleo el término *assaut* (asalto) para traducir *Anfall* a fin de distinguirlo de *Angriff.* Un *Anfall* es, en general, un ataque particular.

[31] VI, 2, p. 404 y p. 401 (620).

alejada de los doctrinarios de la ofensiva a cualquier costo. Más aún, un texto de este orden revela el mejor aspecto del espíritu de Clausewitz, el valor permanente de las lecciones que nos brinda: el antidogmatismo, el sentido histórico y la renovación incesante de los métodos. Las tesis doctrinales que plantean la superioridad táctica de la defensa o del ataque vienen de la generalización ilegítima de un momento transitorio del arte de la guerra.

Pero, se dirá, si no hay superioridad permanente del ataque o la defensa en el dominio de la táctica, ¿por qué lo habría en el dominio de la estrategia? La respuesta, no formulada explícitamente por Clausewitz, me parece la siguiente: la mayoría de las ventajas de que goza la defensiva —la elección del terreno, el apoyo del pueblo, el desgaste del ataque— no son afectadas por los cambios históricos, o sólo lo son mínimamente. En cambio, ataque y defensa táctica, en una dialéctica incesante, se aseguran alternativamente la superioridad. La constancia de los principios estratégicos no contradice la originalidad radical de cada constelación, una originalidad que excluye toda lección dogmática; así como la mutabilidad histórica de los métodos tácticos no impide, en una época dada, las instrucciones fundamentadas en regularidades.

De los tres principios de victoria, el primero,[32] el terreno, se encuentra, en la estrategia, del lado del defensor, reforzado por otros dos: las fortalezas y, de manera general, el teatro de operaciones, el apoyo del pueblo. Si el defensor ha dejado avanzar al atacante, éste combatirá en país hostil, y el día en que el ataque haya agotado sus energías tendrá que pasar a la defensa en las condiciones menos favorables. Falta considerar, pues, los otros dos principios, sorpresa y ataque concéntrico.

¿Es necesario recordar al lector que estos dos principios han desempeñado, en el período que separa la redacción del *Tratado* del presente libro, un papel históricamente decisivo? "Un ataque por sorpresa *(Uberfall)*, en la estrategia, a menudo ha terminado una guerra entera de un solo golpe. Pero de nuevo hay que destacar que el empleo de este medio supone, por parte del adversario, errores graves, decisivos, raros."[33] Por lo tanto, es más importante en estrategia que en táctica, pero en circunstancias determinadas. Ni en estrategia ni en táctica la concentración de fuerzas incumbe sólo al atacante. Eligiendo bien su posición, el defensor tiene todas las probabilidades de ver cómo el atacante aparece delante de él para librar batalla. Eventualmente, incluso, por motivos de avituallamiento, el atacante tendrá que dividir las fuerzas y entonces el defensor podrá atacar, con sus fuerzas congregadas, una fracción de las fuerzas del atacante. El tercer principio, que en estrategia se presta al análisis más extenso, es el del ataque desde varios flancos, o sea el papel que hay que adjudicar a los movimientos de tropas con el propósito de rodear, envolver al enemigo. En este punto, Clausewitz vuelve a las clásicas controversias sobre las líneas exteriores e interiores, sobre la excentricidad de la defensa y la convergencia del ataque. Vuelve varias veces sobre este conjunto de problemas.

[32] En el capítulo que trata sobre la táctica, figura en segundo lugar; en el capítulo siguiente, que trata de estrategia, es el primero.

[33] VI, 3, p. 407 y p. 404 (623).

Los principios 4 y 5 –apoyo del teatro de operaciones y apoyo del pueblo– favorecen evidentemente al defensor. Fortalezas, ríos y montañas entorpecen el movimiento; por lo tanto, frenan al atacante, que lo apuesta todo a la rapidez, al ímpetu continuo hasta la victoria. El pueblo, a menos que reciba al atacante con simpatía, por hostilidad a su Estado o sus príncipes, colabora en la defensa, al menos mediante la creación de un medio propicio y mediante los informes que aporta, en los casos extremos armándose y participando en la guerra pequeña.

En cuanto al último principio, la utilización de las fuerzas morales, Clausewitz reconoce que favorece ante todo al atacante, e incluso admite que lo favorece la mayoría de las veces. Pero en este capítulo 2 concluye la revista de los seis principios con las líneas siguientes: "Queda aún por citar un principio segundario *(Klein)* que todavía no hemos considerado. Se trata del coraje, del sentimiento de superioridad que experimenta el ejército que tiene conciencia de pertenecer al bando que ataca. La idea es en sí misma verdadera, pero este sentimiento desaparece enseguida en el sentimiento más general y más fuerte que inspiran a un ejército sus victorias y derrotas, el talento o la incapacidad de su jefe".[34]

Me parece legítimo dividir estos principios en tres categorías: la primera, que denominaremos propiamente estratégica,[35] abarca la sorpresa y el envolvimiento, o sea los movimientos de tropas por los cuales cada bando procura sorprender al adversario concentrando las fuerzas en un punto determinado, e incluso los movimientos por los cuales cada bando procura librar batalla en las condiciones más favorables para la magnitud o la seguridad del triunfo, para la explotación de la victoria. En este capítulo, Clausewitz retoma las controversias clásicas, en su época y después de él, sobre las líneas de operación.

La segunda categoría se relaciona con los medios materiales que utiliza el defensor para obstaculizar al atacante, ya los medios sean suministrados por la naturaleza (montañas, ríos, pantanos), o preparados por los hombres (fortalezas).

La tercera categoría abarca las fuerzas morales, por una parte la del pueblo, cuya movilización más o menos activa provoca el atacante; por otra parte, la del ejército, primero llevado por el entusiasmo de la conquista, pero pronto desgastado por las ordalías de la empresa, a medida que ésta se prolonga, es decir a medida que el fin mismo del ataque, la decisión, no se alcanza.

Es relativamente fácil exponer las ideas principales de Clausewitz organizando, como acabamos de hacerlo, los principios de victoria enumerados de modo diferente en los capítulos 3 y 6. Pero estos dos capítulos tienen un carácter estrictamente analítico o abstracto: Clausewitz deduce las consecuencias de la naturaleza de la cosa o la cosa misma *(Natur der Sache, Sache selbst).* Las proposiciones en las que desembocan estos análisis no son verdaderas sino

[34] VI, 3, p. 409 y p. 407 (627).

[35] Recordemos que, después de Clausewitz, la victoria es una noción táctica, no estratégica. "En la estrategia, no hay victoria [. . .] El éxito estratégico es, por una parte, feliz preparación de una victoria táctica; por la otra, el éxito estratégico consiste en la explotación de la victoria obtenida", VI, 3, p. 406 y p. 403 (622).

tomadas aisladamente. El defensor dispone *normalmente* de la ventaja del terreno porque él lo ha elegido, pero la decisión y el momento dependen todavía del atacante.[36] Puede suceder que el atacante sitie nuestras fortalezas y así nos obligue a enviar un ejército de auxilio y, al mismo tiempo, a pasar a la acción positiva.[37] En otros términos, a cada instante debemos cuidarnos de tomar los análisis, fundamentados a la vez en conceptos y ejemplos históricos, pero siempre parciales, como si dictaran preceptos por sí mismos. El análisis teórico del ataque y la defensa no es más praxiológico, por sí mismo, que el análisis económico de la oferta y la demanda.

### *2. Las especies de resistencia; las posiciones de flanco; las dos clases de guerra*

En la primera sección de libro VI, el capítulo 8 tiene un lugar aparte, Trata un tema retomado en la última sección del libro, a partir del capítulo 27. Analiza no los *medios* de la defensiva en abstracto, aisladamente, sino las *especies* de resistencia.

Por defensa (o defensiva), Clausewitz designa, en el más alto nivel de abstracción, la actitud del bando que se propone conservar lo que posee, sus fuerzas armadas, su territorio, su Estado. Si la finalidad del ataque parece contemplar específicamente la conquista espacial, la defensa se propone ante todo la conservación del territorio. Como las operaciones duran y se desarrollan en el espacio, la defensa a menudo se aviene a sacrificar una parte del territorio a fin de diferir el momento del combate.

La resistencia *(Widerstand)* se sitúa en un nivel menos elevado de abstracción, abarca el conjunto de las acciones, incluidos eventualmente los ataques parciales o locales, que procuran alcanzar el fin propio de la conducta defensiva de la guerra. También Clausewitz opone los medios de la defensa (análisis de los *medios* aislados a fin de considerar unos después de los otros) a las *especies* de resistencia, modalidades distintas de la estrategia.

Según W. M. Schering el capítulo 8 ("Especies de resistencia") estaría tomado de una versión muy vieja (versión de Coblenza) del *Tratado.*[38] Al margen de argumentos tomados de manuscritos que no conocemos y probablemente nunca conoceremos, el estilo, por momentos, se parece al de los capítulos cortos del libro I, que Schering igualmente atribuye al mismo período. Por ejemplo, el gusto por las fórmulas, concretas y abstractas a la vez, infunde a ciertos pasajes una belleza extraña y casi salvaje: "No es el gran número de posiciones inexpugnables que se encuentran por doquier, ni el aspecto aterrador de las sombrías moles montañosas que dominan el teatro de guerra, ni el gran río que lo atraviesa, ni la facilidad con que ciertas combinaciones de combates paralizan realmente el músculo destinado a golpearnos: no son estas cosas la

[36] VI, 8, ps. 430-431 y p. 428 (653).

[37] VI, 8, p. 431 y p. 429 (654).

[38] Schering, *Wehrphilosophie*, Leipzig, J. H. Barthe, 1939, p. 251.

causa del triunfo que a menudo logra el defensor sin derramar sangre, sino la débil voluntad del atacante que avanza con paso indeciso".[39]

La idea, así como el estilo, sugiere un texto relativamente temprano. No es que la idea expresada –la debilidad de voluntad del ataque es lo que permite a la defensa triunfar sin combatir, por simples combinaciones estratégicas– no subsista en el pensamiento final, sino que, con esta forma, es anterior a la toma de conciencia de la pluralidad, de la heterogeneidad histórica de las guerras, pues las guerras surgidas de tensiones débiles no son menos guerra que las que se aproximan a la guerra absoluta. Clausewitz ya ha reconocido el *condicionamiento* político de las guerras, no la *penetración de la integridad del acto bélico por la política.* Se expresa aún como si la guerra se convirtiera en una semicosa *(Halbding)* a causa de la multiplicidad de las consideraciones políticas que se mezclan con ella. El tono despectivo que reserva a esta semicosa, a las combinaciones estratégicas sin derramamiento de sangre, concuerda más con el humor de Clausewitz en vísperas de la aventura napoleónica que con el estado de ánimo del último período.

Más aún, ciertas frases de este capítulo parecen casi incompatibles con el contenido de los capítulos precedentes. Así, en medio del capítulo, escribe de pronto: "Así creemos haber medido y abarcado el dominio entero de la defensa. Es cierto que aún quedan, en la defensa, bastantes objetos tan importantes como para formar secciones separadas, o, dicho de otro modo, para devenir el punto central de sistemas de ideas que también debemos estudiar: la esencia y la influencia de las plazas fuertes, de los campamentos con trincheras, de la defensa de las montañas y los ríos, de la acción de flanco, etc. Los trataremos en los capítulos siguientes; pero todos estos objetos no nos parecen exteriores a la serie de nociones que acabamos de seguir; no son más que su aplicación más detallada a los lugares y las circunstancias. Esta serie de nociones se desprende para nosotros del concepto de la defensa y su relación con el ataque; hemos adjudicado a la realidad nociones simples y así demostrado por cuál camino se puede ir de la realidad a dichas nociones simples y así ganar un fundamento sólida que sustrae nuestros razonamientos a la obligación de buscar refugio en puntos de apoyo que a su vez flotarían en el aire".[40]

Si en el capítulo 8 no menciona las plazas fuertes ni las montañas, las hace figurar en los capítulos 2 y 6, entre los principios que favorecen la defensa. En caso de que hubiera redactado este capítulo después de los precedentes, normalmente habría debido, en vez de escribir que había omitido estos obstáculos naturales o artificiales, recordar que ya los había indicado.

En el comienzo del capítulo 27 Clausewitz escribe: "Tal vez habríamos podido contentarnos con hablar de los medios de defensa más importantes y no

[39] VI, 8, p. 436 y p. 434 (660). En la misma página: *So ist es denn freilich kein Wunder, ween ein solcher atemloser hektischer Angriff durch den Druck eines Fingers zum Stillstand gebracht werden konnte* ("No es, pues, un milagro que un ataque tal, sofocado, febril, pueda ser detenido con la simple presión de un dedo.") Trata, en este pasaje, de los ataques débiles, afectados por innumerables consideraciones políticas, que reducen la guerra a una semicosa.

[40] VI, 8, p. 434 y p. 432 (657).

tocar la manera *(die Art)* en que estos medios se articulan con el conjunto del plan de guerra sino en el último libro, donde hablamos del plan de guerra; pues no sólo todo plan subordinado de ataque y defensa deriva del plan de guerra y, en sus líneas generales, está determinado por él, sino que en muchos casos el mismo plan de guerra no es más que la ofensiva o defensiva en el principal teatro de guerra".[41]

En el momento de consagrar tres capítulos a la defensa de un teatro de operaciones con decisión, luego un largo capítulo a la defensa de un teatro de operaciones sin decisión, se expresa como si el capítulo 8 no existiera, como si todos los capítulos anteriores trataran exclusivamente de los medios de defensa, analíticamente aislados. El capítulo 8, que encara sintéticamente las especies de resistencia, distinguiendo las dos principales, que muestra la penetración del principio de la espera a través de todo el sistema de pensamiento, constituye una anticipación de los capítulos 27 a 30; estos últimos no tienen en cuenta el capítulo 8.

¿Se puede formular la hipótesis inversa, o sea suponer que el capítulo 8 se añadió tardíamente? Esta última hipótesis me parece por lo menos improbable. El estilo y el contenido caracterizan un período anterior, 1823-1826, cuando no 1816-1818. Más importante aún, el vocabulario y los temas de los capítulos 27-30 se asemejan a los del libro VIII, escrito tardíamente, al extremo de que la duda se vuelve imposible. Los últimos capítulos del libro VI marcan el tránsito del análisis de los medios de defensa al estudio sintético de las especies de resistencia (o de defensiva), estudio que de por sí constituye una transición hacia el plan de guerra.

El tema preciso del capítulo 8, tal como lo indica Clausewitz, confirma también nuestra interpretación. "A fin de determinar las nociones según un objeto simple, reservamos el caso de la defensa de un país en la cual intervienen una mayor diversidad y una mayor influencia de las condiciones políticas para el capítulo del plan de guerra; por otra parte, el acto de defensa en una posición o una batalla es objeto de la táctica, objeto que no forma el punto de partida de la actividad estratégica sino tomado como una totalidad; por ello la defensa de un teatro de operaciones es el objeto que nos permite mostrar mejor las condiciones de la defensiva."[42]

En otros términos, la defensa de una posición o un campo de batalla depende de la táctica; el plan de guerra incluye múltiples consideraciones políticas; es en un punto intermedio en la defensa de un teatro de operaciones considerada globalmente donde podremos analizar, ya no los medios de la defensa, a la manera de fragmentos separados, sino las especies de resistencia, las modalidades de la estrategia defensiva, las diversas maneras de combinar los medios en vista del fin próximo, la conservación del teatro de operaciones. En este texto Clausewitz busca, con miras a una experiencia mental o un estudio específico, una acción militar global donde la influencia de la política sea la más pequeña posible, o sea donde el jefe militar disponga de plena libertad. El comienzo del capítulo 27 retoma la misma idea en términos no muy diferentes.

[41] VI, 27, p. 558 y p. 567 (807).

[42] VI, 8, p. 427 y p. 424 (648).

La defensa de un teatro de operaciones constituye un conjunto real, entre los combates o batallas y el plan de guerra, que está compuesto por espera y acción *(Handeln)* y abarca la reacción, el relámpago de la espada del castigo,[43] el momento más brillante de la defensa. Para restablecer el acuerdo entre estas fórmulas digamos que la defensa, vista como un conjunto, incluye necesariamente, según la lógica interna de la idea, la reacción, el contraataque, el pasaje a la ofensiva. Simultáneamente, si la defensa así concebida es la forma más fuerte de la guerra, no tiene objeto añadir "con fin negativo" porque la defensa, al abarcar el contraataque, deviene la forma más fuerte de la guerra para vencer con más seguridad al adversario.[44] Pareciera, una vez más, que el pensamiento de Clausewitz no encontró su forma definitiva o que él utiliza simultáneamente dos definiciones[45] de la defensa, una según la cual la defensa tiende a *conservar* y se ejerce con el *rechazo;* la otra según la cual la defensa empieza por *esperar* y se redondea con el *contraataque.* En este capítulo Clausewitz retiene la segunda definición, aunque no sin titubeos. La idea de represalias *(Widervergeltung)* se encuentra en el fundamento mismo de la noción de defensa; sin esta idea, la relación dinámica entre ataque y defensa sería desequilibrada, puesto que uno —el atacante— querría infligir al otro más daños de los que el otro —el defensor— querría infligirle a su vez. Pero Clausewitz escribe simultáneamente que "deja a las circunstancias la preocupación de decidir si la victoria va o no más allá del objeto con el cual se relacionaba la defensa".[46] Más aún, en la medida en que la defensa consiste en la espera, no contempla la victoria sino indirectamente; se atiene a conservar y no goza de las ventajas de la forma más fuerte sino en la medida en que se contenta con esta finalidad más modesta.[47] En otras palabras, no sin algún equívoco, la defensiva incluye el contraataque estratégico, pero, en esta segunda fase, pierde algunas ventajas intrínsecas de la defensa: la participación del pueblo, de la comarca, de los aliados, permanece de parte del defensor, quien, tras una retirada al interior del país, pasa al ataque y blande la espada del castigo.

El análisis del capítulo 8 se funda en la misma relación espacio-tiempo que la *Estrategia de 1804:* sacrificar espacio para ganar tiempo. Así se distinguen cuatro clases de resistencia, de hecho esencialmente dos, según la medida de los sacrificios de espacio. A la primera especie pertenecen: 1) La batalla ofensiva, después que el enemigo franqueó la frontera; 2) La batalla ofensiva después que el enemigo apareció ante la posición escogida por el defensor; 3) La espera del ataque enemigo contra la posición escogida. La retirada hacia el interior del país constituye de por sí otra especie de resistencia.

Estas cuatro clases de resistencia representan sendos peldaños sucesivos de la defensiva, y cada uno implica un sacrificio mayor para el defensor, pero es más

[43] VI, 5, p. 415 y p. 412 (634).

[44] VI, 8, p. 428 y p. 424 (649).

[45] Tal como hay dos definiciones de guerra, la definición inicial (dualista) y la definición final (trinitaria).

[46] VI, 8, p. 428 y p. 425 (649).

[47] *Ibid.*

costoso para el atacante, con la circunstancia favorable para el defensor de que el pide prestado y su enemigo paga al contado. La pérdida de territorio debilitará al defensor en el porvenir, la progresión debilita al atacante desde ahora.[48] Clausewitz concibe claramente la noción de punto culminante de la victoria (aunque no emplea la expresión), el momento en que la inversión de la relación de fuerzas se produce y el atacante pierde la superioridad que le había permitido tomar la iniciativa e invadir el teatro de operaciones del defensor.

La campaña de Rusia sirve para ilustrar tanto la cuarta especie de defensa como la dualidad de los principios de decisión. Aunque en abstracto siempre es la espada del defensor la que causa la perdición del atacante presentando o aceptando el combate, en la práctica sucede que un ejército, como el de Napoleón en Rusia, sucumbe a sus propios esfuerzos. El principio de fuerza, por parte de la defensa, y el principio de debilidad, por parte del ataque, se vuelven evidentes en este caso límite: todo ataque se desgasta por su propio avance. No son sólo los obstáculos naturales, montañas, ríos, bosques, pantanos, los que entorpecen el ímpetu y acuden en auxilio del defensor, sino la distancia misma. Inexorablemente llega el momento en que la relación de fuerzas que había incitado al defensor a abandonar el terreno se invierte en su favor. El atacante debe pasar a la defensiva, pero en las peores condiciones. Ha sonado la hora del castigo.

Este capítulo, con las dos especies de resistencia, no contradice los capítulos precedentes ni los análisis de las ventajas respectivas del ataque y la defensa, pero ya no los utiliza ni se remite a ellos. Opone la defensiva en el teatro de operaciones, no lejos de las fronteras (la estrategia prusiana de 1806), a la retirada hacia el interior. En cuanto a la elección del método de resistencia, depende de las circunstancias múltiples, materiales y morales, militares y políticas, que la teoría enumera abstractamente. Sólo el juicio puede y debe apreciar su importancia relativa, en una determinada constelación, a fin de elegir el método más apropiado.

Los dos principios de decisión –la espada del defensor, los esfuerzos del atacante– inducen a Clausewitz a consagrar unas páginas a los ataques que fracasan por falta de vigor y resolución. Evoca las guerras del siglo XVIII y denuncia los simulacros, las imágenes mentirosas, las justificaciones ilusorias. Los jefes militares, los historiadores, dan razones seudorracionales o teóricas para decisiones que derivan de la política misma, de la debilidad del elemento bélico, atado por relaciones complejas.

Este pasaje del capítulo 8 se corresponde con el capítulo 30, a saber: la defensa de un teatro de operaciones sin decisión, pero todavía no implica claramente la distinción entre las dos especies de guerra. Recuerda, pues, los principios fundamentales de la teoría: las combinaciones estratégicas no producen nada por sí mismas; todo se remite al triunfo táctico. Bonaparte habría desterrado de un golpe, sin dificultad, la telaraña que las armas prusianas oponían a un Daun durante la Guerra de los Siete Años. Sangriento o no, presentado o aceptado, el combate sigue siendo el árbitro supremo, el único

[48] VI, 8, p. 431 y p. 428 (652-653).

árbitro. Hay que estar seguro de la superioridad propia o de la debilidad moral del enemigo para esperar algo de las combinaciones estratégicas en sí mismas.[49]

Un texto semejante, escrito en todo caso antes de 1827, nos muestra el sentido de la *Advertencia* y de la proyectada revisión. La manera de combatir de Daun, el contraste entre esta manera y la de Bonaparte, la dependencia de la manera con respecto a las condiciones políticas, todas estas ideas las tenía Clausewitz antes de sus últimos años, pero no las cònceptualizaba claramente. No ponía en el mismo plano, en cuanto tipos históricos, las guerras de Bonaparte y Daun. Propendía a reservar a las primeras, y sólo a ellas, la autenticidad, e incluso la conformidad con el concepto. Las ideas, los ejemplos, las ejemplificaciones, no cambian o cambian poco: la organización conceptual, en cambio, se vuelve más rigurosa.

En el capítulo 27, Clausewitz empieza por repetir,[50] como en el capítulo 8,[51] que en el capítulo del plan de guerra volverá sobre el conjunto estratégico de la defensiva, influida por las circunstancias políticas. Podría, escribe, atenerse al análisis de los medios de defensa, pues el método de resistencia no constituye sino una modalidad del plan de guerra. De hecho, aborda la misma problemática que en el capítulo 8, pero en términos diferentes.

El concepto de *abwehren*, rechazar o frenar, no figura más en el capítulo 27. Las fórmulas iniciales son las siguientes: "La defensiva, según nuestra manera de pensar, no es más que la forma más fuerte de la lucha. La conservación de nuestras propias fuerzas, la destrucción de las fuerzas enemigas; en una palabra, la victoria constituye el objeto de la lucha; pero sin embargo no es el fin último. El fin último es la conservación de nuestro Estado, el abatimiento del Estado enemigo; en síntesis, la paz contemplada porque en ella el conflicto se resuelve y redondea en un resultado común".[52]

Muchos críticos de Clausewitz tendrían que haber leído estas líneas: la victoria militar[53] no es el fin último, sino sólo un medio en vista de la verdadera paz, la paz donde las voluntades adversas se unen. Henos aquí, si damos crédito al testamento de Clausewitz, el capítulo 1 del libro I, en el estadio final de su pensamiento.

En el origen, el duelo, el conflicto entre dos voluntades, o sea dos Estados que, en lo abstracto, quieren abatirse mutuamente. Cada Estado se divide en fuerzas armadas y territorio, este último indispensable para mantener, avituallar, regenerar a aquéllas. Ejército y territorios no agotan la totalidad del Estado, pero siguen siendo los elementos predominantes *(vorherrschend)*, superiores en general a todos los demás.

Luego Clausewitz pasa sin esfuerzo a la dialéctica del territorio y las fuerzas armadas, dialéctica que comporta tanto acción recíproca de los dos elementos

[49] VI, 8, ps. 435-436 y p. 434 (659).

[50] VI, 27, p. 558 y p. 567 (807).

[51] VI, 8, p. 436 y p. 434 (660).

[52] VI, 27, p. 558 y p. 567 (807).

[53] Recordemos, una vez más, que la victoria es una noción *táctica*, no *estratégica*.

como asimetría de los efectos mutuos; la destrucción de las fuerzas armadas asegura la posesión del territorio, pero no a la inversa.

En tanto el ataque estaba definido por la toma de posesión o la conquista —lo cual sugería la relación con el espacio—, la elaboración conceptual adolecía de un defecto visible. El ataque parecía contemplar los territorios cuando en verdad contempla ante todo el ejército. Partiendo de las voluntades enfrentadas, la dificultad se resuelve con soltura. La lucha se desarrolla entre dos Estados; cada cual quiere imponer al otro su voluntad; en una guerra, según su concepto, las voluntades tienden al abatimiento del Estado enemigo; como cada Estado comprende un territorio y un ejército, estos dos elementos constituyen el objeto del ataque y la defensa. Cada cual quiere conservarse y destruir lo que posee el otro. Como el territorio está dominado por el ejército, pero no a la inversa, al menos a corto plazo, el primer blanco de quien quiere abatir al otro son las fuerzas armadas del enemigo.

A partir de allí Clausewitz introduce el concepto indispensable para una definición satisfactoria del teatro de operaciones, el de centro de gravedad.[54] Este concepto retiene la idea que contenía la representación simplificada de la lucha: la de unidad. No todo depende de un combate, de una decisión única. Pero una guerra o campaña se dispersa aún menos en un número indefinido de combates separados. Una victoria actúa sólo en un radio de acción limitado; una victoria no se decide normalmente de un solo golpe, sino que cuanto más tropas afecta, más se extiende su acción. Hay, en la guerra como en la mecánica, centros de gravedad "cuyo movimiento y dirección deciden los otros puntos".[55] Añade inmediatamente, de acuerdo con el método del pro y el contra: "Así como en el mundo de los cuerpos sin vida la acción contra el centro de gravedad encuentra su medida y su límite en el modo de composición de las partes,[56] lo propio puede suceder en la guerra; aquí y allá, un golpe puede fácilmente tener más fuerza de la que puede soportar la resistencia; de ello resulta un golpe en el vacío y un despilfarro de fuerzas".[57]

Clausewitz, según la fórmula de la *Nota final*, piensa que los grandes triunfos determinan al mismo tiempo los pequeños; conviene, pues, concentrar las acciones estratégicas sobre un pequeño número de centros de gravedad, pero no olvida que esta unificación de la guerra también implica límites. Aun en la concentración de fuerzas hay que saber no ir demasiado lejos. La oposición, en este caso, pasa a consistir en la *defensa del territorio,* que sugiere la división de las fuerzas, y el *golpe contra el centro de gravedad* del ejército enemigo, que sugiere la concentración. Así, la noción de teatro de operaciones se encuentra definida, según las reglas clausewitzianas, dentro del sistema de los conceptos fundamentales. El teatro de operaciones se extiende tanto como la acción directa

[54] Noción que será retomada en el libro VIII para determinar el punto que deben golpear el o los beligerantes deseosos de abatir un Estado.

[55] VI, 27, p. 560 y p. 569 (809-810).

[56] *Zusammenhang der Teile. Zusammenhang* es una de las palabras favoritas de Clausewitz, y designa cualquier conjunto, desde el sistema hasta la relación. En este caso, significa menos la cohesión que la falta de cohesión.

[57] *Ibid.*

de una victoria o de una decisión tomada contra la fuerza principal del enemigo. Tal victoria representa la mejor defensa de este teatro de operaciones, pues ella asegura la posesión del teatro. En cuanto la oposición conservar-conquistar es sustituida por la oposición conservar-destruir (la prioridad de las fuerzas armadas en vez de la prioridad del espacio o del territorio), todo se aclara y ordena.

Estos pasos conducen, en efecto, a la etapa siguiente, que comienza con la pregunta: ¿es lícito suponer que los combatientes buscan la decisión? El capítulo 28 difiere, pues, del capítulo 8[58] por la determinación inicial de las condiciones en las cuales se desarrolla el estudio de los modos de resistencia. En el capítulo 8 Clausewitz eliminaba por hipótesis las circunstancias políticas que influyen siempre en las guerras reales para atenerse a una consideración estrictamente militar, en la medida de lo posible. En el capítulo 28, de acuerdo con la *Advertencia de 1827*, parte de la distinción entre las guerras donde uno de los beligerantes o incluso ambos buscan la decisión y las guerras donde ninguno de ambos la busca.

La distinción entre las dos clases de guerra no se formula en los mismos términos que en la *Advertencia de 1827*. El vocabulario se aproxima mucno más al del capítulo I, 1. En una punta el ascenso a los extremos, la lucha a muerte, la lucha donde por lo menos uno de los adversarios busca la decisión; en la otra, la observación armada. Ahora bien, la mayor parte de las guerras del pasado, escribe, estaban más cerca de la observación que de la lucha a muerte y quizá las del porvenir retomen este carácter. La teoría que sólo conociera las guerras de la primera especie se alejaría demasiado de la vida real para conservar alguna utilidad.

El estudio de la defensa de un teatro de operaciones lleva sucesivamente a dos casos diferentes según que por lo menos uno de los beligerantes busque la decisión o ninguno de ambos la busque.

Desde el momento en que la defensa se refiere a la eventualidad de la decisión, se divide ya no en *espera* y *acción* sino en *espera* y *decisión*.[59] El defensor, por definición, posterga el momento de la decisión y, de manera general, lo posterga más o menos según el tiempo que necesita para restablecer a volcar a su favor la relación de fuerzas; adopta una u otra de las modalidades de la resistencia: toma posición más o menos lejos de la frontera, utiliza más o menos las ventajas del terreno, se inclina por una batalla ofensiva o defensiva, por la defensa de las plazas fuertes, en función de múltiples consideraciones que el teórico no puede sino enumerar y que el tacto del juicio capta de una ojeada. El teórico infiere las verdades que el genio guerrero ha conocido siempre, aun sin formularlas, ya que las ha aplicado.

Los análisis del capítulo 8 concuerdan con los del capítulo 28 escribe

[58] Al cual remite: VI, 28, p. 568 y p. 574 (814). La traducción francesa remite, ignoro por qué, al libro III. Más aún, traduce las diversas etapas de la defensiva *(Die verschiedene Stufen der Verteidigung)* por *genres* (géneros) diferentes de defensa.

[59] La *decisión* no equivale al abatimiento *(Niederwerfung)*. La decisión preside un teatro de operaciones; el abatimiento determina la situación del Estado vencido al pactarse la paz.

Clausewitz:[60] los primeros han distinguido los diversos peldaños de la defensa; los segundos añaden la consideración del centro de gravedad, y luego el principio de la concentración de fuerzas; al mismo tiempo surge una dificultad primordial para el bando a la defensiva: ¿cómo asegurarse de encontrar el centro de gravedad del atacante? A partir de esto, el capítulo 28, siguiendo de cerca el capítulo 8 y comentando a veces los mismos ejemplos históricos, plantea ante todo un problema hasta el momento desatendido: ¿cómo elegir una posición tal que el atacante esté obligado a librar batalla en el lugar escogido por el defensor? ¿De cuáles recursos dispone éste en el caso de que, pese a todo, el atacante haya avanzado y desfilado, sin combatirlo, ante el ejército a la defensiva? Antes de indicar las respuestas a estos dos interrogantes, volvamos al fundamento de la teoría. Sin entrar en el detalle de los análisis estrictamente militares, recordemos brevemente las causas de la superioridad que Clausewitz atribuye a la defensa antes de ahondar en el caso particular de las posiciones de flanco.

La estrategia tiene por objeto dar a la táctica la ocasión de librar combate o batalla en condiciones materiales y morales propicias a la victoria y su explotación. El terreno, los obstáculos naturales, el atrincheramiento, las plazas fuertes, figuran entre las condiciones materiales tanto como el número. La estrategia se pone, pues, al servicio de la táctica para que ésta tome la decisión, lo cual no excluye que en otro sentido la táctica obedezca a la estrategía que ordena y organiza los combates en vista de sus fines propios.

Entre los principios de superioridad de la defensiva, algunos actúan de inmediato y no exigen la retirada hacia el interior. Clausewitz, pese a su reputación de doctrinario de la ofensiva, adjudica al emplazamiento, a la defensa táctica, una importancia extrema. Ciertas posiciones fuertes, escribe, son inexpugnables. Quien elige correctamente el campo de batalla goza de la ventaja del terreno aun antes que la distancia, el pueblo, el desgaste de la ofensiva obren en su favor.

La otra razón importante, al margen del terreno, que incita a Clausewitz a preferir lá estrategia defensiva, es el escepticismo que le merece el ataque concéntrico, fragmentado en varios costados a la vez con el propósito de rodear, cortar, envolver al enemigo. La victoria decisiva por sorpresa, como hemos visto, supone en el plano estratégico errores excepcionales por parte del defensor. Rara vez se presenta la ocasión, al principio de la campaña, de cortar las líneas de comunicación del defensor.[61] El atacante no siempre dispone de la libertad de elegir entre la forma concéntrica y otra: "Cuando la línea de defensa se prolonga en línea recta de un mar a otro o de un territorio neutral a otro, los puntos de apoyo, en los dos extremos, están absolutamente asegurados".[62] Más aún, la acción concéntrica o maniobra sobre líneas interiores hace más que equilibrar las ventajas de la ofensiva concéntrica. "El movimiento sobre líneas

[60] VI, 28, p. 570 y p. 574 (814).

[61] VI, 3, p. 403 y p. 405 (623).

[62] VI, 4, p. 411 y p. 408 (628-629).

interiores puede convertirse a tal punto en multiplicador de fuerzas que el atacante no puede correr riesgos a menos que posea una gran superioridad."[63]

Las consideraciones sobre las posiciones defensivas y las posiciones de flanco se insertan en este conjunto. En los capítulos 8, 12, 14 y 28 examina las características necesarias para la posición defensiva. Enumera cuatro de ellas en el capítulo 12: 1) Que el enemigo no pueda pasar delante sin atacarla. 2) Que en la lucha por las líneas de comunicación ella asegure la ventaja del defensor. 3) Que la relación entre las líneas de comunicación de los dos ejércitos ejerza una influencia favorable en la configuración del combate. 4) Que el terreno ejerza una influencia favorable en el conjunto.[64]

Entre las posiciones defensivas le interesa especialmente una, la que él llama, según el uso, la posición de flanco *(Flankenstellung)*. Da este nombre a una posición defensiva tal que pueda ser sostenida aun si el enemigo desfila delante de ella sin atacarla. Todos los campamentos fortificados, las fortalezas, son por definición, si se quiere, posiciones de flanco. ¿Pero qué ocurre con las posiciones defensivas que no son inexpugnables, pero que el enemigo puede rodear o ante las cuales puede desfilar? La campaña de 1806 le suministra el ejemplo de este caso, al cual vuelve en dos ocasiones (capítulos 14 y 28). El despliegue de las tropas prusianas sobre la margen derecha del Saale constituía, en relación con Bonaparte, que llegaba por la ruta de Hof, una posición de flanco, siempre que se enfrentara el Saale y se aguardaran los acontecimientos.[65]

Tanto en el capítulo 12 como en el 28 insiste sobre las ventajas estratégicas de que gozaba el ejército prusiano. "Nada habría impedido al duque de Brunswick tomar el 13 disposiciones para que el 14, al romper el alba, 80.000 hombres se encontraran frente a los 60.000 que Bonaparte había hecho cruzar en Jena y Dornburg por el Saale."[66] El análisis, más complejo en el capítulo 28, enumera las tres opciones que tenía el comandante prusiano: atacar al enemigo si atravesaba el Saale para enfrentar al ejército prusiano, quedarse donde estaba y hostigar las líneas de comunicación del enemigo, y, por último, si se consideraba posible y oportuno, apresurarse, por una marcha de flanco, a interceptarlo en Leipzig.[67] Si el comandante prusiano se hubiera tenido a las dos primeras opciones, habría tenido una auténtica posición de flanco. El duque se decidió finalmente por la tercera, pero demasiado tarde, y tuvo que librar las dos batallas de Jena y Auerstaedt. La fuerza de la posición no se afirmó menos, puesto que el duque podía aniquilar el ala derecha de su adversario en Auerstaedt, mientras que el príncipe Hohenlohe, tras una sangrienta batalla en retirada, podía escapar a la trampa *(Schlinge)*. Pero en Auerstaedt no se tuvo la audacia de querer resueltamente una victoria que era segura y en Jena se contaba con una victoria que era imposible.[68] Clausewitz concede, pese a todo, que la elección de una

[63] VI, 4, p. 413 y p. 410 (630).

[64] VI, 12, ps. 460-461 y p. 462 (691-693).

[65] VI, 14, p. 470 y p. 473 (704).

[66] VI, 14, p. 472 y p. 474 (705).

[67] VI, 28, p. 568 y p. 580 (821).

[68] VI, 28, p. 570 y ps. 580-581 (821-822).

posición susceptible de ser atacado, en cuanto posición de flanco, constituye una estrategia tan peligrosa como eficaz en caso de triunfo. En el capítulo 14 concluye que vale sobre todo contra un adversario prudente y en las guerras de observación. En el capítulo 28, tras distinguir la defensa con y sin decisión, no llega a la misma conclusión porque la posición escogida debe conducir a la decisión. Enumera, pues, las cinco opciones que tiene el defensor en caso de que el enemigo haya desfilado ante la posición elegida sin asaltarla;[69] de estas cinco opciones, la última (hacerle al enemigo exactamente lo que nos hace, o sea contraatacar en su teatro de operaciones) no concuerda con la hipótesis de la defensiva, a saber: la superioridad del enemigo. La cuarta, actuar sobre las líneas de comunicación del enemigo, no conduce a la decisión. La primera, dividir las fuerzas desde el principio para llegar al enemigo con certeza al menos con una parte de las fuerzas y correr a refugiarse con el resto, implica el peligro de la dispersión, de una guerra de postas. La segunda, replicar al avance enemigo con una marcha de flanco, tomar velocidad, interceptarlo para obligarlo al combate, no responde a las exigencias de una batalla defensiva. Queda, pues, la tercera, atacar al enemigo por el flanco y librar una batalla con frentes invertidos, estrategia que implica grandes ventajas. A la luz de esta problemática (¿qué hacer si el enemigo avanza más allá de una posición defensiva que no es inexpugnable?) Clausewitz vuelve nuevamente a la campaña de 1806.

La comparación entre los capítulos 14 y 28 arroja luz sobre las implicaciones de la dualidad de las guerras y, al mismo tiempo, el sentido de una de las revisiones proyectadas. En el capítulo 14, la conclusión opone el peligro de la posición de flanco ante un enemigo en busca de la decisión, como Bonaparte, a la eficacia eventual de esta misma posición ante un enemigo prudente y en las guerras de observación. En el capítulo 28, la distinción entre la defensa con o sin decisión está planteada en el punto de partida: el análisis de las diversas opciones se remite constantemente a la finalidad supuesta, o sea la decisión.

Esta última observación nos servirá como transición hacia la idea esencial que queremos inferir de la comparación entre los capítulos 28 y 30:[70] la diferencia profunda, a veces radical, entre las dos especies de guerra. La historia prueba que las guerras a muerte no sólo no son las únicas sino que representan la excepción, que pueden parecer anomalías.[71] La mayoría de las guerras reales se sitúan entre los dos extremos de la violencia desencadenada y la observación armada, pero la distinción de las dos especies se impone porque la misma decisión, atinada en uno de ambos casos, sería funesta en la otra. Entre los innumerables ejemplos de esta oposición, tomemos uno, el más abstracto y decisivo: cuando uno u otro busca la decisión, el defensor abandona una porción del espacio para crear condiciones favorables a la decisión. Cuando el atacante no

[69] VI, 8, p. 565 y ps. 575-576 (816).

[70] Salteo el capítulo 29, que trata de la resistencia sucesiva o escalonada. Se trata de mostrar que la resistencia por combates sucesivos, más o menos profundamente en el interior del país, no contradice los principios planteados en los capítulos 12 y 13 del libro III. La conciliación se realiza de esta manera: es el mismo testro de operaciones, el elemento material, el que entra progresivamente en acción y justifica el escalonamiento.

[71] VI, 30, ps. 579-580 y ps. 590-591 (833).

busca la decisión, el defensor no tiene motivos para abandonar nada, y menos aún considerando que en el momento de la paz se contarán las fichas que cada cual tiene en el bolsillo. Más todavía, cuando se actúa en vista de la decisión, se libra batalla detrás de la plaza fuerte porque ésta priva al enemigo de algunas tropas. Cuando no se busca la decisión, uno se ubica normalmente adelante, lo cual basta para disuadir al adversario del sitio que proyectaba y que ahora sólo sería posible después de una batalla tal vez difícil.

En el curso de este capítulo, Clausewitz se ve llevado a un análisis de la estrategia del siglo XVIII, en un estilo que responde al menos parcialmente a la interpretación de Delbrück. Cuando no se contempla la decisión —lo cual significa, en este caso, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo—, el objeto del ataque se diversifica: provincias, depósitos y plazas fuertes se convierten en los blancos que el defensor debe proteger; los obstáculos naturales, el terreno, cobran mayor importancia. El estado mayor utiliza sus conocimientos topográficos y elabora un sistema de reglas en vista de la elección y preparación de las posiciones y las vías de acceso.

En esta clase de guerra, la diferencia entre ataque y defensa tiende finalmente a desaparecer. Al principio, uno de los adversarios aparece en el teatro de operaciones del otro, pero también es posible que defienda su propio territorio en el territorio del otro. Cuando se llega a una especie de equilibrio, pues cada cual, sin grandes ambiciones, quiere obtener una pequeña ventaja sobre el otro evitando pérdidas, sólo queda lo que Clausewitz llama *manövrieren*, la acción de maniobras en vista de los triunfos pequeños. Luego, todas las campañas donde ninguno de los duelistas busca la decisión se orienta hacia la *maniobra en este sentido.* Este juego equilibrado de fuerzas, esta clase de guerra que no es guerra, es precisamente lo que el joven Clausewitz, despertado del sueño dogmático de un racionalismo falso por el trueno de la Revolución, ha denunciado desde la juventud y admite, en el *Tratado,* como uno de los avatares de *la* guerra-camaleón.

Sin embargo no ha cambiado sobre los dos puntos esenciales que le preocupan más que todos los demás. No hay, en esta clase de guerra, principios, reglas ni métodos *(Grundsätze, Regeln, Methoden)* cuya aplicación constante pueda revelarnos la historia. "La guerra con grandes decisiones no sólo es mucho más simple sino también mucho más conforme a la naturaleza, más despojada de contradicciones internas, más objetiva, más ligada por una ley de necesidad interna. Por eso la razón *(Vernunft)* puede imponerle formas o leyes; en esta guerra ello nos parece mucho más difícil."[72] En cuanto a los dos principios fundamentales de las teorías de la época, la amplitud de la base según H. von Bülow y la maniobra sobre líneas interiores según Jomini, él se niega a verlas confirmadas por la experiencia.

El segundo punto que le interesa es el peligro de usar una daga de paje mientras el enemigo blande el espadón del caballero. Dicho de otro modo, no desconocer nunca al adversario. Sin embargo, aun en las campañas sin decisión,

[72] VI, 30, p. 598 y ps. 611-612 (857). Este texto es comparable con los dos pasajes del libro VIII, lo cual confirma la hipótesis de la redacción tardía de este capítulo: VIII, 2, p. 672 y ps. 695-696 (953-954), VIII, 6 A, ps. 702-703 y p. 727 (989).

un jefe militar nunca rechaza los triunfos que se le ofrecen; explota eventualmente una ocasión favorable o una victoria cuya misma amplitud lo ha sorprendido. Un jefe debe, ante todo y siempre, preguntarse sobre las intenciones de su enemigo; si sospecha en él la voluntad de vencerlo, aunque fuera por el empleo de grandes medios, debe renunciar a los medios pequeños y los métodos sutiles que prosperan gracias al equilibrio y la inacción. "La primera exigencia es que el jefe militar haya justipreciado al enemigo y organice su obra en consecuencia."[73]

*3. ¿Qué revisión proyectaba Clausewitz?*

Volvamos a la pregunta que nos planteamos en el punto de partida. ¿Por qué Clausewitz proyectaba una revisión total del libro VI? ¿Qué quiere decir otra salida o buscar la salida por otro camino?

1. Desechemos ante todo una primera hipótesis. Nada, en las últimas reflexiones de Clausewitz tal como se expresan en el libro VIII y en los capítulos revisados del libro I, indica otra concepción *militar* de la defensa, otra justificación de la fuerza intrínsecamente mayor de la defensa. Por cierto, en el libro VIII Clausewitz escribe, en dos ocasiones, que el tiempo no siempre obra en favor del más débil, pero precisa "el tiempo en cuanto tal". La idea también constaba en textos anteriores con otra forma (III, 12). La duración del combate desgasta en cuanto tal las fuerzas enfrentadas; el tiempo no desgasta de igual modo las fuerzas en estrategia. La idea de que en ciertas circunstancias el bando más débil toma la iniciativa, aunque el ataque acentúe más su inferioridad, concuerda con las ideas del libro VI y el análisis de las relaciones de fuerza en el tiempo del ataque y la defensa.

2. Una segunda hipótesis, en sí verosímil, pero insuficiente, se funda en la *Advertencia de 1827.* Clausewitz habría deseado tener en cuenta, en el libro consagrado a la defensa, las dos especies de guerra y la *Fórmula.* Que esta revisión le haya parecido más necesaria en este libro que en los precedentes es más que comprensible. Los dos primeros libros fueron revisados al menos parcialmente; el tercero, consagrado a la dialéctica de lo físico y lo moral, parece poco afectado por las dos ideas de la *Advertencia.* En cuanto a los libros III a V, oscilan entre los estudios históricos y las implicaciones del concepto de lucha o guerra; descriptivos o analíticos, no requieren una revisión. Tampoco el libro VI, que trata de las dos formas que reflejan, por así decirlo, dos maneras de conducir la guerra. Las ideas de la *Advertencia* afectan manifiesta, directamente, las formas de la guerra tanto más cuando en el nivel superior, el de la defensa de un teatro de operaciones, la especie elegida *(Widerstandsart)* se aproxima al plan de campaña, a su vez solidario del plan de guerra. En otros términos, ya encontramos una razón irrecusable del deseo de revisión: no se puede hablar de defensa y ataque sin tener en cuenta la alternativa de las finalidades (abatir o no) ni la continuidad de la política en la guerra.

El texto actual de libro VI no deja dudas sobre este punto. El capítulo 8, las especies de resistencia, presenta un carácter sintético, distingue por así decirlo

[73] VI, 30, ps. 599-600 y p. 613 (859).

los dos extremos de los planes de defensa, según la batalla se libre cerca de la frontera o el ejército se retire hacia el interior del país, según el defensor cuente con destruir al enemigo con sus propias fuerzas o apueste a la autodestrucción del enemigo. Asimismo, los últimos capítulos del libro, a partir del 27, toman en cuenta el conjunto del teatro de operaciones y, por ello, arrojan luz sobre la *alternativa con o sin decisión*, que no debe confundirse con la alternativa de las dos especies de guerra, pero depende de ella. Si se dirige una guerra para abatir el Estado enemigo, hay que obtener una victoria decisiva sobre las fuerzas adversas, destruirlas. Como los 26 primeros capítulos suponían más o menos explícitamente la intención, común a ambos bandos, de una decisión, tal vez Clausewitz habría introducido desde el principio la distinción *con o sin decisión*, y por lo tanto la distinción entre las dos especies de guerra.

Quizá convenga añadir que este libro, el más importante y sugestivo junto con el I y el VIII, me parece además el más alejado de la perfección del capítulo I, 1. Los estudios propiamente militares (fortificaciones, plazas fuertes, cruce de ríos, montañas), aunque sean aleccionadores para un lector actual como Camille Rougeron, dependen de un determinado estadio de los armamentos. Se relacionan con la táctica en la medida en que son las tropas que impiden el cruce de un río o la penetración de un bosque. Junto a estos capítulos de arte militar, los capítulos analíticos de la primera sección o el capítulo 26 sobre el armamento del pueblo tienen para nosotros la misma frescura que para los contemporáneos; hasta es posible que el alcance del capítulo 26 no se revele en su integridad sino al lector de hoy.

3. Llegamos así a una tercera hipótesis. Sabemos que el esfuerzo de Clausewitz se centró esencialmente en la conceptualización de ideas o temas que había concebido en su temprana juventud. El tema de la fuerza superior de la defensa no figura por cierto en la *Estrategia de 1804*, pero Clausewitz ya lo había captado en 1812, cuando escribió los *Bekenntnisse* y participó en la campaña rusa. Tal vez habría redactado de otro modo los capítulos de la primera sección, en particular los que pasan revista a los diversos factores del triunfo, y analizado la relación de cada uno con la defensa y el ataque. Nosotros sólo podemos indicar, a título de hipótesis, las imperfecciones de elaboración conceptual que quizá él hubiera corregido.

En los *Principios de la enseñanza,*[74] Clausewitz distingue políticamente una guerra defensiva que se libra por la independencia de una guerra estratégicamente defensiva en la cual nos limitamos a combatir al enemigo en el teatro de operaciones que hemos preparado con esa finalidad. La noción de guerra políticamente defensiva no se retoma en el libro VI, y tampoco en el libro VIII (al menos, no explícitamente). Esta omisión se justifica tal vez en función de una idea expresada en otra parte:[75] "La defensa política consistente en que una nación combate para mantenerse y no en vista de la conquista (poco importa en cuál forma) no concierne a la guerra propiamente dicha, aunque ejerza una influencia significativa en el espíritu del ejército y, en esta medida, puede volverse importante".

[74] III, 2, 1.

[75] Hahlweg, t. I, p. 742.

No obstante, en el capítulo 5, Clausewitz no define el ataque estratégico, al margen de la intención política de los bandos. Si el conquistador toma una decisión antes que el defensor, es porque quiere modificar políticamente el *statu quo*. La fórmula que cautivaba a Lenin –que el defensor comienza realmente la guerra porque el conquistador preferiría tomar sin combatir– se relaciona manifiestamente con el nivel superior de la política. En función de la *Advertencia*, Clausewitz habría podido diferenciar más claramente el ataque, en el sentido de la intención política de apoderarse de algo, de la *forma ofensiva* de la estrategia, que se manifiesta por la iniciativa de las operaciones o la aparición en el teatro de operaciones del enemigo. Una guerra políticamente defensiva puede ser conducida de manera estratégicamente defensiva, una dialéctica implícita, pero no elaborada en el libro VI.

El análisis propiamente conceptual presenta otras dificultades. Se desarrolla desde dos puntos de partida diferente: o bien a partir de la noción de rechazar o parar *(abwehren)*, o bien a partir de la más abstracta noción de conservar *(erhalten)*.

Si se parte de la primera noción, descubrimos la de esperar. Ya que paramos los golpes o rechazamos el ataque, dejamos al otro la iniciativa de golpear. La espera, combinada con el ataque, da sucesivamente la defensa táctica (de una posición), la batalla defensiva, la defensa de un teatro de operaciones. Cada una de estas defensas comporta acciones ofensivas. La referencia al espacio permite, en este capítulo 8, clasificar las especies de resistencia. Clausewitz utiliza a continuación la definición de la guerra para recordar que el fin inmediato de la defensa –rechazar o parar– no se basta a sí mismo sino que el objeto de la defensa o de una guerra defensiva no difiere del objeto de toda guerra, a saber: la destrucción de las fuerzas enemigas.

Se esfuerza por demostrar esta proposición de múltiples maneras: "Luego, atenerse a la defensa como fin último es entrar en contradicción con el concepto de guerra, así como se entraba en contradicción con este mismo concepto cuando se adjudicaba la pasividad no sólo al todo sino de cada una de las partes de la defensa".[76] Pero si designamos por defensa el conjunto que incluye la contraofensiva y la victoria, ya no es lícito hablar de fin negativo, y la fórmula atinada es la que el mismo Clausewitz emplea en ocasiones: la forma más fuerte para vencer al enemigo con mayor seguridad. Clausewitz planteó sin resolver la pregunta: ¿en qué medida la defensa conserva las ventajas, propias de la espera en posición, del rechazo, cuando pasa al contraataque? En el capítulo 8 se da una respuesta negativa,[77] lo cual pareciera traicionar el pensamiento de Clausewitz: el contraataque en el propio suelo conserva ciertas ventajas de la defensiva, mientras que la defensiva del atacante en suelo enemigo presenta todos los inconvenientes. El otro punto de partida, conservar y no rechazar ni parar, se sitúa en un nivel más elevado de abstracción, pues no implica referencia al espacio y también se conservan tanto las tropas como el territorio. Por cierto, en el comienzo del capítulo 5 Clausewitz repite una vez más que la intención de

[76] VI, 1, p. 401 y p. 397 (615).

[77] VI, 8, p. 428 y p. 425 (649-650).

conservar, de mantener el *statu quo* no justifica una defensa que, militarmente, se limitara a rechazar los golpes. La oposición guardar-tomar (o destruir), al mismo tiempo, no es más válida en relación con las intenciones políticas y los medios militares, lo cual no era el caso para el concepto más concreto de parar o rechazar, simple medio de guardar.

Según se trate de las fuerzas armadas o del país, el término que se opone a conservar es destruir (o aniquilar) o conquistar (o tomar). Cuando se trata de fuerzas armadas, las dos intenciones de guardar las propias y destruir las otras son inseparables, pero, según prevalezca una u otra, el fin positivo (destruir) o el fin negativo (conservar), elegimos el ataque o la defensa. Llevado hasta el límite, el esfuerzo por conservar nuestras fuerzas desemboca en la pura resistencia. Así como un rechazo se limita a parar los golpes, una defensa que se limita a la conservación de nuestras fuerzas no hace más que aniquilar las intenciones del adversario.[78]

El texto del capítulo VI, 27 evoca el I, 2: conservar nuestras fuerzas, destruir las del adversario, tal es el objeto de la lucha. Pero esta misma victoria no es el fin último porque el verdadero conflicto enfrenta a los Estados: mantener nuestro propio Estado, abatir el Estado enemigo. Como él añade: "En otros términos, la paz que buscamos". Surge una nueva incertidumbre, pues todas las guerras no tienen por objeto abatir el Estado enemigo, ni tampoco, por ende, el fin próximo o necesario de destruir las fuerzas armadas adversas.

Estas dos parejas: *parar-golpear* y *conservar-tomar* (conquistar), con la última como punto de partida lógico, habrían podido ser integradas por Clausewitz en un solo sistema, más satisfactorio para el espíritu. Asimismo, habría sido preferible distinguir, entre las circunstancias que favorecen la defensa, las que dependen del arte militar en sentido estricto (elección del terreno, enplazamiento, eventualmente apoyo del pueblo) de las que pertenecen al orden político e incluso a un orden particular (tendencia al equilibrio en Europa). Sobre todo convendría distinguir rigurosamente entre la defensa con fin negativo y la defensa que contempla la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, y por lo tanto se fija un fin último o condicional en absoluto negativo, sino tan positivo como el ataque.[79] Este último equívoco me parece el más grave: ¿por qué, políticamente, no basta con aniquilar la voluntad de tomar (o destruir) del enemigo? Suponiendo que el concepto mismo de la guerra prohíba atenerse a esta voluntad negativa, se trata del concepto puro, no sometido a la legislación política. Quien rechaza al enemigo y conserva lo que éste quería tomar, le impone su voluntad. Que el defensor también *deba* querer destruir las fuerzas armadas que han llevado a cabo el ataque, esta voluntad pertenece a la lógica de la guerra absoluta, no a la lógica de una guerra real.

En la *táctica,* Clausewitz vuelve dos veces sobre la oposición entre ataque y

[78] I, 2, p. 81 y p. 50 (p. 228). Dos veces en la misma página, Clausewitz usa la expresión: negar o aniquilar la intención del enemigo.

[79] De allí la oscilación entre dos fórmulas: la más fuerte con fin negativo y la más fuerte para vencer seguramente al enemigo.

defensa. Una primera vez, en los parágrafos 73-75,[80] desarrolla la dialéctica que nosotros conocemos: "El ataque es la intención positiva; la defensa, la intención negativa. El primero quiere ahuyentar al adversario, la segunda sólo quiere mantenerse. Pero como mantenerse *(erhalten)* no consiste sólo en resistir *(aushalten)*, en soportar pasivamente *(leiden)*, mantenerse depende de una reacción. Esta reacción es la aniquilación del ejército atacante. Por lo tanto sólo el fin debe considerarse negativo, no el medio". En este caso, Clausewitz incluye la victoria y, por ende, la aniquilación de las fuerzas armadas enemigas, en el concepto de defensa táctica; ésta, en el sentido estrecho, se convierte en medio.

De manera más satisfactoria, en los parágrafos 257-281 Clausewitz plantea —lo cual es indiscutible— que el ataque y la defensa contemplan el mismo fin, a saber: la victoria. Esta proposición se deduce de la noción misma de lucha. Por lo tanto no hay que dar a la victoria del defensor un carácter negativo o, al menos, incluir este carácter negativo en el concepto de defensa. Pero en algunas páginas más adelante parece contradecirse. El defensor acepta el combate porque quiere impedir que el atacante alcance su fin, porque quiere mantener el *statu quo*. Y añade: "Esa es la intención inmediata y necesaria del defensor; lo relacionado con ella y va más allá no es necesario. La intención necesaria, o, mejor dicho, la parte necesaria en la intención del defensor, es, por ende, negativa". La espera representa el medio específico de esta intención específica. El defensor desea que no pase nada y deja al atacante la iniciativa. Una vez iniciado el combate, la intención positiva de victoria surge, para el defensor, del combate mismo, pero la política no va necesariamente más allá del mantenimiento del *statu quo*. En otros términos, si nos referimos a la intención específica de la defensa, ésta se atiene a conservar. Pero en la medida en que la defensa participa en la lucha o la guerra, tiende a la victoria, cuyo signo es la retirada del enemigo, y cuyo contenido esencial es la destrucción de las fuerzas enemigas. Pero así como la conducción de una campaña o una batalla no se deduce del concepto de guerra, la defensiva, que según la teoría tiende en cuanto forma de guerra a la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, puede, según las circunstancias reales, ir más o menos lejos del rechazo, más allá de la preservación del territorio, de las fuerzas armadas y el Estado.

4. ¿Podemos, a partir de estas observaciones, imaginar lo que quiso decir Clausewitz por "buscar la salida de otro modo"? El término *Ausweg* designa, en el *Tratado*, la vía de escape, tanto en el sentido concreto como en el abstracto. Lo que nos interesa es el uso abstracto, pues sólo él puede elucidar la indicación de la *Nota final*.

En el capítulo 6 del libro II Clausewitz compara el análisis profundo de los hechos con la ilustración de una idea con múltiples ejemplos. "Cuando la exposición detallada del hecho no es posible, hemos concedido que se reemplace la fuerza demostrativa faltante por el número de ejemplos, pero no podemos negar que tal manera de salir del atolladero *(Ausweg)* es peligrosa y se presta a frecuentes abusos."[81] Manera de salir del atolladero *((manière de sortir de*

[80] Examina las relaciones del combate cuerpo a cuerpo *(Handgefecht)* y el combate con disparos *(Feuergefecht)*.

[81] II, 6, p. 174 y p. 148 (338-339).

*l'impasse))* es más un comentario que una traducción de *Ausweg.* Se podría traducir por salida de emergencia o "expediente". Aquí se trata de reemplazar lo deseable –el análisis pormenorizado de un ejemplo histórico– por la enumeración de muchos casos, no conocidos completamente.

Otro empleo en el capítulo 6 A (libro VIII) confirma el sentido de esta palabra en la dialéctica clausewitziana: la manera de salir de una dificultad u oposición. Clausewitz acaba de analizar el movimiento de descenso a la simple observación armada y a un apoyo de la negociación. "La teoría de la guerra, si quiere ser y preservarse como reflexión filosófica, se encuentra aquí en dificultades, pues todo lo que contiene de necesario el concepto de guerra parece rehuirla. Pero la salida natural se muestra enseguida."[82] "Cuanto más influye un principio moderador en el acto bélico, más se debilitan los motivos de la acción y más tiende la acción misma a transformarse en pasión; cuantos menos acontecimientos se producen, menos se necesitan los principios. El arte de la guerra deviene simple prudencia, cuyo objetivo principal es impedir que el equilibrio inestable se altere de pronto para desventaja nuestra y la semiguerra se transforme en guerra integral." La solución no restituye a la guerra real las relaciones necesarias que contenía el concepto abstracto de guerra; infunde a la teoría de la guerra su carácter filosófico: la debilidad de la acción refleja la debilidad de los motivos; por ende, de la intención hostil y la voluntad de acción. La racionalidad del concepto total de guerra, con sus tres elementos, sustituye la racionalidad del concepto abstracto de la guerra.[83]

La primera hipótesis remitiría a la *Advertencia de 1827* y retomaría la que he formulado un poco más arriba. Los cuatro últimos capítulos constituyen la conclusión del libro VI. En el capítulo 27 se introduce la noción de centro de gravedad; en el 28 se opone, dentro de la defensa, la *decisión* a la *espera,* cuando ordinariamente se opone la *acción* a la *espera.* En el capítulo 29 se contempla el enfrentamiento sucesivo de las fuerzas en relación con la retirada hacia el interior del país. Todos estos capítulos retoman en su mayor parte los problemas ya tratados en capítulos anteriores (sobre todo en el 8) y conducen al último, que se aparta del resto del libro, pues la hipótesis de una campaña sin decisión jamás ha sido considerada anteriormente. Al mismo tiempo, la distinción entre defensa y ataque tiende a diluirse. A veces nos preguntamos quién ataca y quién se defiende; la situación se convierte en la de un equilibrio de fuerzas. Si Clausewitz hubiera tenido en cuenta, en todos los análisis, la oposición "con o sin decisión", el capítulo 30 no habría suministrado la vía de salida.

Esta hipótesis da a *Ausweg* un sentido casi concreto, material. Así, otra hipótesis me parece más verosímil. Lo que constituye la antítesis clausewitziana

[82] VIII, 6 A, ps. 700-701 y ps. 726-727 (989).

[83] Mencionemos un ejemplo del sentido concreto de la palabra. En el capítulo 30 (VI, p. 584 y p. 601 (846)) contempla una coyuntura donde el atacante se topa por todas partes con medidas tan juiciosas de defensa que no puede alcanzar ninguno de sus objetivos. No tiene más "salida", en este caso, que librar combate y lograr un triunfo por el honor de las armas.

Existe un tercer ejemplo del sentido abstracto de *Ausweg* en el capítulo 2 del libro II, que examinaremos más adelante, en el capítulo VII, 1.

por excelencia –no la antinomia kantiana sino el equilibrio de términos opuestos– es que la forma *más fuerte* contempla un *fin negativo* y la forma *más débil* un *fin positivo*. A diferencia de Schering,[84] quien curiosamente piensa que el fin negativo no significa un debilitamiento sino un fortalecimiento de la superioridad de la defensa, pienso que Clausewitz opone el carácter negativo del fin a la fuerza intrínsecamente superior de la defensa. No se trata de que este carácter negativo debilite (o refuerce) la defensa. Pero un fin positivo prevalece sobre un fin negativo; tomar es más difícil que conservar. Si es más fácil conservar que tomar, es más meritorio tomar que conservar. En este sentido estamos ante una antítesis comparable a aquella de la magnitud del triunfo y el riesgo afrontado.

El libro VI habría debido terminar, lógicamente, con la solución de la antítesis: forma intrínsecamente más fuerte con resultados inferiores contra resultados superiores con una forma intrínsecamente más débil. Como la salida designa el sustituto de la síntesis en una dialéctica que no comporta ninguna conciliación entre los términos opuestos, en una teoría que está constantemente suspendida entre las tendencias contrarias, la revisión habría debido concluir en una elaboración comparable con la extraña trinidad del capítulo I, 1, o con la teoría nueva del capítulo II, 3.

Esta elaboración u organización sistemática no la ofrece el libro VI, pues varios puntos esenciales quedan en la sombra: ¿subsisten las ventajas de la defensa, y en qué sentido, en el curso de la segunda fase, cuando el defensor no se contenta con haber rechazado el ataque o parado los golpes y decide a su vez golpear o destruir? Nada impide utilizar los mismos conceptos, defensa y ataque, en estrategia y en táctica, con respecto a un combate, una batalla, una campaña. Pero queda por determinar la relación del fin específico de la defensa o el ataque con el fin de la guerra en cuanto tal, por una parte, con el fin particular del conjunto al que pertenece un combate, batalla o campaña. Toda campaña, en tanto episodio de una lucha, contempla el fin de esa lucha, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, al menos como fin prioritario. Pero en tanto parte de una guerra, no tiene otro fin efectivo que el que le fija el plan de guerra. Dos nociones de defensa se infieren, aunque imperfectamente, de los textos de los libros I, VI y VIII: una que contempla el mismo objetivo que el ataque, a saber, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, por intermedio de la espera y postergando la decisión; otra que contempla la aniquilación no de las fuerzas armadas enemigas sino su intención positiva, y que, por ende, continúa, por el combate mismo, manteniendo el *statu quo*. Esta segunda clase de defensa, más adecuada a la dialéctica de las voluntades políticas que a la de las fuerzas armadas, fue buscada confusamente por Delbrück allí donde no se encontraba, en las dos especies de guerra. Se hallaba implícita dado que el término aniquilación se aplica a la voluntad, no a las fuerzas enemigas.

Entre el oficial de veinticuatro años que escribía las notas estratégicas de 1804 y el general melancólico que se despedía de su obra, entre el joven que tascaba el freno soñando con la gloria y el héroe defraudado que advertía a la posteridad contra los malentendidos, existe una continuidad, una constancia.

[84] *Philosophie, op. cit.* p. 60.

Pese a todo, los parágrafos 12, 13 de la *Estrategia de 1804* tienen un tono diferente de los capítulos iniciales del libro VI. Entre la audacia y la seguridad, el teniente, incapaz de encontrar la felicidad fuera del campo de batalla, eligió la audacia sin titubear; el hombre de cincuenta años se esfuerza por acordar a cada cual lo que le corresponde. La conducción de la guerra, en la que el principio no veía más que debilidad de carácter, la justifica, al menos parcialmente, por las circunstancias históricas, por las intenciones políticas.

Lo que procuraba introducir en el libro entero es la idea matriz de que la acción militar sigue siendo, en cuanto tal, política. A partir del momento en que las operaciones militares pierden autonomía, en que la política no se contenta con fijar los fines a alcanzar *por* la guerra sino que también determina los fines a alcanzar *en* la guerra, todos los análisis estrictamente militares cobran un carácter condicional. Principios o preceptos tienen validez si los resultados que prometen responden a las intenciones del jefe de Estado. La alternativa paz dictada - paz negociada basta para excluir la validez universal de los imperativos derivados del concepto de guerra absoluta. Cuanto más se acercaban la defensiva y la ofensiva, en tanto estrategia, al plan de guerra o la conducción global de las hostilidades, más insatisfactoria debía juzgar Clausewitz una redacción previa a la toma de conciencia de la identidad de naturaleza entre guerra y política, previa a la formulación de la definición trinitaria de la guerra.

Resumamos los resultados de este largo estudio.

En el nivel más abstracto, defensa y ataque se definen por su fin, su meta inmanente, conservar por una parte, conquistar o tomar por la otra. Políticamente está a la defensiva quien quiere conservar lo que tiene; lleva la ofensiva quien quiere tomar lo que pertenece a otro. La finalidad política de la guerra no determina su conducción, ofensiva o defensiva. Ella resulta de múltiples factores, ante todo de la relación de fuerzas, pero también del avance de los preparativos respectivos de los beligerantes. Como las hostilidades contemplan dos objetivos materiales principales, las fuerzas armadas o el territorio, la defensa, según el caso, quiere conservar las fuerzas o el territorio. La intención negativa de conservar unas u otro implica la noción de espera. El otro tiene, pues, la iniciativa, conquista espacio o busca la destrucción del ejército enemigo por la batalla. La defensa en sentido estrecho no tiende a ninguno de estos dos fines; en la medida en que la guerra en cuanto tal implica estos fines, la conducción defensiva de la guerra los contempla también, pero mediatamente, más allá de la fase de espera.

Según la amplitud del repliegue —por ende, del sacrificio de espacio—, se pueden distinguir las especies de resistencia. Pero otra distinción entre especies de resistencia resulta de la finalidad de ésta. Federico II quería frustrar la voluntad de victoria de María Teresa, el zar Alejandro destruyó la *Grande Armée*. La relación de fuerzas obligó a Federico a restringir sus ambiciones; ¿no podría la política imponer la misma moderación en otras circunstancias? ¿Por qué un Estado que quiere conservar lo que posee debería, una vez aniquilada la voluntad enemiga de conquistar, responsable de la guerra, proponerse otra meta?

De todos modos conviene distinguir entre las ventajas de la guerra políticamente defensiva —aun si ésta se desarrolla en territorio enemigo— y las ventajas militares de combatir en el propio suelo. En el sistema europeo de Estados, el perturbador, el que amenaza el equilibrio, provoca normalmente una coalición hostil; en consecuencia, la relación de fuerzas pasa a serle desfavorable. En cambio, cuando evocamos la ayuda que prestan a la defensa el emplazamiento, el pueblo, la insurrección nacional, sólo importa el teatro de operaciones.

En cuanto al concepto de rechazar, en su sentido estratégico, equivale a la aniquilación de la intención positiva (o conquistadora) del enemigo. En todos los niveles, la acción de rechazar implica la espera: el enemigo nos da golpes, nosotros los paramos y los devolvemos.

En el nivel de la estrategia militar, la revisión clausewitziana probablemente habría debido insertarse no al final sino al principio del libro; la distinción entre dos clases de guerra, la diferente conducción de las operaciones según uno de los beligerantes o ambos tiendan a la decisión. Al mismo tiempo, la intención política de los beligerantes así como las circunstancias concretas (naturaleza de los ejércitos, modo de avituallamiento, ideas dominantes) se habrían tomado en consideración. Las especies de resistencia no difieren de los planes de guerra o, al menos, no pueden separarse de ellos, y sabemos que los planes de guerra expresan la política en los dos sentidos de la palabra. El análisis militar se vuelve engorroso en el libro VI, cuando se hace abstracción de la política. ¿No es por esa razón, en último análisis, que el libro exige, a ojos de Clausewitz, una revisión completa? No porque haya rechazado ninguno de los argumentos analíticamente separados por los cuales justifica la fuerza superior de la defensa. Lo que falta es el equivalente de la definición trinitaria de I, 1.

Los intérpretes rara vez han prestado atención a estas sutilezas teóricas. Unos han retenido la idea, por lo demás trivial, de la estrategia defensiva-ofensiva, y han buscado en ella una réplica de la dialéctica hegeliana. Otros, sobre todo en Alemania, han querido refutar la tesis de la fuerza intrínsecamente mayor de la defensa. Algunos la han admitido, sobre todo en el orden táctico, sin por ello elegir una estrategia defensiva. Hubo que esperar a Mao Tse-tung para que el capítulo 26 del libro VI, el armamento del pueblo, adquiriese un lugar central en el pensamiento estratégico y, al mismo tiempo, en la dialéctica de la defensa y el ataque: estrategia y ofensiva táctica, inversión progresiva de la relación de fuerzas hasta la aniquilación del enemigo por el defensor convertido en atacante. Mao Tse-tung retuvo todos los temas clausewitzianos, incluida la aniquilación de las fuerzas enemigas, como finalidad de la defensa. Interpretación lógica del conflicto prolongado en una guerra civil a cuyo término uno u otro debe adueñarse del poder. Trasladada a la rivalidad entre Estados nucleares, esta misma interpretación conduciría a una lucha a muerte en la cual ambos beligerantes perecerían juntos. En este punto vuelve la otra interpretación: para vencer, a la defensa le basta con destruir no las fuerzas armadas del enemigo sino su intención de destruirnos.

*TERCERA PARTE*

# El proyecto teòrico

## *INTRODUCCION*

### Jomini y Clausewitz. ¿Qué significa la revolución teórica?

En el *Compendio del arte de la guerra,*[1] posterior a la publicación póstuma del *Tratado,* el barón de Jomini escribe lo siguiente: "No se le puede negar al general de Clausewitz una gran instrucción y una pluma ágil, pero esta pluma, que a veces divaga un poco, es en principio demasiado pretenciosa para una discusión didáctica cuyo primer mérito debe ser la simplicidad y la claridad. Por otra parte, el autor se muestra demasiado escéptico en cuanto a la ciencia militar, y su primer volumen no es sino una diatriba contra toda teoría de la guerra, mientras que los dos volúmenes siguientes, plagados de máximas teóricas, prueban que el autor cree en la eficacia de su doctrina, aunque no en la de las ajenas.

"En cuanto a mí, lo confieso, no he podido encontrar en este docto laberinto más que un escaso número de ideas iluminosas y artículos memorables; y lejos de haber compartido el escepticismo del autor, ninguna obra habría contribuido más que la suya a hacerme sentir la necesidad y la utilidad de buenas teorías si jamás lo hubiera puesto en duda; sólo importa comprender cabalmente los límites que debemos asignarles para no caer en una pedantería peor que la ignorancia."

El general de Jomini, de origen suizo, que sirvió mucho tiempo en los ejércitos franceses y fue jefe de estado mayor del general Ney antes de pasar al otro bando después de la campaña de Rusia, gozó en vida de una gran reputación. Alardeaba de haber sido el primero y el único que había elucidado la estrategia de Napoleón al punto de prever con certidumbre sus acciones. Sus escritos, si hemos de creer a W. Rüstow,[2] fueron, junto con los de Willisen, los más estudiados y comentados en las escuelas de estado mayor en el siglo XIX. Sin embargo, hoy día sólo interesan a los especialistas en historia militar, mientras que el *Tratado*

[1] *Précis de l'art de la guerre ou Nouveau tableau analytique des principales combinaisons de la stratégie, de la grande tactique et de la politique militaire,* París, Anselin libraire, última edición, 1838, I, p. 21.

[2] W. Rüstow, en un libro clásico, *L'art militaire au XIXe. siècle, stratégie, histoire militaire,* traducido del alemán por Sarvin de Larclause. París, librairie J. Duam Dumaine, 1863, t. II, cap. X, ps. 70-153.

sigue siendo invocado por los discípulos de Napoleón, Lenin, Mao, admirado por unos, maldecido por otros. Como lo esperaba el mismo Clausewitz, el libro se dirige, aun hoy, a las generaciones venideras tanto como a los contemporáneos.

Pero aun así no conviene subestimar el *Compendio.* La primera parte contiene distinciones pertinentes sobre las diversas clases de guerra; Jomini ha reconocido, con el mote de guerras de opinión, las guerras que nosotros denominamos ideológicas; ha tratado sobre las guerras nacionales y la guerrilla[3] con moderación y sensatez. Tampoco ignoró la dependencia de la guerra con respecto al contexto político, los motivos de los beligerantes, sus fines. Comienza el tercer capítulo, que trata de estrategia, afirmando la necesidad de que los jefes militares se pongan de acuerdo con el gobierno sobre la naturaleza de la guerra. Desarrolla la casuística de las líneas y los puntos estratégicos con tanta minucia abstracta como el mismo H. von Bülow.

Por cierto, también él reconoce[4] que "la guerra es un gran drama donde actúan mil causas morales o físicas, más o menos vigorosamente, y que sería imposible reducirlas a cálculos matemáticos",[5] pero no deduce las consecuencias que se infieren lógicamente de la acción de las fuerzas morales; plantea, desde el punto de partida,[6] "que aplicando, mediante la estrategia, a todo el tablero de la guerra el mismo principio que Federico había aplicado a las batallas se tendría la clave de toda la ciencia de la guerra". Allí se sitúa el centro del debate entre Clausewitz y los escritores militares de su tiempo: ¿existe una "clave de la ciencia de la guerra"? ¿Existe, *en este sentido,* una teoría capaz de revelar a los jefes militares el secreto de la victoria? ¿Qué ocurriría si los jefes de ambos bandos tuvieran esta clave?

¿Clausewitz es "escéptico en cuanto a la ciencia militar"? Sí, desde luego, si nos obstinamos en considerar ciencia máximas de acción o esquemas de maniobras que tendrían validez universal a través del espacio y el tiempo. Una teoría de la acción no se parece a una ciencia de la materia. La teoría del arte no basta para formar artistas: son los artistas de genio quienes, a veces inconscientemente, crean según las reglas del arte.

Así como no captó la significación positiva del escepticismo clausewitziano, Jomini no interpretó profundamente la solidaridad entre política y estrategia. Escribe, por ejemplo: "No obstante, la situación geográfica de nuestra capital, las relaciones políticas de las potencias beligerantes con potencias vecinas, los respectivos recursos, ya positivos, ya federativos, forman sendas combinaciones en el fondo ajenas a la ciencia de los combates, pero están íntimamente ligados pese a todo con los planes de operaciones, y son capaces de decidir si un ejército

[3] *Précis,* I, p. 75 y ss.

[4] *Ibid.,* p. 26.

[5] W. Rüstow, más dogmático que Jomini, le reprocha esta frase: *op. cit.,* t. I, ps. 364-365. Corrige a Jomini de esta manera: "La guerra es por cierto un problema de matemática y mecánica. Pero ella es más un drama donde las pasiones están en juego y en consecuencia deben disciplinarse".

[6] *Précis,* p. 16.

debe desear o temer la marcha sobre la capital enemiga".[7] Semejante fórmula debería sugerir la responsabilidad, la autoridad suprema de quien conduce la guerra políticamente. Simultáneamente, la expresión *consideraciones ajenas a la ciencia de los combates* sugiere la autonomía de la ciencia de los combates. También Clausewitz vaciló entre estas dos afirmaciones: la autoridad suprema del jefe de Estado, la autonomía de la ciencia (o arte) de los combates. Pero, por último, al final de su vida, superó la vacilación y resolvió la antinomia: la guerra es *en cuanto tal* un acto político, lo cual no excluye la autonomía de la conducción *militar* de las operaciones.

Por lo demás, Jomini ni siquiera sospechó el problema central de Clausewitz: la relación de los conceptos con la historia. Proclama, sin matices, que los principios de la estrategia son siempre los mismos, tanto bajo un Escipión o un César como bajo Pedro el Grande, Federico II y Napoleón. Pues, añade, son independientes de la naturaleza de los ejércitos y la organización de las tropas.[8] Clausewitz, en cambio, escribe que en cierto sentido cada época desarrolla su propia doctrina estratégica.[9]

Esta breve comparación entre Jomini y Clausewitz nos recuerda de pronto que los primeros lectores del *Tratado* no vieron en él ningún dogmatismo sino, por el contrario, un rechazo de la ciencia, una especie de escepticismo. El dogmatismo seudoclausewitziano data de fin de siglo, después de las victorias de Moltke.

El interrogante central nos lleva, pues, a la noción misma de *revolución teórica*. ¿En qué consiste el proyecto de Clausewitz? ¿Dónde reside su originalidad? ¿Hasta qué punto logró realizarlo? ¿Cuáles equívocos subsisten?

[7] *Ibid.*, p. 189.

[8] *Ibid.*, p. 113 y ss.

[9] VI, 30, ps. 598-599 y p. 612 (858-859). Más aún, VIII, 3 B, p. 689 y p. 713 (973).

## *CAPITULO VII*

### La teoría y las leyes

El libro II, como he dicho, difiere de los otros libros del *Tratado* porque constituye una suerte de comentario metodológico o epistemológico de la obra entera.

El primer capítulo está consagrado a establecer las divisiones del arte de la guerra. Los dos capítulos siguientes, uno largo, revisado tardíamente, el otro muy breve, tratan simultáneamente de la guerra y de la ciencia o arte de la guerra; por ende de la naturaleza de la teoría. Los capítulos 5 y 6 derivan de la metodología, pues precisan las reglas de la crítica y el empleo de los ejemplos. El capítulo intermedio, que tiene por título "Metodismo", combina dos temas: por una parte, la definición de las nociones (leyes, principios, reglamento, etc.); por la otra, la función del metodismo+ en una teoría que lo condena. No puede decirse que el orden expositivo satisfaga plenamente al espíritu; uno se pregunta, ante todo, por qué la división del arte de la guerra precede la respuesta al interrogante "arte o ciencia". Uno se pregunta también por qué la definición de la guerra, que figura en el capítulo 3, viene después de la dialéctica *(tesis, antítesis, salida)* del capítulo 2, relacionado con la *teoría* de la guerra.

### *1. Las tres concepciones de la teoría*

El primer capítulo nos servirá de introducción; además retoma ideas ya formuladas en 1809,[1] a saber: la división del arte de la guerra en dos partes, la táctica y la estrategia, una y otra definidas por el medio o material, fuerzas armadas en combate en un caso, combates o resultados de combates en el otro. La conducción de la guerra en sentido estrecho no contiene y no puede abarcar

+ "Metodismo" es aquí traslado literal del francés *mèthodisme,* que en su uso corriente designa, como la palabra española, a la secta protestante. Desde luego, y como se aclara más adelante, aquí alude simplemente a "la aplicación constante de una cierta manera de obrar", y el contexto no se presta a ninguna confusión.

[1] *Estrategia de 1804,* p. 78, #33.

otro capítulo porque el empleo de las fuerzas armadas es inmediato (en la táctica) o mediato (en la estrategia); el jefe militar ordena un combate o una batalla, o bien ordena los combates o batallas en vista del fin de la campaña.

Según el texto de 1809, el arte de la guerra, en sentido amplio, incluye igualmente otros tres capítulos, la organización de los ejércitos, el avituallamiento de las tropas, la fortificación y el asalto de las ciudades, pues las plazas fuertes son a la estrategia lo que los atrincheramientos de campaña a la táctica. En el *Tratado,* estos tres capítulos ya no pertenecen al arte de la guerra en sentido estrecho (o a la conducción de la guerra, o a la teoría del empleo de las fuerzas armadas, todas expresiones equivalentes). Los capítulos 3, 4 y 5 de la nota de 1809 no han desaparecido; por lo tanto, se convierten en anexos, en conocimientos, en auxiliares indispensables del arte de la guerra en sentido estrecho. El artista que utiliza las fuerzas armadas evidentemente debe saber cómo se las reclutó, armó, equipó, entrenó. Pero si la teoría partiera de una organización particular de las fuerzas armadas, sólo se aplicaría en circunstancias donde se encontrara tal organización. La teoría debe, pues, para conservar validez en la mayoría de los casos y no ser nunca prescindible, fundamentarse en las características más generales de las fuerzas y de sus resultados más importantes. En el capítulo siguiente encontraremos el mismo problema, el de la historicidad de la estrategia: ésta emplea mediatamente un instrumento que se modifica a través del tiempo. ¿En qué medida la teoría permanece constante pese a los cambios históricos?

En este punto de la teoría de la teoría, Clausewitz se preocupa ante todo por aislar el objeto propio de su reflexión, o sea la conducción de la guerra, lo cual implica la conducción de la guerra en el nivel más elevado, militar o (y) político. Reseña, pues, las actividades exteriores al combate, en apariencia o en realidad. Unas, avituallamiento, atención de los enfermos, reemplazo de las armas o el equipo; sea cual fuere su importancia no se relacionan con el combate en sí y por lo tanto son exteriores a la teoría. Las otras, marchas, campamentos, cuarteles, se relacionan con el combate, mediata o inmediatamente, y hacen, pues, al arte de la guerra.

Distinción abstracta, a veces difícil de encontrar en el mundo real. En ciertos casos, el alejamiento de los hospitales o arsenales ejerce una influencia considerable en las decisiones estratégicas. No obstante, Clausewitz juzga estos casos demasiado raros para que la teoría de la guerra misma deba incluir las vías y medios, elaborados por la teoría, de estas actividades auxiliares. No concede sino una excepción, por lo demás de gran alcance. Las modalidades de avituallamiento, depósito o requisa, forman parte integral de la teoría de la guerra en sentido estrecho.

Esta introducción a la teoría de la teoría merece ciertas acotaciones. Se trata probablemente de un texto no revisado después de 1827, tal vez un texto temprano (aunque Schering afirma lo contrario). En efecto, en la segunda página figura una referencia al capítulo I, 1. Ahora bien, la versión que poseemos de este capítulo no contiene el análisis anunciado, a saber: el de la unidad de los combates como totalidades. La división de la campaña en una multiplicidad de combates y batallas, los principios, espacial y temporal, de la unidad del combate

o la batalla, no figuran en I, 1.[2] Más aún, dos páginas más adelante Clausewitz remite al capítulo I, 3 cuando debería remitir al capítulo I, 2 (en este último caso podría tratarse de una mala lectura del manuscrito).

El tono y contenido de este capítulo concuerdan con los de los libros III a V, es decir con la versión de 1823-1826, anterior a la toma de conciencia de las dos clases de guerra y el carácter político intrínseco de la guerra misma. Así se explica que la distinción entre estrategia y táctica siga emparentada con aquella de la *Estrategia de 1804.* La estrategia es el empleo mediato de las fuerzas armadas, como si éstas constituyeran el medio exclusivo o el blanco único. En otros términos, se define todavía de manera estrictamente militar, se parece a lo que actualmente denominamos conducción de las operaciones.

Clausewitz podía, pese a todo, dejar este capítulo tal cual, como introducción a su teoría de la teoría, porque contenía las dos ideas esenciales para la continuación. La teoría que él quiere edificar se relaciona con la conducción de la guerra, separada de todos los conocimientos subsidiarios, de todas las técnicas de organización, avituallamiento, fortificación. La conducción de la guerra comporta dos capítulos y no puede comportar más de dos: si la guerra es lucha y la lucha entre Estados remite al combate, la conducción de la guerra consiste en el arte de los combates y en el arte de combinar los combates en vista del fin de la campaña. Que en la realidad cueste a veces distinguir las medidas tácticas de las medidas estratégicas no constituye una objeción a la distinción de los conceptos. Clausewitz enseña a pensar la confusión de lo concreto gracias al rigor de sus nociones.

El capítulo 2 ofrece uno de los ejemplos más esclarecedores de la dialéctica clausewitziana, con los tres momentos, una tesis, una antítesis, luego una salida *(Ausweg).* La tesis está introducida al cabo de un rápido resumen de las diversas formas que cobra el arte o ciencia de la guerra; Clausewitz recuerda los diferentes conocimientos en los cuales desemboca el estudio de la guerra, conocimientos relacionados con los *elementos materiales,* fuerzas armadas, armas, sitio, a la postre modalidades de la táctica. Lo que falta, en esta fase inicial, es lo esencial, a saber: la conducción de la guerra. Para llenar esta laguna, algunos intentaron erigir una doctrina positiva (o una enseñanza positiva) que, a criterio de ellos, pasaba por ciencia. Entre quienes confunden la ciencia de la guerra con los conocimientos necesarios para los técnicos en armamentos o los constructores de fortificaciones y un Heinrich von Bülow y un Jomini, Clausewitz discierne un parentesco profundo: unos y otros ignoraban la libre actividad del espíritu que caracteriza todo arte y anima a todo artista.

Los teóricos que Clausewitz criticó infatigablemente, desde la juventud hasta el último día, alimentan la ambición ilusoria y funesta de reducir la estrategia a ciertos datos materiales, a ciertas formas geométricas, y de enseñar las reglas cuyo respeto garantiza la victoria. Datos materiales, la superioridad del número y el avituallamiento de las tropas; formas geométricas, la relación de la base con las líneas de operaciones (H. von Bülow) o la maniobra sobre líneas interiores (Jomini). Por cierto, Clausewitz no niega los progresos del pensamien-

[2] ¿Es preciso creer que Clausewitz juzga que el parágrafo 8 del capítulo I, 1 basta para fundamentar la descomposición del acto bélico en una pluralidad de acciones?

to analítico logrados gracias a la elaboración de las nociones que él mismo utiliza. Reprocha a los partidarios de una enseñanza positiva cuatro errores: 1) La consideración exclusiva, unilateral, de *una* variable entre los elementos de un problema complejo. 2) La negativa a tomar en cuenta las fuerzas morales. 3) La ilusión de la cientificidad por la medición de magnitudes que escapan a la cuantificación. 4) El olvido de la reciprocidad de acción. Este último error, en el fondo el más grave, pues resulta de confundir el arte de la guerra con una de las bellas artes, es explicitada por el capítulo 3 mediante la elaboración de la definición de la guerra. Está indicada en el capítulo 2.[3]

La antítesis natural resulta de la crítica de la tesis. La teoría debe respetar la naturaleza propia y la complejidad de su objeto; si descuida la dimensión humana, el choque de voluntades, perderá de inmediato contacto con la realidad, volviéndose inútil o, peor aún, ridícula. So pretexto de hacer ciencia, incita a desconocer lo esencial. Pero, en sentido contrario, ¿una teoría no se vuelve imposible si debe tener en cuenta las fuerzas y acciones de orden moral,[4] las reacciones de los seres humanos y la incertidumbre de todos los elementos? No hay dos situaciones rigurosamente similares; la teoría sólo retiene clases de fenómenos; sin embargo, nada es más individual que el efecto provocado en nuestro adversario por una medida que tomamos.[5] Análogamente, la individualidad de los jefes se expresa en la multiplicidad de vías que eligen para alcanzar sus fines. Conclusión: una enseñanza positiva parece incompatible con la naturaleza del objeto. Suponiendo que se pueda construir semejante edificio doctrinal *(Lehrgebäude)*, el actor, en todas las circunstancias donde debería recurrir a su talento, ignoraría la enseñanza. Talento y genio actuarían fuera de las leyes en tanto la teoría se opusiera a la realidad.

Se perfilan dos soluciones: ante todo, las dificultades de la teoría no son igualmente grandes en todos los puntos. El papel respectivo del coraje, la inteligencia, el juicio, varía según los niveles jerárquicos y también varían el número y la incertidumbre de los elementos. El papel de lo físico aumenta y el de lo moral disminuye a medida que se desciende hacia la táctica. Se manifiestan regularidades. La segunda salida completa la primera: una teoría no precisa, para merecer este nombre, dar instrucciones a los actores. Toda actividad que usa los mismos medios en vista de los mismos fines da lugar a un estudio racional. Estudio analítico del objeto, en su organización natural, conduce a un conocimiento elaborado, a discriminaciones claras; aplicada a la experiencia, y por lo tanto a la historia, crea una verdadera familiaridad con su objeto.

"Un especialista que consagra la mitad de su vida a esclarecer en todos sus aspectos un objeto oscuro sabrá más que quien quiere familiarizarse con él rápidamente. La teoría debe formar el espíritu de quien llegará a jefe militar, o, mejor dicho, debe guiarlo en su educación y no acompañarlo en el campo de

[3] II, 2, p. 128 y p. 100 (283).

[4] El término moral está tomado en el sentido del siglo XVIII, y equivale aproximadamente a lo que nosotros llamamos psicológico.

[5] II, 2, p. 133 y p. 104 (288).

batalla: así como un maestro sabio orienta y facilita el desarrollo mental de su alumno sin por ello tenerlo sujeto toda la vida."[6]

Así definida, la "teoría de la teoría" parece perfectamente clara. La conducción de la guerra no tolera la elaboración de una enseñanza positiva por tres razones principales: la acción recíproca de las fuerzas, la influencia e indeterminación de las magnitudes morales, la singularidad y complejidad de cada situación en la cual toma sus decisiones el actor.

Esta actividad se presta sin embargo a un estudio analítico porque estructuralmente presenta ciertas características: el número de medios y fines, tanto en táctica como en estrategia, es limitado; también lo es el número de circunstancias (comarca y emplazamiento, momento del día, condiciones meteorológicas) que influye sobre los medios y fines específicos de la estrategia; también lo es el número de combinaciones que nos presenta la historia, equivalente a la experiencia. Más aún, la estrategia no considera sino el resultado de los combates en relación con el objetivo militar y, más allá, con la paz que terminará la guerra. El jefe militar no necesita saber todo lo que deben saber sus subordinados: los conocimientos necesarios se simplifican a medida que nos elevamos en la jerarquía del mando, y esa simplificación explica que un Condé o un Federico, pero no un Newton o un Euler, pudieran deber su formación a la vida.

Con esta forma, la teoría de la conducción de la guerra (o arte de la guerra) es comparable a la teoría de las bellas artes, pero se diferencia de ella. Los fragmentos publicados por H. Rothfels y W. M. Schering sobre la teoría del arte revelan uno de los orígenes del pensamiento de Clausewitz. Este, en el fragmento titulado *Uber Kunst und Kunsttheorie,*[7] reflexiona sobre el arte de la guerra a la luz de las otras artes. Preocupado, como de costumbre, por las definiciones precisas, se pregunta sobre una doble discriminación, la del arte y la teoría del arte, aunque la misma palabra designa a veces esto y aquello, el arte y la ciencia. Por último, tanto en el fragmento como en el capítulo II, 3, aclara el lazo entre saber y poder (conocimiento práctico) y mantiene simultáneamente la distinción de las finalidades.

Según su método ordinario, se esfuerza a la vez por explicar el empleo corriente de las palabras y llegar a distinciones claras de los conceptos.[8] El uso no siempre distingue entre arte y teoría del arte. Por ejemplo, la arquitectura designa tanto la actividad de construir como la teoría de la construcción (o los conocimientos necesarios para quien quiere construir). Explica esta tendencia a la confusión por la presencia inevitable del arte (o práctica) en la ciencia y de una ciencia (o conocimientos) en el arte. Todo pensamiento está hecho de juicios, y en este sentido es arte.[9] El arte del cálculo depende del saber matemático, pero este último también comporta un elemento de arte (o de

[6] II, 2, p. 135 y p. 107 (291).

[7] W. M. Schering, *Geist und Tat,* ps. 153-166. Cf. Nota XXXVIII.

[8] Se encontrará, en las últimas líneas del capítulo II, 1, el alegato más característico en pro de la claridad y la distinción conceptuales.

[9] No olvidemos que las palabras *Kunst* y *Können* tienen en alemán la misma raíz. *Kunst* designa la capacidad de hacer, la práctica, el poder.

*savoir-faire*). La única manera de marcar una oposición rigurosa entre el saber y el poder, en este caso, es refiriéndose a la finalidad.[10] La ciencia busca, en última instancia, el conocimiento, el arte, la creación o producción. Por lo mismo, se evidencia el parentesco entre arte de la guerra y las otras artes, y la expresión arte de la guerra o conducción de la guerra parece preferible a ciencia de la guerra. Aun así subsiste una teoría de la guerra, como existe una teoría de la arquitectura, para designar el conjunto de los conocimientos que requiere la conducción de la guerra. Clausewitz considera *científico* el esfuerzo por elaborar los conceptos principales de esta actividad, o sea para pensar clara y distintamente esta clase de actividad.

En cuanto a las bellas artes –arquitectura, pintura, música– con las cuales Clausewitz compara el arte de la guerra, éste presenta una originalidad que lo separa radicalmente de las otras artes: el artista no manipula fuerzas inertes, sino que enfrenta otra voluntad. La voluntad guerrera no se ejerce contra una materia muerta ni contra espíritus sumisos o pasivos. El pintor o arquitecto enfrentan espíritus o sensibilidades que se abandonarán y en cierta forma se someterán a su obra; el guerrero quiere quebrantar o doblegar una voluntad que, por naturaleza, se opone a la suya.

Cuando Clausewitz, en el capítulo III, 3,[11] escribe de pronto que la guerra no pertenece al dominio de las ciencias ni al de las artes, sino al de la vida social, nos preguntamos por qué no ha comenzado por allí. En efecto, aunque su pensamiento está libre de equívocos, no sucede lo mismo con su manera de expresarlo. Una vez planteado que la guerra puede compararse con el comercio, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas, que la guerra está mucho más cerca de la política, que a su vez puede considerarse una suerte de comercio en gran escala, la distinción del saber y el poder, de la ciencia y el arte, continúa aplicándose a esta actividad social. Así como la ciencia difiere del arte por su finalidad propia (el conocimiento), la guerra difiere de la política por su medio específico, la violencia. La especificidad del medio –la violencia– y la indeterminación de los fines –sólo fijados por la política– explican la dificultad de una teoría de la conducción de la guerra. Esta teoría, en efecto, se detiene en el fin que resulta de la especificidad del medio y que permanece lógicamente subordinado al fin último, de orden político, impuesto al estratega e indeterminado en múltiples aspectos.

¿Qué queda de la comparación entre bellas artes y arte de la guerra en el pensamiento último de Clausewitz? La unidad de un arte o una práctica depende del fin o del medio: la unidad de la arquitectura del fin, la unidad de la pintura del medio; la guerra se opone a la política por el medio, no necesariamente por el fin. Todo arte supone una aptitud innata, aun si sólo el estudio o el ejercicio permiten desarrollar el talento natural. La necesidad de la obra, la belleza del

[10] Recordemos que Clausewitz, la mayoría de las veces, distingue los conceptos por el medio.

[11] A mi entender, el capítulo II, 2 fue cuidadosamente revisado después de 1827. El capítulo 3 pertenecería a una versión más temprana. Habría sido más lógico invertir el orden de los capítulos, aunque el capítulo 2 contiene, en forma de dialéctica, una especie de historia de la teoría de la guerra.

edificio, no resultan del azar, pero tampoco resultan de la aplicación de leyes o reglas. Suponiendo que la belleza obedezca leyes o reglas, es el genio, el artista mismo, quien las aplica espontáneamente sin haberlas aprendido nunca. La comparación del arte de la guerra con las bellas artes sirve, por así decirlo, de fundamento a la concepción del genio guerrero.

Por este rodeo, Clausewitz vuelve a la antítesis fundamental del capítulo 2, cuya solución ha esbozado en los últimos parágrafos. Lo que impide una ciencia de la guerra tal como la entendían algunos de sus contemporáneos o, como diríamos hoy, un sistema doctrinal, es, por una parte, el conjunto de elementos concretos que diferencian el combate real de los combates simulados o imaginados: incertidumbre de los informes, fuerzas morales, fricción de la máquina militar; por ende, de la máquina humana; por otra parte, es la acción recíproca de las voluntades enfrentadas, la acción de una voluntad no sobre una materia muerta sino sobre otra voluntad que reacciona de manera a menudo imprevisible. De estas dos causas deducimos el carácter singular, único, de toda situación donde el jefe se compromete y compromete a los suyos.

Ahora bien, sabemos que la teoría de una práctica debe servir a esta práctica. No puede suministrar recetas, tiene que formar el espíritu. Solución satisfactoria para el jefe de ejército, pero no para los cientos o miles de jefes que se entercalan entre el comando supremo y el cabo. Clausewitz procede, pues, a hacer distinciones conceptuales de las cuales derivan las implicaciones praxiológicas de la teoría considerada como un estudio racional.

En el capítulo II, 4 distingue primero los dos sentidos clásicos de la palabra ley. En cuanto objeto de conocimiento, la ley es la relación de las cosas y sus acciones recíprocas; en cuanto objeto de la voluntad, es una determinación de la conducta, equivale a la orden o la prohibición de hacer tal cosa. El principio *(Grundsatz)* representa una forma atenuada de la ley para la acción. Conserva el espíritu y el sentido de la ley, pero sin revestir una forma definitiva, sin imponerse incondicionalmente, deja más libertad en la aplicación al juicio que debe discernir, en medio de la complejidad de lo real, si conviene o no aplicar el principio. Los reglamentos e instrucciones *(Vorschriften und Anweisungen)* determinan la acción en relación con una multiplicidad de circunstancias demasiado numerosas y poco importantes para prestarse a leyes. Por último, el método o manera de actuar es un procedimiento constantemente elegido entre varios posibles; el metodismo no consiste en la obediencia a los principios o a instrucciones particulares, sino en la aplicación constante de un método.

El capítulo 4 desemboca en dos conclusiones que presentan, comparadas, un carácter paradojal. Por una parte, se podría prescindir del concepto de ley en la teoría de la guerra. En efecto, los fenómenos son demasiado complejos o poco regulares o, cuando son regulares, no son lo suficientemente complejos para que pueda hablarse de leyes del conocimiento. En principio no se puede utilizar la noción de ley en el sentido de orden "porque el cambio y la diversidad de los fenómenos impiden encontrar determinaciones lo bastante generales para merecer el nombre de ley".[12] La otra conclusión se centra sobre el metodismo, es

[12] II, 4, ps. 147-148 y ps. 119-120 (306-307).

decir la aplicación constante de una cierta manera de operar. Clausewitz considera el metodismo inevitable y justificado en los niveles inferiores de la jerarquía, en la táctica. No se puede conceder a todos los jefes, de una punta a otra de la escala, la libre actividad del alma que pertenece por derecho al artista, el genio guerrero. Más aún, al condenar el metodismo ciego en el peldaño superior, se prevén los excesos en tanto faltará una teoría válida, una consideración racional de la conducción de la guerra.

¿En qué medida la revolución teórica, realizada por el mismo Clausewitz, permite limitar el imperio del metodismo? Una respuesta sólo será posible al final de la exposición. En cambio, la otra conclusión –se puede prescindir de la noción de ley en la teoría de la guerra– exige un examen inmediato. Clausewitz, en efecto, emplea con frecuencia, en acepciones diversas, el concepto de ley. ¿Es necesario decir que la práctica de la teoría no se conforma siempre a la teoría de la práctica?

*2. Leyes necesarias y leyes de probabilidad*

Una primera antítesis, típica de la dialéctica clausewitziana, reaparece en múltiples ocasiones, las *leyes necesarias* y las *leyes de probabilidad.*

Volvamos al análisis del ascenso a los extremos. "En el dominio abstracto del simple concepto, el entendimiento reflexivo no halla reposo hasta no haber llegado a los extremos, porque se relaciona con un extremo, con un conflicto de fuerzas libradas a sí mismas que no siguen más leyes que sus leyes interiores." ¿De qué leyes se trata? ¿Leyes-mandamiento? Por cierto que no. ¿Leyes de naturaleza física? Tampoco: las fuerzas, sustraídas al control del entendimiento, se desencadenan según su ley interior, de acuerdo con su naturaleza. La curiosa conciliación de la necesidad lógica y del desencadenamiento de las pasiones se opera por una noción de ley que me parece subyacente en el pensamiento de Clausewitz, pero que no ha sido elucidada. Las leyes interiores derivan de la naturaleza de las cosas, expresan esta naturaleza, caracterizan la manera de ser o actuar de una entidad, abstracta o real.

La ley más alta de la decisión por las armas –fórmula utilizada en el capítulo I, 2 y a menudo citada por los comentaristas– tampoco encaja cómodamente en la alternativa ley natural (necesaria) o ley-mandamiento. Citemos nuevamente, aun a riesgo de fatigar al lector: "Hemos visto, pues, en las consideraciones precedentes, que existen en la guerra diversos caminos que conducen al objetivo, es decir permiten alcanzar el fin político, pero que el combate es el medio único y, en consecuencia, todo está sometido a una ley suprema: la decisión por las armas".[13] Ley-mandamiento, desde luego que no: la diversidad de caminos se le opone. ¿Ley natural? ¿Es preciso comparar la ley suprema de la decisión por las armas con la ley de la gravitación, ley del mundo real que domina las leyes más particulares? Tal vez Clausewitz pensó vagamente en tal aproximación, pero no lo creo por la simple razón de que, según él, la mayoría de las guerras no implican decisión, o en todo caso grandes decisiones,

[13] I, 2, p. 82 y p. 51 (229).

por las armas. ¿Cuál es, pues, la solución? Responderé: verdad abstracta que expresa las relaciones necesarias que resultan de la naturaleza de las cosas.[14]

De la característica de la guerra, la violencia, se infiere que el combate es su medio único. La definición de la táctica implica esta proposición cuando menos sugerida por la definición de estrategia. Hay que considerar combates tanto los presentados como los aceptados, simulados, concebidos. Dado que la guerra opone voluntades armadas, el combate, o entrechocar de las armas, deviene el medio específico y, si se quiere, único de forzar las decisiones. Medio único no porque los beligerantes recurran a él necesariamente y en todas las circunstancias, sino porque sirve de referencia a los pactos acordados entre enemigos que han retrocedido ante la prueba suprema. La frase famosa, tantas veces citada contra su sentido, ilustra la significación lógica del medio único: "La decisión por las armas es a todas las operaciones de la guerra, grandes y pequeñas, lo que el pago en metálico a las operaciones a crédito; por lejanas que parezcan las relaciones, por infrecuentes que sean las realizaciones, jamás están del todo ausentes".[15] La relación con la decisión por las armas no desaparece nunca, así como las operaciones de descuento o crédito no tienen validez si eventualmente no hay un pago en metálico. De una frase semejante se llegaría inmediatamente a la conclusión de que la gran batalla desempeña el mismo papel que el oro en los depósitos del Banco de Francia. Por lo demás, la flota inglesa, en el siglo pasado, sólo mantuvo su dominio a crédito: ningún enemigo la desafió ni la obligó a demostrar su solvencia mediante un pago en metálico.[16]

La ley suprema no me parece, pues, pese a lo que diga W. M. Schering, una ley del *Geschehen*, del mundo real, natural o humano; es una ley que llamaré, a falta de un término mejor, abstracta o ideal, pues se infiere del análisis conceptual, al igual que la ley del ascenso a los extremos (aunque ésta traduce, al menos parcialmente, en el universo ideal, leyes internas de las fuerzas desencadenadas). En el parágrafo 10 (I, 1) Clausewitz habla de la "ley rigurosa de las fuerzas llevadas a los extremos": ley abstracta o lógica que se revela al espíritu enfrentado con sus propias construcciones. De ello no resulta que una y otra de estas leyes –el ascenso a los extremos o la decisión por las armas– no influyan sobre los acontecimientos o la conducción que los jefes militares adoptan o deben adoptar. Sólo afirmo que de ella no se puede deducir el objetivo que nos fijamos ni los medios que se ponen en acción. No se decide en función de este juego de representaciones (o ideas). En síntesis, actuamos en la guerra modificada, la del mundo real, que se aparta más o menos de su concepto inicial, pero que nunca coincide con él.

[14] El uso del vocabulario de Montesquieu es, desde luego, intencional; el capítulo 9 lo justificará.

[15] I, 2, p. 79 y p. 48 (226). La misma fórmula figura ya en la *Estrategia de 1804*, #21, p. 62.

[16] Talcott Parsons ha retomado esta idea, probablemente sin conocer a Clausewitz, para caracterizar el orden interno de la ciudad: el Estado posee los instrumentos de fuerza, el monopolio de la violencia legítima, pero normalmente el crédito de estos instrumentos o de este monopolio es suficiente: los individuos se comportan como debe, sin que el Estado demuestre su solvencia, sin que acuda a la violencia de hecho.

A las leyes lógicas, a veces relacionadas con la matemática, se oponen las leyes de probabilidad. Oposición que, por sí misma, nos aclara la probabilidad en la que piensa Clausewitz. No en la probabilidad matemática, que resulta de la determinación de las frecuencias, sino en la capacidad del espíritu para captar, *según la probabilidad,* el carácter de la guerra, la intención del enemigo, los medios que posee o movilizará. Dos textos ilustran claramente la idea central: la antítesis entre necesidad y probabilidad que se confunde con la antítesis entre concepto puro y realidad. En el capítulo I, 2 "la guerra debe *(muss)* liberarse de la ley rigurosa de la necesidad interior y librarse al cálculo de la probabilidad".[17] Más importante aún, el texto del capítulo I, 1: "Si el extremo ya no es temido ni contemplado, incumbe al juicio fijar atinadamente los límites de los esfuerzos que se consentirán, lo cual no puede lograrse sino a partir de los datos que ofrecen los fenómenos del mundo real según las *leyes de la probabilidad".*[18] La antítesis necesidad-probabilidad surge con toda claridad: las leyes necesarias no pertenecen al mundo real sino al mundo ideal, el de los conceptos. Todas las conclusiones praxiológicas deducidas del universo conceptual se encuentran al mismo tiempo condenadas *según la lógica del pensamiento final* de Clausewitz, dado que no se fundan sobre los datos y probabilidades del mundo real. La esencia y el equívoco del pensamiento resultan de la distancia entre los conceptos y la realidad.

El parágrafo que sigue al que incluye el pasaje precedente expresa aún con más precisión la tesis hacia la cual tiende nuestro comentario: "Cada uno de los bandos extraerá, del carácter, las instituciones, la situación, las condiciones del adversario, de acuerdo con las leyes de la probabilidad, conclusiones a propósito de la conducción del otro, y determinará la suya en consecuencia".[19] Con este rodeo reencontramos la antítesis, a mi entender fundamental, aunque la mayoría de los comentaristas la pasan por alto; el ascenso se desarrolla *necesariamente* porque pertenece al mundo conceptual; el descenso no puede ser necesario porque se desarrolla en el mundo real y éste no comporta necesidad.[20] El descenso sugiere, exige, un juicio probable de cada uno sobre las intenciones y capacidades del otro. De allí la célebre fórmula del libro VIII: el paso inicial, que lo preside todo, es la apreciación de la naturaleza de la guerra tal como la vuelve probable la coyuntura. Aunque Clausewitz no lo ha dicho explícitamente, la comprensión recíproca de los adversarios, y por ende una suerte de comunicación, es lo único que permite a cada cual escapar a la catástrofe que sufrió Prusia en 1806, pero también permite a ambos limitar los estragos de la guerra. Clausewitz, en razón de su experiencia vivida, ha conservado hasta el fin la obsesión de la desventura que se abate sobre el duelista, que, inconsciente de las circunstancias, no libra la misma clase de guerra que su enemigo.

[17] I, 2, p. 72 y p. 40 (216-217).

[18] I, 1, 10.

[19] *Ibid.*

[20] Es obvio que la ausencia de necesidad caracteriza sólo el mundo real *de la guerra,* o sea un mundo de acción humana.

Insiste a menudo sobre la complejidad de las coyunturas, sobre la multiplicidad de variables que el *Feldherr* en cuanto jefe de Estado debe tener en cuenta. Pero aunque habla de leyes de probabilidad, aunque evoca a Newton[21] y Euler, el análisis del juicio político-militar, en el nivel superior, inclina al espíritu en muy otra dirección. El jefe debe captar de un vistazo, por una suerte de intuición, la verdad en medio de una extraordinaria confusión de hechos eventualmente contradictorios. Si hasta un Newton retrocedería ante semejante cálculo, es porque la indeterminación de las cantidades y la singularidad de cada situación vedan el cálculo, en el sentido riguroso del término. Una situación histórica no resulta de la suma de elementos, debe su significación, su singularidad, a un elemento mayor.

El genio (o el sentido común) se practica menos en el cálculo de lo que no se presta al cálculo que en el discernimiento de lo esencial. El juicio sobre la naturaleza de la guerra no se asemeja a una conclusión deducida de las premisas, sino a una apreciación, por parte del hombre experimentado, de circunstancias que no tienen un equivalente exacto en el pasado, pero no obstante se parecen lo bastante a algo conocido como para permitir la previsión de lo que hay que temer o esperar.

Del contraste entre las guerras del Antiguo Régimen y las guerras de hoy, Clausewitz extrajo finalmente una concepción, explícita a medias, que expresaré en un estilo deliberadamente paradojal: el carácter excepcional de la guerra conforme a su concepto, de la guerra absoluta que rompe todas las trabas. Los Estados civilizados, en particular los Estados europeos insertados en un sistema que tiende al equilibrio, rara vez se lanzan a una lucha a muerte, a hostilidades a ultranza: el conquistador no ignora que movilizará contra él rivales al principio indiferentes, que multiplicará sus enemigos a medida que obtenga victorias y acumule fuerzas. Antes de la crisis provocada por la Revolución Francesa, la guerra se parecía las más de las veces a una observación armada y recíproca; aunque las guerras del porvenir deben seguir siendo nacionales y las barreras de la costumbre, rotas por la tormenta, no puedan levantarse de nuevo, Clausewitz no deja de prever, casi siempre, el retorno a la moderación. En última instancia, meditando sobre la historia al final de su vida, achaca la responsabilidad de los veinte años de guerra menos a la misma Francia que a la Revolución y la política errónea de los otros Estados.

"Cuando, en los años 90 del siglo pasado, se produjo ese extraordinario vuelco del arte europeo de la guerra que volvió ineficaz una parte del arte de la guerra de los mejores ejércitos y permitió triunfos militares de una amplitud anteriormente inconcebible, se hizo cargar al arte militar con el peso de estos falsos cálculos. Era claro que este arte, limitado por la costumbre a un círculo estrecho de concepciones, había sido sorprendido por posibilidades exteriores a este círculo, pero no a la naturaleza de las cosas... ¿Mas es cierto que la

21 Tres veces, I, 3, p. 101 y p. 71 (251); II, 2, p. 141 y p. 114 (298); VII, 3 B, p. 679 y p. 702 (91). Los dos textos de I, 3 y VIII, 3 B están muy próximos entre sí. En cambio, el texto de II, 2 subraya la diferencia entre los cálculos de un Condé o un Federico, alimentados por la experiencia, y los de un Euler o un Newton, que suponen una educación científica.

verdadera sorpresa que desconcertaba a la inteligencia se situaba dentro de la conducción de la guerra y no dentro de la política misma? Para hablar nuestra lengua: ¿la desventura vino de la influencia de la política en la guerra o de una política falsa en cuanto tal? Los efectos extraordinarios de la Revolución en el extranjero visiblemente tienen su causa menos en los medios y las ideas nuevas sobre la conducción de la guerra que en la transformación radical del arte del Estado y la administración, en el carácter del gobierno, en el estado del pueblo. Que los otros gobiernos hayan apreciado inexactamente todas estas cosas, que hayan tratado de enfrentar con medios comunes fuerzas nuevas y aplastantes, todo ello son errores de la política. Sólo una política que hubiera justipreciado las fuerzas que habían despertado en Francia y las relaciones nuevas que resultaban de ello en la política europea habría podido prever el resultado, las grandes líneas de guerra que se estaban trazando; en esta condición sólo la política pudo movilizar los medios necesarios y elegir las mejores vías."[22]

El juicio de probabilidad se funda sobre la experiencia, el juicio necesario se deduce del concepto. El juicio sobre la naturaleza de la guerra carece de fundamento cuando surgen, con una revolución, fenómenos aparentemente nuevos. La armonía implícita que supone la limitación del esfuerzo bélico exige el respeto de la costumbre, la homogeneidad de los modos de gobernar, la confianza recíproca que nace de cierta familiaridad, condiciones todas que se disipan en un período revolucionario. Clausewitz llega, pues, a dos ideas, cuando lleva a término su meditación sobre la experiencia vivida, con respecto a los veintitrés años de guerra en 1792-1815: las guerras, que se han vuelto nacionales, seguirán siéndolo; las guerras se aproximan a la forma absoluta cuando la novedad revolucionaria impide la comunicación implícita favorecida por la moderación. La historia ha confirmado ambas cosas.

¿Cómo se conjugan, en la guerra real, la necesidad de las leyes (o las leyes necesarias) y las leyes de probabilidad? ¿Cuál es la *salida*? La necesidad que conduce lógicamente al ascenso a los extremos resulta de la acción recíproca, del hecho de que cada cual impone su ley al otro. Ahora bien, si la acción recíproca es característica del mundo real, no resulta de ello que cada cual imponga su ley al otro de la misma manera. Es uno u otro quien impone su ley y obtiene beneficios. El primer ejemplo, el que cita más a menudo, nos remite a la oposición entre las guerras de naturaleza diferente en los medios o los medios de otra amplitud. "Si el enemigo elige el camino de las grandes decisiones por las armas, el nuestro *se transformaría también, por este solo hecho, contra nuestra voluntad, en un camino semejante.*"[23] La necesidad lógica del ascenso a los extremos no se traduce en una necesidad natural, en una ley del mundo real; no por ello deja de dar a cada uno de los beligerantes la capacidad de imponer al otro la obligación de las grandes decisiones. Quien impone su ley al otro, quien hace pesar sobre el otro una obligación, es, pues, el más fuerte, el más resuelto, el más audaz. Como Clausewitz nunca especuló sobre la armonía implícita que permite la limitación de la violencia, nos explicamos que haya pasado por un doctrinario de la guerra a ultranza, y tal vez lo fue durante parte de su existencia.

[22] VIII, 6 B, ps. 708-709 y ps. 733-734 (996-997).

[23] I, 2, p. 81 y p. 49 (227).

Más allá de este primer sentido de la fórmula –imponer su ley al otro– se perfila un segundo, sugerido por la comparación con los juegos de naipes. ¿Quién impone su ley al otro, es decir, quién crea por su acción constreñimientos, obligaciones o prohibiciones a las que el otro debe someterse? ¿Quién empieza a jugar o quién juega segundo? ¿Quién ataca o quién se defiende?

El libro consagrado a la defensa sugiere al menos que, pese a las opiniones recibidas, el atacante, aunque goce de una ventaja moral, no impone su ley al otro. Con mucha frecuencia es el bando a la defensiva quien elige el campo de batalla, acepta o rechaza librar batalla. Así en el capítulo 8 del libro III, libro que no pertenece a la última fase y exalta el combate más que ningún otro; allí sin embargo escribe, después de haber mostrado que el terreno accidentado no constituye un obstáculo para disuadir al enemigo de atacar: "El defensor, es cierto, puede hoy, si no rechazar el combate, al menos evitarlo, siempre que abandone el lugar y el papel que éste implicaba; en este caso el triunfo del atacante equivale a una semivictoria y al reconocimiento de su provisoria superioridad".[24] Algunos parágrafos más adelante, según su método ordinario de los argumentos de sentido contrario, él mismo aporta la contrapartida: "Por otra parte, hoy quien quiere y puede escurrirse no puede estar obligado a combatir. Como las ventajas que se asegura el atacante por la huida de su adversario a menudo no le bastan y precisa urgentemente una verdadera victoria, los medios que existen para *constreñir* a *tal* adversario a combatir con frecuencia se buscan y aplican con un arte particular".[25] Los medios insinuados son rodear al adversario para cortarle la retirada o dificultarla, y (o) sorprenderlo; este último medio, a causa de la movilidad o la flexibilidad de los ejércitos, habría perdido gran parte de su eficacia. Esta movilidad de las tropas no obra unilateralmente en favor del atacante: muy al contrario, ella permite, como lo explica largamente el libro VI, la retirada hacia el interior del país.

Sobre este punto preciso –¿quién posee la ventaja de mostrar último las cartas *(der Vorteil der Hinterhand)*? –, Clausewitz aparentemente se contradice de un pasaje al otro. En el capítulo VI, 28,[26] quien posee la ventaja es el defensor. Desde luego, el defensor toma sus medidas antes del ataque, trátese de depósitos, plazas fuerzas, la organización de las tropas, y estas medidas orientan en cierto modo el ataque (que, por lo tanto, juega en segundo lugar con respecto a los preparativos realizados en tiempos de paz). Pero el ataque empieza las hostilidades o penetra en el teatro de operaciones; por lo tanto, el defensor conserva la ventaja de la réplica.

En cambio, en el capítulo VII, 16, titulado "Ataque de un teatro de operaciones sin decisión", atribuye al atacante la ventaja de jugar en segundo lugar.[27] La razón que da nos lleva al centro mismo del debate, a la esencia del duelo: ¿Quién conoce mejor al otro? ¿Quién prevé mejor las intenciones y

[24] IV, 8, p. 265 y p. 248 (451).

[25] *Ibid.*, p. 266 y p. 249 (451).

[26] VI, 28, p. 564 y p. 574 (814).

[27] Cf. Nota XXXIX.

capacidades del otro? En el capítulo VI, 28 se trata de una defensa con decisión; en el libro VII, de un ataque sin decisión. En este último caso, el atacante tendría las mayores probabilidades de frustrar el proyecto de su enemigo: "Hay mucha más diferencia entre las disposiciones para un gran contraataque y las que contemplan una defensa ordinaria que entre las diversas disposiciones para un ataque según la importancia de las intenciones."[28] Probablemente Clausewitz piensa, en el libro VI, en la autonomía de decisión que atribuye al defensor frente a un atacante en busca de victoria decisiva; en el libro VII piensa en la oposición entre Federico III, previendo la conducta de sus adversarios y ellos, que se mostraban incapaces frente a un ejército acorde con las costumbres de la época, pero entrenado por un jefe audaz y resuelto. Quien, en una guerra sin decisión, se limita a la defensa de su teatro de operaciones, delata ya su ausencia de intenciones positivas y proyectos ambiciosos.

Consígase o no conciliar estos dos textos aludiendo a la doble especie de guerra, estos análisis parciales se relacionan con la comunicación entre los duelistas, con la capacidad de uno y otro para prever las intenciones, las capacidades, los movimientos del otro. Por este rodeo Clausewitz vuelve a la relación psicológica entre los adversarios (¿quién goza de la superioridad? y a un principio de victoria, siempre mencionado en la literatura militar: la sorpresa. Ahora bien, Clausewitz, sin negar los efectos de la sorpresa, tiende a reducir su número e importancia. "Sería un error creer que principalmente por este medio se pueden alcanzar grandes resultados en tiempos de guerra. La idea es muy seductora, pero, en la ejecución, este medio está paralizado por la fricción de la máquina íntegra."[29]

¿Por qué la sorpresa presenta tantas dificultades en el nivel superior? Aparentemente, la tesis contradice las afirmaciones repetidas sobre la incomprensión de los adversarios de Federico o Napoleón. De hecho, él trata en este momento de la sorpresa propiamente militar. Prusia, en 1806, no fue sorprendida por la guerra, sino que se había preparado mal para ella, algo muy diferente. Ni siquiera la dirección tomada por las tropas de Napoleón en 1806 constituía en rigor una sorpresa. Es, pues, en el nivel táctico, en los asuntos que cambian de un momento a otro, donde las sorpresas se producen con más frecuencia, sin que por ello impliquen consecuencias decisivas.

¿Se trata de la sorpresa debida a la actividad, a las decisiones rápidas, a las marchas forzadas? Clausewitz invoca el ejemplo de dos virtuosos en este dominio, Federico o Napoleón, para demostrar que movimientos súbitos, imprevistos, inusitados, no dan siempre el triunfo anhelado: así Napoleón alejándose dos veces de Dresde, en 1813, para atacar a Blücher y no encontrar más que el vacío. Si, por el mismo método, obtuvo en 1814 el equivalente de una victoria sobre Blücher, fue porque lo favoreció más el azar, las circunstancias que Napoleón mismo ignoraba, que su propia iniciativa. Se llega, pues, a la observación algo misteriosa que, escribe Clausewitz, toca al meollo de la cuestión *(des Innern der Sache).* "Sólo es capaz de sorprender quien dicta la ley; pero dicta la ley quien

[28] VII, 16, p. 638 y p. 660 (911-912).

[29] III, 9, p. 207 y p. 186 (380). Cf. *supra,* capítulo V, 3, p. 212 original.

actúa correctamente *(wer im Recht ist)*.[30] Si sorprendemos al adversario con una medida errónea, sufriremos quizá, en vez de consecuencias favorables, un duro revés; en todo caso, el adversario no tiene por qué inquietarse mucho ante nuestra sorpresa, pues encuentra en nuestro error los medios para remediar el mal."[31]

Extraña fórmula, en verdad. ¿Qué significa tener razón o actuar correctamente?[32] . ¿En relación con qué se define el error *(der Fehler)*? Clausewitz concluye el capítulo sobre la sorpresa volviendo a la superioridad moral. La proposición "quien tiene razón dicta la ley" sugiere sin embargo que en la lucha de habilidad de la esgrima o en el combate entre espadones se manifiestan suficientes regularidades como para que el arte se someta no a leyes sino a reglas.

Estos tres empleos del concepto de ley –leyes necesarias en el universo de los conceptos, leyes de probabilidad del mundo real, acción recíproca de los adversarios, cada cual esforzándose por imponer su ley al otro– no contradicen la conclusión del capítulo II, 4. Ninguno de ellos implica el equivalente de una ley física en los fenómenos bélicos ni la utilidad de los imperativos incondicionales. Lo cierto es que la teoría no explicita las leyes que derivan de la naturaleza de las cosas, naturaleza que en lo real sólo se presenta más o menos modificada.

### *3. Ley original, ley general, ley dinámica*

Otras tres leyes, denominadas respectivamente *original, general* y *dinámica*, exigen un análisis de la misma especie.

En la primera página del capítulo III, 12, leemos: "La guerra es el choque de fuerzas antagónicas; de ello resulta inmediatamente que la más poderosa no sólo destruye a la otra sino que la arrastra consigo en su movimiento. Ello excluye en principio la acción escalonada (o sucesiva) de las fuerzas; la aplicación simultánea de todas las fuerzas destinadas al choque debe aparecer como la ley original *(Urgesetz)* de la guerra".

Dejemos provisionalmente de lado la cuestión de la naturaleza de la ley (necesidad natural o mandamiento) y sigamos el uso que de ella hace Clausewitz. Los jefes militares no la aplican siempre porque algunos continúan creyendo en la noción de reserva estratégica. Más aún, ella sólo tiene validez en la medida en que la lucha se asemeja a un choque mecánico. Allí donde se parece a la acción recíproca de las fuerzas destructivas (concretamente, en el intercambio de disparos), el enfrentamiento sucesivo se vuelve concebible y hasta el más frecuentemente oportuno. Todo depende de la relación que se establece entre el enfrentamiento de fuerzas frescas (para el bando que ha conservado reservas) y la superioridad moral que ha dado al otro bando el primer triunfo, asegurado por el número. En el momento de la crisis, del desorden y el debilitamiento que provoca el combate, aun entre los vencedores, el choque de las tropas frescas puede invertir la suerte de las armas.[33] Una vez pasado este momento crítico, no

[30] También podría traducirse "quien tiene razón".

[31] III, 9, p. 211 y ps. 188-189 (383).

[32] Se trata de una comparación implícita con los procesos, los litigios jurídicos.

[33] III, 12, ps. 218 y 195-196 (390).

queda más que la ventaja moral de la victoria y las tropas frescas, incapaces de subsanar las pérdidas, corren el riesgo de ser arrastradas al desastre.

Este análisis se centra en los combates tal como se desarrollaban en su época, tal como él los observó o vivió. Clausewitz llega a la conclusión de que existe, en este sentido, una oposición importante entre *táctica* y *estrategia*. La primera tolera e incluso impone el empleo sucesivo de las fuerzas, la estrategia impone el empleo simultáneo. Las tropas de reserva escapan a la destrucción por el fuego y el cuerpo a cuerpo; pueden intervenir e invertir el resultado del combate cuando éste aún no ha terminado; a veces, incluso, reduciendo el número de las tropas que intervienen, se reducen las bajas. Las cosas cambian mucho en el dominio de la estrategia. Las bajas no aumentan con el número de tropas utilizadas, disminuyen a veces y, simultáneamente, garantizan el triunfo y extienden sus alcances.

Clausewitz mismo propone una objeción a esta proposición *(Satz)*: hasta el momento sólo ha tratado de la lucha *(Kampf)*. Ahora bien, a la destrucción por la lucha se añade otro principio de destrucción, los esfuerzos *(Anstrengungen)* y las privaciones *(Entbehrungen)*. ¿No se puede considerar que el ejército, al término de una campaña, está inevitablemente debilitado, igual que al término de un combate? ¿La aparición de tropas frescas no puede decidir la situación en un caso como en otro? Clausewitz responde que, en efecto, vencedor y vencido desean normalmente, al final de una campaña, refuerzos, pero "ello no nos interesa aquí porque este suplemento de fuerzas no sería necesario si éstas hubieran sido mucho mayores desde un principio".[34] En cambio, estas tropas frescas, lejos de ser cualitativamente superiores por no haber combatido, se enfrentan a soldados a quienes la victoria ha dado una superioridad moral,[35] a lo cual se añade la experiencia del combate, el carácter aguerrido "que constituye pura ganancia".

Queda por demostrar que los esfuerzos y las privaciones no aumentan, en estrategia, con el número. Demostración relativamente fácil para los esfuerzos, no tanto para las privaciones, trátese de alimentación o acantonamiento. Aun sobre este último punto, Clausewitz se afana por demostrar su tesis alegando que el número permite avanzar en un frente más amplio. No obstante concede que en Rusia Napoleón quizá llevó demasiado lejos la aplicación de este principio.

¿Qué queda, pues, finalmente, de la ley original? En apariencia, el análisis invierte su sentido: es en el choque donde hay que utilizar todas las fuerzas según la ley original, de manera que el empleo sucesivo se recomienda en táctica, el empleo simultáneo en estrategia. De hecho, la oposición tiende a diluirse si recordamos que el empleo simultáneo de las fuerzas en estrategia tiende a preparar el choque decisivo, a otorgar inicialmente la victoria, a concentrar la lucha en una sola batalla, según el modelo mecánico del choque de las fuerzas contrarias.

Por una parte, análisis y conclusión dependen del experimento mental, del razonamiento. Clausewitz llega a la afirmación de que el tiempo en cuanto tal no

[34] III, 12, p. 218 y p. 197 (393).

[35] Clausewitz retoma una idea de Maquiavelo que citaba ya en la *Estrategia de 1804*, # 4, ps. 41-42.

tiene una virtud propia en estrategia, lo cual no excluye que en ciertas circunstancias la adquiera. Las verdades establecidas –el combate, por su duración, debilita a las tropas que intervienen, mientras que exime a las tropas de reserva, el tiempo por sí mismo no debilita a las tropas estratégicamente comprometidas– siguen siendo abstractas, válidas, todas cosas iguales por lo demás.

Los capítulos 11, 12 y 13 conducen al resumen del capítulo 14. ¿Qué queda en última instancia de la ley original? El capítulo empieza retomando los temas o ideas clásicas. El camino de la reflexión no se angosta jamás en una línea simple. Siempre queda cierto margen, cierto juego, como en todas las artes prácticas de la vida. La decisión incumbe en definitiva al tacto del juicio que, emitido por una perspicacia racional y fundamentado sobre la reflexión, da en el clavo[36] casi inconscientemente. "Ya debe simplificar la ley reduciéndola a algunas características brillantes que constituyen sus reglas, ya el método seguido debe convertirse en el bastón sobre el cual se apoya."[37] La ley deja lugar a otros tres conceptos, *juicio, reglas* y *métodos.*

¿La ley original ha dejado algún precepto? Por cierto que no; en cuanto tal, se aplica a las formas más primitivas, menos intelectualizadas de la guerra, o incluso al modelo simplificado de la lucha. (Cuando un luchador procura tumbar al otro, ¿este último puede reservar fuerzas aunque corra el riesgo de que le cuenten hasta diez cuando está tendido? ) También conserva una significación praxiológica para las formas más modernas de guerra: la guerra a ultranza se relaciona con las formas primitivas de lucha; la ley original deviene una suerte de precepto abstracto que ordena menos de lo que prohíbe; prohíbe dejar tropas sin emplear mientras las otras se baten, prohíbe no comprometer todas las fuerzas a la hora de la decisión. ¿Pero qué significan *todas* las fuerzas y cuándo es la hora *decisiva?* La ley original deviene un instrumento del espíritu, una especie de señal. ¿Ley-mandamiento? No. ¿Ley natural?[38] Tampoco. La respuesta no me parece dudosa, aunque ningún comentarista la haya dado en estos términos: *relación necesaria derivada de la naturaleza de las cosas.*

En el libro siguiente Clausewitz introduce una determinación general de la lucha, próxima y complementaria de la ley original, a saber: el doble esfuerzo de garantizar la seguridad de la retaguardia, por una parte, de amenazar la del enemigo, por la otra. Este doble esfuerzo se transforma en una especie de instinto. "Es inconcebible un combate donde este esfuerzo, en su forma doble y simple, no se manifieste junto al choque puro de la violencia."[39]

Este instinto es presentado unas líneas más abajo como una ley natural general del combate *(allgemeines Naturgesetz des Gefechts).* ¿Por qué ley natural y no ley original? Probablemente porque los combates se desarrollan más de

[36] *Trifft das Rechte* evoca la otra proposición relacionada con quien impone su ley al otro.

[37] III, 14, p. 224 y p. 204 (401).

[38] Podría decirse de la lucha original que deviene, a través de la historia, ley de un universo conceptual.

[39] IV, 4, p. 250 y p. 232 (432-433).

acuerdo con esta ley que con la ley original, modificada por múltiples circunstancias.

En apariencia, esta ley se relaciona más con la táctica que con la estrategia, pues ésta emplea los resultados de los combates, triunfos o reveses, como medios (materiales) de su arte; no obstante, también la estrategia debe tener en cuenta esta ley general y natural que se funda en un hecho de orden moral más que de orden físico; el peligro de batirse en dos frentes a la vez, de perder la línea de retirada, debilita la fuerza de resistencia. La amenaza sobre la retaguardia vuelve la victoria más probable y más decisiva a la vez. En síntesis, el esfuerzo de *envolvimiento* caracteriza la lucha en cuanto tal tanto como el *choque* y la *concentración* de fuerzas para el choque.

En este punto Clausewitz emplea, contra su costumbre, el término maniobra en su sentido más amplio y no, como en otras partes, en el sentido limitado de "estrategia de maniobra" de juego de esgrima. "Esta ley natural, en efecto, se afirma por doquier con su peso natural y deviene el punto alrededor del cual giran casi todas las maniobras tácticas y estratégicas."[40]

Este análisis de la ley natural más general basta para refutar la representación caricaturesca de la doctrina clausewitziana: ésta exaltaría el choque directo, brutal, concentrado, sin rodeos ni titubeos. Aun en el libro IV, que se acerca más a la caricatura, el esfuerzo recíproco de envolvimiento introduce un elemento de maniobra en todos los combates; aun en la guerra pequeña, la rivalidad de intenciones se combina con la prueba de fuerza. Por eso mismo, Clausewitz sigue siendo un teórico de idéntico linaje de aquellos a quienes critica o ridiculiza, aunque enfatice otros principios y reduzca el alcance de los elementos no humanos, geográficos, geométricos, etcétera.

La ley original (de la concentración de las fuerzas en el tiempo) y la ley natural del combate (esfuerzo recíproco de envolvimiento) derivan ambas del concepto mismo de lucha, aunque la segunda esté confirmada por la experiencia, mientras la otra deviene una especie de instrumento del espíritu. La *ley dinámica de la guerra*, que figura en el último capítulo del libro III (III, 18), traduce la alternancia de reposo y tensión *(Ruhe und Spannung)* que caracteriza las operaciones militares.

Esta ley dinámica se aplica, pues, a la realidad histórica, a los acontecimientos mismos. Se relaciona con el problema que se planteó Clausewitz y que ya hemos tratado: ¿por qué los adversarios pueden juzgar ambos, al mismo tiempo, que conviene a sus intereses no hacer nada, ni la paz ni la guerra? A esta pregunta Clausewitz da una respuesta doble: una válida en el mundo abstracto de una conducción de dos bandos razonables, la otra fundada sobre la psicología humana, la tendencia de cada cual a sobrestimar al enemigo y la inclinación natural al temor y la irresolución. En el capítulo 16, el orden de estos tres factores es inverso al que acabamos de seguir, inverso al del capítulo I, 1. La naturaleza humana está en primer lugar; la asimetría del ataque y la defensa en el segundo.

La ley dinámica agrega a estos análisis parciales relacionados con la

[40] IV, 4, p. 251 y p. 232 (433).

suspensión de las hostilidades por lo menos dos ideas principales. Ante todo, aun en la guerra de la primera especie, tal como la transformaron la Revolución y Napoleón, la alternativa subsiste. Las hostilidades no continúan sin interrupción. El concepto de *Ruhe,* reposo o calma, responde, pues, al de *Stillstand.* En cambio, el de *Spannung* o tensión implica más riqueza o ambigüedad porque roza la frontera entre lo político y lo militar. Del grado de tensión resulta el lugar de una guerra determinada en la escala que va de la observación recíproca y armada a la voluntad de desarmar al adversario. Pero no siempre existe proporcionalidad entre el grado de tensión (política) y la violencia de los combates; la tensión da a veces un alcance extremo a un combate secundario. "El cañoneo de Valmy tuvo resultados más decisivos que la batalla de Hochkirsch."[41]

La inserción, en la reflexión estratégica, del concepto de tensión (que ocupa un lugar importante en el capítulo I, 1, 11 y 18) equivale a la consideración de los motivos de las guerras, de los fines contemplados, de las relaciones interestatales e intraestatales. Al mismo tiempo, este capítulo se orienta hacia la doble especie de guerra. Pero el fin del capítulo y del libro deja una duda. Tras haber recordado que en la mayoría de las guerras del pasado el estado de equilibrio duraba la mayor parte del tiempo y los acontecimientos, triunfos o reveses, rara vez tenían un carácter decisivo, evoca brevemente la campaña prusiana de 1806, las medidas acordes con el espíritu del tiempo antiguo pero ruinosas en las circunstancias nuevas. Concluye con el parágrafo siguiente: "Esta distinción especulativa, hecha por nosotros, es igualmente necesaria para el desarrollo de esta teoría porque todo lo que tenemos que decir sobre la relación entre el ataque y la defensa y sobre la ejecución de este acto doble[42] se remite al estado de crisis en el cual se encuentran las fuerzas durante la tensión y el movimiento; no consideraremos ni trataremos todas las actividades que pueden producirse en estado de equilibrio sino como un corolario; pues esta crisis es la guerra verdadera y este equilibrio no es más que un reflejo".[43]

Clausewitz se inclina todavía, en el momento en que escribe estas líneas, a no conocer sino una especie de guerra o guerra verdadera. La mayor parte del libro VI sólo trata, en efecto, de la guerra verdadera o guerra de la primera especie. Sólo el último capítulo analiza explícitamente la defensa de un teatro de operaciones sin decisión. Da la impresión de que Clausewitz no hubiera llegado a conceptualizar la oposición entre las dos especies de guerra sino al redactar el libro VI, a medida que aclaraba la diversidad de las prácticas defensivas según los proyectos del atacante.

Aun así, la ley dinámica sigue siendo válida para todas las guerras y traduce en cierto modo las pulsaciones de la violencia, la discontinuidad de la acción que resulta simultáneamente de la naturaleza de los hombres y la naturaleza del duelo, o sea la asimetría del ataque y la defensa.

[41] III, 18, p. 234 y p. 235 (415). Hochkirsch es una victoria austríaca en la Guerra de los Siete años, el 14 de octubre de 1758.

[42] *Doppelseitiger Akt:* ¿Clausewitz quiere decir simplemente que uno se defiende cuando el otro ataca o que todo ataque comprende la defensa y toda defensa el ataque?

[43] III, 18, p. 235 y p. 216 (416).

### 4. *Las proposiciones de la* Nota final

¿Qué resultados se infieren de los análisis? Creo posible distinguir cinco contextos diferentes en los cuales Clausewitz emplea la noción de ley.

Ante todo, relaciona ley con necesidad y, por ello, las leyes resultan de la naturaleza de las cosas, reinen en el universo de lo ideal. En cambio, a medida que volvemos a la realidad, a la guerra modificada, pasamos a las leyes de probabilidad o, más simplemente, a los juicios de probabilidades que emiten los actores en función de la incertidumbre de los datos y el azar. Así se explica que la razón pueda prescribir menos leyes a la guerra cuanto más se aleja ésta de su forma absoluta.[44]

La noción de la política como legisladora *(Gesetzgeber)* no implica más que la idea, a menudo expresada en otros términos, de que el instrumento debe someterse a las intenciones de quien lo utiliza. Este no puede exigir al instrumento más de lo que da ni emplearlo sin tener en cuenta su naturaleza propia.

La expresión "imponer su ley al otro" remite al esquema inicial del duelo. Ninguno de los adversarios está en libertad de fijar por sí mismo la intensidad del combate, nadie puede evitar la decisión por las armas si el otro tiene el firme propósito de llevarla a cabo. La idea misma de "dictar su ley" sugiere, sin formularlo rigurosamente, que uno de los duelistas determina las condiciones del combate de acuerdo con su interés. Si Clausewitz afirma que hay que actuar rectamente para adquirir una posición dominante, es porque piensa quizá en los litigios jurídicos (que, escribe él, tienen mucho en común con la guerra); hay que poner el derecho de parte de uno, la justeza si no la justicia.

A mi entender pertenecen a la misma categoría la ley *suprema* de la decisión por las armas, la ley *original* de la aplicación simultánea de todas las fuerzas en vista del choque decisivo, la ley *natural* general, el esfuerzo por rodear al adversario y combatirlo en varios frentes a la vez. Ninguna de estas leyes formula mandamientos, positivos o negativos, ninguna se traduce mecánicamente en preceptos. Las tres presentan sin embargo una significación praxiológica. La ley suprema de decisión por las armas subordinada a la legislación política sirve como referencia última para el antagonismo de las voluntades. La ley original cambia de sentido según la descomposición de la totalidad bélica. La ley natural general vuelve inteligible la diversidad de las maniobras en combate o en un teatro de operaciones, sin por ello explicitarse en preceptos precisos, válidos para una coyuntura dada.

La *ley dinámica de tensión y reposo* se aplica a la realidad misma de la guerra o, por decirlo con W. M. Schering, al *Geschehen*. Las hostilidades no se desarrollan de manera continua, están puntuadas por momentos de reposo. Según los beligerantes se encuentren en estado de equilibrio o en estado de tensión; los acontecimientos –combate, movimientos, batallas– toman uno u otro sentido.

Ninguna de estas leyes caracteriza la revolución teórica con la que soñaba Clausewitz. Ninguna de ellas figura en la lista de las proposiciones *(Sätze)* que

[44] VI, 30, p. 598 y p. 612 (857).

enumera la *Nota final* para demostrar a los escépticos que es posible una teoría de la conducción de la guerra, pese a las enormes dificultades. Confrontando las *leyes,* dispersas en los diferentes capítulos del *Tratado,* y las *proposiciones,* reunidas en la *Nota final,* comprendemos mejor la concepción clausewitziana de la teoría.

Las dos primeras proposiciones conciernen a la defensa (forma más fuerte con fin negativo) y el ataque (forma más débil con fin positivo). Proposiciones que hemos juzgado en cierto sentido transparentes, en otro equívocas. Si la defensa no fuera la forma más fuerte, ¿por qué el bando más débil estaría casi siempre a la defensiva? ¿Pero el razonamiento se aplica de igual modo a la estrategia y a la táctica? ¿Las armas y los métodos de combate no favorecen ya a una u otra guerra?

La tercera proposición, "Los grandes triunfos determinan los pequeños", funda una cuarta proposición que sí se presenta con forma de precepto, por lo demás vago, a saber que hay que remitir las acciones estratégicas a un pequeño número de centros de gravedad. La primera proposición se deduce del carácter total de la batalla o la campaña; se apoya, pues, tanto en el concepto –la totalidad– como en la experiencia histórica.

Viene luego la afirmación de que la demostración (o desvío) es un despilfarro de fuerza más débil que el verdadero ataque y por lo tanto debe ser justificada por condiciones particulares. Grandes triunfos, centros de gravedad, inutilidad (por lo general) de una simple demostración, todas las afirmaciones derivan de la misma idea; en sus determinaciones más elevadas, la guerra no consiste en un puñado de acontecimientos pequeños, sino en acontecimientos singulares, grandes, decisivos, que deben ser tratados individualmente.[45]

Las proposiciones siguientes, relativas a la victoria, se deducen ante todo, también, del análisis conceptual. La victoria no consiste tanto en la conquista del campo de batalla como en la destrucción física y moral de la fuerza combatiente adversa. El desarme del enemigo representa, en los dos primeros capítulos del libro I, la finalidad natural o ideal de la guerra. La finalidad del acto decisivo de la guerra, a saber: la batalla, resulta lógicamente de ella. En cambio, la afirmación de que esta destrucción se realiza más a menudo durante la retirada se funda sobre la experiencia, vale como generalidad empírica, aun si el razonamiento permite hallar la causa del hecho; la retirada, después de una batalla perdida, debilita a un ejército, tanto física como moralmente, y lo somete al riesgo de disgregarse.

Las proposiciones siguientes contienen por segunda vez un precepto extraído de la estructura de la realidad bélica: como los grandes triunfos determinan los pequeños y el triunfo es más grande cuando se ha obtenido la victoria, hay que considerar el tránsito brusco de una dirección o de una línea a otra a lo sumo como un mal necesario.

La proposición siguiente no se presenta con forma de precepto, aunque implica una enseñanza: la justificación del envolvimiento depende de la superioridad en cuanto tal o la superioridad de nuestras propias líneas de comunicación y

[45] Resumo el texto de II, 4, p. 150 y ps. 122-123 (309).

retirada sobre las del adversario; lo mismo puede decirse de las posiciones de flanco. Por último, la enumeración concluye con la fórmula: toda ofensiva se debilita por su misma progresión.

Clausewitz considera evidentes estas proposiciones, que demuestran la posibilidad de una teoría de la conducción (o el arte) de la guerra. La mayoría de ellas se atiene a la estructura del objeto guerra o la finalidad de la acción bélica; la guerra constituye una totalidad y la dialéctica del ataque y la defensa traduce la reciprocidad de acción en una lucha que se desarrolla en el tiempo y el espacio. Ninguna de estas proposiciones, características de la teoría, constituye una ley, en ninguno de los dos sentidos del concepto (ley de natural o ley-mandamiento). Ninguna de ellas constituye siquiera un principio de acción. No obstante implican enseñanzas para el jefe, en la medida en que el espíritu de éste pensará la campaña y la guerra con el auxilio de conceptos mayores, centros de gravedad, destrucción de las fuerzas enemigas, fuerza de la defensiva, desgaste de la ofensiva, carácter total de la batalla o la campaña, etc. Comparadas con las máximas de los teóricos militares de sus tiempos o los nuestros, estas proposiciones presentan un carácter tan abstracto que parecen pertenecer a otro universo y han valido a Clausewitz la reputación de filósofo o metafísico. No obstante, él se considera ante todo un analista o un observador: atinadamente, a mi juicio.

Aún tenemos que responder las dos preguntas que plantean por sí mismas tanto las leyes y proposiciones como la *Nota final.* Admitamos que la teoría-consideración racional ofrezca una salida a la antítesis de una teoría inaceptable y de un escepticismo radical: ¿las verdades de esta teoría se fundan en el concepto o la experiencia, en la experiencia de una época o de todas las épocas? Si la consideración racional rechaza las simplificaciones de las enseñanzas dogmáticas y no obstante pretende estar al servicio de la acción, ¿qué enseñanzas sugiere? Los dos capítulos que siguen procuran responder a estos dos interrogantes.

*CAPITULO VIII*

## La teoría y la historia

La distinción entre la conducción de la guerra en sentido estrecho y los capítulos auxiliares del arte de la guerra (armamentos, organización y avituallamiento de los ejércitos) sugiere de por sí la cuestión de la relación entre teoría e historia. ¿La estrategia o conducción de la guerra, en práctica o teoría, cambia con las épocas, con la organización de los ejércitos y el carácter de las armas? ¿Teoría histórica o teoría eterna, en sí y según Clausewitz?

### *1. La ley, regla y metodismo*

Sobre la historia de la guerra en general, Clausewitz se atiene a ciertas observaciones. Distingue entre pueblos bárbaros o toscos *(rohe Völker)* y pueblos civilizados; en ocasiones también opone la Antigüedad a los tiempos modernos partir del siglo XVI.

La primera oposición le inspira un juicio pesimista, a menudo citado, del capítulo I, 1: la violencia de las luchas no se atenúa necesariamente con la cultura de los pueblos porque sigue siendo una función de la magnitud de los intereses en juego. Explica inclusive por cálculos pragmáticos, no por el progreso moral, la desaparición de ciertas prácticas: ejecución de los prisioneros, devastación de provincias. La inteligencia influye más en la conducción de las hostilidades, inspira métodos más eficaces para el uso de la violencia de lo que eran en otros tiempos las explosiones brutales del instinto.

En síntesis, la civilización acrecienta el papel de la inteligencia en la conducción de la guerra sin eliminar ni siquiera atenuar siempre el furor original. No es que en el origen de las guerras los pueblos civilizados se odien siempre: el combate mismo suscita, nutre, exaspera las pasiones hostiles. La historia no ha refutado este sombrío diagnóstico. Los bombardeos de Dresde, Hiroshima, Tokyo por las aviaciones inglesa y norteamericana no les van en zaga a los estragos de las campañas atenienses o espartanas. En cuanto a las carnicerías de Katyn, las cámaras de gas, los *Einsatzkommandos* encargados de exterminar a las comunidades judías, todavía causan estupor, pese al tiempo transcurrido, a los hombres que rehúsan desesperar de la humanidad.

La oposición entre la Antigüedad y los tiempos modernos fundamenta una regla del método histórico. A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, Clausewitz rara vez usa ejemplos tomados del mundo antiguo. ¿Porqué sabía poco latín y menos griego? Sería extrañamente superficial explicar por esta ignorancia su reticencia a utilizar ejemplos tomados de épocas lejanas, muy diferentes de las que nosotros conocemos. En ese sentido jamás cambió. La polémica con los teóricos imbuidos de la grandeza de los griegos y latinos se relaciona, por una parte, con la antipatía que él siente por los pedantes, los estrategas de salón, los profesores que resuelven los problemas políticos de nuestra época remitiéndose a Atenas y Roma. Pero esa prudencia nace también de una regla metódica. Cuanto más se remontan al pasado los acontecimientos, menos conocemos el conjunto y los detalles. Los únicos ejemplos realmente instructivos, cuando se quiere confirmar o refutar un principio y no sólo ilustrarlo, exigen el análisis del caso hasta en sus ínfimas singularidades. De lo contrario, no costaría nada respaldar con ejemplos principios falsos.

Ciertas referencias a la Antigüedad merecen una mención.[1] En particular, el caso de Fabius Cunctator, Fabio el Contemporizador, le interesó manifiestamente del principio al fin de su carrera. En la *Estrategia de 1804* se niega a alabar a Fabio,[2] y atribuye su conducta, exigida por las circunstancias, al temperamento mismo del Cunctator. Da como prueba la oposición de Fabio a la campaña de Escipión en Africa, y llega a la conclusión de que Roma habría perecido si Fabio hubiera sido rey. El ejemplo sirve para ilustrar la influencia que ejercen las disposiciones psicológicas de un jefe militar, para destacar la diferencia entre los tiempos y las circunstancias: los romanos podían negarse a batallar; hoy día hay que pagar esta negativa con un sacrificio de espacio. No debemos olvidar tampoco que en 1804 o 1808 Clausewitz reprocha apasionadamente a los soberanos de Prusia y Europa sus titubeos. El contraste entre la severidad de 1804 y los juicios del *Tratado* no deja de ser significativo.

Por primera vez, en el capítulo IV, 8, nota que la negativa a combatir por parte de Fabio no prueba de ningún modo la superioridad física o moral de Aníbal; de hecho, el plan de Fabio excluía el combate.[3] En el capítulo IV, 8[4] lo cita para ilustrar una especie de resistencia que cuenta sobre todo con la destrucción del enemigo como consecuencia de sus propios esfuerzos. Lo cita por tercera vez en el capítulo 30 del mismo libro a propósito de las campañas sin decisión,[5] durante las cuales, superficialmente, los beligerantes manifiestan actividad, tanto Aníbal como Fabio, tanto Federico el Grande como Daun. Esta vez la referencia a Fabio tampoco presenta un carácter peyorativo, ya que está puesto en el mismo plano que Aníbal (tal como Daun en el mismo plano que Federico).

[1] Porque ilustran la evolución intelectual de Clausewitz.

[2] *Estrategia de 1804,* # 5, p. 42. Toma la idea de Maquiavelo, quien la formula casi en los mismos términos. Cf. *Discurso sobre la primera década de Tito Livio,* III, 9.

[3] IV, 8, ps. 264-265 y ps. 247-248 (450).

[4] VI, 8, p. 434 y p. 431 (656).

[5] VI, 30, p. 581 y p. 593 (836).

La comparación entre las dos alusiones a Fabio en la *Estrategia de 1804*[6] y las tres alusiones en el *Tratado* permiten concluir que hay una evolución del pensamiento o el humor de Clausewitz. Así como una la resolución tiende a reemplazar la audacia, la contemporización de un Fabio no atestigua ya un defecto de carácter que, por accidente, habría respondido a las circunstancias y contribuido a la salvación de Roma. Una estrategia a lo Fabio, la negativa a combatir, representa una estrategia de defensa o, para hablar un lenguaje clausewitziano más preciso, una especie de resistencia. Por cierto, esta especie de resistencia no se ejecuta en el mismo estilo en el siglo III antes de nuestra era y en 1812. Gracias a los campamentos donde se instalaban las legiones, Fabio podía rehuir sin dificultades la batalla y Aníbal la ofrecía en vano (lo cual nos da un ejemplo de influencia de la táctica sobre la estrategia). En nuestra época –y desde 1804 Clausewitz reconoce este hecho– la negativa a batallar se paga con la pérdida de espacio. "Hoy día no podemos ordinariamente evitar una batalla sino sacrificando mucho terreno. A veces esta ventaja no se paga demasiado cara con semejante sacrificio, como, por ejemplo, contra los franceses en la frontera de Rusia."[7] En el *Tratado,* la estrategia de Fabio, que en 1804 él comparaba con la de Daun y a la cual no atribuía ninguna oportunidad frente a un Aníbal, ilustra, por el contrario, una especie de resistencia que en todas las épocas merece tenerse en cuenta: dicha estrategia cuenta, para vencer, con el desgaste del ejército enemigo en territorio hostil, con las ordalías que el conquistador impone a sus propias tropas.

Menciona una vez más la expedición de Escipión al Africa cuando Aníbal, todavía invicto, acampaba en suelo italiano. Mientras en 1804 esta decisión audaz le servía para denostar a Fabio, quien la había criticado, utiliza el ejemplo con muy distinta finalidad, es decir para rectificar su propio juicio: el ejemplo de Escipión es instructivo y es lícito utilizarlo porque conocemos bastante sobre las condiciones generales de los Estados y los ejércitos de los cuales dependía la eficacia de esta resistencia indirecta.[8]

Parafraseando una expresión de Leon Brunschvicg, podría decirse que la historia es el laboratorio de la teoría. De los textos de juventud hasta el testamento intelectual, la relación entre teoría e historia permanece en el centro de la reflexión. En 1804 cita la famosa fórmula de Maquiavelo –hay que adaptar las medidas a la época y a las circunstancias–, que no debe considerarse trivial, que no alude a los detalles sino a las medidas generales: "Sin embargo nada es más común que el olvido de esta regla. Los gobiernos tienen por costumbre elegir a sus jefes militares sin considerar el tiempo y las circunstancias y los jefes militares no se desempeñan mucho mejor en lo que concierne a su sistema de guerra. Este sistema de guerra es una simple expresión de su modo de pensar y su sensibilidad y casi nunca una vía escogida a partir de una libre reflexión".[9]

6 *Estrategia de 1804,* #5 y #9.

7 *Estrategia de 1804,* #9, p. 47.

8 II, 6, p. 176 y p. 151 (341-342).

9 *Estrategia de 1804,* #5, p. 42.

Asimismo, en el capítulo II, 6,[10] evoca el tiempo de los *condottieri* para ilustrar la dependencia de la conducción de la guerra con respecto del instrumento utilizado y añade que en ninguna otra época las fuerzas armadas han presentado hasta tal punto el carácter propio de un instrumento, separado de la vida del Estado y del pueblo. Ahora bien, la conducción de la guerra se confunde con el arte de la guerra o la teoría de este arte. Afirmar que la conducción de la guerra depende del instrumento es afirmar que la estrategia —teoría o práctica— depende de las fuerzas armadas por intermedio de la táctica que las utiliza *inmediatamente* (mientras la estrategia sólo las utiliza mediatamente).

En esta línea de pensamiento, el comentarista optará tal vez por invertir la oposición de Clausewitz entre teoría táctica y teoría estratégica, la primera más fácil que la segunda. En efecto, si se toma en cuenta la historia, la diferencia de tiempos y circunstancias, la táctica sufre más cambios, pues el instrumento, o sea las fuerzas armadas, cambia con la industria que suministra las armas y el Estado que organiza las tropas. Además, cuando llega a los análisis tácticos, o bien recuerda las transformaciones sucesivas de los modos de ataque y defensa, o bien precisa explícitamente que trata de las condiciones actuales de la guerra o la batalla.

El ejemplo más notorio de la historicidad del arte táctico se encuentra en el capítulo VI, 2, en un pasaje que hemos citado en nuestro capítulo VI.[11] En los libros IV y V no repite en cada capítulo que trata de los ejércitos o los combates tal como han evolucionado, tal como él los observa, pero el lector de buena voluntad honestamente no puede dudarlo. La distribución de las tropas entre las tres armas, el despliegue de las tropas en el campo de batalla, no obedecen a principios transhistóricos, lo cual no excluye que en cierta época, en función de un armamento o de una organización específica, la táctica se preste más al establecimiento de principios que la estrategia; más generalmente, tolera una enseñanza doctrinal o una doctrina positiva.

Retomemos los cuatro conceptos que hemos enumerado en el capítulo precedente: *principios, reglas, reglamentos* y *métodos*. El principio, como sabemos, es una ley-mandamiento que impone la acción, y sólo difiere de la ley por ser menos riguroso, por cierto margen librado al tacto del juicio. Pero en la práctica es fácil encontrar principios: "No enviar innecesariamente la caballería contra una infantería todavía bien organizada; no utilizar las armas de fuego sino a partir del momento en que empiezan a tener una eficacia segura; en el combate reservar la mayor cantidad de fuerzas para la fase final".[12]

Estos principios descansan sobre la experiencia en los dos sentidos en que Clausewitz emplea esta palabra: los conocimientos que han surgido de las ciencias experimentales y "constituyen sin lugar a dudas el fundamento del arte de la guerra",[13] la experiencia histórica. Las ciencias experimentales nos enseñan el efecto de las armas de fuego a diferentes distancias, pero las bajas efectivas

[10] II, 6, p. 174 y p. 151 (341).

[11] Cf. *supra* p. 247 del orig., capítulo VI, 1.

[12] II, 4, p. 148 y p. 121 (307).

[13] II, 6, p. 170 y . 145 (335).

causadas por la artillería dependen también de circunstancias múltiples, variables en cada caso, sin mencionar el efecto moral de un arma, variable en función de la calidad de las tropas enemigas y su costumbre al combate.

Si la experiencia concreta, histórica, detallada –y no sólo los conocimientos establecidos por las ciencias experimentales–, sigue siendo necesaria a la teoría táctica, ésta implica principalmente, pese a todo, más *doctrina positiva (positive Lehre)* que la teoría estratégica. He restringido el alcance de esta afirmación explicitando una consecuencia de otros análisis, a saber: la evolución histórica del instrumento (las fuerzas armadas) y la manera de utilizarlo. Aun con esta reserva, subsiste el interrogante que los críticos de Clausewitz han enfatizado y el comentarista más benévolo no podría desechar: ¿en qué difiere el principio de reservar tropas para la fase final de la batalla del principio de utilizar todas las fuerzas, estratégicamente, en la batalla decisiva?; en otros términos, ¿en qué difieren de los principios tácticos de los principios estratégicos?

El ejemplo de una *regla* que da Clausewitz se parece singularmente a los ejemplos de *principios.* Si uno se plantea la regla de atacar al enemigo con redoblada energía cuando él comienza, durante un combate, a retirar sus baterías, es porque este índice permite deducir la situación de conjunto y la intención del enemigo. Pero éste, en el momento en que se repliega, no es capaz de resistir vigorosamente ni de escabullirse. El retiro de las baterías revela *las más veces* la intención de abandonar el campo de batalla, así como la carga de caballería contra una infantería bien ordenada está casi siempre condenada al fracaso. Pero los principios de acción, fundados sobre la generalidad de los casos y sobre la probabilidad, se encuentran también en estrategia; por ejemplo, es más conveniente, en general, no cambiar la dirección del ataque[14] ni dispersarse durante una retirada (retirada concéntrica y no excéntrica).

En rigor, se puede invocar una diferencia de grado entre los principios de tácticos y los estratégicos; las relaciones entre caballería e infantería, en cierta época, en función de cierto armamento, de cierta eficacia de las armas, están puestos a prueba y corroborados por ejemplos históricos más abundantes y más semejantes que los principios históricos disponibles para la confirmación de los principios estratégicos.

Otro argumento determina, no obstante, a mi entender, la necesidad de los reglamentos tácticos y, en consecuencia, del metodismo táctico, en oposición a la libertad de espíritu que pertenece al jefe militar. Cuanto más nos acercamos a la base, más nos alejamos de la cima donde reina el genio guerrero, más necesarios se vuelven los *Vorschriften* y *Anweisungen,* las prescripciones e instrucciones que se expresan en los reglamentos, tanto para los ejercicios como para los servicios en campaña. Libertad de espíritu de los grandes jefes, rigor del método inculcado a los soldados y a los jefes de nivel inferior, tal me parece la combinación clausewitziana, característica del ejército prusiano, luego alemán.

¿Por qué la misma incertidumbre de los datos, la misma diversidad de los

[14] Utiliza el argumento para sugerir que Bonaparte habría hecho mejor, en 1814, después de su triunfo sobre Blücher, en no volver contra Schwarzenberg y perseguir a los prusianos, II, 5, p. 162 y p. 135 (324).

casos exige, según el nivel, someterse a reglamentos o fiarse del tacto del juicio? Percibo dos razones esenciales. No se podría pedir a centenares, a miles de oficiales o suboficiales que adquieran la perspicacia, la penetración, el dominio intelectual que exigimos (muchas veces sin obtenerlo) a quienes ejercen el mando supremo. Antes que confiar en iniciativas individuales que a cada instante corren el riesgo del error, vale más atenerse a prescripciones e instrucciones que indiquen la decisión atinada en la mayoría de los casos, adoptar regularmente el mismo despliegue de las tropas, el mismo orden de batalla, la misma relación entre las diferentes armas, a condición de modificar estos reglamentos del servicio en campaña en función de las armas y la organización.

La segunda razón obedece a la naturaleza misma del aparato militar, compuesto por hombres, pero destinado a servir de instrumento, instrumento humano que será semiparalizado por la fricción. Las prescripciones e instrucciones son por así decirlo inoculadas a los soldados, se vuelven parte integrante de su ser, de manera de actuar. Cuando se trata de ejercicio, se hablará más bien de *reglamentos;* cuando se trata de servicio en campaña, de *método,* de una manera compleja de proceder que incluye múltiples prescripciones e instrucciones y se transforma en *metodismo* cuando la aplicación del método se vuelve sistemático, previsible, por así decirlo automática.

Clausewitz concede que, aun en el nivel superior, el metodismo, por deplorable que sea, sigue siendo inevitable en tanto la teoría *tal como él mismo la concibe* (a saber el estudio racional) no ha formado a los jefes militares permitiéndoles elevarse por encima de las teorías contradictorias y también de la mera experiencia. A falta de esta revolución teórica, el metodismo de los generales prusianos imitando el orden oblicuo de Federico II, o el de los generales franceses repitiendo los ataques brutales, masivos, sangrientos de Napoleón, seguirá siendo hasta cierto punto inevitable. Aun así hay que condenar incondicionalmente todo metodismo que determine los planes de guerra o de campaña y los dé por terminados, a la manera de una máquina.

### *2. Limitación de la experiencia y validez de la teoría*

El parágrafo precedente conduce a dos proposiciones, de ningún modo contradictorias sino divergentes: la teoría táctica implica más principios, reglas o métodos que la teoría estratégica, pues los fenómenos presentan en ella más regularidad y no se puede dejar a miles de oficiales la libre iniciativa propia del jefe militar o el jefe de Estado. Pero si las prescripciones o instrucciones tácticas deben, en cada época, garantizar la eficacia del instrumento, éste cambia de época en época con las armas y la política misma. Queda en pie el interrogante ya formulado: ¿la teoría estratégica presenta a su vez un carácter histórico? ¿Cambia con las épocas, las sociedades, las maneras de pensar? ¿Se puede aplicar el mismo criterio a las campañas de Federico y a las de Napoleón, criticar a Federico confrontándolo con el modelo napoleónico? ¿Qué solución, en síntesis, dio Clausewitz al problema de las relaciones entre teoría e historia, entre conceptos y experiencia? En última instancia, estas expresiones son casi equivalentes, pues los ejemplos históricos constituyen, para lo esencial, la experiencia (al mar-

gen de los conocimientos técnicos que nos brindan las ciencias experimentales) y los conceptos estructuran la teoría.

También allí hay que inferir la respuesta del conjunto de los textos clausewitzianos; toda cita arrancada arbitrariamente del contexto se presta a malentendidos.

Un primer texto, probablemente tardío,[15] nos servirá de punto de partida. En el capítulo II, 2, en el breve parágrafo titulado "La estrategia sólo toma de la experiencia los medios y los fines a los cuales se dirigen sus investigaciones".[16] Clausewitz se interroga sobre el alcance de una teoría que se funda en la experiencia histórica y sobre una experiencia histórica limitada. La investigación filosófica, escribe, si debiera conducir a un resultado necesario, se empantanaría en todas las dificultades que excluyen la necesidad lógica de la conducción de la guerra y su teoría. Se vuelve, pues, hacia la experiencia y considera las combinaciones, ya observadas en la historia de la guerra. Deviene una teoría limitada que sólo se aplica a las relaciones (o circunstancias) ejemplificadas por el pasado. Entonces viene la conclusión: "Pero esta limitación es inevitable desde el momento en que toda teoría, en cualquier caso, está obligada a haber abstraído de la historia de la guerra, o al menos de haber comparado con esta historia, lo que dice de las cosas. Por lo demás, esta limitación es, en todo caso, más formal que sustancial". La expresión de Clausewitz es oscura: *mehr eine dem Begriff als der Sache nach*. En efecto, la oposición del concepto *(Begriff)* y la cosa misma *(Sache)*, que madame Naville traduce por *plus théorique que pratique*, "más teórica que práctica", no pertenece al vocabulario corriente del *Tratado*[17] y menos aún al de los escritos anteriores. El concepto expresa comúnmente la cosa misma, la naturaleza de la cosa. No veo sin embargo otro sentido posible en esta frase salvo el que le he dado. Una teoría extraída de una fracción *limitada* de la experiencia se encuentra, por eso mismo, limitada lógicamente. Pero la limitación formal no se extiende al contenido mismo de la teoría porque ésta alcanza a destacar la naturaleza de las cosas y la articulación misma del objeto. Al mismo tiempo, el comentarista se pregunta cuáles principios o proposiciones de su teoría Clausewitz quería sustraer a la limitación de la experiencia histórica.

Una primera dificultad surge de la confrontación entre este texto del capítulo II, 2 y otro texto igualmente célebre del capítulo VIII, 3. En el texto donde Clausewitz distingue dos tipos de estructura de la guerra, uno donde sólo cuenta el éxito final; otro donde el éxito final resulta de la adición de éxitos parciales, precisa que la primera especie de representación toma su verdad de la naturaleza de la cosa mientras que encontramos la segunda en la historia.[18] Parece, pues, en este caso, que la teoría presenta un doble origen; por una parte, el análisis de las nociones; por otra, la experiencia. Con un poco de ingenio y buena vo-

[15] Según Schering y según nuestro análisis de contenido, este capítulo fue cuando menos revisado entre 1827 y 1830.

[16] II, 2, p. 138 y p. 110 (294).

[17] A menudo opone concepto y experiencia, pero la experiencia modifica la cosa misma.

[18] VIII, 3 A, p. 676 y p. 699 (957). Cf. Nota XL.

luntad se puede por lo demás conciliar ambos textos; a fin de cuentas se habría podido pensar que la concepción de la guerra absoluta no representaba más que un juego del espíritu si la historia, con el ejemplo de Napoleón, no hubiera ofrecido un caso concreto, cercano a la idea misma.

Sea cual fuere el *origen* de la teoría, no me cabe duda de que ella resulta de una combinación de análisis conceptual y experiencia histórica. En este sentido Clausewitz no ha cambiado entre los escritos de juventud y su testamento intelectual, sean cuales fueren los progresos logrados entre los fragmentos de 1804 y la catedral conceptual de 1830. Si aun los últimos textos nos parecen equívocos a veces, es porque la conceptualización clausewitziana, característica del pensamiento del siglo XVIII, oscila entre dos polos, el tipo ideal, la esencia o modelo simplificado por una parte, la realidad concreta por la otra.

A los ojos de un científico de hoy, el capítulo I, 1 toma como punto de partida un modelo y descubre sobre la marcha, con el nombre de *polaridad*, el juego de sumas equivalentes, la igualdad entre las ganancias de un bando y las pérdidas del otro. Pero en la noción de guerra absoluta, o de forma absoluta de la guerra, Clausewitz da más significación de la que nosotros le otorgamos a un modelo o tipo ideal, simple instrumento de la inteligencia deseosa de aprehender una realidad compleja. Clausewitz da por indudablemente verdadera la serie conceptual que se desarrolla en I, 1 tal como Marx da por verdadera, acorde con la lógica de la realidad, la dialéctica conceptual del libro I del *Capital*

El ejemplo del capítulo I, 1 me parece más simple porque constituye el único caso donde el análisis teórico fundamenta la historia y permite comprender racionalmente la diversidad de los casos históricos. En efecto, la definición trinitaria de la guerra sustituye la oposición de la guerra absoluta y la modificación por otra fórmula más satisfactoria: toda guerra comporta, en proporciones variables, los tres elementos. Las guerras reales no resultan meramente de una modificación de la guerra absoluta, sino de la fuerza desigual, en cada caso histórico, de cada uno de estos tres elementos. Clausewitz, tal como lo hizo Marx después de él, sitúa en el centro de su reflexión la noción de actividad social. El combate es una forma de acción del hombre sobre el hombre. Como el trabajo, supone la cooperación de los individuos unidos contra una fuerza viva, contra otros individuos también unidos. Si se toma como punto de partida dos voluntades violentas enfrentadas, dos luchadores en la palestra, se descubrirá de inmediato tanto el *ascenso a los extremos* –la lucha no se detendrá hasta que una de ambas voluntades esté quebrantada, hasta que uno de ambos luchadores no esté en condiciones de resistir– como las *condiciones del descenso* –los enemigos no necesitan entenderse para matarse entre sí, pero necesitan comunicarse para dominar sus pasiones y limitar las bajas–.

Si se sustituyen los luchadores individuales por Estados se desarrolla la cadena de los conceptos de la guerra tal como Marx desarrolla los conceptos del universo económico. Siendo el hombre quien combate, no es lícito desechar las fuerzas morales. Ya que combate con los útiles que la ciencia pone a su disposición y las fuerzas armadas requieren alimentos, municiones, refuerzos, tres blancos se presentan por sí mismos: las *fuerzas armadas*, blanco natural y en cierto modo prioritario, los recursos necesarios para su mantenimiento *(el país)* y

la voluntad que los anima o sostiene *(la moral,* la opinión, la resolución de defenderse hasta el final). Más aún, sustituyendo los lugares por Estados hemos dividido en dos la voluntad –los gobiernos y el pueblo–, las fuerzas –los soldados actuales y los soldados potenciales–, el espíritu que manda aun a los luchadores primitivos –el entendimiento político y la libre actividad del alma de los jefes militares–. Los ejércitos se combaten en el espacio; de allí la importancia de las distancias, las marchas, los accidentes del terreno, el clima, todos factores materiales que se presentan ya como obstáculos a superar, ya como auxiliares a utilizar; de allí la importancia del tiempo, pues los ejércitos, a diferencia de los luchadores, no se juntan ni se despliegan en un instante. La dialéctica del ataque y la defensa es un subproducto de la pareja espacio-tiempo, tomar y conservar. La distinción entre táctica y estrategia, entre combate y uso de los combates, deriva también de la distinción original entre la lucha y la finalidad humana de la lucha. La lucha humana contempla un fin.

Este sistema conceptual constituye el fundamento de la teoría en la medida en que ésta se limita a la consideración racional del objeto guerra sin la pretensión de edificar un edificio doctrinal *(Lehrgebäude).* En este caso confirma la fórmula del capítulo II, 2: la limitación de la experiencia histórica limita sólo formalmente, no sustancialmente, la validez de la teoría.

Más allá de esta última conclusión, se plantean múltiples interrogantes sobre la relación entre el universo conceptual y la historia.

1. Ante todo, ¿sugiere el sistema conceptual algunas proposiciones sobre el curso general de la historia? Yo discierno una en particular. Clausewitz opone manifiestamente, según su costumbre, los dos elementos extremos: la violencia original, el odio por una parte, el entendimiento por el otro. Este cobra un papel mayor en la conducción de la guerra porque ésta se aleja cada vez más del choque directo y ciego de los luchadores acicateados por el instinto. El concepto de totalidad, la insistencia en la proposición de que la guerra no se compone de una sucesión de combates separados sino que constituye un conjunto, derivan, al menos parcialmente, del concepto original de guerra,[19] prueba de fuerza entre dos luchadores.

En cierta época o, si no se admite la evolución de su pensamiento tal como lo hemos reconstruido, en ciertos textos, Clausewitz interpreta la busca de la batalla decisiva en la época napoleónica como el retorno a la naturaleza original de la guerra, con la inteligencia del jefe restaurando la unidad de la lucha que la complejidad de los ejércitos y las sociedades habían vuelto aparentemente imposible. "Representémonos el Estado y su potencia guerrera como una unidad, y de golpe la idea más natural es representarnos la guerra, igualmente, como un combate grandioso y único; no de otro modo ocurre en las condiciones simples de los pueblos salvajes."[20]

En otros términos, el carácter total de la guerra deriva a la vez del concepto y la experiencia. La guerra cercana a su forma absoluta se aproxima al mismo

[19] O de la ley original.

[20] IV, 3, p. 242 y p. 222 (422).

tiempo a su naturaleza original. La inteligencia consigue dar a las guerras, pese a la complejidad de las circunstancias y la multiplicidad de combates, su unidad primitiva. Por último, Clausewitz ha reconocido que las guerras conformes con la esencia original de la lucha no eran, entre los pueblos civilizados, las más frecuentes ni las más deseables. Pero sostuvo hasta el final que la intervención de la inteligencia no garantizaba el aplacamiento de la crueldad primitiva, quizá porque la guerra *ist selbst nichts menschenfreundliches*[21] no tiene en sí nada de humanitario.

2. Este primer interrogante lleva por sí mismo al segundo. Toda guerra constituye una totalidad, pero las totalidades presentan diversas estructuras. Clausewitz, como sabemos, distinguió dos tipos históricos que, en mi opinión, conservan una significación en nuestra época: uno donde sólo cuenta el último combate, otro donde el resultado depende de la suma de éxitos y fracasos.

En los deportes, en nuestra época, campeonato y copa designan los equivalentes de las dos estructuras. Gana el campeonato quien, a fin de año, posee el mayor número de puntos, pues cada triunfo le ha valido un puntaje determinado. En cambio, en la copa todo fracaso implica la eliminación; la victoria o la derrota, en cada ocasión, presenta un carácter decisivo.

En otros términos, la estructura de la totalidad bélica sugiere una tipología histórica que Clausewitz indicó al pasar, pero que ilustra el uso combinado del concepto y la experiencia histórica, característico de su método.

¿Qué relación puede establecerse entre las estructuras de las dos totalidades y las dos especies de guerra? Que yo sepa, Clausewitz no enlazó explícitamente ambas tipologías, aunque el lazo me parece indudable. Para que el último combate lo determine todo, es necesario por definición que sea decisivo, o sea que tumbe o abata a una de las partes, que asegure a otra la capacidad de *dictar* las condiciones de paz. En cambio, si al término de las hostilidades se cuentan las fichas, ninguna de ambas partes abatió a la otra y en consecuencia deben *negociar* las condiciones de paz. Las dos tipologías se implican mutuamente, por decirlo de algún modo. En el caso de una guerra que termina sin que ninguna de las partes haya sido abatida, se negocia la paz, nadie dicta los términos soberanamente; si se negocian los términos de la paz, influye sobre las negociaciones el conjunto de los combates, no sólo el último.

El resultado es que una de las tipologías deriva de un análisis primordialmente militar, la otra de un análisis de la finalidad política. Más aún, una victoria militarmente decisiva no implica necesariamente el ascenso a los extremos. Si la guerra se reduce al choque de ejércitos de Estados que se reconocen recíprocamente el derecho a la existencia, la victoria decisiva de uno de los ejércitos resuelve el conflicto sin provocar el equivalente de la crisis revolucionaria. Los intérpretes alemanes de Clausewitz, en el siglo XIX, habían considerado normal esta combinación: victoria militarmente decisiva que no desencadenaría el ascenso a los extremos y se situaría dentro del sistema europeo de equilibrio. Las circunstancias que permitieron a Bismarck hacer buen uso de esta clase de política no se reprodujeron en nuestro siglo.

[21] V, 14, p. 316 y ps. 370-371 (586).

Si el sistema conceptual de Clausewitz lo condujo a una tipología reducida a dos términos, no bastó para una clasificación sistemática de las diversas guerras. En el capítulo VIII, 3 B pasa revista a una cantidad de guerras realizadas por pueblos o Estados muy diferentes (tártaros semicivilizados, repúblicas del mundo antiguo, señores feudales y ciudades mercantiles de la Edad Media, reyes del siglo XVIII, príncipes y pueblos del siglo XIX) y formula la proposición principal: todos conducen la guerra a su manera, cada cual de modo diferente, con otros medios y con otro objetivo. Recordemos que la teoría de la guerra, en sentido estrecho, se llama también teoría de la conducción de la guerra: se impone la conclusión de que no hay *una* teoría de la conducción de la guerra válida en todas las épocas, sino *varias* teorías, tan diferentes como las prácticas cuyos principios o costumbres ellas elaboran.

El capítulo VIII, 6 B termina con líneas que ya hemos citado. Cada época tiene sus guerras específicas, sometidas a condiciones limitativas; cada época tendría, pues, su propia teoría, aunque siempre se haya propendido, tarde o temprano, a elaborarla según principios filosóficos.[22] Clausewitz llega a la conclusión que sirve de fundamento al conocimiento y a la conciencia históricos: es preciso juzgar los acontecimientos de cada época teniendo en cuenta sus características. No se puede comprender ni juzgar a los jefes militares sino situándolos en su tiempo, al tener en cuenta los medios de que disponían, las metas que se proponían, los prejuicios (o maneras de pensar) que limitaban para ellos el campo de lo posible.

Al mismo tiempo, Clausewitz también parece perderse en un callejón sin salida. Para encontrar la unidad del concepto guerra o, mejor dicho, dar unidad a la noción de guerra y subsumir todas las guerras reales en el mismo concepto, por cierto tenemos que considerar las guerras reales según resultan de las circunstancias sociopolíticas. De lo contrario, las guerras de gabinete y las guerras de los tártaros dejarían de parecer "cosas de una sola especie"[23]. Pero si el carácter político de toda guerra explica la diversidad histórica de las guerras, esta diversidad, en sentido contrario, excluye en apariencia toda posibilidad de juicio transhistórico. ¿No excluye asimismo los principios transhistóricos de la estrategia?

Así, por una parte, Clausewitz plantea que la limitación de la experiencia histórica no implica la limitación de la teoría en cuanto concierne a la cosa misma. Por la otra, afirma que implícitamente toda época tiene su teoría de la guerra e incluso precisa que no se deben clasificar las diversas prácticas como si ellas se distribuyeran en una escala de perfección creciente y decreciente.[24]

¿Cómo se resuelve esta antinomia? ¿Cuál es la solución sugerida, si no explicitada, por los textos de Clausewitz? Para tratar de responder examinaré paso a paso la metodología de los ejemplos y la crítica histórica por una parte, los principios estratégicos por la otra.

22 La traducción francesa contiene en este pasaje un grosero contrasentido (p. 689).

23 VIII, 6 B, p. 764 y p. 729 (992).

24 VI, 30, p. 598 y p. 612 (858).

### 3. Los ejemplos y la crítica

Permanezcamos, en este capítulo, en el plano de la consideración racional. Supongamos que la teoría no enseña a los jefes militares las reglas del arte, sino que se esfuerza sólo por analizar el objeto guerra.

Trátase de un relato, de ejemplos o de crítica, Clausewitz escribe como historiador o aun, si se quiere, como *historicista;* tiene escrupulosamente en cuenta las condiciones de la época, tanto materiales como morales, la composición de los ejércitos y las ideas predominantes. Mientras que H. von Bülow, Jomini o Rüstow juzgan a los jefes militares remitiéndose a principios eternos (Jomini, por ejemplo, critica a Federico II invocando los principios napoleónicos), Clausewitz, tanto en los relatos de campaña como en el *Tratado,* evoca en cada coyuntura las circunstancias políticas, la organización del avituallamiento o las relaciones entre ejército y pueblo.

El historicismo o sentido histórico de Clausewitz explica su repudio a la utilización de ejemplos tomados de tiempos remotos que conocemos mal. Explica también la limitación del período del cual, para lo esencial, toma la mayoría de los casos que somete al análisis (del siglo XVII al XIX). En los capítulos II, 5 y II, 6 esboza una metodología de la reflexión estratégica aplicada a la historia, o fundada en ella, del estudio histórico como fundamento de la teoría estratégica.

En el capítulo II, 6 distingue cuatro empleos diferentes de los ejemplos: para esclarecer o ilustrar una idea, para aplicarla, para mostrar la posibilidad de un fenómeno o una acción, para extraer una lección o probar una proposición general. De estos cuatro empleos, sólo los dos últimos tienden a una demostración y nos interesan, en particular el último.

Para demostrar que un campamento fortificado, en ciertas circunstancias, *puede* cumplir la función que le asigna la estrategia, basta con citar sólo un ejemplo. Digamos, en vocabulario lógico, que es legítimo pasar de lo real a lo posible. El ejemplo elegido es el del campamento de Bunzelwitz, donde Federico instaló a sus tropas del 20 de agosto al 25 de setiembre de 1761, el momento más desesperado de la Guerra de los Siete Años. Clausewitz en el capítulo VIII, 8 retoma este ejemplo y afirma sin vacilación que Napoleón habría desgarrado inmediatamente esta telaraña. Pero recuerda que no es lícito apreciar una conducción de la guerra haciendo abstracción del tiempo y los lugares, e invoca dos argumentos mediante los cuales justifica el juicio histórico de los jefes militares: la intensidad desigual de las fuerzas desencadenadas, el carácter del enemigo al cual enfrentamos. Contra Daun y el ejército imperial, Federico tenía derecho a emplear medios que habrían resultado ineficaces *contra él mismo.*

No menciona en el capítulo II, 6 otro uso de los ejemplos históricos que se sitúe, a mi entender, entre los métodos tercero y cuarto: a saber, la demostración de una proposición general negativa, por ejemplo, la proposición de que un Estado muy rara vez logra sorprender a otro precipitando la guerra o por la dirección de conjunto que da a sus tropas.[25] Reconoce a continuación que la sorpresa es menos rara en un nivel inferior; se puede sorprender al enemigo por una marcha rápida, quitarle una posición, un emplazamiento, un camino. Pero

[25] III, 9, p. 208 y ss. y p. 186 y ss. (380).

invoca la historia para afirmar que rara vez se obtienen grandes resultados por operaciones sorpresa de escasa importancia. Aprovecha para disipar una leyenda histórica relacionada con una maniobra de Federico II en 1761, para ilustrar la dificultad extrema de obtener grandes efectos sorpresa evocando los fracasos de dos "virtuosos", Federico en julio de 1760 y Bonaparte en 1813, con el propósito de concluir que los éxitos de este orden, concebibles, siempre han exigido, en la realidad, condiciones favorables. Las victorias de Bonaparte sobre Blücher en 1814, la de Federico en Liegnitz, debieron mucho al azar. Bonaparte no conocía la dispersión del ejército de Blücher, que aseguró el éxito de su acción y Federico cambió, en la noche del 14 al 15 de agosto, la disposición de su ejército porque no le complacía la que había elegido el 14.

La demostración de que cierta clase de operación —llamémosla *sorpresa estratégica*— rara vez tiene éxito supone, pues, tanto una revisión tan completa como sea posible de los casos (al menos en el curso del período elegido) cuanto un análisis más pormenorizado de las excepciones. En el capítulo VII, 19[26] estudia el ataque de un ejército enemigo en sus cuarteles y, para refutar la opinión de quienes ven en ello el *nec plus ultra* de la eficacia ofensiva, pasa revista a los ejemplos más célebres de esta operación y analiza cada uno de ellos: amplitud de los resultados, condiciones favorables, errores cometidos por el bando derrotado, etc. Llega finalmente a formular las reglas (aunque no emplea esta palabra) según las cuales debe realizarse la operación que se sitúa en la frontera entre táctica y estrategia.

En otros términos, aun cuando Clausewitz enumera muchos ejemplos, extrae lecciones menos del número de éxitos o fracasos que de las condiciones de uno u otro. Cuando nos proponemos demostrar una proposición general mediante la historia, lo que posee un valor demostrativo es el análisis detallado y no el número de ejemplos.[27] Esta regla metódica justifica la preferencia por el estudio de las guerras modernas y el repudio a aludir a las guerras de la Antigüedad. Confirma una vez más la dependencia de la táctica con respecto a los armamentos, de la estrategia —al menos en algunos aspectos— con respecto a la táctica. Según el campamento fortificado pueda resistir ataques o no, la estrategia empleará este medio o no.

La idea principal que Clausewitz expone con toda claridad pertenece hoy al fondo común de la metodología de las ciencias sociales. Consiste en oponer la *ilustración* de una proposición general con ejemplos arbitrariamente elegidos a la *demostración* de la misma proposición, basándose en la experiencia. Trátese de la disposición respectiva de la caballería y la infantería (la primera detrás o al costado de la segunda), o del ataque excéntrico, es decir, de un problema táctico o un problema estratégico, nada sería más fácil que encontrar algunos ejemplos favorables a cada una de las tesis opuestas. En tanto se atenga a los hechos en bruto, el teórico no puede optar entre los juicios contradictorios. Para ilustrar

[26] VII, 19, p. 647 y p. 669 (923).

[27] La enumeración de los casos como sustitución del análisis profundo de un caso es denominada "vía de salida peligrosa" o "expediente peligroso". La palabra sigue siendo *Ausweg*, que designa la salida de un atolladero, la solución ante argumentos o proposiciones de sentido contrario.

el equívoco de los hechos mismos, en ausencia del análisis, Clausewitz vuelve a los dos jefes militares que cita con más frecuencia: ¿Daun, el adversario de Federico, modelo de sabia prudencia o de irresolución? ¿El cruce de los Alpes nóricos por Bonaparte, en 1797, resolución grandiosa o falta de reflexión? ¿La catástrofe de 1812 se debió al exceso o la falta de energía?

Queda por determinar en qué consiste el análisis detallado de los casos que permite probar una proposición general. La crítica, aunque Clausewitz trata de ella en el capítulo que precede al que consagra a los ejemplos, exige por cierto un análisis detallado de los casos. Nos aporta así algunos elementos suplementarios de la doctrina epistemológica; contribuirá a aclarar las relaciones entre los conceptos (o la teoría) y la historia.

Para que podamos emitir hipótesis plausibles sobre lo que habría ocurrido si el jefe hubiera tomado otra decisión, debemos llevar lo más lejos que sea posible la investigación de las relaciones de causa-efecto. Estas no difieren sustancialmente de las relaciones medio-fin; las segundas se manifiestan a la reflexión prospectiva, las primeras al análisis retrospectivo (o, si se prefiere, al estudio histórico).[28] Napoleón ganó la batalla de Borodino porque los rusos se retiraron del campo de batalla y, según la definición, vence quien se adueña del campo de batalla. ¿Pero la victoria sin destrucción del ejército ruso respondía a la intención efectiva de Napoleón, al fin que él habría debido fijarse? Suponiendo que hubiera querido destruir el ejército ruso, fracasó. Suponiendo que no hubiera querido destruirlo, ¿no se equivocó en sus planes?

La dificultad de la crítica ilustrada por este ejemplo reside en la distancia entre la deliberación del actor *antes del acontecimiento* y el juicio del crítico *que conoce el desenlace*. El crítico ya no ignora lo que sucedió, mientras que el actor se preguntaba sobre las consecuencias de diversas decisiones posibles. Si la historia obedeciera a una rigurosa necesidad, contendría en sí misma su lección. Si resultara del azar, no enseñaría nada y la teoría estratégica no existiría. Como Clausewitz adopta una posición intermedia entre el escepticismo de Berenhorst y la pedantería seudocientífica de H. von Bülow, la crítica se impone simultáneamente reglas que parecen contradictorias; en primer lugar se pone, por el pensamiento, en el puesto del actor; inserta la decisión –elección de un medio con miras a un fin próximo– en un conjunto más vasto, progresivamente extendido; por último, en ciertas condiciones, suscribe el juicio que la realidad misma ha emitido sobre el actor.

De los cuatro ejemplos que analiza Clausewitz, para gran escándalo de ciertos lectores franceses, el primero, la oferta de armisticio de donde surgió la Paz de Campoformio, recibe una nota elogiosa; los dos siguientes, el levantamiento del sitio de Mantua a fin de batir oportunamente los dos cuerpos austríacos separados y la decisión, después de las victorias de Champaubert y Montmirail, se prestan por lo menos a la controversia, pues otra estrategia quizá habría dado mejores resultados; el último es objeto de un juicio complejo y paradojal, repetido con frecuencia en el *Tratado*.

Clausewitz aprueba la paz moderada de Campoformio a raíz de razonamien-

[28] El análisis de la "lógica de la situación", por tomar una expresión de sir Karl Popper.

tos sutiles, tanto políticos como militares, cuya lógica interna nos interesa. De hecho, estos razonamientos resultan de la aplicación de dos nociones que hemos aprendido a conocer: por una parte, la jerarquía de los medios y los fines, de donde resulta la unidad global de la guerra hasta su término normal, la paz, por la otra, la relación entre las fuerzas morales y el consentimiento o negativa de los bandos enfrentados a seguir hasta el extremo de sus recursos.

Bonaparte poseía los medios para amenazar Viena, los ejércitos del Rin –Hoche y Moreau– contaban con efectivos muy superiores a los austríacos (130.000 hombres contra 80.000). Pese a todo, las fuerzas francesas no alcanzaban para destruir la monarquía austríaca. El gobierno del Directorio quizá hubiera rehusado seguir este camino. Por otra parte, la paz favorable que obtuvo Bonaparte suponía también el repudio del gobierno austríaco a consentir los esfuerzos y las pérdidas que habría exigido una guerra llevada hasta lo último, aun con un desenlace victorioso. Más aún, este mismo gobierno, bajo el golpe de las derrotas sufridas, cedía al desaliento sin medir las posibilidades de resistencia y las oportunidades de victoria final. Desde luego, Clausewitz quiere oponer la sabiduría de Bonaparte a comienzos de su carrera, al usar el miedo que inspira para provocar una paz favorable pero moderada, al exceso de confianza del mismo Bonaparte, quien, cuando el terror inspirado por sus victorias se ha usado en todos los campos de batalla de Europa, intenta su última apuesta en Rusia y la pierde porque *se equivoca con respecto al enemigo.*

Curiosamente, este primer ejemplo, el único donde la crítica llega a una apreciación completamente positiva, concierne a la política más que la estrategia. Los dos ejemplos siguientes se centran, por el contrario, en decisiones propiamente militares, en dos de las campañas más brillantes de Napoleón, las más admiradas universalmente.

Bonaparte levantó el sitio de Mantua el 30 de junio de 1796 y derrotó sucesivamente a las dos columnas separadas del ejército de auxilio al mando de Wurmser. Sin embargo, según Clausewitz, Napoleón disponía de otro medio, la circunvalación: los 40.000 hombres de la mejor infantería del mundo no tenían nada que temer de los 50.000 de Wurmser. Mantua habría caído en unos días, mientras que, después del levantamiento del sitio, la ciudad resistió seis meses. Esta crítica, según Clausewitz, adquiere por así decirlo una virtud educativa. Tal vez Napoleón no pensó en ese medio totalmente caído en desuso, la crítica tampoco. Pero hay que sacudir el peso de los prejuicios y las ideas preconcebidas, dar al espíritu la libertad necesaria para el examen de las diversas vías y medios. Sea cual fuere la conclusión final del examen, éste se impone.

Clausewitz rompe aún más brutalmente con la opinión corriente negándose a admirar sin reservas la conducción de la campaña de 1814. ¿Por qué no haber perseguido a Blücher, el enemigo más emprendedor, por ende, el más temible, hasta el Rin? "Estamos convencidos de que se habría producido un viraje total en la campaña, y la *Grande Armée,* en vez de ir hacia París, habría cruzado el Rin."[29] La crítica se apoya, en este caso, en tres argumentos: en principio, conviene continuar el ataque en la misma dirección; las bajas sufridas por Blücher

[29] II, 5, p. 161 y ps. 134-135 (322-324).

equivalían a una verdadera derrota y daban a Bonaparte una superioridad decisiva; Blücher, en razón de su personalidad, representaba el centro de gravedad del enemigo mucho más que Schwarzenberg.

En cuanto al cuarto ejemplo, plantea el interrogante supremo de la crítica. ¿hasta qué punto el resultado mide la empresa? Sabemos que Clausewitz se niega a condenar el plan de campaña de Napoleón en Rusia, sostiene que no había otro posible, que los errores cometidos en la ejecución no cargan con la principal responsabilidad por el desastre.[30] Apostó su ejército como en un juego y lo perdió, pero el único recurso que tenía para imponer la paz al enemigo era este golpe brutal. Quizá no debía haber realizado la campaña, pero si la realizaba no podía conducirla de otra manera. En el capítulo VIII, 9[31] Clausewitz vuelve a una de sus comparaciones favoritas, la guerra con una partida de naipes: Napoleón jugó su ejército en la campaña de Rusia, y perdió la apuesta, precio pagado por sus grandes ambiciones. Asimismo, en el capítulo II, 5 insiste en el riesgo que comportarían todas las campañas de Napoleón, incluidas las victoriosas.

El espíritu rehúsa dar a la fortuna el mismo sentido en la guerra que en la partida de naipes; se obstina en discernir un acuerdo sutil entre los acontecimientos y las conductas. El azar no explica la serie de triunfos de Napoleón, pero tampoco la catástrofe de la *Grande Armée* en Rusia. En 1805, en 1807, en 1809. el actor juzgó correctamente a sus adversarios; en 1812 se equivocó, y lo sabemos por el resultado. "Tras haber pesado todo cuanto depende del cálculo y las convicciones humanas, la crítica cederá la palabra a los acontecimientos para juzgar aquellos cuyo eslabonamiento secreto y profundo no se encarna en los fenómenos visibles,. y protegerá este fallo que una legislación superior pronuncia en voz baja del tumulto de las opiniones vulgares al tiempo que rechaza, por lo demás, los abusos groseros que pueden hacerse de esta instancia superior."[32] Dado que la influencia que una medida ejerce sobre el adversario es un fenómeno individualísimo, ¿cómo prever con certeza?[33] En sentido contrario, ¿cómo recusar el veredicto de la historia? Alejandro supo resistir y Napoleón estaba perdido.

¿Qué conclusiones generales podemos sacar de estos cuatro ejemplos en lo concerniente a la metodología del análisis de los casos históricos, o en lo relativo a la demostración por la historia? El caso del sitio de Mantua prueba que el juicio estratégico se apoya en datos tácticos, que no se deduce de principios transhistóricos. El caso de la Paz de Campoformio nos recuerda de la decisión con respecto al conjunto político-militar que constituye la guerra misma. También nos recuerda, al igual que el cuarto caso, la importancia a veces decisiva de la psicología del jefe militar de uno u otro bando. El único ejemplo donde Clause-

[30] VIII, 9, p. 733 y p. 757 (1026). Iniciación tardía de la campaña, bajas excesivas debidas a la táctica empleada, atención insuficiente al avituallamiento y la línea de retirada, decisión tardía de replegarse.

[31] VIII, 9, p. 733 y p. 758 (1026).

[32] II, 5, ps. 167-168 y p. 141 (330).

[33] II, 2, p. 133 y p. 104 (228).

witz aplica principios estratégicos es el tercero: no cambiar de dirección, atacar preferencialmente el centro de gravedad de la fuerza enemiga.

Al mismo tiempo llegamos al nudo del debate sobre las relaciones entre historia y teoría, entre los conceptos y la experiencia. ¿Cómo se combinan, en la teoría y la práctica de la teoría, la singularidad de las coyunturas, la diversidad de las épocas, la influencia de las fuerzas morales, no cuantificables, y los principios estratégicos?

Creo útil distinguir la teoría en el sentido de la conceptualización o sistema conceptual por una parte, los principios por la otra. A propósito de las teorías presuntamente científicas, Clausewitz reconoce que constituían un progreso en el aspecto analítico, pero no en el aspecto sintético,[34] o sea en las prescripciones y las reglas. Todo el sistema conceptual de I, 1 puede considerarse como el aspecto analítico de la teoría a la cual se añaden los conceptos propiamente militares, tomados de las teorías en boga, bases, líneas de operación, envolvimiento, rodeo, líneas interiores, ataque concéntrico.

La diferencia entre el aspecto analítico de un Jomini y el de un Clausewitz consiste en la inserción, en los esquemas analíticos del segundo, de lo que Jomini consideraba externo a la ciencia de la estrategia aunque sin negar su existencia. Mientras según uno la estrategia plantea problemas científicos que comportarían también aspectos dramáticos, el otro considera la guerra un drama que no deja de exigir una reflexión inteligente.

¿Contiene el aspecto analítico algo más que los conceptos necesarios para la reflexión prospectiva y la crítica retrospectiva? Por cierto, aunque, confesémoslo, entre las proposiciones generales válidas para *una* época y las proposiciones generales válidas para *todas* las épocas, Clausewitz no hace distinciones explícitas. La proposición "el triunfo también táctico lo decide todo" pareciera tener una validez universal, y también las proposiciones relacionadas con la defensa y el ataque (forma más fuerte con fin negativo y forma más débil con fin positivo). Estas proposiciones difieren de los principios: no sugieren ninguna prescripción, excepto la que refleja la experiencia misma de donde surgió; por lo general, el bando más débil está a la defensiva.

El principio de destrucción, la ley original, se deducen del concepto de guerra; la ley más general también se basa, si no en el concepto, al menos en un factor ligado a tal punto a la naturaleza humana, individual o grupal (la imposibilidad de batirse por delante y por detrás al mismo tiempo), que tampoco vale para una sola época. En cambio, los principios que no presentan la necesidad de las leyes sino que se elevan por encima de los casos singulares y traducen la probabilidad o la generalidad derivan, simultánea e inequívocamente, de la experiencia y del concepto.

Retomemos el ejemplo de la oposición entre la necesidad de reservas tácticas (o empleo escalonado de las fuerzas en el dominio de la táctica) y la condena de las reservas estratégicas. La descripción que hace Clausewitz de la batalla actual justifica ya el principio de las reservas tácticas. La batalla comporta una fase

[34] La oposición analítico-sintético pertenece al vocabulario kantiano, pero no está tomada en sentido kantiano. II, 2, p. 128 y p. 99 (283).

prolongada de desgaste recíproco de los ejércitos, y por lo tanto es importante conservar fuerzas frescas para el momento de la ruptura o la decisión.

El principio de las reservas tácticas no depende exclusivamente, sin embargo, de los caracteres propios de la batalla actual. En la medida en que cada cual quiere rodear o envolver al enemigo –ley general del combate–, es importante disponer de reservas para frustrar las tentativas del enemigo, previsibles a grandes rasgos, pero no en sus caracteres particulares, espaciales y temporales. Más aún, una tropa comprometida tácticamente sufre bajas por el fuego o por el choque. Dejemos de lado el ejemplo numérico que supone tropas en orden cerrado y en consecuencia implica un cierto modo de empleo.[35] Pero en general es cierto que la tropa fresca tiene ventajas sobre una tropa desgastada por el combate.

Sin embargo, si la intervención de tropas frescas ejerce una influencia a menudo decisiva, teniendo en cuenta el desorden, el estado de desorganización y debilitamiento que provoca el combate aun en el vencedor, no ocurre lo mismo si superamos el momento de la crisis y entramos en el terreno de la estrategia. La concentración de fuerzas, en estrategia, no acrecienta las bajas desproporcionadamente. Por el contrario, a veces tiende a reducir el porcentaje. Cuando las fuerzas acumuladas estratégicamente han permitido la victoria, el excedente que resultó inútil no fue puesto a prueba o sólo lo fue débilmente. La magnitud misma del triunfo permitirá infligir al enemigo pérdidas considerables, pues éstas resultarán de la derrota y la persecución más que del combate mismo.

La tesis requiere pese a todo una confirmación; en efecto, corre el riesgo de toparse con una objeción: el segundo principio de aniquilación, al margen del fuego o el combate –a saber, los esfuerzos, las fatigas, las privaciones–, provoca bajas. La acción de este principio crece, en estrategia, con la distancia y la duración. ¿Por qué la aparición de tropas frescas, al final de la campaña, cuando el ejército atacante ya está desgastado, no decidiría el desenlace, como Desaix en Marengo o Blücher en Waterloo?

Clausewitz[36] responde a esta objeción con dos argumentos, uno de orden moral, el otro de orden material. Una campaña desdichada quita a las tropas parte del coraje y la fuerza moral, mientras que una campaña feliz aumenta su valor; en la mayoría de los casos, estos efectos se equilibran y sólo subsiste el acostumbramiento al combate, en definitiva ganancia pura.[37]

El argumento de orden material se centra en la relación entre la cantidad de efectivos y la magnitud de las pérdidas. Mientras en la batalla las bajas aumentan en términos absolutos con los efectivos, no sucede lo mismo en estrategia, donde, por el contrario, el número permite reducir los peligros y los esfuerzos. Por cierto, no ocurre así con las privaciones que la importancia de los efectivos corre

[35] III, 2, p. 215 y p. 194 (389). Mil hombres sufrirán las mismas bajas que los 500 que los enfrentan porque la proporción de los golpes al cabo se eleva en función de la densidad de ocupación del terreno.

[36] Nosotros utilizamos el capítulo III, 12.

[37] Sigo de cerca el análisis de Clausewitz. Quiere decir que los triunfos posibilitados por la concentración de fuerzas han dado a las tropas un valor moral superior que equilibra la ventaja de la frescura de las tropas utilizadas tardíamente. Queda, a favor de las tropas utilizadas desde el principio, un elemento positivo: la experiencia del combate.

el riesgo de multiplicar, como lo demostró el ejemplo de la campaña de Rusia en 1812. Clausewitz concede que Napoleón, en este caso, quizá llevó demasiado lejos la aplicación del principio de que ninguna fuerza es excesiva en el punto decisivo, o incluso el principio del empleo simultáneo de tropas en la estrategia. Pero dependía de él ampliar su frente de avance, y precisamente la importancia de los efectivos le daba esa posibilidad. Además esa superioridad le permitió llegar a Moscú y tal vez habría obligado al zar a pedir la paz si hubiera destruido el ejército ruso.

El examen de la noción de reserva estratégica añade al análisis una dimensión suplementaria. Las reservas tácticas cumplen dos funciones: prolongación o renovación del combate con miras a la decisión, medida de precaución contra eventualidades imprevistas. ¿Esta segunda función no responde a una necesidad estratégica? Clausewitz no niega que convenga prever las eventualidades, tener en cuenta la incertidumbre de los factores. Pero afirma –y se trata de un juicio de hecho, quizá ligado a circunstancias históricas– que a medida que nos elevamos en el conjunto, hacia la campaña tomada globalmente, el papel de los imprevistos disminuye. "La duración y los espacios son tan grandes, las circunstancias donde deriva la acción tan conocidas, tan poco cambiantes, que se las puede captar en el momento oportuno o bien descubrirlas con certeza."[38]

Contra la idea de reserva estratégica, Clausewitz utiliza otro argumento más, inseparable de sus conceptos y proposiciones analíticas: los grandes triunfos determinan los pequeños. En una batalla, el triunfo obtenido por las tropas frescas es decisivo; en estrategia, si una fracción importante del ejército ha sido destruida, los triunfos posteriores o en otras partes no compensan la derrota sufrida. Por último, la ley[39] de empleo simultáneo de las tropas tiende a desplazar la decisión principal, que no es necesariamente definitiva, hacia el principio de la campaña, mientras que la táctica la remite al fin. Pero si la decisión principal recae en el principio de la campaña, la noción de reserva estratégica se vuelve absurda por la simple razón de que, por definición, después de la decisión principal de nada sirven las tropas intactas que no han participado.

¿Cómo precisar el papel de la experiencia histórica y del razonamiento en este género de análisis estratégico? En un sentido, puede decirse que todo, incluida la proposición de que los triunfos tácticos son totalmente decisivos, proviene de la experiencia. Aun así conviene interrogarla convenientemente y discernir que los combates ofrecidos, simulados, posibles, deben considerarse como equivalente de los combates reales; de lo contrario, la experiencia histórica parecería darnos una lección muy diferente. Asimismo, la campaña de Rusia parece dar una lección contraria a la que extrae Clausewitz si no admitimos, como lo hace él, que Napoleón sólo podía ganar mediante el desaliento que induciría a Alejandro a firmar la paz después de la pérdida de su ejército y la ocupación de su capital. Clausewitz no precisa a cada instante si está razonando u observando: observa la historia a través de sus conceptos. La demostración del empleo escalonado

[38] III, 13, p. 222 y p. 202 (398).

[39] III, 13, p. 222 y p. 202 (398-399). Clausewitz tendría que escribir *Grundsatz* en vez de ley.

de las tropas en táctica supone la distinción de los dos momentos del combate o la batalla, el desgaste y la decisión. La condena de la noción de reserva estratégica implica el concepto de *decisión principal.* La casi imposibilidad de sorpresa estratégica depende quizá de condiciones técnicas, políticas o sociales, a su vez cambiantes.

En el retrato de Scharnhorst, Clausewitz esbozó el tipo de inteligencia y la clase de método adecuados para el estudio de la política y la guerra. "En el arte de la guerra, el imaginativo carece de fuerza creativa y la verdad indispensable es la que se desprende de la proximidad establecida entre el concepto y la realidad."[40] Y, un poco más adelante: "Una inteligencia penetrante sin imaginación brillante no gusta del sistema y el pensamiento especulativo sino dentro de sus límites, en tanto se adecuen sin esfuerzo a los fenómenos del mundo real. Si la imaginación lleva demasiado lejos al creador de sistemas, la inteligencia vuelve en silencio y aplica sus fuerzas a unir escrupulosamente el pensamiento con lo real y a fundirlos uno con otro, dejando, según las exigencias del objeto, al conocimiento especulativo o al conocimiento histórico la función legislativa suprema".

El aspecto analítico de la teoría suministra los conceptos con cuya ayuda el teórico interroga la experiencia histórica. Esta confirma o refuta los principios que resultan de la síntesis de los razonamientos abstractos y la observación de la realidad.

En el parágrafo precedente hemos permanecido en el plano de la teoría en cuanto consideración racional. En este plano, siempre que recordemos que todos los principios implican excepciones, que las proposiciones generales expresan lo que pasa con mayor frecuencia, pero no siempre, la práctica de la teoría concuerda, a mi entender, con la concepción de la teoría.

Toda coyuntura presenta caracteres singulares, de modo que la decisión nunca se deduce de los principios sino que se inspira en ellos. Los principios posibles, pese a la diversidad infinita de las situaciones, porque la naturaleza misma del medio —la violencia, las fuerzas armadas— introduce una simplificación. Los factores del éxito o el fracaso son escasos, y también las combinaciones de tiempo, espacio y movimiento. La estrategia es un arte simple y práctico. Concentrar fuerzas superiores en un punto decisivo, amenazar las líneas de retirada del enemigo protegiendo las nuestras, no es necesaria una inteligencia superior para pensar esos problemas. Pero lo simple es difícil.

No dejan de subsistir obstáculos propiamente intelectuales, jamás superados del todo por el mismo Clausewitz, en el tránsito del análisis a la síntesis o de la teoría-consideración a la teoría-prescripción. En efecto, según el conjunto de los textos, la conducción de la guerra en sentido estrecho o arte estratégico está sometida a un triple condicionamiento.

*Condicionamiento por los factores tácticos.* En el libro IV (capítulo 2), antes de describir el carácter de la batalla moderna, Clausewitz escribe que se comprende de por sí, dadas las definiciones de táctica y estrategia, que un cambio de la primera ejerce una influencia en la segunda. "Si los fenómenos tácticos

[40] *Uber Scharnhorst,* p. 18. Clausewitz escribe *zwischen Begriff und Sache* como en el texto ya citado del capítulo II, 2. Cf. *supra,* capítulo VIII, 2, p. 322 del orig.

revisten, en un caso, un carácter muy diferente que en otro, se sigue necesariamente lo mismo para los fenómenos estratégicos, si se quiere que ellos sean lógicos y razonables."[41] Clausewitz siempre tuvo en cuenta este primer condicionamiento en sus relatos históricos y sus críticas estratégicas, pero no siempre a propósito de los *principios*. ¿Algunos sólo valdrán para cierto estadio de la técnica o la política? ¿Algunos para todos los tiempos?

*Condicionamiento por la estructura de la totalidad.* En el capítulo VI, 30 y en la totalidad del libro VIII, Clausewitz introduce la distinción entre las campañas y batallas con o sin decisión. En el nivel superior de la guerra se perfila la dualidad de las totalidades que deben su unidad a la decisión final y las totalidades que deben su unidad a la suma de triunfos y derrotas parciales, independientes entre sí. Si se puede decir que toda guerra constituye una totalidad, la oposición entre ambos tipos de totalidad excluye la aplicación de los mismos principios a ambos tipos.

*Condicionamiento por la finalidad política de la guerra.* El fin político determina prioritariamente el plan de guerra, que a su vez preside, según las implicaciones de la jerarquía de los medios y los fines, la conducción de la guerra. Ahora bien, el pequeño número de objetivos militares se opone a la diversidad de fines que puede fijarse la política. También Clausewitz oscila entre varias soluciones: ya enumera los tres objetivos de toda acción bélica, fuerzas armadas, recursos, voluntad (constituyendo las fuerzas armadas el objetivo prioritario), ya, en un nivel menos elevado de abstracción, distingue los diversos centros de gravedad, ejército, capital, aliados, jefe de la insurrección popular, contra los cuales debe asestarse el gran golpe. Pero el tránsito de la aniquilación de las fuerzas armadas al abatimiento del Estado enemigo supone eventualmente otra conducción de la guerra, ya que las fuerzas no constituyen, en todos los casos, el objetivo prioritario. Por último, en el capítulo VIII, 2 sólo encuentra generalidad y necesidad en la forma absoluta de la guerra. Pero ninguna guerra real se adecua al concepto ideal.

Estos diversos análisis no se contradicen, sino que representan sendas vías trazadas en un material mal pulido. Así juzgaba el mismo Clausewitz el texto del libro VIII. ¿Pero cómo asombrarse de que los militares en busca de enseñanzas hayan renunciado a conciliar la *historicidad de una teoría estratégica*, sometida a los cambios inevitables de la táctica, ligada a los cambios de las armas y del movimiento, *la dualidad de las totalidades*, estructuradas ya por la decisión última, ya por la suma de triunfos parciales, y finalmente la *dualidad de las guerras*, cuando unas contemplan el abatimiento del enemigo para imponerle condiciones de paz y otras quieren asegurarse ventajas limitadas? Los generales que retuvieron las fórmulas, simples y contundentes, que se expresan en los principios o se deducen de ellos, no carecen de excusas. También Marx carga en cierto modo con la responsabilidad del marxismo-leninismo. Las teorías sutiles suscitan doctrinas groseras que las traicionan.

[41] IV, 2, p. 240 y p. 220 (420). Clausewitz emplea alternativamente *müssen* y *sollen*. Los fenómenos estratégicos cambian *necesariamente* en función de los cambios tácticos siempre que obedezcan *(sollen)* el imperativo de racionalidad.

Un día viene el tiempo de los profesores que reencuentran la sutileza de la teoría con la esperanza (o la ilusión) menos de rehabilitar al teórico que de enseñar una doctrina digna de él.

*CAPITULO IX*

De la teoría a la doctrina

Al final del capítulo II, 4 Clausewitz admite que el metodismo, en el nivel más elevado, continuará siendo inevitable y quizá necesario mientras la revolución teórica no haya formado el espíritu de los jefes. Más aún, el metodismo, que jamás se eliminará del todo, no deriva de la imitación pasiva o ciega de la manera de un Federico o un Napoleón, sino de las conclusiones del estudio racional.

Estas conclusiones no se remiten a la afirmación de que toda coyuntura presenta caracteres singulares. Si nos atuviéramos a esta verdad parcial, la teoría dejaría sin directivas ni guías al tacto del juicio. Pero Clausewitz repite que su teoría debe servir a la práctica sin confundirse con una enseñanza. El problema lógico desemboca, pues, en el interrogante: ¿cómo pasar de la teoría a la doctrina o de la consideración racional a la enseñanza? ¿Qué enseñanza, implícita o explícita, ha querido darnos Clausewitz?

La respuesta a ambas preguntas no es menos difícil en el caso de Clausewitz que en el de Montesquieu, y por la misma razón.

*1. Principios y espíritu de 1804*

La respuesta a ambas preguntas no resulta ni puede resultar sino del examen de los *principios*. En efecto, aunque éstos no alcancen el rigor incondicional de las leyes, están formulados con forma de imperativos. El texto de 1812, resumen de las enseñanzas dadas al príncipe heredero, se asemeja a una enseñanza doctrinal porque está compuesto por una serie de principios. La *Estrategia de 1804* contiene también múltiples imperativos. Conviene, pues, una vez más, seguir el orden cronológico para responder tanto a la primera como a la segunda pregunta.

Los parágrafos 12 y 13 de la *Estrategia de 1804* me parecen los más instructivos en este sentido. En efecto, Clausewitz formula imperativos aparentemente incondicionales y los fundamenta en el espíritu de la guerra o el arte de la guerra. Por ejemplo, escribe: "Me parece que el arte de la guerra nos interpela en estos términos: la meta *(Zweck)* más grande, la más decisiva que te creas capaz de

alcanzar, elígela; la ruta más corta que te creas capaz de seguir, síguela". De semejante imperativo surgen dos ideas. Se debe decidir en función de la confianza que el jefe militar se tiene a sí mismo. Siempre que no pierda la razón, ninguna audacia es excesiva. Pues la audacia, la elección de una meta decisiva, deriva del espíritu mismo de la guerra. La subjetividad interviene con la única finalidad de proporcionar la magnitud del fin con la confianza del jefe en sí mismo. Así Clausewitz llega a reprochar a Carlos XII un exceso de prudencia y no de audacia por haber marchado sobre Mazeppa y no sobre San Petersburgo.

Sabemos que Clausewitz, en el *Tratado*, reconoció la grandeza de Federico, quien a diferencia de Carlos XII supo limitar sus ambiciones a la medida de sus fuerzas. El joven oficial de veinticuatro años sólo sueña con ofensiva, audacia, victorias grandiosas. Cuando compara a Federico con Napoleón (parágrafo 29 de 1808), busca cómo excusar al rey de Prusia[1] por la estrategia de los años 1759, 1760, 1761, una estrategia que él no atribuye sólo a la falta de recursos sino también a la pérdida del coraje necesario para las vastas empresas. Fueron necesarias las situaciones de peligro extremo para que despertara su naturaleza de león. En 1808, es cierto, Napoleón no había conocido victorias, mientras que Federico había sufrido las incertidumbres de la fortuna. Nos queda que en esta época el héroe tal como lo imagina el joven oficial posee las virtudes adecuadas para la libre actividad del alma más que la sabiduría y el equilibrio del entendimiento.

Por cierto, desde ese momento reduce la importancia de los principios para enfatizar el carácter o las cualidades morales. Sin embargo no defiende a Federico contra las críticas de Jomini invocando las costumbres de la época, como lo hace más tarde, tanto en los relatos como en el *Tratado;* destaca el impacto inevitable, aun en un héroe, de los múltiples reveses. El conjunto de observaciones y análisis de 1804-1809 sugiere una sola manera de conducir la guerra, una sola estrategia acorde con el espíritu de la guerra.

"El principio según el cual siempre debemos elegir, entre todas las operaciones que se sitúan dentro del campo delimitado por nuestras fuerzas, la más decisiva, deriva del espíritu y la significación del arte de la guerra y se puede dar a este arte su nombre verdadero para elucidar la idea. Este arte consiste en el empleo más ventajoso de las fuerzas armadas disponibles, y en consecuencia se puede emprender con estas fuerzas".[2] Esta definición del arte de la guerra excluye el condicionamiento por la finalidad política, e implica la confusión del resultado militarmente más decisivo con el resultado globalmente más ventajoso. Postula que "el espíritu y la significación de la guerra", equivalente a la definicion inicial del capítulo I, 1 del *Tratado*, dictan los imperativos de la acción.

Clausewitz opone estos imperativos a las máximas de inspiración económica; por ejemplo, elegir la operación que promote los éxitos más grandes con el gasto de fuerzas reducido al mínimo. Tacha de pedante una fórmula de esta clase, la

[1] En las cartas al mayor Roeder, juzga esta comparación casi desprovista de sentido, tan diferente era la situación política de los dos hombres. *Militärwissenschaftliche Rundschau,* marzo de 1937. *Sonderheft. Zwei Briefe des Generals von Clausewitz. Gedanken Zur Abwehr,* ps. 6-7.

[2] *Estrategia de 1804* # 13, p. 53.

atribuye al espíritu mediocre. Rechaza las máximas que incluyen consideraciones de sentido contrario; por ejemplo, elegir la operación que combinaría el triunfo más importante con la mayor seguridad. Sólo ve en ellas vainas vacías de donde "ha escapado el espíritu de la guerra". Estas consideraciones opuestas ocupan un lugar central en la dialéctica del *Tratado.* No es que éste retome explícitamente, en forma de máximas, la oposición entre la magnitud del triunfo y la seguridad de las operaciones. Hasta el final deja al jefe la responsabilidad de la elección entre términos contrarios por naturaleza. Pero –y este punto es decisivo– ya no identifica el espíritu de la guerra con la mayor audacia.

La utilización del concepto de espíritu *(Geist)* hace pensar irresistiblemente en Montesquieu. El espíritu expresa en acción, por así decirlo, la naturaleza de una institución, un arte o un pueblo. Hasta es posible que los *Grundsätze* de Clausewitz, o al menos algunos de ellos, deriven de la noción de *principio* –en el sentido que le da el filósofo francés–, complementaria de la noción de naturaleza. Así como la virtud es el principio de la democracia, o sea que la hace ser lo que debe ser según su naturaleza, la energía, la actividad, son los principios de la guerra en cuanto tal. La máxima "se debe conducir la guerra con el más alto grado de esfuerzo necesario o posible" tiende a realizar la naturaleza de la guerra. Se podría citar incluso el parágrafo 17, que se titula "Principio de actividad". A mi entender el concepto de espíritu comporta, en las notas de 1804, dos usos cuyo equivalente ofrece el *Espíritu de las leyes:* el espíritu de una institución, de un régimen; en resumen, de una entidad abstracta, construido por el teórico; el espíritu de un pueblo, por ejemplo en el parágrafo 6, "Espíritu del arte de la guerra entre los suizos".

Los conceptos *espíritu* y *principio*, quizá inspirados en Montesquieu, le sirven a Clausewitz, desde la juventud, para formular su pensamiento en forma de imperativos. El texto de 1812, que no he comentado, se sitúa en la misma línea en el capítulo 1, "Los principios más importantes de la conducción de la guerra con miras a completar la enseñanza que he impartido a su alteza real el príncipe heredero".

La interpretación de este texto presenta una dificultad evidente. Clausewitz enseñaba, por lo tanto no podía escribir que la teoría difiere radicalmente de una enseñanza. A ésta la resume en principios (en el sentido de reglas de acción): 1) Principios válidos para la guerra en cuanto tal. 2) Principios generales de la táctica, defensiva u ofensiva; principios de la utilización de las tropas o el terreno. 3) Principios generales de la estrategia, principios de la defensiva y principios de la ofensiva. No obstante destaca al pasar que la teoría no es más que una reflexión racional sobre todas las situaciones en las cuales podemos encontrarnos en tiempos de guerra, lo cual no difiere de la definición del *Tratado.*[3] Más aún, la mayoría de los principios del texto de 1812 reaparecen sin alteraciones en el *Tratado,* aunque no suceda lo inverso: no todas las ideas del *Tratado* figuran en los *Principios.*

En lo que concierne a los "Principios de la guerra en cuanto tal", se retoman

[3] *Vernünftiges Nachdenken* (en 1812) y *vernünftige Betrachtung* en el *Tratado* significan la misma cosa.

muchos de los que había en las notas de 1804, en un estilo diferente. Aun en 1812 recomienda la operación más audaz y no la más prudente, y basa esta máxima en la naturaleza de la guerra, dejando al jefe la responsabilidad de la decisión, en proporción con su coraje, su espíritu emprendedor, su confianza en sí mismo. Evidentemente, la estrategia tiende a asegurarse la superioridad física y moral en los puntos decisivos, pero tiende también y sobre todo a preparar al jefe militar para las situaciones de inferioridad, para las operaciones necesarias aunque el triunfo sea improbable.

Por una parte, esta insistencia se explica por la coyuntura. Clausewitz se dirige al sobrino nieto de Federico II, cuando la monarquía yace por tierra, aplastada bajo el yugo del emperador de los franceses; invita a su real discípulo a familiarizarse con la idea de una muerte gloriosa, idea familiar a Federico el Grande, que extraía de ella la fuerza para las decisiones heroicas.

La alusión a la naturaleza o al espíritu de la guerra evoca la *Estrategia de 1804.* Si Clausewitz todavía no distingue entre leyes y principios (aunque en el *Tratado,* si bien hace esta distinción en teoría, no siempre la hace en la práctica), si tiende a subestimar la importancia de la estrategia y la influencia de las condiciones políticas ("los pocos principios estratégicos basados en la constitución de los Estados o los ejércitos pueden, en lo esencial, resumirse muy brevemente"),[4] pese a todo podemos preguntarnos en qué habría diferido un resumen de principios escrito quince años después del redactado en 1812.

Por cierto, la epistemología de los *Principios* no carece de elaboración, pero el preceptor atribuye al estudio de la historia la elucidación de los principios; insiste en la distancia entre la guerra tal como la imaginamos abstractamente y la experiencia del combate. Recomienda, pues, la lectura de los libros de historia, especialmente aquellos que no embellecen la realidad vivida, y da como modelo el célebre relato de Scharnhorst del sitio de Menin y de la salida victoriosa de la guarnición. La idea reaparece en el *Tratado,*[5] donde se elogian las memorias de Feuquières,[6] por su exactitud; no obstante, no ve en ellas el método necesario para la prueba mediante el ejemplo. Digamos que entre 1804 y 1814 Clausewitz descubrió el concepto de *fricción* y concluyó que los problemas intelectuales de la estrategia son increíblemente simples, pero su ejecución es increíblemente difícil. La cuarta sección de los *Principios,* antes de llegar a los principios que se imponen en la ejecución, enumera y analiza las causas de la *fricción:* saber imperfecto, incertidumbre de los datos relacionados con el enemigo y también de los factores relacionados con nuestro propio ejército, resistencia de la máquina humana a los esfuerzos que se le exigen, imprecisión espacial y temporal de las operaciones, dificultades de avituallamiento por requisas o depósitos. De la fricción resulta el papel inevitable del azar en la guerra, la necesidad de correr riesgos, de confiar en cálculos de probabilidad y, en última instancia, de permanecer fiel a los principios largamente elaborados a despecho del tumulto del alma y de

[4] III, introducción (799-1069).

[5] II, 6, p. 174 y p. 149 (339).

[6] Antoine Manassès de Pas, marqués de Feuquières, teniente general bajo el reinado de Luis XIV, escribió relatos de campañas, célebres en tiempos de Clausewitz.

las impresiones sensibles, múltiples, contradictorias, que incitan al jefe a desviarse del camino que ha elegido. Entre el cuarto parágrafo de los *Principios de la enseñanza* y los capítulos 3 a 7 del libro I no hay diferencias sustanciales.

Tampoco hay diferencias sustanciales entre las secciones II y III de los *Principios* y los libros III, IV y V del *Tratado.* El texto de 1812 trata aisladamente los principios de la táctica, pero costaría poco encontrar el equivalente en el manuscrito de 1830. El principio más elevado, en la táctica, es el empleo sucesivo o escalonado de las tropas; por ende, un despliegue de tropas en profundidad. Una fracción importante, un tercio o la mitad de las tropas, debe conservarse como reserva, a resguardo del fuego. La disposición de las tres armas obedece a reglas constantes y se vuelve objeto de un metodismo inevitable y por otra parte útil. El ejército francés llevaría demasiado lejos esta clase de metodismo.[7] Asimismo, los principios relacionados con la utilización del terreno, en particular la defensa de las montañas, ríos, pantanos, se sitúan lógicamente entre las indicaciones de 1804 y los análisis detallados del libro VI.

En lo esencial, los principios no han cambiado porque se basan tanto en el sentido común como en la experiencia histórica; por regla general, no se defiende una estribación de montañas desde las cimas, como no se defiende un río en toda su longitud. La argumentación de Clausewitz, cualquier cosa menos metafísica, desemboca en definitiva en dos clases de consideraciones: ¿en qué condiciones logra normalmente el jefe asegurarse la superioridad? ¿Cuáles cualidades morales exige la clase de combate que comporta cierta táctica? Si el defensor quiere defender una montaña en las cimas o en los valles, da al atacante la oportunidad de concentrar fuerzas en alguna de las laderas. En cambio, si el defensor espera al atacante al descampado, en la llanura, es él quien ordinariamente tendrá mayores probabilidades de asegurarse la superioridad. El mismo tipo de razonamiento justifica el modo de defensa de los ríos o bloques.

A la busca de superioridad basta agregar la busca del desborde y del centro de gravedad para deducir los principios principales de la táctica, tanto defensiva como ofensiva. Partamos de los principios de que siempre hay que fijarse una meta grandiosa y actuar con toda la energía y la resolución que sean posibles. La reserva de una fracción de las tropas, el despliegue en profundidad, permitirán frustrar las tentativas de desborde del enemigo y, como réplica, atacarlo de flanco mientras él intenta rodearnos. Si ambos bandos se fijan un objetivo importante, cada cual elegirá otro centro de gravedad y el resultado dependerá de la resolución manifestada por ambos bandos, así como de la capacidad de cada cual para limitar la consecuencia de los triunfos logrados por el otro en el sector que ha elegido. En Wagram, Napoleón permaneció a la defensiva en su ala izquierda y el archiduque Carlos también. Uno y otro atacaron con el ala derecha; los éxitos logrados por el archiduque no tuvieron efecto, mientras que los de Napoleón decidieron la batalla gracias a una energía y resolución superiores.[8]

Como el atacante se esfuerza por asaltar concéntricamente un sector del

[7] Metodismo que reemplaza al arte cuando éste falta, II, B. 2, 5.

[8] *Principios,* II, 1, A, 11 (ps. 783 y 1051).

frente enemigo (según la ley más general de la guerra, por tomar la expresión del *Tratado)*, el defensor se esfuerza por apoyar su línea de batalla sobre posiciones de flanco inexpugnables. Pero debe cuidarse del engaño y no confundir posiciones reforzadas con posiciones inexpugnables. La utilización del terreno implica formas múltiples: protección de uno o dos flancos, obstáculos sobre el mismo frente de combate, ocultamiento de las tropas de reserva, separación del frente o los flancos para tener una visión del enemigo, terreno accidentado en la retaguardia para favorecer, en caso de derrota, la retirada. Tal vez el principio más simple y más instructivo a la vez es el que pone fin al capítulo II: "Nunca esperarlo todo de la fuerza del terreno, y por ende nunca propender, en razón de la fuerza del terreno, a una defensa pasiva".[9]

Estos análisis de 1812 corrigen la impresión que dan las descripciones de batallas del *Tratado* y que los autores franceses han criticado tan apasionadamente. Clausewitz, al menos en 1812, no supone de ningún modo que la batalla no implique planes ni maniobras. Por el contrario, le parece evidente que cada bando, atacante y defensor, elige un sector para concentrar allí las fuerzas superiores, para sorprender por detrás a las tropas enemigas o para atacarlas por todos los flancos a la vez. De ninguna manera excluye lo que Camon le reprocha desconocer: el plan de la batalla, la determinación de avanzar sobre el sitio donde el ataque quebrará el frente enemigo o, al menos, decidirá el resultado. Pero cuando escribe el *Tratado* ha visto las batallas de Borodino y Waterloo, una donde no se manifestó ningún indicio de inteligencia en ninguno de ambos bandos; la segunda decidida por el fracaso de una maniobra estratégica sobre las líneas interiores, pues el ejército prusiano, vencido el día anterior, pero no desbaratado, apareció en el campo de batalla para forzar la decisión. En 1812, se atribuye la victoria a la energía y la resolución con que uno de los bandos desarrolla su actividad ofensiva en un sector del frente. En el *Tratado*, se enfatiza el desgaste progresivo de los ejércitos, y la decisión se vuelca a favor de quien posee las últimas reservas materiales y morales. En uno y otro caso, se aplica el principio supremo: la teoría se ocupa ante todo de la cuestión de saber cómo se puede conservar, en los puntos decisivos, una superioridad de fuerzas y ventajas materiales; en caso de imposibilidad, se cuenta con las fuerzas morales para compensar la inferioridad material.[10]

La sección III, consagrada a la estrategia, revela mejor que las otras tres el camino recorrido entre 1812 y 1830; el objeto sobre el cual ha meditado Clausewitz después de 1815, y sobre todo en sus últimos años. Que en 1812 el preceptor dé por sentadas las condiciones y los ejércitos de su tiempo, que se contente con algunas alusiones breves a épocas anteriores,[11] se explica por la naturaleza del texto y desde luego no demuestra que ignorara la historicidad del instrumento, y, en consecuencia, los principios de la táctica: Se atiene a la oposición que reaparece en el capítulo II, 2 del *Tratado;* por una parte enseñanza y metodismo de la táctica; por la otra libertad de espíritu del jefe. Al mismo tiempo, tiende a

[9] *Principios*, II, B, 3, 17 (ps. 798 y 1069).

[10] *Principios*, I, 1.

[11] Por ejemplo, en II, 1 B, 12, a propósito de la sorpresa.

reducir al mínimo el saber, la formación intelectual necesaria al jefe. Un juicio basta para relacionar entre sí los resultados felices de los combates. Cuando se sabe combatir y vencer, no queda mucho por aprender.[12] Si nos remitimos al capítulo VIII, 1 y a los dos primeros del libro I, podemos calibrar el progreso realizado, la toma de conciencia de las dificultades que comporta la teoría cuando ésta alcanza el nivel superior del plan de guerra.

El aspecto analítico de la teoría estratégica se reduce a la enumeración de tres blancos (fuerzas armadas, fuerzas muertas, opinión pública) y los medios para atacarlas. En cuanto al aspecto sintético, se compone esencialmente de dos clases de imperativos, la segunda resultado de la primera.

Clausewitz parte del principio de que es preciso utilizar todas las fuerzas disponibles con el máximo de energía para alcanzar los fines que se desprenden de la enumeración misma de los blancos: dirigir las operaciones contra las fuerzas principales, o al menos una parte importante del principal ejército enemigo, si se contempla el primer blanco; adueñarse de las ciudades principales, los depósitos, las fortalezas, si se contempla el segundo (las fuerzas muertas); en cuanto al tercer blanco, se gana mediante conquistas o capturando la capital.

A partir de allí, los principios de concentrar las fuerzas para la acción principal, de no perder tiempo,[13] de explotar el triunfo con el máximo de energía, derivan de la lógica del primer principio: comprometer todas las fuerzas disponibles para alcanzar las metas propuestas, que deben, según el espíritu de la guerra, ser grandes.

De los principios se extraen los juicios sobre las formas geométricas. Así como no cree, en táctica, en el envolvimiento del ejército enemigo, exige en estrategia, para intentar una operación concéntrica, una superioridad considerable. Se aproxima, pues, en este aspecto, a Jomini, doctrinario de la maniobra sobre líneas interiores, y afirma que el emperador de los franceses jamás se arriesgó al envolvimiento estratégico. Cita la campaña de 1757 y la marcha concéntrica sobre Praga de los ejércitos de Federico II para ilustrar a la vez el peligro de semejante maniobra y la proposición original de que los éxitos tácticos lo deciden todo. El principio de la concentración en el punto principal basta para abandonar, en principio, el envolvimiento estratégico.

Aunque el vocabulario cambia un poco, entre 1812 y el *Tratado*, las ideas rectoras siguen siendo las mismas. Trata de la defensa antes del ataque; le interesa más la primera que el segundo, no porque la favorezca sino porque la defensa sólo contempla el fin mismo de la guerra mediatamente, mientras que el ataque lo contempla inmediatamente. De allí los principios generales de la guerra se transforman directamente en principios de la ofensiva (concentrar fuerzas, no perder tiempo, apuntar al centro de gravedad del ejército enemigo). Una comparación entre los *Principios* de 1812 y los del capítulo VIII, 9 podría sugerir que el pensamiento de Clausewitz no cambió en nada. En ciertos aspectos, aun

[12] *Principios*, III, introducción.

[13] En esta ocasión atribuye a la sorpresa en estrategia un papel más importante que en la táctica. Sostiene la tesis contraria en el capítulo III, 9 del *Tratado*, afirmando la importancia decisiva de la rapidez de movimientos.

los principios de VIII, 9 revelan incluso un énfasis más imperativo y más simplista.

En lo que concierne a la oposición entre audacia y prudencia, no encuentro una evolución notoria. En tres ocasiones se subraya la prudencia de Napoleón, quien jamás se dejó tentar por la falsa prudencia de las medidas a medias,[14] quien jamás intentó el envolvimiento estratégico,[15] quien corrió menos riesgos de lo que comúnmente se cree en sus empresas más audaces, pues dejaba tropas para proteger la retaguardia, reforzar el ataque o cubrir la retirada.[16]

Ningún texto militar, al parecer, presente más claridad, más simplicidad lógica. El espíritu de la guerra indica los fines e impone los imperativos morales (energía, audacia). La magnitud de los fines dicta la concentración de fuerzas; concentración en el sector decisivo durante la batalla, pero con una distribución escalonada en el tiempo, concentración en el espacio con empleo simultáneo en estrategia. La maniobra con miras a la batalla se desarrolla según dos figuras principales, el ataque concéntrico en táctica, la maniobra son líneas interiores en estrategia, ambas propicias para la concentración de fuerzas superiores.

Nada impedía a Clausewitz presentar una teoría así de manera sistemática: teoría dividida entre causas materiales y morales, sometida a la ley de la audacia y las metas grandiosas, basada en la busca de la superioridad en un sector decisivo o en la batalla decisiva, utilizando el terreno, pero sin olvidar que en última instancia quienes combaten son los hombres, teoría que, consciente de la distancia entre las especulaciones de gabinete y la experiencia del combate, admite la incertidumbre, el azar y la fricción, y, en consecuencia, la responsabilidad del jefe y la dificultad de realizar operaciones que son simples en el papel. Pero, quiérase o no, el autor de los *Principios*, el preceptor del príncipe heredero, el Clausewitz de 1812, no habría resultado misterioso y fascinante para la posteridad. La gloria o el mito fueron creados por el trabajo realizado entre 1812 y 1830. ¿Gloria injustificada o mito alimentado por un lenguaje más que por un pensamiento filosófico? Henos nuevamente ante lo que nuestro autor denominaría la *decisión principal*

## 2. *De los* Principios *de 1812 al* Tratado

El *Tratado* no presenta ninguna enseñanza en forma de principios (o de principios, reglas y métodos), a la manera del texto de 1812. Ningún genio lograría resolver la ecuación del plan de guerra; el teórico se limita a no oponerse a una ley natural del espíritu cuando formula un principio, forma cristalina que la verdad tiende a cobrar, clave de bóveda del pensamiento, lineamiento de los hábitos mentales y los movimientos del espíritu.[17] Al final del capítulo VI, 8,[18] Clausewitz recuerda una vez más que él no descubre principios nuevos ni méto-

[14] *Principios*, II, 1 A, 13.

[15] *Ibid.* III, 1, 11.

[16] *Ibid.* III, 3, 3.

[17] Cf. II, 2, p. 135 y p. 107 (291-292).

[18] Recordemos que según W. M. Schering este capítulo sería de redacción temprana.

dos inéditos sino que se contenta con analizar un material hace tiempo disponible en su estructura más íntima y de reducirlo a sus elementos más simples: la textura de la totalidad bélica, por una parte, las nociones más abstractas que se encuentran en cada caso concreto, por la otra, tales son los objetivos de la teoría en cuanto estudio racional.

La oposición con los principios-imperativos de 1812 no es sin embargo tan tajante como parecería si nos limitáramos a la confrontación de la práctica efectiva de 1812 con la teoría de la práctica de 1826 o 1830. También en 1812 consideraba los principios como memorándum, no como expresión de una ley que el general debía seguir en todo momento sino de una regularidad revelada por la observación y confirmada por el razonamiento; por ende, una manera de actuar que se adoptará normalmente a menos que las circunstancias particulares justifiquen una decisión contraria. Fuerzas morales, fricción, descripción de la experiencia vivida de la guerra; en síntesis, voluntad de una teoría cercana a la práctica, implican que los principios, aun asimilados con imperativos, siguen siendo condicionales, válidos con la reserva de que "todo lo demás sea igual" o "en la generalidad de los casos". La teoría no dicta reglas al genio, así como el genio no actúa fuera ni por encima de las reglas: la teoría aclara las reglas que el genio aplica espontáneamente. En este punto, el oficial de veinticuatro años no difiere del general de cincuenta.

El *Tratado,* aun sin utilizar el término principio, sugiere varias veces el equivalente de los principios de 1812. Por ejemplo, en el capítulo IV, 11, cuando Clausewitz habla con desprecio de los generales que querían vencer sin derramar sangre y escribe: "No sólo los jefes audaces, temerarios, arrogantes, han querido coronar su obra mediante la empresa audaz de batallas decisivas, sino, en general, todos los jefes venturosos".[19] El principio implícito, sugerido, no está muy lejos del de 1812, más primitivo: fijarse una meta de gran importancia. Más aún, la deducción del principio a partir del espíritu o el sentido de la guerra reaparece en los libros III a V del *Tratado.* La oposición concepto-experiencia,[20] o mejor dicho el uso combinado del pensamiento abstracto y la experiencia, en pocas palabras, el método constante de Clausewitz, fundamenta la legitimidad de extraer del concepto o espíritu de la guerra ciertos fines, por cierto generales, modificables y modificados en función de las circunstancias, pero aun así incluidos en las nociones mismas. La esencia de la guerra revela su fin en la medida en que el segundo se confunde con la primera.

Una verdadera inflexión, a falta de conversión, del pensamiento suponía, pues, el cuestionamiento de lo que el joven Clausewitz llamaba *espíritu de la guerra* y, más tarde, *concepto* o *noción* A fuerza de estudiar la historia, llegó a reconocer la dependencia de la estrategia con respecto a la finalidad y las circunstancias políticas; al tener en cuenta esta doble dependencia no dejó de alterar su concepto original de la guerra; las modificaciones debidas al carácter instrumental de la violencia presidían los fines que el jefe militar podría o debería fijarse;

[19] IV, II, p. 282 y p. 265 (470).

[20] IV, 11, ps. 281 y 274 (470). "No es sólo el concepto lo que nos induce a buscar una gran decisión en una gran batalla, sino también la experiencia."

por otra parte, las circunstancias políticas delimitarían el cuadro en el cual, y las modalidades según las cuales, se desarrollaban las hostilidades. Pero basta con leer atentamente el pasaje[21] del libro VIII, que alude al primer capítulo del libro tal como debía de ser antes de la redacción final, para captar el sentido de la conversión o la inflexión.

¿De qué trataría el primer capítulo antes de la redacción final, según este texto? "Potencia propia, potencia del adversario, aliados de uno y otro, caracteres respectivos del pueblo y el gobierno, etc." Todos estos elementos pertenecen a la política y como la guerra depende de ella se revela como parte de un conjunto más vasto, que denominaremos el comercio político de los Estados y las naciones. Aun si la guerra se desarrollara de acuerdo con su naturaleza —o espíritu o concepto—, aun si la hostilidad se desencadenara sin trabas, no podría comprenderse fuera de su contexto político. Pero en general no se desencadena según su lógica abstracta. La historia nos ofrece el espectáculo de guerras sin decisión; por lo tanto, existen dos tipos de guerra, dos tipos de totalidad, tipología que conduce finalmente a la idea decisiva: la guerra sólo tiene una gramática, no una lógica propia. La política libra batallas en vez de enviar notas.

En este momento, ¿qué queda de la determinación de fines concretos a partir de la finalidad teórica de la guerra? Ya no tendría sentido exigir la mayor audacia, la meta más grandiosa, invocando el espíritu o concepto de la guerra abstracta. El plan de guerra exige el examen de tantas variables que haría falta el genio de un Newton para resolver la ecuación y sólo el relámpago del genio atraviesa la masa y discierne lo esencial, el carácter singular de esta guerra, en este momento, en este lugar, a partir del cual deberán tomarse las principales decisiones.

En otros términos, la ruptura en la evolución del pensamiento clausewitziano y en la teoría misma de la guerra se produce entre 1826 y 1830, cuando el general descubre la imposibilidad misma de la teoría que quería elaborar; no a causa de las magnitudes morales, ni de la fricción, ni de la infinita diversidad de las situaciones: ninguno de estos argumentos impide *observar* lo que ocurre con mayor frecuencia, ni formular en forma de principios o reglas las prácticas adecuadas para la generalidad de los casos. Lo que cambia todo es que las operaciones militares no contemplan siempre la *destrucción* de los ejércitos enemigos, no todas las campañas tienden a una *decisión*, un beligerante no siempre procura *abatir* al adversario; en síntesis, que la tipología de las guerras y las totalidades vuelve ilegítimo todo principio deducido directamente de la finalidad de las batallas, las campañas o las guerras. Trátese de la decisión, la destrucción o el abatimiento, la finalidad que sugieren los conceptos se vuelve *condicional*. El testamento intelectual de Clausewitz, para quien capta su lógica, no constituye un rechazo de la obra de toda su vida, sino un nuevo cuestionamiento de ella. Todos los principios, semejantes a los de 1812, que figuran aquí y allá en el *Tratado,* al menos aquellos que en 1804 y 1812 resultaban de la lógica interna del espíritu o concepto de la guerra, ya no tienen validez salvo a título doble-

[21] VIII, 6 B, p. 704 y p. 728 (991).

mente condicional: con la reserva de que se quiera abatir al enemigo y las circunstancias singulares se presten a la aplicación de las reglas.

En este sentido, el capítulo VIII, 9, el que se asemeja más en apariencia, en el estilo, al texto de 1812, no contradice en absoluto el resultado de los análisis precedentes. En efecto, si los dos principios del capítulo 9, por una parte concentrar la mayor cantidad posible de fuerzas en el espacio contra los centros de gravedad del enemigo, por la otra actuar con la mayor rapidez, sin pausas ni rodeos, reproducen casi literalmente los principios generales de la estrategia[22] en los *Principios de la enseñanza*, si estos principios generales devienen sin modificación los del ataque, es porque éste, a diferencia de la defensiva, contempla inmediatamente el fin de la guerra. Pero estos principios, que en 1812 valían para la estrategia en general y por lo tanto para todo ataque, sólo tienen validez para una clase de campaña (cuando se quiere abatir al enemigo), por lo tanto, para una clase de guerra.

Más aún, Clausewitz va más al detalle de la casuística de estos principios: por ejemplo, cuando una operación subsidiaria promete ganancias inusitadas, hay que hacer una excepción a la regla. Enumera los argumentos que, eventualmente, se oponen a la concentración de fuerzas, vuelve sobre la marcha concéntrica de ejércitos separados, que en caso de triunfo promete la cosecha más rica, pero también implica peligros; desarrolla las razones para subordinar las partes al todo; por lo tanto, para aceptar la inferioridad y las bajas en los teatros de operaciones y los puntos secundarios. A despecho de esta casuística, de las excepciones admitidas y analizadas, de la subordinación de este plan de guerra a la finalidad de abatir al enemigo, lo cierto es que este capítulo, el último del libro, probablemente escrito en 1826, parte de la misma inspiración que los *Principios de la enseñanza* y sugiere a los jefes militares los mismos imperativos, las mismas prácticas que derivaban anteriormente del espíritu o la esencia de la guerra.

Al mismo tiempo comprendemos por qué la enseñanza, incluida la del *Tratado*, tiene justa fama de equívoca. Admitamos que la razón principal que insta a un beligerante a la defensiva sea la inferioridad de sus fuerzas. Digamos, tal como Clausewitz en varias ocasiones, que la defensiva tiende también a la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, pero mediata y no inmediatamente, pues el repliegue hacia el interior o la elección de un campo de batalla favorable permiten compensar la inferioridad inicial o alentar la esperanza de una inversión de la relación de fuerzas. Consideremos que la verdadera guerra tiende, cuando no a abatir al enemigo, al menos a forzar la decisión. A partir de allí, en caso de superioridad, los principios del ataque o la estrategia misma, tal como los formulan los *Principios* de la enseñanza, se aplican en el *Tratado* al caso del plan de guerra que tiene por fin abatir al enemigo: concentrar las fuerzas en el espacio, subordinar las acciones secundarias a la acción principal, no debilitar nunca el punto esencial con el pretexto de reducir los riesgos en los puntos secundarios, elegir el camino recto, con miras a la batalla decisiva.

En esta línea aparece el Clausewitz cuyo retrato o caricatura ha bosquejado

[22] III, 1, 6 y 7.

Liddell Hart. No el teórico que ha elaborado la manera napoleónica sino el que la ha interpretado groseramente, ignorándola y desfigurándola en última instancia. Estratega que ignora o desdeña la maniobra, que busca el choque directo, brutal, sangriento, cuyo número decide el resultado, doctrinario de los ejércitos nacionales y la conscripción, que transfigura con una Marsellesa prusiana las carnicerías de Eylau y Borodino y prepara, justificándolas de antemano, las de Flandes o del camino de las Damas.

El lector encontrará la otra interpretación extrema, en sus líneas esenciales, en los capítulos precedentes de este libro. Ella enfatiza la analítica de la guerra, o sea el sistema conceptual cuyos elementos principales se organizan en el primer capítulo con los dos movimientos de ascenso a los extremos y descenso a la observación armada. En este caso, la contribución esencial de Clausewitz a la teoría de la guerra, sin eliminar las ideas que acabo de discutir y figuran en el centro de la interpretación precedente, consiste en la subordinación, llevada hasta su culminación lógica, del instrumento militar a la intención política; por ende, a la toma de conciencia, tan evidente en las cartas al mayor Roeder, de que todas las teorías previas a la suya –teorías que por lo demás se confunden con doctrinas– descuidaban lo esencial, o sea el polimorfismo de las guerras en razón de su inserción en el contexto del comercio político entre los Estados y los pueblos.

Todas las consecuencias inferidas del espíritu de la guerra o la definición original de la guerra no son eliminadas por el testamento intelectual, sino transformadas en condicionales. Devienen proposiciones analíticas, verdaderas en sí mismas en el mundo de los conceptos, pero no aplicables a la conducción de una guerra real. En 1827, Clausewitz procuraba "intelectualizar" la exposición introduciendo por doquier la distinción de las dos clases de guerra. No sé si semejante revisión hubiera respondido en 1830 a las exigencias de la síntesis[23] final. En todo caso, se habría arrojado luz sobre el condicionamiento de los principios (en el sentido de imperativos) por el fin político, así como por el tipo de guerra. Simultáneamente, la distinción entre teoría y doctrina, análisis conceptual y reglas de acción, pequeño número de medios y diversidad de los fines políticos, teoría universalmente válida y principios restringidos a un período histórico, se habría explicitado plenamente. El lector no habría confundido con directivas de acción las proposiciones analíticas deducidas de la naturaleza de los medios, de los objetivos militares y las circunstancias geográficas y climáticas. Estas proposiciones suministran argumentos para justificar una decisión, sobre todo una decisión que no se adecua a las prácticas corrientes, forman el espíritu del estratega y presiden, por así decirlo, las reacciones espontáneas. Pero el estratega, dueño de sus hábitos, se cuida de caer en la celada del metodismo. En este sentido, la revolución teórica contemplada por Clausewitz no comportaba sólo la discriminación entre análisis y doctrina, entre factores permanentes y diversidad histórica: debía enseñar el buen uso de los principios, basados en la generalidad de los casos: ni dogmatismo ni improvisación; Clausewitz habría podido escribir,

[23] Obviamente la palabra síntesis, en un caso, no equivale, como en II, 2, al aspecto sintético (en nuestro vocabulario, "doctrinal") de la teoría por oposición al aspecto analítico (análisis conceptual).

como Sun-Tsé: "Quien sabe obtener la victoria modificando su táctica según la situación del enemigo merece el apelativo de divino".

Hasta el presente ningún comentarista ha elaborado esta interpretación porque hasta cierto punto está implícita. Los textos sobre los cuales se fundamenta la prioridad de la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, que tratan de la decisión en el terreno militar, del abatimiento del Estado enemigo, son innumerables y todos derivan de las definiciones analíticas de la guerra en cuanto tal, de la unicidad del medio (la violencia), del pequeño número de circunstancias a tomar en cuenta. Los textos que subrayan la legislación superior de la política, que no ponen coto a la intervención de ésta en la conducción de las operaciones, que expresan la única y genuina definición de las guerras reales, o sea la definición trinitaria, son escasos, están concentrados en el libro I y el libro VIII, los libros que el coronel de Vatry juzgaba legítimo omitir en la primera edición de la traducción del *Tratado,* a fines del siglo pasado, así como A. Rappoport considera legítimo excluir el libro VI, consagrado a la defensiva, de los extractos del *Tratado,* pese a que este libro explica la superioridad de la defensiva por argumentos tanto políticos como militares. Quien pasa por alto el capítulo 6 del libro VI no puede representarse el mundo, el sistema interestatal que Clausewitz conoce y da por supuesto en sus estudios, el mundo del equilibrio europeo.

Por último, esta interpretación sólo ha sido posible gracias al estudio de la formación y la evolución del pensamiento de Clausewitz. Pero no es demasiado exagerado decir que este estudio sólo se inició de veras con el artículo de mi amigo de juventud, en los años 30. Durante un siglo Clausewitz fue leído, tal como él temía, por hombres que buscaban recetas, fórmulas prefabricadas, y no por hombres que aprendían a pensar la guerra por su intermedio. Si hoy se lo comprende, es porque el doctrinario pertenece al pasado y, en lo esencial, sólo el teórico de 1826-1830 nos interesa todavía.

### *3. La dialéctica de los conceptos. Kant y Hegel*

Quizás al término de esta tentativa de interpretación global me sea posible responder a la pregunta, tantas veces formulada, sobre el método clausewitziano y su origen, sobre el parentesco con Kant y Hegel. Titulé "La dialéctica" la sección precedente de este primer libro. Por lo tanto, no pongo en duda que el pensamiento o el método de Clausewitz sea en alguna medida dialéctico. Queda por saber en qué sentido.

La relación entre las nociones, en las tres parejas de conceptos que he analizado, varía de una pareja a otra. Medios y fines se organizan en una jerarquía, de tal suerte que los fines inferiores o próximos devienen medios de un fin superior o lejano. Al término de la serie, el instrumento militar se somete al fin político. Pero las leyes propias del instrumento se imponen a la política a título de *obligaciones* o *límites.* Asimismo, los combates suministran el material del edificio estratégico, mientras que los planes estratégicos crean las condiciones para las victorias tácticas.

Fuerzas materiales y fuerzas morales remiten respectivamente a las cosas y los hombres, y pertenecen por lo tanto a sectores diferentes de la realidad. Pero

la fuerza de cada ejército resulta de la unión de estas dos clases de fuerza; por un lado, el número y la potencia de fuego; por la otra, la confianza de los soldados en sus jefes, el recuerdo de las victorias obtenidas, la experiencia del combate, el genio del jefe. Por heterogéneos que sean estos elementos, determinan juntos la fuerza de una tropa. Asimismo, la fuerza de un Estado no se mide sólo por el número de hombres de uniforme y la cantidad de recursos movilizables. depende también de la confianza de los ciudadanos en su soberano, de su lealtad al Estado y sus instituciones.

Ataque y defensa se parecen más a términos contradictorios. O bien atacamos o bien nos defendemos; o bien queremos tomar o bien queremos conservar. Intención positiva: cambiar el *statu quo;* intención negativa: mantenerlo. Pero de hecho la ofensiva contiene, en un momento u otro, un elemento defensivo porque finalmente debe detenerse. Asimismo, la defensiva contiene un elemento ofensivo, a menos que se negocie la paz una vez rechazada la ofensiva enemiga. De todos modos, la ofensiva en un nivel superior (combatir en el suelo del adversario) no excluye una batalla defensiva, así como una batalla defensiva no excluye una acción ofensiva en un sector.

A estas tres parejas conceptuales, que dominan la reflexión estratégica, yo podría añadir cuando menos otras dos: la oposición entre la audacia y la prudencia, entre la amplitud de los triunfos eventuales y los riesgos asumidos. En este último caso existe una especie de proporcionalidad entre las dimensiones de la victoria y las de los peligros, e incluso una especie de incompatibilidad entre la prudencia y la proeza. La inversión de los principios, según se trate de táctica o estrategia, ofrece otro ejemplo de dialéctica: las reservas, las tropas frescas y el empleo sucesivo de las unidades determinan el resultado de las batallas; en estrategia, cuando una batalla decisiva preside toda una campaña, se vuelve absurdo no utilizar todas las fuerzas.[24]

Como Clausewitz no tuvo muchos lectores o comentaristas fuera de los medios militares y la oficialidad, en el mejor de los casos, sólo conocía a Hegel de segunda mano, o no recordaba de él sino fórmulas prefabricadas, la tesis de un Clausewitz discípulo de Hegel se propagó, sobre todo en Francia y Estados Unidos,[25] a partir de una doble ignorancia. Hermann Cohen defendió la tesis, menos improbable, de una influencia de Kant, en un solemne discurso pronunciado en Marburgo el 17 de marzo de 1883.[26]

Un problema de este orden exige dos clases de consideraciones, unas estrictamente históricas, otras de orden filosófico. ¿Clausewitz leyó a Kant o Hegel? ¿Los conoció directa o indirectamente? ¿Su pensamiento concuerda, en lo esencial, con el de uno u otro?

[24] La teoría táctica juega igualmente con parejas de conceptos opuestos: armas de fuego/armas de choque; destrucción/decisión, etcétera.

[25] El libro clásico sobre el tema es el de Paul Creuziger, *Hegels Einfluss auf Clausewitz*, Berlín, R. Eisenschmitt, 1911. Ver también el libro de H. Camon y la reciente reseña del libro de Parkinson por B. Brodie, en *World Politics*, vol. 25, nro. 2, enero 1973.

[26] *Von Kants Einfluss auf die deutsche Kultur, Rede bei der Marburger Universitätsfeier des Geburtstates Sr. Majestät des Kaisers und Königs am 17. Mär 1883*, Berlín, Fr. Dümmler, 1883.

El historiador llega sin demora al final de la primera clase de consideraciones. En Berlín, mientras estudiaba en la Escuela General de Guerra, y quizá también más tarde, Clausewitz siguió los cursos de un vulgarizador de Kant, J. G. Kiesewetter. W. M. Schering descubrió, en los archivos de la familia, las notas tomadas en uno de esos cursos, en verdad cursos de matemática. Pero también debió seguir cursos de filosofía. Uno de sus contemporáneos escribió en sus memorias que Kiesewetter le enseñó la filosofía kantiana en "dosis homeopáticas".[27]

No ocurre lo mismo con Hegel, cuyo nombre no se menciona una sola vez en el *Tratado*, en las cartas, en los papeles publicados en los archivos. Tampoco Kant,[28] pero Kiesewetter constituye el eslabón intermedio. Entre Hegel y Clausewitz no hay eslabón intermedio. Creuziger creyó encontrar el agente de transmisión en un tal mayor Griesheim, profesor de la Escuela de Guerra, amigo de Clausewitz y hegeliano. Según la biografía de Griesheim,[29] éste habría enseñado en la Escuela de Guerra sólo a partir de 1838, varios años después de la muerte de Hegel y Clausewitz, ambos víctimas del cólera. Este detalle, por lo demás, importa poco; probablemente encontraríamos otros oficiales alumnos o discípulos de Hegel entre los profesores de la Escuela de Guerra en 1820-1830.

¿En qué se basa la tesis del hegelianismo de Clausewitz? En un primer hecho, irrecusable; comandaba la Escuela General de Guerra en Berlín mientras Hegel enseñaba en la Universidad y reinaba allí sin rival. En un segundo hecho, también irrecusable: el método clausewitziano puede ser llamado dialéctico. Queda por saber si este método debe algo a la filosofía hegeliana.

El oficial de estado mayor Clausewitz, culto, ávido de ideas, estaba dotado de un talento literario y una capacidad de análisis excepcionales. Estaba embarcado en una empresa cuyo pleno alcance hoy nos permite comprender la economía política y la teoría de los juegos: elaborar el sistema conceptual de un dominio de acción y ordenar rigurosamente los factores de los cuales dependen la decisión y la acción. En el curso de los últimos diez años de vida, aprovechando el ocio que le dejaban sus funciones administrativas, redactó y corrigió el *Tratado* al tiempo que escribía múltiples relatos de campañas. Probablemente no había conocido a Hegel antes de 1806; entre 1806 y 1815, la acción le dejó poco tiempo libre.[30] En Coblenza, entre 1816 y 1818, trabajó en una primera versión

27 Se trata del general H. von Brandt, citado por Schering, *Philosphie*, p. 134, nota 56.

28 Fichte es mencionado una vez en las cartas, pero considerado demasiado abstracto, demasiado alejado de la realidad. Carta del 15 de abril de 1808 (Schwartz, I. p. 305): "Encontré a Fichte ((se trata de los *Discursos a la nación alemana*)) muy bueno en ciertos temas; no obstante, el conjunto es sólo una construcción abstracta y, diga lo que dijere Stein, sin valor práctico: más áun, manifiestamente ha temido la comparación con la historia y el mundo de la experiencia". Añade sin embargo que le gusta lo concerniente al destino de la humanidad y la religión. Sabemos también que Clausewitz escribió a Fichte una carta sobre Maquiavelo.

29 *Militärisches Wochenblatt*, 1854, *Beiheft*, citado por W. M. Schering, *Philosphie*, p. 134, nota 78.

30 Al margen de los meses de cautiverio en Francia. Si hubiera leído a Hegel en Francia, tal vez lo habría mencionado en sus cartas a Marie.

del *Tratado.* Que haya oído hablar de Hegel entre 1820 y 1830, en Berlín, es fácil de admitir; que lo haya estudiado con profundidad suficiente para modificar su pensamiento o sus ideas me parece cuando menos dudoso. En todo caso habría que discernir en la obra final rastros visibles de influencia hegeliana para confirmar una hipótesis en sí misma plausible.

Consideremos el ejemplo más trivial, el caballo de batalla del hegelianismo, las relaciones entre la defensa y el ataque. "Procurando seguir el método de Hegel, una tesis, una antítesis, una síntesis, Clausewitz creyó hacer un hallazgo maravilloso al encontrar los términos siguientes: tesis, defensiva; antítesis, ofensiva; síntesis, defensiva-ofensiva. Los términos se oponían admirablemente y parecían prometer una teoría redonda. Este fue el gran error de Clausewitz."[31] A esta interpretación clásica; W. M. Schering opone una objeción tomada de las fuentes. Según él, la doctrina de la estrategia defensiva-ofensiva derivaría de la enseñanza de Scharnhorst, y los archivos lo demostrarían. Como Schering, según su mala costumbre, apoya sus afirmaciones categóricas en documentos hoy perdidos sin precisar su naturaleza, y los historiadores formulan opiniones contradictorias al respecto,[32] no me haré responsable de esta objeción. En todo caso, la doctrina de Clausewitz no llega a la síntesis defensiva-ofensiva. El bando más fuerte debe a veces lanzarse en una ofensiva ininterrumpida, tan rápida y brutal como le sea posible; el bando débil queda a veces reducido a la resistencia pura, cercana a la pasividad, con la esperanza de debilitar la voluntad del enemigo o a la espera del imprevisto que invertirá la relación de fuerzas. La doctrina de la defensiva-ofensiva sólo representa una de las modalidades posibles de la tesis central, la superioridad intrínseca de la forma defensiva.

Hasta la estrategia defensiva-ofensiva difiere radicalmente de una síntesis en el sentido hegeliano del término: el tercer término no resulta de una negación del segundo, a su vez negación del primero; la conclusión no constituye, en un nivel superior de la jerarquía conceptual o histórica, el punto de partida de una nueva tríada.

Cada una de las dos formas contiene en sí la forma opuesta; no hay ofensiva sin elemento de defensa, no hay defensa sin elemento de ataque. La defensa paraliza la ofensiva y la condena al fracaso; el ataque corona la defensa y le garantiza el triunfo glorioso. La defensiva conserva lo mejor del ataque, mientras que éste toma de la defensa lo que ella contiene de peor. La estrategia oscila entre los términos opuestos, busca la conciliación más favorable entre las ventajas e inconvenientes de los términos opuestos. La conciliación o la oscilación no equivalen de ningún modo a una síntesis hegeliana.

La esencia de la dialéctica histórica de Hegel, la síntesis que supera las contradicciones en el tiempo y otorga un sentido racional al devenir no aparece en ningún momento del *Tratado. No puede aparecer:* en la medida en que se atisba una filosofía clausewitziana de la historia, pertenece a la posteridad de Maquiavelo; la política sólo edifica obras perecederas, carcomidas por el tiempo, que dejarán indiferentes a nuestros bisnietos. El arte, y sólo el arte, triunfa sobre el

[31] H. Camon, *Clausewitz,* París, R. Chapelot, 1911, p. 12.

[32] Cf. *supra,* capítulo I, y Nota I.

tiempo y deja testimonios eternos. No por ello la acción pierde dignidad o grandeza, pero el hombre ignora el sentido que la Providencia da a sus sacrificios, sus luchas, sus victorias pasajeras.

¿Se dirá que a falta de una dialéctica histórica la dialéctica conceptual de Clausewitz sí se aproxima a la de Hegel? También aquí se impone una respuesta negativa. No hay contradicción entre medio y fin, ni entre número y moral, y menos aún entre ataque y defensa. La oposición entre estas dos formas se diluye estratégicamente cuando se libra la batalla, tácticamente cuando chocan los combatientes. ¿Quién puede distinguir, en la confusión, al atacante y al defensor? Hombro con hombro, un húsar *asesta* sablazos mientras otro *para* los golpes del ulano. Antes que buscar reminiscencias hegelianas, más valdría evocar la polaridad de la electricidad positiva y la electricidad negativa.[33]

¿Habrá que ver en el fin positivo o el fin negativo un recuerdo de Hegel? Me cuesta creerlo. El fin positivo se define por la intención de tomar, conquistar o destruir; en resumen, de modificar el *statu quo.* Por lo tanto, el fin positivo corresponde a la negatividad hegeliana; la intención negativa, en cambio, sólo tiende a conservar, y además a aniquilar eventualmente la voluntad positiva del adversario.[34]

¿Hay que comparar esta dialéctica de las voluntades, cada cual negando a la otra (o el objeto contemplado por la otra), con la dialéctica hegeliana del amo y del esclavo, aunque no haya ningún reconocimiento?

Remitámonos al capítulo I, 1, el que hemos denominado testamento espiritual de Clausewitz y que según Creuziger manifiesta más que ningún otro la influencia de Hegel. La hipótesis resulta seductora porque, por primera vez en todo el *Tratado,* una tríada reemplaza a la díada: de la *guerra absoluta* que conduce lógicamente a los extremos se pasa al *juego de la probabilidad y del azar,* campo ofrecido a la *libre actividad del alma,* para llegar al *entendimiento político* que canaliza las pasiones de los pueblos y somete a su dominio las iniciativas aventureras del jefe militar. ¿Pertenece esta extraña trinidad al universo, al modo de pensar de Hegel? Por nada del mundo. Abreva en la misma filosofía, en el mismo modo de pensar del resto del *Tratado.*

El concepto puro de la guerra excluye en cuanto tal todo principio de moderación, no conduce por sí mismo al segundo momento. El análisis conceptual no revela, en el primer momento, la presencia de un segundo que niegue el precedente. La diferencia entre el modelo de la lucha entre dos hombres y el de la guerra entre dos Estados es la que introduce múltiples modificaciones y permite concebir el descenso a la observación armada. En cuanto al tercer momento, la supremacía de la política, el segundo lo implica porque la guerra enfrenta Estados y no ejércitos. En principio no hay contradicción entre el segundo momento y el tercero. Uno y otro derivan de la sustitución progresiva de los luchadores del esquema inicial por beligerantes reales: pueblo, ejército, Estado.

[33] *Enciclopedia,* # 119 y #314. La intención expresada por Clausewitz en I, 1 de consagrar un capítulo al concepto de *polaridad* revelaría quizá la preocupación por analizar la naturaleza de la dialéctica, la relación de los términos opuestos.

[34] También aquí podemos remitir a la polaridad de la electricidad positiva y negativa.

En cuanto a la suspensión de las operaciones como consecuencia de la asimetría del ataque y la defensa, Creuziger ve en ella, por razones que se me escapan, una aplicación del método hegeliano. Tesis que supone una interpretación extrañamente amplia de este método. Clausewitz habría podido explicar la suspensión de las hostilidades, según era su inclinación en la juventud,[35] por la debilidad humana, por el temor a las grandes decisiones, por la tendencia de cada uno a sobrestimar las fuerzas del otro y subestimar las propias. En este caso, la suspensión de las hostilidades, posible en la realidad, habría sido contradictoria con la lógica de la guerra ideal. (Cuestión comparable a la de la teoría económica: ¿es posible en teoría un equilibrio sin empleo total?) Afirmando la fuerza desigual del ataque y la defensa, Clausewitz posibilitaba *racionalmente* la suspensión de las hostilidades, aun en la hipótesis de un conocimiento perfecto por ambas partes. La distinción entre la polaridad con respecto a la victoria, querida por ambos bandos, y la no polaridad del ataque y la defensa puede considerarse dialéctica, pero no está inspirada en lo que tiene de específico la dialéctica hegeliana. Más aún, el descenso hasta la observación armada, la limitación de los esfuerzos y los sacrificios resultan del cálculo de la inteligencia, de la relación entre las apuestas, de la probabilidad de triunfo y del costo de la prolongación de la guerra. La reconciliación de voluntades opuestas no pasa por el dominio y la esclavitud, por la venganza del esclavo y la derrota del amo, sino por la paz dictada o negociada. Ambas voluntades concuerdan en un acto común que signa el fin de las hostilidades.

Si Creuziger no tiene dificultades en encontrar a Hegel en Clausewitz, es porque considera el método lógico-conceptual como característica de ambos. Pero si el segundo en efecto utiliza un método de esa clase, los teóricos de la economía también, y no por ello se convierten en discípulos de Hegel. Todo depende de la relación entre los conceptos y la realidad. Esta relación, que hemos estudiado en diversas ocasiones y sobre la cual volveremos más adelante, se presta quizás a interpretaciones diversas. Lo que en cambio no se presta a ninguna duda es que la dualidad de las nociones y la realidad vivida no desemboca jamás en el concepto hegeliano, en el universal concreto. Representaciones, ideas, nociones, sea cual fuere la palabra utilizada, alude siempre a la inteligencia reflexiva, al entendimiento en el sentido kantiano del término o a la inteligencia en el sentido corriente.

Si se quiere encontrar un origen filosófico a la extraña trinidad del primer capítulo, yo pensaría más bien en la tabla kantiana de las categorías. La guerra abstracta se presta a juicios universales porque ella es una, necesaria, siempre semejante a sí misma según su naturaleza. Todos los hombres son mortales, todas las guerras ascienden a los extremos según su naturaleza porque cada beligerante quiere abatir al otro. Todos los hombres son mortales, pero no hay dos hombres idénticos, así como no hay dos guerras reales semejantes en todos los aspectos. La diferencia entre ambos ejemplos salta a la vista: los hombres, pese a su diversidad, conservan el rasgo común de la mortalidad, las guerras reales no conservan *el* rasgo común del ascenso a los extremos, sino *varios* rasgos comu-

[35] Como lo hace parcialmente en el capítulo III, 18.

nes –prueba de voluntad por recurso a la violencia– que no comportan juicios necesarios y se adecuan a la pluralidad de las guerras reales. Pluralidad en cierto modo doble: interna y externa. La diversidad de las guerras reales depende de la diversa proporción con que se mezcla en cada una de ellas la pluralidad de los elementos constitutivos. Cada una de ellas constituye en este sentido una totalidad tanto en lo externo como por su estructura propia. La totalidad que supera unidad y pluralidad no constituye sin embargo una síntesis, incita al espíritu a mantenerse en equilibrio, por así decirlo, entre los tres términos, pasión, libre juego del alma, entendimiento; trátese de explicar teóricamente las manifestaciones cambiantes de *la* guerra, de comprender históricamente *una* guerra o de tomar una decisión en una coyuntura total que jamás se reproducirá con exactitud.

En el sentido en que los historiadores oponen filosofía del entendimiento y filosofía de la Razón *(Vernunft)*, Clausewitz adhiere a la primera línea. Si hay que elegir entre la influencia de Kant o la de Hegel, nadie debería titubear: la de Kant es más verosímil que la de Hegel. Que éste consideraba la guerra un acto político por excelencia, que también él afirmó que no sólo la guerra *depende* de las circunstancias políticas sino que *es* política con las armas, es innegable. Clausewitz no necesitaba las *Lecciones sobre la filosofía del derecho* ni las *Lecciones sobre la filosofía de la historia* para llevar a cabo su reflexión. Màs aún, nada indica que estas lecciones hayan contribuido a la elaboración final después de 1827, cuando la influencia de Hegel ya tendría años de peso. El duelo clausewitziano de los luchadores, por lo demás, no se parece ni al del amo y el esclavo ni a la rivalidad de los pueblos históricos al final de la *Filosofía del derecho*. Los duelistas quieren imponerse recíprocamente su voluntad no para obtener el reconocimiento[36] del enemigo sino para tenerlo a su merced y obtener ventajas. La guerra llevada al extremo no cobra una dignidad moral porque cada cual se mida con la muerte: el ascenso nace de las pasiones desencadenadas, de la magnitud de las apuestas, del fermento revolucionario. La inteligencia proporciona esfuerzos y sacrificios a los beneficios a largo plazo. Obra en función de las batallas simuladas u ofrecidas, así como de las batallas libradas. Limita las ambiciones de los Estados a fin de evitar las coaliciones hostiles, forjadas tarde o temprano por la inquietud que despierta el perturbador o el conquistador. La tendencia al equilibrio europeo, que Clausewitz analiza de pronto en el capítulo VI, 6, la concepción política que él infiere, condenan retrospectivamente a Napoleón, y de antemano a Hitler, cuando no a Guillermo II.

Que Clausewitz no sea hegeliano no prueba aún que sea kantiano. H. Cohen cita algunas frases o expresiones que tienen un tono kantiano. el reino de los espíritus *(Geisterreich)*,[37] e incluso "el mismo espíritu de investigación analítica que crea la teoría debe conducir el quehacer de la crítica" *(das Geschäft der Kritik)*.[38] La comparación entre la clasificación kantiana de los temperamentos en la *Antropología* y la clasificación clausewitziana de los temperamentos en el

[36] La teoría del equilibrio europeo en el capítulo VI, 6 supone Estados que se reconocen mutuamente aun cuando se combaten.

[37] III, 3, p. 191 y p. 166 (357).

[38] II, 3, p. 155 y p. 127 (315).

capítulo sobre el genio guerrero no prueba una influencia directa del filósofo en el oficial sino una familiaridad de éste con el universo intelectual de aquél.[39] Además se trataba de temas corrientes en la época.

¿Leyó Clausewitz el opúsculo de Kant sobre las relaciones entre teoría y práctica?[40] Ciertas expresiones incitan a suponer que sí. La relación entre las reglas y el juicio, el papel atribuido al tacto del juicio, son semejantes en el opúsculo de Kant y el *Tratado*. Pero conviene agregar que estas ideas, especialmente en la literatura estética de la época, no tienen ninguna originalidad. El concepto de *Wechselwirkung*, acción recíproca, pertenece, según sabemos, a la tabla kantiana de las categorías.

Estas observaciones —tal vez podríamos añadir otras—[41] no autorizan sino una conclusión cautelosa y trivial: Clausewitz probablemente conoció, al menos indirectamente, el pensamiento kantiano. ¿Podemos ir más allá y ver en él a un discípulo de Kant, discernir en su sistema la aplicación de un modo kantiano de pensamiento? A mi entender hay muchas más razones dudosas que argumentos en favor de la tesis.

La moral clausewitziana, si se puede emplear este término, no entra de ninguna manera en las categorías de la *Crítica de la razón práctica*. Ciertos Reformadores, especialmente el general H. von Boyen, tenían fama de kantianos, inspirados por la ética del deber, de la obediencia a la ley por respeto a la ley. Clausewitz, como todos los Reformadores, combatía a Napoleón con la convicción de obedecer un imperativo categórico. Gneisenau insistía sobre el carácter ideológico del conflicto, defendía un principio al luchar contra el emperador y los franceses. Pero una vez planteado el imperativo categórico[42] de la resistencia, Clausewitz invocaba motivos puramente políticos. Después de Jena, cuando los patriotas prusianos se preguntaban sobre las razones de su existencia, sobre sus perspectivas para el futuro, las palabras honor y ciudadano vuelven constantemente a la pluma del edecán de príncipe Augusto, prisionero de los franceses, primero en Alemania, luego en Francia. Privado de patria, el individuo está privado simultáneamente de su dignidad. Si el extranjero lo respeta, lo hace por generosidad, no por obligación. Clausewitz sólo puede vivir como ciudadano digno de un Estado digno. La palabra francesa *citoyen* tiene ecos jacobinos, a diferencia del *Bürger* alemán. El "ciudadano" que quiere ser Clausewitz no separa la lealtad a Prusia de la lealtad al rey. El honor de éste se confunde con el del Estado o la patria que encarna. Moral del honor y la consagración a la patria antes que moral del deber, sin que esta moral tenga su fuente en la fe religiosa o siquiera en una metafísica. En este sentido, vale la misma observación para Clausewitz que para Maquiavelo. Tal vez creyentes los dos, en el sentido vago del tér-

[39] Cf. *supra* cap. V y Nota XXXV.

[40] *Obras completas*, ed. Cassirer, Berlín, 1923, t. VI, ps. 355-398. *Ueber den Gemeinspruch: Das mag in det Theorie richtig sein, traugt aber nicht für die Praxis.*

[41] En el capítulo II, 2, Clausewitz opone, como hemos visto, los progresos analíticos realizados por los teóricos que él combate al aspecto sintético, a las prescripciones y las reglas. ¿Se trata de una reminiscencia, por lo demás inexacta, de la oposición entre juicios analíticos y sintéticos?

[42] De estilo gaullista.

mino, el pensamiento de ambos se desarrolla fuera de su fe (posible). Al menos Clausewitz, a diferencia de Maquiavelo, no está resentido con la enseñanza de ninguna iglesia.

Aparentemente nunca compartió las esperanzas que Kant había depositado en la Revolución Francesa y en una política de la razón. Tampoco fue tentado, como Hegel, por la grandeza del héroe que habría unido Europa, aunque fuera bajo la dominación temporaria de Francia. Ajeno a la ilusión lírica del alba revolucionaria, sintió profundamente las emociones que inspiraron los *Discursos a la nación alemana* y el nacionalismo alemán, encendido por y contra Francia. Pensador de la acción, no medita sobre la ley moral ni sobre el destino histórico; deja la primera a los filósofos y el segundo a la Providencia.

¿Puede decirse, pese a todo, que su lenguaje, su vocabulario, son comparables al de Kant o derivan de él? Conviene, al menos, multiplicar las reservas. Con mucha frecuencia confunde "filosófico" con "científico". Al final del parágrafo VIII, 6 A, la consideración filosófica se encuentra en apuros porque el descenso hasta la observación armada sustituye al ascenso a los extremos. En el parágrafo 3 del capítulo I, 1, la fórmula "jamás puede introducirse un principio de moderación en la filosofía de la guerra sin caer en el absurdo" implica el carácter lógicamente necesario del ascenso a los extremos a partir del concepto inicial de la guerra. La filosofía se confunde, en los textos, con el análisis conceptual, con la implicación de la naturaleza de las cosas. Un texto ya citado del capítulo VI, 30 plantea un problema un poco diferente. "La guerra que comporta grandes decisiones no sólo es mucho más simple, sino también más conforme con su naturaleza, más despojada de contradicciones internas, más objetiva, más estructurada por una ley de necesidad interior; por eso la Razón *(Vernunft)* puede prescribirle formas y leyes."[43]

Por una vez Clausewitz emplea el término *Vernunft*, aunque comúnmente utiliza *Verstand*. ¿Eco de la distinción kantiana entre ambos conceptos? Dudo en basar una interpretación sobre el empleo excepcional del término *Vernunft*,[44] donde la razón aparece como legisladora, fuente de necesidad, mientras que el término "entendimiento" sirve para designar la actividad intelectual de todos los actores y en particular del jefe. Pero a mi entender Clausewitz se vale del término *Verstand* o *Intelligenz* tal como lo utilizaba el lenguaje corriente de la época, no en el sentido preciso que le daba Kant.

Otras palabras, en particular *Vorstellung*, son tomadas por Clausewitz en el sentido vulgar y no en el sentido filosófico. La *Vorstellung* designa la idea, la noción en la acepción vaga, en ocasiones el concepto; de ninguna manera evoca la imagen, la representación o lo concreto.

Llegamos así al interrogante decisivo. ¿El método clausewitziano, tal como lo hemos analizado en los capítulos precedentes, la conjunción del concepto y la experiencia, debe algo de pensamiento kantiano? Quien dé una respuesta positiva también deberá admitir que Clausewitz escribe en un estilo filosófico sin com-

[43] VI, 30, p. 598 y ps. 611-612 (857).

[44] Para colmo utiliza corrientemente *vernünftig* sin que se pueda discernir el matiz que expresa la dualidad racional/razonable.

prender nada de filosofía. Pero la misma observación valdría para Montesquieu si procurásemos interpretar el *Espíritu de las leyes* utilizando las categorías kantianas.

## *4. Clausewitz y Montesquieu*

Los intérpretes se han creado sus propios escollos y han creído descubrir contradicciones sorprendentes en el pensamiento de Clausewitz al compararlo con los filósofos del idealismo alemán que fueron sus contemporáneos. De allí los interrogantes: ¿kantiano? ¿fichteano? ¿hegeliano? Ningún intérprete alemán ha dado gran importancia al pasaje de la *Primera nota,* donde Clausewitz indica que el *Espíritu de las leyes* le servía vagamente de modelo. Todos redujeron el alcance de esta alusión; ella se relacionaría exclusivamente con el estilo de la redacción: capítulos cortos, mal eslabonados entre sí, sin organización sistemática. No quiero caer en el exceso contrario y presentar a Clausewitz como discípulo de Montesquieu. Ignoro la influencia que el francés pudo ejercer sobre el prusiano, pero es indudable que Clausewitz leyó mucho más a los escritores militares y políticos que a Kant y Hegel. Los problemas que plantea, los instrumentos que utiliza, derivan de los filósofos del siglo XVIII. Para comprenderlo, el intérprete debe situarlo donde le corresponde, entre los que Meinecke revistó en su libro *Die Entstehung des Historismus,*[45] y no ver en él un lector de Kant y Hegel.

El problema central del *Tratado* y sobre el cual Clausewitz medita al final de su vida, la diversidad de las guerras, el contraste entre la guerra absoluta y la guerra real, es y sigue siendo el de la relación entre las ideas (o los conceptos, o las nociones), por una parte, la realidad concreta, histórica, por la otra. Esta relación entre conceptos y realidad domina la relación entre la consideración racional (o teoría-conocimiento puro) y la enseñanza positiva (o doctrina, instrucciones, etc.). Lo mismo ocurre con Montesquieu: ¿no se han preguntado los intérpretes sobre las consecuencias praxiológicas que es lícito extraer del *Espíritu de las leyes*?

Tanto en uno como en otro, el análisis abstracto o conceptual parte de la noción de *naturaleza;* ahora bien, uno de los sentidos de esta noción se aproxima a lo que hoy día denominamos esencia, o caracteres intrínsecos de una cosa. El espíritu de una institución, de un pueblo, contienen en sí intenciones o expresiones necesarias. El concepto de *naturaleza* o *espíritu* se opone a veces a la diversidad histórica, a veces define la especificidad de una entidad histórica. De allí las dos relaciones del concepto con la historia: o bien la naturaleza de la guerra, la misma a través del tiempo, o bien los tipos históricos, las dos clases de guerra. La experiencia a la que se refiere Clausewitz no tiene nada en común con la experiencia en sentido kantiano, no porque Clausewitz proceda según una epistemología prekantiana, como lo ha sugerido un intérprete reciente,[46] sino porque su

[45] Friedrich Meinecke, *Die Entstehung des Historismus,* Munich y Berlín, R. Oldenbourg, 1936.

[46] Jurg Martin Gabriel ha sostenido una tesis, no publicada sobre Clausewitz en la American University. *Clausewitz Revisited: A Study of his Writings and of the Debate over their Revelance to Deterrence Theory.* Agradezco a Gabriel por haberme hecho llegar su interesante trabajo.

busca se desarrolla en otro nivel. Cuando un economista opone su modelo a la realidad, no designa sin embargo una realidad bruta, no modificada por la subjetividad humana. Piensa en una realidad percibida ingenuamente, no simplificada por la elección de un número escaso de variables.

La experiencia que invoca Clausewitz se confunde, o bien con los acontecimientos históricos (¿cuándo dio la sorpresa estratégica resultados felices?), o bien, en un nivel aún menos elevado de abstracción, con la experiencia vivida del combate. Al final de los *Principios de la enseñanza*; invita a su real alumno a leer relatos de combates escritos por combatientes. La significación de esta problemática, de la cual hemos dado múltiples ejemplos en los capítulos precedentes, se falsea cuando se busca en ella una trasposición o aplicación de la *Crítica de la razón pura*. La ambición de Clausewitz, como la de Montesquieu, como la de todos los sociólogos, es volver la historia inteligible y la acción racional (medios adaptados a los fines). Esta inteligibilidad resulta de un vaivén entre abstracción e historia o concepto y experiencia vivida, típico del método clausewitziano.

Nadie lo habría puesto en duda si la obsesión del kantismo no hubiera sugerido la idea falsa y en verdad absurda de un parentesco entre la guerra absoluta y la cosa en sí, tomando las guerras reales como manifestación fenoménica de la guerra en sí. La guerra absoluta es un concepto-límite, una construcción mental, no tiene ninguna relación con la cosa en sí, susceptible de ser pensada pero no conocida, de Kant. El duelo instantáneo de los luchadores no se proyecta a través del tiempo y el espacio tal como la cosa en sí se proyecta a través de las formas de la sensibilidad, afectando el sentido interno. El procedimiento consiste en aproximarse a la realidad percibida o vivida, enriqueciendo así, paulatinamente, un modelo inicial demasiado pobre.

En síntesis, me parece que Clausewitz pertenece más al siglo XVIII que al siglo XIX. Su pensamiento se formó durante sus años de guarnición en Neu Ruppin, luego en la Escuela de Guerra, bajo la influencia de Scharnhorst. Por sus opiniones políticas, por su visión de la sociedad europea de Estados, sigue siendo fiel a los pensadores de las Luces, aunque, despertado por el trueno de la Revolución, encuentre espontáneamente el acento de la pasión nacional y se transforme en el doctrinario del armamento del pueblo, el defensor de la *Landwehr* de las divisiones de reserva basadas en la conscripción. Su reacción, en 1815, contra la conducta de los prusianos, su admiración por la actitud de los ingleses, atestiguan su fidelidad a la filosofía prerrevolucionaria del sistema europeo.

La utilización de los conceptos naturaleza, espíritu, en la *Estrategia de 1804*, luego en los *Principios de la enseñanza*, no demuestra la influencia directa de Montesquieu, pero revela una manera de pensar que se expresa de manera típica en el *Espíritu de las leyes*. Los cortos capítulos del libro I y del libro III, afirma el mismo Clausewitz, están escritos a la manera de Montesquieu. Lo que parece llevarlo por otra vía es el afán de sistematización, el afán de relacionar todos los conceptos necesarios para la captación del objeto guerra, mientras que el *Espíritu de las leyes* tiene forma de ser una suerte de rapsodia cuyos fragmentos valen más que el conjunto. De hecho, como se ha demostrado hace tiempo, el *Espíritu de las leyes* posee, al igual que el *Tratado*, una estructura interna. Una y

otra obra comportan además las mismas dificultades de interpretación, los mismos equívocos cuando se buscan las implicaciones praxiológicas.

De la obra de Montesquieu se desprenden dos clases de implicaciones. Cada tipo de régimen (república, monarquía, despotismo) exige leyes diferentes. Cada tipo de régimen depende, según un determinismo más o menos probabilista, de factores múltiples: número, clima, espíritu del pueblo, etc. De la naturaleza y del principio de un régimen como de las condiciones históricas, se infieren imperativos condicionales. ¿Pero cómo elegir entre los tipos de régimen? ¿Los imperativos condicionales son fijados por la política o la moral? Si cada régimen resulta necesariamente de las circunstancias, del entorno o del espíritu del pueblo, ¿qué margen le queda a la acción?

Los tipos de guerra se corresponden con los tipos de régimen. La estrategia que conviene a un tipo contradeciría la naturaleza del otro. La elección entre los tipos de guerra no surge de la voluntad soberana de uno u otro beligerante, sino apenas de una decisión común de los dos: la política lleva en sí misma las líneas rectoras de las hostilidades, perfiladas de antemano en el seno de las relaciones intraestatales e interestatales.

La influencia efectiva de Montesquieu, lo repito, me importa poco. Quizá los cuadernos de notas de Clausewitz, hoy perdidos, podrían confirmarla. Pero estoy más que dispuesto a renunciar a la hipótesis de la influencia[47] siempre que se me conceda que hay un parentesco entre los problemas y los métodos. Más seria me parecería la objeción de que la referencia a la naturaleza, al espíritu, la determinación de las finalidades abstractas, se vuelve menos visible en el *Tratado* que en los textos anteriores. ¿El juego de las oposiciones conceptuales, cada vez más dominante, no revela otro origen? Concedo sin rodeos que la tabla kantiana de las categorías o el estilo intelectual de Fichte o Hegel favorecieron la expansión del pensamiento clausewitziano.

La influencia indirecta de Kant pudo pesar sobre él desde la juventud, pero el *Tratado* resulta de la profundización que hizo Clausewitz de los problemas que planteaban sus propias concepciones. Todos los gérmenes de lo que podemos llamar la dialéctica clausewitziana se encuentran en los textos anteriores al *Tratado:* la dialéctica medio-fin en la *Estrategia de 1804*, así como la de guerra y política se esbozaba en la distinción entre fines *en* la guerra y fines *de* la guerra; la dialéctica de la defensiva y la ofensiva está más que delineada en las cartas de 1812 a Gneisenau; la dialéctica de lo material y lo moral, del número y las virtudes guerreras, opone desde un principio al joven oficial y los hacedores de sistemas. Clausewitz pertenece a esa familia de espíritus que encuentran sus temas en la juventud y no han terminado de inventar y orquestar las variaciones cuando mueren. Espíritus ricos en sensibilidad intuitiva y, al mismo tiempo, propensos a la elaboración sistemática de sus intuiciones, dejan una obra que hay que entender en su totalidad, dado que la estructura de la totalidad determina su significación.

47 En una conversación con el profesor W. Hahlweg, el mejor especialista alemán en Clausewitz de la actualidad, me confirmó que él también creía en la influencia de Montesquieu. El único francés que antes de mí leyó realmente a Clausewitz, P. Roques, también entrevió esta influencia.

Lamentablemente, el *Tratado,* que debía ser leído íntegramente, sólo tuvo lectores parciales. Hoy ha encontrado, entre los universitarios, lectores que acceden a seguirlo, aun en sus torpezas. ¿Nos reserva todavía una lección, buena o mala, en la era nuclear? Los odios que suscita y la connotación peyorativa dada a la expresión neoclausewitziano justifican al menos la investigación que emprendo en el segundo libro de esta obra.

# PRIMERA PARTE

Capítulo primero

NOTA I. *Scharnhorst*[1]

Nadie puede poner en duda la influencia que ejerció Scharnhorst en el pensamiento militar de su tiempo y particularmente en Carl von Clausewitz. El respeto, la admiración, el afecto filial que éste sentía por quien llamaba su padre espiritual está testimoniado por sus contemporáneos. También el autor de *Vom Kriege* dio múltiples pruebas de ello; siempre reprochó a su rey no haber reconocido como correspondía los servicios prestados por quien, después de Jena, había contribuido más que nadie a la reconstrucción del Estado y la reforma del ejército prusiano. Escribió un retrato de Scharnhorst, publicado inicialmente por L. von Ranke. Hasta su último aliento, quiso que la grandeza de su maestro fuera célebre. Scharnhorst había sido el primero en discernir las cualidades excepcionales del joven oficial, llegado casi por accidente, sin instrucción y sin blanca, a la Escuela General de Guerra, a la academia militar para oficiales jóvenes. La publicación de las instrucciones de Scharnhorst, redactadas de hecho por Clausewitz, la famosa carta de Gneisenau el día después de la muerte de Scharnhorst, ofrecen pruebas suplementarias.

En cambio, la contribución de Scharnhorst a la formación del pensamiento de Clausewitz constituye un tema de investigación sobre el cual no se ha dicho la última palabra. Me he remitido a los extractos de los escritos de Scharnhorst recopilados por von der Goltz (el futuro mariscal): *Ausgewählte militärischen Schriften, erläutert und mit einer Einleitung versehen*, militärische Klassiker des In- und Auslandes, IV, Berlín, F. Schneider & Co., 1881. El estudio de los textos no permite, salvo con un conocimiento profundo de toda la literatura militar de la época, discernir la originalidad de Scharnhorst y menos aún la deuda de Clausewitz.

En ciertos puntos, dicha deuda se manifiesta con evidencia. Cuando, en su enseñanza al príncipe heredero, Clausewitz recomienda a su alumno que lea relatos concretos, compendios de batallas, y da el ejemplo del relato del sitio de Menin por Scharnhorst,[2] justamente célebre, revela un aspecto del pensamiento clausewitziano que los lectores franceses con frecuencia han ignorado: el gusto por lo real, por los hechos menudos, por los detalles técnicos, el papel de las fortificaciones, los cazadores, las diversas clases de cañón. Los patriotas prusianos de 1813 también conservan el sentido de lo humano, del sufrimiento humano. Nada es más ajeno a Scharnhorst y Clausewitz que la bruma metafísica. Asimismo, Scharnhorst tuvo una conciencia exacta de la importancia de lo que Clausewitz denominó las magnitudes morales y Scharnhorst llama alguna vez "la parte psicológica del arte de la guerra". Esta fórmula (p. 193 de la edición von der Goltz) se encuentra en la introducción al tomo II de los *Militärische Denkwürdigkeiten unserer Zeit*, aparecidos en *Das neue militärische Journal* a partir de 1797. Antes de narrar las campañas de 1793 y 1794, expone las

[1] Gerhard Johann David von Scharnhorst, hannoveriano al servicio del rey de Prusia, a quien el rey dio título de nobleza.

[2] Está reproducido al principio de la edición von der Goltz.

causas generales de las victorias francesas, que él encuentra en la situación física y moral de Francia, por una parte, y en la de las monarquías aliadas, por la otra. En este sentido, a la manera de Clausewitz, pero también de muchos contemporáneos, percibe el lazo entre los acontecimientos militares y la política, entre el nuevo arte de la guerra y la Revolución. En la introducción escribe las líneas siguientes: "La aplicación de principios falsos, inferidos de una interpretación falsa de las causas de las derrotas sufridas, es por cierto tan enojosa como la derrota misma. *El aspecto psicológico del arte de la guerra es por lo demás un terreno muy poco conocido.* A esta circunstancia debemos atribuir el hecho de que la principal utilidad de la historia se pierda enteramente; esta utilidad reside en el conocimiento arduo y no obstante tan fecundo del corazón humano, al cual nada contribuye tanto como el estudio de los acontecimientos que han sido consecuencia de grandes proyectos, con vastas perspectivas". Conocer el corazón humano, instruirse por la historia, restituir la experiencia vivida del combate, todo ello se reencuentra en la obra de Clausewitz.

Poco costaría encontrar muchas otras ideas que han pasado a la obra del teórico, pero en verdad no pertenecen ni al maestro olvidado ni al discípulo célebre: la conciencia de la imprevisibilidad y el deber de no encerrarse en una concepción anticipada y definida de los acontecimientos ("es peligroso hacerse de antemano una idea definida de lo que ocurrirá", ps. 21-22); la tendencia de cada bando a subestimar sus fuerzas y sobrestimar las del adversario ("No hay que olvidar, pese a todas estas observaciones, que en la guerra rara vez se conoce con exactitud la verdadera relación entre las situaciones y siempre pensamos que esta relación nos resulta más desventajosa de lo que en realidad es", p. 54); la necesidad de comprender la psicología del adversario para actuar convenientemente ("sólo conociendo los principios según los cuales procede el enemigo somos capaces de concebir sus principios propios de manera adecuada", p. 262).

Remitiéndonos a lo esencial, nos faltan algunas partes del curso dictado por Scharnhorst en la Academia Militar, en particular los cuadernos de notas no contienen la parte decisiva, relacionada con la estrategia. Sobre dos puntos importantes, los textos autorizan al menos un juicio provisional. Scharnhorst enseñó y escribió sobre un tema que preocupaba a Clausewitz, el de la concentración de las fuerzas. Así, la fórmula siguiente: "Jamás resistir concentrado, pero siempre batirse concentradamente" (p. 262). De Clausewitz a Moltke, la busca de una síntesis entre la división de las fuerzas antes de la batalla y su reunión para la batalla ha permanecido en el centro de la teoría y la práctica estratégica.

Más importante aún es el análisis del ataque y la defensa que encontramos en los cuadernos de notas tomadas por los alumnos de los cursos de Scharnhorst (entre otros, dos cuadernos de puño y letra de Clausewitz). Lamentablemente, tratan más del ataque y la defensa en el nivel de lo que Clausewitz denomina táctica que en el nivel de lo que él denomina estrategia. Pese a todo, se encuentra allí una de las ideas clausewitzianas, a saber: que la defensiva jamás debe ser pasiva (p. 325): "Eso es lo que la defensa nunca debe ser y la primera regla de ésta es no sólo defenderse sino a su vez atacar". ¿Hay que discernir allí, si no la dialéctica clausewitziana de la defensa y el ataque, al menos la idea de la presencia del ataque en la defensa y la defensa en el ataque?

Lo que impide ir más allá de estas observaciones triviales es que la principal contribución de Clausewitz consiste en la elaboración conceptual, la profundización y la organización de temas entre los cuales casi ninguno le pertenece de veras. Scharnhorst parece haber sido el primero de su época que pensó la guerra globalmente, tanto histórica como técnicamente. En este sentido, Clausewitz ha prolongado sus enseñanzas. Pero Scharnhorst no vivió el tiempo suficiente para redactar el tratado que tenía en mente. Según los textos que poseemos, dudamos que hubiera sido capaz de una obra comparable a la de su discípulo.

Abundan biografías de Scharnhorst. La lista figura al final de la selección de los escritos de Scharnhorst realizada por von der Goltz (hasta 1881). Posteriormente, Max Lehmann escribió una biografía en dos tomos (*Scharnhorst,* Leipzig, S. Hirzel, 1886-1887). Por último, en 1953, apareció una obra sobre la literatura consagrada a Scharnhorst (Gerhard Thiele, ed.): *Scharnhorst, der Schöpfer der Volksbewaffnung. Schriften von und über Scharnhorst,* Berlín, Rütten & Loening, 1953.

NOTA II. *Las lecturas de juventud*

¿Cuál fue la formación intelectual de Clausewitz? En lo que concierne a los filósofos, sabemos que siguió los cursos de Kiesewetter, vulgarizador de la filosofía de Kant (*Grundrisse einer allgemeinen Logik nach kantischen Grundsätzen*, Berlín, 1791; *Gedrängter Auszug aus Kants Kritik der reinen Vernunft*, Berlín, 1795, y *Darstellungen der wichtigsten Wahrheiten der kritischen Philosophie*, 2da. ed., Berlín, 1798); nada demuestra que haya leído las obras del mismo Kant. Rothfels, quien tuvo acceso a los archivos, lo habría indicado si hubiera encontrado extractos de las obras de Kant (Clausewitz anotaba en sus cuadernos pasajes de los libros que leía). En cambio, desde 1805, en el momento en que escribió el artículo de *Neue Bellona*, leyó a la mayoría de los escritores militares conocidos en la época. Rothfels[3] apunta los siguientes nombres: Montecuccoli, Feuquières, Santa Cruz, Mauricio de Sajonia, Puységur, Turpin, Guibert, Lloyd, Tempelhoff, Mauvillon, Venturini, Berenhorst, el príncide de Ligne, de Silva. La mayoría de estos autores son mencionados en el *Tratado* o en otro escrito. Clausewitz también había leído una historia de las guerras en la Antigüedad (Nast) y una historia del arte de la guerra (Hoyer).

Los fragmentos publicados por Rothfels en *Carl von Clausewitz, Politik und Krieg*, así como en *Carl von Clausewitz, Politische Schriften und Briefe*, Berlín, 1922, prueban que Clausewitz también había leído obras políticas, al menos Maquiavelo, Montesquieu y los historiadores de las guerras europeas de los siglos XVII y XVIII.

Sin duda enriqueció luego su cultura bajo la influencia de Marie von Brühl, leyó a los poetas, admiró a Schiller. Probablemente leyó también a los autores que trataban de estética, como lo sugiere W. M. Schering. En cambio, nada permite sospechar un conocimiento de Hegel.

NOTA III. *Gneisenau*

Después de la muerte de Scharnhorst, en 1813, Gneisenau se convirtió en el amigo más íntimo de Clausewitz. El mariscal conde August Wilhelm Neithardt von Gneisenau era hijo de padre protestante y madre católica. El padre, sajón, oficial sin fortuna del ejército del Reich, casó con una tal Müller, cuya rica familia se oponía al matrimonio. Su madre siguió al oficial al ejército. El futuro mariscal nació en un campamento, y estuvo a punto de morir pocos días después del nacimiento, si el relato del biógrafo (Pertz) no hace concesiones a la leyenda: su madre agotada habría dejado caer en la ruta al bebé, que un soldado recogió y le entregó. La madre murió poco después y el padre confió el niño a campesinos que lo criaron hasta los nueve años. En ese momento, por una serie de coincidencias, según su biógrafo, los abuelos maternos se enteraron de su existencia, lo mandaron buscar en una carroza que intimidaba al pequeño campesino. Más tarde volvió a ver a su padre.

Entre los patriotas de la resistencia, Gneisenau fue inmediatamente uno de los más apasionados, uno de los más intransigentes en cuanto a Napoleón y los franceses, y también uno de los más "adelantados", uno de los menos prusianos en su conducta e ideas. La biografía en cinco tomos (los tres primeros escritos por Pertz, los dos últimos por Delbrück)[4] y la biografía resumida en dos tomos de Delbrück contienen una cantidad de cartas y memorias que permiten captar la personalidad de Gneisenau.

Este alcanzó la fama luego de la defensa de la plaza de Kolberg en 1807, una proeza que le granjeó la admiración de todos, incluidos los franceses. Mientras él mismo sugiere a su mujer que disimule sus lazos con él por temor a que los oficiales franceses, alojados en su propiedad, no la traten debidamente, estos "inquilinos" expresan por el contrario su respeto a la esposa del héroe.[5]

Los historiadores, hoy, atribuyen a Gneisenau un papel decisivo entre los patriotas.

3 *Politik und Krieg*, Berlín, F. Dümmler, 1920, p. 29.

4 H. G. Pertz y H. Delbrück, *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Neithardt von Gneisenau*, 5 tomos, Berlín, G. Teimer, 1864-1880. H. Delbrück, *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Neithardt von Gneisenau*, 2 tomos, Berlín, Reimer, 1880.

5 Delbrück, t. I, p. 159.

Tanto como Clausewitz o Scharnhorst, más aún que Stein, fue el alma de las conspiraciones, el doctrinario del armamento del pueblo, el enemigo de Napoleón.

Algunas características merecen una atención especial porque anuncian el porvenir. Aunque interpretaba la guerra contra Napoleón como una guerra de principios,[6] profesaba una mezcla de odio y desprecio por los franceses. Mencionaba la noche posterior a la batalla de Waterloo como la más maravillosa de su vida *(die herrlichste Nacht)*.[7] Rehusaba tomar nada de los franceses sin pagar hasta el último céntimo para no deber nada a ese pueblo detestable y detestado.[8] En 1815 llama a la clase dirigente francesa una "aristocracia de criminales". Reclamaba la entrega y ejecución de Bonaparte, "tal como lo exige la justicia eterna" (t. IV, p. 542). La responsabilidad de Bonaparte no excluía la de los franceses. "El mundo exige seguridad contra el espíritu revoltoso de un pueblo malvado pero capaz y valeroso *(eines schlechten aber fähigen und tapferen Volkes)* y lo exige con pleno derecho. Desdicha y vergüenza a quienes no aprovechen esta oportunidad única para garantizar la seguridad de Bélgica, de Prusia, de Alemania en los tiempos venideros" (Pertz, t. IV, p. 529).

No sólo la pasión inspiraba la hostilidad de Gneisenau contra la moderación de Wellington. Comprendía que los intereses de Inglaterra no coincidían necesariamente con los de Alemania pese a la Bella Alianza, nombre dado a la batalla de Waterloo. "Ningún Estado debe tanto reconocimiento a este bribón *(Bösewicht)* como Inglaterra. Los ingleses ya son dueños de la mar y no tienen ningún rival temible en este dominio ni el comercio mundial" (Pertz, IV, p. 544). Las exigencias de los generales alemanes (volar los monumentos que evocaban las victorias francesas, exigir el máximo de contribuciones), su indisciplina con respecto a su soberano, inspiraban a Wellington un juicio severo sobre Prusia; ¿no sería un organismo aún más corrompido que la misma Francia, dado que era inútil buscar en ese Estado una autoridad? (Delbrück, t. II, p. 312 y ss.).

Por otra parte, Gneisenau no se parece en nada al militar fanático, ni siquiera al viejo Blücher, al general férreo ni al soldado brutal. Hombre de cultura, escribe en una bella lengua, ágil, precisa, a veces lírica. En una memoria de 1811, se leen las líneas siguientes: "Los tronos y Estados no siempre han sido salvados por los ejércitos permanentes; con harta frecuencia fue el amor que profesa un pueblo por quienes lo gobiernan (. . .) Religión, deber, amor por quienes gobiernan, amor a la patria, no son otra cosa que poesía; sin un sentimiento poético, no hay movimiento del corazón. Quien sólo actúa por el frío cálculo, se convierte en un loco egoísta. La seguridad del trono se basa en la poesía" (Pertz, II, p. 193).

Durante los años de lucha, Gneisenau expresó en sus cartas y memorias, con el máximo de energía, las tres ideas-fuerza de los patriotas: Francia debe sus triunfos a la Revolución; por lo tanto, hay que emular las reformas que pondrán a Prusia y Alemania en el nivel histórico de su enemiga. Ante este enemigo —Francia y Napoleón— no hay que recular por nada del mundo.

En julio de 1807 escribe: "La Revolución despertó todas las fuerzas y dio a cada una de ellas un campo de acción apropiado. Así los héroes se elevaron a la cumbre de la jerarquía militar, los hombres de Estado a los puestos superiores de la administración y, por último, a la cabeza de un gran pueblo, salió de él el hombre más grande" (Pertz, I, p. 301). En función de este diagnóstico, Gneisenau reclamaba con pasión reformas liberales, un ejército de ciudadanos, todos con derecho a llegar a los grados más altos, exentos de los castigos corporales (cf. por ejemplo Pertz, t. I, p. 385 y ss.). Simultáneamente, predicaba al zar Alejandro la táctica de la tierra quemada (Pertz, II, ps. 285-308). "Uno de los medios más seguros de provocar la perdición del enemigo consiste en privarlo de todo medio de avituallamiento en la zona del país que le cedemos; pero es absolutamente necesario no dejarse disuadir por con-

[6] Escribía: "El mundo se divide en dos bandos: quienes por voluntad o por fuerza sirven a la ambición de Bonaparte y quienes la combaten; de modo que no nos dividen los territorios ni las fronteras sino los principios", citado por Fr. Meipecke, *Das Zeitalter der deutschen Erhebung*, Bielefeld, 1906, p. 119.

[7] Pertz, t. IV, carta del 24 de junio de 1815 a Marie von Clausewitz, "la luna aclaraba la bella escena, la temperatura era templada".

[8] *Ibid.* t. II, ps. 257-258.

sideraciones humanitarias de las medidas indispensables para alcanzar este fin." Toda relación con el enemigo debe asimilarse a la alta traición.

El rechazo de toda restricción a la violencia, característico de las guerras populares, se manifiesta en los escritos de un hombre, una personalidad cultivada y liberal. Esta conjunción sigue siendo típica del siglo XX. Gneisenau había comprendido que Napoleón apostaba a las campañas cortas, las guerras relámpago; obligarlo a una campaña prolongada ya equivalía a una victoria moral.

¿Por qué Gneisenau fue insensible, después de Waterloo, a los sentimientos y argumentos que determinaron la actividad de Clausewitz? ¿Por qué el odio por los franceses y el deseo de volar la columna Vendôme o el puente de Jena? Los dos hombres tenían caracteres muy diferentes: Gneisenau, extravertido, como diríamos hoy, brillante, feliz aun cuando recorría Europa (Rusia, Suecia, Inglaterra) para movilizar fuerzas contra Napoleón; Clausewitz, meditabundo, dado a la melancolía, siempre a la sombra de un padre, Scharnhorst o Gneisenau, incapaz, según su propio testimonio (Delbrück, II, ps. 322-324), de expresar su admiración o defender sus intereses cara a cara. ¿El mismo conservadurismo, el mismo respeto por la jerarquía y las gradaciones sutiles de la vida pública (Pertz, V, p. 371) incitaban a Clausewitz a no exigir demasiado para sí y no exigir demasiado a la Francia derrotada? El mismo dinamismo, la misma pasión impetuosa animaban a Gneisenau en el combate contra el tirano y después de la victoria. Conjunción, entre los patriotas de 1814-1815, de las pasiones populares y la eficacia militar: ya estaba sembrada la semilla de las catástrofes del siglo XX. La sabiduría de los diplomáticos concedió a Europa el intervalo del siglo XIX.

NOTA IV. *La* Landwehr *o reserva territorial*

La palabra *Landwehr* se utilizó a lo largo del siglo XIX para designar realidades muy diferentes. La *Landwehr* siempre se contrapuso a la *Stehendes Heer* o ejército permanente o activo. Prusia, Estado de los Hohenzollern, se elevó al primer rango en Europa, en el siglo XVIII, consagrando a su ejército un porcentaje, enorme del presupuesto (entre 5 y 6 millones de táleros contra un millón para otros expendios, alrededor de 1710-1730). El reglamento de 1727 (Federico Guillermo I) había dividido el territorio prusiano en cantones o distritos, y cada cual suministraba hombres a determinado regimiento. En teoría, todos los hombres aptos debían sus servicios al soberano, al principio para toda la vida; luego, bajo el sucesor de Federico II, por 10 o 12 años. Pero el sistema, de hecho, no se parecía en nada a la conscripción. La clase media estaba exenta del servicio y las clases inferiores de la sociedad, campesinos, trabajadores agrícolas, artesanos pobres, suministraban los reclutas. Aun si en 1806 menos de la mitad de quienes teóricamente podían ser enrolados lo estaban de hecho (H. Rosinski, *The German Army*, Londres, Pall Mall, 1939, p. 26), el sistema de cantones aseguraba una reserva de "material humano" y, como consecuencia del arraigo territorial de los ejércitos, una mayor coherencia de la tropa y menor tendencia a la deserción.

Prusia, a la manera de los otros Estados principescos o monárquicos, también reclutaba soldados en el extranjero. En 1711, los extranjeros bajo las enseñas prusianas sumaban 26.000, contra 50.000 súbditos del rey. En 1751, bajo Federico II, la proporción se había invertido: 50.000 prusianos en un ejército de 132.000 hombres en total.

Los Reformadores, los patriotas, no podían ni querían introducir la conscripción, cuyo ejemplo había dado la Revolución Francesa, ni volver al antiguo sistema de cantones. La burguesía, las familias cultas, no habrían aceptado que sus hijos sirvieran entre soldados que el mismo Federico II, al final de su vida, tildaba despectivamente de *canaille*. Scharnhorst pensaba al principio en la creación, por una parte, de un ejército permanente en el cual servirían todos los ciudadanos de 18 a 30 años que no pudieran equiparse por su cuenta y, por la otra, un ejército de reserva o milicia provincial *(Landwehr)* que comprendería a todos los hombres capaces de equiparse, entrenarse y financiarse el mantenimiento. Esta milicia provincial, organizada del mismo modo que el ejército regular, habría estado en el mismo plano que este último. De hecho, la caída de Stein y el retiro de Scharnhorst impidieron la aplicación de este plan.

La *Landwehr* de 1813 era improvisada. Mientras que el ejército permanente, gracias a los hombres entrenados entre 1807 y 1813, llegó a 100.000 hombres, una especie de movilización general permitió acrecentar los efectivos prusianos hasta un total de 300.000 hombres, incluyendo las milicias territoriales o *Landwehr*, a saber: las unidades, de estructura similar a las del ejército regular, compuestas por burgueses, hombres que en su mayoría no habían recibido formación en el ejército regular.

La *Landwehr* de 1815, organizada por V. Boyen, entonces ministro de Guerra, es diferente de la *Landwehr* improvisada de 1813, cuyas hazañas aparentemente fueron exageradas por la leyenda. El ejército permanente debía comprender a los hombres de 20 a 23 años, reforzados en caso de movilización por las clases de 24 y 25 años. Los reservistas entrenados servían en la *Landwehr* de los 26 a 32 años. Esta, ejército de reserva, conservaba carácter de milicia a causa de la localización de cada unidad en una región dada y de los arsenales donde se encontraban depositadas las armas. En 1819 los reaccionarios prevalecieron sobre Boyen y Grolman, quienes abandonaron el ejército; la *Landwehr* fue reducida y algunas divisiones fueron integradas al ejército permanente.

El problema de la *Landwehr* y la reorganización del ejército provocó la crisis de 1859 y la llegada al poder de Bismarck. Pese al principio del servicio obligatorio, el contingente anual seguía siendo de 40.000 hombres, mientras que la clase por edad se elevaba ya a 155.000 hombres. Hombres maduros continuaban sirviendo en tanto que los jóvenes rehuían el servicio. El príncipe regente, el futuro emperador Guillermo I, propuso entonces suprimir la dualidad entre "ejército permanente" y "milicia territorial". El ejército permanente sería reforzado, llevando el contingente anual de 40.000 a 63.000 hombres y el número de clases reservistas a 5 en vez de 2; la *Landwehr* sólo conservaría cuatro clases (de los 29 a los 32 años) en vez de 7.

Esta reforma suscitó el conflicto con el *Landtag* (o parlamento prusiano) porque la *Landwehr* reclutaba sus oficiales en las clases medias, mientras que el cuerpo de oficiales prusianos tenía fama de apoyar a la reacción. Bismarck impuso la reforma sin el acuerdo del *Landtag*, que se retractó enseguida, impresionado por las victoiras obtenidas por Prusia.

NOTA V. *Clausewitz y Tolstoi*

Las relaciones entre Clausewitz y Tolstoi han sido objeto de muchos estudios. Sólo citaré dos, recientes, uno de Alexis Philonenko, "Tolstoí et Clausewitz", en *Etudes polémologiques*, Nº 3, enero de 1972, el otro de Anatole Rappoport, "Tolstoi und Clausewitz, Zwei Konfliktmodelle und ihre Abwandlungen", en *Friedensforschung*, Kiepenheuer & Witsch, Colonia, Berlín, 1968.[9]

Los dos autores comparan la filosofía de la historia y de la guerra del estratega y del novelista. Sir Isaiah Berlin también consagró un pequeño libro a la filosofía de la historia de Tolstoi, *The Hedgehog and the Fox*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1953. Confieso, para mi vergüenza, que pertenezco a esa categoría de admiradores de Tolstoi novelista que no pueden tomar del todo en serio a Tolstoi filósofo, aunque no dudo que el novelista sí tenía en mucho sus ideas filosóficas.

Sir Isaiah Berlin trata sobre la influencia de Proudhon, Joseph de Maistre, Schopenhauer sobre Tolstoi, sobre la oposición radical a Hegel. Excedería los límites de esta breve nota si me internara en ese terreno. Quisiera atenerme al diálogo Clausewitz-Tolstoi, suponiendo que se pueda determinar la realidad, la significación de dicho diálogo.

Ante todo deseo mencionar una influencia sobre Tolstoi, que a mi entender los historiadores en general han pasado por alto: la del mismo Clausewitz, o más exactamente, la del relato de la campaña de Rusia hecho por el oficial prusiano. Clausewitz aparece en la novela en el capítulo III, 2, 25 en compañía de Wolzogen. Este le dice: *Der Krieg muss in Raum verlegt werden. Der Ansicht kann ich nicht genug Press geben.* Y Clausewitz responde: *Ja, der Zwek ist nur den Feind zu schwächen, so kann man gewiss nicht den Verlust der Privat-Personen in Achtung nehmen.*[10] Tolstoi sugiere insidiosamente la cínica indife-

[9] Versión alemana de un artículo aparecido en la revista *Atomzeitalter*, 9.

[10] "La guerra debe ser extendida en el espacio. Nunca se dará a esta opinión el crédito que merece – Sí, la meta es sólo debilitar al enemigo, de modo que por cierto no podemos tomar en cuenta los perjuicios sufridos por los civiles.

rencia de los oficiales alemanes ante los sufrimientos de los rusos. Injustamente, por cierto, pues la retirada ante los invasores constituye el mejor medio de debilitar al ejército francés y en definitiva ganar la guerra, e incluso quizá de reducir las pérdidas en vidas humanas.

Esta breve aparición de Clausewitz en la novela no demuestra que Tolstoi haya leído el relato de Clausewitz. Lo que me convence de ello es el retrato de Phüll[11] en el capítulo III, 1, 10. Tolstoi lo presenta en el mismo estilo de Clausewitz, como el ejemplo caricaturesco del teórico que sólo Alemania podría producir. "Phüll era uno de esos seres a quienes una confianza desesperada de sus ideas puede llevar hasta el martirio mismo, y que sólo se encuentra en Alemania, porque sólo los alemanes basan su seguridad en una idea abstracta, la ciencia, es decir el presunto conocimiento de la verdad absoluta." El encuentro de Clausewitz y Tolstoi me parece más revelador aún en el juicio moral que le merece el teórico obstinado (III, 1, 11): "La simpatía del príncipe André se dirigía enteramente a Phüll. Entre todos los consejeros, este hombre irascible, de tono perentorio y descabelladamente seguro de sí, era el único que obviamente no deseaba nada para sí mismo, no le guardaba rencor a nadie; sólo quería una cosa, hacer ejecutar un plan, establecido según una teoría cuya elaboración le había demandado años de estudio".[12] También Clausewitz rinde homenaje al desinterés, a la generosidad de su jefe temporario, aunque condene al estratega de salón y al teórico a la Bülow.

Tolstoi ridiculiza a "Phüll y otros teóricos persuadidos de la existencia de una ciencia de la guerra, que descansá sobre leyes inamovibles, tales como el movimiento oblicuo, el envolvimiento del enemigo".[13] Clausewitz también se burla de ellos y presenta la retirada hacia el interior del país como lo hace el novelista, no como objeto de una decisión tomada conscientemente en la cumbre sino como consecuencia involuntaria de titubeos y desacuerdos entre los dirigentes.

Asimismo, la descripción de la batalla de Borodino por el novelista no difiere, en lo esencial, de la descripción de Clausewitz. En el capítulo V, 3 del *Tratado* elige esta batalla como ejemplo de un choque entre fuerzas iguales, sin que aparezca un solo rasgo de arte superior o inteligencia. Por último, ambos repiten que la moral de los hombres influye poderosamente en el resultado de los combates.

Tolstoi se opone ante todo a Hegel. ¿En qué medida se opone al autor de *Vom Kriege?* La oposición se centra en aquella entre lo infinitesimal y la totalidad: en el capítulo III, 3, 1 de *Guerra y Paz* leemos la elaboración rigurosa, casi matemática de la teoría histórica del novelista. "La nueva rama de la matemática que ha descubierto el arte de operar con lo infinitamente pequeño da ahora respuesta a preguntas consideradas insolubles, aun en problemas mucho más complejos de dinámica. Esta nueva rama de la matemática, desconocida en la Antigüedad, al introducir lo infinitamente pequeño en el estudio de la dinámica, restablece la condición fundamental del movimiento, es decir su absoluta continuidad, y corrige así el error inevitable, que la inteligencia no puede cometer cuando reemplaza un movimiento continuo por unidades discontinuas de movimiento. En la investigación de las leyes de la historia ocurre exactamente lo mismo."[14]

Un texto de este orden sugiere a la vez la idea bergsoniana —la inteligencia, incapaz de captar la continuidad del movimiento, se afana por reconstituir, pero en vano, por la suma de unidades individuales— y la idea de Stendhal —la realidad auténtica de la historia es el caos de actos individuales al cual el historiador otorga luego una textura inteligible—. "La marcha de la historia determinada por una cantidad de innumerables voluntades individuales es un movimiento continuo."[15] Clausewitz está lejos de negar la distancia entre la representación que los estudiosos se hacen de la batalla y la experiencia vivida. Los capítulos 3 a 7 del libro I, los conceptos de fricción, de azar, procuran recordar al teórico esa distancia inevitable, pero el novelista llega a una conclusión que el estratega rechaza. "La actividad de

[11] En la édición de La Pléiade escriben Pfuel.

[12] III, 1, 11, p. 839 (ed. Pléiade).

[13] *Ibid.*, p. 828. Tolstoi se equivoca al presentar a Phüll como partidario de la retirada.

[14] *Ibid.* 1069-1070.

[15] *Ibid.* p. 1070.

un general en jefe no tiene absolutamente nada en común con lo que imaginamos, sentados tranquilamente en un gabinete, cuando estudiamos una campaña en un mapa, con un número conocido de soldados en ambos bandos, en un terreno conocido, al iniciar en un momento determinado nuestros conocimientos estratégicos."[16] Hasta allí Clausewitz no tendría nada que objetar. "Un comandante en jefe nunca está en situación de aprehender la significación de los acontecimientos a punto de realizarse. El acontecimiento se realiza y cobra significación paulatinamente; y en cada uno de los instantes de esta progresión ininterrumpida que lo lleva a destacarse en relieve, el comandante en jefe se encuentra en el centro de un juego complejo de intrigas, preocupaciones, sujeciones, órdenes autoritarias, proyectos, consejos, amenazas, engaños, y se ve constantemente obligado a responder a una cantidad innumerable de preguntas siempre contradictorias."[17] Sobre el fondo de esta confusión inevitable, el genio guerrero se destaca en relieve. Este puñado de acontecimientos constituye efectivamente la experiencia vivida, pero la realidad verdadera, histórica, inteligible, se organiza en totalidades. La inteligencia del jefe aprehende el conjunto de la situación y la voluntad decide en medio de la incertidumbre y el riesgo. Ni Tolstoi ni Clausewitz hacen concesiones al embellecimiento de la realidad, pero uno infiere la nulidad de quienes creen forzar el destino y el otro la grandeza del héroe.

El héroe de Clausewitz no se confunde con el de Hegel ni con el de Tolstoi. En el capítulo IV, 5 (p. 1426), Tolstoi replica a un pasaje célebre de la *Filosofía de la historia* en las líneas siguientes: "No puede haber gran hombre para su propio valet porque el valet tiene su propia manera de comprender la grandeza", eco irónico de la frase de Hegel: "No hay héroe para un valet es un proverbio conocido; yo he añadido —y Goethe lo repitió diez años más tarde—: no porque éste no sea un héroe sino porque aquél es un valet". Tolstoi niega la grandeza del héroe histórico porque no conoce grandeza sin moralidad o incluso porque la única grandeza verdadera es moral. Habría suscrito la fórmula de Simone Weil: ¿quién puede admirar a Alejandro con toda el alma si no tiene un alma vil?

Clausewitz no toma partido entre Tolstoi y Hegel, entre la grandeza moral y la grandeza amoral del héroe. En el *Tratado* no elimina los defectos personales de los héroes, ni los de Federico ni los de Bonaparte. El genio guerrero es un artista, y en este sentido un creador que no se reduce a un instrumento del destino. Pero tanto Tolstoi como Hegel ven en el héroe histórico al realizador inconsciente de la Razón en la historia; el primero va mucho más lejos que el segundo, puesto que le niega toda eficacia. "Aunque sus actos emanan de su libre arbitrio, no hay uno que sea voluntario en el sentido histórico de la palabra, sino que todos están ligados a la marcha general de la historia y determinados desde la eternidad" (III, 1, 1, p. 795). "No se puede decir de la actividad de Alejandro I, como tampoco de la de Napoleón, que haya sido útil o superflua si no se puede explicar en qué consiste" (Epílogo, I, 1, 1, p. 1487). Clausewitz jamás habría escrito nada semejante. Quizá la frase siguiente, más tolstoiana, sea la más anticlausewitziana: "Admitir que la vida de la humanidad pueda ser dirigida por la razón es negar toda posibilidad de vida" (Epílogo, I, 1, p. 1488). Siempre que se entienda por razón *Verstand* o *Intelligenz* y no *Vernunft*, Clausewitz define al héroe por el esfuerzo para dominar, cuando no superar, el azar y la fricción. a medio camino entre el escepticismo de Tolstoi, que se abandona al fatalismo, y la fe de Hegel en el reinado de la Razón en la Historia.

¿Es preciso reprochar a Clausewitz que alimentara la ilusión de que la guerra se deja aprehender según el paradigma de un juego, del cálculo estratégico, utilitario, racionalista? No creo que Clausewitz nos ofrezca un paradigma de la guerra que pueda confundirse con una filosofía de la historia. Reconoce que las guerras de la Revolución y el Imperio han tenido por causa tensiones sociales y pasiones populares que escapaban a la voluntad e incluso a la comprensión de los dirigentes. Pero el gran guerrero, a la vez jefe político y militar, capta intuitivamente la integridad, la totalidad, y actúa en función de esta visión abarcadora. ¿Las observaciones de Tolstoi, en el capítulo 2 de la primera parte del Epílogo, van dirigidas contra Clausewitz? ¿Piensa en él al criticar las nociones de azar y genio, tal como cree Philonenko? Es posible, aunque no estoy seguro. Por cierto Tolstoi niega al héroe

[16] *Ibid.* p. 1075.

[17] *Ibid.*, p. 1075.

mismo la capacidad limitada de acción que le concede Clausewitz, pero niega los conceptos de azar y genio en cuanto le sugieren una oposición: por una parte, el azar; por la otra, el genio. Tolstoi sólo ve azar por doquier y Napoléon surge enteramente del azar, tanto él como Alejandro o César, es decir las personalidades históricas que menciona Hegel. Pero aunque Federico aparezca en el *Tratado* como un verdadero héroe, ¿hasta tal punto es Clausewitz el blanco de la mordacidad de Tolstoi? O, al menos, Clausewitz no es el anti-Tolstoi sino en la medida en que éste no niega solamente la Razón en la Historia sino que se refugia en el fatalismo y, negando todo papel a la voluntad humana, desemboca en un determinismo ciego, evoca leyes que presiden la vida de los pueblos y sus movimientos de flujo y reflujo. No sin erigir a su vez un héroe histórico, aunque colectivo: el pueblo ruso.

NOTA VI. *Los patriotas prusianos en 1815*

En el libro de G. Ritter, *Staatskinst und Kriegshandwerk,*[18] t. I, capítulo 4, ps. 97-124, se encontrará un relato de las querellas entre los patriotas prusianos y los diplomáticos de la coalición, Wellington, Metternich y por último el mismo zar cuando se transformó en protector de Francia, quizá por razones de Estado, para no dejar a Prusia y Austria una excesiva libertad de maniobra.

G. Ritter observa con justicia que la actitud noble, la del vencedor generoso, le sentaba mucho más a Wellington, en la medida en que Inglaterra no había conocido las mismas humillaciones que Prusia, que salía de la guerra con su poder acrecentado y tenía cierto interés en conservar la integridad del territorio francés. Más aún —argumento menos convincente—, Prusia debía contar con la hostilidad de Francia mientras que Inglaterra esperaba con justicia la reconciliación. La aristocracia inglesa, que restauraba a los Borbones, rehusaba privarlos de antemano de toda autoridad mediante la amputación del territorio francés.

Los "patriotas" alemanes, especialmente Blücher y Gneisenau, sentían por Francia un odio que los franceses, durante las guerras de la Revolución y el Imperio, jamás habían sentido por los alemanes[19] o los prusianos. Estos deseaban gozar a su vez de las alegrías del triunfo, desfilar por las calles de París como las tropas de Napoleón habían desfilado por las de Berlín. Gneisenau le escribía a Stein el 9 de enero de 1814: "Debemos pagar a los franceses con la misma moneda, visitar sus ciudades como ellos visitaron las nuestras. En tanto ese acontecimiento no se haya producido, la venganza y el triunfo no estarán completos. Si el ejército de Silesia llega primero a París, haré volar de inmediato los puentes de Jena y Austerlitz al mismo tiempo que los monumentos erigidos para evocar sus victorias".[20]

Este odio, que de hecho se avenía mal con la interpretación de la guerra como una "guerra de principios", inspiraba a Gneisenau proyectos extravagantes, por ejemplo la destrucción de la unidad misma de Francia, la división del país en un Estado borbónico y un Estado napoleónico, en guerra permanente uno contra el otro. Clausewitz no adhería a esta visión de la paz futura[21] (Pertz-Delbrück, IV, 322).

Después de la campaña de 1815 el furor de los "patriotas", militares, pero también políticos, estalló plenamente y provocó no sólo querellas entre aliados sino disensiones entre ellos mismos. A las primeras solicitudes de armisticio de los franceses, Blücher replicó con exigencias destinadas a obtener por adelantado lo que quizá le rehusaban los soberanos: ejecución o al menos entrega del emperador, rendición de todas las plazas fuertes del Sambre, el Mosa y el Mosela, evacuación de todo el territorio francés hasta el Marne. Pronto redobló sus condiciones: París, Laon, Soissons y la Fère también serían entregadas. Gneisenau se creía el instrumento de la providencia divina al castigar a ese pueblo "ligero y arrogante". Soñaba con la ejecución de Napoleón en el mismo sitio donde habían ejecutado al duque de

[18] Munich, Oldenbourg, 1959.

[19] Uno de los defectos del libro de G. Ritter, por otra parte notable, es no comprender mejor los sentimientos de los franceses en 1918 tras haber comprendido bien los sentimientos de los patriotas alemanes en 1815.

[20] Citado por G. Ritter, t. I, p. 111.

[21] H. G. Pertz y H. Delbrück, *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Neithardt von Gneisenau,* Berlín, 1864-1880, t. IV. p. 322.

Enghien. La ciudad de París debía pagar una contribución de 160 millones, suministrar equipo para un ejército de 100.000 hombres con sus caballos, pagar dos meses de sueldo al ejército y dar el dinero necesario a los oficiales. También se cobraron contribuciones en las provincias. Prefectos o banqueros que se negaron a obedecer fueron encarcelados y, según Ritter, a veces trasladados como rehenes a prisiones alemanas.

El rey de Prusia se opuso enérgicamente a sus generales. Trató de reducir las contribuciones que reclamaba Blücher. Este, deseoso de conseguir la ocupación duradera de las plazas fuertes, amenazaba con tomarlas por asalto.

Estas querellas han sido interpretadas de dos maneras. Ciertos historiadores han visto en ellas, ante todo, la ceguera de generales en conflicto con el poder civil, en especial el mismo monarca; otros han enfatizado el contraste entre la pasión, típica de las guerras populares, que anima a los patriotas, Blücher y Gneisenau, y la razón política que limitaba las guerras de gabinete y que los diplomáticos –soberanos y ministros– se esforzaban por salvaguardar. Clausewitz pertenece al partido de los patriotas, pero, una vez obtenida la victoria, se opone a Gneisenau y vuelve al partido de la razón política. ¿Por nobleza de alma? ¿Por lucidez histórica? ¿A causa de la posición inferior que ocupa, lejos de los lugares donde se discute y decide la gran política? Cada cual elegirá su interpretación: yo elijo las dos primeras.

NOTA VII. *El régimen militar de Prusia*

Otro artículo *Uber unsere Kriegsverfassung*[22] dataría del mismo período, del momento en que los Reformadores Boyen y Grolman ofrecieron su dimisión a causa de la reorganización de la *Landwehr* (1819). Los dos artículos en cierta medida se complementan porque el artículo corto, *Uber die Vortheile und Nachtheile der Landwehr,* trata casi exclusivamente del debate político (¿hasta qué punto el armamento del pueblo pone en peligro el régimen?), que el otro trata brevemente, en dos páginas (ps. 65-67), mientras que se esfuerza largamente por demostrar la superioridad del sistema de la *Landwehr* en tanto que suministra más combatientes por la misma suma de dinero. Se notará que una fórmula utilizada por Clausewitz en una carta a Gneisenau (9 de setiembre de 1824, Pertz-Delbrück, t. V, ps. 503-504) es empleada en el artículo: las expensas civiles serían en cierto modo los gastos accesorios del presupuesto militar, considerado como necesario para la función principal del Estado, a saber: la defensa de la colectividad con respecto a las otras.

La tesis de Clausewitz, varias veces expresada, se basa en argumentos clásicos. Prusia se ha elevado al rango de gran potencia pese a un territorio más reducido y una población menos numerosa porque gastó relativamente más en su ejército. Federico II disponía de 200.000 soldados con una población de 5 millones de almas. Si se mantuviera la misma proporción, la Prusia de 11 millones de almas debería disponer de 400.000 soldados (p. 46). A continuación se esfuerza por mostrar que el Estado prusiano gasta demasiado en la administración civil y se opone a los escritores, para quienes el presupuesto militar constituye el equivalente de los gastos accesorios. Replica: "Inversamente, podría afirmarse que las sumas que los súbditos destinan a mantener la unidad del Estado están destinadas a la cosa principal, a saber: proteger esta unidad contra otras unidades de la misma especie; en una palabra, que la causa principal de la colectividad estatal es la protección contra un enemigo exterior" (p. 49). Por lo tanto, el presupuesto civil representaría los gastos accesorios y el presupuesto militar lo esencial. Añadamos que Clausewitz no adjudica mucho valor a esta deducción y la presenta sólo para aclarar el "desplazamiento del punto de vista" del que serían culpables los otros.

La comparación entre el sistema de la licencia y el sistema de la *Landwehr* sólo presenta hoy, en sus detalles, un interés histórico. Los hombres instruidos, que no sirven en el ejército permanente o activo *(stehendes Heer),* ¿deben estar en disponibilidad o licencia *(Beurbelaubte)* o pertenecer a la *Landwehr*? El primer término de la alternativa constituía el sistema antiguo; el segundo el nuevo, introducido en 1815. Clausewitz se declara a favor de este último porque garantiza un ejército más numeroso con menos gastos. El sistema antiguo

[22] Publicado en el cuaderno 7 (1858) de la *Zeitschrift für Kunst, Wissenschaft und Geschichte des Krieges.*

exige períodos frecuentes donde el soldado, que vuelve a ser un trabajador, regresa a su familia y su empleo. Exige un cuerpo de oficiales más numeroso, con pago permanente. El antiguo sistema costaría dos millones más y daría 60.000 hombres menos (p. 55).

Estos argumentos económicos sin embargo tienen menos peso para Clausewitz, aparentemente, que el argumento moral o político: la *Landwehr*, institución de la provincia, hace penetrar el espíritu militar en el pueblo entero, mientras que el sistema de licencias es una institución del Estado y contribuye a separar el ejército del pueblo. "Con los mismos gastos, contar en tiempos de guerra con una potencia mayor, e incluso mucho mayor, una potencia ilimitada, imbuir al pueblo entero de espíritu militar, mezclar uno con el otro y confundir la clase de los soldados con la clase de los campesinos *(Wehr- und Nährstand)*, lanzar en una guerra de defensa todo el peso de la masa popular, tales son las ventajas principales del sistema de la *Landwehr*. . ." (p. 58). Aquí se imponen dos observaciones: Clausewitz habla de guerra de defensa no por hipocresía, para disfrazar ambiciones de conquista, sino para recordar la catástrofe de 1806, para anticiparse al porvenir: potencia intermedia, Prusia debe armar al pueblo entero para resistir a los dos colosos que siempre la amenazarán del Este y el Oeste. Y concluye el artículo: "¿Hay que temer al propio pueblo más que a estos dos colosos?" (p. 67).

En segundo lugar evoca las guerras "vueltas a la fuerza original de su elemento de violencia" *(Zur seiner Urkraft des rohen Elements zurückgekerhrte Kriege)*. Podemos alegar que, en este escrito de circunstancias, no tiene motivos para contemplar, como lo hace en el *Tratado*, la eventualidad de la guerra atenuada, domesticada. Lo cierto es que a Clausewitz hombre de acción le preocupan menos que al autor del *Tratado* los matices y la filosofía de la historia. Está obsesionado por las amenazas que se ciernen sobre Prusia en razón de su situación geográfica.

El sistema de la *Landwehr*, o reserva territorial o provincial, comportaba un servicio más largo, en teoría un servicio universal, y después de tres años, la integración a formaciones provinciales, con un cuerpo de oficiales compuesto no por oficiales activos permanentemente bajo bandera sino de oficiales de reserva, por así llamarlos, notables burgueses y nobles. El sistema que Clausewitz llamaba nuevo se topaba con las objeciones de los conservadores o reaccionarios: burgueses y nobles no querían que sus hijos sirvieran junto a hombres del pueblo, campesinos u obreros de aldea. Clausewitz defiende el principio del servicio militar obligatorio alegando que el número de nobles expuestos a codearse con los paisanos sería ridículo. Una vez más se muestra reformador, es decir hostil a la supervivencia de las instituciones feudales que considera superadas, obsoletas. *Aber das Feudal-system hat sich bein uns, wie anderswo, ausgelebt. . .Die Befehlshaberschaft des Adels im Heer ist nicht mehr ausschliessend in der Natur der Dinge*[23] escribe en la página 63. Defiende el derecho de los no nobles o de los nobles que han abandonado el ejército a cumplir la función de oficiales, se erige en garante de su calidad. En síntesis, permanece fiel al ideario de los Reformadores, hostil a un ejército replegado sobre sí mismo sin contacto con el pueblo y sometido a un cuerpo de oficiales exclusivamente reclutado en la nobleza.

Sólo al final la emprende contra el presunto peligro de armar al pueblo. El ejemplo de las revoluciones, en particular la francesa, demuestra que un ejército profesional no protege al soberano contra su pueblo, todo lo contrario. Al menos en esta época el pensamiento de Clausewitz no difiere sensiblemente del que profesaba en tiempos de la reorganización.

NOTA VIII. *La muerte de Clausewitz*

El documento principal sobre la muerte de Clausewitz es la carta de Marie a sus amigos los Bernstorff, que figura en la página 225 del tomo II de los *Ausden Auszeichnungen der Gräfin von Bernstorff*, Berlín, 1895. He aquí algunos fragmentos de esta carta.

"Experimentaba tal beatitud ante la idea de ver de nuevo a Clausewitz tras esta dura separación y esperar por lo menos un invierno tranquilo que todo lo demás —la preocupación ante el porvenir, el cólera, aun el dolor por la pérdida de nuestro amigo más querido—

23 "El sistema feudal, en nuestro país como en los otros, ha cumplido su ciclo. . .El mando exclusivo de la nobleza en el ejército ya no responde a la naturaleza de las cosas."

pasaba a segundo plano; me repetía sin cesar, involuntariamente, tras haber leído tu carta, las palabras de Ifigenia:[24]

Aureo sol, préstame tus rayos, deposítalos al pie
del trono de Zeus como prenda de gratitud.

((. . .)) Clausewitz me pareció realmente rejuvenecido, radiante, había adquirido más solidez, parecía saludable.

"((. . .)) Más tarde advertí que sus nervios estaban terriblemente desgastados y excitados, que su humor era en realidad muy sombrío. Sabía por sus cartas que estos últimos tiempos, al margen del gran dolor que Dios le había infligido, muchas veces había sido herido y ofendido, tal vez, a causa de la vulnerabilidad debida a su estado de salud, había reaccionado ante muchas cosas con demasiada emoción; yo esperaba que la dicha de nuestro hogar, la tranquilidad que podía encontrar allí, le hicieran bien y yo lograra borrar, poco a poco, todas estas impresiones."

A continuación Marie cuenta la jornada del 16: él se levanta aparentemente sin ningún dolor; unas horas más tarde tiene la sensación de haber tomado frío; las primeras diarreas datan de las 11. Los primeros síntomas del cólera aparecen a la una; a las cuatro, lo peor parece haber pasado y el doctor lo abandona unas horas. Pronto sufre dolores en la espalda, calambres en el pecho y, finalmente, un ataque cerebral lo derrumba.[25] A las nueve está muerto. El relato continúa en estos términos: "Los médicos piensan que el estado de sus nervios, más que el cólera, ha contribuido a su muerte y que cualquier otra enfermedad habría tenido las mismas consecuencias. Para mí es un consuelo que al menos sus últimos instantes fueron apacibles, sin sufrimiento, y sin embargo había algo desgarrante en la expresión, en el tono del último suspiro; fue como si rechazara la vida, un fardo demasiado pesado para cargarlo. Pronto sus rasgos recobraron la compostura, la serenidad. Pero una hora más tarde, cuando lo vi por última vez, expresaban de nuevo el sufrimiento más profundo".

Carezco de competencia para interpretar este relato. En 1831, el cólera terminaba con los enfermos en unas horas o unos días. Tal vez el estado de salud de Clausewitz explique el rápido desenlace. Su amargura, sus decepciones, la melancolía de sus últimos años, evocados por Marie von Clausewitz, quizá debilitaron la resistencia física de su organismo. Me parece imposible, a partir de este testimonio equívoco, suponer la pérdida de la voluntad de vivir.

Marie recuerda luego el vía crucis que fue la existencia de su esposo, aunque había alcanzado más de lo que podía esperar en su juventud. "Gozó en un grado excepcional de la amistad de los hombres más nobles de su tiempo, mas no del reconocimiento, lo único que podía permitirle servir auténticamente a su país. ¡Ay! Apenas tengo a derecho a quejarme de que mi amigo más querido, que fue toda la dicha de mi vida, me haya sido arrebatado tan pronto; pues su sensibilidad era demasiado profunda, demasiado tierna, demasiado vulnerable para este mundo imperfecto, y tal vez habría tenido que soportar aún grandes dolores. Ahora ha superado todas las penurias terrenas; en el país de paz y claridad donde vive hoy día percibe ciertamente de manera más justa y perdona los errores humanos cometidos contra él y sus amigos."

NOTA IX. *Clausewitz y Gneisenau*

Clausewitz y Gneisenau, pese a su profunda amistad, eran de carácter muy diferente, y al margen de sus diferencias políticas en París, en 1815, parece que sus relaciones en Posen fueron tensas en ocasiones.

El 17 de marzo de 1831 Carl escribe a su mujer que casi siempre el mariscal permanece solo en su cámara por las noches, y él en la suya. "Como desayuno con él y, en el curso de la jornada, tengo una veintena de oportunidades de hablarle, esta separación no presenta, en sí misma al menos, un carácter de enemistad, y no creo que el mariscal desee otra cosa. También para mí esta soledad es triste y penosa en la medida en que me faltas tú, querida mujer;

[24] En la ópera de Gluck, *Ifigenia en Táuride,* según el poema lírico de Guillard.

[25] La expresión alemana es *Nervenschlag.* Este término designa un accidente cerebral. A veces se traduce también por apoplejía.

pues en otros sentidos, la situación me sienta."[26] En esta misma carta, se queja de que el mariscal no se ocupa demasiado de sus obligaciones. "Hasta el presente me ha dado demasiada libertad de acción, y en consecuencia no está verdaderamente imbuido de los problemas; los olvida y de inmediato quiere cambiar de rumbo, cuando él mismo ha aprobado y firmado."

Sólo se trata de detalles o matices; no obstante, la correspondencia contiene dos insinuaciones que arrojan cierta luz sobre la amistad y las disensiones de ambos hombres. Clausewitz deplora el modo en que el mariscal trata a su hijo Augusto, el desprecio que le manifiesta (carta 221, 23 de mayo de 1831, p. 437). "Confieso que esta dureza en el carácter del mariscal, de la cual no ofrece ningún otro ejemplo, me indigna en ocasiones. Es para mí un enigma psicológico cuyo secreto ignoro absolutamente. Esta actitud del padre ejercer sobre Augusto un efecto deplorable en el sentido de que contribuye a acentuar todas las disposiciones, todas las particularidades del hijo que más disgustan al padre" (p. 438). Un poco más tarde, en una carta del 2 de julio de 1831, cuenta una conversación con el mariscal sobre las disposiciones testamentarias de éste. Gneisenau reprochaba al hijo haber exigido la creación de un mayorazgo en beneficio propio. Repudiaba esa solicitud, en la que sólo veía una prueba de eogísmo. Clausewitz respondió que por su parte consideraba legítima la solicitud, que él mismo había hecho una similar y en ese caso no jugaba el egoísmo. "De nada sirve todo eso; pues quien quiera convencerlo *(besiegen)* mediante la lógica puede renunciar a todo triunfo en este terreno. Me dijo que quería limitar a B. (Bruno) y H. (Hugo) a la parte de la herencia que les correspondía por derecho y legar el resto a los niños Scharnhorst.[27] Yo llamo a eso egoísmo; pues los nietos son el juguete de los abuelos y cuando éstos les dan algo, lo hacen las más de las veces en ofrenda a su debilidad; eso me produce una impresión lamentable."

Más característicos aún me parecen dos pasajes donde se revela la oposición de las personalidades. Gneisenau había leído en el *Boletín de debates* la frase siguiente: "Es un hecho que los espíritus más serios y esclarecidos son los que dudan más, y los que dudan más son los que tienen las convicciones más sólidas". Había escrito el nombre de Clausewitz en el margen. Este borra su nombre cuando toma el boletín, cuenta el episodio a su esposa (carta 228, 23 de junio de 1831). Piensa en la irritación que ambos, ella y él, han debido provocar al mariscal con su escepticismo. "En las circunstancias actuales, esta irritación se ha renovado con frecuencia; le resulta imposible acostumbrarse a aprehender las cosas con espíritu crítico, en todo caso no en el primer instante o cuando las cosas son urticantes." El 21 de agosto de 1831 (carta 239, p. 478) escribe que jamás ha considerado al mariscal un buen lógico. Corrobora también que el mariscal no le tiene confianza, al menos en la determinación de los lineamentos generales de la guerra y en el plan estratégico de conjunto.

Ni siquiera su amigo más cercano reconoció plenamente a Clausewitz hasta último momento. En cambio, von Brandt, en sus recuerdos, atribuye a Clausewitz una brillantez excepcional en materia de estrategia *(Aus dem Leben des Generals der Infanterie z.D. Dr. Heinrich von Brandt*, Berlín. Mittler & Sohn, 1870, t. II, p. 107).

[26] Schwartz, I, ps. 323-24.

[27] Una hija de Gneisenau se había casado con un hijo de Scharnhorst.

**Capítulo II**

NOTA X. *Las obras de H. von Bülow*

He recurrido a tres ediciones: 1) al libro que comenta Clausewitz, *Lehrsätze des neueren Krieges oder reine und angewandte Strategie aus dem Geiste des neuren Systems hergeleitet, von dem Verfassér des Geistes des neuren Kriegssystems und des Feldzuges von 1800* (Berlín, Heinrich Fröhlich, 1805); 2) a la traducción francesa *Esprit du système de la guerre moderne, destiné aux jeunes militaires, avec 58 figures, par un ancien officier prussien, traduit de l'allemand par le citoyen Tranchand-Laverne* (París, chez Bernard Levrault frères, Maginel et Firmin-Didot, An X, 1801); 3) a los *Militärische und Vermischte Schriften von Heinrich Dietrich von Bülow* (Leipzig, Brockhaus, 1853). Esta obra contiene muchos extractos de las obras políticas, así como el texto integral del *Geist des neuren Kriegssystems.* No obstante, W. Rüstow, responsable de la edición de los textos militares, ha insertado en el texto las notas y correcciones de 1805, que modifican sustancialmente y a veces contradicen las tesis originales.

Aunque H. von Bülow condenó, en el prefacio de *Lehrsätze,* la traducción francesa porque volvía oscuras ciertas demostraciones al aligerarlas, la sinopsis, al final del libro (ps. 143-146), permite captar la ambición y la lógica aberrante del libro original. He aquí el texto de esta suerte de índice detallado:

"Es preciso tener depósitos y fortalezas que los alberguen.

"No lo es menos tener una serie de fortalezas en una misma línea para servir de base.

"A fin de emprender con seguridad una operación ofensiva contra el enemigo es necesario que ambas fortalezas de los extremos de esta línea estén situadas a una distancia tal una de otra que las dos líneas de operaciones que emanan de ellas, encontrándose en el objetivo de la operación, formen un ángulo de 90 grados.

"Para detener el avance del enemigo es mejor ubicarse a su costado que frente a él.

"Jamás hay que sufrir una operación ofensiva contentándose con defenderse; hay que ponerse a la ofensiva, haciendo desvíos hacia los flancos y la retaguardia del enemigo.

"Toda vez que sea posible, hay que abandonar las posiciones y las marchas defensivas paralelas para seguir el método de los desvíos, al cual acabamos de referirnos.

"Los pertrechos del ejército enemigo deben ser, más que él mismo, objeto de las operaciones.

"Es fácil deducir de estas diversas reglas estratégicas lo que no se debe hacer; es decir que todo cuanto les es contrario es malo. Así, es un error no tener una base suficiente y operar en una sola línea y en ángulo agudo.

"Así como toda operación ofensiva debe ser concéntrica, toda retirada debe ser excéntrica.

"Todas estas reglas de estrategia son aplicables a la táctica, cambiando la base en línea de batalla y las líneas de operaciones por líneas de marcha y de fuego.

"Siempre es posible evitar un combate, no dejando que el enemigo se aproxime demasiado.

"Jamás hay que esperar un ataque en posición, sino ponerse uno mismo en movimiento para atacar, aun cuando tengamos una posición inexpugnable.

"No hay ninguna posición que no pueda rodearse. No hay más que ocupar y distraer el frente del enemigo, y dirigir el ataque serio contra los flancos.

"Hay que envolver al enemigo, es decir tener un frente más amplio que él.

"Se lo envuelve cuando estamos sobre los flancos, aunque seamos muy inferiores en número.

"Es más eficaz combatir con cazadores que con filas cerradas, y además es mucho más fácil sembrar el desorden entre éstas.

"Como con cazadores nos extendemos más que de otra manera, también es más fácil para los cazadores llegar a los flancos del enemigo.

"La infantería debe estar constantemente apoyada por la caballería. Lo mejor para lograr este objetivo es situar a ésta en segunda línea detrás de la primera.

"Una columna es la mejor forma de defensa a tomar contra la caballería. Entonces es necesario disparar o ponerse en columna.

"Mas la experiencia enseña que la caballería, cuando es valerosa, vence incluso a la infantería en columna, lo cual proviene del tipo de armamento de ésta.

"En consecuencia, nunca, ni siquiera en terrenos que parezcan impracticables para los caballos, hay que dejar desprotegida a la infantería, sin caballería para apoyarla.

"Los repliegues después de los combates deben realizarse excéntricamente y con rapidez, y con el apoyo de la caballería; así protegidas, las retiradas pueden efectuarse sin desorden.

"Después de un combate perdido, hay que pensar inmediatamente en nuevas operaciones ofensivas. Para no estar realmente vencido, basta imaginar que uno no lo está. Conviene comenzar la guerra de tropas ligeras, evitar las batallas y contentarse con maniobras."

Esta primera parte desarrolla, pues, las implicaciones estratégicas y tácticas del principio de la base. La segunda parte desarrolla las consecuencias políticas resumidas en el índice que hemos reproducido en el texto.

No quedan rastros, en las *Lehrsätze* de 1805, de la previsión de paz perpetua fundada en el principio de la base y la victoria inevitable del número. En otros términos, toda la segunda parte del *Geist des neueren Kreigssystems* ha desaparecido. Bülow ya no creía en la paz perpetua, pero seguía creyendo en la absorción de los Estados pequeños por los grandes e invitaba a los Estados que sólo disponían de medios muy inferiores a los del enemigo a concertar la paz.

Por otra parte, la unidad de los preceptos estratégicos y tácticos, característica del libro de 1798, de hecho fue abandonada por Bülow; los *Lehrsätze* retoman sin embargo las tres definiciones y los once teoremas estratégicos que se encontraban en el *Geist des neueren Kriegssystems*. Definiciones y teoremas figuran en los *Lehrsätze* al principio del libro, mientras que en la versión primera y en la traducción francesa aparecen progresivamente en el curso mismo de la demostración.

La crítica se centra esencialmente en el conjunto de la teoría estratégica, pero Clausewitz no ignora su inspiración e implicaciones políticas.

## NOTA XI. *Heinrich Dietric Adam Freiherr von Bülow*

Es muy probable que Heinrich Dietric Adam Freiherr von Bülow estuviera hoy totalmente olvidado si sus libros no hubieran sido el objeto del primer artículo publicado, sin mención de autor, por Clausewitz en *Neue Bellona*, revista militar dirigida por H. P. R. von Porbeck. En el folleto de E. A. Nohn, *Der unzeitgemässe Clausewitz*, Beiheft 5 de la *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, noviembre de 1956, se encontrará una biografía sucinta del director de esta revista, y también una de H. D. A. von Bülow. Porbeck, quien pasó al servicio del gran duque de Bade, combatió en España del lado de los franceses y de Napoleón. Murió en combate y fue promovido póstumamente al grado de general a sugerencia del mismo Napoleón.

Más trágico aún fue el destino de H. D. A. von Bülow, hermano del general que participó en las campañas de 1815 contra Napoleón. Nacido en 1757, ingresó en la infantería co-

mo *Fahnenjunker*, y a los 15 años ascendió a teniente de caballería. En 1790 pasó al servicio de Austria y en 1791, dejando el uniforme, partió a los Estados Unidos. Tras algunas tentativas comerciales, por otra parte infortunadas, regresó a Europa. La lectura de Berenhorst *(Betrachtungen über die Kriegskunst)*, así como la de Lloyd y Folard, reavivó su interés en los asuntos militares y en 1798 publicó una obra titulada *Der Geist des neueren Kriegssystems.*

Pese al éxito literario del libro, Bülow no obtuvo ningún puesto militar ni diplomático. Volvió a partir, esta vez rumbo a Inglaterra, donde lo encarcelaron por deudas. Su hermano Wilhelm facilitó el dinero para ponerlo en libertad. En 1801, lo encontramos en Francia, donde se publicaron dos de sus libros. Permanece allí hasta 1804 y regresa repentinamente a Alemania por razones poco conocidas.

En 1804, reconciliado con su editor berlinés Fröhlich, publica en un solo volumen *Der Geist des neueren Kriegssystems* y *Die Campagne von 1800, politisch militärisch betrachtet.*

En 1806 publicó un volumen donde comentaba la campaña de 1805, en términos que la embajada de Rusia consideró insultantes. A solicitud de la embajada, fue encarcelado. Tras la derrota prusiana, fue transferido a Kolber, comandada por el futuro mariscal von Gneisenau. Este lo puso en libertad, pero debió encarcelarlo nuevamente a causa de unas trifulcas. Murió en condiciones oscuras, entregado a los rusos y maltratado, según cuentan, por sus guardianes. En 1806, lo consideraban partidario de Napoleón y el Imperio. No obstante habría sugerido a su hermano Wilheim, desde la prisión (carta del 15 de setiembre de 1807), una operación contra el invasor comparable a la que realizó el célebre comandante von Schill.

NOTA XII. *G. H. von Berenhorst*

Georg Heinrich von Berenhorst era hijo natural del príncipe Leopoldo de Nassau. Nacido en 1793, sirvió a Prusia durante la Guerra de los Siete años y pasó luego al servicio de la corte de Hesse; en 1790 volvió a la vida privada. Su libro apareció en 1796.

En su libro[1] quiere demostrar que no hay ciencia ni arte de la guerra, tanto por escepticismo como por sentimientos humanitarios. Algunas citas completarán la exposición del texto: "Como toda empresa, la guerra es una apuesta *(Wagestück)*, sólo el resultado propaga la sombra y la luz" (p. 66). Clausewitz no niega que toda decisión comporta un elemento de incertidumbre, de apuesta, y admite que el resultado juzga al fin la decisión, pero en el célebre análisis del *Tratado* (II, 5) muestra de qué manera, con qué precauciones, debemos escuchar la palabra sutil de esta legislación superior, lejos del tumulto de las opiniones groseras, lejos del uso abusivo y ramplón de esta instancia superior. El pensamiento de Clausewitz inserta las objeciones triviales en la teoría misma, renovándola.

A propósito de la batalla de Rossbach, Berenhorst escribe lo siguiente: "Es cierto que la guerra moderna a veces da resultados de este tipo; no obstante, como no podemos organizarlos, como dependen del humor de las tropas, de circunstancias repentinas, imprevisibles, es imposible erigirlas en reglas tácticas" (p. 97). Y a propósito de Leuthen: "En Leuthen no fue el azar superficial lo que determinó cuál de ambos bandos huyera primero de los obuses enemigos, sino un azar más profundo que hace que uno de los dos jefes sea más o menos víctima del vértigo *(Schwindel)* que el otro" (p. 98).

H. von Bülow, sobre todo en sus primeros libros, comparte los sentimientos humanitarios de Berenhorst. Condena la guerra y la llama "la ciencia de la rapiña y no del asesinato como la han bautizado hasta el presente; pues rapiñar es su meta y matar es sólo su medio [. . .] Admito que hubo guerreros apasionados que hicieron la guerra por sí misma y por el placer de batirse y destruir, como Alejandro y Carlos XII [. . .] La corrupción de los hombres engendró la guerra y ésta, a su vez, es un estímulo para la corrupción de la humanidad. La caída de una provocará la caída de la otra, al menos en gran parte. Tal será, pues, la consecuencia bienhechora de la paz perpetua que deberemos agradecer al sistema de la guerra moderna, el cual, a su vez, es el resultado de la invención de la pólvora, de esa invención que

[1] *Betrachtungen über die Kriegskunst, über ihre Fortschritte, ihre Widersprüche und ihre Zuverlässigkeit*, 3a. ed., Leipzig, Fleischer, 1827.

hemos maldecido mil veces como un azote para la especie humana" (ps. 185-186 de la traducción francesa).

Berenhorst está tan impresionado como Bülow por el carácter no decisivo de la guerra moderna, opinión muy difundida en el siglo XVIII que encontramos, por ejemplo, en Guibert, *Discours sur l'état actuel de la politique et de la science militaire en Europe, avec le plan d'un ouvrage intitulé La France politique et militaire,* Ginebra, 1773. Guibert juzga y condena la política y el arte militar de los Estados europeos. Opone, en este sentido, como lo hace H. von Bülow, las guerras de los antiguos a las guerras de los modernos. "Cuanto más se cargan los ejércitos de accesorios, más dispendiosos se vuelven, y las guerras menos decisivas y por ende más funestas para la población y los pueblos; pues esta humanidad desdichada y gimiente es la que siempre termina afectada por los inventos ridículos y los falsos cálculos militares o políticos" (p. 97). Guibert compara los Estados europeos con "atletas tímidos, cubiertos de cicatrices, y siempre armados, que se agotan observándose y temiéndose" (p. 21). Ni siquiera Prusia le merece un juicio favorable. Tras un elogio a Federico II, se pregunta sobre el porvenir: "Después de la muerte de este príncipe, cuyo genio sostiene el edificio imperfecto de su constitución, sube un rey débil y sin talento; en pocos años se verá la decadencia del militar prusiano; se verá cómo esta presencia efímera vuelve a la esfera que sus medios reales le asignan y quizá cómo paga un alto precio por unos años de gloria" (p. 100).

Guibert soñaba con una reforma política en el sentido de la ciudad antigua (tal como él la imaginaba) y con virtudes austeras que restauraran a la vez las ciudades y el arte de la guerra.

Imaginaba una guerra con pocos gastos, un ejército desembarazado de sus pesados vehículos de avituallamiento, gracias a la existencia espartana de los gobiernos y los ciudadanos. Las guerras de la Revolución se transformaron efectivamente en guerras de pueblo contra pueblo, como repite constantemente Clausewitz, y él también piensa que "el más extremo renunciamiento en todo lo lujoso y superfluo, tal debe ser el espíritu de este ejército".

A las guerras del siglo XVIII Guibert les reprochaba que "eternizaran las querellas". En efecto, ciertas guerras, llevadas al extremo, resuelven una querella: la historia del siglo XX ha demostrado que ha menudo suscitan otras. Aun el ideal de Guibert nos parece cargado de peligros. Para el Estado renovado recomienda una política moderada, pacífica, pero añade: "Si ((este pueblo)) hace la guerra, será terrible [. . .] Terrible en su cólera, llevará a su enemigo la flama y el fuego. Espantará con sus venganzas a todos los pueblos que pudieran tentarse de perturbar su reposo. Y que no se llame barbarie a la violación de presuntas leyes de la guerra, a las represalias basadas en las leyes de la naturaleza [. . .] se vengará, garantizará, por el estallido de esta venganza, su reposo futuro" (p. 61).

La paz, gracias a la invención de la pólvora, tal como la soñaba H. von Bülow, era ilusoria. La paz de Guibert, gracias al estallido de la venganza, no lo era menos. La estrategia política sigue siendo una "ciencia por crear" (como ya escribía H. von Bülow) en el siglo XX.

NOTA XIII. *La política en las obras de juventud*

El interés de Clausewitz en la política se remonta a su juventud. Por lo tanto, si interpretamos las famosas proposiciones de I, 1 y del libro VIII en el sentido trivial de una dependencia de la guerra respecto de las circunstancias políticas, el pensamiento de Clausewitz ya aparece maduro en la *Estrategia de 1804* y más aún en el escrito relacionado con Gustavo Adolfo (H. W., t. IX). Según Rothfels, Clausewitz había escrito también un estudio sobre la Guerra de los Treinta Años que enfatizaba el condicionamiento político de todas las guerras.

En el estudio sobre Gustavo Adolfo, dos temas aparecen ya en su forma acabada, las fuerzas morales y, en particular, el papel del gran hombre, la dependencia de los ejércitos y las operaciones respecto de las condiciones de conjunto de la sociedad.

Para la primera idea daremos los siguientes ejemplos. Al principio de su estudio indica las múltiples razones por las cuales Gustavo Adolfo debía tomar la ofensiva en Alemania. Pero, tras haber mostrado la fuerza de esas razones, concluye: "En tercer lugar, estamos

convencidos de que las razones en favor de la ofensiva que acabamos de enumerar no tuvieron la menor incidencia en la decisión de Gustavo Adolfo, sino la conciencia de su grandeza, de su talento militar, la aspiración a grandes acciones; por último, la ambición; en definitiva todo lo que, en el mundo político, hace al gran hombre, lo había determinado hacía tiempo".[2]

Inmediatamente extrae una lección de este ejemplo y previene contra un razonamiento estrictamente militar, contra la tendencia a ver sólo un aspecto de las cosas. Quien ha estudiado con atención la historia militar no dudará que los motivos últimos de las decisiones se encuentran casi siempre en factores morales y no en el cálculo de las fuerzas físicas. "¡Ay de quien quiera limitar el arte de la guerra a este último objeto! ((el cálculo de las fuerzas físicas))."[3]

De ello extrae otra conclusión que reaparece en el *Tratado* y ocupa allí un lugar importante. Para prevenir las decisiones del adversario hay que comprender su carácter. Así se explica que Clausewitz acuse a Napoleón de haber subestimado al viejo Blücher (VI, 30, ps. 601-602 y ps. 615-616 (862) y a Federico II de haber desdeñado excesivamente, en diversas circunstancias, a sus adversarios (VI, 30, p. 600 y p. 614 (860)). Y termina con una imagen muy característica de su estilo: "Tal como un gas muy fluido que no podemos aislar enteramente porque se mezcla con demasiada facilidad con otros cuerpos, así las leyes del arte de la guerra se mezclan a cada instante con las circunstancias, por tenue que sea el contacto que tengan con ellas".[4]

Retoma la misma idea con otra forma cuando comenta la muerte de Gustavo Adolfo.[5] Reconoce que Gustavo Adolfo tuvo sucesores dignos de él y sin embargo no pudieron realizar una obra comparable. ¿Por qué? "Porque Gustavo Adolfo había influido en los estados de ánimo *(Gemüther)* de los príncipes alemanes con la idea de su grandeza. Abordaba una empresa que sobrepujaba en mucho los límites de sus fuerzas, al modo del comerciante que vive de crédito." Esta frase muestra que Clausewitz (al contrario de lo que han creído todos sus comentaristas) estaba menos obsesionado por el pago en metálico que por el papel del crédito, o bien de las fuerzas morales, del prestigio.

Con frecuencia manifiesta su admiración por Gustavo Adolfo. Y también subraya con frecuencia hasta qué punto el arte de la guerra de este rey estaba ligado a las circunstancias, a la manera de pensar de la época, a las relaciones políticas. La novedad *(Ibid.,* p. 29) consistía en la estrategia de maniobras *(durch strategisches Manövrieren).* Reconocía, pues, el mérito y la eficacia para la época, atestiguando así el sentido de lo histórico que expresa en el *Tratado* y se combina allí con la investigación de los conceptos. Investiga en particular por qué después de la victoria de Breitenfeld (7 de setiembre de 1631), Gustavo Adolfo no marchó sobre Viena, y llega a la proposición siguiente, subrayada por el mismo Clausewitz: "Si no se toman en cuenta los fenómenos políticos que habría podido provocar esta marcha sobre Viena, parece seguro que no habría presentado grandes dificultades y habría sido mucho más decisiva que las operaciones que escogió Gustavo Adolfo" (*Ibid.,* p. 47). En este texto de juventud Gustavo Adolfo no es, pues, presentado como un precursor de Napoleón ni Gustavo Adolfo fue siempre un general de invasión y de batallas *(Invasions-und Schalachtenfeldherr),* como estas tres campañas lo demuestran de manera explícita; prefería la guerra artificial, maniobrera, sistemática (*Ibid.,* p. 47). No condenaba esta guerra en su juventud; la condenó cuando los aliados continuaron practicándola, contra el espíritu de los nuevos tiempos, ante la Francia de la Revolución y el Imperio. Tanto en el principio como en el final, es cierto que cada época tiene su guerra como tiene sus costumbres, y en consecuencia su estrategia. No se ensaña con quien empuña el florete sino contra quien comete la insensatez de enfrentar el florete al espadón. No atribuye la duración de la Guerra de los Treinta Años a la incapacidad de los generales, sino la brevedad de las guerras que presencia a la falta de coraje de los adversarios de Francia (*Ibid.,* p. 18).

[2] H. W., t. IX, p. 7.

[3] H. W., t. IX, p. 8.

[4] *Ibid.,* misma página.

[5] *Ibid.,* ps. 102-104.

NOTA XIV. *E. A. Nohn y el debate atemporal*

E. A. Nohn, quien reprodujo el artículo de *Neue Bellona* en una edición crítica, ha sido, después de la Segunda Guerra Mundial, un intérprete erudito y sutil del pensamiento de Clausewitz. Las notas de esta edición testimonian un conocimiento excepcional de la literatura militar de la época. Rinden preciosos servicios a los lectores de H. von Bülow y del mismo Clausewitz.

Dicho esto, ¿en qué es atemporal el pensamiento clausewitziano, en el doble sentido de eterno y de inactual? ¿En qué consiste el diálogo, eterno por atemporal, entre Bülow y Clausewitz? Si no he comprendido mal, Nohn ve en el primero al teórico que se esfuerza por evitar la *decisión*, por rehuir la *batalla*, por vencer actuando sobre las bases o las líneas de comunicación. De allí el douhetismo (la doctrina del general italiano Giulio Douhet, quien apostaba sólo a los bombardeos aéreos), la disuasión por la amenaza de la armas nucleares, se convierten en formas renovadas del error cardinal de Bülow ("el douhetismo nuclear significa la forma más grosera que se pueda concebir de la vía indirecta del rodeo a fin de evitar la batalla", p. 49). La estrategia de "aproximación indirecta" de B. H. Liddell Hart se sitúa también en la línea de Bülow, pues tiende a evitar la batalla y obtener la decisión mediante fintas y maniobras, la sorpresa, la acción psicológica.

Nohn no se remite sólo al principio de aniquilación por la destrucción de las fuerzas armadas del adversario. Opone atinadamente[6] la destrucción material, tal como la llevaron a cabo los bombardeos aéreos de los angloamericanos, a la destrucción de las fuerzas armadas enemigas que precede o sucede a la decisión (p. 50). Más aún, inserta en su interpretación la supremacía de la política y el rechazo de la distinción entre estrategia militar y estrategia política. La estrategia emplea los combates, no las armas; por lo tanto es inextricablemente militar y política. Simultáneamente, resulta de ello la separación radical entre guerra y paz: la paz se define por la ausencia de guerra o violencia. La aproximación indirecta, lejos de conducir a la solución de los conflictos, los eterniza. "Se ataca el interior más que el frente, las almas al mismo tiempo que los cuerpos. En vez de la paz obtenemos la guerra fría" (p. 55).

Nohn pasa así de la teoría a la doctrina y llega a una doctrina que no es clausewitziana ni atemporal: Clausewitz jamás pensó ni escribió que la guerra debía limitarse al choque de los ejércitos y, diga lo que dijere Nohn, reconoció explícitamente una guerra de la segunda especie que no llega a una decisión, al "knock-out" del adversario.

Nohn, al final de su estudio (p. 61), resume correctamente ciertos temas de Clausewitz. La guerra surge de la política. Por lo tanto hay que considerar la política. Esta revela las tensiones que conducen a los conflictos. Si el conflicto que exigía una solución sangrienta permanece sin solución, la paz que seguirá deberá llevar la carga del conflicto. "Esto vale para todos los casos en los cuales uno de los bandos o ambos tienen la intención de hostigar sin correr riesgos, trátese de crear una nueva situación política o de mantener una." Según la interpretación de Nohn, Clausewitz se vuelve en verdad inactual en el sentido de anacrónico. Sigue siendo actual y eterno sólo a condición de que los comentaristas agoten todas las consecuencias de carácter político de toda estrategia, de la dualidad de las especies y de la definición trinitaria de la guerra. El entendimiento político determina si los conflictos pueden o deben ser resueltos mediante una decisión radical. Las armas nucleares no son armas de decisión.

La estrategia amenaza con el empleo de estas armas, lo que equivale a usar combates simulados u ofrecidos. Si se postula, como lo hace Nohn, el lazo *necesario* entre los grandes conflictos y su solución por otros medios (o sea la violencia), nada salvará a la humanidad de su propia capacidad de destrucción. Pese a su saber, Nohn comete un doble error: no distinguir, en el pensamiento de Clausewitz, teoría y doctrina, análisis y síntesis; construir una doctrina atemporal mezclando elementos históricos con conceptos no históricos. Al rechazar como contraria al pensamiento de Clausewitz toda estrategia que no contemple la decisión, Nohn se impide superar las interpretaciones tradicionales de los militares.

[6] Clausewitz no recomendó estas clases de destrucción, pero ya las tuvo en cuenta en I, 2.

NOTA XV. *El contenido de la* Estrategia de 1804

Los diversos parágrafos rozan la mayoría de los temas que Clausewitz conservará en el *Tratado* (las cifras en *negrita* indican los textos más importantes).

1. Estrategia y táctica: 3, **20, 21**.
2. Ofensiva, defensiva: 9,13.
3. Plan de guerra: 4, 8, 10, 11, 12, 13.
4. Cualidades necesarias para el jefe militar: 3.
5. Guerra de montaña: 1, 4, **16, 25, 31**.

También se encuentran en estas notas las ideas originales sobre la concentración (2, 22), sobre el principio de la actividad (24), sobre la audacia en cuanto condición de grandes triunfos (12, 13), sobre el carácter enérgico, combativo de la defensa, sobre el progreso del arte de la guerra (23), que expresa la misma idea que el artículo de *Neue Bellona*. Se notará también, con interés, una primera comparación entre Federico II y Napoleón (Federico no siempre resultó vencedor, pero se encontraba en condiciones más difíciles), observaciones sobre Fabius Cunctator, que eligió la estrategia adecuada para su temperamento, aun si esta estrategia convenía casualmente a las circunstancias. Por último, en el parágrafo 33, Clausewitz distingue cinco capítulos en la estrategia: 1) La consideración de los triunfos tácticos. 2) La combinación de los combates. De hecho, en el *Tratado* se dedica casi exclusivamente a estos dos primeros capítulos. Los otros tres, organización de los ejércitos, avituallamiento, fortificación de las ciudades, sólo ocupan un libro (el quinto).

NOTA XVI. Zweck y Ziel

Debo a la amabilidad de la señorita Steinhäuser la definición de las palabras *Zweck* y *Ziel* en el diccionario Campe, de 1811.

El término *Zweck* designa un clavo pequeño, luego el clavo grueso o botón en el centro del blanco; de allí, por extensión, el objetivo hacia el cual corremos y el objetivo en cuanto tal.

En un sentido amplio, figurado, es la causa de una acción lo que queremos alcanzar o producir por una o varias acciones; en consecuencia, también son ias acciones que devienen medios para este efecto; lo que es causa de las acciones en cuanto tal se denomina también causa última *(Endursache)*; quizá es mejor causa final *(Zweckursache)*, una causa que es un objetivo.

Según Eberhard la distinción entre objetivo, objetivo último e intención es la siguiente: "Dado que estas palabras (objetivo y objetivo final, *Zweck* y *Endzweck)* están tomadas del tiro al blanco, el objetivo es el clavo que fija el blanco y donde debemos acertar si queremos realizar el mejor disparo. Debemos fijar los ojos en él, debemos dirigir a él nuestra intención; es el objetivo del tiro y la intención del tirador es alcanzarlo. Los objetivos pueden a su vez convertirse en medios en vista de otros objetivos; sólo hay un objetivo final que no puede convertirse a su vez en medio en vista de otro objetivo, y es el objetivo último, aquel donde termina la serie de objetivos".

El mismo diccionario da las siguientes definiciones de la palabra *Ziel:*

1. El fin determinado de un espacio, una frontera; llegar hasta el límite.
2. Algo hacia lo cual tendemos: arrojar, correr hacia la meta.

En un sentido más amplio y figurado *(uneigentlich)*, un objeto que nos esforzamos por alcanzar, por tomar, hacia el cual dirigimos nuestros deseos.

En alto alemán se emplean *Ziel* y *Ende* por *Endzweck*.

En ambos casos, el sentido figurado surge del sentido propio, concreto; la palabra *Zweck* designa el centro de un blanco de tiro; la palabra *Ziel* el límite de un espacio. Una y otra pueden designar, en sentido figurado, el objeto de los deseos, las voluntades, los actos. Clausewitz retuvo el término *Zweck* como el más general para designar lo que nosotros denominamos fin, objetivo, metal. La jerarquía de los medios y los fines, en la cual el fin puede devenir medio de un fin ulterior, parece ya conforme con el uso al principio del siglo XIX.

Tomado de una representación espacial, el *Ziel* es más concreto. Clausewitz lo contrapone al *Zweck* político, pero el *Ziel* designa el objetivo militar último de la campaña o de la guerra. Clausewitz sólo opone *Ziel* y *Zweck* en circunstancias donde quiere diferenciar los

fines *en* la guerra de los fines *de* la guerra. Dicho de otro modo, siempre emplea *Zweck*, que, según los casos, es comparable a meta, objetivo, objeto, intención.

Casi siempre traduje *Zweck* por *fin*, en razón del uso, hoy corriente, de la relación medio-fin. De vez en cuando empleé los términos *but* u *objet* ((“meta”, “objeto”)).

## Capítulo III

NOTA XVII. *Polaridad*

En el parágrafo I, 1, 15, Clausewitz señala que se propone consagrar un capítulo especial al concepto de polaridad. Ninguno de los intérpretes, que yo sepa, se ha interrogado sobre el sentido de esta indicación. El profesor Hahlweg no ha encontrado otro empleo de la palabra en el *Tratado.*

En cambio, en el relato de la campaña de Rusia, Clausewitz emplea el término polaridad para dar cuenta de la voluntad común a Napoleón y Kutusov de no librar una segunda batalla después de Borodino: el primero teme no llegar a Moscú con fuerzas suficientes; el segundo la destrucción de su ejército. En otros términos, la polaridad se aplica a los fines contemplados por los duelistas, fines por definición contradictorios o incompatibles, no a los medios (H. W., t. VIII, p. 162).

El texto del parágrafo 15 (I, 1) no deja dudas sobre el sentido del concepto: "se trata por cierto del juego de sumas equivalentes, del caso donde la ganancia de uno equivale a la pérdida del otro. En una batalla cada uno de los dos bandos quiere vencer; se trata de una verdadera polaridad porque la victoria de uno aniquila la del otro". En cambio, cuando dos cosas se oponen no en sí mismas sino por su relación común con otra cosa, la polaridad no se aplica a las cosas mismas sino a sus relaciones. Así ocurre con la defensa y el ataque y su relación común con la decisión. Aunque la formulación difiere un poco de la que encontramos en el relato de la campaña de Rusia, la idea es la misma.

¿Clausewitz había captado plenamente el alcance del concepto de polaridad, de los intereses comunes a los beligerantes? ¿En este sentido se proponía consagrar un capítulo a la noción? Es posible, pero también lo es otra hipótesis.

En el escrito titulado *Leitfaden zur Bearbeitung der Taktik oder Gefechtslehre* ("Ideas rectoras para el estudio de la táctica o de la doctrina del combate"), #221, ps. 869 y 1146, emplea también el término polaridad. Trata de la oposición entre el empleo sucesivo y el empleo simultáneo de las fuerzas. Sabemos que, según el *Tratado,* el primer principio vale en táctica, el segundo en estrategia. Dado que se ocupa exclusivamente de la táctica, examina más detalladamente las ventajas e inconvenientes respectivos del empleo simultáneo y el empleo sucesivo de las fuerzas armadas e intitula el parágrafo "Polaridad del empleo simultáneo y del empleo sucesivo de las fuerzas armadas". Estos dos modos de empleo, escribe, son opuestos; conviene, pues, estudiar las leyes de esta polaridad, es decir sus ventajas e inconvenientes respectivos y sus relaciones mutuas. Cada uno de estos modos puede ser considerado como un polo.

Este texto sugiere un sentido más amplio de la polaridad que el texto del *Tratado* o el de la campaña de Rusia. Posibilita aplicar la polaridad a muchas oposiciones que analiza Clausewitz, por ejemplo a la oposición entre magnitud del triunfo y riesgos corridos. Podemos, pues, imaginar que el capítulo sobre la polaridad habría versado sobre las diversas clases de oposiciones, en definitiva sobre las especificidades de la dialéctica clausewitziana. El concepto de polaridad, en el sentido riguroso del primer capítulo, no podía convertirse en

un concepto fundamental de la dialéctica clausewitziana. Si queremos encontrar un concepto semejante, tenemos que referirnos a oposición *(Gegensatz)*.

Quizá en el capítulo que proyectaba al final de su vida Clausewitz nos habría revelado el secreto de la dialéctica tal como él mismo la concebía. En el estado actual del *corpus* clausewitziano, la polaridad designa tanto la "suma nula" del juego entre duelistas (o la equivalencia entre la ganancia de uno y la pérdida del otro), es decir la forma pura de la hostilidad, como las múltiples oposiciones, características de las parejas conceptuales, donde cada concepto puede ser considerado como un polo sin que la relación entre los polos pertenezca a la misma categoría que la relación entre los duelistas.

Pareciera, según los textos que poseemos, que Clausewitz descubrió el problema reflexionando sobre la suspensión de las hostilidades. Recordemos la nota que envió sobre el tema a Gneisenau, en 1818. Podemos, pues, suponer que a partir del interés común de los duelistas en suspender las hostilidades (porque el más fuerte no lo es tanto como para superar la superioridad de la defensiva), habría elaborado las modalidades de la relación, ya entre adversarios, ya entre conceptos opuestos. El proyecto de revisión del libro VI quizá se vinculaba con la idea de un capítulo sobre la polaridad.

NOTA XVIII. *A. Glucksmann*.

Es preciso decir unas palabras sobre uno de los últimos intérpretes franceses de Clausewitz, André Glucksmann.[1] Este, que fue alumno mío, escribió un libro brillante y oscuro sobre Clausewitz y la estrategia moderna. En esta nota no me propongo discutir el conjunto del libro sino aclarar dos errores difícilmente comprensibles. Ante todo, escribe que el autor consideraba acabados los libros I y VIII: la *Nota final* desmiente esta afirmación. Sólo el capítulo I, 1 satisface a Clausewitz. Basta leer atentamente el libro VIII para darse cuenta de su inconclusión. Hasta el capítulo I, 2, quizá revisado hacia 1829, delata los titubeos de Clausewitz.

El segundo error se relaciona con lo esencial, a saber: la combinación entre el carácter político de toda guerra particular y la autonomía del concepto de guerra o de la reflexión sobre la guerra. Glucksmann se limita a yuxtaponer ambas tesis sin percibir su contradicción, sin tratar de superarla; "Cada guerra es política, pero la guerra se deja pensar en sí misma, en su 'concepto'" (p. 33). Desde luego, ¿pero de cuál concepto de guerra se trata, de la definición inicial y dualista del capítulo I, 1 o de la definición trinitaria del final del mismo capítulo? Tomemos otro texto, en la misma página: "*De la guerra* sólo menciona los fines políticos para asignar el lugar de su posible intervención en el curso de los asuntos militares. Sin más. Clausewitz afirma siempre que la conducción de cada guerra se subordina a los fines de una política, pero la consideración sobre la elección de los fines precisos nunca acude a interrumpir el curso de la reflexión. El discurso sobre la guerra ha descartado definitivamente la moral pura, inhibida de producir las armas que podrían sostenerla". Ante todo, ¿por qué surge repentinamente la "moral pura" cuando sólo se habla de política y estrategia? Luego, y principalmente, ¿qué significa "la consideración sobre la elección de los fines precisos nunca acude a interrumpir el curso de la reflexión"? En la medida en que no reflexiona sobre una guerra singular, no puede considerar "fines políticos precisos". Cada vez que analiza un ejemplo, una campaña de Federico o Napoleón, considera los fines políticos precisos (en el caso de Federico, la ambición de conquistar y conservar sólo Silesia). Cuando reflexiona sobre el concepto de guerra, en el capítulo I, 1, considera los tipos de fines políticos, para inferir tipos históricos de guerra. Ni en el nivel de la singularidad histórica ni en el nivel del concepto el discurso se desarrolla sin considerar la naturaleza de los fines políticos. La fórmula de Glucksmann sólo es válida en la medida en que se aplica únicamente a la deducción de las consecuencias implícitas en el fin inmanente al concepto inicial de guerra, a las implicaciones del medio (la violencia, las fuerzas armadas). En cuanto a la correspondencia exacta entre objetivos militares y fines políticos, no es más que una experiencia mental, un momento del procedimiento sistemático del capítulo 1. Basta con remitirse al libro VIII para corroborar que los objetivos militares, aun en una guerra de la primera especie, están fijados por la política.

[1] *Le discours de la guerre*, París, l'Herne, 1967.

NOTA XIX. *El libro VIII*

Los editores franceses del manuscrito inconcluso han denominado *Esquisse* ("boceto", "esquema") al libro VII y *Ebauche* ("esbozo", "borrador") al libro VIII, aunque los editores de Alemania Oriental hablan de *Skizzen* en ambos casos, y el profesor Hahlweg reserva el término "boceto" sólo para el libro VII. Creo que la distinción de ambos términos se justifica.

El manuscrito del libro VII es un boceto, un plan: trata las grandes líneas de lo que habría debido ser el texto concluido; sitúa los diferentes capítulos en el orden conveniente, expresa brevemente las ideas principales; en resumen, sólo faltaba redactarlo, y Clausewitz creía legítimamente, en 1827, que esta redacción no llevaría mucho tiempo.

En cambio, el manuscrito del libro VIII tal como lo poseemos no presenta las características de un plan: ni las grandes líneas, ni el orden de los capítulos, ni el resumen de las ideas principales. Es en el capítulo 2 donde se introduce por primera vez (si omitimos el capítulo I, 1 que, bajo la forma que conocemos, no existía aún) la distinción entre guerra absoluta y guerra real. Esta distinción no se confunde con las dos especies de guerra, aunque exista una afinidad entre la guerra absoluta y la guerra de la primera especie. Una guerra absoluta implica el abatimiento del enemigo, pero todo abatimiento no implica que ambas partes lleguen hasta el límite de sus medios, su energía, en el ataque o la defensa. La guerra absoluta implica el ascenso a los extremos, pero no faltan conflictos que terminan mediante el abatimiento del vencido y una paz dictada por el vencedor, donde, tanto en un bando como en otro, no se ha llegado al límite.

El concepto de guerra conduce al de abatimiento como el de lucha al "knock-out", pero en la experiencia histórica encontramos con más frecuencia victorias "por puntos". Pasamos, pues, de la alternativa guerra absoluta-guerra real a la antítesis de las dos clases de guerra. Clausewitz, cuando escribe el libro VIII, presiente, más que dominar, la separación entre guerra absoluta y guerra de la primera especie. Ya la guerra napoleónica se aproxima a su figura absoluta o perfecta,[2] ya la alcanza.[3] En el capítulo I, 1 esta separación se destaca con toda claridad: el ascenso a los extremos, característico de la guerra ideal, no es más que un juego lógico porque no se impone necesariamente a menos que se aíslen las voluntades violentas del contexto en el cual se oponen. Supongamos dos luchadores que no obedezcan ninguna regla, animados por la pasión, reacios a toda reflexión, que se han jurado a sí mismos tumbar al adversario, como si en ello les fuera la vida: he allí el equivalente de una guerra perfecta. Las guerras donde uno de los beligerantes, cuando no los dos, procuran el abatimiento del enemigo, se acercan al modelo ideal, pero no lo realizan.

Todas las guerras que observamos en la historia pertenecen a la categoría de las guerras reales, aun si las guerras de la primera especie revelan el principio activo de la hostilidad y permiten al teórico deducirlas o interpretarlas a partir del concepto de guerra absoluta. El libro VIII no alcanza el estado de esquema y es ante todo un esbozo porque sugiere, pero no elabora, la relación exacta, entre las dos antítesis, guerra absoluta-guerra real y doble especie de guerra.

En segundo lugar, el libro VIII, que trata explícitamente del plan de guerra, impone al teórico que tenga en cuenta el contexto histórico en el cual comienzan, se desarrollan y concluyen las hostilidades; este contexto *condiciona* los caracteres concretos de la guerra. Por otra parte, el jefe militar se convierte en jefe de Estado o, si se prefiere, el jefe de Estado se hace jefe militar y usa la espada al mismo tiempo que las palabras, envía sus ejércitos y envía notas. La politización de la guerra presenta, pues, dos sentidos: la guerra surge del mundo politicosocial y de las relaciones interestatales; la acción de los ejércitos no difiere, en su significación, de la acción de los diplomáticos. La guerra es una diplomacia violenta; la diplomacia pura un diálogo no violento. Lo que Clausewitz sólo concibió tardíamente es la segunda idea, que se encuentra elaborada en el capítulo 6, mientras que la primera se encuentra elaborada en el capítulo 3. Pero como utiliza la misma palabra, *político*, para designar el *mundo objetivo* (las relaciones sociales de Marx) y la decisión del jefe de Estado, nunca atina a esclarecer perfectamente los dos temas diferentes de los capítulos 3 y 6. El mejor ejem-

2 VIII, 2, ps. 672-673 y p. 696 (954).

3 VIII, 3, p. 689 y p. 713 (973).

plo de esta semiconfusión se encuentra en el mismo capítulo I, 1. Cuando escribe que las guerras a ultranza, próximas a la guerra perfecta, no son menos políticas que las otras porque la política (los intereses opuestos) les confiere su carácter extremo, no es infiel a la lógica de su pensamiento, pero sólo retiene uno de los dos sentidos de la política: el de las relaciones sociohistóricas objetivadas. Cuando la guerra se aproxima a la pura y simple explosión de violencia, el entendimiento del cual depende la política subjetiva pierde total o parcialmente su dominio o soberanía.

El capítulo 3 empieza por requerir que el plan de guerra se establezca teniendo en cuenta el carácter total, el conjunto de la guerra. Pero comprueba que esta totalización presenta dos definiciones muy distintas, o bien sólo importa el fin, o bien sumamos ventajas y reveses. Llega a la conclusión de que el jefe de Estado no debe equivocarse por omisión, o sea desconocer la naturaleza de la guerra y el enemigo como lo hicieron las coaliciones en 1792. No menciona el otro riesgo, el error por exceso, o sea el desencadenamiento de una guerra a muerte sin que la apuesta lo justifique. Pasa luego a una reseña histórica de las diversas maneras en que los pueblos conducen la guerra, con el título "De la magnitud del fin bélico y los esfuerzos"; en otros términos, la magnitud del fin (o las apuestas) establece la medida de los esfuerzos que deberán consentir los beligerantes. El juicio del cual depende todo se centra en el carácter probable de la guerra en función de las circunstancias.

Los dos capítulos siguientes parecen relacionarse con las dos especies históricas de guerra, tal como las sugería la *Advertencia de 1827*. El capítulo 4 puede considerarse un ensayo de traducción concreta de los conceptos: sabemos en qué consiste el "knock-out" en la lucha. ¿En qué consiste el "knock-out" en la lucha interestatal? Clausewitz introduce el concepto de centro de gravedad y formula algunos preceptos, los que se han sostenido con mayor frecuencia, sobre la manera de llevar la guerra en función del abatimiento: subordinar lo secundario a lo esencial, determinar el centro de gravedad y concentrar sobre él los golpes más rudos, etc. Este capítulo, sin embargo, no es del todo satisfactorio porque vuelve a la abstracción del abatimiento *(Niederwerfung)* sin extraer las consecuencias del análisis, realizado en el capítulo precedente, del condicionamiento político de la guerra concreta.

En cuanto al capítulo 5, decepciona aún más porque no contempla un objetivo limitado (o la limitación del objetivo) sino por dos motivos: la insuficiencia de las fuerzas, la falta de osadía. Da la impresión de que en este capítulo el fin natural de la guerra —el abatimiento— volviera a ser un imperativo. Clausewitz olvida que la limitación del objetivo militar puede provenir de las circunstancias políticas y las intenciones de los gobernantes. Utiliza este capítulo para demostrar que la decisión en favor del ataque o la defensa no depende necesariamente de la relación de fuerzas. El Estado más débil, si tiene el fin positivo, lógicamente debe atacar. Clausewitz parece incapaz de conceptualizar la segunda especie de guerra, probablemente porque a su juicio ella se define negativamente, no tiene estructura interna, dado que se disgrega en acciones relativamente autónomas.

Termina este capítulo anunciando la subdivisión de la guerra con objetivo limitado en guerra ofensiva y guerra defensiva, pero recuerda que en el capítulo I, 2 ya ha reconocido que la naturaleza del fin político y el conjunto de las relaciones políticas ejercen una influencia decisiva sobre la magnitud de los esfuerzos de los beligerantes y consagrará a este tema un capítulo sin ponerlo en relación con el capítulo 3. El capítulo I, 2 trata, en efecto, de la influencia que ejerce la política (en los dos sentidos) sobre la conducción de la guerra, pero de manera menos explícita que el capítulo I, 1, prueba suplementaria de que el libro VIII es anterior a la versión final de I, 1.

Hubiera sido lógico enlazar los capítulos 3 y 6, como por otra parte lo hace el capítulo I, 1, o sea pasar del condicionamiento de la guerra al juicio que emite el jefe de Estado sobre la naturaleza de la guerra que deberá librar y sobre el plan que fijará y seguirá a continuación. La parte A del capítulo 6 comporta los dos movimientos, ascenso y descenso, que se encuentran en I, 1. La segunda parte desarrolla la idea principal: *la guerra es un instrumento de la política.*

Los capítulos 7 y 8 cumplen la promesa hecha al final del capítulo 5; el objetivo limitado no excluye la alternativa ataque-defensa. El capítulo 7 indica algunas de las diferencias estratégicas del ataque con objetivo limitado en relación con el ataque en vista del abatimiento. Los ejemplos están tomados de las guerras dieciochescas. La mayoría de las obser-

vaciones se infieren de dos clases de consideraciones: ¿la ocupación de un territorio debilita o no al atacante, y en qué médida? Respuesta: todo depende de la estructura geográfica. Por otra parte en ausencia de decisión, el atacante no puede desinteresarse de la defensa de los otros puntos al modo de quien contempla el abatimiento: esta afirmación podría deducirse de la diferente estructura de las totalidades (definiendo totalidad por su fin, en ambos sentidos de la palabra, o suma de ventajas pequeñas).

La defensa con fin limitado está ejemplificada por el comportamiento de Federico en la Guerra de los Siete Años. Pero Clausewitz analiza la defensiva del Gran Rey oponiéndola a la de los rusos en 1812. Uno puede preguntarse si la estrategia de los rusos contra Napoleón depende también del objetivo limitado. En este capítulo aborda la inserción, en la idea misma de defensiva, del contraataque. La "resistencia pura" a la que fue reducido Federico resultaba de una relación de fuerzas a tal punto desfavorable que apenas toleraba el esfuerzo para ganar tiempo y esperar un acontecimiento político propicio. Una vez más el siglo XVIII nos da el ejemplo de las guerras con objetivo limitado sin que Clausewitz elabore la teoría de esta clase de guerra.

En cuanto al capítulo 9, retoma el 4, desarrollándolo: el plan de guerra cuando el objetivo es el abatimiento del enemigo.

Me parece difícil admitir que Clausewitz hubiera conservado semejante ordenación cuando cualquiera percibe la ordenación lógica:

1º. Guerra absoluta y guerra real. 2º. La guerra condicionada por la política y la guerra instrumento de la política. 3º. Las especies de guerra en función del entorno y las intenciones. 4º. Abatimiento u objetivos limitados: plan de guerra ofensivo o defensivo según se contemple el abatimiento o uno se contente con objetivos limitados.

El plan de guerra defensivo con miras al abatimiento sólo figura implícitamente en el libro VIII, capítulo 8, por oposición a la resistencia pura de Federico.

Concluyamos: la mayoría de las ideas están presentadas aquí y allá. La traducción de los conceptos en realidad no está elaborada (¿qué significa en cada caso el abatimiento?); está sugerida por ejemplos; ni el plan de guerra ni la conducción de la guerra con objetivos limitados son tratados sistemáticamente.

NOTA XX. *El debate estratégico*

El "debate estratégico", *Strategie Streit,* ya no presenta, aparentemente, más que un interés histórico. Espero demostrar, en el libro, que conserva un interés teórico. De todas maneras ha ocupado un lugar tan importante en el pensamiento militar de los alemanes a fines del siglo pasado; ha estado tan presente en las controversias sobre el pensamiento de Clausewitz, que no puedo no evocarlo.

En el punto de partida, según el mismo Hans Delbrück, se sitúa una observación hecha al pasar en una reseña de la biografía de Clausewitz por K. Schwartz.[4] "La conducción de la guerra, de donde Clausewitz infirió su doctrina tal como Lessing infirió sus leyes de la poesía, es la de Napoleón. Pero la conducción de la guerra de Federico el Grande descansaba visiblemente, de manera muy sustancial, en el sistema opuesto."[5] Clausewitz mismo habría juzgado que los contemporáneos de Federico consideraban la batalla un mal que sólo se acepta en caso de necesidad. Si, según Clausewitz, el fin de la guerra —en sentido estrecho, añadía Delbrück, no político— es la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo y, en consecuencia, la batalla el medio decisivo y casi el único, el maestro de la teoría poseía suficiente sentido histórico para reconocer la justificación de la estrategia de Federico en función de circunstancias materiales y las ideas dominantes en el siglo. La dualidad de los sistemas estratégicos, el de las antiguas monarquías y el de los modernos, habría sido percibida por el mismo Clausewitz en la *Advertencia de 1827* sobre las dos especies de guerra. Le habría faltado tiempo para elaborar la teoría de la segunda clase de guerra.

[4] El artículo de H. Delbrück apareció en los cuadernos 3 y 4 de *Zeitschrift für preussische Geschichte,* año 15, 1878, reproducido en *Historische und politische Aufsätze,* III Abteilung, Berlín, Walther & Apolant, 1886.

[5] *Historische und politische Aufsätze,* p. 11.

La polémica giró al principio no sobre la concordancia entre las ideas de Delbrück y las de Clausewitz sino sobre la fidelidad de la interpretación que hacía Delbrück del modo de pensar y obrar de Federico el Grande. Las pasiones se inflamaron luego de una reseña publicada por Delbrück en *Zeitschrift für preussische Geschichte* (año 16, 1879), de la introducción y las notas, debidas al mayor von Thaysen, de un texto de Federico titulado *Testament militaire*, escrito en el otoño de 1768 y publicado en 1879 en un volumen de misceláneas.

De hecho, Delbrück, historiador del arte de la guerra, concibió la idea de los dos sistemas estratégicos preparando la biografía del mariscal von Gneisenau. La oposición entre los tradicionalistas, hostiles en 1814 a la marcha sobre París, y los modernos, discípulos de Napoleón, Clausewitz y Gneisenau, que habían comprendido los principios del nuevo arte, le pareció evidente. Evidencia histórica y no teórica; los generales del siglo XVIII *pensaban* de otra manera, disponían de otro *instrumento*, *actuaban* de otro modo: ¿quién podía negar esa triple diferencia sin caer en un absurdo? La *Advertencia de 1827* le sirvió menos de fundamento que de justificación o protección. El teórico intocable, aquel a quien el ejército alemán debía sus principios y victorias, también había admitido las dos clases de guerra.

Durante la primera fase entre 1879 y 1892, Clausewitz y la *Advertencia* no figuraban en el centro del debate. Lo que importaba ante todo era la estrategia de Federico II. Delbrück cometía una doble herejía: él, un profesor, un civil, se permitía, y con qué ínfulas, criticar a los militares; a militares que sólo juraban por la ofensiva, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, la estrategia napoleónica aplicada y perfeccionada por Moltke, pretendía enseñar que Federico II había conducido la guerra según principios muy diferentes. Cuando Delbrück se permitió un curioso ejercicio literario —demostrar su interpretación de la estrategia de Federico por el absurdo, aclarando los errores cometidos por el Grande si hubiera seguido los mismos principios que Napoleón—,[6] el escándalo alcanzó una dimensión política. Un parlamentario prusiano acusó a Delbrück de ultrajar la memoria del héroe.

La bibliografía sobre el debate estratégico es considerable. Hans Delbrück, en el tomo IV de *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, Berlín, Georg Stieke, 1920, resumió el debate y evocó los textos que consideraba más importantes. Añadamos que los libros y artículos que mencionó se relacionan mucho más con la estrategia de Federico II que con el pensamiento de Clausewitz. En cambio en la entreguerra, y después de la Segunda Guerra Mundial, la investigación se centra mucho más en el pensamiento de Clausewitz y las dos clases de guerra que en Federico II. Retrospectivamente podemos considerar el debate estratégico de fines del siglo pasado como la prefiguración del debate sobre la conducción de la guerra en 1914.

Al margen de los estudios principales, Delbrück escribió múltiples artículos o reseñas, más o menos polémicos, por ejemplo de la introducción de von Taysen al *Testament militaire* de Federico II (*Zeitschrift für preussische Geschichte und Landeskunde*, t. 15, 1878, p. 217).

En el tomo siguiente de la misma revista Colmar von der Goltz publicó una réplica a Delbrück, quien respondió con otra réplica.

El artículo de Otto Hintze "Delbrück, Clausewitz und die Strategia Friedrichs des Grossen", publicado en *Forschungen zur brandenburgischen und preussischen Geschichte*, T. XXX, cuaderno 1, pertenece ya a otro período. La gloria de Federico y las doctrinas del gran estado mayor han dejado de constituir el centro del debate. La controversia se vuelve esencialmente histórica y científica, alude tanto a Clausewitz como a Federico.

NOTA XXI. *El vocabulario: desgaste, fatiga, agotamiento*

Una de las objeciones presentadas por los opositores de Delbrück se relaciona con el uso del término *Ermattung*, que no pertenece al vocabulario de Clausewitz. Todos conocen la expresión *jaque mate*. A mi entender *Ermattung* tiene, en el uso corriente, una significación intermedia entre *Ermüdung* y *Erschöpfung*. Digamos que poner en jaque al enemigo se sitúa entre fatigarlo y agotarlo *(erschöpfen)*. Como hemos visto, Delbrück emplea una vez,

[6] *Die Strategie des Perikles erläutert durch die Strategie Friedrichs des Grossen, mit einem Anhang über Thucydides und Kleon*, Berlín, George Reimer, 1890.

en el artículo *Sobre la diferencia*, el término *Ermüdung* en vez de su palabra predilecta, *Ermattung*. Clausewitz a veces utiliza el adjetivo *matt* para designar una acción carente de vigor, de energía. Así, en el capítulo VII, 19, a propósito de la campaña de Napoleón en 1812, escribe que no se trataba de una campaña que *sich matt zu seinem Ende hinzuschleppt sondern der erste Plan eines Angreifenden der seinen Gegner vollkommen niederwerfen will* ("que se arrastra penosamente hacia su fin sino del primer plan de un atacante que quiere abatir completamente a su adversario").[7] Análogamente, en el libro VI, capítulo 8, evoca una decisión débil, paralizada por miles de consideraciones *(gegen einen matten von tausend Rücksichten gelähmten Entschluss)*.[8] El adjetivo se relaciona, pues, con la guerra de la segunda especie, donde el elemento bélico se encuentra moderado por las circunstancias políticas: no emplea el término para designar el estado en el cual queremos poner al adversario en la guerra o la estrategia de la segunda especie. Sólo encontré un uso de la raíz *matt* más o menos acorde con el vocabulario de Delbrück. En los *Principios de enseñanza*, a propósito de la defensa, Clausewitz escribe: "Quien quiere estar siempre a la defensiva se expone al gran inconveniente de conducir siempre la guerra a sus propias expensas. Ningún Estado resiste más de cierto tiempo y, si se expusiera a los golpes del adversario sin asestarle ninguno a su vez, terminaría muy probablemente por agotarse *(ermatten)* y sucumbir", p. 807 (1078).

Lo cierto es que al designar con el término *Ermattungsstrategie* tanto la estrategia de las guerras de gabinete del siglo XVIII como la de un Pericles que moviliza todos los recursos de Atenas para resistirse a la coalición enemiga, H. Delbrück contribuyó a la confusión del debate. La estrategia que tiende a no perder (suponiendo que le reconozcamos la dignidad de un tipo abstracto) no está necesariamente ligada con la maniobra *(bipolar)* o la naturaleza de los armamentos.

NOTA XXII. *Clausewitz y el debate estratégico*

Curiosamente, los interlocutores del debate estratégico (o, con más rigor, los adversarios de la batalla estratégica) utilizaron muy poco un arma que podía, si no zanjar la decisión, al menos tener mucho peso en uno u otro sentido, a saber: la interpretación que da Clausewitz mismo de Federico II y su manera de conducir las dos grandes guerras, que al fin le aseguraron la posesión de Silesia. Esta interpretación está desperdigada en las múltiples alusiones que encontramos en el *Tratado* y recopilada en el tomo X de los *Hinterlassene Werke* (ps. 29-254). Aunque no se puede fijar con certeza la fecha en que se escribió el texto, yo me inclinaría por situarlo en el período intermedio, el de la redacción que culminó en el manuscrito de 1825-1826.

Trátase de la Guerra de la Sucesión de Austria o la Guerra de los Siete Años, Clausewitz no cesa de elogiar la moderación del rey, dictada por una meditada adecuación de los medios al fin; éste, de naturaleza política, no iba más allá de la posesión definitiva y reconocida de Silesia. Por ejemplo, después de la victoria de Kesseldorf (15 de diciembre de 1745), obtenida por los prusianos sobre las tropas sajonas, Federico II y el príncipe de Lorena, señala Clausewitz, dejaron la misión de librar una batalla importante a sus respectivos subordinados sin saber si tenían que habérselas con el enemigo todo entero *(mit dem ganzen Gegner)* o, por decirlo con más elegancia, con la totalidad del ejército enemigo. Federico II, después de sus victorias, persigue las mismas reivindicaciones, no modifica sus condiciones de paz. Clausewitz comenta la conducción de la guerra de Federico en los términos siguientes: "Tanto de triunfo militar *(waffenglück)* y tanto de moderación lo condujeron a la meta *(Ziel)*;[9] la Paz de Desde se pactó el mes de diciembre, y por ella se consolidó nuevamente la posesión de Silesia.[10]

[7] VII, 19, p. 650 y p. 673 (927).

[8] VI, 8, p. 436 y p. 434 (660).

[9] El empleo del término *Ziel* en vez de *Zwech* podría sugerir que este texto fue redactado antes que Clausewitz hubiera distinguido conceptualmente entre objetivo militar y fin político.

[10] H. W., t. X., p. 41.

A continuación viene una crítica, en el sentido que tiene esta palabra en el *Tratado*, que nos parece de un alcance evidente en relación con el debate estratégico. Se pregunta por qué el rey no atacó y derrotó al principal ejército austríaco con su fuerza reunida y no marchó luego sobre Viena; habría inspirado un gran temor al gobierno austríaco y lo habría obligado a someterse a las condiciones que él quisiera dictarle *(vorschreiben)*. Reconocemos en este pasaje expresiones que Clausewitz utilizaba, desde la *Estrategia de 1804*, para designar una de las clases de guerra, aquella donde el vencedor *dicta* las condiciones de paz. El medio militar evocado —victoria decisiva sobre el ejército principal del enemigo y marcha directa hacia la capital— equivale manifiestamente a la estrategia napoleónica según la entendió siempre Clausewitz. Ahora bien, escribe, "que Federico pudo hacerlo, tanto en 1742 como en 1744 y 1745, es menos dudoso que la mayoría de las cosas en la guerra; pero debemos sopesar también las consideraciones siguientes, deducidas de las circunstancias de la época".[11]

Estas consideraciones, en número de tres, siguen la orientación de Delbrück, al menos las dos primeras. Ante todo invoca, para justificar a Federico, el modo de avituallamiento de las tropas. Los ejércitos no vivían en el país; las prácticas inauguradas por los ejércitos revolucionarios eran todavía desconocidas, inconcebibles; se las habría comparado con una devastación y habrían provocado reacciones violentas de la opinión. Con el antiguo modo de avituallamiento (almacenes, columnas de transporte), la marcha sobre Viena se volvía difícil, riesgosa. Encontramos en el *Tratado*, en el capítulo V, 14, un análisis de los diferentes sistemas de mantenimiento de los ejércitos, así como una reflexión sobre la determinación recíproca de la guerra y del sistema de avituallamiento.[12]

La segunda consideración podría denominarse económica. Los soldados costaban caro. Con una conducción más enérgica de la guerra, Federico habría perdido más hombres, habría tenido que gastar más o imponer al país enemigo contribuciones más onerosas; éstas habrían inflamado pasiones y creado nuevos escollos para la paz. Federico incluso se vanagloriaba de haber enrolado prisioneros en su ejército, eximiendo así a su pueblo de aportar un número igual de reclutas.

Viene luego la tercera consideración, de orden político. Una vez conquistada Silesia, Federico se encontraba en posición defensiva, dado que había alcanzado su fin positivo y sólo quería conservar lo que poseía. Por lo tanto no tenía razones para comprometer todos sus medios, desplegar toda su energía, o al menos sólo habría tenido razones para hacerlo en dos casos: si hubiera debido temer que los austríacos mismos lo hicieran o que sus aliados, menos hostiles que él a los austríacos, lo dejaran continuar la guerra solo en cualquier momento. Pero, continúa Clausewitz, el espíritu de la época quitaba fundamento al primer temor. Austria habría podido reconquistar cómodamente Silesia si hubiera movilizado todas sus fuerzas en el estilo que se volvió habitual desde la Revolución Francesa. En la época eso no lo pensaba la corte de Viena ni nadie: razonaban, como Federico II, calculando soldados y táleros. El segundo temor, en cambio, se justificaba. Los aliados de Federico podían desertar si Austria no era abatida. Pero Federico, al no abatir a Austria cuando ésta se deslizaba hacia la impotencia, incitaba a María Teresa a cederle Silesia, pues la emperatriz juzgaba equivocadamente que era más fácil recobrar esta provincia alemana que las ciudades de los Países Bajos que habría debido sacrificar para apaciguar a Francia. Luego, la política ofrece una salida *(Ausweg)* del atolladero, una solución de la dificultad: ¿cómo no utilizar plenamente la superioridad temporaria sin correr el riesgo de encontrarse más tarde en situación de inferioridad?

Este primer análisis me parece interesante desde varios puntos de vista. Los argumentos relacionados con la naturaleza de los ejércitos y el sistema de reclutamiento y avitualla-

[11] *Ibid.*

[12] V, 14, p. 375 y p. 369 (585): "¿Acaso la guerra determinará el sistema de avituallamiento o el sistema de avituallamiento la guerra? Respondemos: ante todo el sistema de avituallamiento determinará la guerra, en la medida en que lo permitan las otras condiciones de las que ella depende; cuando éstas comiencen a oponer demasiada resistencia, la guerra ejercerá una acción de retorno sobre el sistema de avituallamiento, y en este caso ella lo determinará a él".

miento no están claramente separados de la subordinación de las operaciones militares al fin político. La política que determina el carácter de la guerra engloba el costo de los ejércitos, el espíritu de la época, la noción de lo que es posible o conveniente. Simultáneamente, el fin político contemplado influye sobre los esfuerzos de los beligerantes y la medida de estos esfuerzos influye a su vez sobre la modalidad de retorno a la paz (negociada o dictada). La distinción entre política objetivada y decisión de lo político no está conceptualizada. Tampoco está conceptualizada por Delbrück.

Vamos ahora a la Guerra de los Siete Años y las dos campañas de 1756-1757, las únicas en que Federico gozó de una superioridad que le permitía encarar la estrategia de estilo napoleónico. Clausewitz analiza y critica extensamente la campaña de 1757. ¿Al estilo de T. von Bernhardi o el de Delbrück? A mi juicio, más bien el estilo del segundo.

Por cierto, Clausewitz admira el plan de la campaña de 1757 y se indigna contra quienes sólo ven en él arbitrariedad y arrogancia. Admira al rey por haber llevado a cabo sus empresas según sus ideas *(seinen Unternehmungen wirkliche Ideen einzuimpfen)*, pero no le atribuye la intención de una victoria de aniquilación que habría conducido a una paz dictada por el vencedor. Opone explícitamente las concepciones de Federico a las que tendría en la actualidad. Citemos el pasaje decisivo. Federico II esperaba infligir pérdidas sustanciales al enemigo y asegurarse cierta superioridad para el resto de la campaña, "quizá también encontrar la oportunidad para una batalla principal ventajosa que podría decidir enseguida el éxito de la guerra. Si la emperatriz María Teresa pierde una batalla importante *(tüchtige Schlacht)* quizá desista de sus propósitos y opte por la paz. Se ve hasta qué punto cuenta con el triunfo moral de la batalla. Sólo habla de éste, cuando piensa en la paz, y no de consecuencias físicas, o sea la conquista de gran parte de la monarquía austríaca. Según nuestra manera de pensar, es una inquietud tal la que habría debido producir la paz; pero si la emperatriz debe experimentar tal inquietud, también sería normal que el rey hablara de la posibilidad de las consecuencias de una gran victoria. Sin embargo no lo hace y probablemente no pensó ni creyó mucho en ello".[13]

En otra parte indica que el ejército austríaco se encontró encerrado en Praga a causa de los errores cometidos por sus jefes,[14] no gracias a la estrategia concebida y aplicada por Federico. En el curso de la ejecución, destaca Clausewitz, como Delbrück en su parodia de crítica de Federico II,[15] las medidas tomadas por Federico contradicen los principios napoleónicos, principalmente el de la concentración de fuerzas. Por ejemplo, advierte que un cuerpo prusiano permaneció en Königgrätz, tal vez para cubrir los depósitos o para mantener abierta la línea de defensa Königgrätz-Praga. Concluye: "Tales motivos *(Gründe)* se adecuan todos al carácter de esta época *(sind sehr im Charakter jener Zeit)*, pero muestran cómo los fines secundarios pueden ser perniciosos para la cosa principal".[16]

Un poco más adelante se pregunta por las razones de Federico para no librar la batalla de Kollin con fuerzas más numerosas, con el riesgo de reducir aún más las fuerzas destinadas a mantener rodeada Praga. Explica que no lo hizo por las condiciones de la época, por la menor importancia del número de las batallas.[17] Federico dejó 32.000 hombres al mando del mariscal Keith en la otra margen del Moldava. Tras un análisis detallado, Clausewitz concluye que este ejército tenía por objetivo cubrir Sajonia. Luego, en esta disposición, "este gran acto bélico, en este punto, se aleja muchísimo de la práctica de nuestra época. Bonaparte no habría dejado un tercio de su ejército desocupado a una hora del campo de batalla, donde podía decidirse el destino de dos imperios, con miras a un fin remoto e incierto, por temor a un mal que todavía podía prevenirse, en el peor de los casos, de otras maneras".[18]

El pensamiento de Clausewitz, en este relato, oscila entre las dos proposiciones siguien-

13 H. W., t. X. ps. 50 y 51.

14 *Ibid.*, p. 53.

15 En su pequeña obra sobre la *Estrategia de Pericles*, Delbrück muestra los errores cometidos por Federico si se toman como criterio las normas de Napoleón.

16 *Ibid.*, p. 53.

17 *Ibid.*, p. 55.

18 *Ibid.*, ps. 59-60.

tes: "Por la retirada del ejército austríaco hacia Praga, la campaña cobró un cariz que prometía al rey un triunfo totalmente imprevisto, un triunfo que habría sido comparable a las campañas de Bonaparte".[19] Pero también, por contrapartida, muestra que Federico no habría podido, pese a todo, con su ejército tal como estaba, arremeter contra Viena. Y termina: "La conclusión es que, con las antiguas instituciones militares, el abatimiento del Estado austríaco por el Estado prusiano, a pesar de todo el talento y todo el éxito de este último, seguía siendo una imposibilidad".[20]

¿Qué conclusión sacar de estos análisis si no la misma que sugiere el *Tratado?* En su plan de campaña de 1757, Federico se encuentra en la senda que conduce a la estrategia napoleónica, pero permanece pese a todo a cierta distancia. En el mismo año en que gozaba de la superioridad, no proyectó el abatimiento del Estado austríaco mediante una victoria militar de aniquilación, no contó con una victoria semejante en el campo de batalla; aun en caso de victoria, el reclutamiento y el avituallamiento del ejército no le consentían marchar sobre Viena. Entre el fin político —la conquista de una provincia— y la conducción de las operaciones, el historiador percibe una armonía que consiste en la común subordinación con respecto a la política en sentido objetivo, o sea el conjunto de las condiciones estatales.

En el momento en que Clausewitz escribe el relato de la campaña tiene plena conciencia de la distancia entre la manera de Federico y la de Napoleón, o de lo que él llama nuestra manera. Pero da la impresión de que opusiera una guerra saturada de política *(Im keinem Krieg war die Strategie so mit Politik gesättigt wie in diesem)*[21] a las guerras revolucionarias o napoleónicas, estas últimas puramente guerras. Aún no ha reconocido lo que escribe en el libro I, 1, o sea que las guerras acordes con el concepto abstracto son tales porque la política (objetivada) les da este carácter.

Más aún, escribe su relato adoptando el punto de vista de Federico, quien tenía al principio un fin positivo (quería tomar una provincia) y luego un fin negativo (conservarla). En cambio, a partir del momento en que Federico se adueña de Silesia, el fin positivo concierne a los austríacos, dado que ellos quieren recobrar la provincia. Ahora bien, en el momento en que los austríacos (1758) poseen a su vez la superioridad y el fin positivo, se abstienen de actuar, es decir de destruir la fuerza enemiga, aunque fueron incitados a la acción. Critica, pues, la conducción de la guerra por parte de los austríacos, confrontándola con el principio estratégico de la primacía de la destrucción de las fuerzas armadas. Asimismo, unas páginas antes,[22] criticando el plan de guerra de Daun, habla de "la falsa concepción que no tiene en cuenta *(ausser Acht lässt)* la cosa principal, la destrucción de las fuerzas armadas enemigas, que considera el avance sin victoria como una manera genuina de acercarse al objetivo; olvida que las fuerzas armadas que hoy podemos destruir porque se nos presenta una buena oportunidad pueden actuar mañana para destruirnos cuando la oportunidad ha pasado".

Clausewitz reconoce, pues, sin distinguirlos explícitamente, cuatro determinantes: la *organización del ejército* (en particular el modo de avituallamiento), los *hábitos y las maneras de pensar* (como el hábito de no perseguir al enemigo vencido),[23] la *importancia concedida a las plazas fuertes*, a *la maniobra*, el *repudio a librar batalla*, considerada como una aventura, la *contemplación*, por ambos bandos, *de una paz negociada*, de modo que uno alcanza sus fines sin abatir al otro.

[19] *Ibid.*, p. 54.

[20] *Ibid.*, p. 57.

[21] *Ibid.*, p. 32. En ninguna guerra la estrategia estuvo tan saturada de política como en ésta.

[22] *Ibid.*, p. 75.

[23] En los tres casos modernos (IV, 12, p. 289 y p. 272) (470) donde no hubo persecución, Gross-Görschen y Bautzen, Grossbeeren y Denmitz, Laon, encuentra razones: debilidad de la caballería francesa, mala voluntad del *Kronprinz* de Suecia, fatiga física de Blücher.

Clausewitz sólo critica explícitamente el repudio excesivo a librar batalla y opone las falsas ideas de un Daun a las de los modernos. Sugiere, pues, un principio transhistórico, la primacía de la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo.

Federico se muestra superior al adversario en la medida en que conduce la guerra con más energía, aceptando los riesgos, librando batalla (aun si no lo hace tan radicalmente como Napoleón). Esta interpretación, que enfatiza el predominio del principio de la decisión por las armas, debe ser equilibrada por la interpretación, complementaria y parcialmente contraria, del predominio de la política en su doble sentido: el fin político determina la medida de los esfuerzos necesarios (Federico sólo tiene un fin limitado) y la política objetivada —el sistema interestatal en cuanto realidad— influye a la vez sobre la elección de los fines, la organización de los ejércitos y la conducción de las hostilidades. La relación dialéctica entre la política objetiva (el conjunto de la constelación inter e intraestatal) y la política subjetiva (elección del fin) no permite decidir sin equívocos entre Delbrück y sus adversarios.

NOTA XXIII. *Schering y las dos especies de guerra*

En su primer libro, *Die Kriegsphilosophie von Clausewitz, Eine Untersuchung über Ihren systematischen Aufbau,* Hamburg Hanseatische Verlagsanstalt, 1935, Schering consagra unas decenas de páginas a la teoría de Delbrück. Tras un resumen sumario, pero adecuado de las principales ideas de Delbrück, presenta críticas que merecen examinarse.

Señala ante todo que el vocabulario de Delbrück difiere del de Clausewitz, lo cual es innegable: lo que Delbrück denomina *Ermattung* no coincide con lo que Clausewitz denomina *Ermüdung.* Pero Schering va más allá. Utiliza el capítulo VIII, 8 para demostrar que, según Clausewitz, no puede haber *Ermüdung,* o fatiga del adversario, en la guerra de la segunda especie. En ese capítulo, Clausewitz escribe en efecto que la pura negación, la pura resistencia, no puede ser jamás el objetivo de la defensa, aun en la guerra de la segunda especie (objetivo limitado). La ventaja no pertenecería al defensor sino en la perspectiva de la inversión de la relación de fuerzas. De lo contrario, el defensor, por ende el más débil, corre el riesgo de debilitarse más que el atacante si ambos sufren las mismas pérdidas.

Pero Clausewitz añade inmediatamente que la fatiga del más fuerte muchas veces ha producido la paz a causa del carácter parcial *(Halbheit)* de la guerra. Por lo tanto, la fatiga no puede ser considerada *filosóficamente* como el objetivo general y último de una defensa cualquiera, pero las guerras de la segunda especie se caracterizan precisamente por la debilidad de las tensiones. En las guerras reales de la segunda especie, esta resistencia pura puede conducir, pues, a la paz, no porque el más fuerte esté físicamente agotado sino porque está moralmente debilitado y el esfuerzo necesario no le parece justificado.

Más claramente aún, en el capítulo I, 2, Clausewitz define la resistencia pura por el esfuerzo para conservar las propias fuerzas y aniquilar no las fuerzas del enemigo sino su intención.[24] El objetivo último de la resistencia pura no es otro que el de prolongar la duración de la acción a fin de que el adversario se agote. Es cierto que Clausewitz no se expresa siempre en los mismos términos sobre el interrogante: ¿quién saca partido del tiempo? Se deduce que la resistencia pura, la voluntad de conservar las *fuerzas* y aniquilar la *intención* política del enemigo sugiere la idea que Delbrück quería expresar con el concepto de *Ermattung.*

Hemos mostrado los equívocos de la noción de maniobra en Delbrück, de las nociones de maniobra y de "estrategia de maniobras" en Clausewitz. En cambio, si es cierto que Clausewitz nunca relacionó explícitamente el principio de economía de las fuerzas con la estrategia de maniobra, no lo es menos que el más débil, a la defensiva, que quiere resistir el mayor tiempo posible para socavar la voluntad enemiga, obedece a este principio. Ello no tiene nada en común con las leyes o reglas que Clausewitz no encontró en las guerras dieciochescas.

La discusión esencial se centra, en las páginas 57-61, en la relación entre "dos estrategias" y "dos clases de guerra". La tesis de Schering se resume de la manera siguiente (p. 70): "Delbrück quiere demostrar que hay dos especies de estrategia y que la conducción de la guerra de Federico muestra que siempre se atuvo a la estrategia de dos polos. Clausewitz

[24] I, 2, p. 81 y p. 50 (228).

muestra que hay dos especies de guerra y que el rey eligió la segunda especie, la guerra sin decisión, en la última parte de la guerra, porque no le quedaba más remedio".

Schering se apoya exclusivamente en el capítulo VIII, 8, donde Clausewitz distingue efectivamente tres fases: la fase de la superioridad del rey, durante la cual ataca; la fase de la inferioridad, que le permite pese a todo ataques locales, de objetivo limitado; la fase última donde el rey está en tal inferioridad de condiciones que tiene que esperar tiempos más propicios, con la preocupación exclusiva de conservar sus fuerzas. El texto del capítulo VIII, 8 trata, como el conjunto del libro, del plan de guerra. En los capítulos 4 y 5 ha enfrentado los objetivos extremos, abatimiento a un objetivo limitado, ha explicado el tránsito de uno a otro por razones internas, de hecho por la relación actual o futura de las fuerzas. En los capítulos 7 y 8 vuelve sobre el objetivo limitado, tanto en una guerra ofensiva como en la defensa. El capítulo 7 completa el capítulo 5, en el sentido de que la limitación del objetivo militar resulta en el capítulo 5 de la insuficiencia de medios, mientras que en el 7 la naturaleza del objetivo militar parece depender también de la finalidad política. En cambio, en el capítulo 8, opone dos formas de defensa que parecen casi exclusivamente determinadas por la relación de las fuerzas, por la presencia o la ausencia de una intención positiva. En realidad, es más bien el capítulo VI, 30 el que trata de las guerras de la segunda especie.

Llegamos así a un punto decisivo. Schering distingue cuatro oposiciones, dos de las cuales no son problemáticas: guerra absoluta y guerra real; defensa y ataque. La primera oposición es de naturaleza diferente de la segunda, pues ésta concierne a dos maneras de librar la guerra, ligadas al tiempo y el espacio, que pertenecen ambos al mundo real. En cambio, la primera depende del método filosófico e interviene a cada instante en los análisis, dado que las proposiciones valen ya en el mundo conceptual, ya en el mundo real.

Schering distingue otras dos oposiciones: guerras de gabinete y guerras nacionales, dos especies de guerra. Esta última resultaría de la finalidad —abatir al enemigo o contentarse con un objetivo limitado— y no distinguiría dos tipos históricos, como la precedente, sino dos polos; la realidad se situaría siempre en algún punto intermedio, ya más cerca de uno o del otro.

¿Cuál es la relación entre los dos tipos históricos y las dos finalidades? Manifiestamente, Clausewitz escogió los ejemplos del segundo tipo de fin (limitado) entre las guerras dieciochescas y los del primer tipo de fin en las guerras de la Revolución. La organización de los ejércitos, las condiciones de avituallamiento y las relaciones políticas condicionan la elección de un fin o del otro. Aunque distintas, estas dos parejas de tipos opuestos tienden a confundirse en los análisis de Clausewitz. La interpretación clausewitziana de Federico muestra la influencia de las circunstancias sobre la manera de conducir la guerra; por ende, sobre la estrategia, por ende, sobre el fin elegido.

Lo que en cambio Clausewitz nunca conceptualizó claramente es la guerra donde se proyecta abatir al enemigo y donde éste sólo quiere aniquilar la intención hostil, o sea la estrategia de Pericles. Delbrück buscaba en la segunda clase de guerra la estrategia de Pericles. No la encontró porque Clausewitz, a partir de su definición de la guerra en cuanto tal, jamás llegó a la culminación de una idea que se atisba aquí y allá: si la defensa consiste en aniquilar la intención hostil del enemigo, ¿por qué el defensor no debería, al menos por razones políticas, atenerse a eso?

NOTA XXIV. *Federico y Pericles*

El sistema intelectual de Federico, la organización de su ejército, no rompía con las ideas o las prácticas de su época. Si se distinguen "tipos históricos" de conducción de la guerra, la conducción de Federico pertenece al tipo de la antigua monarquía más que al tipo creado por la Revolución Francesa: guerra de gabinete en medio de pueblos indiferentes y no guerra nacional con enfrentamiento de pueblos.

¿Estos dos tipos históricos pueden identificarse con las dos especies de guerra? Conceptualmente hay que responder que no; lo que distingue las dos especies de guerra es la finalidad política: abatir al enemigo para dictarle la paz o contentarse con una ventaja militar negociada para negociar la paz. Pero en los textos, si no en el espíritu de Clausewitz, se produce una confusión: al final de las guerras de gabinete la paz normalmente se negocia, mientras que en los enfrentamientos entre pueblos generalmente la dicta el vencedor. A falta de

resultados militarmente decisivos, quien ha tomado políticamente la ofensiva se contenta con acumular ventajas pequeñas. Hay, pues, afinidades por una parte, entre la especie de guerra, donde sólo cuenta la última batalla y las guerras nacionales, y por la otra, entre las guerras de gabinete y las guerras donde la victoria pertenece finalmente a quien resiste mayor tiempo y ha sabido acumular fichas a lo largo de la partida. Para la segunda especie de guerra, Clausewitz busca ejemplos en la época de la antigua monarquía.

Como Delbrück engloba con maniobra todo cuanto no es batalla, incluye en ella la acción sobre las fuerzas muertas y los recursos territoriales, materiales, indispensables para el mantenimiento y avituallamiento de los ejércitos. Salta a la vista que el bloqueo puede transformarse en un medio para abatir al enemigo (como sucedió en la guerra de 1914-18), y también la destrucción de ciudades y fábricas (como en 1939-45). Las referencias históricas ilustran la necesidad de no confundir la distinción de las finalidades con la distinción de los medios concretos. Podemos evitar largamente la batalla dando a la acción sobre las fuerzas muertas el tiempo para debilitar al enemigo que nos proponemos abatir en último término.

Al mismo tiempo aparece la no coincidencia entre la estrategia bipolar y el desgaste (o agotamiento). Tal país —por ejemplo Alemania— puede ser condenado a la busca de una victoria decisiva si quiere abatir a su enemigo. Tal otro país, en cambio —por ejemplo, Gran Bretaña—, puede emplear normalmente una estrategia de desgaste para abatir al enemigo. Entiéndase por desgaste ya el debilitamiento de la voluntad o de los medios materiales para combatir, conduce en ciertas circunstancias a una paz dictada. En sentido contrario, triunfos militarmente decisivos pueden, por razones políticas, no permitir la imposición de condiciones de paz. En un sistema interestatal de equilibrio, el vencido se crea, mediante su infortunio, aliados potenciales que disuaden al vencedor razonable de abusar de su precaria superioridad.

Por lo tanto, ni la dualidad unipolar-bipolar ni la oposición batalla-maniobra, antítesis que presentan cierta afinidad con la diversidad de los fenómenos históricos que Clausewitz toma como ejemplo, se elevan a la claridad conceptual. ¿Adónde quería llegar Delbrück? Hoy lo sabemos mejor y la lectura de la pequeña obra que compara a Pericles con Federico II habría podido y debió permitir comprenderlo.

Federico II alcanzó sus objetivos porque logró, pese a una fuerzas inferiores, no sucumbir. Terminó por dedicarse a resistir. Asimismo, Pericles, según Delbrück, concibió una estrategia que no tendía a dominar la totalidad del mundo griego —objetivo desproporcionado con las fuerzas de que disponía Atenas— sino a conservar el dominio de los mares sin pretender disputar a Esparta y Tebas el dominio de la tierra firme, en particular en el Peloponeso. Delbrück habría podido presentar su tesis última, el origen del debate estratégico, en términos políticos: no abatir al enemigo, pero agotar la voluntad enemiga de vencer decisivamente. Para retomar una expresión que he empleado en otro contexto, para ganar (o sea alcanzar el fin limitado que se había fijado) a Pericles le bastaba con no perder. Retomando una tesis sugerida por Tucídides, Delbrück quiere demostrar que Atenas finalmente perdió la guerra porque amplió el campo de hostilidades y se lanzó a campañas demasiado ambiciosas. Los textos prueban, sin dejar lugar a dudas, que pensaba en la Alemania de su tiempo, previendo en 1890, con rara perspicacia, la situación de 1914 o 1917.

"Espartanos, corintios, megarenses, tebanos, querían quebrantar la supremacía de Atenas. Atenas quería demostrarles que no eran capaces. ¿Cuál no hubiera sido la grandeza del estadista ateniente que lograra ese fin y asegurara a Atenas tres olimpíadas semejantes a las que se extienden de 444 a 432? Atenas habría debido, en ese período, mantenerse en pie de guerra como anteriormente, quizá reforzar incluso sus armamentos y prepararse para una reiniciación de la guerra a corto o largo plazo. Ello no habría impedido un florecimiento de la vida cultural. Europa vive una situación similar desde hace unos cientos de años. Dado que no es posible la aniquilación total del adversario, un período de armisticio en la fiereza *(eine Periode stolzen Waffenstillstands)* es el único objetivo que se puede tratar de alcanzar. La analogía con la Paz de Francfort y las relaciones actuales es evidente".[25]

Atenas poseía la supremacía en el mar, el Reich en tierra; en caso de guerra ninguno de ambos tenía que buscar una victoria de aniquilación, sino limitarse a desalentar la voluntad de victoria del enemigo.

[25] *Estrategia de Pericles*, ps. 79-80.

Si así pensaba Delbrück –y la posición que adoptó en el curso de la Primera Guerra Mundial no deja lugar a dudas–, ¿por qué presentó como oposición de dos métodos estratégicos lo que era oposición de dos planes de guerra o dos fines políticos? Doctrinario del equilibrio europeo, como el mismo Clausewitz, habría podido fundar políticamente la estrategia de moderación que recomendaba a su país.

Queda por saberse si Delbrück no subestimó siempre la dificultad que implica la acción recíproca o la dialéctica del duelo. Nada impide que uno de los duelistas no proyecte una victoria decisiva mientras que su adversario sí la proyecta. Según el mismo Delbrück, ésa fue la situación de la Atenas de Pericles. Pero si quien contempla una victoria decisiva tiene medios para continuar la lucha indefinidamente, aquel que se contentaría con no perder, pero cuyos recursos se agotan, termina por creer que también él necesita una victoria decisiva para evitar la derrota.

NOTA XXV. *Rosinski y la síntesis final*

H. Rosinski jamás escribió el libro que proyectaba, pero en el libro que publicó por primera vez en 1939, *The German Army* (Londres, Pall Mall), consagró dos páginas a Clausewitz y el *Tratado.* Estas dos páginas, sin revelarnos todo su pensamiento, nos indican la dirección en la cual se orientaba.

Comienza por afirmar: "*So unique was the achievement that its real significance has today only just begun to be understood, more than a hundred years after his publication... Two ideas, fatal half-truth, have particularly obscured its real greatness and significance. The idea that he merely fulfilled Scharnhorst's scattered and incomplete bequest, and the view that sees in him nothing but an exponent of 'napoleonic warfare'*".

Ronsinski presenta a continuación una "brillante inspiración" como origen de la superioridad que a su criterio posee Clausewitz sobre sus sucesores más gloriosos, Moltke y Schlieffen. Esta idea habría transformado la contundencia de sus estudios de juventud y les habría infundido la profundidad de las obras de madurez. Consistiría en la concepción del acto militar como un todo continuo y coherente que tiene por objetivo abatir enteramente el poder de resistencia del enemigo. (Escribe *total overthrow,* que obviamente traduce *Niederwerfung.*) Traduce el concepto clausewitziano *Das Ganze* (el todo) por *the whole.* Esta concepción, añade Rosinski, no habría sido deducida por Clausewitz del ejemplo de Napoleón, sino que éste se la habría confirmado.

Luego viene la evocación de las otras especies de guerra que Clausewitz jamás habría olvidado. Esta guerra tendiente a abatir al enemigo, *although it formed the realization of the "innermost nature" of war as "an act of violence" was by no means universal to war; it represented, on the contrary, a highly complex form of warfare, dependent for its realization on a number of presuppositions, which have been found combined only on very rare occasions in the course of military history. He believed in the essential superiority of that form of mobile, decisive warfare reintroduced by Napoleon; but he never lost sight of the fact that the indispensable condition for it might again some day no longer exist and that military theory must therefore envisage other less rational forms of warfare besides the ideal "napoleonic type"*. Hasta allí el análisis de Rosinski concuerda enteramente con el que yo he presentado, no sin una reserva:[26] relaciona móvil con decisivo. Ahora bien, si Clausewitz elogia la rapidez de acción –el virtuosismo de Federico, el de Napoleón en 1796 y 1814–, no insiste sobre la movilidad, en el *Tratado* no insiste tanto en la movilidad como en el carácter decisivo de las operaciones. Los franceses e ingleses (Camon y Liddell Hart) se equivocan cuando acusan a Clausewitz de ignorar las maniobras napoleónicas que preceden las batallas. Pero es cierto que el *Tratado* enfatiza el triunfo táctico, el ataque masivo, y corre el riesgo de inducir a un lector superficial a descuidar la rapidez de los movimientos y las maniobras.

Rosinski habla a continuación de los esfuerzos multiplicados por Clausewitz para conciliar la concepción de la forma absoluta con la pluralidad de las especies de guerra. Traduzco

[26] Añadiría otra reserva: el texto de Rosinski sugiere una confusión entre tipo *idéal* e *idéel.* ((Es decir, ideal en el sentido de *paradigmático* e ideal en el sentido de *conceptual. (N.d.T.)*)).

la conclusión: "La tentativa de reconciliar las otras formas divergentes de estrategia con la teoría original de la 'guerra absoluta' o 'napoleónica', que constituye el origen profundo *(deeper background)*, hasta el presente desconocido, del desarrollo de su gran obra, lo impulsó de una solución insatisfactoria a otra, hasta el momento en que no vio más salida que desistir absolutamente de la concepción original y fundamental de la guerra absoluta o napoleónica y poner en su lugar una teoría infinitamente más vasta y más flexible, capaz de englobar toda forma de guerra o estrategia concebibles".

Tal vez Rosinski piensa que la distinción de las dos especies de guerra que encontramos en la *Advertencia* constituye una de las soluciones insatisfactorias. No pienso que Clausewitz haya abandonado jamás el concepto de guerra absoluta, sino alterado su significación. Ya no constituye sino un límite y sólo responde a la lógica de una guerra considerada como lucha y violencia, separada de sus causas y sus fines políticos. Creo, pues, que la interpretación de Rosinski se aproximaría a la mía.

En efecto, él reprocha a todos los intérpretes anteriores no haber tenido en cuenta la *Nota final*, donde Clausewitz escribe que sólo el capítulo I, 1 puede servir de guía para la comprensión de su pensamiento último. Añade: "La diferencia fundamental entre este capítulo y el resto del libro fue completamente descuidada y el conjunto ingenuamente aceptado como su verdadera doctrina". En este sentido creo ser el primero, después de mi camarada de juventud, que tomó en serio el consejo de Clausewitz. sólo el capítulo I, 1, y no el libro VIII, pertenece al período final.

Rosinski alude luego a Hans Delbrück y al *Strategie Streit.* Admite implícitamente que el historiador tenía razón al afirmar la diferencia entre la estrategia de Federico y la de Napoleón, e incluso al afirmar que Clausewitz era consciente de esta diferencia. Pero según Rosinski, la interpretación de Clausewitz realizada por Delbrück carecía a tal punto de rigor que la significación real de su descubrimiento se le escapó y, lejos de esclarecer el debate, agravó la confusión. "El resultado fue una querella sin esperanza entre partidarios y adversarios de Delbrück que, aun hoy continúa, más de sesenta años después de las primeras publicaciones, siempre igualmente lejos de la verdad."

La interpretación que yo propongo se sitúa por cierto en la línea de las investigaciones de Herbert Rosinski. No tengo derecho a pensar que he escrito el libro del cual él me hablaba, en la Humboldt House de Berlín, en 1932.

NOTA XXVI. *La interpretación de E. Kessel*

Eberhard Kessel, uno de los mejores especialistas en Clausewitz e historia militar, ha publicado varios artículos que tratan de las dos clases de guerra, de la formación y evolución del pensamiento de Clausewitz. En varios puntos importantes, cambió de opinión entre los años anteriores y los años posteriores a la Segunda Guerra. Me remitiré exclusivamente a los artículos de 1953 y 1954.

En lo que concierne al sentido general de la evolución intelectual de Clausewitz, la tesis de Kessel no difiere fundamentalmente de la que yo sostengo en este libro. Clausewitz poseyó muy tempranamente ciertos elementos de su teoría (carácter de las definiciones, estrategia y táctica, destrucción de las fuerzas armadas del enemigo). En ciertos puntos, por ejemplo, la disposición de las tropas antes y durante el combate, los méritos respectivos del envolvimiento y la maniobra en líneas interiores, los textos revelan un titubeo o una oscilación antes de la elaboración, definitiva o dialéctica, del *Tratado,* donde Clausewitz se esfuerza por precisar en qué condiciones debe preferirse una u otra figura geométrica.

Subsiste sin embargo una línea general de evolución, que Kessel descubre en los temas de la fricción y la guerra absoluta, así como en las dos especies de guerra. Personalmente, yo añadiría un tercero: la dialéctica de la defensa y el ataque, tal como está desarrollada en el libro VI, es ajena al joven oficial que escribe la *Estrategia de 1804.* Con esta reserva pienso en efecto que el esfuerzo de Clausewitz se centró esencialmente sobre la *conceptualización* (más que el esclarecimiento) y que ésta sólo alcanzó su forma definitiva en el capítulo I, 1. De hecho hay que reconocer el carácter ficticio de la guerra absoluta para construir el sistema, vedar la deducción de preceptos a partir del espíritu o la naturaleza de la guerra y posibilitar la igualdad de status de las dos especies de guerra.

En cambio, dudo que el hallazgo del carácter ficticio del concepto de guerra absoluta

esté ligado, como piensa E. Kessel, al concepto de fricción. Aun si Schering se equivoca al afirmar que el capítulo sobre la fricción pertenece a la versión de Coblenza, me parece evidente que Clausewitz nunca ignoró la distancia entre la guerra vivida y la guerra pensada en el salón. La inserción de las magnitudes morales en la teoría, que se remonta a los primeros textos, implicaba, no lógica sino psicológicamente, la elucidación de lo que Clausewitz denominó la fricción. A mi juicio llegó simultáneamente a las dos ideas que al final se equilibran: el carácter ficticio de la guerra absoluta y la historicidad de todas las guerras. En tanto la guerra de abatimiento constituía la única guerra verdadera, no podía dar su plena significación a la oposición entre dos especies de guerra. Kessel, por lo demás, no tiene en cuenta la definición trinitaria y por ello no capta la culminación del sistema.

En cambio toma en serio, como Delbrück y contra su juicio anterior, la dualidad de las especies de guerra y admite que el principio de la dualidad se encuentra en la finalidad política (o sea el fin que se fijan los beligerantes). Es justo observar que la especie de guerra parece, en algunos textos (por ejemplo III, 17), determinada por la política objetivada, el conjunto de las circunstancias sociopolíticas. No escribe, como yo, que Clausewitz nunca conceptualizó claramente la distinción entre la política-*politics* y la política-*policy*, aunque por cierto admitía o suponía una acción recíproca entre ambas.

En el artículo publicado un año después, en 1954, E. Kessel aborda por tercera vez las dos especies de guerra. En el libro VIII y en las cartas al mayor Roeder, la decisión o la finalidad política determinan la especie de guerra. Por otra parte, hay una correspondencia, en general, entre la finalidad política y la magnitud del objetivo militar. Pero, y Clausewitz lo afirmó explícitamente en el capítulo I, 1, puede suceder que aun para obtener una ventaja políticamente limitada sea preciso ascender a los extremos. Más aún, para no ascender a los extremos es preciso que ambos beligerantes consientan en ello. También en este punto Clausewitz fue explícito. Lo que no escribió, y Delbrück quería leer en su pensamiento, es que uno de los beligerantes puede contentarse con un fin limitado, militar o político, cuando el otro contempla un fin militar, cuando no político, de aniquilación. Kessel vuelve sobre la guerra de 1914 y sobre la crítica delbrückiana. Alemania, según él, no podía no contemplar una victoria militarmente decisiva en 1914, aun si no tenía la intención política de aniquilar a sus adversarios. Cada cual impone su ley al otro. En otros términos, Kessel pretende que la cuestión de la segunda especie de guerra sólo se plantea donde los dos beligerantes se imponen fines limitados. De lo contrario los beligerantes, *volens nolens*, están todos sometidos a la ley de los extremos. Kessel, a mi entender, tiene razón al rechazar la relación esquemática entre objetivo militar y fin político. Quizá tiene razón al decir que el destino —la política objetivada— más que la voluntad —la decisión de los hombres— determina el carácter que cobra una guerra. Pero comete un error al olvidar que la grandeza del jefe militar o el jefe de Estado tiene la capacidad, según Clausewitz, de someter el destino a una volición inteligente.

Por último, Kessel ve en las guerras mundiales la realización de la idea clausewitziana de guerra absoluta y corrobora, con razón, que esta idea ejerció más influencia que la idea de las dos especies de guerra. En ello coincide con B. H. Liddell Hart: los hombres terminan por cumplir las ensoñaciones lógicas de los teóricos, lo cual constituye la peor manera de traicionarlos por seudofidelidad.

He aquí los estudios de E. Kessel:

"Doppelpolige Strategie. Eine Studie zu Clausewitz, Delbrück und Friedrich dem Brossen", *Wissen und Wehr*, año 12, 1931.

"Zur Entstehungsgeschichte von Clausewitz 'Werk vom Kriege", *Historische Zeitschrift* t. 152, 1935 (discusión del artículo de Rosinski).

"Zur Genesis der modernen Kriegslehre. Die Entstehungsgeschichte von Clausewitz' Werk *Vom Kriege*", *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, año 3, 1953, 9.

"Die doppelte Art des Krieges", *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, año 4, 1954, 7.

NOTA XXVII. *G. Ritter y la guerra absoluta*

G. Ritter, escribiendo en plena última guerra, se preguntaba sobre los orígenes de la catástrofe alemana y aplicaba el método de la historia de las ideas al estilo de Meinecke. Se

esforzaba por mostrar que los patriotas, los héroes de la guerra de liberación y de la reconstrucción de Prusia, vivían en un universo mental muy alejado del de los bárbaros del siglo XX. Al mismo tiempo, se esforzaba por discernir aquello que en la Prusia de Federico, en la de 1814-1815, en la de Moltke y Bismarck, en la de Guillermo II, llevaba en germen el Tercer Reich o amenazaba con conducirla a él.

En función de este objetivo y este método, el historiador alemán utiliza extensamente los textos de juventud, del período 1806-1815, las cartas a Marie, los *Bekenntnisse.* Clausewitz se destaca ante todo como un patriota intransigente, un hombre de acción. Como muchos otros, Ritter quiere mostrar la ruptura entre el cosmopolitismo del siglo de las Luces y el nacionalismo que se desarrolló como reacción ante la dominación napoleónica. A mi entender subestima, como ya lo hacía Meinecke, el realismo, el cinismo o el maquiavelismo de Federico II. Clausewitz, en este punto, no tiene tantos escrúpulos y no se toma a pecho el antiMaquiavelo del Gran Rey.

Lo que me molesta en la interpretación de Ritter, ante todo, es la utilización de dos conceptos, por lo demás clásicos en la historiografía de allende el Rin, el de idealismo alemán, el de la oposición entre este idealismo y el racionalismo de la Europa occidental. La distinción entre idea y realidad sería propia de este idealismo. En esta línea se termina por sugerir que la guerra absoluta es un ideal. Lo cual desembocaría en un curioso idealismo, el de la guerra a muerte. Clausewitz, como he demostrado, se inclinó durante cierto período por la tesis de que sólo la guerra que tiende a desarmar al enemigo es una guerra verdadera. Desechó esta tesis y, en la síntesis final, se aproxima a la tesis de la guerra absoluta en cuanto tipo ideal. De golpe, establece las relaciones entre idea y realidad comparables a las que había establecido Montesquieu, quien se hahía planteado el mismo interrogante, el de la relación entre el concepto y la realidad *histórica.* La solución que él da no reproduce la de Kant ni la de Hegel y no veo en qué sentido podría pertenecer a un idealismo alemán ajeno al racionalismo occidental.

Ritter considera la idea de guerra absoluta como el aporte original de Clausewitz, alude más frecuentemente al libro VIII que al capítulo I, 1. No menciona siquiera la definición trinitaria de la guerra. Permanece prisionero de la contradicción que sólo el estudio filológico permite superar. Por una parte, según él, el carácter político de toda guerra ayuda a comprender la diversidad de los caracteres fenoménicos de las guerras reales, exige pensar en el tipo futuro de paz aún mientras se desarrollan las hostilidades; Ritter no niega que la política, con harta frecuencia, figura en el *Tratado,* en el libro I y en el VIII, en cuanto principio moderador. Por otra parte, sostiene que el concepto de guerra absoluta es el único hallazgo genuino de Clausewitz; éste rehusaría poner estrategias ajenas al abatimiento o la aniquilación en el mismo plano. Escribe: "Si acepta la existencia, junto la conducción absoluta de la guerra,[27] de una estrategia de objetivo limitado, esta concesión debe tener una significación puramente teórica, más bien relacionada con la historia militar, antes que una significación práctica".[28] La verdad es exactamente la contraria.

G. Ritter, a mi entender, al poner en el mismo plano los textos del libro VIII y los del capítulo I, 1, al renunciar a la elaboración de la síntesis final, se resigna a la contradicción que atribuye a Clausewitz en cuanto personalidad intermedia, representante de un período de transición. El error del historiador proviene de su negativa a distinguir entre teoría y doctrina. En cuanto teórico que observa la diversidad histórica de las guerras, Clausewitz toma como objeto la comprensión de por qué las guerras, según las épocas, ascienden al extremo o descienden a la observación armada. La definición trinitaria, completa, de la guerra, resuelve íntegramente el problema teórico. Según los casos, el papel respectivo de los tres elementos, presentes en toda guerra, varía. La política objetiva puede determinar guerras absolutas y la política subjetiva —inteligencia del Estado personificado— debe percibir exactamente el carácter del conflicto. Pero la mayoría de las veces, al menos en Europa, esta misma inteligencia ha sabido mantener una proporción entre lo que está en juego y lo que se apuesta, entre los gastos bélicos y los fines contemplados. Por último, en lo que

27 La expresión de Ritter *absolute Kriegführung* es engañosa; se debe escribir *Führung des absoluten Krieges.*

28 *Staatskinst und Kriegshandwerk,* t. I, ps. 86-87, Munich.

concierne al porvenir, titubea entre dos perspectivas: las guerras seguirán siendo cosa de toda la nación, no se levantarán las barreras de la costumbre, derribadas por la tormenta, pero no todas las guerras futuras reproducirán los excesos de las guerras napoleónicas.

El sistema del teórico no implica contradicciones y Clausewitz, cuando escribe el *Tratado,* es esencialmente un teórico: no el doctrinario de ninguna especie de guerra, sino el teórico de la diversidad de las guerras. ¿Ignoró las pasiones populares, el potencial revolucionario del armamento del pueblo, las dificultades del entendimiento político para dominar las pasiones desencadenadas, como le reprocha Ritter? La crítica me parece sorprendente. ¿Cómo habría podido ignorar Clausewitz, después de la experiencia de las guerras que había vivido, que el entendimiento político, como él mismo escribe, a veces no atina a encauzar las pasiones populares?

En 1941, Ritter ve en Clausewitz un "idealista auténtico", "imbuido de una fe victoriosa en el poder de la razón", "heredero del racionalismo del siglo XVIII".[29] En cierto sentido, Ritter no se equivoca: Clausewitz es un racionalista del siglo XVIII, pero no creo que haya estado tan seguro de la omnipotencia de la razón. Creo que hacia el fin de su vida creía —y con justicia— que sólo la soberanía de la inteligencia política podía moderar las guerras, pero que las tensiones revolucionarias y las pasiones populares siempre amenazaban con desbordar. En otros términos, no desesperó de la restauración del equilibrio europeo y la coexistencia de los Estados rivales dispuestos a aceptarse mutuamente. Tuvo razón durante un siglo. La guerra de 1914 suscitó una de las eventualidades que él había concebido: las hostilidades mismas alimentan odios que tal vez no existían antes que ellas estallaran.

# SEGUNDA PARTE

**Introducción**

NOTA XXVIII. *Discusión de Schering*

Una discusión detallada de los libros de Schering nos llevaría demasiado lejos. Schering, en algunos de sus libros, manifiesta sentimientos o expresa ideas típicas de un nacional-socialista. Por ejemplo, en la *Wehrphilosophie* ataca a Spinoza por judío. Pese a todo sería un error desechar el conjunto de su interpretación de Clausewitz como si estuviera sistemáticamente deformada por sus pasiones partidarias.

Es indudable que acentúa ciertos elementos del pensamiento de Clausewitz que se adecuaban a la atmósfera del Tercer Reich. Subraya el irracionalismo (algo cuando menos discutible), la audacia necesaria, la apuesta, y deja en la sombra la autoridad superior de la política, por ende, del entendimiento, y no de la sensibilidad. Pero dejando de lado este aspecto de los libros de Schering quisiera precisar mis objeciones al sistema que él reconstruyó.

La primera objeción apunta al método. Por una parte, Schering, habiendo consultado el conjunto de los archivos, confirma y precisa hipótesis, formuladas anteriormente, sobre las fechas de redacción de los diferentes capítulos que componen el *Tratado.* No deduce ninguna consecuencia. Cuando interpreta, cita indiferentemente frases tomadas de cualquier capítulo, aunque él mismo insiste en que Clausewitz conceptualizó ciertas ideas esenciales en una fecha tardía. Más aún, no establece diferencias entre el libro VIII, manifiestamente inconcluso, y el capítulo I, 1. De modo más general, se niega a ver la principal dificultad, la incertidumbre evidente: la conciliación entre las implicaciones de la guerra en cuanto tal (principio de aniquilación) y las implicaciones de la supremacía de la política (la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo no es siempre necesaria ni deseable).

Para revelar las articulaciones del sistema, Schering distingue por último tres temas principales, cada cual subdividido en tres en función de las tres tendencias de la extraña trinidad. El tema de las *leyes* se subdivide: A1) La oposición entre la guerra absoluta y la guerra real, la "ley suprema". A2) La ley de probabilidad. A3) La ley que se impone al enemigo y las leyes de la dinámica. El tema de la relación *medio-fin* se subdivide: B1) Ataque y defensa. B2) Doble especie de guerra, política y guerra. B3) Fricción, punto culminante del ataque, la teoría en cuanto consideración racional. El tema de las *magnitudes morales* se subdivide: C1) La atmósfera de la guerra, el genio guerrero. C2) Los principales potenciales morales. C3) La acción recíproca de los factores morales y físicos. De allí resultan los doce casos en los cuales Schering inserta los diferentes capítulos del libro, y cada uno de los tres temas (leyes, medio-fin, magnitudes morales) es tratado en sí mismo antes de las tres subdivisiones.

El tema A, el de las leyes, permite a Schering introducir la oposición que preside el conjunto del sistema, el de guerra absoluta y guerra real. Me parece poco razonable poner en el mismo plano del análisis relaciones entre concepto y realidad, entre guerra absoluta y guerra real, por una parte, y las diversas clases de leyes, por la otra. El orden lógico es inverso: a partir de la relación concepto-realidad se aclaran los diversos usos, poco coherentes, del con-

cepto de ley.[1] En todo caso, la dialéctica del concepto y la realidad difiere *esencialmente* de la dialéctica del medio y del fin o de las fuerzas morales y las fuerzas materiales. Estas dos últimas dialécticas se sitúan *en* la realidad. En cuanto a la dialéctica del ataque y la defensa, merece la misma autonomía que las otras dos dialécticas *reales*, no se reduce a un capítulo de la relación medio-fin.

El análisis de la relación entre el concepto y la realidad *precede* las tres parejas conceptuales porque sólo ella permite comprenderlas. No se sitúa en el mismo nivel. Hay que haber comprendido el carácter irreal de la guerra absoluta y el ascenso a los extremos para interpretar las proposiciones que deduce Clausewitz del concepto de guerra absoluta. Esta precaución se vuelve más indispensable teniendo en cuenta que antes de 1827 Clausewitz no daba su sentido pleno a la subordinación de la guerra real a la política y, en consecuencia, enfatizaba la ley suprema y el principio de aniquilación más de lo que correspondería según la lógica de la síntesis final.

Más aún, y es la objeción más grave, Schering falsea deliberadamente la extraña trinidad. El primer elemento, odio, hostilidad, que surge más bien del pueblo, Clausewitz lo denomina también *elemental* porque lo cree predominante entre los pueblos bárbaros y presente aun entre los pueblos civilizados. Pero el ascenso a los extremos también es llamado una ensoñación lógica. Resulta de una representación abstracta de la lucha, en que los adversarios llegan al límite de la violencia. El concepto de guerra absoluta se desprende de esta imagen simplificada. En otros términos, de las dos definiciones de la primera tendencia de la extraña trinidad, lo *elemental* y el *concepto puro*, alejado de lo real, Schering elige la primera, y así sobrestima el alcance del concepto inicial de guerra (la definición que sólo implica la prueba de fuerza entre dos voluntades).

La definición de la segunda tendencia, que él bautiza "de la modificación y de la dependencia", tampoco es correcta. Todas las guerras reales están modificadas respecto de la guerra absoluta, todas dependen de su origen y su fin. La segunda tendencia no está constituida por la modificación ni la dependencia (aunque ellas condicionen toda guerra real) sino por ciertos caracteres de la realidad bélica, la fricción, el azar, la incertidumbre de todos los factores, la influencia del tiempo y el espacio, que obligan al jefe, en el sentido militar del término, a apostar. Clausewitz opone este juego, característico del jefe militar, a la inteligencia del jefe de Estado. Schering presenta como una "tendencia" intrínseca de la guerra "la modificación y la dependencia", que designan el tránsito de la guerra abstracta a la guerra real. Cita como tercera tendencia la del libre juego, que figura segundo en la extraña trinidad, y en consecuencia omite la tercera, lo transforma en instrumento de la inteligencia. Un poco más adelante menciona la política, pero la pone en segundo lugar; distingue *naturaleza de la lucha, naturaleza de una acción política, naturaleza de la libre acción, de la libre audacia.* Así invierte deliberadamente el orden introducido por Clausewitz entre la actividad del jefe militar y el jefe de Estado (p. 31).

Sin discutir cada uno de los capítulos consagrados respectivamente a cada una de las tres tendencias, digamos unas palabras sobre uno de los errores o deformaciones más frecuentes. La ley más alta de la destrucción del ejército enemigo se deduce de la naturaleza de la lucha entre los Estados, los luchadores, cuya violencia natural se expresa por intermedio de fuerzas armadas. Aunque sólo acentúe la guerra absoluta, escribe Schering, existen leyes para Clausewitz, y leyes que constituyen objeto del conocimiento, a saber: las leyes de la naturaleza. Semejante expresión es por lo menos equívoca; estas leyes, en verdad, no se aplican a la realidad sino a una naturaleza abstracta, al concepto puro de lucha o violencia. Como la naturaleza clausewitziana, según es frecuente en el pensamiento dieciochesco, oscila entre el concepto y la realidad, estas leyes son leyes de la naturaleza (abstracta), pero no leyes naturales en el sentido moderno del término.

Este equívoco (p. 38) reaparece en la utilización que hace Schering del concepto de *Geschehen*, que él opone al de acción *(Handeln)* para designar a la vez la acción instintiva, elemental, no subordinada a la relación intelectual medio-fin, y, según el sentido ordinario de la palabra, lo que sucede, los acontecimientos, el desarrollo real de las hostilidades. Schering quiere llegar a la conclusión que figura al final del capítulo (p. 51). Todas las leyes, incluida la "ley original" o "ley general natural del combate", serían inmanentes al *Gesche-*

[1] Por esa razón reservamos su estudio para la tercera parte.

*hen,* expresarían la naturaleza propia de las cosas; leyes que constriñen, leyes no del *sollen* (deber hacer) sino del *müssen* (sufrir la necesidad). Esta necesidad, dado que se refiere a una naturaleza abstracta, irreal, de hecho pasa a ser, para el actor, condicional.

Si uno quiere tomar la senda de las grandes decisiones, el otro perderá la partida si elige caminos indirectos. En este sentido, cada uno de los luchadores impone eventualmente su ley, es decir, en este caso, la ley suprema; por este rodeo, la ley expresa un constreñimiento. Pero la ley suprema no impone un constreñimiento a los duelistas en cuanto tales, aunque cada cual pueda imponerla al otro. No es una ley del *Geschehen,* salvo del *Geschehen* librado al dinamismo ciego del odio o la violencia. En la guerra real, la necesidad es creada en ciertas circunstancias por la realidad política, la magnitud de lo que está en juego o las pasiones populares, las tensiones. Deja a los actores inteligentes la oportunidad de dominar los acontecimientos siempre que ambos lo deseen.

## Capítulo IV

### NOTA XXIX. *La* Fórmula

La célebre *Fórmula* –la guerra continuación de la política por otros medios– ha sido objeto de tantos comentarios que haría falta un libro o, al menos, un largo artículo para reseñar las diversas interpretaciones y discutirlas.

Empecemos por interrogarnos sobre la importancia de la idea: muchos historiadores consideran trivial, obvia, la idea o la fórmula, y se asombran de que Clausewitz vuelva tan a menudo sobre ella. Hasta G. Ritter,[1] en el capítulo escrito durante la guerra 1939-45 sobre Clausewitz, parece creer que de las dos ideas rectoras del *Tratado*, guerra absoluta y unidad de la guerra y la política, la primera y no la segunda constituye el aporte de Clausewitz y, en todo caso, es la que ejerció más influencia sobre el pensamiento alemán.

Es indudable que la idea de guerra absoluta o el principio de aniquilación interesaron al estado mayor mucho más que la supremacía de la política sobre el instrumento militar. En efecto, lo que G. Ritter llama la unidad esencial de la conducción de la guerra y la política implica la supremacía del representante del Estado sobre el representante del ejército cuando ambas funciones no son cumplidas por un solo hombre. Pero el rechazo obstinado de esta idea por los responsables militares demuestra que ella tiene implicaciones considerables, aun admitiendo que la coordinación de las operaciones y los proyectos políticos siempre plantea, en la historia, problemas arduos, resueltos de una manera o de otra, en función de la fuerza de las personalidades y de la naturaleza de la guerra.

Por otra parte, si, como pretende Ritter, la idea era trivial en la época, trillada en la literatura militar, si Boyen, Scharnhorst e incluso Rühle von Lilienfeld[2] también la formularon, ¿por qué la insistencia de Clausewitz? ¿Por qué en las cartas al mayor Roeder recuerda que esta idea, ignorada por la mayoría de quienes escriben sobre asuntos militares, es la única que permite abordar la teoría estratégica? ¿Por qué escribe en la *Advertencia de 1827* que revisará todo su libro a la luz de esta idea (y también de la idea de las dos especies de guerra)? Nadie puede encontrar la respuesta a menos que se interne en lo que Ritter denomina con cierta ironía la *Clausewitz philologie.*

La Prusia de Federico II no ignoraba las relaciones entre la diplomacia y la conducción de la guerra; muchos fueron los contemporáneos de Clausewitz que atribuyeron más a causas políticas que militares el triunfo de los ejércitos revolucionarios. F. von Gentz lo escribió, y también Scharnhorst, y el capítulo primero del libro, tal como podemos imaginarlo por la referencia del libro VIII, reflexionaba sobre esta concepción corriente. Hay que tener en cuenta la situación política de los aliados, de los neutrales, de los intereses divergentes

[1] En el libro citado *Staatskunst und Kriegshandwerk,* Munich, Oldenburg, 1953 (2da. ed., 1959).

[2] Se encontrarán los textos en las notas del libro de Ritter, especialmente la nota 6 de la p. 129 (en la p. 348 del libro) y nota 4 de la p. 211 (p. 369 del libro).

de unos y otros en el momento de trazar el plan de guerra. ¿En qué consiste, pues, el hallazgo de Clausewitz o lo que se ha considerado un hallazgo?

Entiendo que la respuesta surge de la comparación entre los relatos de las campañas, escritos antes de 1827, y los textos del libro VIII y sobre todo del capítulo I, 1. Ya no se trata de oponer las guerras donde interviene mucho la política a aquellas que no parecen politizadas. Se trata de reconocer dos proposiciones fundamentales: las guerras moderadas a la manera dieciochesca o las guerras de estilo napoleónico son igualmente políticas; unas y otras expresan, en su diversidad, la diversidad del comercio entre los Estados según las épocas. Las guerras a muerte, de estilo napoleónico, parecen pura guerra, mientras que las del Rococó son ante todo políticas. Pero unas no son menos políticas que otras.

De este primer sentido deriva el segundo: la política, en la acepción subjetiva de inteligencia del Estado personificado, conduce la guerra porque ésta no es más que un instrumento; la política se vale de cañones o de notas; recurre a la violencia tanto como a la palabra. Lo que Ritter no comprende, además, es que la guerra absoluta no es un ideal[3] sino un tipo ideal, o una verdad ideal cuya significación sólo surge a la luz de las dos acepciones de la fórmula clausewitziana: el tipo de política objetiva determina el tipo de guerra, la política subjetiva dirige tanto los ejércitos como la diplomacia. G. Ritter cree incluso que se puede oponer la originalidad de la "guerra absoluta" a la trivialidad de "la unidad de la política y de la conducción de la guerra". No comprendió lo esencial de la síntesis final por no haber analizado suficientemente las diferencias entre el libro VIII y el capítulo I, 1.

Este primer problema —¿la idea de la guerra, continuación de la política por otros medios, es trillada u original?— implica, pues, la solución, válida para el conjunto de la obra; la contribución esencial del *Tratado* consiste en la elaboración rigurosa, la organización de los conceptos. Si elevamos el *Tratado* al plano donde se desarrolla la historia de las ideas, Clausewitz ya no aparece como el portavoz, el defensor de temas clásicos o corrientes. El historiador de las ideas, sin rigor filosófico, termina por no encontrar originalidad sino en ideas que el autor mismo jamás profesó, que no constituyen sino elementos del conjunto.

El segundo problema clásico se relaciona con las implicaciones de la continuidad entre guerra y política. ¿Hay que inferir que toda política es conflicto? Si nos remitimos a los textos de juventud, a las cartas, a lo que escribió durante el período de acción, responderemos que considera las relaciones interestatales esencialmente conflictivas. Pero al definir la guerra por la violencia creaba una separación rigurosa entre paz y guerra; la comparación con el comercio inclina el espíritu hacia una concepción semejante. El capítulo VI, 6 revela, en definitiva, a un hombre del siglo XVIII, un doctrinario del equilibrio europeo (o de la tendencia al equilibrio)'

La inversión de la *Fórmula*, frecuente en nuestra época, supone que se emplea la violencia en tiempos de paz —lo cual es incompatible con el pensamiento de Clausewitz— o que se contemplan los mismos fines en tiempos de paz que en tiempos de guerra —lo cual está reñido con una política de conquista—.

## NOTA XXX. *F. von Gentz*

La lectura de F. von Gentz, tanto del tomo II de sus *Obras selectas* como el tomo IV, me ha resultado muy instructiva. En el tomo II el editor reprodujo el ensayo titulado *Sobre el origen y el carácter de la guerra contra la Revolución Francesa.* La influencia de Edmund Burke, a quien F. von Gentz tradujo al alemán, se manifiesta con evidencia. Gentz, como muchos de sus contemporáneos, como el mismo Clausewitz, explica por la Revolución las victorias de Francia (II, p. 308) y las transformaciones del arte de la guerra (II, ps. 345-350). La Revolución enriqueció la economía política con un nuevo capítulo (II, p. 334). Prevaleció "por el entusiasmo revolucionario, por el refuerzo revolucionario de los ejércitos, por el desarrollo revolucionario de los talentos militares, por los recursos pecuniarios revolucionarios en dinero, por la inmoralidad revolucionaria, por la propaganda revolucionaria, por un sistema bélico revolucionario" (II, p. 355). Este análisis, escrito en tiempos de las victorias de la Revolución, está inspirado en las mismas ideas que un texto sobre el equilibrio europeo

3 P. 370 (nota 5 de la p. 211).

redactado en los primeros días de abril de 1806 (*Del verdadero concepto de un equilibrio europeo. Fragmente aus der neuesten Geschichte des politischen Gleichgewichts in Europa*, t. IV, p. 42 y ss.). El parentesco intelectual entre Gentz y Montesquieu, Gentz y Clausewitz, se manifiesta allí en forma rotunda. El sistema del equilibrio europeo consiste en un sistema de contrapesos. Si Gentz recrimina a los franceses que usen la división de Polonia como justificación de sus propias ambiciones, de hecho ve en esta división un acto contrario al espíritu de la política europea. Esta tiene por principio no tolerar jamás que un solo Estado alcance una potencia tal que la coalición de los demás no pueda resistirlo. Es preciso que la mayoría de los Estados sea capaz de reducir a cualquier Estado contando sólo con sus fuerzas. Cuando un Estado ha llegado a un grado de poderío tal que tendría los medios para resistir a la alianza de sus vecinos o la comunidad de los otros Estados, debe ser tratado como enemigo de la comunidad entera. Gentz reconoce que no existe, por encima de los países independientes, ni poder ejecutivo ni poder judicial, pero el sistema de equilibrio ha creado algo que se le aproxima bastante. Desde comienzos del siglo XVI, el sistema de equilibrio ha descartado el peligro de una monarquía universal o de un Estado único que dicte sus leyes a Europa. Hasta fines del siglo XVIII ha permitido la supervivencia de todos los Estados que lo integraban. Desde entonces se corrompió porque las guerras lo destrozaron y su espíritu se alteró.

Agreguemos que a propósito de la Paz de París de 1815 Gentz adopta posiciones moderadas, cercanas a las de Clausewitz después de Waterloo. Se niega a lamentar que Alsacia y Lorena no hayan sido arrebatadas a Francia (IV, p. 332). Convenía restaurar políticamente a Francia, reconciliarla con Europa (p. 339). A los Borbones jamás les habrían perdonado la pérdida de esas provincias. Además pertenecían a Francia desde la Paz de Westfalia y Francia no había sido peligrosa para Europa en el siglo XVIII. En el texto anterior del tomo II, sobre las guerras contra la Revolución Francesa, le indignaba que los gobernantes de la República tuvieran el impudor de fundamentar los derechos de Francia sobre Alsacia en la voluntad de los habitantes y no en el tratado de Westfalia.

NOTA XXXI. *La influencia de Kant*

Mlle. Steinhauser, en la introducción y las notas que redactó para la traducción francesa de escritos y cartas de Clausewitz, insiste reiteradamente en la influencia de Kant; propone un paralelo sugestivo con la experiencia vivida de Heinrich von Kleist. No quiero negar la influencia del pensamiento kantiano, comúnmente admitida por los historiadores porque Clausewitz frecuentó, en Berlín, los cursos de Kiesewetter. Pero adoptó un punto de vista que no es igual al del historiador de las ideas.

Desde luego, Clausewitz vivió en el universo intelectual donde se mezclaban el pensamiento de los poetas (Goethe, Schiller), los teóricos del arte (T. Lessing) y los filósofos (especialmente Kant). Desde la *Estrategia de 1804* y el artículo de *Neue Bellona* aparecen los lineamientos del sistema y más aún del método, la busca de definiciones, el delineamiento del objeto según sus articulaciones naturales, el contraste entre la especulación de los estrategas que presumen de sabios y la experiencia vivida del combate. ¿Hay que atribuir a la influencia de la *Crítica de la razón pura* alguno de estos temas, el espíritu de su desarrollo? La discusión sobre el papel respectivo del azar y la voluntad se encuentra en todos los escritores militares de la época. También son característicos de la época los equívocos sobre el concepto de naturaleza que subsisten en el *Tratado*. Pero en materia de estética, las observaciones de Clausewitz no implican una lectura de la *Crítica del juicio*.

No excluyo esta lectura, pero tampoco creo en ella. El joven e inculto oficial de Neu Ruppin leía a los escritores militares y políticos, habría sido incapaz de comprender una u otra *Crítica*. El alumno de la Academia Militar habría podido leerlas, y también el edecán del Príncipe Augusto, pero nada indica que lo haya hecho. Ninguno de quienes tuvieron acceso a los archivos de la familia encontró huellas de esa lectura.

El gusto por las definiciones, la búsqueda de nociones abstractas, todo lo que él asociaba con la edificación de una ciencia, no supone el conocimiento de la filosofía kantiana en sus caracteres específicos.

La confusión de fisolofía y ciencia en la edificación de un sistema conceptual no deri-

va de la *Crítica de la razón pura.* Esta confusión surge más bien de la idea corriente de la filosofía natural asimilada a la ciencia.

Los historiadores suelen citar un pasaje de las memorias del general von Brandt *(Aus dem Leben des Generals der Infanterie z. D. Dr. Heinrich von Brandt,* Berlín, E. S. Mittler & Sohn, 1870, 2da. parte, p. 103). Brandt refiere una conversación en el cuartel general del mariscal von Gneisenau, en Posen, en 1831, sobre teología. La habría caracterizado como un proceso histórico, un momento en el desarrollo progresivo de la especie humana. "Los otros interlocutores habrían criticado vivazmente esta definición, el general von Clausewitz con particular vehemencia, tan luego él, que hubiera debido expresar su asentimiento en cuanto discípulo y alumno de Kiesewetter, quien le había enseñado la filosofía de Kant, en verdad muy diluida y en dosis homeopáticas, por así decirlo."

No veo qué conclusiones se pueden sacar de esta observación: Clausewitz siguió los cursos de Kiesewetter, nadie lo duda. ¿Por lo tanto es kantiano? ¿Y en qué sentido? El relato de Brandt no aporta ningún argumento en ningún sentido. ¿Un discípulo de Kiesewetter habría tenido que aprobar la definición que da Brandt de la teología? Las escasas líneas del texto no permiten elucidarlo.

Agreguemos que Brandt reconoce, en otro pasaje, los méritos excepcionales del estratega *(Ibid.,* p. 107): "El general captaba al vuelo, por así decirlo, lo que los historiadores, más tarde, terminaban por reconstruir penosamente, lo que los escritores militares, tras largos estudios, han presentado como la quintaesencia del saber militar. El destino le negó, lamentablemente, la oportunidad de demostrar su talento en una actividad elevada, pero tengo la firme convicción de que como estratega habría resultado francamente excepcional". Brandt añade que Clausewitz se habría encontrado menos cómodo en el campo de batalla, pues no poseía el arte de exaltar a las tropas, en parte porque no estaba demasiado habituado al mando.

NOTA XXXII. *Naturaleza de las relaciones interestatales*

Si A. Rappoport sólo ve en la subordinación de la guerra a la política una incitación a la prudencia —el general capta un fragmento del conjunto, la política abarca la totalidad—, Eric Weil[4] interpreta esta fórmula célebre en el sentido contrario, y de manera tan radical como el profesor norteamericano. Pienso que está más cerca de la verdad, aunque no tenga razón del todo; en cualquier caso arroja luz sobre una de las tendencias profundas del pensamiento clausewitziano.

Recordemos ante todo que los intérpretes alemanes no esperaron a A. Rappoport para concebir la posibilidad de invertir la célebre fórmula: si la guerra es la continuación de la política por otros medios, ¿por qué no decir también que la política es la continuación de la guerra por otros medios? Rothfels, en su obra clásica, cita (p. 75) una frase de Dilthey *(Deutsche Rundschau,* año 27, cuaderno 8, p. 215), que escribe a título de comentario: "La paz misma no es sino la continuación de la guerra con otras armas". Fórmula que, en cierto sentido, está lógicamente implícita en la fórmula clausewitziana: ésta supone que la política comporta una rivalidad entre los Estados en tiempos de paz (rivalidad por lo menos comparable a la de los comerciantes). Aun así, no deja de existir una distinción radical entre paz y guerra, basada en el empleo o no empleo de la violencia. El texto célebre de Montesquieu, el deber de los Estados de hacerse en tiempos de guerra tan poco mal como sea posible, en tiempos de paz tanto bien como sea posible, parte manifiestamente de una inspiración muy diferente: si los conflictos armados son inevitables, que al menos los beligerantes reduzcan los estragos y no olviden su destino común.

¿Cómo situar el pensamiento de Clausewitz entre la interpretación que sugiere Dilthey con la inversión de la fórmula y las ideas de Montesquieu? Según la lógica rigurosa del sistema, la guerra, en cuanto instrumento, *condiciona* la acción del jefe de Estado; la política, en tanto determina el fin, se sirve de la guerra como un medio. El *condicionamiento* difiere esencialmente de la relación *medio-fin.* Lo mismo ocurre con la relación entre táctica y es-

[4] En su artículo "Guerre et Politique selon Clausewitz", en *Revue française de sciences politiques,* t. V., 1955, reproducido en *Essais et Conférences,* t. II, París, Plon, 1971.

trategia, batalla y guerra: la estrategia *utiliza* la guerra como un *medio* o un material, pero no alcanza sus fines sino mediante los triunfos tácticos o la batalla (real, posible o simulada). ¿Podemos ahondar la aproximación que hace Rothfels *(op. cit.,* p. 75) y afirmar que la guerra decide todo en política como el combate decide todo en la guerra? Clausewitz nunca usó semejantes expresiones. Pienso que habría admitido que las relaciones entre los Estados se refieren permanentemente a la guerra como a un acontecimiento posible, así como toda la actividad bélica se refiere al combate. ¿La capacidad de hacer la guerra decide la suerte de los Estados, así como la capacidad de obtener la victoria en el campo de batalla decide el resultado de la guerra? Siempre que se precise el sentido de la expresión "suerte de los Estados", podemos admitirlo. El caso de Polonia ilustra la idea: no podemos exigir a los otros Estados que garanticen la supervivencia de uno que ha perdido la capacidad de defenderse.

En otros términos, no hay mayor dificultad en reconocer que el medio de un fin condiciona el fin, así como el fin orienta y determina el empleo del medio. Como medio efectivo de la política, la guerra condiciona la conducción de la política durante las hostilidades; durante la paz constituye también una *condición* de la política, intrínseca en la medida en que ésta debe prepararse para la prueba de fuerza eventual.

Queda la incertidumbre esencial: ¿Clausewitz concebía las relaciones entre los Estados como *esencialmente* conflictivas? ¿Acuerda a cada Estado el derecho a defenderse por todos los medios y hasta el límite sus intereses? ¿Qué papel otorga a las reglas u obligaciones del equilibrio, a los intereses del conjunto, de la comunidad estatal? No creo que podamos optar dogmáticamente por una u otra respuesta. El alega que un Estado que emprende conquistas excesivas provoca una coalición a la cual termina por sucumbir. Conserva del Siglo de las Luces la idea de una tendencia al equilibrio europeo, aunque ya no lo reduzca al juego sutil de los gabinetes. Advierte, en su época, la continuación del movimiento histórico hacia naciones-Estado orgánicamente constituidas. Las naciones mismas, y no sólo los gabinetes, reaccionarán ante una tentativa de monarquía universal. La empresa francesa deriva de ventajas intrínsecas que poseía Francia desde Luis XIV y de la movilización de todas las fuerzas nacionales por la Revolución y el genio de Napoleón. Clausewitz llega con toda naturalidad a una concepción de la historia europea y el equilibrio europeo comparable a la de L. von Ranke.

¿Es preciso decir, como Eric Weil, que Clausewitz postuló el principio de la superioridad de la defensiva *en política?* Clausewitz considera la defensiva la forma más fuerte *con fin negativo.* Aplicada a la política, una fórmula semejante significa que normalmente es más fácil preservar un bien —el territorio— que ampliarlo, lo cual es cierto. No se puede concluir que siempre hay que contentarse con lo que se tiene, lo cual equivaldría a suponer que Clausewitz condena las conquistas de la Prusia de Federico II. De hecho, E. Weil pasa por sí mismo a otra idea: aunque ofensiva, una guerra debe fijarse fines limitados.[5] Aludiendo a las guerras de 1866 y 1870, E. Weil escribe que la primera podría interpretarse como una guerra de intención política defensiva y la segunda como formalmente defensiva por parte de los prusianos. No pienso que estas sutilezas concuerden con el espíritu clausewitziano. Bismarck, en 1866 como en 1870, tenía una intención política positiva, quería imponer la supremacía de Prusia en Alemania y, con el impulso de una guerra contra Francia, crear el imperio alemán. En este sentido Clausewitz no habría tenido ninguna dificultad en reconocer la intención positiva, luego ofensiva, de Bismarck. Pero éste, como Federico, conservó la moderación, no alzó contra él al conjunto de los Estados o los pueblos europeos. Por el contrario, es lícito decir que Clausewitz prefiere políticamente la segunda especie de guerra a la primera, o sea las guerras que no trastocan el equilibrio europeo, aunque en 1870 se requiriera una victoria militarmente decisiva para quitar una provincia a Francia y dar al rey de Prusia la corona imperial. (La proporcionalidad entre el costo y lo que estaba en juego no excluye que hubiera que pagar un precio militarmente elevado por una apuesta políticamente limitada.)

[5] Se equivoca al usar el concepto de guerra grande para designar las guerras de tipo revolucionario o napoleónico. En el vocabulario de Clausewitz, toda guerra librada por los ejércitos es una guerra grande.

E. Weil escribe que Federico II sólo interesa a Clausewitz en la segunda parte de su carrera,[6] llegando al punto de insinuar (en verdad no podía hacer más) "que Federico II, como agresor, habría sido derrotado si no lo hubiera salvado la incapacidad del comandante en jefe del ejército austríaco". Estas hipótesis me parecen absolutamente arbitrarias. Clausewitz admira a los tres jefes militares-jefes de Estado, Carlos XII, Gustavo Adolfo y Federico, los tres ofensivos políticamente; admira a Federico por haber limitado sus ambiciones y haberse propuesto fines proporcionales a sus medios. En efecto, dependía de Daun que Federico fuera vencido porque después de Kollin, y también en 1760 o 1761, los austríacos disponían de una superioridad aplastante. Menciona reiteradamente las campañas defensivas de Federico porque son típicas, radicalmente distintas de la defensiva rusa de 1812, así como la conquista de una provincia como Silesia es típica y se opone a las conquistas ilimitadas de Napoleón. La única antítesis, en materia política, que resuelve claramente los escritos de Clausewitz es limitación e ilimitación de los fines, y no puede confundirse con "acumulación de las fichas" y "decisión radical". Los resultados de la guerra de 1870, políticamente limitados, exigían una decisión militarmente radical.

NOTA XXXIII. *Nota sobre Eric Weil. Precedencia de la política interna*

Eric Weil sostiene, asimismo, la tesis de la "precedencia" de la política interna. La tesis, atinada en un sentido, comporta ciertos equívocos. Es irrefutable que, según Clausewitz, la Revolución constituye el "hecho fundamental" y que "por ella hay que dar cuenta de la revolución estratégica, simple consecuencia del viraje político" (*Essais et conférences,* II, p. 237).[7] A la luz de esta experiencia podemos admitir la frase: "La política decide todo, pero, por recurrir a una expresión cómoda aunque no exenta de inconvenientes, la política interna". Muchas veces he retomado en el texto la idea de que la naturaleza de la guerra depende de las circunstancias políticas que contienen los lineamientos de aquélla. Fue la Revolución Francesa, es decir un hecho de política interna, lo que produjo la participación del pueblo entero en la guerra, lo que le confirió al mismo tiempo su carácter extremo y reveló la naturaleza de la guerra absoluta.

Pero es preciso añadir que estructuras internas de los Estados y relaciones entre los Estados se vinculan entre sí sin que podamos declarar, de manera general, a uno de los términos causa y al otro efecto. Digamos que H. Delbrück habría podido encontrar en Clausewitz la idea rectora de su obra, a saber: la inserción de la historia del arte de la guerra en el cuadro de la historia política.

De la participación del pueblo en la guerra, que le parece una adquisición definitiva del período revolucionario (Hahlweg I, p. 750), Clausewitz extrae la consecuencia lógica de que la seguridad del Estado exige la adhesión del pueblo al régimen establecido. La política interna, en tanto asume la tarea de mantener dicha adhesión, se convierte en condición de toda defensa y toda seguridad. Eric Weil utiliza a continuación, de manera perfectamente lógica, el texto titulado *De las ventajas y los inconvenientes de la Landwehr prusiana* para demostrar que Clausewitz aboga por una representación y cita estas líneas: "Que el gobierno reúna a su alrededor a los representantes del pueblo, escogidos entre las gentes que comparten los verdaderos intereses del gobierno sin ser ajenas al pueblo. Que éste sea su primer respaldo, su amigo y su auxiliar, como lo ha sido el Parlamento para el rey de Inglaterra. Con la ayuda de semejante instrumento el gobierno guiará las fuerzas entusiastas de un pueblo valeroso contra sus enemigos y sus rivales del exterior; con semejante instrumento eslabonará las fuerzas insolentes ((del interior)) si éstas, ebrias de un espíritu de ebullición, quieren dirigir el espíritu contra sí mismas".

Eric Weil añade que Clausewitz no fue "liberal" o "demócrata" por razones ideológicas, humanitarias y filosóficas, y llega a la siguiente proposición: "((. . .)) la naturaleza misma de la guerra quiere la primacía de la política, y esta precedencia de la política quiere que la condición de toda política sana, la unidad del pueblo y el gobierno, sea realizada, y

[6] De hecho, Clausewitz alude varias veces a las campañas de 1756 y 1757.

[7] La tesis, trivial en la época, se encuentra en los escritos de F. von Gentz y muchos otros.

sea realizada en el momento histórico dado, por la transformación del súbdito en ciudadano" (*Ibid.*, ps. 241-242).

Siempre que nos pongamos de acuerdo sobre el sentido de las palabras, estas proposiciones son en rigor aceptables. No es necesario preguntarse si Clausewitz sufrió la influencia de los filósofos alemanes y franceses; de hecho sufrió esta influencia como todos los Reformadores. Pero no hay que separar esta "defensa e ilustración de la *Landwehr*" contra la reacción, posterior a 1815, del conjunto de las concepciones políticas de Clausewitz.

Nunca fue demócrata, ya definamos la democracia por la soberanía popular o por el régimen representativo. ¿Por qué decir que no lo fue por razones ideológicas cuando no lo fue de ninguna manera y en ningún sentido? Fue liberal, si se quiere, pero consideraba a la Prusia de su tiempo como modelo de "liberalidad" y sospechaba que Napoleón querría destruir Prusia mientras ésta conservara un solo rasgo liberal (cf. H. Rothfels, *op. cit.*, p. 144: *Die Liberalität welche den Charakter der preussischen Regierung ausmacht).*

El texto sobre la *Landwehr* tiene un origen doble. Lector de Maquiavelo, conocedor de la historia suiza, Clausewitz nunca dejó, desde su juventud, de soñar con la defensa nacional basada en las virtudes guerreras del pueblo. En la *Estrategia de 1804*, el parágrafo 6 (ps. 43-44) trata del espíritu del arte de la guerra entre los suizos; en su carta a Fichte (reproducida por W. M. Schering en *Geist und Tat*, ps. 74-81), insiste nuevamente en el ejemplo de los suizos, obligados por la pobreza a restaurar las buenas maneras del combate. Como muchos de sus contemporáneos, veía en Maquiavelo un profesor de energía patriótica y en el ardor de cada soldado, en la fuerza viva de la nación entera, el secreto de la reconstrucción. En este sentido defiende la *Landwehr* contra los reaccionarios que denunciaban este vestigio de la crisis revolucionaria.

En segundo lugar, y esto es lo esencial, ¿cómo interpretaron los Reformadores, Clausewitz entre ellos, la transformación del súbdito en ciudadano? La palabra empleada, *Bürger, bürgerlicher Zustand,* no equivale al *citoyen* francés. Basta con leer el texto titulado *Umbriebe* para calibrar la hostilidad de Clausewitz hacia todo lo que se parezca a una asamblea parlamentaria o un régimen administrativo. Al menos después de la crisis revolucionaria, en la época de la Restauración, Clausewitz condenaba por inútil, injustificada, toda veleidad revolucionaria en Prusia. Prusia, a diferencia de Francia, no necesita una revolución, y él juzga con severidad y desprecio a los soñadores, los profesores, los sabihondos, los teóricos de los derechos del hombre, a todos aquellos que habían contado con que la influencia francesa o las ideas francesas mejorarían las instituciones civiles o políticas de Prusia o Alemania. Si reconoce cierta superioridad a los franceses, es en la visión realista de los asuntos de la sociedad o el Estado. El parlamento, a su juicio, no asegura una verdadera participación del pueblo en los asuntos públicos. Trata la vida parlamentaria con mayor desprecio aún que un Renan en 1871. La ciudadanía tal como él la concibe implica la posibilidad de que los campesinos se vuelvan propietarios, de la libre actividad económica, de la igualdad ante la ley y los impuestos, el acceso a todos los empleos. Nunca quiso más; la organización de un consejo de Estado y de ministerios bastaría para conservar la estabilidad del poder y el asentamiento popular.

En *Umtriebe,* para reducir la importancia de las instituciones parlamentarias, muestra la ausencia de correlación entre la libertad interior (en el sentido del papel del parlamento) y el éxito en el exterior. Por ejemplo, bajo Isabel y Cromwell los ingleses gozaron de menos libertades y tuvieron supremacía en el extranjero.

Ciertas cartas o memorias, entre 1806 y 1812, dejan entrever una impaciencia revolucionaria. Esta nacía del fervor del miembro de la resistencia, listo a recurrir al expediente supremo de una nación en peligro, el armamento del pueblo. Después de 1815, Clausewitz sigue siendo un Reformador y el enemigo de los reaccionarios, su "liberalismo" no va más allá del Estado prusiano.

¿Hay que decir con Eric Weil, pese a todo, que del espíritu del pueblo y la calidad del ejército sólo el primer factor constituye una magnitud independiente e irreductible? Tal vez, según la lógica del sistema, pero no sin una grave reserva: la virtud guerrera del ejército surge del espíritu guerrero, pero presenta una originalidad, exige a la vez experiencia en el combate y victorias, confianza en el jefe. Carlos XII o Gustavo Adolfo se hicieron de un ejército templado por esta virtud guerrera. No estoy seguro de que en el pensamiento de

Clausewitz el espíritu del pueblo sea independiente o irreductible. Depende de los jefes políticos o militares suscitarlo, eventualmente alimentarlo, en todo caso ejercerlo.

Queda un último interrogante: quienes hablan de la primacía de la política extranjera entienden por ello que las instituciones se organizan ante todo con el propósito de asegurar la independencia o grandeza del Estado entre los Estados. Luego, aun admitiendo la argumentación de Eric Weil, la ciudadanía, la participación del pueblo en los asuntos públicos, es encarada ante todo, si no exclusivamente, como *medio* de la independencia o del poderío nacional. Es preciso que los súbditos se conviertan en ciudadanos para que deseen defender a su rey y su Estado. Tal vez Clausewitz, si hubiera escrito un tratado político, habría justificado las instituciones "liberales" (en el sentido prusiano) en cuanto tales. No lo hizo y ciertos textos justifican la tesis clásica de los historiadores alemanes, no la tesis inconformista de Eric Weil. En particular, no podemos no citar, sobre este punto, la carta a Gneisenau del 9 de setiembre de 1824 (Pertz-Delbrück, t. V, ps. 503-504): "La principal idea que sirve de fundamento a la colectividad estatal es la idea de la defensa contra el enemigo exterior, todo lo demás puede en rigor considerarse como gastos accesorios. No hay nada descabellado en que una administración esté organizada de tal suerte que la mitad de los ingresos del Estado o más esté consagrada a la defensa contra el enemigo exterior, y fue el triunfo de Federico el Grande lo que permitió elevar este porcentaje a dos tercios. Jamás he sido enemigo del mundo de la burocracia civil, pero compruebo que lo estoy siendo, porque estas gentes son tan filisteas –mezcla de vanidad, de alarde y mediocridad– que podríamos prescindir de ellas".

Hace falta mucha sutileza para conciliar un texto como éste con la noción de la precedencia de la política interna tal como la presenta E. Weil. Es posible, por cierto, que Clausewitz haya adherido a la "liberalidad" por sí misma. Jamás tuvo la ocasión de escribirlo porque escribió ante todo obras de arte militar.

NOTA XXXIV. *La totalidad guerra-política*

El artículo de Eric Weil constituye el único texto en lengua francesa que aporta una contribución importante a la interpretación del pensamiento de Clausewitz. Merece algo más que las rápidas observaciones en el texto del capítulo.

Eric Weil presenta de modo diferente al mío la relación entre los conceptos medio-fin y el concepto de totalidad. Yo me atengo a los textos de Clausewitz. Para dar un argumento suplementario, remitámonos al estudio titulado *Leitfaden zur Bearbeitung der Taktik oder Gefechtslehre*. Clausewitz se interroga, en los parágrafos 23 a 29, sobre la unidad del combate. Materialmente, cada combate se descompone en un número de combates parciales tan grande como el número de combatientes individuales. Pero el combate de un soldado no constituye una unidad sino en las circunstancias excepcionales en que el soldado combate solo. De lo contrario, pertenece a una unidad de orden superior, definida por el comandante al cual se someten los individuos. A medida que subimos los peldaños de la jerarquía militar, los combates parciales se unen en un combate total. Viene entonces el parágrafo para nosotros decisivo: "Denominamos a todos los combates singulares combates parciales, y al todo combate total; adscribimos el concepto de combate total a la condición de mando de una persona, de tal suerte que sólo aquello que es dirigido por *una* voluntad pertenece a *un* combate". Las unidades parciales están ligadas por el fin y por el plan, leemos unas líneas más arriba. La noción de todo o totalidad está, pues, presentada, por cierto, pero Clausewitz no inventa esa totalidad, llega a ella mediante el análisis de la acción humana, del combate, de la guerra, acción sometida a la relación medio-fin y a la jerarquía de los fines, ligada a la jerarquía del mando.

Clausewitz analiza escrupulosamente las diversas totalidades: un combate, una batalla, una campaña, una guerra. Aunque estos análisis están desperdigados a través del *Tratado*, se los puede resumir de esta manera. Combate y batalla presentan una unidad como consecuencia del *mando* único, en uno y otro bando, y también en razón de la posibilidad, e incluso la necesidad, de una *decisión* única. Las relaciones entre los combates parciales son a tal punto estrechas que el combate total o la batalla comporta *una* decisión, obtenida comúnmente en un lugar y un momento dados. La unidad de la campaña en un teatro de operaciones resulta

de la influencia *directa* de las operaciones físicamente separadas unas de otras. La campaña de Rusia y la guerra de España no se influyen recíprocamente en forma *directa*.

En cuanto a la guerra, constituye una totalidad porque tiene un principio y un fin; la totalidad comporta dos estructuras diferentes según el último combate decida la suerte de la guerra o, por el contrario, se cuente con el número de fichas (triunfos o territorios) que posee cada uno de los adversarios al concluir las hostilidades.

Nada, en estas observaciones, contradice la afirmación de Eric Weil según la cual el concepto de totalidad, en el pensamiento de Clausewitz, ocupa el primer rango, aunque Clausewitz mismo probablemente llegó a él a partir de la relación medio-fin, de la jerarquía del mando y la jerarquía de los fines.

En cambio, la segunda parte de la tesis de E. Weil merece comentarios más reservados. "La guerra es una totalidad: es la primera corroboración, una totalidad *sui generis* que debe ser captada como tal. Pero es totalidad en el seno de una totalidad más vasta, la de la vida nacional e internacional, la de la historia. Y no se comprende sino a partir de su lazo, dentro de esta totalidad englobante, por la polaridad que la constituye oponiéndola y ligándola en el otro polo de la vida de las comunidades y los Estados, a la política" *(Essais et Conférences*, p. 224). Lo que molesta, en este texto, es el uso de un concepto clausewitziano, *polaridad,* en un sentido no clausewitziano. En el sentido en que Clausewitz toma el término polaridad en el capítulo I, 1, no puede haber polaridad entre guerra y política. Juntas, guerra y política configuran una totalidad: ésta es continua y la primera intermitente, pero no se oponen como dos voluntades de victoria entre las cuales una será aniquilada por la otra.

¿La idea sería atinada si sustituyéramos *polaridad* por *oposición*? No lo creo. Para que sea lícito presentar guerra y política como contrarios, sería preciso que el comercio pacífico entre los Estados fuera *esencialmente* diferente del comercio bélico; o incluso que los fines contemplados fueran totalmente diferentes en tiempos de paz y en tiempos de guerra. Clausewitz no afirma ni sugiere nada semejante. Lo que diferencia la guerra de la política en tiempos de paz es el empleo de la violencia. La guerra comporta, pues, el empleo de un medio suplementario, lo cual no excluye ni implica la permanencia de los mismos fines.

¿Hay que decir que la polaridad existe, si no entre la guerra según la definición trinitaria y la política, al menos entre la guerra según la definición inicial y la política? E. Weil procura, en efecto, mantener la polaridad que ha postulado recurriendo a las frases de la primera parte del capítulo 1 en las cuales la guerra aparece como violencia pura. Aun así, la tesis no convence. La prueba de fuerza es siempre, a cada instante del análisis, una prueba de voluntades. Nada prueba que el comercio entre Estados no comporte, en tiempos de paz, una rivalidad, aun cuando ésta no implique el recurso a la violencia.

**Capítulo V**

NOTA XXXV. *Los temperamentos, según la antropología de Kant*

He aludido a la antropología de Kant (*Werke*, edición Cassirer, Bd 8, Berlín, Bruno Cassirer, 1922). Por cierto se pueden discernir algunas similitudes de pensamiento. Lo que Clausewitz denomina *Gemütskonstitution,* complexión de la sensibilidad, presenta algún parentesco con lo que Kant denomina los temperamentos. Uno y otro indican que estos temperamentos se adhieren al cuerpo mismo. Kant escribe (p. 178): "De ello resulta que los temperamentos que atribuimos exclusivamente al alma bien puede tener en profundidad lo corporal, en el hombre, en cuanto causa coactuante". Y Clausewitz, por su parte: "Esta diferencia de la constitución de la sensibilidad se encuentra quizá muy cerca de la frontera de las fuerzas corporales, que se excitan en el organismo humano, y pertenece a esta naturaleza anfibia que denominamos el sistema nervioso, que por una parte parece inclinarse hacia la materia y por la otra hacia el espíritu". Pero esta concepción era demasiado corriente en la época para que podamos sacar una conclusión cualquiera de este cotejo.

Kant, y Clausewitz después de él, distingue cuatro temperamentos. Kant opone los *temperamentos del sentimiento (Temperamente des Gefühles)* a los *temperamentos de la actividad;* los segundos abarcan a su vez dos tipos, lo cual da en total cuatro temperamentos, *sanguíneo* se opone primero a *melancólico, colérico* a *flemático.* El sanguíneo reacciona vivamente ante las impresiones, su sensibilidad es rápida y fuertemente afectada, pero la sensación no penetra profundamente, no dura. En cambio, el melancólico no se conmueve ni impresiona tan rápidamente, mas la sensación se arraiga profundamenta. Los temperamentos, en relación con la actividad, se dividen en *coléricos* (la misma vivacidad de reacción, una sensibilidad prontamente afectada con una tendencia mayor a la actividad, violenta pero no durable) y *flemáticos.* Ahora bien, "la flema, en cuanto fuerza, es la capacidad de no ser puesto en movimiento fácil y brutalmente sino duradera y lentamente" *(Ibid.,* p. 182).

Clausewitz también distingue cuatro temperamentos: los hombres demasiado poco sensibles *(regsam),* a quienes llama flemáticos o indolentes; los hombres sensibles cuyos afectos no superan jamás cierta fuerza y permanecen calmos *(ruhige Menschen)*; los hombres irritables cuyos sentimientos o emociones *(Gefühle)* se inflaman tan pronto como la pólvora, mas no son durables; y por último los que no se conmueven ante circunstancias secundarias, pero cuyas emociones tienen mayor violencia y son mucho más durables (I, 3, ps. 92-94 y ps. 63-65, 242-243).

Entre estas dos clasificaciones, diferentes, aparecen ciertos principios comunes: oposición entre emociones vivas, pero poco durables, y emociones lentas y profundas, tendencia a la irritabilidad o el apasionamiento o, por el contrario, a las pasiones duraderas y que tardan en desencadenarse. No obstante se trata de ideas tradicionales en la teoría de los temperamentos y en la antropología de la época. Se encontrarían quizá otros textos antropológicos más cercanos al de Clausewitz que al de Kant. El interés sería ínfimo. Clausewitz trata de destacar las cualidades típicas del jefe militar para arrojar luz sobre la naturaleza de la actividad bélica: los instrumentos que utiliza y que toma prestados de las ideas de la época no tienen importancia.

NOTA XXXVI. *Federico II y Napoleón*

¿Cuál es el héroe de Clausewitz, Federico II o Napoleón, entre los dos jefes militares citados con más frecuencia en el *Tratado,* al extremo de que por instantes nos da la impresión de un paralelo entre hombres ilustres?

Clausewitz menciona reiteradamente la oposición política entre un usurpador y un soberano legítimo. Indica de paso que la capital constituye el centro de gravedad al cual debe dirigirse el golpe decisivo cuando las disensiones internas deterioran un país. Napoleón no puede sobrevivir a la pérdida de París, Federico II y Federico Guillermo III sobrevivieron a la ocupación temporaria de Berlín.

Clausewitz atribuye a sus dos héroes las mismas cualidades de carácter y, en ciertos aspectos, los mismos defectos o la tendencia a los mismos defectos. Llama a Bonaparte el más resuelto de los jefes militares que haya existido jamás,[1] el mayor general de los tiempos modernos;[2] también lo llama un jugador apasionado,[3] *der sich oft in ein tolles Extrem wagt* ("que a menudo corre riesgos extremos hasta la locura"), le atribuye la *Rücksichtslosigkeit,* que se puede interpretar como energía llevada hasta la indiferencia por toda consideración humana, en particular respecto del sufrimiento de los propios soldados.[4] No se podría afirmar que ignora la grandeza de su enemigo, aun si le reprocha haber llevado demasiado lejos sus cualidades, la obstinación (especialmente en Waterloo, donde, prolongando una batalla perdida, tuvo al fin que huir del campo de batalla como un mendigo sin un céntimo en el bolsillo).[5] Tampoco escatima elogios para el ejército de Napoleón: no sólo en el capítulo sobre la virtud guerrera del ejército, donde no menciona explícitamente las tropas francesas, sino en el capítulo II, 6,[6] donde las toma como ejemplo del nivel supremo de coraje y sacrificios al que puede llegar una tropa templada por los combates y exaltada por las victorias.

Alude muchas veces a Napoleón para fundar los principios que más valora; por ejemplo, que en definitiva los triunfos tácticos lo deciden todo,[7] que hay que asegurar la mayor superioridad posible en los puntos esenciales y que la línea recta, la ruta directa de una capital a otra, responde a los imperativos normales del ataque (no perder tiempo, asestar el golpe decisivo lo antes posible). A juicio de Clausewitz, Napoleón dio su forma grandiosa, definitiva, a los métodos que habían inaugurado e improvisado los generales de la Revolución. Es él quien confirma el alcance del concepto de guerra absoluta, es él quien culmina la estirpe de los Gustavo Adolfo, los Carlos XII, los Federico II.

Simplificando, se puede decir que Federico II y Napoleón manifestaron las mismas cualidades, con instrumentos y en circunstancias diferentes. Las mismas cualidades: el *Tratado* nos brinda muchos ejemplos. Elijamos uno, a mi juicio el más característico: "La justipreciación del adversario (Daun, Schwarzenberg), el riesgo corrido al oponerle temporariamente fuerzas débiles, la energía en las marchas forzadas, la audacia de los asaltos rápidos, la actividad acrecentada de las grandes almas en la hora del peligro; he allí la razón de las victorias. ¿Qué relación tiene esto con la capacidad para coordinar dos cosas tan simples como el espacio y el tiempo?"[8] Este pasaje está dentro del capítulo consagrado a la superioridad del número. Quiere demostrar que la teoría no debe negar la importancia de la superioridad numérica, pero que el arte consiste en asegurarse una superioridad, al menos relativa, en el punto decisivo, a falta de una superioridad de conjunto. A partir de esta idea verdadera, los teóricos han desarrollado una concepción falsa: los cálculos de tiempo y espacio

1 VIII, 19, p. 650 y p. 673 (927).
2 V, 3, p. 309 y p. 296 (505).
3 V, 14, p. 377 y p. 372 (588).
4 V, 14, p. 377 y p. 372 (588).
5 IV, 9, p. 277 y p. 254 (459).
6 II, 6, p. 172 y p. 146 (336).
7 VI, 8, p. 435 y p. 433 (659).
8 III, 9, p. 206 y p. 184 (377-378).

son por cierto el pan cotidiano de la estrategia, pero en verdad no se trata de cálculo. Las cualidades gracias a las cuales los dos héroes obtuvieron la victoria testimonian ante todo "libre actividad del alma", energía, audacia, rapidez a partir de una justipreciación del adversario.[9]

La continuación del texto acentúa aún más el paralelo entre Federico y Napoleón: "A decir verdad, este mismo juego de rebote de fuerzas en que las victorias de Rossbach y Montmirail dan impulso a las de Leuthen y Montereau, este juego en el cual los grandes jefes han confiado a menudo en la defensiva, rara vez se produce en la historia, si queremos ser claros y precisos. Mucho más a menudo la superioridad relativa, o sea la conducción hábil de las fuerzas superiores en el punto decisivo tiene por causa la *justipreciación* de estos puntos y la *orientación* que las tropas reciben desde el origen, la *resolución* necesaria para desechar lo secundario en favor de lo esencial, o sea tener las fuerzas *concentradas* en alto grado. He allí lo que caracteriza a Federico el Grande y Bonaparte".[10]

Las nociones que he subrayado, justipreciación, resolución, concentración, representan respectivamente una cualidad del entendimiento, una virtud del carácter, un principio de la estrategia. Clausewitz subraya igualmente, en varias ocasiones, el gusto por la ofensiva y la audacia de Federico, la rapidez y precisión de sus movimientos, la superioridad moral que poseía sobre sus adversarios. Lo califica de *zu stolz, keck und eigensinning,* "demasiado orgulloso, temerario y obstinado"[11] en algunas de sus decisiones.

No insistamos sobre las múltiples diferencias en lo concerniente al reclutamiento de los soldados, la organización de los ejércitos, el método de avituallamiento, las formaciones en el combate, el sistema de ideas estratégicas. Principalmente, Federico rara vez contó con la superioridad numérica (durante la Guerra de los Siete Años sólo contó con ella en 1756 y 1757), mientras que Napoleón la tuvo durante toda la primera parte de su carrera. Federico II, dotado de virtudes comparables a las de Napoleón, debe finalmente sus victorias a méritos extraños al jugador apasionado: moderación de los objetivos, sabia economía de fuerzas.

¿Jugador apasionado por una parte, sabiduría de la mesura por la otra? Sí, pero siempre que no olvidemos las condiciones comunes a ambos. Federico, al iniciar la guerra contra los austríacos, manifestaba quizá tanta audacia como Napoleón o el mismo Alejandro.[12] Por sobre todo demostraba en la adversidad la constancia y la presencia de ánimo que definen la grandeza. El ejemplo por el cual Clausewitz ilustra la famosa fórmula de que a veces la audacia suprema equivale a la forma más elevada de la prudencia, se lo da Federico después de la derrota de Kollin: "Cuanto menos bastan la moderación y la prudencia, más deben *(muss)* prevalecer la tensión y la energía de fuerzas. Allí donde la desproporción de poder es tan grande que ninguna limitación del propio objetivo nos ampara del desastre, o bien donde la duración probable del peligro es tan grande que la utilización más económica de las fuerzas tampoco puede conducirnos al objetivo *(Ziel)*, la tensión de las fuerzas se congregará o debe *(soll)* congregarse en un solo golpe desesperado; acorralado, quien ya no espera socorro de cosas que no se le prometen depositará su última y entera confianza en la superioridad moral que la desesperación infunde al valeroso; considerará la suprema audacia sabiduría suprema, a la necesidad añadirá una estratagema osada y, si el triunfo le rehúye, encontrará en una muerte gloriosa el derecho a una resurrección futura".[13]

Las críticas que Clausewitz formula a la conducción de Federico el Grande pertenecen a dos categorías distintas. Unas aluden a los errores que surgen de la exageración de las cualidades o que constituyen su contrapartida casi inevitable: error debido a la arrogancia o al exceso de confianza *(Ubermuth)* en 1759, en la batalla de Künersdorf, cuando dejó al general Wunsch con 7.000 hombres sobre la margen izquierda del Oder, con el propósito de cor-

9 Los errores que destaca Clausewitz en ambos derivan casi todos de una apreciación errónea del adversario.

10 *Ibid.*

11 VI, 30, p. 206 y p. 603 (848).

12 III, 6, p. 199 y p. 176 (368).

13 V, 3, p. 310 y p. 297 (506).

tar la retirada a los rusos; pero estos hombres fallaron en el campo de batalla;[14] asimismo, el desdén por el adversario llegó hasta la ceguera en la posición impuesta al general Fink en Maxen;[15] además, en la campaña de 1760, la terquedad del rey, su voluntad de decidir solo *(eigenwillige Denkungsart)*, son responsables de las órdenes imperativas impartidas al general Fouqué y de la pérdida de Landeshut.[16] Napoleón, al igual que Federico, llevó la confianza en sí mismo al extremo del desconocimiento del adversario (así, despreció el talento de Blücher y pagó caro su desprecio).

Otras críticas, en cambio, se relacionan con la conducción de la guerra y especialmente con la campaña de 1762. "¿Es concebible que Federico el Grande, con semejante superioridad, no haya asestado un golpe decisivo y haya preferido desalojar al adversario de sus posiciones mediante la maniobra?"[17] En este caso utiliza el principio de la destrucción de las fuerzas armadas para juzgar y condenar la estrategia del rey. Interpreta y excusa el error cometido de dos maneras. Ante todo invoca motivos estrictamente subjetivos, el estado de ánimo del rey, fatigado por largos años de lucha en situación de inferioridad. Un texto de 1808, que ya contiene un paralelo entre Federico y Napoleón, aclara el análisis histórico: "((. . .)) También sucedía que el coraje de arriesgarse en grandes empresas había terminado por faltarle. Era necesario que el peligro lo acuciara, como en Liegnitz, donde se viera cercado por tres ejércitos, como en Torgau, donde los enemigos pretendían tomar sus cuarteles de invierno en su teatro de operaciones (el peligro más amenazante que podía conocer), para que el león despertara en él, y entonces se veía cómo un gran hombre permanece fiel a su grandeza aun en la estratagema cautelosa. ¿Cuál es el resultado de todo ello? Las disposiciones de espíritu del jefe ejercen una gran influencia en su manera de maniobrar. No se es audaz por reflexión sino por audacia; un jefe templado por un gran número de experiencias infortunadas ya no tiene la audacia de quien siempre tuvo éxito, un jefe astuto sólo puede juzgar por la razón. De donde surge la injusticia de una comparación entre Federico, reducido a condiciones extremas y con tanta frecuencia infortunado, y Napoleón, que siempre fue afortunado".[18]

Que de nadie se diga que es afortunado antes de su último día. Cuando él escribe el *Tratado*, Napoleón, que ha vuelto a ser Bonaparte, desapareció de la escena, tras haber huido del campo de batalla como un mendigo; Federico alcanzó por último sus fines, Napoleón se precipitó a su ruina de victoria en victoria; ya no se encuentran más huellas de la crítica a la campaña de Federico en 1762; la explicación de la conducción diferente de la guerra por el contexto político de la cual emana, que figuraba ya en los relatos del tomo X, adquiere mayor relieve. La dialéctica de la historicidad de las guerras y los principios, extraídos de los conceptos, de la aniquilación militar y de la finalidad política penetra el conjunto del *Tratado*.

La pregunta se plantea, desde entonces, en forma muy diferente que en el texto de 1809. ¿Cuál es el verdadero héroe de Clausewitz? ¿El que triunfó o el que lo perdió todo? ¿El jugador apasionado o el hombre moderado y sabio? Federico nunca soñó con victorias napoleónicas porque se lo impedían la inferioridad de fuerzas y las condiciones políticas. Napoleón reveló a un mundo perplejo la violencia bélica en toda su energía: en este sentido el mayor de los jefes militares. Pero si la campaña de Rusia se aparece en lo esencial a todas las campañas de Bonaparte, ¿el desenlace fatal no revela lo ilusorio de las victorias anteriores? Extraña manera de justificar la conducción que llevó al desastre de la *Grande Armée*, reconociendo en ella los rasgos permanentes del espíritu del mayor jefe militar.

¿Tuvo Clausewitz conciencia de esta paradoja? Confesemos que si lo hubiera destacado explícitamente, su obra habría recibido otra interpretación.

[14] H. W., t. X, p. 119.

[15] *Ibid.*, p. 139.

[16] *Ibid.*, p. 176.

[17] H. W., t. X, p. 224 y VI, 30, ps. 600 y 614. Cf. también VI, 30, p. 593 y p. 606 (852).

[18] *Estrategia de 1804*, #29, p. 73.

## Capítulo VI

NOTA XXXVII. *Nuevamente A. Glucksmann*

Entre las muchas manipulaciones de los textos a las cuales se dedica A. Glucksmann *(op. cit.)*, citemos una. Se refiere dos veces a un pasaje del capítulo III, 16, en el cual Clausewitz explica por qué los dos adversarios tienen simultáneamente interés en una tregua. Este problema, como sabemos, lo preocupó mucho tiempo, dado que envió una nota a Gneisenau sobre el tema y lo aborda dos veces en el *Tratado*, una en los parágrafos 17 y 18 del capítulo I, 1, otra en el II, 16. En I, 1 invoca primero la asimetría de la defensa y el ataque, luego el conocimiento imperfecto de la situación por parte de ambos adversarios. En III, 16 enumera tres causas: primero la pesadez en el mundo moral, el temor al peligro y la responsabilidad, luego el conocimiento imperfecto de la situación; por último, la asimetría de la defensa y el ataque. Pero tanto en el capítulo I, 1 como en el capítulo III, 16, la asimetría no constituye el único freno, ni siquiera el principal: en ambos casos, este freno principal es la influencia moderadora de la política, la debilidad del elemento de hostilidad. En el capítulo III, 16 escribe explícitamente: estas tres causas no explicarían las largas interrupciones del combate, características de las guerras del Antiguo Régimen. En el capítulo I, 1, la asimetría de la defensa y el ataque sólo intervienen después de la finalidad política que ya ha reducido el objetivo militar. La asimetría de la defensa y el ataque da un fundamento racional a la discontinuidad de las operaciones militares. Posibilita esta discontinuidad aun en un esquema ideal típico.

Según leemos en Glucksmann: "Podríamos describir otros motivos para detener el ascenso a los extremos. Pero sólo la asimetría de la ofensiva y la defensiva, 'diferencia que domina todo cuanto depende de la guerra', permite basar una política coherente sobre un cálculo estratégico sólido". ¿Qué es una política coherente? ¿Qué es un cálculo sólido? Ninguna de estas nociones se encuentra en el *Tratado*. Lo que ante todo detiene (o provoca) el ascenso a los extremos es la política, en el triple sentido de los intereses en juego, la finalidad de los combatientes y sus pasiones. La asimetría de la defensa y el ataque se sitúa en un nivel inferior, el de las operaciones militares.

Glucksmann se esfuerza también por demostrar que de las tres causas de la suspensión del acto bélico sólo una actúa eficazmente. Con este propósito mezcla (p. 43) fragmentos tomados a veces de I, 1, 18, otras de III, 16, sin dar las referencias exactas. Pero en el capítulo III, 16 estas tres causas actúan todas en el mismo grado. En I, 1, 17 y 18 no hay más que dos causas (la debilidad moral no interviene todavía en este nivel de abstracción). En cuanto al conocimiento imperfecto de la situación, Glucksmann le quita importancia citando un fragmento de la frase, "la falta de conocimiento podría, es verdad, provocar tanto la acción como la inacción inoportuna, y, en sí, no contribuiría más a la lentitud que a la aceleración de la acción bélica". Pero las líneas siguientes corrigen esta proposición: "Si se tiene en cuenta la naturaleza humana, la propensión a sobrestimar las fuerzas del adversario y a subestimar las propias se debe concluir que en general la imperfección del conocimiento vuelve más lentas las operaciones".

Por lo tanto es absolutamente contrario a los textos y el pensamiento de Clausewitz escribir que en las causas humanas de la suspensión de las hostilidades él reconoce un defecto o una ilusión. "Ninguna estrategia puede ser autosuficiente, so pena de ser sorprendida por el dios de la guerra." El peligro de ser sorprendido por el dios de la guerra existe, dado que nos negamos a ascender a los extremos, dado que nos atenemos a esfuerzos moderados, y no resulta especialmente de las "causas humanas" que contribuyen a volver más lentas las operaciones. Si suponemos que Clausewitz condena toda guerra más acá de la guerra absoluta como "defecto" o ilusión, entonces sólo queda la asimetría de la defensa y el ataque para detener a veces a enemigos resueltos a una guerra a muerte.

Esta interpretación falsa es insinuada por Glucksmann cuando concluye su análisis de los frenos mediante una cita del capítulo III, 16: "Fue durante las guerras de la Revolución, y sobre todo en el curso de las campañas de Bonaparte, cuando la conducción de la guerra alcanzó ese grado incondicional de energía que hemos considerado como la ley natural del elemento. Este grado es, pues, posible, y si es posible es necesario". El tránsito de lo posible a lo necesario se desarrolla, según sabemos, en el mundo del concepto. Dado que las guerras reales han manifestado esta energía extrema, *a fortiori* ésta responde a la ley natural, la del elemento bélico, de la hostilidad. Librada a sí misma, separada de aquello que la condiciona y limita, la guerra, totalmente guerra, es conducida necesariamente con una energía incondicional. Este texto del capítulo III pertenece a la versión de 1823-1826, no revisado a la luz de las dos ideas rectoras de la *Advertencia de 1827*. No es lícito darle otro sentido sino el que se adecua a la lógica de la síntesis final.

Este mismo texto —tránsito de lo posible a lo necesario— es retomado por Glucksmann unas páginas más adelante (p. 61), como si se aplicara a la guerra real. "La teoría delimita las posibilidades, no sigue a tientas los matices infinitos de la realidad, pasa directamente de lo posible a lo necesario", y confirma esta interpretación citando por segunda vez: "Si este grado es posible es necesario". Aislando este miembro proposicional, le hacemos decir mucho más de lo que significa. Tampoco Glucksmann precisa qué entiende él mismo por "necesidad", en este caso. Califica el ascenso a los extremos y la supremacía de la defensa como "dos posibilidades esenciales", expresiones que tampoco tienen ningún sentido clausewitziano: la supremacía de la defensa no es una posibilidad, es una verdad de hecho, de un alto nivel de generalidad. El ascenso a los extremos es posible en lo real, necesario según la lógica de la lucha. La construcción de todo un sistema sobre estas dos "posibilidades esenciales" es un ejercicio de mala retórica.

He analizado este caso en detalle porque es típico de la manera en que no debemos leer a Clausewitz si queremos comprenderlo honestamente; esta manera es también característica de una tendencia en boga en la París de hoy: rechazar el paso por la interpretación propiamente histórica o, dicho de otro modo, por el sistema de pensamiento del autor que se estudia.

# TERCERA PARTE

**Capítulo VII**

NOTA XXXVIII. *La comparación con el arte*

Todos los intérpretes alemanes, especialmente W. M. Schering, han insistido sobre la comparación entre el arte de la guerra y las bellas artes, comparación que Clausewitz establece explícitamente en el *Tratado* (II, 3) y en los textos publicados por Hans Rothfels en la *Deutsche Rundschau* en 1917 y por W. M. Schering en *Geist und Tat,* 1941.

Es indudable que Clausewitz otorga una extrema importancia a estas consideraciones, en la medida en que se propone una *revolución teórica* y desea establecer el status de la estrategia, palabra que tiene, como "arquitectura", el doble sentido de acción y de reflexión sobre la acción. Los textos estéticos contienen o sugieren, a mi entender, las ideas siguientes:

1. Los conceptos de medio y fin constituyen la estructura intelectual de cualquier arte, en los dos sentidos, uno ligado al otro: a) todo arte utiliza un medio específico, la pintura el color, la música sonidos, la arquitectura materiales diversos; b) todo arte tiende hacia cierto fin, el arte táctico hacia la victoria, el arte estratégico hacia un objeto que conduce inmediatamente a la paz, o mejor dicho a los resultados que garantizarán la paz. Asimismo, la arquitectura, la construcción de un palacio o un edificio privado, tiende a una cierta finalidad, la del edificio mismo.

2. El arte difiere de la ciencia por su fin: la segunda sólo tiende al conocimiento, el primero a la práctica o la acción.

3. El lenguaje no siempre distingue entre un arte y la teoría de un arte. Ante todo, pues, hay que distinguir entre los conocimientos que exige la teoría de un arte (la arquitectura en cuanto teoría de la construcción supone un saber de orden científico) y el talento artístico. Clausewitz retoma la idea corriente de que el talento o el genio no lo debe todo al saber. El artista no nace, se hace, pero no cualquiera llega a artista. Más aún, el jefe del ejército, en cuanto artista, necesita menos conocimientos que el jefe situado en un nivel inferior. En el nivel más elevado, el genio puede pasar por alto el saber, aplica espontáneamente las reglas que la teoría aclarará penosamente.

4. El artista debe sin embargo, normalmente, acrecentar sus conocimientos y ejercitar su talento natural. Más aún, la teoría continúa siendo, en todo caso, necesaria cuando hay que convencer a alguien, por ejemplo al jefe político, de una medida militar a adoptar.

En el texto de *Geist und Tat,* Clausewitz se interroga sobre las leyes y las reglas, que él no distingue claramente, así como en los ejemplos escogidos no distingue entre táctica y estrategia. La pregunta que se formula subsiste en el *Tratado:* ¿hasta qué punto la realidad de la guerra ofrece fenómenos lo bastante regulares y complejos para que podamos deducir leyes o reglas, o, dicho de otro modo, para que podamos inferir regularidades observadas por la ciencia, los preceptos válidos en todos los casos? Hay que destacar que en los textos anteriores al *Tratado* no se menciona la oposición *esencial* entre las bellas artes o la artesanía y el arte de la guerra, a saber, que en este último caso se actúa sobre una fuerza viva, el artista se opone a otro artista y no a una materia muerta.

En cambio, los textos *Rapsodias arquitectónicas* y *Del carácter de las residencias priva-*

*das* no se relacionan con la teoría del arte, con la naturaleza propia de la teoría, sino con la naturaleza de lo bello. El primer texto analiza, en el estilo de la época, la relación entre los elementos sensibles y los elementos intelectuales en lo bello. Se puede ver allí una analogía implícita con el juego de las fuerzas materiales y las fuerzas morales en el arte de la guerra. Aun así no conviene forzar demasiado esta analogía.

El texto sobre los edificios revela ciertos aspectos de la personalidad de Clausewitz: el gusto por la autenticidad, por la sobriedad y el sentido de la duración histórica. "Cuanto más pequeña sea una morada privada y más simple deba ser el diseño del muro que la rodea, más deberá acercarse a la pura forma cúbica. Se verá cómo la idea de utilidad y sobriedad de las líneas domina igualmente nuestras impresiones estéticas, notando que una profundidad insuficiente siempre da origen a un sentimiento de incomodidad, pero que una casa pequeña tolera y exige una mayor profundidad relativa que una casa importante; la impresión geométrica no es, pues, una simple función de las relaciones geométricas."

La estética de la sobriedad se opone a la estética del "rococó". La belleza deriva, por una parte, de la adaptación del edificio a su fin, vuelto visible y armonioso a la vez. "((. . .)) Gratitud al arquitecto que ha buscado y logrado expresar tanta armonía en estas líneas simples. . ." La ornamentación no debe disimular las líneas ni la finalidad del edificio. La analogía con las reglas del arte estratégico surge por sí misma, aunque el fin supone o debe suponer una heterogeneidad radical.

NOTA XXXIX. *Jugar segundo* (Die Hinterhand)

¿Quién tiene la ventaja de jugar segundo? Esta cuestión, aparentemente abstracta, se relaciona estrechamente con uno de los temas fundamentales del pensamiento clausewitziano, la base de su originalidad, a saber: la acción recíproca. El no olvida jamás que la guerra opone dos voluntades inteligentes y la acción recíproca de estas dos voluntades preside el desarrollo de las operaciones. La relación defensa-ataque ocupa un lugar tan importante en el libro porque escenifica y, por así decirlo, moviliza, la acción recíproca de la defensa y el ataque..

¿Cuál es la ventaja de tener la segunda mano, de replicar a la apertura del contrario? Manifiestamente, la ventaja es conocer, al menos parcialmente, las disposiciones e intenciones del otro. ¿Cuál posee esta ventaja? El capítulo VI, 28 se la concede al defensor, aunque admitiendo que el atacante conoce los preparativos de defensa del enemigo y que este conocimiento le sirve de norma para actuar. En este sentido, es el atacante quien tiene la segunda mano. Aun así, cuando se inician las operaciones militares, es el atacante quien debe acumular mercancías, alimentos, armas, reservas, etc. Esta acumulación exige tiempo suficiente para que el defensor recobre la ventaja de la segunda mano.

¿En qué consiste, de modo general, la ventaja de jugar segundo? Si no conocemos nada de las disposiciones del adversario, no podemos tomar nuestras propias disposiciones sino a base de los principios, de las lecciones que da la generalidad de los casos. En cambio, cuando conocemos las disposiciones del adversario, adaptamos las nuestras a las de él. Luego la acción recíproca se desarrolla de la manera siguiente: el atacante conoce las disposiciones de defensa tomadas en tiempos de paz; adapta a ellas sus propias disposiciones (Ejemplo: en 1914, el estado mayor alemán, conociendo las fortificaciones francesas en la frontera del Este, decide rodearlas pasando por Bélgica). Cuando se inician las operaciones, el atacante ha tenido, teóricamente, la segunda mano. ¿El defensor va a responder? En los textos que acabamos de citar, Clausewitz supone que los preparativos para un gran ataque darán al defensor tiempo para conocer los proyectos del agresor y adaptarse a ellos. En 1914, el estado mayor francés tuvo tiempo de rectificar las disposiciones tomadas antes del avance en función del descubrimiento progresivo del plan Schlieffen. En 1940, los errores cometidos fueron tales, y los medios técnicos de ataque y movimiento habían adquirido tal poderío, que el defensor no tuvo tiempo de adaptarse a las disposiciones del atacante, pues éstas se habían tomado, por así decirlo, en la segunda mano, en función de las disposiciones defensivas ya conocidas.

He tomado un ejemplo que depende, dirán los críticos, más de la estrategia del plan de guerra que de la táctica. No estoy seguro de que la totalidad de la batalla de Francia, tanto en 1914 como en 1940, no dependa de la táctica en el sentido clausewitziano, pues

Schlieffen mismo concebía la campaña íntegra según el modelo de una sola batalla, la de Cannas.

Volvamos a la teoría clausewitziana de la táctica y a la acción recíproca del ataque y la defensa (## 508-563). Tomar disposiciones *después* del enemigo representa una gran ventaja: es la segunda mano del jugador. El capítulo de la táctica comenta, completa, corrige, precisa las indicaciones sucintas de VI, 28 sobre la segunda mano en la acción estratégica recíproca de la defensa y el ataque.

El defensor, esperando el ataque en una posición elegida por él, posee ante todo la ventaja del conocimiento del terreno, en todo caso lo conoce mejor que el atacante. Pero éste en cambio posee la ventaja evidente de conocer las disposiciones tomadas por el defensor y por lo tanto casi todo lo que éste desea hacer. Por esa razón el ataque ha sido considerado hasta el presente como la forma más fuerte.

Clausewitz refuta este argumento: la ventaja del terreno, si éste ha sido bien elegido, compensa de sobra la ventaja de la segunda mano o, si se prefiere, del conocimiento de las intenciones del defensor. No es menos cierto que un mal uso del terreno y un sistema erróneo de defensa (pura pasividad) pueden dar a la ventaja de que goza el ataque, a la segunda mano, una importancia decisiva. En otros términos, el defensor sólo conserva la ventaja de la segunda mano si toma disposiciones que impidan al atacante explotar plenamente, en su plan, el conocimiento adquirido sobre las disposiciones iniciales del defensor.

Viene luego un segundo argumento: a la acción recíproca de los *planes* sucede la acción recíproca de la conducción *(Führung)*. El plan no lo prevé todo, ni en un bando ni en otro. A partir de cierto punto el plan cede ante el mando. La acción recíproca de los mandos, en el curso de la acción, favorece a la defensa cuanto mayores sean las masas y cuanto más dure el combate. Las reservas importantes y, de ser posible, la utilización progresiva de las tropas, favorecen la conducción del combate o la batalla. De allí la conclusión: "Si el defensor tiene especial interés en reservar fuerzas para la conducción de la batalla (Nº 553), si tiene ventajas generales en el empleo de estas fuerzas (Nº 557), se sigue que puede compensar su desventaja en cuanto concierne a la acción recíproca de los planes mediante la superioridad en la acción recíproca de las conducciones de la batalla; incluso puede adquirir la superioridad en la acción recíproca en cuanto tal" (Nº 560).

La acción recíproca de las voluntades es la esencia misma de la guerra, de la campaña, de la batalla. A cada instante el jugador se esfuerza por tener la segunda mano, o sea por conocer las disposiciones del adversario para frustrarlas. Ninguno de los jugadores está seguro de tener permanentemente la segunda mano. El defensor torpe cede al atacante esa ventaja, o sea la posibilidad de estar al corriente de las invenciones del defensor, reveladas por las disposiciones tomadas en tiempos de paz o en el campo de batalla. El defensor que actúa como debe, al margen de la ventaja del terreno o de su emplazamiento, llega también a asegurarse la ventaja de la segunda mano en la táctica gracias a las reservas, al empleo sucesivo de las tropas. Además, en estrategia como en táctica, el atacante sólo prevalece si logra llevar su plan lo más lejos que le sea posible y ponerlo en ejecución cuanto antes. El tiempo *en cuanto tal* no trabaja a favor del defensor, pero le permite explotar las ventajas de la defensa.

Esta manera de razonar, típica del método de Clausewitz, permite comprender por qué en el capítulo VII, 16 la segunda mano parece pertenecer al atacante. Aun en el capítulo VI, 28 se la concede implícitamente. El atacante conoce las disposiciones tomadas por su enemigo de antemano. En las guerras de la segunda especie, el atacante goza de una ventaja suplementaria: por sus disposiciones el defensor revela más claramente sus intenciones que el atacante las de él.

## Capítulo VIII

NOTA XL. *La definición trinitaria y el libro VIII*

¿Podemos reconciliar la definición trinitaria de la guerra con el texto del capítulo 3 A (libro VIII), según el cual una de las nociones de la guerra extrae su verdad de la naturaleza de la cosa y la otra de la historia?

Si seguimos esta línea de pensamiento, la conciliación entre la limitación de la experiencia histórica y la validez transhistórica de la teoría resultaría de la oposición entre el concepto (o la cosa misma), por una parte; las modificaciones, por la otra. ¿Hay que decir que cualquier experiencia histórica, analizada en profundidad, permite alcanzar la verdad conceptual? No lo creo. No es la historia la que descubre el concepto, sino el entendimiento (o la razón). Es cierto que el concepto se expone a quedar velado, en ciertas épocas, por las modificaciones históricas. Así, antes de Napoleón, se habría podido dudar que el concepto de guerra absoluta, la noción de su esencia absoluta, correspondiera a alguna realidad. La experiencia histórica ha *favorecido* la toma de conciencia teórica; quizá ésta también hubiera sido posible aun en la época de las guerras de gabinete, si los teóricos hubieran fijado la atención en las formas originales de la lucha, en las guerras de los bárbaros, donde la violencia se desencadena sin trabas hasta que uno aplasta al otro. La razón, en efecto, no se ejerce en el vacío, trabaja siempre sobre una materia, pero Clausewitz distingue, sin oponerlas, entre la conceptualización y el razonamiento y la observación histórica.

La relación entre el concepto y la historia no parece menos diferente trátese de una u otra concepción de la guerra; lo cual no es compatible, como hemos visto, con la afirmación de que la teoría lo debe todo a la experiencia histórica. ¿La definición trinitaria de la guerra suprime la dificultad al tiempo que la dualidad de origen de las dos concepciones de la guerra? En efecto, siento la tentación de creerlo.

La definición de la guerra compuesta por tres elementos –pasión, libre actividad del alma, entendimiento– deriva de la experiencia histórica aclarada, vuelta inteligible por el concepto. Se aplica a todas las guerras reales porque explica su diversidad por su propia complejidad interna. Supera la oposición entre concepto y modificación porque todas las guerras reales son modificadas con respecto a la esencia pura de la guerra, esencia que ya no aparece como la verdad natural de la guerra sino más bien como un momento abstracto del análisis teórico. Si el concepto verdadero ya no está separado del instrumento de su finalidad, ni la guerra de sus orígenes y sus fines, ¿por qué oponer forma absoluta y modificaciones en vez de elucidar el papel diferente de los tres elementos en toda guerra real al tiempo que la verdad transhistórica del concepto trinitario, ya que el concepto de guerra absoluta no es más que un instrumento analítico?

Clausewitz mismo no logró conciliar las fórmulas del libro VIII (3A) con las del libro I, 1. Cada cual, pues, puede reconstruir a su modo la lógica de la síntesis final. Los puntos que a mi juicio no se prestan a dudas son los siguientes: 1) Todas las guerras reales comportan los tres elementos, aunque en proporciones diferentes. Las guerras sin participación popular no representan tanto una modificación de la guerra absoluta como una especie en

la cual predomina el entendimiento, donde la violencia primitiva está encadenada, donde el libre juego del alma se somete al cálculo prudente y no moviliza (o apenas) las virtudes de la afectividad. 2) En la medida en que la definición dualista de la guerra —prueba de fuerza y choque de voluntades— es un momento del análisis conceptual que desemboca en la concepción trinitaria, las fórmulas del capítulo VIII conservan cierta validez: el concepto de guerra absoluta sirve de referencia o fundamento, nos recuerda lo que debemos temer, si no tener en cuenta; las guerras se acercan más o menos a la guerra absoluta según la influencia ejercida por el tercer elemento, la política, legisladora suprema, única capaz de moderar la violencia, pero a veces capaz, por el contrario, de multiplicar la violencia a causa de la magnitud de lo que está en juego. 3) La razón —o el entendimiento— elabora el sistema conceptual del primer capítulo, reflexionando sobre la historia. La historia convalida el sistema en la medida en que éste la vuelve inteligible. La verdad de los conceptos se prueba, por así decirlo, con el uso que hace de ellos el teórico. No posee la misma naturaleza que un principio (por ejemplo, el de que un ejército en retirada no debe desperdigarse en varias rutas).

Las relaciones entre teoría e historia varían según se trate de la conceptualización y de los principios extraídos de ésta.

# INDICE DE NOMBRES

# INDÍCE TEMATICO

*INDICE DEL LIBRO (La era europea)*

## NOTAS

Se terminó de imprimir en el
mes de febrero de 1988 en los talleres gráficos
de Sebastián de Amorrortu e Hijos S.A.
Esteban de Luca 2241 - Buenos Aires - Argentina

